

LIBRERIA
DE
LA CATEDRAL
Y
LA IGLESIA

94



1
49.894





**EL TRIUNFO
DE
LA SANTA SEDE
Y DE LA IGLESIA.**



GREGORIO XVI

EL TRIUNFO
DE LA
SANTA SEDE
Y DE LA IGLESIA,

Contra los ataques de los novadores,
COMBATIDOS Y RECHAZADOS CON SUS PROPIAS ARMAS.

Obra escrita en italiano

por **D. Mauro Cappellari,**

Monje Benedictino Camaldulense,

EN EL DIA

Gregorio XVI Sumo Pontífice

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

por **Don Juan Diaz de Baeza,**

Presbítero, Familiar de su Santidad, su Notario y
de la Silla Apostólica, &c.



MADRID Y DICIEMBRE. 1834.

Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela.

Se halla en la librería de Perez, calle de Carretas, frente á Correos.

*Esta obra es propiedad de la casa de Perez: todos los ejemplares llevan
en este lugar su rúbrica.*

[Handwritten signature]

Fe de las erratas de imprenta, que se hallan en algunos ejemplares.

<i>Pág.</i>	<i>Lin.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
53..	6.....	el trasgresor.....	al trasgresor
57..	13.....	sejetándolas.....	sujetándolas
64..	22.....	quiriendo.....	queriendo
73..	Nota 3. ^a ..	<i>quid giud</i>	<i>giud. dgm.</i>
92..	19.....	<i>præferre</i>	<i>præferre</i>
124..	13.....	salvar.....	salvas
139..	6.....	todo.....	toda
160..	última...	<i>Cristo</i>	<i>Christo</i>
173..	18.....	cenfeso.....	confeso
185..	2.....	causa.....	causó
Id.	5.....	<i>recepistit</i>	recepisti
204..	Nota 3. ^a ..	<i>q. s.</i>	<i>q. 1.</i>
207..	1.....	estuvieren.....	estuvieran
224..	Nota 1. ^a ..	<i>dist</i>	<i>diss.</i>
234..	15.....	la.....	las
243..	3.....	<i>quid</i>	<i>quia</i>
283..	7 y 8.....	Recurran.....	Recorran
314..	última...	in scriptis.....	in scriptis?
329..	Nota 2. ^a ..	<i>cap. 19</i>	<i>cap. 9.</i>
335..	17.....	esto en.....	esto es, en
347..	15.....	los prueban.....	lo prueban
350..	Nota 2. ^a ..	49.....	45.
352..	14.....	<i>possent</i>	<i>possent?</i>
373..	20.....	<i>quacunque</i>	<i>quacumque</i>
377..	8.....	principios.....	principios.
Id.	14.....	ortodoxia,.....	ortodoxia
378..	8.....	begnina.....	benigna
383..	21.....	necesario?.....	y necesario?
385..	7.....	teniendo.....	teniendo
387..	14.....	lagar.....	lugar
414..	16.....	han.....	ha
Id.	31.....	cuanto.....	cuantos
428..	5.....	<i>eum</i>	<i>cum</i>
448..	16.....	catolicismo.....	catolicismo?
453..	última...	las que.....	la que
472..	18.....	<i>subesce</i>	<i>subesse</i>
479..	27.....	<i>idem</i>	<i>eidem</i>
Id.	Nota 3. ^a ..	§. 16.....	§. 6.
480..	Nota.....	p. 2. c. 2. §. 16.....	p. 2. c. 2. §. 6.

PRÓLOGO

DE LA EDICION DE 1799.

Acaso tendrán algunos por cosa extraña y aun fuera de consejo, que mientras lloran los buenos la desolacion del Santuario, el desprecio, despojo y dispersion de los sagrados Pastores, el destierro, prision, é insultos del Sumo Sacerdote, dejado por la misma Divinidad en manos de sus desapiadados enemigos; en suma que mientras la Sede Apostólica parece que vacila, y cuando gime la Iglesia bajo el peso de su cautividad, emprenda yo presentar la Iglesia y la Silla Apostólica como triunfantes de sus enemigos.

Mas sin embargo así es. Si despues de la barbarie de los primeros siglos apareció mas glorioso alguna vez el triunfo de una y otra, es ciertamente en este tiempo, señalado por la Sabiduría increada para las pruebas mas peligrosas, á fin de que agotadas contra las dos las fuerzas del infierno, ya no tenga la impiedad con que fortalecer sus golpes, ni la irreligion de donde esperar victoria; y de la evidencia de los hechos aprendan para su consuelo los católicos *facilius esse solem extingui, quam Ecclesiam deleri* (S. Juan Crisóstomo *in cap. 7. Isaia*). Ni para esto es necesario presentar aquí el horrible cuadro de la presente persecucion, ni recorrer los espléndidos monumentos de aquella inmóvil firmeza que conserva en tan fiero combate para confusion de la incredulidad, y para gloria de la Iglesia su gefe supremo, el inmortal Pio VI que, aunque medio muerto, desde el lecho á donde lo arrastró y guarda la tiranía de sus fieros enemigos, y entre las cadenas de su esclavitud, no cesa de predicar la verdad, y animar á la

constancia á todos los demas Pastores; de los cuales tampoco es necesario describir el heroismo sobrehumano con que obedecen dóciles á su voz, y siguen fieles sus ejemplos. Porque mirándolo atónito el universo entero, mil y mil aventajadas plumas transmitirán á la mas remota posteridad una verídica historia, donde se hará ver que la Iglesia, aunque en tanta *scandalorum multitudine, in suis firmissimis eminebat* (San Agustín *Ep.* 93 *alias* 48), y que si bien *periclitabatur navicula Apostolorum, urgebant venti, fluctibus latera tundebantur, nihil supererat spei*; finalmente *excitatus est Dominus, imperavit tempestati, tranquillitas rediit*, esto es, *Episcopi, qui de propriis sedibus fuerant exterminati...., ad Ecclesias redierunt*, como refiere S. Gerónimo haber sucedido en tiempo de los Arrianos; y como la especial prodigiosa asistencia con que Dios protege visiblemente contra todos estos esfuerzos infernales á la Iglesia, y especialmente al Soberano Gerarca, nos da la dulce esperanza de que no tardando sucederá tambien en nuestros dias.

A este luminoso triunfo se agrega tambien otro, y tal vez no menor, que mira directamente al Sucesor de Pedro, y consiste en descubrir los perversos designios que en conculcar las prerogativas de su primacía ocultaban los novadores pistoyanos; y mucho antes que ellos los patriarcas de la secta; los cuales, pareciéndose á los hereges que describe S. Hilario (*Lib.* 5 *con. Constan. Aug.*), son *tanto magis cavendi et pertimescendi, quanto ad suas artes occultandas ingeniosiores et versutiores existebant. Callidi (enim) et astuti artificio quodam utebantur, inclusam perniciosam corruptelam exquisitorum verborum velamine contegebant; subripiabant nomine blandientis, occidebant specie religionis*. Estos perversos designios estan ya descubiertos en los dos áureos opúsculos intitulados, el uno: *L'influenza del Giansenismo nella rivoluzione di Francia* del Ab. Gusta, y el otro: *Che importa ai Preti?* del célebre Ab. Marchetti; y se ven ahora confirmados de hecho

por sus corifeos modernos, principalmente del lado de acá de los Alpes, los cuales, creyendo que ha llegado el momento por ellos deseado de ponerlos en ejecucion, saliendo á campo abierto bajo las banderas de la insubordinacion y de la licencia, con aplaudir á otros ó aun con sus propios hechos, se preparan para pelear contra la tierra y el cielo, sacudiendo el yugo de toda dominacion, así eclesiástica como civil. Manifiestan pues que no han dirigido sus golpes contra la Cátedra Apostólica sino para arruinar la Iglesia juntamente con ella, y con la Iglesia todas las demas legítimas potestades: como quien sabe muy bien que deshecho el fundamento se arruina el edificio, y herido el pastor se pierden las ovejas; y conociendo igualmente que es tal la intrínseca é inseparable conexion que hay entre la Iglesia y la Silla Apostólica, que la subsistencia de aquella depende de los privilegios de esta, los cuales con pretexto de asegurar á la Iglesia sus derechos, negaban ellos pertinazmente en tantos libros famosos (*mala utique fama*). Pero ¿cómo se podrán probar mejor los privilegios del Primado, que convidando á todo el universo á observar con asombro de una parte á la irreligion desesperadamente empeñada en destruirlos, y hacer que desaparezca del mundo el mismo Primado, que tan gloriosamente fortalecen, y por otra á Dios, que con su omnipotente providencia hace que resplandezca siempre y se veneren mas y mas, y que con un continuo milagro defiende y conserva la vida tan perseguida del casi exangüe supremo Gerarca? ¿Y en esta admirable providencia de la Divinidad cuáles son los privilegios primaciales que mas resplandecen? ¿No es el de la infalibilidad? Contra este especialmente se dirigian los tiros de los novadores con el objeto de apartar á la Iglesia de la fé de Pedro: pero cabalmente es este el privilegio, que, cuanto mas se empeñan en hacer callar y abatir al sucesor de S. Pedro sus desnaturalizados enemigos por los medios mas inauditos, dándole el Señor mas firmeza é intrepidez cada dia, manifiesta que

*

quiere del modo mas solemne asegurar y autentizar con los prodigios de su omnipotencia.

No es mi intento comprender tambien en la clase de novadores á aquellos teólogos, que salva la debida sumision intelectual á los decretos pontificios, antes de fundar sobre ellos su fé exigen algunas condiciones, contra las cuales no ha fulminado la Iglesia ninguna censura. A estos solo opongo la incoherencia de su sistema, y la fuerza del raciocinio. Si pues la conexion de las ideas y la regularidad del discurso nos conducen tal vez á unas ilaciones en que parezca se califica de herética la doctrina que niega al Papa una infalibilidad absoluta, deben entenderse siempre con respecto al plan de los novadores; y en cuanto á las opiniones toleradas de algunas escuelas católicas, deberán considerarse únicamente como conclusiones teológicas, protestando que no queremos prevenir en manera alguna el juicio de la Iglesia. Es verdad que con un maligno artificio quisieran aquellos hacer creer que su causa es la misma de las escuelas, y principalmente de la Iglesia de Francia, atribuyendo sin razon sus errores tanto á aquellas como á esta, para acreditar la secta, y aparentar por este medio que tambien ellos son católicos, atraer al mal partido los incautos, y facilitar de este modo el camino para la ruina que premeditan de toda autoridad divina y eclesiástica. Pero ya estan descubiertos sus artificios: las escuelas católicas y la Iglesia Galicana protestan altamente contra ellos, y con su adhesion y obediencia á los Sumos Pontífices demuestran evidentemente, que no siguen ciertas opiniones de algunos Teólogos particulares, ó que no deben tomarse en el sentido en que las toman los novadores para sacar ventajas á favor de su doctrina. Efectivamente, para conocer sin temor de errar las opiniones de los demas, conviene recurrir sobre todo á los casos prácticos. Examínese pues la conducta de la Iglesia de Francia en orden á las definiciones dogmáticas que han salido del Vaticano, y señaladamente á la célebre Bula *Auctorem Fidei*, y su adhesion á la

Silla Apostólica, especialmente en estos últimos tiempos, no solo profesada á la faz del Universo en los insignes *Testimonios del Clero*, sino tambien sellada con la sangre de tantos y tantos, y con su invicta constancia en sufrir el despojo, las persecuciones, y destierro de casi todos sus venerables pastores; y decidan despues los mismos novadores, si se defiende ó mas bien se reprueba su doctrina en la de aquella Iglesia. Ciertamente es este otro triunfo de la Silla Apostólica, por lo cual entro con mas franqueza en contienda con ellos.

No hay pues que maravillarse si en vista de todo esto he puesto al frente de la obra el título de *Triunfo*. Porque habiéndome propuesto refutar á los contrarios con sus mismos principios, y defender el privilegio de primacía con sus propias armas, manifestando tambien por medio de una rigurosa demostracion á donde iríamos á parar si se adoptasen sus teorías, es decir, á subvertir la Iglesia de Cristo, é introducir en seguida un pirronismo teológico en todas las verdades reveladas, y por último la incredulidad; puedo desde ahora prometerme con seguridad la victoria, porque la série de los hechos no me permite dudar que quedará demostrado triunfantemente el asunto.

Puede ser que digan algunos que si está tan claramente descubierto en el día el objeto de los novadores, y tan victoriosamente probado el privilegio de la infalibilidad del Papa, es inútil mi trabajo, no pudiéndose por una parte añadir mas luz al Sol, y no faltando por otra innumerables y célebres escritos sobre el asunto. Pero si se reflexiona bien que los novadores no cesan de disfrazar los hechos mas claros, que el espíritu de vértigo que los domina les ha hecho insensibles hasta ahora á las derrotas mas decisivas, y que demasiado diestros en el arte de enmascararse segun las circunstancias, no dejarán, cuando les falte el apoyo de sanguinarias falanges, de tomar de nuevo las divisas teológicas para perpetuar la guerra contra la Iglesia con los restos de sus fuerzas; se verá que lejos de ser inútil la empresa á que me propongo ceñirme, esto es, seguir paso

á paso sus huellas, desenvolver sus principios, confrontarlos unos con otros, de modo que se vea de una ojeada toda la sustancia de su doctrina, usar de sus mismas armas para impugnarla, entrar por nuevas sendas en sus trincheras, y acometerlos en suma por todos lados; todavía podrá servir de oportuna defensa contra sus nuevos ataques, y redundar así como en mayor gloria de la gerarquía eclesiástica, tambien en mayor confusion de su simulada malicia. Con este fin se pone antes del tratado sobre la infalibilidad Pontificia un discurso, en que con nuevo método y con las demostraciones mas rigurosas se obliga á los novadores por sus mismos principios, ó á confesar abiertamente que no reconocen á la Iglesia, ó á admitir en ella la forma monárquica de su gobierno; y esto solo con desenvolver parte por parte este sencillísimo raciocinio: «Es doctrina católica, enseñada y defendida por los mismos
 » novadores, que no se puede mudar la forma esencial del go-
 » bierno eclesiástico, sin derribar toda la Iglesia por los cimien-
 » tos: ellos mismos sostienen que la forma actual es absolu-
 » tamente monárquica; luego ó fué siempre tal desde su ins-
 » titucion, ó ya está arruinada la Iglesia: niegan ellos que tal
 » haya sido desde su institucion, luego segun sus mismos prin-
 » cipios no existe en el dia la Iglesia de Cristo.” Además, se concluirá el tratado con dos discursos, de un novador con los protestantes, y de un protestante con los novadores, de los cuales aparecerá, ya por la analogía de sus principios, ya por la identidad de sus herecticales declamaciones, que ambos sostienen la misma causa contra los Sumos Pontífices, contra la Iglesia, en una palabra, contra la fé: progresion necesaria en quien ha dado el primer paso. De aquí es que aunque esta apología tiene por objeto principal la infalibilidad de los Sumos Pontífices, he comprendido sin embargo en el título tambien á la Iglesia, porque una vez demostrado que es inseparable de la Iglesia la Cátedra Apostólica, y necesaria la accion de esta para que subsista aquella, quedan aseguradas sus prerogativas á

la Iglesia asegurándose á la Cátedra sus originarios privilegios. Por esta razon y para mayor inteligencia, expondré y refutaré de cuando en cuando, ó en el contexto ó en notas al pie de las páginas, las opiniones de los novadores sobre la propiedad de la Iglesia correspondientes á las prerogativas que niegan á su Supremo Gefe, de modo que salga perfecta la pintura que presentan de sí mismos; pintura que hecha por su misma mano solo ofrece un continuo enorme abuso de la autoridad mas venerable, tanto de la Escritura, como de la tradicion, de la Iglesia, y de la razon. Mas para no fastidiar al lector refiriendo los argumentos de que se valen otros apologistas, ó los omitiré enteramente remitiéndole á los autores donde se encuentran; ó bien si las circunstancias exigen que los indique, lo haré presentándolos siempre bajo un nuevo aspecto: ni dejaré de responder á ninguna objecion de los contrarios por cavilosa que sea, presentando tambien muchas veces las que podrian sacarse fácilmente de sus teorías, aunque ellos no las opongán expresamente. Por último, procuraré en cuanto pueda, que este mi trabajo no sea inútil en el asunto, ni fastidioso en el modo de tratarlo.

Mis lectores juzgarán si he conseguido mi intento; pero creeria ofender á su buen juicio y penetracion, si dudase que no usarán, especialmente en el discurso preliminar, de la advertencia de S. Agustin: *Quisquis legis, nihil reprehendas, nisi totum legeris.*

Validis absque dubio nititur privilegiis, qui causam de adversarii asserit instrumentis. Speciosa victoria est, contrariam partem cartulis suis, velut propriis laqueis, irretire, et testimoniorum suorum vocibus confutare, et æmulum telis suis evincere, ut pugnatoris tui argumenta tuis probentur utilitatibus militare.

Euseb. Episc. gallic. Hom. 2 de Pasch. in *Biblioth. Lugd.*
Vet. Patr. T. 6. pag. 633.

PROSPECTO

DEL DISCURSO PRELIMINAR

SOBRE LA INMUTABILIDAD DEL GOBIERNO DE LA IGLESIA.

- §. 1. Aunque los gobiernos humanos se pueden mudar,
2. es *sustancialmente* inmutable el de la Iglesia, como lo confiesan los mismos novadores,
3. y como sin embargo es necesario demostrar,
4. dando algunas razones, por que estableció Jesucristo un gobierno en su Iglesia.
5. Estas razones demuestran al mismo tiempo su *inmutabilidad y perpetuidad*;
6. no pudiendo admitirse que Jesucristo haya dejado sin determinar la forma de este gobierno, ó permita en ella variaciones esenciales;
7. porque de otra manera la Iglesia ya no sería la misma,
8. y de consiguiente sería imperfecta la obra de su divino fundador.
9. Ni se puede decir que Dios haya dado á la Iglesia autoridad para mudarlo *sustancialmente*,
10. ni tampoco que no haya empeñado su omnipotencia para conservarle siempre el mismo;
11. pues antes bien no solo no permitirá Dios, pero ni puede absolutamente permitir que se haga en él alguna variacion *sustancial*.
12. Luego la Iglesia se opondrá siempre é invenciblemente á todas las variaciones *sustanciales* que se quieran introducir en su gobierno,
13. y aquella sola será la verdadera Iglesia, que las rechace victoriosamente.
14. Por esto el gobierno actual de la Iglesia es *sustancialmente* el mismo que el primitivo.
15. Calumnias de los novadores contra el gobierno presente, y el objeto que se proponen,

16. por el cual quisieran persuadir que son *ilegítimos* los tribunales de la Iglesia,
17. con pretexto de reclamar solamente contra los abusos;
18. y los diferentes medios de que se valen para ocultarlo.
19. El camino breve y seguro para refutarlos es demostrarles igualmente *inmutable* y *perpétua* la forma exterior del gobierno de la Iglesia,
20. como expresiva de la de su esencia ;
21. así porque de otra manera no se distinguiría el gobierno de Dios del de los hombres,
22. como porque sería inútil la inmutabilidad de la forma intrínseca, si la Iglesia pudiese no ejercer *visiblemente* sus derechos,
23. no pudiendo llamarse subsistente en ella un gobierno que no ejerciese.
24. Luego cual es en el día, tal fué siempre *sustancialmente* y *visiblemente* el gobierno eclesiástico.
25. Ahora en el presente siglo es absolutamente monárquico, por confesion de los novadores :
26. y es vana la objecion de la resistencia de algunas iglesias para probar que la monarquía no está adoptada universalmente, porque sería necesario probar que era universalmente impugnada :
27. no pudiéndose admitir medio ninguno en nuestro caso :
28. y aun segun el Tamburini se debe decir que está universalmente adoptada :
29. no pudiendo las iglesias que reclaman representar la Iglesia Católica,
30. ni reclamar en su nombre.
31. Estas iglesias se reducen á la de Francia. Carácter que debería esta tener en la hipótesis de los novadores,
32. contrarios á los que ellos mismos le atribuyen.
33. De todos modos, pues, la Iglesia que nos proponen por ejemplar, no subsiste segun los principios de ellos mismos,
34. y en vano se apoyan en el erróneo principio de la *obscuridad* en la Iglesia.

35. Epílogo de cuanto se ha demostrado hasta aquí.
36. Otro medio de descubrir el designio de los novadores. Segun ellos las iglesias que adoptaron la monarquía serían formalmente hereges,
37. y es vana la apología del Tamburini, de que la adoptaron por *ignorancia*,
38. y que no creian contradecir á ninguna definicion solemne.
39. La monarquía eclesiástica se apoya tambien en el testimonio de la tradicion,
40. y los heréges la dan mucha mas antigüedad que los novadores.
41. Monumentos de haber ejercido los Sumos Pontífices la monarquía en los tiempos antiguos. Siricio se manifiesta superior á los concilios ecuménicos, rehusando juzgar como delegado del de Cápua;
42. y son vanas las cavilaciones que oponen los novadores.
43. San Dámaso anula las actas del concilio Constantino-politano contra los Eudoxianos.
44. San Leon anula con autoridad suprema el canon 28 del concilio Calcedonense,
45. y no tiene fuerza ninguna la objecion de que el concilio no era ecuménico cuando se formó y se aprobó aquel canon,
46. lo mismo que la otra de que San Leon no lo *anuló por sí* sino solamente sobre la autoridad del concilio de Nicea *declarado nulo*;
47. y el mismo Santo Pontífice declara manifiestamente haberlo anulado de su propia autoridad.
48. El recurso que hizo el octavo concilio ecuménico al Papa Adriano, para que restituyese á Teodoro á su silla, confirma la monarquía Papal.
49. Gregorio XII obra como Monarca en el concilio de Constanza, y no se opone aquel concilio,
50. por el cual pretenden los modernos que se definió como artículo de fé la subordinacion de los Papas á los concilios ecuménicos:

*

51. lo que es falsísimo, porque en otro caso no hubiera debido tolerar el ser nuevamente convocado, ni admitir para *mayor cautela* la espontánea renuncia de Gregorio, depuesto ya según los contrarios.
52. Diferencia entre haber aceptado la dimisión de Gregorio, y no haber desechado la de Clemente VIII.
53. Habiendo firmado Juan XXIII el decreto de su deposición, se puede decir que renunció espontáneamente.
54. Pero Benedicto XIII como era un Papa dudoso y cismático, podía ser depuesto legítimamente sin perjuicio de la supremacía Papal.
55. Además, si los concilios tuvieran la autoridad de deponer á los Papas, no debía el Constanciense deponer á Benedicto, ya depuesto por el de Pisa.
56. Nada pues favorecería á los novadores, aun cuando Martino V hubiese confirmado las actas del de Constanza.
- 57 y 58. Aun suponiendo que este concilio hubiese aprobado la doctrina de la superioridad de los concilios, no por eso debería mirarse como definida por la Iglesia universal, porque se le pueden disputar las notas de legítimo y ecuménico, según los mismos principios de nuestros adversarios;
59. y si se quiere conceder que está definida y universalmente abrazada esta doctrina, debe entenderse solamente con respecto á los Papas dudosos.
60. De todo esto aparece manifestamente que la historia de aquel concilio perjudica mas que favorece á los novadores.
61. Falsa idea que estos nos atribuyen de la monarquía Papal.
62. Esta no es un despotismo ;
63. y si en ella hay abusos, estos no destruyen el derecho.
64. Ni de que el Sumo Pontífice sea un verdadero monarca se sigue que los Obispos sean necesariamente unos meros Vicarios suyos ;
65. porque puede darse una autoridad originaria, si bien

- dependiente: como se ven precisados á conceder los novadores, no negando la subordinacion de cada Obispo al cuerpo de toda la Iglesia.
66. Efectivamente la autoridad del gobierno, que es la sola que aquí se considera, no es la que han recibido los Obispos *in solidum*, porque se dividiría la soberanía que es indivisible.
67. ¡Fatal consecuencia! Si para gobernar bastase ser miembro del cuerpo soberano, no se necesitaria ninguna asignacion especial.
68. Naturaleza y derivacion de la jurisdiccion *universal* y *particular* de los Obispos.
69. Pretendida *incomparabilidad* del gobierno eclesiástico con todos los gobiernos humanos, apoyada en la quimera de que está temperada la monarquía Papal con la aristocracia:
70. lo que por otra parte, aunque se admitiese, no bastaria para que la soberanía eclesiástica fuese esencialmente diversa de la civil, que tambien reconoce en Dios su origen, y aun se ejerce algunas veces en un gobierno *misto*.
- 71 y 72. De aquí es que no por otra razon defienden los novadores esta *incomparabilidad*, sino para quitar toda suprema autoridad á la Iglesia, y refundirla en los Príncipes.
73. De cuyo atentado es reo el conciliábulo de Pistoya, sometiéndose bajo todo respecto y sin ninguna excepcion al beneplácito regio.
74. Ni le justifica, antes le condena mas el *limitar como lo hace* la facultad de la Iglesia *al espíritu*, pues que la niega toda autoridad en la policia exterior y ministerio público, sujetándole solamente lo *interno* del hombre:
75. con lo que arruina no menos la una que la otra potestad, quitando á los Príncipes el derecho de obligar moralmente la voluntad de sus súbditos.
76. Tambien se demuestra que el temperamento de la monarquía con la Aristocracia en la Iglesia no excluye ne-

cesariamente en el Papa la cualidad de monarca absoluto, porque este temperamento no puede entrar en la forma esencial del gobierno.

77. Ni tiene fuerza ninguna el alegrarnos aquellos gobiernos en que se ejerce separadamente por cuerpos diversos la autoridad *legislativa*, *ejecutiva* y *judicial*; debiéndose reconocer aun en estos gobiernos una sola cabeza de orden, en quien estén concentradas originariamente todas estas tres potestades:
78. lo que se ven obligados á conceder los mismos novadores, que á pesar de su *temperamento* dicen que reconocen por supremo dominante al Concilio.
79. Pero queriendo que el cuerpo de los pastores sea superior al Papa, deberían llamar al gobierno Eclesiástico *aristocrático-monárquico*, y no *monárquico-aristocrático*.
80. Si la monarquía del Papa es solamente *ministerial*, se tomaria la naturaleza y denominacion del gobierno de la Iglesia, no ya de su cabeza de orden y autoridad, sino de su Ministro, y así *gobernar* sería lo mismo que *depende*:
81. de esta invencion de los novadores deben temer igualmente en su trono los gobernantes temporales, contra los cuales se dirige tambien.
82. Por tanto, el Papa es un verdadero monarca. Luego es infalible.



PROSPECTO

DEL TRATADO SOBRE LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA.

CAPITULO PRIMERO.

Se responde á los argumentos que saca Le-Gros de la Escritura contra la infalibilidad de los Romanos Pontífices.

1. El principio general *omnis homo mendax* no se opone á la infalibilidad del sucesor de San Pedro, porque
2. no se puede probar que sea aplicable á él como Pastor universal, aunque sí como hombre particular.
3. Nada prueba contra la infalibilidad de Pedro el precepto: *Si peccaverit in te &c.*, así porque en este precepto no está comprendido Pedro, como supremo Pastor de la Iglesia,
4. aunque aleguen los contrarios una antigua lección contraria á la fé del texto griego;
5. como tambien porque el pecado de que aquí se habla no es un error contra la fé;
6. y últimamente, porque Jesucristo no entendió aquí por Iglesia el cuerpo de todos los Pastores.
7. Ni favorece á los contrarios el hecho del concilio de Jerusalem,
8. y mucho menos la protesta de San Gregorio á Juan Constantinopolitano: *Si in mea correctione despicior, restat ut Ecclesiam debeam adhibere*; porque en ella no habla de sus decisiones dogmáticas,
9. sino que solo amenaza al ambicioso Juan, con acusarle á la Iglesia, sin derogar en nada su propia potestad,
10. como consta de otros dos hechos, y de una carta del mismo Pontífice.

CAPITULO II.

Se vindica el pasage: Tu es Petrus &c. de las falsas interpretaciones de los novadores.

1. **E**n el texto: *Tu es Petrus &c.* entienden los novadores que se concedió la infalibilidad no á Pedro, sino á la Iglesia universal.
2. Se responde á su sofística interpretacion.
3. Y se demuestra por las palabras del mismo texto, que entendiendo como ellos por Iglesia universal el cuerpo de los Obispos separado de su Cabeza, no es esta la verdadera Iglesia,
4. la cual por las mismas palabras del Tamburini se prueba que no puede existir si no está actualmente unida con Pedro.
5. Es verdad que la piedra esencial es solamente Cristo y no Pedro; pero conviene distinguir la esencia de la Iglesia de su ministerio visible, del cual siendo fundamento los Apóstoles, tiene Pedro entre ellos la cualidad de fundamento principal;
7. de otra manera, ni el colegio Apostólico hubiera representado como ellos confiesan á la Iglesia, ni habria en la Iglesia aquella unidad, á la cual dicen ellos que se confirió el dominio absoluto.
8. Además, de la íntima union con Pedro se deriva la estabilidad de la Iglesia, lo que se prueba, así por la similitud presentada por Jesucristo,
9. como por las mismas palabras del Tamburini. También por estas,
10. y por la necesidad de la concurrencia personal de Pedro para la infalibilidad de la Iglesia, se prueba además que Pedro tiene en sí una absoluta, originaria estabilidad en la fé, y que por lo mismo es infalible.
11. Se responde á los contrarios, los cuales formándose una falsa idea de la cualidad de Cabeza en el Papa, abusan de la autoridad de Sixto III;

12. y á Opstraet en particular, el cual pretende demostrar, que de ser Pedro fundamento de la Iglesia, no se sigue que haya tenido el privilegio de la infalibilidad.

CAPITULO III.

Se examinan algunos dichos de los Padres sobre el referido texto Tu es Petrus &c.

1. **P**ara convencer de falsedad á Le-Gros, que resueltamente asegura que ningun Padre ha inferido la infalibilidad de Pedro del texto: *Tu es Petrus &c.*,
2. no hay necesidad de oponerle toda la tradicion, sino que bastan los tres solos testimonios siguientes.
3. El primero es de Orígenes, que distinguiendo entre piedra é Iglesia, afirma que se concedió la infalibilidad á las dos, y por esta razon reconoce la infalibilidad de Pedro independiente de la de la Iglesia:
4. á cuya autoridad opone Le-Gros otro pasage de Orígenes mismo, en que tiene por comun esta prerogativa de *Piedra* á los Apóstoles y á los fieles perfectos, y se responde á la objecion;
5. haciendo ver en qué sentido ha llamado Orígenes *Piedra* á los Apóstoles y á los fieles.
6. El segundo testimonio es de San Leon, que no solo recuerda expresamente la inexpugnable firmeza en la fé, adquirida por Pedro, sino que tambien reconoce haberse comunicado á todos sus sucesores.
7. El tercero es de San Gregorio, el cual asegura que la firmeza de la Iglesia depende de la firmeza de Pedro,
8. no entendiendo, como quisieran los contrarios, aquella con que Pedro confesó la Divinidad de Jesucristo, sino la que siguió en él á esta confesion, como premio de ella y privilegio anejo á la primacia.
9. Se responde á la acusacion de Opstraet, de que seguimos demasiado servilmente el sentido literal de las expresiones de los Padres, volviéndola contra él:

CAPITULO IV.

Se examina la oracion de Cristo : Ego rogavi &c.

1. Como el cumplimiento de las promesas que hizo Cristo á la Iglesia depende de la union de esta con Pedro, nada se puede concluir de ellas contra la infalibilidad de este, la cual se demuestra que es un privilegio inseparable de su primado por las palabras: *Ego rogavi pro te &c.*
2. Le-Gros pretende que por estas palabras solo se concedió á Pedro un privilegio personal, no anejo á la primacia, esto es, la perseverancia final:
3. y sostiene su propósito con estos argumentos. 1.º Que Pedro no era todavía Cabeza de la Iglesia. Pero se demuestra que las circunstancias del hecho prueban que en la tentacion (*Satan expetivit vos*), contemplaba Jesucristo en Pedro la persona privada solamente, mas en la súplica (*rogavi*) y en el precepto (*confirma*), le miraba como Cabeza;
4. y que aunque no le hubiese elegido antes, se contiene su eleccion en estas palabras, no ya para Cabeza actual, pero para Cabeza futura.
5. 2.º Que Pedro negó á Jesucristo. Pero se responde que la negacion de Pedro precedió al hecho de darle la primacia, antes de la cual no era necesario que tuviese su efecto la súplica de Jesucristo, ni incumbia á Pedro la obligacion de confirmar.
6. 3.º Que Launoy cita 43 Padres que interpretan así el mencionado texto. Pero se responde que estos Padres, cuyo número por otra parte es una falsísima exageracion de Launoy, distinguiendo en Pedro la doble cualidad de persona privada y de Cabeza futura, si reconocen como efecto de aquella súplica bajo el primer respecto su personal perseverancia, no excluyen, antes bien declaran abiertamente su infalibilidad primordial bajo el segundo respecto;

7. la cual distincion de este doble efecto, se demuestra que es convenientísima y conforme á la razon.
8. 4.º Que si se quiere deducir de las referidas palabras la infalibilidad de los sucesores de Pedro, deberian verificarse tambien en ellos las mismas caidas. Pero se demuestra que á los Romanos Pontífices se debe aplicar verdaderamente el *confirma*, pero no el *conversus*.
9. Y como pretende Le-Gros que se refiera á Pedro el *conversus*, pero no el *confirma*, y de consiguiente tampoco el *non deficiat*, que por lo mismo se refieren á la Iglesia, porque el precepto (*confirma*) no se cumplió en Pedro; se demuestra 1.º que el precepto se cumplió realmente en Pedro: 2.º que aun admitida su hipótesis, no era necesario que lo cumpliese Pedro, bastando que lo cumpliesen sus sucesores.
10. Recapitulacion de todo lo que queda demostrado.

CAPITULO V.

Si antes del Gaetano han inferido los Padres y Teólogos de la susodicha oracion de Cristo la infalibilidad Pontificia.

1. De los Padres anteriores al Gaetano, unos prueban por aquella oracion la infalibilidad Pontificia, y otros exponen el precepto de modo que exige necesariamente la infalibilidad. Trataremos de los primeros en este capítulo, y de los segundos en el siguiente.
2. Se alega primeramente un pasage de San Leon que declara manifestamente haberse concedido este privilegio á Pedro en su cualidad de Pastor supremo, y se deduce la derivacion á sus sucesores,
3. negada la cual queda dudoso su primado, pues en ese caso se podrian negar otros privilegios que le fueron concedidos como supremo Pastor, y constituyen el mismo primado:
4. y es enteramente fútil el argumento de paridad que pone Le-Gros entre este privilegio de Pedro, y el don

*

de la sabiduría concedido á Salomon como Rey, y que no se derivó á sus sucesores.

- 5 y 6. Se agregan los testimonios de San Agaton, de San Leon IX, y de Inocencio III,
- 7 y 8. los cuales se deben entender no solo de la indeficiencia de la fé en la Cátedra Apostólica, sino tambien de la absoluta infalibilidad.
- 9 y 10. Se expone la doctrina de Santo Tomas sobre la infalibilidad Pontificia, donde se ve claramente que la considera como efecto de la oracion de Cristo.
11. Se destruyen las cavilaciones con que quisiera probar Opstraet, que el alegar á Santo Tomas como defensor de la infalibilidad, es hacerle contradecirse á sí mismo: y se manifiesta el verdadero sentido en que el Santo aplica tambien á la Iglesia la oracion de Cristo.
12. Se demuestra que la doctrina de Santo Tomas, la cual establece que la autoridad de la Iglesia es el motivo porque se hace el acto de fé, lejos de contradecir la infalibilidad del Pontífice, la supone mas bien, como fundamento de la autoridad de la Iglesia.
13. Finalmente se cita un dicho célebre de San Bernardo, en el cual sin razon pretenden los contrarios que se distingue al Papa de la Sede, y por el cual se ve que tambien este Padre prueba la infalibilidad Pontificia por la súplica de Cristo.

CAPITULO VI.

Si los Padres que refieren al Romano Pontífice el precepto de Cristo confirma &c., lo exponen de modo que necesariamente resulte la infalibilidad.

1. **L**a obligacion de confirmar impuesta á Pedro va unida al correspondiente derecho de exigir obediencia á sus definiciones, y aplicar de consiguiente los medios proporcionados al intento.
2. Si lo niegan los contrarios, quedan convencidos de que ignoran la naturaleza de las obligaciones y dere-

chos de la soberanía, y se contradicen en sus propias doctrinas. Si lo conceden, deben conceder del mismo modo que el Papa puede usar de este derecho para con los Obispos, y que estos estan esencialmente subordinados al Papa en materias de fé.

3. Y esta subordinacion de los Obispos al Papa como la reconocen los Padres, lleva consigo la consecuencia de que si el derecho de confirmar que tiene el Papa no se fundase en la infalibilidad, tenderia á la destruccion en lugar de tender á la edificacion de la Iglesia;
4. ni se pueden interpretar de otra manera las expresiones de los mismos Padres, como quisieran los contrarios;
5. los cuales para hacer comun al Papa la falibilidad de los Obispos, nos oponen en vano:
6. 1.º la obediencia de los *diocesanos* á su Obispo, porque si bien esta es de derecho divino, no es absoluta ni perpétua por su naturaleza, como la que deben todos los fieles al Papa:
7. 2.º la *regular canónica* obediencia que se debe al Papa; así porque esta no está sujeta al consentimiento de la Iglesia universal, del modo que quisieran los novadores lo estuviese al consentimiento del clero la obediencia debida á los Obispos;
8. como porque supuesta esta subordinacion de los Obispos al clero, y deduciendo una igual subordinacion del Papa á la Iglesia, venimos á parar en que se quita toda forma de gobierno en la Iglesia, y solo se establecen por fundamento de la fé, suposiciones y conjeturas;
9. y finalmente, porque jamas podria haber este consentimiento de la Iglesia:
10. 3.º el ser los Obispos, no menos que el Papa, *jueces naturales de la fé*; porque no tiene lugar la paridad, no siendo una misma la autoridad, intencion y modo de definir en el Papa y en los Obispos, y no exigiendo por esta razon la obediencia debida á los Obispos un ciego asenso del entendimiento, como lo exige la obediencia debida al Papa;

11. el cual tiene el poder de obligar á ello coactivamente á los fieles antes del consentimiento de la Iglesia, y de consiguiente debe ser infalible.

CAPITULO VII.

Si el poder de las llaves se confirió directamente á San Pedro: si reconoce algun superior en el ejercicio de este poder, y las consecuencias que de esto nacen.

1. El poder de las llaves que lleva consigo una verdadera fuerza coactiva es un poder primacial,
2. porque fué conferido directamente á Pedro en premio de su confesion, no de otra manera, que fué constituido piedra y fundamento. Y por poder primacial le reconocen no menos los Padres,
3. que los mismos autores nada sospechosos á los novadores.
4. Luego encierra en sí una autoridad independiente y soberana,
5. y no se confirió á los demas Apóstoles sino con dependencia de Pedro.
6. Luego Pedro que en el poder de las llaves tiene una autoridad independiente para juzgar en materia de fé, debe ser infalible en el ejercicio de esta misma autoridad.

CAPITULO VIII.

Se responde á la objecion de Opstraet contra la infalibilidad Pontificia, tomada generalmente de la supuesta obscuridad de la Escritura.

1. Aunque los Padres interpretan de varios modos los diferentes textos de la Escritura, por donde se prueba la infalibilidad Pontificia; con todo eso ninguno la excluye, antes bien todas estas interpretaciones se pueden conciliar con la que nos presenta al Papa decorado con este privilegio:

2. y el concluir de esta variedad de interpretaciones que no está bastante declarada la infalibilidad, es favorecer el dogma heterodoxo de la claridad de la Escritura.
- 3 y 4. Se demuestra que cualquier otro modo de explicar este privilegio distinto de como lo explica la Escritura, por claro y evidente que fuese, estaría expuesto á las mismas cavilaciones de los adversarios.

CAPITULO IX.

Sin razon se distingue en los juicios dogmáticos la Silla del que está sentado en ella, y la indefectibilidad de la infalibilidad.

1. **P**ara eludir los argumentos que hay á favor de la infalibilidad Pontificia, enseñan los novadores: 1.º que la Sede es distinta del Pontífice y superior á él: 2.º que no es el Pontífice inseparable de la Sede, y que en el caso de separacion se debe recurrir á esta antes que á él: 3.º que las promesas de Cristo fueron hechas á la Sede y no al Pontífice, el cual no hace mas que representarla.
2. Pero en cuanto á lo primero, se prueba que semejante distincion no puede tener lugar con respecto á la doctrina y á la autoridad; y que este fué el sentir de todos los Padres, los cuales reconocieron siempre por centro de unidad no á la Sede, sino á la primacia, y de consiguiente al Pontífice que la tiene:
3. ni favorecen á los contrarios las palabras de S. Leon: *aliud sunt sedes, aliud præsides*, ni aun en la falsa hipótesis de que en este lugar hablase de autoridad y de doctrina;
4. porque la Sede no tiene ninguna prerogativa originaria, por lo cual, si se la quiere suponer distinta del Pontífice, de quien se deriva para ella toda prerogativa, es un *nuda*.
5. En cuanto á la segunda proposicion de los novado-

res, se demuestra evidentemente que es absurda, y contraria á la práctica de todos los siglos.

6. En fin, en cuanto á lo 3.º se deja conocer que conduce por necesidad al error herético de negar al Pontífice la primacía de jurisdiccion.
7. Tambien se demuestra insubsistente la distincion que hace el Tamburini entre la infalibilidad y la indefectibilidad del Pontífice, mediante el mismo argumento de que él se vale para probar que es inseparable la infalibilidad de la indefectibilidad de la Iglesia.

CAPITULO X.

La sola indefectibilidad explicada como la explican los contrarios, no puede ser el fundamento para aquella favorable prevencion con que solian los Padres, segun el testimonio de Tamburini, recurrir á la Silla Apostólica.

1. No podia fundarse la favorable prevencion de los Padres hácia los Sumos Pontífices en los mayores conocimientos de estos en todo lo que concierne á la Iglesia universal;
2. como ni tampoco en la indefectibilidad de la Silla Apostólica, si no estaban firmemente persuadidos de su fidelidad en conservar y abrir el depósito de la doctrina.
3. Pero esta fidelidad supone una especial asistencia divina, sin la cual sería por consiguiente imperfecta la institucion de aquella primacía, sobre lo cual se fundaba dicha favorable prevencion de los Padres:
4. los Padres pues reconocieron unánimemente que convenia para el privilegio de indefectibilidad una especial asistencia, que segun la naturaleza del primado es una misma cosa con la infalibilidad.
5. Luego la confianza de los Padres se fundaba en el presunto privilegio de la infalibilidad, como lo confirman los hechos.

CAPITULO XI.

Admitida esta piadosa confianza y favorable presuncion en los Padres, se ven obligados á confesar los contrarios, que de su doctrina nada pueden concluir decisivamente á su favor.

1. No pudiendo conciliarse en el entendimiento un juicio absoluto con una incertidumbre actual, se sigue que admitida la presuncion de los Padres en favor de la infalibilidad del Pontífice, no se deben tomar segun el rigor de los términos sus expresiones, cuando se muestran inclinados á la sentencia contraria.
2. Tanto mas, que debiéndose establecer cuál sea la doctrina fundamental de un escritor, para conciliar sus aparentes incoherencias, y estando á nuestro favor el fundamento de la presuncion ya demostrada,
3. no tienen prueba ninguna los contrarios de que la doctrina fundamental de los Padres es la de la falibilidad.
4. Ni al sentido propio que nosotros damos á sus expresiones en favor de la infalibilidad Pontificia, repugnan las expresiones que nos oponen los contrarios; porque estas se pueden explicar segun los varios respetos bajo los cuales se considere al Pontífice; cuando aquellas le miran bajo el solo respeto de la primacia.

CAPITULO XII.

Se demuestra que no se pueden aplicar á las interpretaciones de los contrarios algunas reglas generales establecidas para la inteligencia de los Padres.

1. Se expone la pretension de los novadores de interpretar por medio de la doctrina de los tiempos en que vivieron los Padres sus expresiones favorables á la infalibilidad Pontificia,
2. y se demuestra vana en nuestro caso, porque deberian

demostrar que aquella doctrina enseñaba la falibilidad Pontificia; y esto, mediante alguna definicion de la Iglesia universal, ó alguna práctica tambien universal, cierta, y muy notoria, de la cual no se pudiese señalar otra causa y origen que la referida doctrina; lo que no han hecho ni podrán hacer jamas.

3. Aun en la falsa hipótesis de que puedan presentar los contrarios el testimonio de algun Padre en su favor, deben, segun sus mismos principios, dar la preferencia á los testimonios que nosotros alegamos.

CAPITULO XIII.

La libertad con que escribian algunos Padres á los Papas no prueba que los creyesen sujetos á errar.

1. La libertad con que escribian algunos Padres á los Papas, no tenia por objeto el oponerse á sus dogmáticas decisiones, como sería necesario para que se formase de ella algun argumento contra la infalibilidad de los mismos; sino solamente su demasiada facilidad en excomulgar.
2. Se demuestra tambien que esta libertad de los Padres en inculcar á los Pontífices la mayor cautela antes de lanzar los anatemas, es una prueba de que reconocian en estos tanta eficacia, que no se podia mirar sino como una consecuencia de la infalibilidad de los mismos Pontífices;
3. como es al mismo tiempo una prueba de que reconocian tambien en los Papas la facultad de lanzarlos absoluta, independiente y legítima.
4. Cualesquiera que sean las expresiones de los Padres que aleguen los contrarios para probar su intento, no solamente no es forzosa la consecuencia que sacan de ellas, sino que tambien es la menos probable, como contraria á la favorable prevencion que guiaba á todos los Padres en todos tiempos y paises á recurrir y consultar á aquellos mismos Papas, á quienes escribian con tanta libertad.

CAPITULO XIV.

Ni tampoco esto se prueba por que los Padres no opusiesen á los hereges la infalibilidad Pontificia: donde se examina si pudo San Agustin alegarla contra los donatistas.

1. No opusieron los Padres á los hereges el privilegio de la infalibilidad Pontificia, porque estos no la admitian, y era conveniente combatirlos con sus propias armas, y por lo mismo prescindir de aquella verdad.
2. Pero no se puede probar que alguno de ellos la negase: y es vano el argumento con que creen probarlo los contrarios respecto de San Agustin; esto es, de haber declarado este Padre que no se concluyó la causa de la rebautización mediante la decisión del Papa San Estéban, sino solamente despues del Concilio de Nicea:
3. porque San Agustin, queriendo quitar á los donatistas el argumento del ejemplo de San Cipriano, no hizo más que
- 4 y 5. exponer en que consistia la diferencia entre la conducta de uno y de otro;
6. prescindiendo enteramente de toda autoridad, así del Pontífice, como de la Iglesia, y limitándose á argüir á su favor únicamente con las demostraciones, que con el apoyo de la Escritura y de la tradicion habían ya dado en tiempo de los donatistas la mayor claridad á una verdad que no la tenia en tiempo de San Cipriano;
- 7 y 8. y en vano procuran probar los contrarios que San Agustin no prescindió de la autoridad de la Iglesia, pero sí solamente de la del Pontífice Estéban, para poder concluir de aquí que no reconocia la infalibilidad.

CAPITULO XV.

La renovacion que se hace algunas veces en los concilios de las causas definidas por los Romanos Pontifices, no es porque los Padres sospechen una definicion errónea.

1. **D**e la doctrina de Tertuliano, que la regla de fé debe ser *immobilis, et irreformabilis, et irretractabilis*, en vano concluyen los novadores que el nuevo exámen que se hace en los Concilios de los oráculos Pontificios es una prueba de la persuasion universal acerca de la falibilidad del Papa:
2. porque en estas expresiones entiende Tertuliano que jamas se podrá convencer de falsedad á la regla de fé ni revocarla, pero no que el objeto que en ella se propone, no pueda sujetarse á nuevo exámen, ó para manifestar con cuanta madurez se procede contra los hereges, ó para instruir y afirmar en la fé á los que vacilan.
3. Así cabalmente se ha practicado en los concilios quando se han reproducido las causas definidas por el Pontífice,
- 4 en los cuales se han reproducido tambien muchas veces las causas ya definidas por la Iglesia dispersa, sin perjudicar por esto á su infalible autoridad,
5. conque tampoco debe quedar perjudicada la del Pontífice,
6. aunque en la fórmula de suscripcion declaren los Padres que suscriben á las letras Pontificias, no en cuanto emanan de la Silla Apostólica, sino en cuanto se conforman con la tradicion, los concilios y la Escritura.
7. Y el no poder menos de asentir á las definiciones del Pontífice, porque son infalibles, no quita á los Padres la libertad en el votar, del mismo modo que no se la quita el ser infalible el concilio.

CAPITULO XVI.

Se examinan los dichos del Concilio 5.º y el hecho de Honorio; y se demuestra que son inconcluyentes tanto aquellos como este contra la infalibilidad del Papa...

1. **P**retende Le-Gros que de algunas expresiones de los Padres del Concilio 5.º dirigidas al Papa Vigilio, que por justas razones no quiso intervenir en él, se puede inferir que negaban la infalibilidad Pontificia.
2. Las circunstancias del hecho suministran, al contrario, un monumento clarísimo de su infalibilidad,
3. y estas circunstancias, no pudiendo conciliarse con la suposicion de que creia el Concilio ser superior al Papa, y poder decidir alguna cosa sin su concurrencia, demuestran que se consideraba inferior, y que aquellas expresiones en lugar de contradecir la infalibilidad de Vigilio y de los Papas, mas bien la confirman.
4. Tampoco contradice de ninguna manera á la infalibilidad Pontificia el hecho de Honorio, no habiendo sido excomulgado por el 6.º Concilio como herege formal, sino solamente como fomentador de la heregia, por negligente en reprimir el monotelismo. Lo que se prueba no solo con el testimonio de autores no sospechosos á los contrarios, y de los Padres y escritores contemporáneos,
5. sino tambien por la distincion que hizo el Concilio entre la condenacion de los hereges y la de Honorio.

CAPITULO XVII.

La aceptacion posterior que exigen los novadores para reconocer por legitimo y ecuménico á un concilio, solo sirve para destruir toda su autoridad en la Iglesia.

1. **L**os novadores por no admitir en el Papa el derecho de declarar la legitimidad de los concilios, lo que sería lo mismo que confesarle infalible, la hacen de-

penden de la aceptacion de la Iglesia universal, de cuyo principio se seguiria:

2. 1.º Que jamas se recibiria por legítimo y ecuménico un concilio, si no le aceptaban los mismos hereges.
3. 2.º Que pudiendo dudarse siempre si por defecto de exámen acepta la Iglesia como legítimo un concilio que no lo es, y viceversa; sería necesario demostrar la equidad de las definiciones conciliares por medio del racioncinio, y establecer de consiguiente á la razon como principio y base de nuestra fé.
4. 3.º Que dependiendo la aceptacion del concilio de la totalidad de los Pastores, ninguno de estos, excepto el último, podria adherirse á un concilio por autoridad de la Iglesia universal.
5. 4.º Que aun cualquier Obispo podria desechar impunemente los concilios, y establecer por sí solo segun su capricho, que la verdadera Iglesia era aquella en que segun su dictámen se hallaba la verdadera doctrina.
6. 5.º Finalmente, que los mismos fieles tendrian derecho para examinar la conducta tanto de los concilios, como de la Iglesia aceptante, por lo cual no habria para ellos ninguna autoridad, porque ellos mismos serían los jueces de su fé.

CAPITULO XVIII.

Se examina si la conducta de la Facultad de Teología de París en la causa de Montesson es un monumento de la tradicion contra la infalibilidad Pontificia.

1. **C**ontra Le-Gros que desde el siglo VIII hasta el siglo XV no sabe alegar otro monumento de la tradicion contra la infalibilidad Pontificia, sino la doctrina de la Facultad de Teología de París en la causa de Montesson,
2. precedida una exacta relacion de las circunstancias del hecho,

3. se demuestra: 1.º que el juicio de Pedro de Aliaco, diputado de la misma Facultad, sobre la proposicion de Montesson, no se opone á la infalibilidad Pontificia;
4. 2.º Que ni aun por todo el contexto de la disputa se puede saber con precision cual fuese su doctrina sobre este privilegio:
5. 3.º Que aunque pudiese probarse que era contraria, no se seguiria que la Facultad de Teología seguia la misma doctrina.
6. 4.º Que aunque la siguiese, no se podria mirar aquella Facultad de Teología como el órgano de la tradicion universal.

CAPITULO XIX.

Las oposiciones que alguna vez encontraron los Papas, no prueban la persuasion universal de la reformabilidad de sus juicios.

1. **A** las oposiciones que han experimentado las decisiones de los Pontífices, les faltan todas las condiciones que se necesitarian para poder probar por ellas la persuasion universal de la reformabilidad de sus juicios,
2. porque 1.º ó fueron sobre puntos de disciplina. Y tal fué la oposicion de los Obispos Asiáticos al Papa Victor, por la cual sola se puede conocer en general cuan inconcluyentes son todas las demas que suelen alegar nuestros adversarios:
3. 2.º ó procedieron de cualquier otra causa fuera de la antecedente persuasion de la falibilidad del Pontífice. Y tal fué sin duda la oposicion de los Obispos Asiáticos,
4. la cual aunque se suponga que procedia de esta persuasion, ninguna fundada autoridad formaria el número de aquellas Iglesias Asiáticas comparado con el resto de la cristiandad;
5. tanto mas, quanto que se deberian descontar de este número las que aun teniendo sentimientos contrarios á la infalibilidad de la Iglesia, deben reputar los

mismos contrarios como privadas de toda autoridad:

- 6.7 y 8. 3.º ó las toleraron libremente los Pontífices por amor á la paz, como ha hecho la Iglesia misma en tantas solemnes definiciones suyas, y como se debería decir que hizo en la suposición de que los concilios de Constantza y Basilea hubiesen definido solemnemente, como pretenden los contrarios, la superioridad del concilio sobre el Pontífice:
9. 4.º ó finalmente, porque á los que así se han opuesto, jamas se unió la Iglesia, ni dispersa ni reunida en concilio, con declaracion formal, no pudiendo presentarse ningun caso en que haya desechado un solo decreto dogmático de los Romanos Pontífices.

CAPITULO XX.

El hecho de San Cipriano no prueba que son legítimas las oposiciones á los juicios dogmáticos del Romano Pontífice porque parece que miraba únicamente como de disciplina la controversia sobre reiterar el bautismo.

1. **E**ntre los argumentos que se acostumbran á emplear para mostrar inaplicable á la sentencia de nuestros contrarios el hecho de San Cipriano, uno es que el Santo Obispo tenia por punto de disciplina la controversia sobre la reiteracion del bautismo.
2. Si efectivamente hubiera creído que trataba un punto de fé, no hubiera podido justificarse de la nota de cismática la definicion que de él emanó en el Concilio Africano sin dependencia ninguna de la Iglesia y del Pontífice;
3. ni le defenderia el ejemplo de los anteriores concilios nacionales ó provinciales, porque estos no juzgaron en materia de fé sino con el antecedente consentimiento de la Iglesia, ó con ánimo de someterse absolutamente á su juicio: como tampoco el no conocer él la autoridad á que se oponia, porque no ignorando la universal costumbre contraria,

4. que era una consecuencia necesaria del dogma sobre la validacion del bautismo de los hereges, tampoco podia ignorar que aquella á que se oponia era la fé universal.
- 5 y 6. Y que Cipriano no pensaba que juzgaba una materia de fé, se prueba por su carta á Jubayano, en la cual no excluyendo de la salvacion eterna al herege convertido y no rebautizado, y no teniendo este derecho á la salvacion eterna por el bautismo de sangre, ni por el de deseo, ni por la profesion de los demas dogmas, se debe concluir que creeria su salvacion por el bautismo ya recibido; y de consiguiente que miraba la reiteracion del bautismo como una práctica externa, y de mayor seguridad y perfeccion.
7. A la objeccion de que Cipriano no podia prescindir del principio especulativo, se responde que aun quando no pudiese legítimamente, prescindió de hecho, como se demuestra que lo hizo el mismo Concilio de Nicea.
8. Se observa en fin, que así como los argumentos de Cipriano contra el bautismo de los hereges podrian valer contra el de los pecadores; del mismo modo no pudiendo suponerse que tuviese á este por nulo, se debe presumir que tampoco tenia al otro por inválido, porque en otro caso se contradiria manifestamente.

CAPITULO XXI.

Si San Cipriano tenia por perteneciente á la fé la reiteracion del bautismo, y decidida por el Pontifice la controversia; se ven obligados los contrarios segun sus mismos principios, á no valerse de su autoridad en cuanto al hecho ni en cuanto á la doctrina.

1. Se jactan los novadores de que hallan en la doctrina y conducta de Cipriano un argumento victorioso de la tradicion universal contra la infalibilidad Pontificia;
2. pero se les demuestra que en la hipótesis de que cre-

yese agitar Cipriano un punto de fé definido ya por el Papa, sus expresiones y las de su concilio no solamente son contrarias á los sentimientos que los mismos novadores enseñan deberse tener hácia el sucesor de San Pedro;

3. sino que tambien destruyen todas las prerogativas del Primado Pontificio, que segun ellos mismos reconocen, son inagenables de la Cátedra de San Pedro, cuales son:
4. el ser la depositaria de la tradicion universal,
5. el ser indefectible en la fé, y no poder defender obstinadamente el error,
6. gozar su juicio de una presuncion favorable,
7. tener en los juicios dogmáticos *la parte principal*, y el derecho de definir, de excitar á todas las Iglesias, y de hacerse obedecer por los Obispos en el uso de los medios canónicos para mantener la integridad de la fé.
8. De aquí se sigue que en esta hipótesis no se puede alegar la autoridad de Cipriano para reconocer la doctrina de la Iglesia sobre las principales prerogativas del Primado Pontificio, y de consiguiente ni tampoco respecto á la infalibilidad del Papa.
9. Y si como pretenden los contrarios las referidas expresiones de Cipriano admiten alguna benigna interpretacion, con mucho mas fundamento se podrá interpretar que creyó versaba la controversia sobre un punto de pura disciplina, mas bien que sobre un dogma definido por el Pontífice;
10. y esto, porque con tal interpretacion conseguimos purificarle de la tacha de herege, á que le conduciría la hipótesis contraria.

CAPITULO XXII.

Las reglas que establece Tamburini para calcular el peso de las oposiciones dan á cada uno el arbitrio de desechar segun le parezca las mas solemnes definiciones de la Iglesia misma.

- 1 y 2. **P**ara formar un juicio recto y exacto de las reglas que fija Tamburini para asegurarnos de si en las decisiones Pontificias que hallen contradiccion, ha hablado la Iglesia ó no, se asientan primero algunas verdades incontrastables, por las cuales se prueba la necesidad de un medio infalible para conocer sin tener que recurrir á exámenes ni racionios, el tribunal en quien reside la infalible autoridad de definir los artículos de fé.
3. Este medio decimos nosotros que es la voz del Papa, ya en sus solemnes definiciones, ya en la confirmacion de los concilios. Pero Tamburini, pretendiendo que se puede dudar si hay algun engaño en esta voz, prescribe para que podamos asegurarnos,
4. algunas reglas,
5. que lejos de guiar á los fieles para encontrar la verdad, solo servirian para mantenerlos en una continúa incertidumbre y perplejidad.
6. En efecto, deberian 1.º examinar las cualidades personales de los que se oponen, y hallarian á cada paso motivos justos para temer engañarse.
7. 2.º Indagar el fin por que se oponen; y como no puede haber cosa mas incierta si trataban de averiguarlo por la conducta que se observase en oponerse, tendrian siempre motivo para recelar que podia ser cualquiera otro fin menos el amor á la verdad;
8. 3.º considerar los progresos de la oposicion, que pudiendo hallarse, y aun verificándose hallarse ordinariamente, como se lamenta el mismo Tamburini, de parte del error, no podrian distinguir cuando triunfa este, y cuando la verdad;

*

9. 4.º trasladarse á los tiempos anteriores á la disputa para reconocer la doctrina que entonces se enseñaba comunmente: y despues,
10. examinar el consentimiento de los Padres, el cual si era desconocido de la Silla Apostólica y de la máxima parte de los Obispos que abrazasen la definicion, podria ser tambien desconocido ó á lo menos dudoso para los fieles que tratasen de averiguarlo:
11. y examinar la doctrina de los concilios, en la cual, supuesta la regla de la aceptacion posterior, nunca podrian estar ciertos de que se contenia la fé de la Iglesia universal;
12. y aun cuando lo estuviesen, nunca podrian estarlo de que esta fé se hubiese definido infalible y solemnemente en aquellos concilios:
13. y si para asegurarse recurrian al modo de pensar de la Iglesia dispersa en cuanto á aceptar aquellos concilios, caerian en un círculo vicioso, y encontrarian las mismas dificultades, de modo que siempre se hallarian entregados á sus luces privadas y á su dictámen, tanto en el adoptar como en el desechar la mas solemne definicion de la Iglesia.

CAPITULO XXIII.

La naturaleza de los derechos esenciales del Primado, aun entendida como la reconoce Tamburini, excluye necesariamente la distincion entre el derecho de representar la Iglesia, y la actual representacion de la misma; y demuestra que el Papa es infalible.

1. Como de admitir absolutamente que el Romano Pontífice representa la Iglesia quedaria confirmada su infalibilidad; por tanto los novadores con Tamburini soñaron distinguir el derecho de representarla de su actual representacion, enseñando que pertenece al Papa lo primero en virtud de su Primado, pero que no se verifica lo segundo sino cuando obra en nombre y con la autoridad de la Iglesia.

2. Se demuestra por tanto que este simple derecho separable de la actual representacion está en contradiccion con la suprema autoridad del Primado que reconoce el mismo Tamburini:
3. 1.º porque sus mismas teorías sobre la naturaleza del Primado conducen necesariamente á reconocer en el Pontífice independiente enteramente de la Iglesia el ejercicio de este derecho;
4. 2.º porque las condiciones de que él hace depender el ejercicio, hacen totalmente inactivo é ineficaz, y de consiguiente que no proceda de institucion divina, ni de la naturaleza del Primado, el mismo derecho;
5. 3.º porque una vez que este derecho es intrínseco á la primacia, como él mismo confiesa, debe ser originario, permanente, inagenable; y debe por lo mismo autorizar absolutamente al Pontífice para la actual representacion de la Iglesia,
6. como quien lleva realmente acumuladas en sí mismo las autoritativas prerogativas de la Iglesia.
7. Ni tiene fuerza ninguna el argumento de paridad entre el Papa y los Obispos, los cuales aunque tienen derecho de representar á sus iglesias, no tienen sin embargo la actual representacion: porque contra el derecho de los Obispos puede la Iglesia *establecer prescripcion*, pero no contra el del Pontífice, segun la doctrina de los mismos contrarios.
8. El Papa, pues, está investido con la actual representacion de la Iglesia. Pero no sería verdadera esta representacion si el Papa no representase al mismo tiempo su unidad de sentimientos y doctrina. Luego debe ser infalible.

CAPITULO XXIV.

Se demuestra que es legitima en el Romano Pontífice la distincion de persona privada y de Pastor de la Iglesia; y se indican algunas reglas para conocer cuando define alguna cosa verdaderamente ex Cathedra.

1. Los novadores para atribuir al Romano Pontífice, aun como supremo Gerarca, la falibilidad propia del hombre, no admiten en él la distincion de persona privada y de Pastor de la Iglesia,
2. cuya distincion si bien ya otros la han demostrado y defendido con argumentos victoriosos,
3. se prueba no obstante por la libertad de que goza el Pontífice de ejercer actualmente su autoritativa primacía, la cual no destruye en él la cualidad de hombre privado, y á cuyo libre ejercicio estan concedidas las luces sobrenaturales, para que no yerre en sus decisiones dogmáticas,
4. y con un argumento *a pari* tomado de la misma distincion que admiten tambien los novadores en los Padres de un concilio ecuménico.
5. Notas intrínsecas y extrínsecas para discernir cuando define *ex Cathedra* el Pontífice, y cuando habla como persona privada.
6. La distincion indicada puede tener lugar en una misma definicion; en cuanto el Papa puede fortalecer sus decisiones, solo en las cuales es juez infalible, con argumentos teológicos, en cuya produccion no debe considerarse sino como simple teólogo, aunque de la mayor autoridad.
7. Por tanto para que los novadores pudiesen inferir concluyentemente de los hechos la falibilidad Pontificia, sería necesario que presentasen alguna definicion adornada con las insinuadas notas, cuyo objeto inmediato fuese un error: lo que no podrán hacer jamas.

CAPITULO XXV.

El efecto de las excomuniones impuestas por los Papas no depende del expreso consentimiento de la Iglesia, sino de su extrínseca eficacia, y de consiguiente tambien demuestra que los Papas son infalibles.

1. Son absolutas y eficaces las excomuniones fulminadas por los Papas, aun antes que la Iglesia consienta en ellas expresamente; porque 1.º los Papas no reconocen ni exigen como necesario semejante consentimiento; 2.º jamas ha pretendido la Iglesia tener este derecho.
2. En cuanto á lo primero, oponen los contrarios dos textos de los Papas Simplicio y Siricio, en los cuales, dicen ellos, que los Pontífices reconocen que la eficacia de sus excomuniones depende de dicho consentimiento; y luego establecen una regla para explicar á su modo los decretos en que los Papas la declaran independiente.
3. Pero una cosa es esperar este consentimiento suspendiendo el ejercicio del propio derecho por alguna razon prudente; y otra es creerlo necesario. En los textos alegados no solo no se cree necesario, sino que ni siquiera se pide:
4. y aun tanto del texto de Siricio,
5. como del de Simplicio, se debe concluir todo lo contrario.
6. La regla que establecen para interpretar los decretos, 1.º tiende á arruinar enteramente la tradicion mas clara y decisiva, 2.º la contradicen evidentemente los mismos Pontífices,
7. como se puede ver, sin multiplicar ejemplos, por el decreto de Gelasio en la causa de Acacio:
- 8 y 9. en el cual tampoco se pueden imaginar las distinciones soñadas por los contrarios para destruir la eficacia intrínseca de la excomunion Pontificia, aunque la

causa de Acacio era de tal naturaleza que podia admitirlas.

10. La intrínseca eficacia, y de consiguiente la independencia de las excomuniones Pontificias, se demuestra por ser el derecho de usarlas un derecho de la Primacia: siendo los derechos del Primado intrínsecamente eficaces por su naturaleza, y por consecuencia independientemente del consentimiento de la Iglesia que es extrínseco á las excomuniones.
11. Ni se puede decir que las excomuniones Pontificias son simples declaraciones que califican una doctrina ya juzgada, como son las de los concilios, 1.º porque la eficacia de estas depende de la aprobacion que dan los Pontífices á las actas conciliares,
12. 2.º porque si fuesen tales, el derecho del Papa, en lugar de ser útil, sería perjudicial para la Iglesia.
13. Ni se sigue de aquí que la Iglesia esté privada del derecho de excomulgar.
14. En cuanto al segundo de los dos argumentos que hemos dicho antes, invitamos á los adversarios á que presenten una sola oposicion que haya hecho la Iglesia á una formal excomunion Pontificia acompañada de los requisitos necesarios, y les remitimos al capítulo 19, donde hemos tratado del juicio que debe formarse de las oposiciones á los decretos Pontificios en general.
15. Del derecho de excomulgar que tiene el Papa, con independencia del consentimiento de la Iglesia, se concluye que es infalible.
16. Y á los contrarios que oponen el tono definitivo de las excomuniones pronunciadas por los Obispos, aunque no son infalibles,
17. se responde que no corre paridad, porque 1.º los Obispos no pueden excomulgar sino por pecados de las costumbres, ó por errores de fé en puntos ya definidos, y de consiguiente solo por materias de *hecho*; mientras el Papa excomulga tambien por errores contra la fé en puntos que define él mismo, y de consiguiente en materias de *derecho*:

18. 2.º porque el Obispo que excomulga no impone ninguna obligacion á los demas Obispos; pero el Papa impone á todos indistintamente la obligacion de guardar su excomunion. Se concluye de aquí que los anatemas de los Obispos no exigen que estos sean infalibles; mientras que los del Papa deben estar apoyados en su infalible juicio.

CAPITULO XXVI.

Se disuelven algunas dificultades, tomadas de la razon contra la infalibilidad Pontificia.

1. Dicen los novadores, que asegurando la infalibilidad del Papa, habria que negar la de la Iglesia, ó á todo mas atribuirle solamente una infalibilidad pasiva que no conviene á la Iglesia.
2. Empero esta distincion de infalibilidad activa y pasiva, si se confronta con el fin primario de la misma infalibilidad, que es el estar exenta de errar, está vacía de todo sentido.
3. Y si por infalibilidad activa se entiende, como debe entenderse, la luz indefectible que alumbra siempre á la Iglesia con el derecho de someter los fieles á la creencia de lo que les propone; esta no se le quita, aun supuesta la infalibilidad Pontificia.
4. Sería, añaden, la infalibilidad Pontificia un milagro visible y continuo.
5. Y lo es justamente, como lo es la infalibilidad de la Iglesia.
6. Y si el de la infalibilidad de la Iglesia no excluye el trabajo de los Padres en desenvolver y aclarar los monumentos de la verdadera creencia; la infalibilidad de los Pontífices no les dispensa de poner los medios ordinarios para descubrir la verdad. ¿Pero cómo se puede conocer, replican los contrarios, si los Pontífices han puesto esos medios? ¿Y cómo se puede conocer, respondemos nosotros, si los ha puesto la Iglesia en

los concilios generales para cuya legitimidad se exigen tantas otras condiciones?

7. Y si con motivo de la dificultad que hay en conocer si se han cumplido estas condiciones, se quiere admitir en los fieles una persuasion antecedente y firme de que se han cumplido efectivamente por los concilios, ¿por qué no se podrá admitir esta misma persuasion con respecto á las definiciones solemnes del Papa?

8. Y esto con tanta más razón, cuanto que jamas podrán probar los contrarios que demuestre la experiencia haber omitido los Papas los insinuados medios.

9. Se disuelven algunas objeciones de menor importancia.

10. Conclusion.

EXHORTACION

de un novador moderno para reducir á los protestantes á la unidad.

RESPUESTA

de los protestantes, que en defensa de su conducta nada alegan para su propia justificacion sino las teorías del mismo novador.



DISCURSO PRELIMINAR.

Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam. Matt. Cap. 16.

§. I.

Cuando se pregunta si un gobierno puede padecer mutaciones esenciales, se pregunta sin duda si son alterables y se pueden subvertir las leyes fundamentales que forman el plan por el cual se ha formado: y como de ellas depende esencialmente la diversa naturaleza de los gobiernos, por esta razon cuando se dice que un gobierno puede recibir modificaciones esenciales, es lo mismo que decir que puede degenerar en otro gobierno. Pues esta transformacion se ve efectivamente en los gobiernos políticos, traiga de donde quiera sus derechos y su origen la soberanía, y de ello nos presenta ejemplos muy luminosos la historia de Persia y Roma. Sexto Empírico refiere la costumbre que habia en Persia de suceder la anarquía por algunos dias á la muerte de los Reyes; y Herodoto nos cuenta el consejo que dieron los siete Grandes sobre la forma de gobierno que se debia adoptar despues que murió Cambises.

§. II.

No puede suceder esto en el gobierno eclesiástico, que ni por su naturaleza es variable en su constitucion esencial, ni podrá mudarse jamas á despecho de todos los esfuerzos de la insubordinacion; pues reconoce su fundamento en la institucion de Cristo, que juró á su Iglesia una perpétua asistencia. Es esta una verdad que confiesa y defiende enérgicamente el mismo Tamburini; porque «mudándose (dice) la forma esencial, se trastorna todo el orden sobre que Cristo fundó su » Iglesia; y sobre este punto no la dejó ninguna potestad. La » forma que estableció debe ser permanente y perpétua. En el

*

» gobierno de los hombres suceden á las veces estas mutaciones,
 » y la nueva forma que se introduce adquiere con el tiempo
 » un derecho de posesion pacífica. Pero Jesucristo ha estable-
 » cido su Iglesia, para que dure tal cual la estableció hasta la
 » consumacion de los siglos"(1). Este solo testimonio basta pa-
 ra demostrar la superfluidad de cuantos argumentos pudieran
 presentarse á los *iluminados* de nuestros dias, siendo su autor
 el oráculo universal de quien todos dependen ciegamente.

§. III.

Mas porque de la inmutabilidad del gobierno eclesiástico y de su necesaria íntima conexion con la subsistencia de la Iglesia no concluyen como debieran los novadores, que pues siendo la Iglesia *perpétua* segun las divinas promesas, jamas se mudará ni se ha mudado sustancialmente su gobierno; sino que en virtud de las innovaciones que ellos suponen, quisieran hacer creer, como probaremos mas adelante, que ya ha perecido la Iglesia visible; por eso es necesario exponer tambien por via de principios bajo su verdadero punto de vista las razones sobre que no cabe disputa, y por las cuales quiso el Divino Fundador establecer y ordenar inmediatamente un gobierno en su Iglesia, para que cada uno pueda conocer por sí solo con toda evidenciam el proyecto de los contrarios, y de este modo combatirlos victoriosamente sin largas disputas; puesto que son tales estas razones, que igualmente nos aseguran la indefectible asistencia de la Divinidad para conservar le siempre el mismo *hasta la consumacion de los siglos*, á pesar de todas las violencias del orgullo de los hombres.

§. IV.

¿Y cuáles son estas razones? He aquí las principales. Primera: fundando Cristo su Iglesia, y acomodándola á las necesidades de la humanidad, quiso establecer una sociedad, en que se proveyese á las necesidades espirituales de los pueblos. Segunda: por esta razon abrió en ella una escuela, y erigió un tribunal en que deben consultarse las dudas, y cuyas deci-

(1) *Vera idea sup. la S. S. par. 2, cap. I. §. I.*

siones deben venerarse con entera dependencia. Tercera: para que los fieles llamados de todas las partes del mundo á una misma fuente conociesen las verdades reveladas; y conservasen, como otros tantos miembros distintos en un solo cuerpo, en la armónica variedad de sus funciones *unitatem spiritus in vinculo pacis*, y en consecuencia hubiese en ella un custodio de esta unidad, con la autoridad necesaria, contra los ataques de cualquiera que intentase romperla. Cuarta: para que de las partes aun mas remotas del universo corriesen tambien las naciones atraídas de su esplendor, á esta nueva Jerusalem, para conocer los caminos del Señor, y sujetarse al suave yugo de su ley, la colocó como ciudad suya en lo mas alto de los montes, donde la describe Isaías; quien no podemos menos de conocer con Opstraet que designó allí la Iglesia, *ut visibilem, omnibus manifestam, et docendi ac regendi auctoritate supra societates reliquas eminentem* (1): cuyos fines de ningun modo podrian conseguirse sin un gobierno autorizado.

§. V.

Dije que estas mismas razones convencen tambien la necesaria perpetuidad é inmutabilidad de aquel régimen que estableció Cristo en su Iglesia. Efectivamente si pudiese mudarse *sustancialmente* con las vicisitudes de los tiempos segun la diversidad de genio, cualidad de los lugares, multitud de fieles y otras variables circunstancias; ó no hubiera sabido formar un plano la Sabiduría encarnada, ó no hubiera podido la Omnipotencia, ó bien no hubiera querido la Divina Voluntad construirlo de manera, que en su inalterable subsistencia bajo todos respetos, y en medio de las violentas imprevistas agresiones, publicase la obra de Dios su inmutable Fundador, y se distinguiese siempre *del gobierno de los hombres*, en tanto variable, en cuanto el ejercicio de la soberanía, la ejecucion de las leyes constitucionales, todo en fin depende de la inconstante voluntad del hombre á quien se confia. ¿Y el que creyese semejantes absurdos, no sería de los que

(1) *De locis Theol. de Visibilit. Eccl.*

se figuran impotente la Divinidad, para persuadirse á sí mismos que pueden insultarla impunemente en la obra de sus manos, como si pudiese caer á los golpes de la ambicion humana? El fariseo Gamaliel nos enseña á ratiocinar de otra manera, cuando profirió en el concilio aquella excelente sentencia verdaderamente filosófica: *Si est ex hominibus consilium hoc, aut opus, dissolvetur; si vero ex Deo est, non poteritis dissolvere illud* (1). Sería necesario decir de esa manera, no estar escrito en los Divinos decretos que sean permanentes en la Iglesia las funciones de apacentar el rebaño de Jesucristo, de instruir y afirmar á los que titubean; corregir á los extraviados, guardar intacta la fé, conservar la unidad, dictar leyes, mandar á las naciones, darse á conocer en todo el mundo como la única depositaria de la doctrina celestial, y como el único templo de la Divinidad.

§. VI.

¿Acaso podia el Supremo Fundador dejar indecisa é indeterminada la forma del gobierno eclesiástico, como indiferente para el sistema dogmático y moral que queria ordenar en la Iglesia? Luégo, ó no le confirió ninguna autoridad, ó confiriéndola no determinó á quien la confería; si al cuerpo de los Pastores indistintamente, si mayor á alguno de ellos, si igual á todos los fieles, permitiendo á cada uno tomar su porcion á su arbitrio; porque la misma determinada colacion de autoridad llevaria consigo la determinacion precisa de la forma intrínseca de gobierno. ¿Se dirá que los mencionados fines tambien se pueden conseguir sin gobierno alguno, ó en todas aquellas formas de gobierno que *en las vicisitudes de los tiempos*, y segun las diversas constituciones de los hombres, viniesen sucesivamente á sustituir la forma originaria y primitiva; aunque esta reconociese una institucion divina? Conque ó la Iglesia podrá mandar sin autoridad; lo que repugna; ó las referidas funciones se podrán ejercer igualmente por cualquiera sociedad, aunque no fuese la verdadera Iglesia, no pu-

(1) *Actor. 5. v. 38. 39.*

diéndose ya en semejante hipótesis conocerse infaliblemente quienes eran los verdaderos fieles (de donde se seguiría que los derechos y privilegios de la Iglesia no serían exclusivamente suyos); ó la identidad de la Iglesia de Cristo no depende de la del plano por el cual está divinamente fundada, y de consiguiente sería siempre la misma, aunque los discípulos hiciesen de doctores, los doctores de discípulos, los súbditos de jueces, y los jueces de súbditos, de pastores las ovejas, y de ovejas los pastores, saliendo cada uno del ministerio en que Dios le colocó, con reciproca confusion de autoridad y de puestos; lo que expresamente niega con todos los católicos el mismo Tamburini, porque «se trastornaría (dice) todo el orden sobre que Jesu-» cristo fundó la Iglesia»; y de consiguiente la Iglesia misma.

§. VII.

Esta irrefragable verdad se apoya tambien en la naturaleza de las sociedades políticas, las cuales son diversas y distintas entre sí, cuando es diversa la forma de su gobierno. *Civitas* (dice el filósofo) *si est societas (societas autem civium), variata rei-publicæ forma, et alia effecta, necessarium utique videretur, civitatem quoque non eandem permanere; ut et chorum alium esse dicimus dum tragicus est quam dum comicus, etsi iidem sint homines, eodemque item modo, omnem aliam societatem et compositionem, si species compositionis alia fiat, ceu harmonia earundem vocum aliam esse dicimus, modo doricam, modo phrygiam vocitamus* (1). ¿Se querrá acaso negar á la Iglesia el ser originario de sociedad? No ha llegado á tanto el delirio de los novadores. Luego no sería la misma, cambiada que fuese la naturaleza de su gobierno, de la cual dependen las esenciales mútuas relaciones de todos sus miembros. A esto se añade que reconociendo los mismos protestantes esta verdad, para probar que ha faltado la Iglesia en los adherentes al Sumo Pontífice y legitimar de esta manera su usurpada *mission*, hacen los mayores esfuerzos para persuadirse de que se ha mudado *sustancialmente* la forma primitiva de su gobierno.

(1) *Lib. 3. Polít. c. 2.*

§. VIII.

Pero bien, supóngase *variable*; luego sería imperfecta la obra de Dios, lo que es intrínsecamente imposible. ¿Se duda de ello? Pues voy á demostrarlo. O se pretende que es *variable* por su esencia, esto es, porque no excluye necesariamente del cuerpo gerárquico la libertad de mudarla; ó bien porque no está Cristo obligado á conservarla inviolablemente la misma entre los esfuerzos de la licencia usurpadora, de la insubordinación, del capricho y del interes. De cualquiera modo que se la llame mudable, sería siempre imperfecta. Porque si se admite tal en el primer sentido, luego el hombre sería juez de la conveniencia de una institucion divina; no hubiera previsto Dios de una vez todas las variables circunstancias de tiempos, lugares y costumbres, para ordenar su Iglesia por un plano aplicable á todos estos casos; este gobierno no presentaria los caracteres de la Divinidad, la cual siendo una en esencia, lo es tambien *intrínsecamente en sus operaciones*; mostraria la Iglesia reconocer que tiene por sí misma su soberanía, porque segun dicen todos, solo aquel puede mudar las leyes fundamentales que posee una soberanía absoluta sin ninguna dependencia de otra superior; y de consiguiente no tendria respecto de Dios la relacion de súbdito y de cuerpo ministerial suyo, podria fácilmente autorizarse cualquiera forma de gobierno para con los fieles, ni habria cisma que no se pudiese justificar en la apariencia con este título, no habiendo un centro inmóvil que nos manifestase la divina institucion y la unidad de ministerio. De donde se seguiria que como la obra de los hombres, destructora de la de Dios, no se puede decir que la anuncia, semejante gobierno variable en su plan esencial al arbitrio de la Iglesia, propenderia á precipitarla *de lo mas alto de los montes* donde la presenta Isaías, á lo mas profundo de los abismos, indistinta y confundida con las operaciones é invenciones del hombre. Todo el mundo podia conocer el gobierno, por ejemplo de los Atenienses, á pesar de sus considerables variaciones, lo mismo que el de los Romanos; porque independientemente de su gobierno se distinguian las nacio-

nes Ateniense y Romana; pero no sucede así con la Iglesia, esparcida por sobre la faz de la tierra, sin lugar determinado, sin distincion de pueblo, y pudiendo conocerse entre las varias sectas que le disputan la autoridad, únicamente por la naturaleza y conservacion del diseño trazado por su Divino Fundador. Luego trastornado este, no hubiera manifestado Cristo su dominio, ni conseguido los fines que se propuso; por lo cual hubiera quedado imperfecta su obra, porque es intrínsecamente imperfecto lo que no sirve para el fin de su institucion.

§. IX.

Tal vez alguno objetará que Jesucristo ha dado á su Iglesia toda la autoridad que él mismo tenia como Dios, y que por consiguiente pudiendo Dios establecer el gobierno de la Iglesia *aristocrático* rigurosamente, *democrático*, ó *monárquico*, igualmente podrá la Iglesia misma variar su gobierno primitivo, si lo exigen las circunstancias. Adviértase de paso, que dirigiéndose nuestro argumento contra los que declaran *ilegitima* semejante variacion, queda al momento decidida contra ellos la causa, aunque la Iglesia pudiese legitimarla; porque quedarian obligados á profesar tambien la misma obediencia y veneracion á este nuevo gobierno. Nosotros demostramos principalmente la absoluta imposibilidad de esta *ilegitima* metamorfosis para hacer frente á sus declamaciones; mas para dar satisfaccion á todas ellas, no rehusamos responder tambien á esta dificultad que puesta en términos se desvanece bien pronto. No podia el Divino Salvador diseñar en su Iglesia un gobierno, sin determinar al mismo tiempo si queria conferir su autoridad á una sola ó á muchas personas; siendo una mismísima cosa designar la forma de gobierno de una sociedad, que declarar quién ha de ser su cabeza de orden. Y así el decir que la Iglesia ha recibido de Dios la potestad de mudar la naturaleza de su gobierno, es lo mismo que decir que puede mudar esta cabeza de orden, esto es, que puede unir en uno solo los derechos que Dios concedió originalmente á muchos, ó distribuir entre muchos los que por la primera institucion ha recibido uno solo, despojando enteramente ó á este ó á aquellos,

de modo que en un caso el cuerpo de muchos constituido soberano por el mismo Dios pierde su soberanía, y en el otro aquella única persona pasa del estado de súbdito en que Dios le habia colocado, al estado de supremo dominante con universal trastorno de la gerarquía eclesiástica. Esta es la autoridad que se pretenderia haber dado Dios á la Iglesia. Discurramos ahora un poco sobre ella, suponiendo que se hubiese dado exclusivamente al cuerpo de los Pastores, y que despues el gobierno, que por su primitiva institucion era aristocrático, llegase á ser *monárquico*. Luego el cuerpo de los Pastores renunciaria sus derechos, se privaria de toda autoridad esencial de gobierno, quedaria súbdito con todos los demas de aquel solo en quien se hubiese refundido el dominio. Porque si siempre lo conserva radicalmente, no se puede decir que se ha variado la *naturaleza* del gobierno, sino solamente el *modo* de gobernar, como tal vez en la república Romana se conferia á uno solo la plenitud exterior de autoridad sobre algun objeto particular, de lo que no se seguia una mutacion esencial en la forma intrínseca. Pero Dios, en el hecho mismo de conferir de aquel modo determinado su autoridad al cuerpo de los Pastores, fundó tambien y estableció en ellos la Iglesia, de manera que con respecto á nosotros es tan inseparable de la Iglesia esta autoridad, como lo es de su mismo ser. Y si no, ¿cómo podríamos estar ciertos de que los Pastores formaban la verdadera Iglesia de Cristo con la autoridad necesaria? Luego renunciando el ser de cuerpo autorizado de aquel determinado modo, cesarian consiguientemente de ser y representar la Iglesia constituida y ordenada por Jesucristo, y cesarian de modo que no podrian restituirse por sí mismos á su antiguo estado, porque habiéndose despojado radicalmente de sus derechos, no podrian volver á tomarlos, lo mismo que si jamas los hubieran poseido; y si pudiesen, conservarian todavia esencialmente la soberanía, y la renuncia deberia entenderse únicamente del *ejercicio*; como el Monarca deja de serlo en el hecho de renunciar libremente la Monarquía, pero no dejaria de serlo, si á su beneplácito pudiese nuevamente ejercer la autoridad. ¿Y quién no vé que esto es un absurdo? Diseña Cristo su Iglesia, pone los fundamentos, levanta el edificio, que con su fir-

meza desafia á las furias infernales; ¿y dejará despues que conservándose superior á todos los esfuerzos del humano y diabólico poder se precipite por sí misma para erigir sobre sus propias ruinas una nueva fábrica conforme á otro modelo, y de diversa arquitectura? El que juró á la Iglesia fundada inmediatamente por él una perpétua asistencia, y mantener siempre viva en ella la autoridad de prescribir la norma de obrar y de creer, indicando el conducto por donde habia de recibir indefectiblemente esta autoridad, es decir, la *sucesion Apostólica*, ¿le habrá conferido al mismo tiempo poder para renunciar semejante asistencia, y establecer otro medio de conseguirla? ¿Qué confusion de cosas! Es imposible que la Iglesia fundada por Jesucristo, y fundada de un modo que manifiesta ser perpétua su identidad, cese de ser Iglesia; luego es imposible que se despoje de su autoridad, y tan imposible como que Dios mienta. Ciertamente le ha conferido su propia potestad; pero el objeto de esta potestad es el mismo actual ministerio, como lo explica inmediatamente el mismo Cristo, *euntes docete, baptizate*, &c., pero no la destruccion del gobierno. Lo mismo debe decirse si fuese monárquico el gobierno de la Iglesia establecido por Dios: mudado en aristocrático, ya no sería la misma Iglesia. ¿Qué argumento pues es este! Dios que por esencia es dueño absoluto de todos los seres criados, puede dar á un hombre ó á muchos el ministerio de su absoluto dominio sobre los demas; le da precisamente á un determinado cuerpo de muchos: ¿y le habrá dado al mismo tiempo la potestad de despojarse de todo derecho sobre aquellos? ¿Dónde se ha oído jamas, ni cómo se puede demostrar que la segunda autoridad se comprende en la primera? ¿No debería decirse mas bien, que así como Dios no puede renunciar la autoridad esencial de su ser, tampoco puede aquella *precisa singular* Iglesia elegida por Dios, y formalmente constituida su *Vicegerente*, renunciar los derechos de su *Vicegerencia*? Mejor sin duda sería la paridad. Añádanse los inconvenientes que en el sistema universal de pensar en los fieles se seguirian de esta mutacion y subversion, tanto respecto á la perfeccion de la obra divina, como respecto al nuevo establecimiento (los cuales ya hemos indicado en parte y general-

*

mente en los párrafos anteriores); y decídase si concluye la dificultad que se nos opone. Pero volvamos al punto central.

§. X.

La misma idéntica consecuencia saldría si la forma del gobierno de la Iglesia se llamase también *variable* del segundo modo, esto es, si se dijese que aunque por su naturaleza excluye toda mutación *sustancial*, y por lo tanto nunca se puede legitimar en el trascurso de los siglos una *forma* que la destruya; no se comprometió Jesucristo á conservarla independientemente del hombre siempre la misma, contra la ambición, ignorancia, debilidad é interés de sus ministros. Porque si permitiese que la *ignorancia* del cuerpo de los Pastores que representan la Iglesia llegase á alterarla, no la hubiera constituido infalible, porque en la infalibilidad acerca del depósito y tradición sucesiva de los dogmas y preceptos se comprende también la infalibilidad «en el sucesivo reconocimiento, conservación y declaración de aquella forma, que el hijo de Dios estableció inmutablemente, é inmutablemente prescribió á su inmutable é infalible Iglesia» (1), perteneciendo también al dogma la naturaleza de esta Divina institución. Y si la violencia y otras causas pudiesen subvertirla; ó no estaría íntima y esencialmente conexa con la felicidad eterna de los fieles, para los cuales se estableció, debiendo para estarlo (como observa el citado Boaretti) entrar en el orden eterno, que en Dios es uno solo, y uno solo debe ser para la felicidad del hombre; ó podría Dios permitir que por la malicia de otros perdiesen los hombres aquella única guía que debe indicarles y facilitarles el camino del cielo, y la perderían necesariamente; lo que quiere decir que se hubiera burlado de la salvación de los hombres, á la cual por otra parte se consagró á sí mismo todo entero el Divino Salvador. En uno y otro caso sería imperfectísima la obra de la Divinidad: en el primero como superflua; en el segundo como repugnante á la veracidad, justicia y misericordia de Dios. Ni nada sirve oponer que también

(1) Boaretti, *Dottr. de' PP. Gr. Tom. 2. P. 366.*

Dios deja al arbitrio del hombre la ejecucion de su Divina ley, porque la inobservancia de la ley, así como no altera intrínsecamente la misma ley, la cual aunque conculcada por el impío, persiste siempre obligatoria y siempre se puede conocer, así tampoco causa en nosotros ninguna necesidad, y solo perjudica necesariamente el trasgresor: cuando si el hombre pudiese cambiar el gobierno esencial, sería comun é inevitable el perjuicio á todo el género humano, privando á todos de los medios de salvarse. Así es que el herege y cismático podrán muy bien establecer otro gobierno; pero este establecimiento jamas llegará á arruinar el que Dios ha hecho en su Iglesia. Finalmente, si Jesucristo quiere que su Iglesia sea infalible é indefectible contra los esfuerzos de la irreligion, para que sepa el cristiano á quién ha de recurrir en sus dudas y espirituales necesidades, y quiere conservarla tal *hasta la consumacion de los siglos*, ¿cómo podrá abandonarla al capricho y á la fuerza, por lo que toca á su ministerio, que es el único medio para que conozcan los fieles á quién deben someterse y obedecer? Cualquiera podria fácilmente raciocinar de esta manera: ó puede ó no puede haber una Iglesia, única verdadera, sin el ministerio y gobierno que Dios ha querido y establecido en la misma Iglesia. Si puede haberla, luego puede buscarse la Iglesia en la sociedad del Oriente y del Norte, no menos que en las del Occidente. Si no puede haberla, luego cambiándose *sustancialmente* el gobierno, faltaria la Iglesia. Es así que (finjamos por ahora esta hipótesis) por las usurpaciones de los Pontífices é imbecilidad de los demas Pastores, ya se ha mudado *sustancialmente* el gobierno; luego ha faltado la Iglesia.

§. XI.

Expuestas brevemente algunas absurdas consecuencias que se seguirian si Dios permitiese una variacion sustancial en el gobierno eclesiástico, de las cuales se concluye que jamas la permitirá; se demuestra con un exacto raciocinio, que tampoco puede absolutamente permitirla. Porque no puede hacer una *obra imperfecta* en su género, ni sujetarse al hombre, ni contradecirse á sí mismo, como sucederia si la permitiese.

Efectivamente la imperfeccion de la *obra* se ha demostrado ya; y que llegaria á sujetarse al hombre lo pruebo de esta manera. Esta mutacion no puede hacerse por la autoridad de la Iglesia; porque aunque Dios la ha revestido de su propia autoridad, sin embargo en este punto, y lo confiesa el mismo Tamburini, *no le ha dejado potestad alguna*, no habiéndole dejado la de trastornar el órden sobre que está fundada. Toda la autoridad que ha depositado en ella se dirige á la conservacion, ó tambien á alguna modificacion *accidental* segun las necesidades particulares, pero de ningun modo á la total destruccion del plan; ni tiene otro poder originario que el que le dió Jesucristo para determinados objetos, y de un modo determinado; en otro caso se podria decir que la Iglesia, como Iglesia, tiene facultad para destruirse á sí misma, y entonces la violencia del hombre que se apodera de cualquiera derecho, sería la única que mandase. Así como en una guerra la mas injusta, en una rebelion la mas ilegítima, el que injustamente acometido cede de suyo espontáneamente á los contrarios y á la accion tumultuaria, se dice y está siempre si no vencido porque no ha peleado, de todos modos sometido porque no reina; del mismo modo la Iglesia, y en ella el mismo Cristo su fundador y reinante se someteria á las fuerzas del hombre, tan pronto como las dejase prevalecer. No es menos fácil demostrar que Dios se contradiria á sí mismo, porque querria y no querria eficazmente manifestar su absoluta autoridad y dominio sobre el hombre. Lo querria fundando su Iglesia independientemente del hombre, y aun repugnándolo éste con todas sus fuerzas, y protestando querer conservarla subsistente y visible á pesar de sus mas fieros asaltos, tal cual la estableció como *cuerpo* suyo, su *casa*, su *ciudad*, su *reino*: y no lo querria eficazmente, permitiendo que la *violencia del hombre* destruyese en la Iglesia la unidad de ministerio, por la cual cabalmente se reconoce por reino, ciudad, casa y cuerpo místico de Jesucristo: lo que es intrínsecamente imposible. Luego es intrínsecamente imposible que Dios tolere una mutacion sustancial en el gobierno que ha establecido.

§. XII.

De lo que hemos dicho hasta aquí se sigue legítima y evidentemente que la Iglesia no consentirá jamas, antes bien se opondrá victoriosamente á toda innovacion que pueda causar una mutacion *sustancial* en la forma primitiva de su gobierno. En efecto, si Dios no puede absolutamente permitir esta mutacion *sustancial*, es evidente que ha conferido á la Iglesia, por consecuencia, aquella fuerza invencible que se necesita para conservar la forma primitiva. Y si la Iglesia ha recibido de Dios esta fuerza, usará y debe por necesidad usar de ella: de otra manera, faltando á una obligacion esencial para con Dios dejaria de ser Iglesia; ni esta fuerza sería independiente del hombre, como no superior á la inercia y debilidad de los Pastores que representan la Iglesia; ni Dios querria la perpétua conservacion de su plan; ni por medio de la Iglesia podrian aprender infaliblemente los fieles las verdades católicas dogmáticas, de las cuales es una el depósito de los derechos que Dios ha concedido á la Iglesia, y que calificando la gerarquía y gobierno eclesiástico son inamovibles de la misma Iglesia, ni se pueden conocer sino en cuanto influyen en el mismo gobierno, y forman necesariamente con él un solo todo, á la manera que no se diria infalible la Iglesia si aunque fuese ignorante é involuntariamente, abrazase una profesion que contuviese una heregía formal; porque siempre sería verdad que no enseñaba como Iglesia la fé católica. Blasfemias todas heréticas.

§. XIII.

Ni se concluye aquí el argumento: otra consecuencia que se deduce con no menor evidencia es que el cuerpo de los Pastores, que en medio de los embates mas astutos, de las pretensiones mas insubsistentes, de las *usurpaciones mas ilegítimas*; en suma entre las mas densas tinieblas del *fanatismo*, de la *violencia*, y de la *ambicion*, se resiste invenciblemente, y es el único que no se deja seducir, formaria exclusivamente la verdadera Iglesia, y tendria por lo tanto las notas y propiedades

inseparables de la verdadera Iglesia, como lo es el reconocimiento teórico y práctico de su gobierno: lo que se puede comprobar evidentemente con este corto silogismo. Debe subsistir siempre la Iglesia *tal cual Cristo la instituyó*, y por lo mismo debe mantener siempre insuperablemente la forma esencial de su gobierno: esto no se verifica en la parte que no resiste á las innovaciones; luego se verifica solo en aquella parte que resiste á ellas, la cual por consecuencia será únicamente la verdadera Iglesia.

§. XIV.

Luego para saber cual es el plan esencial instituido por Jesucristo, no es necesario acudir á la antigüedad, subiendo hasta los tiempos apostólicos; sino que basta echar una ojeada sobre el actual gobierno de la Iglesia presente, porque siendo *uno y perpétuo*, va esencialmente conexo con el existente, no menos que con el de todos los siglos pasados y futuros, excluida cualquiera interrupcion. De aquí se manifiesta cuan excusados son los lamentos de Tamburini acerca de la subversion *sustancial* que él se imagina, y con la cual pretende que *priori regiminis formæ nova successerit*. Esta es absolutamente imposible. La consecuencia en su generalidad debe realmente desagradar algun tanto á los modernos celosos de la primitiva institucion, porque demuestra de un golpe empleadas inútilmente sus fatigas, fuera de propósito su pomposa erudicion sobre el sistema de la venerable antigüedad, indebidas é injustas sus declamaciones contra el gobierno de la Iglesia presente, que quisieran reformar. Pero deben tener paciencia hasta que lleguen á descubrir nuevos principios de los conocimientos humanos, y suministren nuevas reglas para el criterio comun y natural; es decir, hasta que nos den una razon de nuevo temple y nueva tendencia.

§. XV.

Es verdad que conceden en abstracto la *inmutabilidad de la forma esencial del gobierno eclesiástico*; pero niegan algunas consecuencias, y especialmente esta última, como deci-

siva por todos lados contra el objeto de sus doctrinas, declarando contra las *usurpaciones* de los Pontífices, contra la debilidad de los Obispos, contra la incompetencia de los *tribunales*, que nacidos en los siglos de ignorancia se erigieron en jueces de la fé (1), contra la mutacion de la forma en los juicios eclesiásticos (2), en suma contra la total subversion del poder gerárquico (3), presentando el actual sistema, al modo del Cíclope de Virgilio, *monstrum horrendum, informe, ingens*, y pretendiendo de consiguiente convencernos de falsedad con el testimonio de los hechos. Pero aunque su obstinada ceguedad, despues de cuanto llevamos demostrado, no merezca mas que el desprecio; todavía nos haremos cargo de sus acriminaciones, sejetándolas á un exámen analítico, del cual resultará evidentemente, que en proponerlas no tienen otra mira sino la de sustraerse de la dependencia que tanto les incomoda, del actual gobierno de la Iglesia; procurando por todos medios presentarlo ilegítimo, como diverso del de la *venerable antigüedad*; y que no merece por lo mismo subordinacion ni respeto.

§. XVI.

¿A qué tienden en efecto las plegarias y lamentos de estos falsos Israelitas, que suspiran por el feliz momento en que vuelva á hacerse por el Señor la Iglesia *civitas justí, urbs fidelis*, restituyéndole sus jueces *ut fuerunt prius, et consiliarios sicut antiquitus*; sino á denotarnos; que ya no se hallan ahora en la Iglesia aquellos jueces y consejeros que Dios la dió cuando la fundó? Y si esto se admite una vez; luego será cierto que son ilegítimos los jueces de hoy día, como ó no puestos por Jesucristo, porque estan privados de una autoridad que de él les provenga; ó destructores de aquellos límites dentro de los cuales les circunscribió él mismo la potestad de su ministerio; y en uno y otro caso siempre son ilegítimos. Porque ejerciendo un poder que no tienen, lo mismo que si le poseyesen origi-

(1) Tamb. *Prælect. Theol. prælect. 12.*

(2) *Vera idea*, p. 1. c. 4. §. 3.

(3) Tamb. *Præl. 12.*

nario, se hacen reconocer por lo que no son en realidad, destruyendo el sistema ministerial que Dios instituyó por sí mismo para los fines referidos, y quiere de consiguiente que sea *inmutable y perpétuo*, como tambien instituyó inmutable y perpétua su Iglesia, y en ella la gerarquía. Pero en la Iglesia no deben sujetarse los fieles á unos tribunales ilegítimos y usurpadores en aquellas cosas sobre que ejercen una autoridad usurpada, siendo la sumision una protesta práctica del absoluto dominio divino, la cual por lo tanto no debe prestarse sino solamente á los que fueron establecidos por Dios, y recibieron de él su potestad.

§. XVII.

Ni me respondan que el abuso no destruye el derecho, y que por lo mismo reprendiendo ellos únicamente los abusos introducidos en el gobierno eclesiástico, no representan á los jueces como ilegítimos *sustancialmente*, ni como usurpadores en todo el ejercicio de su ministerio, universalmente hablando, ni tales de consiguiente que de ninguna manera se les deba obedecer; porque son de tal naturaleza los abusos que nos oponen, que no perteneciendo únicamente al modo de ejercer una autoridad originaria, sino al arrogarse una potestad incompetente contra el plan de una *divina institucion*, y extendiéndose á todos los objetos para los cuales estableció el Salvador un gobierno en la Iglesia, constituyen formalmente y en general *ilegítimos* á los jueces y tribunales existentes. Y que este sea verdaderamente su principal intento no deja ninguna duda la idea que nos presentan del sistema fundado por Jesucristo segun su opinion. Quieren Papa, Obispos y Sacerdotes para el gobierno de la Iglesia universal: Obispos, Sacerdotes y Ministros para el gobierno de cada Iglesia particular. Luego cuando el Papa sin los Obispos y Sacerdotes, y cuando los Obispos sin los Sacerdotes y Ministros ejercen el poder que se les ha dado únicamente *in solidum*, usurpando los unos la porcion tambien de los otros, se deberá decir que ejercen un poder ageno, porque no lo tienen originariamente en su plenitud y exclusivo, y que por lo tanto es *ilegítimo* su tribunal,

como erigido sobre las ruinas del que fundó Jesucristo. Pues este es cabalmente, segun ellos dicen, el gobierno presente: «Por nuestra desgracia (dice Tamburini) se ha difundido casi » por todas partes el espíritu de dominacion (de los Papas sobre los Obispos y Sacerdotes, y de los Obispos sobre los Sacerdotes y Ministros) «y de independencia (de los Papas y de los Obispos, de los susodichos *sus conjuces y corregentes* designados por Dios). «Cada Obispo forma estatutos é instrucciones como » le place sin sínodo, sin concilio (ya habia notado esta usurpacion en los Papas, porque instituian las congregaciones romanas). «Un Vicario general lo arregla todo á su voluntad en » cuanto al ejercicio de la jurisdiccion voluntaria, y un oficial en la contenciosa. Ellos solos deciden los negocios que deberian juzgarse en el sínodo diocesano, ó en el concilio provincial" (1). Conque todo es usurpacion, todo desórden, todo ilegitimidad, así en el Papa respecto al gobierno de la Iglesia universal, como en los Obispos respecto al de sus Iglesias particulares; y por esta razon á ninguno se debe prestar obediencia. ¿Pretenderán acaso que tiene el Papa alguna otra autoridad originaria que no dice relacion al bienestar de la Iglesia universal, y alguna otra los Obispos que de suyo no se refiera al gobierno de sus Iglesias, para persuadirnos de la obligacion de obedecerles? Si no es así, ¿en qué reconocen la legitimidad del poder que aquellos ejercen, y la competencia de sus tribunales? Determínenla pues con precision, y háganlos ver, que se pueden llamar así *legítimos jueces* de alguna manera, y que esto basta para que hablando en rigor no se pueda afirmar que han cambiado *sustancialmente el sistema instituido por Dios*. Esto es lo que no les tiene cuenta concedernos, y que aun forma el sugeto de sus acusaciones.

§. XVIII.

Por lo demas, para aparecer católicos procuran conciliar la *inmutabilidad* y perpétua subsistencia del *gobierno eclesiástico*, con el supuesto trastorno y confusion de los derechos.

(1) *Vera idea*, p. 1. c. 4. §. 21.

Dicen pues que en el siglo XVIII subsiste *inmutable y esencialmente* el plan de Jesucristo, porque todavía hay Obispos, Párrocos y Sacerdotes, que conservan toda la plenitud y distribución de autoridad que Dios les confirió, y porque las leyes fundamentales, que constituyen la esencia de la de institución divina, son siempre las mismas, ni puede la Iglesia renunciarlas, separando de consiguiente el derecho de gobernar del ejercicio de este derecho, y confundiendo todas las cosas, con llamar *esencial* lo que no lo es. Se valen otros de las mas bellas teorías sobre la naturaleza del *plan*, sobre los derechos del cuerpo gerárquico, y sobre la dependencia que se le debe; pero confundiendo despues el entendimiento de los fieles con infinitas excepciones, modificando arbitrariamente su sumision y dándoles tales reglas para discernir el cómo y cuándo deben prestarle obediencia, que erigiéndolos en jueces de la *legitimidad ó usurpacion* de aquella potestad que prácticamente ejerce, les hacen generalmente árbitros de sí mismos. Ni faltan algunos que conciben el gobierno eclesiástico tal por su esencia, que pueda recibir en su forma exterior innumerables variaciones, que llaman ellos *libertades* de las Iglesias y de las naciones. Finalmente, otros enseñan que existe siempre el verdadero tribunal de la Iglesia en su integridad intrínseca y extrínseca, pero que no se puede distinguir entre los muchos que se glorían igualmente de una *institucion divina* sino comparándolos con el gobierno de la Iglesia primitiva. Así procuran ocultar su designio, ó introduciendo un *gobierno invisible é inactivo*, ó haciéndole depender del *reconocimiento* de los fieles, ó autorizando todas las *diversas formas exteriores*, ó bien obligándolos á andar vagando sin una guia infalible por el laberinto de la antigüedad, para *determinar* en tan grande variedad la forma legítima. Pero no hay persona de juicio que no vea que todos estos diferentes caminos solo tienen un término, que es el sustraer á los cristianos de toda subordinacion.

§. XIX.

¿Y no habrá un medio de convencerlos en pocas palabras de sus engaños para seguridad de los fieles que tengan poca

penetracion? ¿No se podrán rebatir los golpes con que quisi-
 eran arruinar toda la economía del *gobierno eclesiástico*, y
 con él toda la religion, sin enredarnos en tantas cuestiones
 de *hecho y de derecho* como ellos promueven? No quiera Dios
 que lo dudemos. Esto sería suponer que no habia providencia
 en Dios, y aun que era injusto en hacer que dependiese
 la eterna salvacion del género humano de un medio tan in-
 cierto é impracticable para la máxima parte de los hombres.
 Si instituyó su gobierno, si le conserva *inmutablemente*, si
absolutamente nos manda someternos á él, necesariamente
 debe manifestarnos cual es, de tal modo que á la obligacion
 de obedecerle corresponda la facilidad de conocerle en todos
 aquellos á quienes se extiende la obligacion. Luego el gobierno
 ordenado por Jesucristo debe ser *cognoscible* por toda la cris-
 tianidad, y debe serlo por su naturaleza, esto es, debe su mis-
 mo divino fundador haberlo distinguido de los gobiernos
 humanos con tales caractéres, que manifesten infaliblemente
 su divino origen, y sean inseparables de él. Porque ¿de qué
 serviria el haber empeñado su omnipotencia en conservar inal-
 terable la esencia del *plan*, si despues no se habia de cuidar
 el divino fundador de manifestarlo, ó no quisiese mantener
absoluta é insuperablemente inalterable la señal con que lo
 manifestó al principio, permitiendo que la obscureciese la vio-
 lencia de los hombres? Esto sería querer eficazmente el fin, y
 no querer eficazmente los medios; lo que repugna en Dios.
 ¿Pero se quiere saber cuál sea pues esta *inmutable señal*? Yo
 no la determino sino *in genere* afirmando que Cristo estableció
 un gobierno *activo*, que no puede darse sin el *ejercicio de*
sus derechos, ni este ejercicio sin una *forma exterior*; y que
 de consiguiente el mismo Dios está comprometido á obrar de
 manera que no padezca esta forma con el trascurso de los si-
 glos ninguna *alteracion sustancial*, no de otra manera que la
 forma intrínseca. Esta genérica determinacion es en su misma
 generalidad evidentemente decisiva contra los novadores, como
 que por ella conocen siempre los fieles el tribunal á que Dios
 quiere sujetarles, sin necesidad de cansarse en registrar los
 monumentos de la *venerable antigüedad*, demostrando que el
 que obedece al gobierno *actual* de la Iglesia obedece al mismo

Dios, con la seguridad de que ella vela siempre sobre el depósito de la fé, integridad de las costumbres, seguridad de sus hijos, dispersion y ruina de sus enemigos, y que por lo tanto la autoridad de los *presentes tribunales* es venerable, no menos que la de los antiguos, siendo *sustancialmente* una misma cosa con ellos. Y aunque yo no esté obligado á demostrarlo con nuevos argumentos, por ser un corolario de las verdades ya demostradas en los párrafos anteriores, con todo no rehusó hacerlo para mayor convencimiento de los contrarios.

§. XX.

Mas para evitar los equívocos, y no dar lugar á cavilaciones, es necesario decir antes, que tratándose de la *indefectibilidad* de la *forma extrínseca*, se entiende solamente aquella *forma* que nos representa la naturaleza del *gobierno*, esto es, aquella por la cual se distingue el monárquico del aristocrático y democrático, y recíprocamente unos de otros: ó sea la *forma expresiva de los derechos esenciales*, de cuya cualidad y distribución resulta la naturaleza del plan fundamental sobre que gira nuestro discurso. El alegarnos pues la variedad de la disciplina, y ciertas modificaciones accidentales en la economía extrínseca del gobierno eclesiástico, que ó bien fueron legítimamente introducidas por la Iglesia según la diversidad de tiempos, lugares y personas, ó bien hechas ilegítimamente por algun ambicioso ministro suyo tolerándolo tal vez y callando la misma Iglesia, siempre será apartarse del fondo de la cuestion. Porque si las ha adoptado la Iglesia, basta esto para conciliar que no alteran la esencia del plan, ni entran de consiguiente en aquella *forma exterior* de que únicamente disputamos aquí; y si solamente las *tolera*, se deberá argüir que la Iglesia no juzga todavía que obscurecen totalmente y en aquellas circunstancias la faz de su gobierno á los fieles, y por lo tanto que no se las debe tener todavía en este concepto. Tanto una consecuencia como otra dependen del mismo principio de la perpetuidad de la *forma extrínseca*. Pasemos ahora á una demostracion algo larga á la verdad, pero no supérflua ni inútil.

El fin por que estableció Cristo en su Iglesia un *gobierno*, es sin duda para que sujetándose el hombre á él proteste prácticamente la absoluta autoridad que el mismo Cristo como Señor Soberano ejerce sobre todo el poder de los hombres: cuyo fin quiere *absolutamente*, porque condena á todo el que no se someta al gobierno de la Iglesia. Pero el medio principal y necesario para esta sumision es conocer primeramente en quién reside este gobierno. Luego Dios debe haberlo manifestado: y queriendo *absolutamente* que todos se sometan á él, debe haberlo manifestado de un modo proporcionado á todos. ¿Y quién podrá decir que es así, si el mismo gobierno se pudiese conciliar con un trastorno total de las ideas mas comunes y universales, que se despiertan naturalmente en el hombre al intimársele que se sujete á un gobierno, como es ciertamente la de que se le debe indicar fijamente cuál es, y pueda de este modo conocerle? Ahora bien, así como esta institucion y sumision suponen la *actividad* del gobierno mismo, así tambien el medio con que se manifiesta es la misma *actividad*; pues solamente entonces saben todos que allí hay un gobierno, donde ven que se hacen observar las leyes. Luego Dios dará á conocer el gobierno que ha fundado, mediante la *actividad* de este gobierno. Pero tambien los hombres pueden formar un gobierno *activo*; y debe Dios autorizar sus operaciones de modo que no se confundan con las del hombre. Luego no pudiéndose distinguir por la sola *actividad actual*, considerada en abstracto, el gobierno de Dios del gobierno que hubiese fundado la ambicion humana, es necesario que haya en la actividad del gobierno eclesiástico alguna cosa que no sea comun al de los hombres. El gobierno, por ejemplo, de la antigua república romana cuando existía era *actualmente activo*, como lo fué despues el de los Emperadores. Podria pues erigirse en la Iglesia un sistema destructor del que habia sido inmediatamente ordenado por Dios, y ser en su género no menos *activo* que aquel. Luego el carácter distintivo será la independencian en que esté esta *actividad* de las violencias de los hombres, esto es, una *actividad* perpétua é inmutable del mismo gobier-

no, de modo que pueda concluir el cristiano: «Dios me manda estar sujeto y recurrir al tribunal de la Iglesia: este es el *activo actual* tribunal de la Iglesia; luego este es de quien debo depender por mandamiento de Dios; este es el que Dios estableció.» Este discurso natural y sencillísimo apoyado en la asistencia que saben de cierto todos los fieles haber concedido Cristo á la Iglesia, y en la obligacion de someterse á ella, es tan intrínseco y dependiente de las nociones mas comunes de que está dotado el cristiano instruido en su religion, que si fuese faláz, le sería imposible conocer por otro medio el gobierno á quien Dios quiere que se someta, confundiéndolo con el que hubiese levantado el hombre con violencias y usurpaciones. Mas si la *perpetua é inmutable actividad* del gobierno eclesiástico es un medio para conocer su divina institucion, por el notorio principio de metafísica que «el ente se constituye precisamente en su ser de tal y no otro por aquello por donde se distingue de todos los demas;» será la misma *actividad* un *constitutivo* intrínseco del gobierno, y tendrá de consiguiente por autor al mismo Dios: porque todas y cada una de las relaciones naturales de una operacion divina son ordenadas y determinadamente queridas por Dios, constituyendo el fin de la obra, que no puede no querer, no queriendo destruir la obra misma. Estará pues empeñada la sabiduría y omnipotencia de Dios á mantener siempre *activo* el gobierno fundado por él en su Iglesia. Y debiendo estar ordenada *per se* esta *actividad* á un objeto extrínseco, del que no pueda separarse, cual es la direccion de los fieles; y una vez que no hay *actividad* en aquel gobierno donde no hay quien mande y quien obedezca; es evidente que debe haber una *señal* que le dé á conocer, y que sea igualmente determinada por Dios, solo al cual pertenece la eleccion de los medios con que intenta manifestar sus operaciones; y por lo mismo tan *inalterable y perpetua* como la misma *actividad* del gobierno. Pero la *señal* que segun el comun sentir nos representa un gobierno activo, no puede ciertamente consistir en registrar los códigos constitucionales, y pesar teóricamente los derechos, para distinguir el legítimo del ilegítimo, ni en profundizar en la antigüedad cual deberia ser; porque la *actual actividad* exige una *señal*

actual, y no lo es la comparacion que resulta de este exámen apoyada en fundamentos remotos; y porque se supondria *activo* y no *activo* acerca de los mismos objetos en sentido contradictorio el mismo gobierno; esto es, *activo* porque se supone, y no *activo* porque no haria que se sintiese su *actividad*. Debiendo pues estar esta *señal* presente y *visible* á todos, consistirá *formalmente* en el *actual ejercicio* de la autoridad, con aquellas disposiciones y límites que estan determinadas en la esencia del *plan*. Por tanto si debe ser perpétua la *actividad* del gobierno eclesiástico, perpétuo será el *ejercicio* que hace la Iglesia de sus derechos en conformidad con la divina institucion, ni jamas permitirá Dios que cese ni un solo dia. Pues en este *ejercicio* consiste precisamente la *forma extrínseca* del gobierno. Luego es un absurdo el decir que no la ha de mantener Dios *sustancialmente inmutable y perpétua*, mientras subsista la Iglesia.

§. XXII.

¿Y qué dicen los contrarios? Ensalcen norabuena la *inmutabilidad* del gobierno eclesiástico contra cuyo plan esencial *no tenga poder alguno el tiempo, ni pueda darse ninguna prescripcion*: si no reconocen tambien *perpétua* la forma exterior, quedan convencidos de contradiccion, y de querer *defectible* la Iglesia. Efectivamente sin esta perpetuidad no se conseguiria el fin de la *inmutabilidad* de su gobierno, y sería inútil la asistencia que Dios le concedió para oponerse *insuperablemente* á las innovaciones sustanciales, y aun deberíamos negarla absolutamente. Y si se dijese inmutable el gobierno instituido por Jesucristo, solamente porque cada miembro y todo el cuerpo gerárquico conservará siempre en la misma medida los derechos que les dió el divino fundador, aunque la forma extrínseca estuviese en contradiccion con ellos, como sucederia en el gobierno esencialmente monárquico y en el hecho aristocrático, ó esencialmente aristocrático y en el hecho monárquico; no sería por cierto de mejor condicion la Iglesia en su régimen que cualquiera otro gobierno humano, en el cual es igualmente ciertísimo que las usurpaciones no quitan el derecho. Un injusto conquistador (segun el parecer de mu-

chos filósofos jurisconsultos) no puede, con todo su poder, despojar de sus derechos á la nacion injustamente conquistada. Podrá esclavizarla por la fuerza, arruinar sus tribunales y magistrados, y quitar la vida á sus representantes; pero jamas podrá, si ella no consiente tácita ó expresamente, privarla de sus originarios derechos con respecto á aquellos magistrados y tribunales, es decir, á la forma que la constituia independiente. Así una revolucion, un delirio del pueblo, podrá precipitar del trono al monarca, y sustituir en su lugar un nuevo gobierno espurio; pero despojar á la persona del monarca y si el reino es hereditario á su dinastía del derecho á la soberanía, no lo podrá jamas, á no ser que de su largo silencio se pueda adquirir una cesion espontánea. El mismo Tamburini lo concede cuando para legitimar la subsistencia de la nueva forma introducida exige una *pacífica* posesion, no pudiendo llamarse *pacífico* lo que se contradice con los clamores y manifiesta oposicion de los primeros poseyentes. Pero sea dicho esto de paso sin entrar en disputa sobre un punto de ninguna importancia en nuestro caso. Lo que importa á nuestro propósito es que en los gobiernos humanos se pueden renunciar los derechos, pero no en el eclesiástico cuando pertenecen esencialmente al fondo de la institucion divina. Y puesto que la Iglesia no puede renunciarlos, ni puede legitimar en ningun lugar ni tiempo una forma que les sea *sustancialmente* contraria, se sigue necesariamente que jamas los renunciará, que jamas legitimará semejante forma, y que estando dada por Dios á los fieles por guia infalible en su creencia, deberá mostrar *visiblemente* que no los ha renunciado, ni ha legitimado una forma contraria á ellos. ¿Pero cómo podrá mostrarlo visiblemente, sino con el ejercicio de estos mismos derechos? Si no los ejerciese, podrian creerla los fieles, ó defectible, ó engañada, ó infiel á su fundador, y acusarla de una indigna vileza y debilidad. ¿De qué serviría el no poder renunciarlos si podia impedir el hombre su ejercicio? Faltaría Dios á las promesas que hizo á la Iglesia, porque no se conseguiría el efecto que se propuso en la formacion del diseño: por necesidad sería esclava la Iglesia, y el cristiano no podria recurrir á su tribunal que no conoceria.

§. XXIII.

¿Acaso se dirá que aun con todo subsistirá *perpétuamente inalterable* la forma extrínseca del gobierno eclesiástico, porque jamas faltará en la Iglesia una porcion ó *grande ó pequeña*, la cual no solo se mantendrá en posesion de sus originarios derechos, sino que tambien los ejercerá libremente á despecho de las mas terribles amenazas, de las mas fieras persecuciones, y de las mayores violencias? Pero pregunto yo: ¿esta escogida porcion, vengadora tan generosa de la institucion divina, constituye la Iglesia ó no la constituye? Si la constituye, luego tendrá todos los caractéres esenciales y toda la autoridad de la Iglesia; mas si en ella no consiste formalmente la Iglesia, se puede embrollar, se puede hacer un amontonamiento y una confusion de los términos, se puede decir y volver á decir, pero siempre vendremos á parar á este punto, que pues la Iglesia no ejerce su autoridad, no está indivisiblemente unida á la forma esencial de su gobierno, porque aquella porcion que retiene esa forma no es precisamente la Iglesia. ¿Cuándo se ha oido jamas que subsista inalterablemente un gobierno en su forma exterior, porque la conserven algunos pocos aunque esten privados de aquella suprema potestad que se dió exclusivamente en la formacion del mismo gobierno á quienes este se confiaba? Luego si en un gobierno aristocrático por ejemplo suceden tales revoluciones que se haya mudado en monarquía; porque haya una pequeña ó grande porcion de nobles adheridos á la primitiva forma tambien se podrá decir absolutamente que continúa esta forma en su integridad sustancial. Se seguiria de aquí que si bien aquella porcion no gozaba la autoridad del senado supremo (como se supone que no la gozaria para que sea perfecto el ejemplo); no obstante subsistiria independiente la aristocracia sin la suprema autoridad en el cuerpo aristocrático; esto es, se daria gobierno absoluto é independiente sin soberanía: lo que es contradictorio. No sucede lo mismo en las monarquías abolidas tumultuariamente. Cuando vive el monarca con un número de súbditos aunque corto, sobre los cuales ejerce de hecho su potestad monárquica,

*

siempre subsiste la forma de monarquía, porque no se ha destruido la soberanía, ni ha cesado enteramente su ejercicio, sino que solamente se ha reducido á mas estrechos límites, pues no se determina la naturaleza del gobierno por el mayor ó menor número de los vasallos. Consideren los adversarios las demostraciones antecedentes con que se probó que el gobierno de la Iglesia es inseparable de ella, que Dios le conservará siempre el mismo en su forma *sustancial*, tanto intrínseca como extrínseca, que jamas permitirá que la Iglesia se deje sorprender, que no solamente se mantendrá en *posesion* sino tambien en el ejercicio de sus derechos, y que de consiguiente el gobierno de la Iglesia debe mantenerse *visiblemente* perpétuo é inmutable en la Iglesia y *por la* Iglesia. Despues de esta cadena de verdades, dígase si se quiere que la Iglesia cometió sus veces á esta porcion escogida: si no le ha trasmitido su autoridad, en cuyo caso sería idénticamente la verdadera Iglesia, será siempre una contradiccion manifiesta el decir que solamente en ella se conserva *inmutablemente* el gobierno de la Iglesia en toda su integridad *esencial*; debiendo gobernar únicamente aquella á quien Jesucristo ha conferido el gobierno. ¿Y dónde está esta Iglesia sino en *quien conserva* el gobierno? ¿La buscaremos en los siglos pasados? Luego en el presente no hay Iglesia con autoridad. Por otra parte ¿cómo se prueba la suposicion de que aquella porcion llene las *veces* de la Iglesia? ¿Pretendiendo acaso que en ella sola se halla el antiguo gobierno? Pero ya hemos demostrado que el medio establecido por Dios para conocer el gobierno fundado por él, debe ser su misma *inmutable actividad*, no un largo y difícil exámen de las prácticas de la *antigüedad*, aun la mas *venerable*. A cualquiera parte pues que se vuelvan, quedan convencidos de que no quieren ningun tribunal, y de que no admiten hoy dia ningun gobierno en la Iglesia, y esto es lo mismo que declarar á Dios impotente ó infiel á sus promesas. ¡Cuántos absurdos no sueña, cuántos errores no hacina el espíritu de independencia!

§. XXIV.

Expuestas brevemente y con toda claridad estas verdades

fundamentales, es inútil detenernos en demostrar una por una, las que de ellas se siguen necesaria y naturalísimamente. Podemos pues estar seguros de que así como el gobierno está dispuesto y ordenado para todos tiempos, así será siempre *sustancialmente inmutable*, tanto en la Iglesia *dispersa*, como en la Iglesia *congregada*: que la Iglesia así congregada como dispersa hará siempre, como Iglesia, *manifiesta* su insuperable resistencia á cualquiera mutacion sustancial; es decir, que si es aristocrático su gobierno, aun dispersa retendrá visiblemente la forma de una verdadera aristocracia; si es monárquico, de monarquía; y que por lo mismo si en el siglo XVIII es *verdaderamente* monárquica la forma del gobierno eclesiástico, esto es, si la Iglesia se deja gobernar por el Papa como su monarca, ó bien no ejerce como Iglesia los derechos independientes de cualquier otro gobierno, habrá sido siempre desde su fundacion y sucesivamente tambien en los tiempos mas oscuros monárquico el sistema de la eclesiástica gerarquía, considerado en *su estado natural*, solo por el cual se debe medir la forma de gobierno.

§. XXV.

Toca pues á los novadores el fallar esta gran causa. ¿Es absolutamente monárquico el gobierno de la Iglesia existente, ó es aristocrático? Si es aristocrático, luego son injustas sus declamaciones, falsas sus acusaciones. Si monárquico, luego tal es la divina institucion. Y como todo depende de esto, por eso quiero que disuelvan ellos mismos el nudo, y yo no haré otra cosa sino referir su modo de pensar con sus propios términos. He aquí entre tanto como habla el mas fuerte de sus corifeos. «Poco á poco se fueron introduciendo en la Iglesia » máximas nuevas, que corrompieron la economía del gobierno » eclesiástico establecido por Jesucristo. Se mudó la forma de » los juicios eclesiásticos: se extendió el poder del Papa, y se » miró superior á los cánones de los concilios y de la Iglesia » universal. El impostor Isidoro revistió semejantes máximas con » el carácter de la venerable antigüedad, y las presentó en las fal- » sas decretales como leyes primitivas de los hermosos dias de la

» Iglesia. La ignorancia de aquellos siglos hizo que se adoptase el
 » nuevo plan en la persuasión de que se seguía el antiguo. Los
 » concilios posteriores han seguido los nuevos usos introduci-
 » dos á la sombra de las decretales de que no tenían ningun-
 » na sospecha. De aquí se formó un cuerpo inmenso de decre-
 » tos y decretales de que se compone el derecho nuevo, fun-
 » dado á la verdad en las decisiones *de muchos concilios*, pero
 » siempre en la suposición de seguir las máximas de la anti-
 » güedad.... El uso de muchos siglos ha dado una especie de tí-
 » tulo al nuevo derecho" (1). Y en sus prelecciones teológicas
 confronta de esta manera la forma primitiva con la presente:
*Patet eam regiminis formam, quæ prioribus Ecclesiæ sæcu-
 lis viguit, ita comparatam fuisse, ut hominum animos tena-
 cius devinciret religionis amore. Sic enim erat ipsius admi-
 nistratio composita, ut, tanquam publica res ac communis,
 spectaretur religio, cujus cura singulos tangeret, et in qua
 suas quisque, pro conditione ac munere, partes haberet. Nam
 suam habebant partem et ipsi fideles laici, qui una cum
 pastoribus ac sub ipsis intererant Sacris, offerebant sacrifici-
 a ac laudes Deo, et in ipsorum ministrorum delectu testi-
 monium ac suffragium ferebant. Vel ipse primatus Roma-
 ni Pontificis non abstrahabat confratres suos à muneribus
 iisdem conceditis, sed eos adjuvabat, ut jura singulis pro-
 pria immota persistèrent, ac cura impleretur unicuique Epis-
 coporum commissa. Sed cum priori regiminis formæ nova suc-
 cessit, qua nempe aristocratica administratio in ABSOLU-
 TAM MONARCHIAM conversa fuit* (habla de una cosa de
 hecho, no de una mera tentativa), *studium religionis, quo
 tantopere majores nostri flagrabant, languere capit in sin-
 gulis Ecclesiæ ministris. Nam cum viderent fere nihil in
 Ecclesiis suis agi posse sine motu Pontificis, omniaque fuis-
 se jure novissimo eidem reservata, pene omnium curam in
 Romanum Pontificem ejusque congregationes rejecerunt* (2).
 No hay necesidad de mas testimonios ni de raciocinios para
 conocer como piensan sobre la forma del gobierno actual, es-
 to es, que es *sustancialmente* monárquica, tanto por parte

(1) *Vera idea* §c. p. 1, c. 4, §. 3.

(2) *Prælect.* 12.

de los Romanos Pontífices, que mandan como monarcas, cuanto por parte de la Iglesia, que venera en ellos la autoridad de verdaderos monarcas.

§. XXVI.

Por otra parte Tamburini (quién lo creyera?) despues de haber afirmado absolutamente la actual monarquía de la Iglesia, halla como demostrar que no es *de la* Iglesia, porque «el nuevo derecho, dice, no se ha extendido universalmente »en toda la Iglesia. Hay Iglesias considerables que siempre »le han resistido, que no han cesado de reclamar, y que han »conservado, si no todo, á lo menos una parte del derecho antiguo, manifestando su sentimiento por la parte perdida. »Esto forma una verdadera protesta contra el nuevo código en nombre de toda la Iglesia; (N. B.) porque siendo »todas las Iglesias de la misma naturaleza, tienen originalmente los mismos derechos, á los cuales la Iglesia de Francia siguiendo al concilio general de Efeso llama libertades de las »Iglesias" (1). He aquí echada por tierra la mole de tantos raciocinios con una sola plumada: la monarquía no está universalmente extendida, luego no puede decirse que está adoptada universalmente. Sin embargo no es difícil descubrir cuan falaz é insubistente sea semejante modo de argüir. En efecto, despues de cuanto se ha concluido demostrativamente por medio de unos principios incontrastables, no basta que un nuevo gobierno subversivo de la primitiva institucion no aparezca universalmente abrazado; es necesario que sea *universalmente* recusado: esta es la grande equivocacion, confundir la no universal aceptacion con la universal resistencia. El gobierno de la Iglesia debe ser y será *inalterable* y *perpétuamente* ejercido por la Iglesia, y esta siempre é *insuperablemente* se resistirá á la introduccion de un plano destructivo del que fué establecido inmediatamente por Jesucristo. ¿Consiste la Iglesia en la *universalidad*? Luego la *universalidad* conservará siempre *inmutablemente*, y ejercerá *perpétuamente* su primitivo gobierno, se opondrá in-

(1) *Vera idea* p. 1, c. 4, §. 3.

venciblemente á toda sustancial mutacion del mismo, y por lo tanto mientras en la parte disidente no esté la universalidad, jamas se podrá considerar su oposicion como oposicion de la Iglesia.

§. XXVII.

Pero me parece que ya les oigo responder, que disintiendo una parte, ya no hay en la otra parte aceptante la universalidad necesaria. ¡Extraño modo de responder! Sin recurrir á cálculos ni sumas, es evidente por lo que hemos ya demostrado, que si no hay universalidad ni en la una parte ni en la otra, luego ó solo se trata de instituciones accidentales compatibles con la esencia de la forma establecida por Jesucristo, ó tratándose de derechos esenciales que califican la forma del gobierno Eclesiástico, si no está la universalidad en la parte que se opone, estará en la que se gobierna segun aquella, y de consiguiente se deberá decir que este es el verdadero plan fundado por el mismo Jesucristo. ¿Recurrirá Tamburini á las historias, á los cotejos y á las gacetas, para convencerme de que no hay aquí esta universalidad? Estaremos siempre al principio. Tratándose de la forma esencial, puede alegarme cuantos monumentos pueda recoger: yo diré siempre que ni él ni yo podemos determinar exactamente el número necesario para formar la *universalidad*; pero que en el hecho de no hallarse en la porcion reclamante, y supuesta la perpétua eficaz asistencia con que Dios sostiene á la Iglesia, para que ejerza inmutablemente y en todo tiempo su gobierno originario, debemos concluir necesariamente que se halla en la otra porcion aquella *universalidad* que basta para constituir la Iglesia.

§. XXVIII.

Y si quisiéramos tambien formar un cálculo, ¿no vé el mismo Tamburini que la grande desproporcion que hay entre las dos partes nos obliga á reconocer suficientemente expresada la universalidad en la que sigue el sistema monárquico? Reuna todas aquellas Iglesias que lo han adoptado, segun él, *hace muchos siglos, los muchos concilios* que lo autorizaron; el

número que puede haber bastado para hacer que cayese en *olvido* y *desuso* el sistema aristocrático, como él dice que sucedió (1), y dar al monárquico *una especie de título* para su subsistencia (2); y juzgue despues de buena fé si puede decirse ó no que se verifica aquella *casi unanimidad moral*, que en su mismo plan se concede ser bastante para constituir la universalidad de la Iglesia (3). Ciertamente no podrá negarlo. Y á la verdad parece que él mismo lo confiesa cuando generalmente pretende que se ha mudado la forma de los *juicios eclesiásticos* con la sustitucion de la monarquía en lugar de la aristocracia, (no pudiendo mudarse el gobierno sino por quien lo posee), y cuando nombra indistintamente *Iglesias, Concilios, Pontífices, y Obispos*, que adoptaron esta forma. ¿Querrá no obstante disputarlo con nuevos sofismas? Pues bien puede desistir de semejante pensamiento; pues aquellas Iglesias y Concilios aunque les faltase la universalidad relativamente á toda la extension del *plano*, no dejan de tenerla, segun él mismo testifica, con respecto á una *parte* del plan, aquélla se entiende en que las mismas Iglesias reclamantes, sea por debilidad, por política ó por ignorancia, no han sabido resistir victoriosamente, aunque manifiesten inútilmente su *sentimiento*. ¿Se atreverá acaso á disputar esta verdad incontrastable, á saber que así como la infalibilidad de la Iglesia se extiende á todos y á cada uno de los dogmas, así la inmutabilidad en la forma esencial de su gobierno comprende todo el plano de su fundacion; y que de consiguiente debe ser único é indivisible, de manera que no pueda hacerse separacion alguna de un derecho que ceda la Iglesia, y de otro que conserve inalterablemente?

§. XXIX.

De esto se sigue que las Iglesias *reclamantes*, si no forman la *universalidad*, tampoco podian entonces ni pueden ahora reclamar en nombre de la Iglesia universal, puesto que cedieron en *parte* al plan en cuestion. ¿Se puede dar mayor incohe-

(1) *Vera idea*, p. 1, c. 4, §. 3.

(2) *Ibí.*

(3) Véase *Caratt. dei quid. giud. c. 3.*

rencia? Reclamaron estas en nombre de la Iglesia: supóngase tambien por un momento que no solo reclamaron, sino que tambien conservaron victoriosamente inalterable todo el plan aristocrático. ¿Por qué se ha de reconocer en ellas y no en las demas la voz de la Iglesia, es decir, de la *universalidad*? ¿Qué contraseña las distingue para que se pueda decir que está representada la *universalidad* en el menor número y no en el mayor? ¿La resistencia acaso al plan monárquico, la conservacion de la aristocracia, como el único gobierno verdadero dado por Cristo á la Iglesia? En paz sea dicho; esto es suponer lo que se disputa; es decir, que la monarquía no entra en la institucion divina, y aun la arruina enteramente, y esto, para poder asegurar que las iglesias que se oponen retienen el primitivo gobierno de la Iglesia universal.

§. XXX.

Sigamos adelante. El disenso de aquellas Iglesias es *á nombre de toda la Iglesia*. ¿De cual Iglesia? Seguramente de aquella que abrazó el plan monárquico, porque es supérfluo reflexionar que las otras que lo rehusaron, lo rehusaron á su nombre: la cosa no podia ser de otra manera. Ahora bien, ¿dónde se ha oido jamas que la parte discordante disienta á nombre tambien de la que consiente? ¿No se podria decir por la misma razon que esta se habria adherido á nombre tambien de aquella? ¿Puede darse mayor absurdo? Las heregías mas evidentes tomarian el carácter de dogmas, si un partido comprendiese en sí ó representase el voto tambien del otro partido. ¿Se niega acaso que los discordantes para disentir á nombre de toda la Iglesia, debian hacerlo tambien á nombre de los que consentian? Luego ó en las discordantes se concontraba toda la Iglesia, ó la Iglesia en cuyo nombre disentian, no existia realmente; y he aquí que ya no habia el *tribunal autorizado* de la Iglesia. Parece que Tamburini, contradiciéndose como acostumbra, admite la primera hipótesis dando una razon de esta representacion, que denota ser iguales, y estar distribuidos por la misma medida los derechos originarios así en la Iglesia universal como en las Iglesias particulares. «Esto forma (dice) una verdadera protesta á

» nombre de toda la Iglesia, porque todas las Iglesias tienen » originalmente los mismos derechos." He aquí pues arruinado de un solo golpe el trabajoso edificio de la *totalidad* á que estan sujetas todas las Iglesias particulares tomadas separadamente: he aquí tantos centros de union cuantas son las Iglesias: he aquí la tan celebrada unidad de los novadores. Sobre semejantes principios no solo podia proceder libremente algun dia la Iglesia prato-pistoyana á una arbitraria y general reforma así en la doctrina como en las prácticas de disciplina, sino que nada mas podian desear todas las Iglesias del norte; porque solo con responder que obraban *en nombre* de toda la Iglesia, una vez que tambien ellas tienen los *mismos* derechos, nos opondrian una justificacion terminante. ¿ Pero por ventura no se hallan igualmente los mismos derechos en las Iglesias que consienten la monarquía? ¿ Pues por qué no habrán consentido tambien en *nombre* de toda la Iglesia? ¿ Estará en la libertad del hombre el revestir con la representacion de la Iglesia, entre tantas Iglesias particulares, aquellas únicamente en que ve que se profesan sus propias máximas? En verdad que Tamburini querría demasiado.

§. XXXI.

¿ Pero cuáles son estas Iglesias? Fórmese su catálogo, y quedarán reducidas á la de Francia. A esta se caracteriza por la *depositaria* de las doctrinas reveladas acerca de los puntos de la presente controversia, *elegida por Dios en estos últimos tiempos de turbulencia* (1). Esta pues es la única Iglesia en que no ha habido usurpaciones, confusiones ni désórdenes: ella sola conservó el plan fundamental formado por Jesucristo; de consiguiente fuera de ella y de sus adherentes no hay Iglesia: no «en los concilios posteriores á las decretales de Isidoro, no » en los Obispos que entregaron todos sus cuidados al romano » Pontífice y á sus congregaciones." ¡ Qué horribles consecuencias! Habrá pues á lo menos guardado siempre la Iglesia de Francia la mayor tenacidad contra todas las empresas de la mo-

(1) *Teol. Piacent. lett.* 3, *pdg.* 4.

narquía; jamas habrá faltado en ella la forma primitiva; jamas habrá renunciado á la posesion y ejercicio de sus derechos originarios: porque de otra manera, si se puede señalar un tiempo en que se hubiese sujetado á la trasformacion universal, habria perdido el carácter de representante de la Iglesia católica, que consiste en permanecer perpétuamente en el *plano de la divina institucion*: en cuyo caso ¿por quién habia de ser representada en aquel tiempo la Iglesia católica?

§. XXXII.

Y que no siempre haya sido invicta, como la proclaman los novadores, la constancia que atribuyen á aquella Iglesia en conservar el sistema originario del gobierno eclesiástico contra las empresas de la monarquía, se deduce claramente de cuanto dice el Ab. Tosini en su famosa *Historia del Jansenismo*, especialmente sobre el punto de la infalibilidad Pontificia que es el mayor de los derechos controvertidos que califican la forma del gobierno monárquico. He aquí en compendio el cuadro original: «La infalibilidad Pontificia, dice este autor, »sirviendo como de Himeneo para las paces de la Francia con »la Santa Sede, principió á ser manifiestamente voluntaria, »si no se quiere decir con mucho sentimiento, ridícula; pues- »to que desde entonces (es decir desde el acomodamiento de la »Corte con Roma con motivo de lo acaecido con los de Cór- »cega y el Duque de Grequí) vino á ser un juego igualmente »en los disturbios que en los acomodamientos." Porque las *condiciones eran* que cuando el Papa estuviese en buena inteligencia con la Francia, «no se sirviese esta de las leyes contra »la infalibilidad Pontificia é hiciese mas bien algun sacrificio »de las leyes á la amistad (1)." ¿Se sospecha acaso de la sinceridad de Tosini? ¿Pero no es uno de los historiadores que mas estiman los novadores? ¿No sostiene tambien su causa? ¿Por qué pues ha de haber faltado á la verdad en su propio daño? Fuera de que ¿no alegan ellos mismos algunos monumentos que autentizan el testimonio de Tosini? Uno de ellos es el tra-

(1) *Lib. 2, pág. 70.*

tado ajustado entre Leon X y Francisco I, del cual, aunque sin razon, pretenden que se originó tanta depravacion en aquella Iglesia, que se echa de ver cuan inconstante ha sido en sus opiniones, y en la economía exterior del gobierno eclesiástico.

§. XXXIII.

¿Y será esta la idea que debe formar un católico de la Divina providencia en mantener *visiblemente* inmutable el gobierno de la Esposa de Jesucristo? ¿Y por ventura no nos hubiera engañado el mismo Dios, que en sus Escrituras nos presenta unos caracteres enteramente diferentes para distinguir la verdadera Iglesia y su gobierno del de los hombres, si le fuese permitido á la misma Iglesia acomodarse á la política é intereses de las Cortes, y hacerse dependiente de ellas en la enseñanza de la doctrina, y en el ejercicio de su ministerio? Y si esto es así, ¿dónde constituirá Tamburini aquella Iglesia que retrocediendo desde estos tiempos hasta los del impostor Isidoro haya conservado siempre *inmutable y visiblemente* el plan de la pretendida *institucion divina*, que haya resistido siempre *insuperablemente* á toda mutacion *sustancial* del mismo, y tenga finalmente el derecho de hacerse venerar como el órgano de la *Iglesia universal*? Si no la coloca en las sociedades de los que han sido condenados como hereges por aquellos *muchos concilios*, por aquellas Iglesias, y por aquellos Pontífices que adoptaron el *nuevo Código*; no le podrá señalar ciertamente ningun lugar en todo el universo.

§. XXXIV.

¿No hay, se me opondrá, alguna obscuridad en la doctrina de la Iglesia, aunque la Iglesia es infalible? ¿Por qué pues no podrá suceder lo mismo respecto de su gobierno, aunque inmutable y permanente? La Iglesia *no siempre decide, pero siempre enseña*, ora por el número mas corto, ora por el mas grande: de consiguiente siempre conservará su gobierno y lo manifestará, ya por una, ya por otra, ya por pocas, ya por muchas de las Iglesias particulares; ni esta manifestacion deberá

mirarse siempre como una formal decision autorizada á la que no se pueda contradecir sin nota de heregía. Los tiempos de los Anti-Papas suministran pruebas evidentes de esta obscuridad. Sin disputar sobre el principio fundamental proscripto ya solemnemente como manantial fecundo de mil errores, en que se da libertad á cualquiera para establecer como doctrina de la Iglesia lo que mas le agrade, siempre que no falten á su partido algunos defensores aunque sean en pequeño número; todo el mundo ve cuan falsa es su aplicacion á nuestro caso. Porque tratándose aquí de la autoridad suprema, es cierto que esta no puede ejercerse sino por quien la tiene de Dios, esto es, en la hipótesis contraria, por la Iglesia universal; mientras que al contrario la verdadera doctrina puede enseñarse por cualquiera. Y así como, por confesion del Guadagnini, los hechos intrínsecamente conexos con los dogmas prueban los dogmas mismos (1); así tambien el ejercicio de esta autoridad puede considerarse como una definicion de la autoridad misma. Luego solo entonces podria correr la paridad, cuando la doctrina pudiese definirse tambien con un juicio infalible por el mas corto número no menos que por el mas grande, y supiesen siempre discernir todos con certeza cuándo decide la Iglesia por medio del uno, y cuándo por medio del otro: lo que no admiten los novadores. Fuera de que no pudiendo menos la Iglesia de ejercer *inmutable y visiblemente* sus derechos esenciales, no puede cesar en su ministerio público, y de consiguiente no puede dejar de *definir* continua y prácticamente su gobierno. ¿Se quiere suponer un tiempo en que no lo *decida*? Pues se fingirá el caso en que ella no sigue ni el *sistema* monárquico, ni el aristocrático, ni el democrático, es decir, en que esté en una completa inaccion sin gobierno de ninguna clase: estado imposible en la Iglesia; porque no se hallaria en ella aquella *visible soberanía* sin la cual no sería, segun el testimonio de Tamburini (2), «la silla de la verdad y la depositaria» de la doctrina de Jesucristo." Finalmente, una cosa es que se *obscorezca* la doctrina, y otra cosa es que se *obscorezca* el gobierno de la Iglesia. Obscureciéndose la doctrina se puede re-

(1) Osservaz. con. i Fatti Dogm. 8c. pag. 321.

(2) Analisi sopra le prescr. di Tertulliano, §. 54.

currir á la Iglesia, para que disipe las tinieblas y disuelva las dudas con su voz, y aunque no decida se conoce el tribunal á quien se debe obedecer. Por tanto, sin faltar á la unidad de sumision á la Iglesia, cada parte puede sostener su opinion hasta que la Iglesia pronuncie su auténtica decision; siendo así que obscureciéndose la forma de su gobierno, se obscurece su legítimo tribunal, ni aquella parte que se gobierna por el sistema aristocrático puede tener con la otra que sigue el monárquico esta *unidad de sumision* á una misma Iglesia cuya autoridad se arroga una y otra, definiendo prácticamente la una contra la otra, que su gobierno es el de la verdadera Iglesia. Esto supuesto pregunto: ¿en este caso cómo se podrá reconocer en la Iglesia la unidad de ministerio, y por él la Iglesia misma? En los tiempos de los Anti-Papas, lo mismo que cuando se muere el Papa, no queda obscurecida la forma del gobierno ordenado por Jesucristo, porque tanto en el caso de que se dude con fundamento á quien se deba venerar por Papa, como en el caso de Sede vacante, sucede en la Iglesia lo que en varias monarquías, en las cuales en tiempo de interregno reside el gobierno en algun senado, como se practicaba en el antiguo imperio romano, en que el senado mandaba en tiempo de interregno; de consiguiente en estos casos el gobierno de la Iglesia es interinamente aristocrático. ¿Pero quién ignora que no puede ser este su estado natural? ¿Quién puede dejar de conocerlo al ver la prisa que se da la Iglesia para elegir su Cabeza sufriendo mal el estar acéfala por mucho tiempo? Vean pues nuestros adversarios cuan débiles son los argumentos de que se valen para demostrar que no es universal en la Iglesia la *monarquía*, y que se *halla obscurecido* su gobierno.

§. XXXV.

Y si la monarquía no fuese el estado natural de la Iglesia ni la forma de su gobierno primitivo, segun los mismos principios de Tamburini estaria trastornado todo el *orden sobre que Cristo fundó la Iglesia*; y por lo tanto desordenada la Iglesia misma. Aquí sí que ponen en tortura nuestros novadores su talento para librarse de una tacha tan vituperable.

De aquí nacen sus continuas protestas de someterse al tribunal de la Iglesia; de aquí la facundia mas artificiosa en ensalzar su infalibilidad, perpetuidad, visibilidad, y universal extension; y de aquí finalmente los mas magníficos aplausos á su divina institucion, y los mas espléndidos conceptos para celebrar las indefectibles promesas de su fundador: pero de aquí cabalmente la mas eminente manifestacion de la incoherencia de sus sistemas. Admitiré yo seguramente sus protestas, y me abstendré de sospechar ninguna heregia en sus intenciones, mas no por eso dejaré de combatir sus teorías; porque tendiendo directamente á la total destruccion de la Iglesia, vienen á contradecir la presunta pureza de su creencia; y por esta misma razon me dan con sus protestas un nuevo derecho para refutarlas. En efecto constituyendo ellos la Iglesia, como fundada por Cristo, en una reunion de Obispos y de otros ministros inferiores que ejercen sus derechos recibidos inmediatamente de Dios, con subordinacion á la totalidad de los Pastores, reconociendo al Papa como centro de comunion, pero solamente del modo que reconocen por tal los feligreses á su párroco, los diocesanos á su Obispo, y toda una provincia á su metropolitano (1); y predicando tan solemnemente que la forma de este régimen, que se halla en desuso ha caido en olvido por la ignorancia é imbecilidad de los mismos Obispos y de los demas ministros, que «entregaron todos sus cuidados» al Pontífice y á sus congregaciones», ¿no me deberán agradecer el que sin envolverlos en largas disputas les proponga en su verdadero aspecto, y bajo un solo punto de vista, las consecuencias que se siguen necesariamente de semejante sistema, y que tanto protestan aborrecer? Pues esto es justamente lo que yo intento hacer llamando su desapasionada reflexion á este sencillísimo argumento. O subsiste la Iglesia, ni se puede decir que se haya cambiado *sustancialmente* la *forma* de su *gobierno primitivo*, y será siempre *visible* su *soberanía*; es decir, siempre se podrá reconocer, merced á sus notas características, entre las usurpaciones y violencias, y se podrá reconocer con aquella misma certeza con que se distingue á la

(1) *Vera idea* §c., p. 2, c. 4, §. 5.

verdadera Iglesia; ó bien se ha cambiado *sustancialmente esta forma*, ni ya se podrá decir que subsiste la Iglesia. Los novadores pretenden que se ha cambiado *sustancialmente*. ¿No quieren la consecuencia? Pues digan que no se ha cambiado. Mas al presente es monárquica; conque concedan que fué instituida tal por Jesucristo. La cuestion no puede reducirse á términos mas precisos.

§. XXXVI.

Pero (¿quién lo creyera?) Lejos de rendirse nuestros adversarios á la evidencia de tan grande demostracion, intentan destruir su fuerza negando con la obstinacion que forma el carácter distintivo de los novadores, negando, digo, que se siga necesariamente de su doctrina el trastorno total de la Iglesia. Dejando yo que juzgue si tienen razon la penetracion del lector imparcial, me ciño á estrecharlos por otro lado, sirviéndome tambien para ello de sus propias armas; de esta manera. ¿Subsiste siempre la Iglesia? Luego segun su doctrina subsistirá solamente entre aquellos que desechan la monarquía; una vez que los Pontífices, las Iglesias y concilios que la adoptaron son, segun sus principios, propia y formalmente hereges. ¿Negarán acaso esta consecuencia? No hay que dudarlo, porque conocen muy bien que es absolutamente imposible conciliar las promesas hechas por Cristo á la Iglesia, y su visible y perpétua *catolicidad* con sustraer de ella, y por tantos siglos consecutivos todos aquellos concilios, Iglesias y Papas, como sería necesario; pero porque ellos la nieguen no por eso dejará de ser exacta y legítima. El mismo Tamburini nos indica manifestamente que en nada se diferencian de las sectas heréticas, en el lugar donde determina la diferencia que hay entre estas y las escuelas católicas, la cual fija él en estar entre los hereges «autorizada por las leyes la variedad de los dogmas, » y existente en los documentos públicos de sus sínodos: siendo » así que nuestra Iglesia no admite diversidad en los dogmas, » sino que quiere la unidad de sentimientos en la enseñanza » pública y comun" (1); viniendo con esto á establecer por

(1) *Teol. Piac. lett. 3. pag. 200.*

carácter distintivo de la Iglesia católica el no admitir en sus sínodos ni autorizar con sus leyes la variedad en la creencia: de donde se sigue que tampoco puede admitir en su seno aquellos *muchos concilios* que autorizaron con sus leyes, y aquellas Iglesias que aprobaron en sus sínodos, y admitieron en públicos documentos el llamado *nuevo derecho*, es decir, la monarquía.

§. XXXVII.

Ni para salvar su ortodoxia en la apariencia, sirve decir con Tamburini que lo han hecho «por la ignorancia de los siglos, en la persuasión de seguir el antiguo, y engañados por el impostor Isidoro.» En efecto si esto tuviese fuerza, tambien las Iglesias de los protestantes que tanto varían, al abrigo del supuesto falso de seguir la fé antigua y primitiva podrian reconocerse, con verdad, unidas y formando una sola Iglesia, del mismo modo que aquellas Iglesias, que *adoptaron el nuevo plan*, y aquellos *muchos concilios* que autorizaron con sus *decisiones el nuevo derecho* forman con los concilios de Constantza y Basilea (los cuales dicen los adversarios que dieron decisiones contrarias), y con las Iglesias sus adherentes una sola Iglesia católica. ¿Niega Tamburini á las Iglesias de los falsos reformados esta unidad? Pues debe negarla tambien á las que admitiendo el *nuevo derecho* autorizan con sus leyes, establecen en sus sínodos, consignan en públicos documentos la variedad de los dogmas; y las cuales de consiguiente sin razon se llaman (en esta hipótesis) Iglesia católica, como si fuesen una sola; pues hablando con propiedad deberían llamarse *Iglesias* de los católicos. La misma comparacion que él hace de las escuelas de los *Tomistas*, *Nominales*, *Escotistas*, &c. con las sectas de los hereges que varían entre sí, afirmando que las primeras no forman sectas de diversa y contraria profesion, porque «procurando cada una librarse de la tacha de innovacion y atraer á sí la antigüedad para ligar sus opiniones á la unidad de doctrina, protestan con los hechos su sumision á la creencia comun» (1); esta misma comparacion, digo, ¿no

(1) *Anal.* &c. §. 185.

prueba quizás hasta la evidencia que si estas escuelas traspasando los límites que señala Tamburini se convirtiesen en otras tantas Iglesias y concilios que dejasen á cada uno la libertad de pensar por no indagar la verdad, pero por definir ex cátedra y autoritativamente algun punto de doctrina, autorizasen con leyes el error, no las diferenciaria él mismo de las variantes Iglesias de los protestantes? Se deberian en efecto llamar entonces no ya escuelas sino Iglesias de los *Tomistas*, *Nominales*, y *Escotistas*: y así como sus profesiones tendrian un objeto de fé diverso, y aun contrario en algunos puntos, así formarían otras tantas Iglesias variantes como son las de los hereges.

§. XXXVIII.

Digan si se quiere que las Iglesias de los hereges y sus síndodos varían sobre algunos artículos definidos solemnemente por la Iglesia católica, cuando aquellas Iglesias que *adoptaron* el nuevo plan, y aquellos concilios que le *autorizaron* no contradijeron ninguna formal solemne definicion. Si aquí no se trata de que se impugne ninguna definicion hecha por la Iglesia tocante á la doctrina, se trata con todo del derecho de definir que se hubieran usurpado tantas Iglesias y concilios, como si constituyesen la Iglesia universal, y estuviesen de consiguiente adornadas de una absoluta autoridad; y tambien se trata de las diversas profesiones que habrian adoptado, no de otra manera que los hereges. ¿Qué otra definicion mas auténtica se puede exigir que la práctica constantísima de una inalterable adhesion de la Iglesia al plan de su gobierno establecido por Jesucristo? ¿Cómo se puede colocar mas claramente la *institucion divina* sino viendo su actual ejercicio, y que es ella el fundamento sobre que se rige aquella Iglesia, que hizo Dios infalible en el reconocerla? Si en tiempo de aquellos *muchos concilios* subsistia la Iglesia, era sin duda activa y manifiesta esta práctica definicion de su *gobierno*; y por lo tanto contraria al supuesto *nuevo derecho*, ni se puede sin caer en un absurdo imaginar en aquellos concilios y en aquellas Iglesias una ignorancia que les justifique de ser hereges y cismáticos. Pero

ya se tratará mas largamente este argumento al fin de esta obra, donde se hará ver palpablemente, con cuanta facilidad pueden defenderse todas las sectas de los reformados y ponerse en paralelo con nuestras escuelas, valiéndose de las armas de los novadores del dia. Por ahora basta lo que hemos dicho.

§. XXXIX.

Hemos demostrado hasta aquí con un riguroso raciocinio: 1.º que si en el siglo XVIII es verdaderamente monárquico el gobierno de la Iglesia, es preciso conceder que tambien lo ha sido siempre desde su fundacion, esto es, que fué instituido tal por Jesucristo: 2.º que los contrarios confiesan en sus declamaciones que es monárquico el presente régimen de la Iglesia: 3.º que de consiguiente es realmente monárquica la forma esencial del gobierno establecido por Dios en su Iglesia. El orden de los argumentos y su intrínseca y mútua dependencia nos condujo finalmente á descubrir que de la doctrina de los novadores se sacan unas conclusiones que destruyen la verdadera esencia de la Iglesia católica. Parece por lo tanto que no se puede desear mas en este punto. Pero para presentar una demostracion completa y perfecta en todas sus partes de la monarquía eclesiástica, la corroboraremos con documentos históricos. Y una vez que con este apoyo la han sostenido valerosamente tantos excelentes apologistas de las prerogativas Pontificias; entre los innumerables que pudiera citar me contentaré con escoger algunos, ó que otros no han citado, ó que son los mas interesantes por las concluyentes y decisivas observaciones á que dan márgen, pasando en silencio aquellos hechos que estan sujetos á interpretaciones, como lo hacia generalmente contra los hereges San Agustin con los lugares oscuros de la Escritura y de la tradicion. *Quæ alicujus, dice, vel talis interpretationis indigent, interim seponamus; non quia falsa sint, quæ hoc modo de talibus tanquam involucris interpretando solvuntur, sed quia vel interpretem quærunt, nolo in eis nostra ingenia comparentur, sed aperta veritas clamet et luceat, in obturatas aures irrumpat, dissimulantium oculos feriat. Nemo in eis latebris quærat falsæ suæ doctrinæ locum, omnem con-*

tum contradicendi contendat, omnem frontem impudentis elidat (1).

§. XL.

Obsérvese primeramente que la época señalada por los novadores para la introduccion de la monarquía es mucho mas reciente que la que señalan los protestantes. Suben estos al año 606 (2), cuando empezaron los Papas, dicen ellos, á llamarse y á proceder como cabezas universales de toda la Iglesia, y arrogarse la espada espiritual, esto es, la fuerza coactiva (3), mediante la cual principiaron á reinar en la Iglesia (4) independientemente de ella, y no queriendo de ningun modo sujetársele la despojaron de su autoridad. Pero aquellos fijan esta época en tiempo del impostor Isidoro y de San Gregorio VII, ó bien mas comunmente cuando fueron condenadas sus doctrinas. Los protestantes sin embargo reconocieron mejor que los novadores que la conducta de los antiguos Pontífices habia sido la de unos verdaderos monarcas. Y que del mismo modo la hubiesen reconocido tambien los católicos, se puede probar anticipadamente con el hecho de no encontrarse, antes que apareciesen los celosos novadores de nuestros dias, ninguna apología formal contra las acusaciones de los reformados sobre este artículo, cuando hubiera sido efficacísima para hacerles volver á la Iglesia, manifestando la falsedad de su prevencion contra el *despotismo* de los Papas, y la debilidad de la Iglesia católica (5). Sépa pues el apologista del impio y herético folleto de Eybel (*quid est Papa?*), que de ningun modo la retractacion del sapientísimo Breve Apostólico que lo condenó «podria restituir á Jesucristo nuevamente los pueblos del »Septentrion separados de su Iglesia, y los hijos de la muy »afligida Iglesia Griega», como él piensa erradamente (6), sino que causaría seguramente la subversion total de la mas venerable

(1) *De unit. Eccl. c. 5.*

(2) *Illir. Cent. 6, c. 1.*

(3) *Lutero in supput. temporis.*

(4) *Synod. Smalchald.*

(5) Véase la *Exhortacion y la Respuesta* al fin de esta obra.

(6) *Voce della Verità, pag. 5.*

antigüedad, con la cual se conforma enteramente aquel Breve, y que alegada y vuelta á alegar tantas veces me propongo ilustrar con los hechos siguientes.

§. XLI.

Primero. Solicitado el Papa Siricio por el concilio provincial de Cápua para que concluyese por sí mismo la causa del Obispo Bonoso, acusado de error sobre la virginidad de la Madre de Dios despues del parto, no accede á las instancias del concilio fundándose en esta razon: *Primum est, ut ii judicent, quibus judicandi facultas data est. Vos autem, ut scripsimus, totius synodi vice decernitis: Nos autem, quasi ex synodi auctoritate, judicare non convenit. Talis judicandi forma nobis competere non potest*; pero juzgaria, y rectamente, *si integra* (esto es, *plena et generalis*) *esset hujusmodi synodus*. Ahora bien, ¿no es este un proceder de monarca? Siricio rehusa juzgar como *delegado*, y aun dice que no puede hacerlo: *Nos quasi ex synodi auctoritate judicare non convenit: talis judicandi forma nobis competere non potest*. Aunque por lo demas conserva al sínodo sus derechos, como lo hacen los romanos Pontífices á imitacion de San Gregorio Magno, el cual escribiendo á Domingo Obispo de Cartago protesta (1), que *sicut sua privilegia defendebat, ita singulis quibuscumque provinciis sua jura servabat*. — *Non quod judicium illud* (observa muy bien el P. Serry) *sumere summo jure non posset* (Siricius), *sed ne judiciarii juris ordinem inverteret, et conciliorum provincialium jurisdictionem perturbaret; propterea quod causarum episcopalium cognitio ad comprovinciales Episcopos pertineat, juxta canones* (2): sobre lo cual véase el excelente opúsculo del doctísimo Sr. Ab. Marchetti sobre los cánones del concilio de Sardicá. Pero hubiera dado su juicio, si aquel sínodo hubiera sido general: *Si integra esset hujusmodi synodus, recte de iis, que comprehendit scriptorum vestrorum series, decerneremus*. Hubiera juzgado *recte*, esto es, segun el órden establecido en el sistema gerárquico. ¿Pero qué juicio hu-

(1) *Lib. 2. ep. 39*, Edic. de París, año 1562.

(2) *De Rom. Pont. falli et fallere nescio, cap. 7.*

hubiera pronunciado en aquel caso? Un juicio ciertamente de la misma naturaleza que el que le pidió el concilio. Pero este juicio era jurisdiccional y definitivo; de otra manera no se hubiera apartado el Papa de pronunciarlo por la razon de no dar lugar á que se le tuviese por delegado. El que juzga las causas que pertenecen á otro sin su delegacion, las juzga como provisto de una autoridad mayor y propia. El juicio pues que hubiera dado sobre los escritos, es decir, sobre las actas de un concilio general, hubiera sido definitivo, y de suprema ó sea monárquica jurisdiccion.

§. XLII.

Ni se oponga que aquella *integra Synodus* no significa un concilio ecuménico, sino que se debe referir únicamente al de Cápua, que por no tener los Obispos necesarios no era verdaderamente provincial, ó bien, que significando un concilio general, debe entenderse por aquel *recte judicavimus* un juicio *reformable*, y hecho como por delegacion, no *último* y de propia autoridad. Porque es insubsistente la primera hipótesis, una vez que rehusa juzgar el Pontífice por la sola razon de no parecer delegado del sínodo que puede muy bien dar esta facultad á otros pero no al sucesor de San Pedro: *primum est ut ii judicent quibus judicandi facultas data est. Talis judicandi forma nobis competere non potest*. Cuyas expresiones demuestran que se contemplaba revestido de una potestad originaria, fuese ó no fuese provincial el concilio; y que aun supone que lo fuese, pues dice: *Vos enim totius synodi vice discernitis*; y reconoce la legitimidad de su sentencia, pues dice tambien, *primum est ut ii judicent &c.* Y si era necesario que el sínodo de Cápua fuese provincial, siempre que no lo hubiese sido en realidad, hubiera debido Siricio reprender al concilio y á los jueces la incompetencia de su potestad, y de consiguiente de su mismo juicio. De ningun modo pues se puede admitir la primera hipótesis. Ni es mas fundada la segunda, la cual contradice ademas enteramente el sistema de los contrarios acerca de la superioridad del concilio, y falibilidad del romano Pontífice; porque es un absurdo que el concilio supremo é infalible, después de haber examinado una doctrina

controvertida, recurra al Papa y aun le dé comision para juzgarla, sin poder al mismo tiempo darle su propia infalibilidad. Se trataria, dicen los contrarios, de un juicio pedido al Papa por un concilio general, sin que por eso fuese irrefragable y *último*. Luego *reformable*. ¿Pero por quien? ¿Por el mismo concilio? No: porque en tal caso hubiera juzgado el concilio desde luego sin recurrir al Papa. ¿Acaso por la Iglesia dispersa? Tampoco: de otra manera ¿á qué convocarse el concilio, si despues habia de dejar indeciso el asunto? Pero basta en cuanto al hecho de Siricio.

§ XLIII.

Segundo. San Dámaso Papa en el concilio constantinopolitano habia mandado á los orientales tratar únicamente la causa de los Eunomianos y Macedonianos; y habiendo traspasado estos límites el concilio decidiendo tambien la de los Eudoxianos, anuló el Pontífice las actas contra estos segundos, como atestigua San Gregorio Magno: *Romana Ecclesia eosdem canones* (contra los Eudoxianos), *vel gesta illius* (del concilio) *hactenus non habet, nec accipit: in hoc autem eandem synodum accepit, quod est per eam contra Macedonium definitum* (1). El que en una Nacion da órdenes á sus magistrados, y anula cuanto decretan traspasando las órdenes que les da, ejerce sin duda un poder monárquico.

§. XLIV.

Tercero. El concilio calcedonense habia formado el canon 28, en que se daba á la silla de Constantinopla la primera dignidad despues de la de Roma. Hallábase San Leon, como observa el eruditísimo Marchetti (2), en unas circunstancias muy apuradas, las cuales parecia le aconsejaban que lo confirmase. Efectivamente despues que el concilio metropolitano habia asegurado al Obispo de aquella metrópoli la primacía sobre las Iglesias de Alejandría y Antioquía, estaban muy empeñados los Emperadores en procurarle este privilegio, que

(1) *Lib. 6. ep. 31. Véase Bail-Sum. Conc. de Conc. CP. 1. ter. par.*

(2) *Véase su opúsculo sobre el Conc. de Sardica.*

pedian al Pontífice con las mayores instancias. Por otra parte en nada se interesaba la fé, porque el punto era de institucion humana y variable de consiguiente: por tanto parecia no solo que el Papa podia hacerlo, sino tambien que la prudencia pedia que lo hiciese. Sin embargo se opuso al canon con una constancia apostólica como contrario al canon 6.º del concilio de Nicea; y con la plenitud de su autoridad lo casó y anuló. He aquí un verdadero monarca.

§. XLV.

¿Se objetará que este hecho no es un monumento evidente de la monarquía de San Leon, por estar sujeto á muchas dificultades, y á diferentes interpretaciones? Observa Tamburini que podia el Pontífice, con pleno derecho, oponerse á aquel canon, porque no tenia el carácter de la autoridad de un concilio ecuménico, pues habia sido formado en una sesion á que no asistieron los legados del Papa, y fué aprobado despues en público por empeño de los Obispos y con la proteccion imperial, y firmado no por todo el concilio sino solamente por unos 184 Obispos (1). ¿Cómo pues se puede concluir de aquí la suprema autoridad de Leon sobre el concilio ecuménico de Calcedonia? ¿Cómo? Sin contradecir en nada á lo que dice Tamburini sobre la formacion y vicisitudes de aquel canon, y de consiguiente sin entrar en una controversia de esta clase, pretendiendo solamente que se separe lo que se debe hacer por equidad, de lo que se puede hacer por autoridad absoluta, es decir, que se distinga con el Apóstol el *licere* del *expedire*. Concedo pues á Tamburini que aquel canon era injusto, que se formó por el manejo de los orientales y de la Corte, y aún que tenia todos los doce defectos que nota Lupo en él (2). Dígame solamente: primero, si el canon Niceno se podia anular, absolutamente hablando, en un concilio posterior? Responde que sí, aunque no sería *útil* el violarle, porque estaba *recibido por la Iglesia universal* (3). Segundo, si el canon calcedonense

(1) Véase la *Vera idea* §c. p. 2, c. 3, §. 24.

(2) *Syn. Gener. p. 2, Operum t. 2. pag. 109 y sig.*

(3) *Loc. cit.*

era *nulo* en si mismo, independientemente de la reprobacion Pontificia, ó si era *valido*? Si era *valido*, ya está decidida la cuestion: luego fué anulado por sola la autoridad de la Silla Apostólica. Si *nulo*, demuéstrese que lo era; porque las razones alegadas no convencen que lo fuese, sino solamente prueban haber sido una empresa injusta por parte de algunos Obispos; y ya se sabe que no tratándose del dogma, de las costumbres, ni de la disciplina general, puede la legítima potestad Eclesiástica establecer alguna cosa en que tenga parte la ambicion de algunos Pastores y la proteccion de las Córtes, y sea sin embargo válida y validísima. ¿Acaso no puede la Iglesia en una libre institucion condescender con instancias menos justas todavía, cuando quedan salvos bajo todos conceptos el depósito de la fé, los derechos originarios del Episcopado, el orden de la gerarquía establecida por Dios, y puede temer, si no condesciendo, alguna inquietud, algun tumulto? Pues tal es justamente nuestro caso. Por lo mismo, aunque el canon se hubiese formado del modo que dice Tamburini, podia ser legitimado por el concilio, como efectivamente sucedió, cuando *tratado en publico el asunto, salió á favor del Obispo de Constantinopla*. Ni importa que se consiguiese *por empeño de los Obispos y con la proteccion imperial*: porque esto solo prueba que si no hubiera habido este motivo ú estímulo no se hubiera determinado el concilio á aprobar el canon. Así como no se sigue que no le haya aprobado realmente, del mismo modo tampoco se puede seguir que no deba atribuirse la aprobacion al mismo concilio, y que por esta razon no se deba mirar aquel canon como canon conciliar revestido con aquel grado de autoridad que puede dar un concilio independientemente del Papa á otras disposiciones suyas cuyo objeto fuese de la misma naturaleza. Oígame sin embargo un esfuerzo de la sutileza de nuestro antagonista. «La resistencia (dice) á satisfacer á las razones de los legados del Papa que opusieron los orientales sostenidos por la autoridad del Emperador, es un verdadero defecto de la libertad necesaria para que el concilio fuese ecuménico (1).» Aquí es papista Tamburini: el mismo que tie-

(1) *Ibi*.

ne por un mérito el reirse de los mandatos del Papa , ahora que le tiene cuenta, dice que es un delito el no oír á sus legados. Pues que, ¿ les cerraron acaso la boca? No por cierto: ellos reclamaron y propusieron las razones de su reclamacion, solo que no fueron obedecidos. En esto consiste verdaderamente el delito que San Leon reprende á Anatolio diciéndole: *Temptipsum, quod eis parere nolueris, dum illicita moliris, accusas* (1). ¿ Qué significa todo esto sino que el concilio por respetos políticos y manejos se dejó seducir, para usar en aquellas circunstancias de la libertad é independencia de los legados pontificios, que le hubieran concedido en todo caso sin restriccion y en general como un derecho originario suyo los novadores , y especialmente el *Profesor* de Pavia? « Pero fué firmado el canon solo por 184 Obispos, siendo así que el concilio calcedonense se componia de 600 Obispos del Oriente (2): » luego no fué aprobado por el concilio ecuménico. Yo no pregunto, ni hay necesidad de saber cuantos Obispos le firmaron; solo digo que no es legítima la consecuencia, pues un concilio puede aprobar los cánones de varios modos, es decir, por aclamacion, y á votos firmándolos cada uno: se habria pues firmado por algunos, y sería aclamado por los demas. ¿ Se quieren pruebas de que fué así? Deberia bastar por todas el testimonio de nuestro contrario mismo, el cual confiesa que habiéndose tratado en público el asunto, salió á favor del Obispo de Constantinopla; y no hubiera sucedido así, si de los 600 Obispos solo hubieran convenido en ello 184. Mas porque el convencer de incoherencia á unos hombres que hacen profesion de errar, solo sirve para que se obstinen cada vez mas en sostener sus errores, por eso á esta prueba añadiré otra que no tiene réplica. Este canon se lo apropió el concilio pleno cuando escribe al Pontífice San Leon *ad firmitatem et consonantiam* (esto es, *ad confirmationem et consensionem*) *eorum, quæ ab ipso gesta sunt* (3); é igualmente atribuye Leon este canon indistintamente al concilio, no haciendo mencion sino de la re-

(1) *Epist.* 53. *ad Anatol.*

(2) *Tamb. l. c.*

(3) *Relatio S. Syn. Chalc. ad Leonem Pont. Labbé, Conc. t. 4, pag. 1774.*

sistencia de sus legados (1). ¿ Con qué fundamento pues se acusa de falsedad á la carta del concilio, y de ignorancia y falsa suposicion al Pontífice? Pero acabemos de una vez. ¿ Quiere Tamburini que aquel canon no haya sido del concilio sino de algunos pocos Obispos, aun en menor número de 184? Después de haberle demostrado convincentemente lo contrario, lo supondré así con él por ahora. Pero pregunto, ¿ fué esta la verdadera razón porque San Leon *podia oponerse con pleno derecho al referido canon*? ¿ Acaso no hubiera podido oponerse si hubiera sido aprobado por los Padres espontánea y universalmente? Esto es lo que yo niego absolutamente. Aunque hubiera sido incomparablemente mayor el número de los Obispos que aprobaron el canon, todavía se hubiera opuesto el Pontífice con la misma constancia, y por tanto con la misma autoridad. He aquí su general declaracion: *Nulla sibimet de multiplicatione congregationis synodalia concilia blandiantur, neque trecentis illis decem et octo Episcopis, quantumlibet copiosior numerus sacerdotum vel comparare se audeat, vel præferre* (2); protestando sin ninguna excepcion, que *etiamsi multo plures aliud quam illi (nicæni Patres) statuere, decernerent, in nulla reverentia sit habendum* (3).

§. XLVI.

¡ Pero qué! Cuando nosotros vemos resplandecer en Leon la potestad monárquica en toda su plenitud, solo ven los novadores un simple ministerio que no ejerció el Pontífice por derecho de cabeza suprema, sino que no podia menos de ejercer, sin ser un prevaricador, como súbdito ejecutor de los cánones del concilio de Nicea. «Debia, dice Tamburini, oponerse el Papa San Leon á aquel canon, por ser contrario al »sexto canon Niceno» (4). *Debia?* ¿ Y quién lo dice? Lo dice el que reduce todos los medios de que puede valerse el Papa

(1) *Ep. 53. ad Anat. 54. ad Martian. Imp. 55 ad Pulch. ap. Labbé.*

(2) *Ep. 53 ad Anat.*

(3) *Ep. 55. ad Pulch.*

(4) *Vera idea, l. c.*

pará hacer que se observen en un *evidente peligro* los cánones y la disciplina de la Iglesia, al arbitrio únicamente «de tocar al arma, y convocar á todos los Obispos para un concilio general;» y que venera el mismo derecho en los príncipes «como protectores de la Iglesia, y vengadores de la tranquilidad pública» (1). ¿Y de quién lo dice? Lo dice de un Pontífice que en aquel *evidente peligro* de que se quebrantasen los cánones nicenos por causa de los muchos Obispos ambiciosos, adúladores, seducidos, y por la *proteccion imperial*, en vez de convocar á los Obispos nuevamente á concilio para el remedio oportuno, declara y protesta que es totalmente inútil esta medida, y que para nada sirve la multiplicacion de los concilios, ni aun el mayor número de Padres; anulando por lo mismo cuanto establecieron los de Calcedonia. ¿En qué circunstancias lo dice? Cuando los Emperadores, en quienes quiere reconocer no menos que en el Papa el *derecho de convocar* los concilios ecuménicos, y hacer que en ellos se decidan las causas, podian inutilizar todos los esfuerzos y empeño de San Leon, y cuando protegiendo aquellos Príncipes con tanto empeño el canon calcedonense, se podia temer que fuesen en vano efectivamente con mayor daño del sosiego público y de la tranquilidad eclesiástica. ¿Y por qué lo dice? Para que se observe un canon de mera disciplina, en la cual absolutamente hablando, se pueden hacer variaciones, y respecto de la cual pueden de consiguiente *ipsa concilia plenaria priora posterioribus emendari*. ¿Habia sido aceptado por la Iglesia universal? Supongamos que lo hubiese sido: pero ¿quién debe ser el juez de una constitucion *absolutamente* variable de disciplina? ¿El Papa ó el concilio? Si el Papa; luego de su juicio depende el que subsista ó se varíe aquella disciplina y no del mismo concilio; aquel y no este será el intérprete de la Iglesia; en cuyo caso se concluyó la disputa. Pero si es el concilio, ¿cómo pues podia ignorar el de Calcedonia esta prerogativa suya, ó á lo menos por qué no la opuso al Papa Leon? ¿Cómo podian ignorarla todos los demas Obispos, que en cualquier número que estuviesen congregados oyeron sin contradecirlo intimárseles por

(1) *Ibi.* §. 16.

el Pontífice que nada habian podido establecer contra el referido canon? Y aun si hubieran conocido posteriormente la equidad de la resistencia Pontificia, ¿no debian para evitar equívocos y una mala inteligencia acerca de la autoridad de la silla Apostólica en perjuicio de la del *cuerpo gerárquico*, haber respondido en un tono absoluto: á nosotros toca juzgar de lo que podemos ó no podemos, y de la *inalterabilidad* de la constitucion de la Iglesia? Con este valor y resolucion hubieran hablado ciertamente, si hubieran estado iluminados por la prodigiosa abundancia recientemente descubierta de los derechos que les competen, pero que no se conocian todavía en aquellos tiempos. Concluyamos pues, que la obligacion que tenia San Leon de resistirse al canon calcedonense no era la de un *mero* ministro *ejecutor*, que no tiene autoridad absoluta para obrar de otra manera, sino un deber de equidad por la veneracion debida al concilio Niceno, juntamente con el derecho de reprimir la audacia y ambicion no ya de uno ó dos Obispos, sino de cuantos numerosos concilios se pudiesen reunir para cambiar cualquiera disposicion del mismo concilio aunque mudable en sí misma; del mismo modo que un Monarca prudente mira como una obligacion sagrada el conservar en su vigor algunas leyes que dieron é hicieron observar inviolablemente sus antecesores, aunque por su autoridad originaria y absoluta pueda derogarlas.

§. XLVII.

Esto no obstante, insisten los modernos novadores con su acostumbrada pertinacia en negar que hubiese ejercido una autoridad suprema el Santo Pontífice Leon, en resistirse á los intentos del concilio de Calcedonia; y despues de haber procurado probar que no «*declaró nulo* el canon calcedonense» sino fundándose en la autoridad del concilio general (de Nicea) admitida por todas las Iglesias» (1), dando al hecho la interpretacion que hemos refutado ya en todas sus partes, intentan corroborar su proposito, alegando algunas expresiones aisla-

(1) *Vera idea* §c. p. 2, c. 3, §. 24.

das del mismo Pontífice que á primera vista parecen favorecerles. Tales son aquellas en que escribiendo á Pulqueria, se protesta *in omnibus ecclesiasticis causis (Nicænis) legibus obsequentem*; y aquella en que escribiendo á Marciano, declara, *se in custodiendis canonibus perseverantem exhibere famulatum*. Dejando aparte estas segundas, que se identifican sustancialmente con las primeras, se prueba hasta la evidencia con el contexto del lugar citado que estas expresiones aisladas de San Leon deben entenderse en un sentido enteramente diverso del que le dan nuestros contrarios. He aquí el texto segun se halla en Labbé T. 4. col. 586 de la edicion Veneciana de Albrizzi año de 1728. *Consensiones vero Episcoporum, sanctorum Canonum apud Nicæam conditorum regulis repugnantes, unita nobiscum vestræ fidei pietate in irritum mittimus, et per auctoritatem B. Petri Apostoli, generali prorsus definitione cassamus; in omnibus, ecclesiasticis his legibus obsequentes, quas ad pacificationem omnium Sacerdotum per trecentos decem et octo Antisites Spiritus S. instituit: ita ut, etiamsi multo plures aliud, quam illi statuere, decernerent, in nulla reverentia sit habendum, quidquid fuerit á prædictorum constitutione diversum.* ¿Y qué debemos concluir de este pasage? ¿Que San Leon solo quiso declarar nulo el canon calcedonense, porque era contrario á lo dispuesto por el concilio de Nicea? Pero si lejos de limitarse á semejante declaracion lo *anula* el mismo y *casa*, y esto con su propia y general definicion: *irritum mittimus... et generali prorsus definitione cassamus*: si lejos de referirse á la sola autoridad del concilio Niceno asegura que lo hace de su propia autoridad, *per auctoritatem B. Petri Apostoli*; ¿por qué no se ha de concluir que lo hizo mediante el real y activo ejercicio de una autoridad suprema y verdaderamente monárquica? Sería necesario á la verdad no conocer absolutamente el valor de las voces, y no saber una palabra de gramática y de lógica, para ignorar que lo que es *nulo* por sí mismo no se puede decir que es *anulado* por nadie: que tratándose de una cosa que ya existe solo se puede *declarar* su existencia sin innovar nada: que una *anulacion* autoritativa, como tiene por objeto inmediato el destruir lo que existe, si esto ha recibido de otro su existen-

cia, no puede hacerse sino por quien es *superior* á este otro: y que de consiguiente protestando San León que *casa generali prorsus definitione* cuanto decretaron los Padres de Calcedonia, y declarando que se opondría igualmente á cualquier número mayor de Obispos que decretasen lo mismo, *ita ut, etiam si multo plures aliud quam illi (Antistites Nicæni) statuere, decernerent, in nulla reverentia sit habendum*; se declara *superior* autorizado de todo el cuerpo de aquellos, y ejerció realmente una autoridad soberana. ¿Pero qué diremos de las expresiones que oponen los contrarios, ó por mejor decir su corifeo? Se dirá en primer lugar que consideradas, no aisladamente sino en relacion con todo el contexto, nada prueban contra la autoridad *suprema* del Pontífice: y en segundo lugar que los variantes que se notan en ellas comparados con el texto original, engendran sospechas acerca de la buena fé de los que las oponen, sobre las cuales y su fundamento pueden juzgar los lectores. En efecto el texto original dice así: *in omnibus (es decir en todas las cosas), ecclesiasticis his legibus obsequentes, quas ad pacificationem omnium Sacerdotum per trecentos decem et octo Antistites Spiritus S. instituit*; y nuestro contrario escribe así: *in omnibus ecclesiasticis causis, (Nicænis) legibus obsequentem*. ¿Habrà omitido las palabras *quas ad pacificationem omnium Sacerdotum*, con las cuales se determina de qué leyes se habla en el texto, á saber, de las que se dirigen á mantener la paz entre los ministros de la Iglesia, porque le parecieron poco oportunas para su designio de negar al Papa la facultad de poner en ningún caso imaginable la mas pequeña excepcion? ¿Habrà unido al *omnibus* el adjetivo *ecclesiasticis*, que en el texto está unido al *legibus*, y añadidole el *causis* que no se halla en el texto, para poder inferir que el Papa está sujeto al concilio generalmente en todas y cada una de las causas eclesiásticas? Pero pasemos á otro monumento no menos decisivo de la *venerable antigüedad*.

§. XLVIII.

Quarto. San Ignacio, Patriarca de Constantinopla, instó con súplicas al Papa Adriano en nombre de todo un concilio ge-

neral que repusiese en su silla á Teodoro, consagrado por él, Metropolitano de Cairá; y que se habia agregado al partido de Focio, obligado solamente por los tormentos, despues de haber vengado con sumo celo la fé católica contra aquellas heréticas doctrinas, pero que habia borrado la mancha de su prevaricacion con el hisopo de la penitencia (1). Natal Alejandro llama á este luminosísimo hecho *magnificum sane pro romani Pontificis primatu testimonium*; y con mas propiedad hubiera dicho, *pro monarchica romani Pontificis potestate*. Porque si una autoridad como esta pertenece al Papa y no al concilio; luego es claro que aquel tiene mas autoridad que este; y si el Papa la posee como si le viniese de la Iglesia, ¿por qué esta implora de aquel el ejercicio de esta autoridad con una fórmula suplicatoria *ut dignetur*, por la cual se confiesa subordinada y no soberana? ¿Es por ventura propio de la Iglesia hablar y proceder de un modo que subvierta en los fieles todas las ideas de su gobierno? Porque en efecto, ¿se despojó de esta suprema autoridad, ó la conserva? Si se despojó, luego ha faltado, pues no se puede despojar de un derecho divino sin prevaricar, ni puede subsistir *sino tal cual* Cristo la fundó, y de consiguiente conservando entero el depósito de todos sus derechos originarios y esenciales. Y si la retiene, ¿por qué no la ejerce? ¿Porqué se explica y obra como si no la tuviese? Sería esto un engañar indigno de la Iglesia, y aun le sería imposible por lo que hemos demostrado, como que destruiria la forma exterior de su gobierno instituido por Dios, esto es, *su inmutable y visible actividad*. De consiguiente es necesario concluir, que este recurso suplicatorio hecho antes que se disolviese el concilio, á nombre del concilio, y de consiguiente por el mismo concilio al Papa Adriano, es un reconocimiento práctico de la absoluta, independiente, originaria, y por consecuencia *monárquica* potestad del romano Pontífice.

(1) Bail, *Sum. Conc. de conc.* 8.º

§. XLIX.

Quinto. Se podrían presentar otros auténticos esplendísimos monumentos de haber ejercido libremente los romanos Pontífices un poder propiamente monárquico: pero como para los novadores no es *venerable* la *antigüedad*, sino cuando creen (aunque sin fundamento) hallar en ella algun apoyo á sus erróneos sistemas, declarándola en lo demas envuelta en tinieblas, y arrastrada por la *ignorancia de los tiempos*; por esta razon les presentaremos un hecho mas reciente sucedido en tiempo que ellos llaman de *luz*, esto es, en tiempo del concilio de Constanza, y aun en el mismo concilio; y espero que no podrán acusarme ni de poca sinceridad en la exposicion de los hechos, ni de prevencion en examinarlos bajo su verdadero punto de vista y por todos lados. Gregorio XII despues que el concilio le habia declarado *decaído* (los contrarios dicen *depuesto*: despues veremos como se debe decir) de la silla Apostólica, juzgando que era espuria é ilegítima aquella reunion, convocó nuevamente y autorizó al mismo concilio, é hizo en él su formal y espontánea renuncia del pontificado. El concilio no reclamó, y aun admitió con pleno consentimiento esta nueva convocacion, y sufrió que Gregorio autorizase su celebracion, aceptandó su renuncia, *quia* (como declaran los Padres) *abundans ad certitudinem cautela nemini nocet, sed omnibus prodest*. Y que la conducta de Gregorio fuese la de un verdadero monarca, creyéndose superior al concilio, no hay nadie que lo dude: y que el concilio no negase con una definicion dogmática y solemne á los romanos Pontífices un carácter de verdaderos monarcas, sino que mas bien de la historia de aquel concilio se puede sacar algun nuevo argumento en favor de la monarquía de los Papas, lo intento demostrar en los paragrafos siguientes.

§. L.

A la sombra de este concilio triunfan los contrarios, imaginando haber definido decisivamente que el Pontífice está sujeto á los concilios generales como inferior á ellos. En todas

sus obras se lee esta imaginaria definicion, y llaman rebeldes á la autoridad de la Iglesia á los que defienden la supremacia Pontificia. De aquí es que los franceses (así escribe el cardenal de Lorena á su comisionado en Roma Le-Bretton) estan prontos á derramar su sangre antes que suscribir á las opiniones romanas, y abandonar la doctrina establecida, segun su dictámen, en las dos famosas sesiones del concilio Constanciense: *Galli de vita potius, quam de sententia recedunt*: aunque el Ab. Tosini amaestrado por la experiencia nos asegura lo contrario. Por lo demas es cierto que los novadores modernos no se adhieren tanto á esta definicion que sacrifiquen la vida á las doctrinas de su partido, puesto que mas pronto sacrificarian generalmente sus doctrinas al interes. Un empleo de mas consideracion, una renta mayor, el temor de perder la proteccion de los grandes, serían motivos eficacísimos para hacerles mudar de opinion, ó á lo menos para contener su celo, y guardar silencio. En suma, son de aquellos, que *pro buccella panis deserunt veritatem*, procurando solamente ganar el favor de las cortes con proponerse por leyes los fines políticos y el genio de los soberanos. Pero como no cesan de venerar y oponernos como reglas de fé los decretos de Constanza, aunque no sea tan grande la adhesion que les tienen, bueno será hacer un diligente analisis donde se ponga en claro lo que se debe pensar de la autoridad de aquellos decretos.

§. LI.

Pregunto pues en primer lugar: ¿ dónde se ha visto un concilio legítimo y ecuménico, que queriendo definir un punto de fé, y obligar por lo tanto á las conciencias de los fieles, haya titubeado jamas sobre el objeto definido, y haya hecho sospechosa la autoridad que tenia para definirlo? ¿ Dónde se ha oido jamas que un concilio que representa la Iglesia, despues de haber dado una solemne decision dogmática, intente conciliar mayor certeza á sus decretos por un medio que conduce mas bien al dogma contradictorio? Pues este sería cabalmente el concilio de Constanza, si se le pudiese atribuir una tal definicion. ¿ Y cómo no? El convocarle despues que ya estaba reu-

*

nido, el autorizarle despues que ya habia decretado, el renunciar la dignidad papal despues de haber sido *depuesto* por él, ¿no prueba en Gregorio la pretension de ser superior al concilio, un verdadero monarca, que lejos de poder ser depuesto por el concilio, tenia él solo la autoridad de convocarlo, y que sin él no podia este decretar válidamente? Y el admitir el concilio mismo todos estos hechos, por la razon de que *abundans ad certitudinem cautela nemini nocet, sed omnibus prodest*, ¿no es demostrar evidentemente que no era de fé la legitimidad de su convocacion, su autoridad en la celebracion, la validez de la deposicion del Papa Gregorio, ni de consiguiente la subordinacion del romano Pontífice á los concilios ecuménicos? ¿Quién podrá contradecirlo? Si pues hubiera definido como de fé su supremacía, se hubiera contradicho á sí mismo, y la *abundans cautela noceret* á toda la cristiandad, suministrando una prueba de que no creia de fé el artículo definido. Ni se oponga, que habiendo entonces tantos cismas, quiso el concilio Constanciense quitar por este medio á las partes contendientes todo pretexto de resistencia, siguiendo sábiamente el precepto del Apóstol, que *firmitores imbecillitates infirmorum sustineant* (1): porque los Padres de un concilio deben manifestar en sí mismos aquella estable certeza, que quieren, euando definen, infundir en los fieles. Podrán muy bien procurar que sus decretos tengan mayor claridad para que todos los entiendan: podrán escuchar con paciencia las razones de los que se oponen, é ilustrarlos con caridad: podrán acomodarse de cualquier otro modo á la *imbecilidad de los enfermos*, pero nunca con mostrarse inciertos y fluctuando en sus definiciones. Sería lo mismo que confesar no haber tenido intencion de definir, como de hecho han mostrado no haber definido nada los Padres de Constanza, justamente en aquellos cismas.

§. LII.

Sé que se dice que el concilio admitió los hechos de Gregorio solo por amor á la paz, como admitió tambien por el

(1) *Rom.* 15.

mismo motivo la solemne renuncia de Egidio Munion, canónigo de Barcelona, electo solo por tres cardenales con el nombre de Clemente VIII, de cuyas vanas pretensiones se burlaban todos generalmente, y que por lo mismo no era mas que un fantasma de Papa: arguyendo de aquí que aunque podia ejercer el concilio de Constanza una verdadera jurisdiccion sobre Clemente VIII, quien todos conocian sin dudar un punto que no era Pontífice mas que en el nombre, aceptó sin embargo su renuncia; y que del mismo modo admitieron los Padres, solo por amor á la paz cuanto dijo é hizo Gregorio, no porque dudasen, ó pudiese nadie dudar que eran legítimos sus decretos conciliares, y que tenian autoridad sus definiciones. Pero nunca podrá subsistir la paridad si no se presenta la declaracion del concilio, de que recibia la renuncia de Clemente VIII, *quia abundans ad certitudinem cautela nomini nocet, sed omnibus prodest*, como la hicieron para el otro. Esta es la razon que dieron los Padres de no haberse opuesto al proceder de Gregorio; y sobre ella cabalmente se funda nuestro argumento, porque la omiten cuando hablan de Clemente VIII. Gracias entre tanto á nuestros contrarios que nos proponen una dificultad, la cual se convierte en la prueba mas victoriosa de nuestro asunto. Efectivamente ¿para qué nos la alegan? Para convencernos de que el concilio usó de la misma indulgencia con un Papa, cual era Gregorio, á lo menos dudoso, como con uno evidentemente falso cual era Clemente VIII. Conocen pues que sin peligro de una siniestra inteligencia se podia admitir la espontánea cesion del segundo: y he aquí que el concilio la admitió sin dar ninguna razon. No era lo mismo respecto de Gregorio: y he aquí que el concilio declaró que lo hacia para mayor certeza y cautela, la que no hay necesidad de guardar, sino cuando se trata de un objeto dudoso, ó cuestionable. Este objeto no podia ser otro mas que ó la legitimidad de los actos del concilio por falta de su convocacion, y de la aprobacion Pontificia, ó la autoridad para privar á un Papa, aunque solamente dudoso, del trono, en el caso de que le ocupase legítimamente. Por tanto, el concilio resolvió todas estas dudas con admitir el hecho de Gregorio. Si no fué este el sentido de los Padres en aquellas expresiones, digannos cual otro

se debe admitir, con tal que no se recurra á cavilaciones hijas de una imaginacion preocupada.

§. LIII.

Pero (se nos puede oponer) si renunció espontáneamente Gregorio, no renunció Juan XXIII, pues no hizo mas que venerar, con someterse, la autoridad del concilio que le habia depuesto. Luego si los Padres no se mostraron inciertos sobre este punto con respecto á Juan, tampoco podian estarlo con respecto á Gregorio; y por lo mismo se debe interpretar de diverso modo la razon que daban para justificar la admision de los hechos de Gregorio que hemos referido. ¡Qué Aquiles de argumento! Veamos si tiene respuesta. Habiendo prometido Juan XXIII á los legados que envió el concilio á llamarle cuando estaba ausente, suscribir y ratificar todos los decretos que emanasen del concilio, aunque fuesen *contra su persona*, ¿no se puede decir que con esta general y absoluta declaracion le habia concedido por su parte la autoridad tambien de deponerle? Esto era lo que Juan debia preveer despues de las solemnes protestas que habia hecho de renunciar su dignidad por el bien de la Iglesia; y esto era justamente lo que intentaba el concilio *contra su persona*, es decir, obligarle á cumplir su promesa. De aquí es que el mismo concilio quiso anticipar al acto de su deposicion *ejusdem submissionem spontaneam*, con cuyas palabras manifiesta bastantemente, que ya se creia autorizado por el mismo Juan, y que de consiguiente aseguraba á todo el mundo que ya no era Papa, como lo habia hecho con respecto á Gregorio aceptando su dimision. Díganos ahora los contrarios, ¿donde han aprendido el modo que tienen de argüir? El concilio pronunció el decreto de la deposicion de Juan, este suscribió á él: luego reconoció en el concilio originaria la autoridad de deponerle. ¿No ven que la misma suscripcion equivale á una verdadera renuncia? Pero ¿cuál es el verdadero punto de la cuestion? Si puede el concilio disintiendo el Papa, deponerle del Pontificado. Luego el que sostiene la primacia de los concilios, debe demostrar que á pesar de este disenso tiene autoridad el concilio para deponer á un Papa. Mas en el

hecho de Juan, ¿dónde esta su disenso? ¿No autorizó él mismo con anterioridad al concilio (prometiéndole consentir en todos sus decretos, aunque fuesen *contra su persona*) para proceder libremente contra él, y no confirmó su autorizacion con aprobar todo lo que contra él se dispuso; es decir suscribiendo al decreto de su deposicion? Luego aquel hecho no prueba que el concilio pueda legítima y válidamente deponer al Papa que no se presta á su deposicion, y de consiguiente tampoco prueba que tenga sobre él una autoridad suprema.

§. LIV.

Sea así norabuena con respecto á Gregorio y á Juan, pero queda todavía el grande obstáculo de la deposicion de Benedicto XIII que nunca quiso renunciar ni suscribir á la sentencia de su deposicion, y así murió en el cisma. Luego, concluyen los contrarios, sea lo que quiera de los otros dos, subsiste siempre un hecho definitivo, que nos asegura haber estado los Padres enteramente firmes en la doctrina de su autoridad suprema, y estrecha de tal modo á los *Papistas*, que no pueden salir por ninguna parte, estando como está universalmente reconocida por legítima la deposicion de Benedicto, esto es, de un Papa *disenciente*. Luego quedan vencidos y derrotados los *Papistas*. Tonto será el que lo crea. Antes bien se les abre el camino para nuevas victorias. ¿Y como? De esta manera. Estaba la iglesia de Benedicto circunscripta á los límites de su *Peñiscola* solamente, habiéndose apartado de su obediencia sus adherentes, y entre ellos los mismos cardenales que le habian elegido Pontífice. Tenia pues el concilio todos los fundamentos necesarios para juzgar que sus mismos fautores habian conocido la ilegitimidad y nulidad de su elevacion á la Silla Apostólica: ni debia por otra parte cooperar á que continuase el cisma, dejándole en pacífica posesion de su pretendido Pontificado. Por lo cual tenia en esta hipótesis todo derecho, y aun diré la obligacion de proveer á la seguridad de toda la Iglesia deponiendo á Benedicto, sin que se pueda inferir por eso que tuviese igual derecho para deponer á un Papa evidentemente legítimo. Pronunció en efecto y ejecutó su senten-

cia final, no apoyándose en su autoridad sobre el Papa, sino en la fundada suposición de que Benedicto no lo era: en cuyo caso es tan evidentemente cierta la potestad de la Iglesia, cuanto lo es que Jesucristo, pues quiere que el gobierno que fundó para seguridad de los fieles sea *inmutable, visible y perpétuo*, debe haber provisto á la Iglesia de todos los medios necesarios para no dejarse gobernar por una cabeza ilegítima. Por esta razon debe infaliblemente haberla dado el derecho de poder proceder á la eleccion de otro Papa en la incertidumbre y duda racional y fundada de la legitimidad del que hay. Y principalmente, si aquel de cuya legitimidad se sospecha con fundamento no deja de molestarla de mil maneras; de modo que se debería acusar al mismo Dios de no haber proveido suficientemente á la indefectibilidad de la Iglesia, si en circunstancias semejantes no la hubiese dado las facultades oportunas. Pues bien, ¿qué molestias no recibia la Iglesia de Benedicto, que con los hechos impugnaba pertinazmente el artículo *unam, sanctam*? Fulminaba los mas terribles anatemas contra el concilio, y contra los adherentes á los otros Pontífices, y cometia los mas precipitosos atentados para conservarse en el Trono que ilegítimamente ocupaba; pretendiendo que la Iglesia de Jesucristo habia perecido en todas las demas partes del mundo, y se hallaba encerrada solamente en Peñíscola, como respondió á los legados del concilio: *Ibi non est Ecclesia, sed in Paniscola est vera, inquam, Ecclesia, ... hic est arca Noe* (1). Por lo cual se le podia considerar segun observa Ballerini, como cismático y herege público, y en consecuencia decaido *per se* del Pontificado, aunque hubiese sido válidamente electo. Por lo que habiéndole ya declarado el concilio de Pisa *in causa schismastis et fidei contumacem*, ni siquiera antes de pronunciar su sentencia le reputó digno del título de Pontífice, ni del nombre que habia tomado de *Benedicto*, sino que siempre le llamó con su propio nombre de *Pedro de Luna*. Y si alguno replica que esta nuestra respuesta se opone al privilegio de la infalibilidad Pontificia que defendemos en el siguiente tratado, convendrá hacerle observar que se conserva infali-

(1) Rainal t. 16. *Conc. col.* 1041.

ble el Papa en sus solemnes definiciones dogmáticas solamente, pero nunca en sus opiniones particulares, y mucho menos cuando todo el universo da testimonio de que no habla en él la razón, sino la pasión y el interés, obligando á mirarle manifestamente como frenético y delirante, lo que se verificaba con Benedicto.

§. LV.

A todo lo que hemos expuesto hasta ahora se añade que si los Padres de Constanza hubieran creído y definido la supremacía de los concilios, de modo que pudiese un concilio ecuménico no solo *declarar decaídos*, sino tambien *deponer* autoritativamente á los romanos Pontífices, debería haber mirado la deposición de Gregorio y Benedicto hecha en el concilio de Pisa, que tienen los novadores por legítimo y ecuménico, como canónica y válida; y no hacerla con su conducta sospechosa de nulidad. Empero la hicieron sospechosa admitiendo para mayor *cautela* la cesión espontánea de Gregorio, y renovando el decreto de la deposición de Benedicto. Porque estos actos manifiestan que los del concilio de Pisa necesitaban confirmación, ó á lo menos los hacen mirar como controvertidos, y de consiguiente nos presentan con mas autoridad al concilio de Constanza que al de Pisa: lo que es contradictorio tratándose de dos concilios igualmente *legítimos y ecuménicos*. Podía en verdad el segundo y aun debía haber dado con suprema autoridad cumplimiento á los decretos del primero, pero nunca reproducir como *dudosa* la causa. Entonces puede reproducirse como tal, cuando la validez de la sentencia depende de ciertos hechos, de cuya autenticidad se duda prudentemente: pero cuando la eficacia y fuerza del juicio dependen solamente de la autoridad absoluta del juez, y mucho mas si se trata de su misma autoridad, no se puede reproducir sino en el mismo, ó bien en un tribunal superior (cuya existencia repugna en el caso presente) ó bien en otro, pero con su libre consentimiento y dándosela el mismo tribunal si aquel á quien se la dá es de inferior ó de igual autoridad. Luego para no admitir ningún inconveniente, se debe decir que ni el concilio de Pisa ni el de Constanza intentaron deponer con *suprema autoridad*

á los dos Papas, sino únicamente declararles decaídos de su Pontificado; y de este modo la renovacion de la causa tomada por el de Constanza se reducirá á un mero exámen del *hecho*; á saber, si habian decaído ya realmente por sí mismos, ó bien á una nueva aplicacion de los medios de que inútilmente se habia valido el de Pisa para conseguir su dimision, que finalmente obtuvo de Gregorio, sin necesidad de esperarla por mas tiempo de Benedicto.

§. LVI.

Cae pues necesariamente por sí mismo el argumento con que creyó apretarnos indisolublemente Tamburini. «Martino » V, dice, ¿no se tuvo él mismo por legítimamente electo por » aquel concilio (de Constanza), aunque vivian entonces tres Pa- » pas, Benedicto, Gregorio y Juan? Luego tuvo por legítimamen- » te depuestos por el concilio aquellos Papas, y por legítimamen- » te declarada vacante la Santa Sede por aquel concilio. Luego » aprobó como legítimos todos los actos de aquel concilio en ór- » den á su eleccion. Pero ¿cómo podia tener por legítimos aque- » llos actos si el concilio no hubiera tenido autoridad para » ellos? ¿Y cómo hubiera tenido la autoridad necesaria para ha- » cer lo que hizo, si no fuese verdadero lo que á este efecto es- » tableció el concilio en la 4.^a y 5.^a sesion, esto es, que el con- » cilio es superior al Papa, y que la autoridad papal debe obede- » cer al concilio? Luego Martino V aprobó tambien con los » hechos los decretos de las sesiones 4.^a y 5.^a»(1). Cae digo por sí mismo el argumento; porque llevo demostrado que el concilio no ejerció contra dichos Pontífices un poder soberano, puesto que los dos primeros cedieron por sí mismos la dignidad Papal, y el otro, de cuya eleccion se podia sospechar con fundamento, estaba *per se* sujeto al concilio como Papa dudoso, ó aun como que no era Papa. Por esto podia Martino V tenerse por Papa verdadero y legítimo, sin reconocer la ponderada supremacía conciliar, que no quedó definida ni aun en las dos famosas sesiones, entendidas con relacion á los hechos mismos de aquel concilio.

(1) *Riflessi, sopra un Sermone del Bossuet, pag. 50, 51.*

Pero prescindamos de todo esto: ¿veneran los novadores en los decretos de la Asamblea Constanciense sobre la dignidad Pontificia, ó por mejor decir, sobre la dependencia de los Pontífices del tribunal de los concilios, la voz y autoridad de la Iglesia? Pues convénzannos, ateniéndose á sus principios, que fué legítimo y ecuménico aquel concilio en las dos célebres sesiones. No lo conseguirán jamas. En efecto, ¿cuándo dicen ellos que es legítimo y ecuménico un concilio? ¿y cuándo reciben sus decisiones con sumision de fé? ¿Cuándo son invitados todos los Obispos de la cristiandad, y concurren al concilio en número suficiente? No basta: tal fué tambien el concilio de Rimini. ¿Cuando tengan los Padres aquella dignidad, ciencia y equidad que les hagan venerables á los fieles, y no sospechosos de compromisos y partidos? Desgraciados de nosotros si el asenso de nuestra fé dependiese únicamente de semejante convencimiento. Porque ¿cómo podríamos asegurarnos de todas estas cualidades? Se necesitaría un exámen y proceso para cada Padre, incompatible ciertamente con la situacion de la parte máxima de los fieles. ¿Cuando se traten los artículos y se controviertan contradictoriamente y con plena libertad para votar? Ni aun esto es suficiente; siendo difícil cerciorarse de ello los que no intervienen en las discusiones, y las edades futuras. Finalmente ¿cuándo se guardan en los decretos las formalidades acostumbradas? ¿Pero hay una cosa mas falaz? Serían pues legítimos y ecuménicos hasta los mismos conciliábulos de los hereges, que se valen de estas artes para engañar á los católicos. ¿Pues cuándo dirán los novadores que es verdaderamente legítimo y ecuménico un concilio? Oigámoslo de ellos mismos, pues todos aplauden la opinion de Opstraet: *An concilium aliquod generale sit ac legitimum, constare nobis non posse, nisi ex unanimi Ecclesiæ acceptione seu consensu* (1). Convendrá pues que nos demuestren esta universal aceptacion y consentimiento de la Iglesia relativamente á las dos famosas sesiones del concilio de Constanza explicadas como ellos las explican, para

(1) *Diss. 4 de Conc. q. 1. §. 6.*

convencernos de que la superioridad del concilio está solemnemente decidida por la Iglesia misma.

§. LVIII.

¿Y cómo podrán demostrarlo, si no intervinieron en aquellas sesiones ni Juan XXIII ni el colegio de Cardenales (sin el cual, por testimonio del mismo Pedro de Aliaco no tienen muchos y muchos por canónica ninguna deliberacion: *Deliberatio, exclusa deliberatione dicti collegii, et non facta in communi sessione collatione votorum, videtur multis non esse censenda deliberatio conciliariter facta*), si estaban excluidos de ellas los dos Pontífices contendientes, esto es, Benedicto XIII, favorecido por la España, donde segun dijo el Cardenal de San Marcos en el mismo concilio *erat non minor christianorum portio, quam Græcia christiana*, y Gregorio XII con mucha gente y Obispos de Alemania é Italia? Tanto en su celebracion como en su aceptacion posterior no se puede llamar legítimo y ecuménico en el pretendido juicio de su supremacía. Porque es cosa cierta que no fueron hereges muchos teólogos, ni San Antonino ni Torquemada miembro del mismo concilio, que predicaron y sostuvieron lo contrario, apenas se disolvió la reunion conciliar; ni se acusó de heregía á Martino V, que condenando en una Bula solemne el apelar del Papa al concilio, se declaró consiguientemente superior al concilio mismo, y con esto, como dice Gerson, *fundamentale penitus robur destruxit* de las dos sesiones tan celebradas. Nadie miró jamas como un conciliábulo de hereges al sínodo de Letran compuesto de 114 Obispos, que poco despues del concilio de Constanza decidió la superioridad de los Pontífices. ¿Dónde han leído los contrarios que la Iglesia romana y las muchas que se le adhieren, y siempre han defendido tenaz y victoriosamente esta prerogativa Pontificia, obligando á *hacer desesperar de la reforma*, y abolir la famosa pragmática de Carlos VII (1), como afirman ellos mismos incautamente y derramando lágrimas, hayan sido hasta ahora y sean aun al presente tenidas por cismáticas y heréticas? Y si no prueban todo esto ¿tendrán derecho para pretender que se debe venerar la

(1) Véase *il Teol. Piac. refless. cit. pag. 43.*

Iglesia universal en aquellas sesiones segun ellos las explican? ¡Buen Dios! es verdad que dormita Homero alguna vez; pero que unos *teólogos*, que unos *canonistas*, que presumen ir siempre consiguientes consigo mismos, caigan en continuas contradicciones; es una cosa que no se puede entender, no mirándola como señal de que su causa es desesperada y que no defienden sino el error. Cuando se trata de sus doctrinas, basta un *pequeño* número para que no se pueda decir que estan condenadas por la Iglesia católica: y es insuficiente cualquier número de los que se opongan á ellas para impedir que se digan aceptadas y definidas por la Iglesia universal. Salga pues al campo Tamburini, y diga que cuando *está obscurecida* una *decision*, se puede sostener lo contrario sin tacha de heregía (1); las fatales consecuencias de este ruinoso y erróneo principio se verán demostradas en los dos *discursos* que se hallan al fin del siguiente tratado. ¿Acaso fué *notorio* jamas el consentimiento y la aceptacion de la Iglesia? Si no lo fué en el mismo concilio ni inmediatamente despues de publicada la pretendida definicion, ni con el trascurso del tiempo hasta nosotros; si aun semejante consentimiento fué mas bien favorable á las llamadas *opiniones romanas*; ¿cuándo se dió ó se dará finalmente á conocer? Y aunque por un instante quisiera yo conceder que hayan sido universalmente recibidas las dos sesiones 4.^a y 5.^a, ¿en qué favorece esto á los novadores? ¿Se seguirá por ventura que con esto queda universalmente establecida y confesada la superioridad de los concilios ecuménicos sobre los Papas? De ninguna manera, sino solamente que la doctrina de aquellas sesiones se ciñe á aquel caso particular para el que fué emitida, sin extenderse á todos los concilios y á todos los Pontífices como significaria la proposicion genérica de la supremacia conciliar.

§. LIX.

¿Cuál es este caso? El de un Papa dudoso. Así se concilian entre sí los actos del concilio Constanciense: actos en los cuales se manifiesta á la verdad incierto y fluctuante en el reconoci-

(1) *Analisi sop. le prescr. di Tertull. §. 47.*

miento del hecho, á saber, si aquellos Pontífices, especialmente Gregorio, se podian considerar prudentemente como *dudosos*, pero en nada contradice á la autoridad que tenia sobre ellos siempre que á juicio prudente fuesen reconocidos por Papas *dudosos*: siendo así que en la hipótesis de la *absoluta* supremacía de los concilios hubiera contradicho abiertamente con algunos de sus hechos la absoluta autoridad de los concilios sobre todos los Papas. Y si se obstinan todavía los contrarios en que aquellas dos sesiones deben entenderse de todos los Papas y concilios en general, vean de conciliar entre sí los hechos de los Padres de Constanza: ó bien demuéstrennos, pero sin equívocos ni rodeos, que á pesar de la conducta de aquellos Padres, apesar de tantos Pontífices, Obispos y Teólogos, que no niegan antes bien afirman que se pueden y deben limitar aquellas sesiones al solo caso de Papa dudoso, á pesar de las circunstancias que corroboran esta interpretacion, á pesar de las expresiones del mismo concilio, á saber que admitia para mayor *cautela* el proceder monárquico de Gregorio; demuéstrennos, digo, que á pesar de todo esto queda todavía cierto é incontrastable que es general y absoluto, y no limitado al caso de los cismas el sentido de aquellos decretos, y que esta fué precisamente la intencion de los mismos Padres. Mas si se pueden interpretar aquellos decretos, ó no excluyen esta limitacion; pues que se trata de un punto esencial, no se podria decir, ni aun ateniéndose á los reglas de Tamburini, que estaba definido el asunto en el sentido de los contrarios, no pudiendo demostrarse que en la *uniformidad* de las palabras habian tenido tambien los Padres la *uniformidad de sentir*, como requiere Tamburini para una definicion dogmática (1).

§. LX.

Un *concilio* pues que favorece con los hechos mas que prueba la monarquía Papal, y en sus decretos no la condena abierta y definitivamente; y una *definicion no clara y precisa* en sí misma, y tambien por la circunstancia de haberse mani-

(1) *Continuaz. dell. Apellante pag. 23 y sig.*

festado prácticamente los jueces inciertos; definicion contra la cual nunca fué una heregía el enseñar, y que se contradijo desde el principio, y se halla olvidada en el día, son las armas con que creen aniquilar nuestros contrarios la suprema autoridad Pontificia; pero que realmente solo sirven para defenderla mejor de sus ataques. Efectivamente no puede mostrarse mejor la divina institucion de la monarquía eclesiástica que recordando la ineficacia de todos los golpes, con que se ha procurado derribarla, especialmente en los tiempos del concilio de Constanza, manifestándose de este modo siempre con mayor evidencia como el único, *inmutable, visible y perpétuo* gobierno de la Iglesia. Ni se diga que á lo menos en aquellas circunstancias no era *visible*: porque es una cosa muy diversa el dudar cual sea el monarca legítimo entre muchos pretendientes, y el ignorar la existencia de la forma monárquica, de la cual tampoco faltan testimonios en el mismo concilio, como hemos dicho. ¿Deberia Dios haber hecho que nunca se pudiese dudar quién es el verdadero monarca? Si la monarquía excluyese todo interregno, y si no hubiese provisto á la Iglesia de las facultades oportunas para este caso, todavia lo hubiera hecho: ¿qué repugnancia hay en ello?

§. LXI

Todos ven que de este modo se cierra la puerta á los contrarios para oponernos sus predilectos monumentos de la *venerable antigüedad*. Efectivamente si el gobierno de la Iglesia tal cual fué instituido por Cristo no fuese monárquico, se seguiria que bajo aquellos Pontífices cuya conducta hemos examinado, y hallado ser la de un verdadero monarca, se hubiera mudado *sustancialmente* la *forma* primitiva, ó á lo menos hubiera perecido la *visible soberanía*, sin la cual, como confiesa el mismo Tamburini, no puede subsistir la Iglesia. De aquí es que no pudiendo esta faltar jamas, aun cuando hubiese algunos hechos difíciles de interpretarse nunca pueden ser decisivamente contrarios, es decir, de aquellos que demuestren haber reinado en la Iglesia, suponiendo á esta en su estado natural, independiente y soberanamente la aristocracia. Con este méto-

do se inutilizan tambien todas las demas objeciones que pudieran ponernos, tomadas de la legítima potestad del Episcopado, que llaman ellos incompatible con la monarquía de los romanos Pontífices; porque con ellas acusarian á la misma Iglesia de infiel en guardar el depósito y en ejercer sus esenciales derechos, y por lo tanto nos la presentarian como arruinada por sí misma. Pero para que siempre se manifiesten mas sus vanos artificios dirigidos á desterrar de la Iglesia toda suprema autoridad, no rehusó seguir sus delirios, probándoles que el monarca, el supremo dominante, no es ni se ha considerado jamas como un *déspota*, un *árbitro de las leyes de la Iglesia*, un *destructor de las mismas*, como ellos fingen para hacerle odioso, concluyendo que si el Papa fuese monarca sería el único y universal Obispo, superior á cualquiera ley canónica, y que los demas Obispos solo serían sus vicarios y lugar-tenientes.

§. LXII.

Y á la verdad ¿porqué se sostiene que el Papa es un verdadero monarca? Justamente por aquellas razones que al mismo tiempo le sujetan á muchas leyes. En efecto, no se dice que lo sea sino por las razones siguientes: 1.º Porque Dios le impuso el cargo de moderar y corregir los abusos y de castigar las prevaricaciones de sus mismos cooperadores en el Episcopado, dándole autoridad para deponerlos si son contumaces, como atestigua San Bernardo escribiendo á Eugenio: *Nonne, si causa extiterit, Tu Episcopo cælum claudere, Tu ipsum ab Episcopatu deponere etiam, et tradere Satanæ potes?* (1) Y como se verificó segun testimonio de Natal Alejandro, en la deposicion de Antimo Obispo de Constantinopla, y en la subsiguiente sustitucion de Menna hecha por el Papa San Agapito: *Primatum gloriosius exercere non potuit romanus Pontifex, quam C. P. Patriarcham hæreticum exauctorando, et in ejus locum alium ordinando, idque nulla synodo convocata:* (2) 2.º Porque está constituido por Dios defensor uni-

(1) *Lib. 2. de Consider. c. 8. n. 16.*

(2) *Hist. Eccl. sæc. 6. c. 2. art. 7.*

versal y autorizado de los derechos de los demas, como recordaba á Felix Sumo Pontífice San Atanasio: *Ob id vos prædecessoresque vestros in summitatis arcem constituit Deus, ut nobis succurratis*. 3.º Porque es cabeza y Padre de todos los Obispos aun cuando están congregados, como le llama el concilio Calcedonense en su carta á San Leon: *Summitas tua filiis quod deest adimpleat*. 4.º Porque tiene el derecho de proponer, establecer y autorizar la norma de la verdadera creencia, ó sea porque como dice Santo Tomas *ad ipsum pertinet editio symboli*, y es el único con quien no recogiendo se esparce, y no convenir con él es lo mismo que declararse secuaz del Antecristo, segun las expresiones de San Gerónimo, quien dice á San Dámaso: *Quicumque tecum non colligit spargit: qui tecum non est Antichristi est*. 5.º Finalmente el Papa se dice y es un verdadero monarca, porque le está encomendado el cuidado de todo el rebaño de Cristo. Si pues son estos los principales títulos por los cuales se venera en el Primado la monarquía Pontificia, estas son tambien al mismo tiempo otras tantas obligaciones que se reconocen en él. Porque demuestran claramente que el Pontífice es para la Iglesia, no la Iglesia para el Pontífice, en lo cual se comprenden innumerables obligaciones de que no puede eximirse el Pontífice, porque le estan impuestas por las innumerables necesidades de la Iglesia, por cuyo bien debe velar incesantemente, como los Soberanos en la sociedad civil. «Si es mucho (dice el Sr. de la Bruyere) » hallarse encargado en el cuidado de una sola familia, si es » bastante el ser responsable de sí solo, ¿cuán cargado, cuán » oprimido no debe estar el que debe responder de un reino » entero?... Cuando se ve alguna vez á un numeroso rebaño es- » parcido por una colina al caer de la tarde un dia sereno pacer » tranquilamente el tomillo y el serpol, ó roer en un prado la » yerba tierna y menuda á que no alcanza la hoz del segador, » está entonces en pie el Pastor diligente y atento cerca de sus » ovejas, no las pierde de vista, las sigue, las guia, las reune, y » si se presenta algun lobo hambriento, azuza á sus perros que » le ahuyentan y las defienden. Ya le encuentra la aurora en me- » dio del campo, de donde no se retira hasta ponerse el sol. Que » atencion, que vigilancia, que sujecion! Ahora bien, ¿qué con-

»dicion os parece mas deliciosa y mas libre, la del Pastor ó la »de las ovejas? Se hizo el rebaño para el pastor ó el pastor para el rebaño? Viva imágen de los pueblos y del Príncipe que »los gobierna, cuando es un Príncipe bueno. " (1) Tal es precisamente el concepto que se forman los sabios defensores de la monarquía Papal, y esta cabalmente la idea que de ella tienen los mismos Papas, por cuya razon se llaman *servi servorum Dei*. Léase la triunfante refutacion de los dos Libelos contra el Breve *Super soliditate* en condenacion del Eybel, y se verá la monarquía instituida por Jesucristo puesta bajo su verdadero aspecto por el purpurado anónimo (el Eminentísimo Gerdil). Distinguiéndola el autor del capricho y del despotismo, demuestra que el Sumo Pontífice aunque es un monarca tiene sus leyes fundamentales procedentes del plan que Dios formó, ó establecidas ya por la Iglesia con el consentimiento de sus predecesores.

§. LXIII.

Pero se lamentan inconsolablemente nuestros nuevos Jeremías por causa de las *usurpaciones*, y por lo tanto mirando estos inconvenientes como consecuencias y efectos inseparables de la potestad monárquica, fingen un sistema en que á su parecer evitándose el despotismo, pretenden ofrecernos la verdadera idea de la institucion divina. El Papa depone injustamente á un Obispo, restringe demasiado los derechos episcopales, avoca á sí muchas causas que deberian tratarse y definirse por el ordinario: de aquí provienen los desórdenes: este es un abuso contra el bien de la Iglesia: luego debe negarse al Papa semejante autoridad. Tal es poco mas ó menos su modo de argüir. Oigan como les responde el Ballerini. *Si ob hocce abusus neganda esset potestas ut ut legitima; quis non videat negandam esse potestatem tum pontificiam, tum episcopalem, tum ordinariam, tum delegatam, quæ ex hominum sive fragilitate sive malitia multis inficiuntur abusibus?* (2) Con los bienes que redundan á la Iglesia de esta suprema au-

(1) *Caracteres et mœurs de ce siècle*, c. 10.

(2) *Vindiciæ auctoritatis Pont. cont. Febron.* c. 4. n. 9.

toridad del Pontífice, como que está destinada para vigilar sobre la conducta del cuerpo de los fieles y de los mismos Obispos, sin la cual no tendrían estos á quien temer, están bien compensados los males que nacen de los abusos: y es por lo tanto muy digna de condenarse le intolerancia de los novadores, que con el pretexto de librar á la Iglesia de estos daños, la exponen á una ruina irreparable, arrancando de las manos de su gefe las armas destinadas para defenderla y sostenerla. *Quomodo sterilitatem (dice Tácito) aut nimios imbres et cetera natura mala, ita luxum vel avaritiam dominantium tolerate. Vitia erunt donec homines, sed neque hæc continua et meliorum interventu pensantur* (1). Dije á una ruina irreparable, porque además de no estar siempre congregada la Iglesia para examinar y fallar las causas de los Obispos, ampliar ó limitar sus derechos segun las muchas y varias circunstancias, aun estando reunida se deja llevar muchas veces por confesion de los contrarios de miras políticas, y suspende el oportuno remedio y la reforma necesaria; como dicen ellos aunque sin razon, que sucedió en el mismo concilio de Trento acerca de la extension del poder Pontificio. Y á la verdad, si se admite que tienen derecho los soberanos para revisar, aprobar y reprobar los decretos de un concilio aunque sea ecuménico relativos á la disciplina, á la reforma, y en general á la externa policía eclesiástica, como lo admiten los novadores (2), bien podrá bastar la proteccion sola de una corte para impedir la condenacion de un Obispo y de cualquiera otro fiel delincuente, y librarle de las penas canónicas, así como tambien para eximir á los Obispos de un reino entero de todas aquellas restricciones, á que en el ejercicio de la autoridad juzgase deber sujetarlos el concilio. Y si esto puede suceder relativamente á las disposiciones de disciplina aun de los concilios ecuménicos, ¿con cuánta mas facilidad no sucederá en los Provinciales y en cualquier otro concilio particular?

(1) *Hist. l. 4. c. 74, n. 4.*

(2) *Rifless. di un Fiorent. canonis. in occasione dell' Assemblea di Firenze.*

§. LXIV.

¿Conque serán los Obispos unos meros vicarios y lugar-tenientes del Papa, como lo son del monarca civil los gobernadores de las ciudades de sus estados? No Señores: no es esta una consecuencia de la monarquía del Papa, sino solamente un parto de la imaginacion de ustedes. «Si no se quiere (diré con Spedalieri) considerar á los Obispos como lugar-tenientes del Papa, poco importa para la sustancia de la cosa, siempre que se confiese que segun la institucion divina todos los Obispos en el ejercicio de su parte de jurisdiccion están sujetos al Obispo de Roma en virtud de su Primado, y que esta subordinacion es esencial á la forma de gobierno instituida por Jesucristo, porque sin ella no puede darse verdadera unidad, ni pueden evitarse los inconvenientes que hemos indicado.» (1) ¿Quién ha soñado jamas que la monarquía eclesiástica excluya necesariamente la divina institucion y jurisdiccion de los Obispos? Este es un error manifiesto; una vez que la misma monarquía tiende á la consecucion del mismo fin á que está ordenada *per se* la misma autoridad del Episcopado, esto es, al buen orden de toda la Iglesia. Esta es la idea exacta que nos da de esta unidad de tendencia, y de la necesidad de que sea suprema la potestad en el Papa y subordinada en los Obispos, el citado Ballerini: *Potest omnia summus Pontifex in Ecclesiæ regimine, sed ea conditione, ut hujus potestatis usus in ædificationem Ecclesiæ sit, et non in destructionem. In ædificationem Ecclesiæ erecti episcopatus, et in his constituti fuerunt Episcopi, ut quisque vigilantius et facilius suo gregi prospiceret; nam nec unus posuisset ex æquo omnibus Ecclesiis curam præstare, nec plures simul æquali potestate omnibus consulere absque periculo dissensionum et scissurarum, quæ unitatem et pacem Ecclesiæ maxime necessariam turbassent. Ne autem inter Episcopos æquali potestate Ecclesiis præfectos, si nemini fuissent subordinati, orirentur dissidia, aut in usu facultatum episcopalium quis-*

(1) *Dir. dell'uomo*, lib. 6, c. 5.º §. 12.

*piam committeret vel omitteret, quod bono Ecclesiæ unitati-
que præjudicio esset; uni, qui omnibus summa auctoritate præ-
esset, ita erant subjiciendi, ut omnes in officio et unitate con-
tineret, scissurasque impediret: hæcque subordinatio in ædi-
ficationem Ecclesiæ necessaria exigebat, ut hic præpositus
omnibus jure primatus, posset supra eosdem Episcopos omnia
quæ in ædificationem Ecclesiæ conferrent (1). Y sucede al-
guna vez que el bien de la Iglesia exige que se amplie, se limi-
te, se restrinja en los Obispos el ejercicio de sus derechos: luego
en este caso podrá el Romano Pontífice ampliarle, ó limitarle
y restringirle, sin contradecir á su divina institucion y autori-
dad, sino aun conformándose con el plan del gobierno eclesiás-
tico arreglado por Dios.*

§. LXV.

Ni es difícil de concebir una potestad originaria, pero de su naturaleza *subordinada* en su aplicacion á otra potestad superior; y lo deben conceder los mismos aristocratas. Porque ó esta potestad episcopal excluye en su concepto esencial toda dependencia, ó no la excluye. Si la excluye, ¿cómo pues quieren que dependa de todo el cuerpo, ó sea de la Iglesia universal? Del mismo modo, responden, que las partes deben subordinarse á su *todo*. Si, las partes deben subordinarse á su *todo*: ¿pero cuándo? Solamente cuando se trata de un *todo* cuyas partes tengan diversos movimientos y destino, como por ejemplo en un reloj; movimientos y destino de cuyo enlace y variables combinaciones depende la naturaleza del mismo *todo*. Pero es enteramente diverso cuando se trata de un *todo* cuyas partes son independientes en sus movimientos, y tienen todas el mismo destino. En este caso no tiene lugar el principio de que las partes deben estar subordinadas al *todo*: ni se dirá jamas por ejemplo que siendo la España un estado de Europa, debe subordinarse al cuerpo de los estados de la misma Europa. Si por lo tanto cada Obispo es independiente en sus acciones de cada uno de los otros, gozando de una originaria y

(1) *Loc. cit. cap. 3. n. 10.*

absoluta autoridad; si tiene el mismo idéntico destino que cada uno de los demas, nunca podrá obligarsele á depender del cuerpo de los otros mas que de cada uno de ellos. Pero si la potestad Episcopal no excluye en su concepto esencial toda dependencia, ¿no es una misma cosa, con relacion á la institucion divina, reconocerla subordinada bien á la Iglesia ó bien al Papa? Si la subordinacion á la Iglesia en nada deroga su divina emanacion, ¿por qué ha de derogarla el estar subordinada al Papa de aquel modo determinado que conceden los aristocratas estar subordinada á la Iglesia? Si vale la razon de que serian los Obispos unos meros vicarios y lugar-tenientes del Romano Pontífice, de quien recibirian su autoridad, debe valer igualmente contra la dependencia de la Iglesia, admitiendo solamente en ella la soberanía en toda su plenitud, pues los Obispos tendrian su potestad de la Iglesia: y pues pretenden en el primer caso que no es en ellos de institucion divina, así *a pari* se seguiria que no lo sería en el segundo. Que mande el senado soberano á uno de sus miembros á gobernar una ciudad ó lo mande el monarca, en cuanto á la autoridad de gobernarla es lo mismo.

§. LXVI.

Acaso notarán los novadores esta diferencia: que los Obispos, si bien subordinados á la Iglesia universal, gobiernan sin embargo sus diócesis con aquella porcion de autoridad que han recibido *in solidum*, siendo siempre miembros del cuerpo soberano; cuando puestos por el Papa, y dependiendo de él en el gobierno de sus diócesis y en el ejercicio de su autoridad, una vez que la suprema potestad habia de residir en el Papa de quien no son parte ni lo pueden ser, gobernarían solamente como vicarios suyos por la sola autoridad del Papa y no con la suya propia. Pero ¿quién no ve que si se pretende que gobiernen los Obispos solo con la autoridad *in solidum* que han recibido, sin reconocer en ellos ninguna otra que les venga de la Iglesia ó del Papa, se forja un sistema de soberanía de que no se halla ningun vestigio en cuantos gobiernos temporales existen, y que ademas destruye hasta la esencial

unidad del poder soberano, y arruina de consiguiente la misma soberanía? Que destruya efectivamente su unidad, todos lo conocen, porque la divide en tantas partes iguales, de las cuales ha de tener una cada Obispo. Y que así dividido el poder soberano no pueda subsistir es fácil comprenderlo, reflexionando que todo poder soberano es independiente, y que en consecuencia no puede dividirse sin que se divida la misma independencia. Mas la independencia consiste precisamente en no tener ningún superior, sea este una persona sola, ó sea un cuerpo compuesto de muchas. El fingir pues dividida la independencia, es lo mismo que fingir un estado medio entre tener y no tener superior acerca de los mismos objetos, cuyo estado es contradictorio como todo el mundo ve. En el hecho pues de reconocer el Obispo aunque no sea mas que al concilio por su superior, ya no participa, separado que sea de todo el cuerpo, del poder soberano acerca de aquello en que depende del mismo cuerpo, precisamente porque no tiene la independencia que es propia exclusivamente del cuerpo. De aquí es que siempre distinguen los políticos en cualquier estado tanto popular como aristocrático, en aquellos miembros del consejo supremo encargados de gobernar separadamente alguna provincia, la autoridad de gobierno, de aquella que tienen originaria como miembros del consejo supremo; llamando á esta segunda *derecho de votar*, pero nunca *parte de la soberanía* á la primera aunque la han recibido del cuerpo soberano.

§. LXVII.

Sería á la verdad peor delirio que alborotar un país, el querer que baste ser miembro del cuerpo soberano para gobernar. Si se pudiese hacer creer esto á las sociedades democráticas ó aristocráticas, bien pronto se las vería á todas destruidas. Todo ciudadano, todo noble podría creer que tenia derecho para gobernar un castillo, una ciudad, una provincia, sin ninguna designacion especial, porque tendria segun su supuesto sistema una parte del poder soberano, ó bien la misma indivisible soberanía. De este modo serían inevitables las guerras intestinas, para quitarse unos á otros de la mano el gobierno:

estaria la humanidad en una continua violencia : sería este un estado contra la naturaleza : todo lo cual demuestra la necesidad de distinguir las dos especies de autoridad que hemos explicado. Así pues el cuerpo soberano deberá considerarse como que deputa la potestad de gobierno al que destina de entre sus miembros para regir una poblacion determinada ; y el miembro destinado para ello, como dependiente del cuerpo que le ha encargado aquel régimen particular, estará obligado á contenerse dentro de aquellos límites, y admitir las reservas que el consejo soberano, de quien le proviene la autoridad, juzgue mas convenientes para el buen orden del gobierno y para su soberanía. No de otra manera se debe distinguir en los Obispos este doble derecho, es decir, uno de *votar*, y este *in solidum*, y otro de *gobernar*, y este procedente del superior á quien estan subordinados : y que este sea el Papa ó la Iglesia universal, de todos modos cae el argumento contrario, porque tanto en un caso como en otro no les es propia, originaria y absoluta semejante autoridad.

§. LXVIII.

Al *derecho de votar* que tienen los Obispos como miembros de la Iglesia le llama el Ilustrísimo Ab. Bolgeni *jurisdiccion universal*, y al de gobernar *jurisdiccion particular*, y demuestra evidentemente este autor en su *Episcopado* (1) que la primera se la ha comunicado Dios inmediatamente á los Obispos, pero no basta para el gobierno actual ; y la otra se la comunica la Iglesia por medio del Papa su cabeza. La vasta erudicion con que aclara y prueba esta distincion, no nos permite trasladar aquí por extenso los hechos que expone subiendo hasta los tiempos apostólicos, y por los cuales se vé claramente que dieron los Apóstoles á los Obispos la *jurisdiccion particular*. Observa que hasta el siglo IV habia costumbre de ordenar Obispos *ad honorem*, como lo fueron segun dice Sozomeno, los tres Obispos Barsé, Enlogio, y Lázaro ; los cuales fueron ordenados sin que se les encargase el gobierno de nin-

(1) Cap. 7.

guna diócesis, aunque tenían el carácter de Obispos, y podían como tales tener asiento en los concilios. Así es que siempre fué distinta la *potestad* de *orden* que es la universal, de la otra potestad de gobierno, que también suele llamarse solamente de *jurisdiccion*. El referido autor llama *universal* á la primera, «porque cada Obispo en el acto y en virtud de su ordenacion entra á ser miembro del cuerpo episcopal y por consiguiente en el derecho de gobernar é instruir á toda la Iglesia, cuando esté unido con todos los demas, y forme cuerpo con ellos»; en cuyo sentido se debe entender la autoridad *in solidum* que San Cipriano dice haber conferido Dios á los Obispos.

§. LXIX.

Viéndose vencidos por todas partes los novadores, reconocen una cierta monarquía en la Iglesia, pero la desfiguran de modo que forman del monarca el *primero entre los iguales* y en sustancia el primero de los súbditos, con el pretexto de que no deben adaptarse las ideas del gobierno eclesiástico á las de los gobiernos humanos. «No se debe formar idea (clama un autor de su partido) de la monarquía eclesiástica por lo que dicen Puffendorff y Grozio, sino por lo que dice Jesucristo que instituyó la Iglesia: son viciosas las comparaciones que se hacen del gobierno eclesiástico con los gobiernos humanos: no es lo mejor para la Iglesia lo que nosotros nos imaginamos, sino lo que Jesucristo ha establecido. Mas Jesucristo nos enseña que debe desterrarse de su gobierno todo espíritu de *dominacion*, que tiene una índole diversa de las formas de los gobiernos temporales, que es un gobierno de sabiduría, de persuasion, de luz, y no de despotismo; que San Pedro fué establecido el primer *ministro* pero no él solo; que los demas apóstoles tienen como Pedro el derecho de gobernar la Iglesia, y que el poder soberano reside no en Pedro, sino en el cuerpo de la Iglesia, segun el dicho de Cristo: *Dic Ecclesia*» (de esto hablaremos en su lugar en el tratado siguiente). «En las monarquías temporales tiene el monarca solo todo el poder sin excepcion, del cual no son mas que arroyos y emanaciones las potestades subordinadas que puede él limitar, restringir ó aniquilar segun su beneplácito. En la monarquía eclesiástica el *monarca ministerial*, ó sea el Papa,

» no tiene toda la autoridad, sino que está dividida proporcionalmente entre muchos que no reciben su parte de este monarca, sino inmediatamente de Jesucristo, monarca esencial y necesario de la Iglesia que dijo á todos y no á Pedro solo: *id, enseñad, bautizad*; &c.; lo que demuestra que la monarquía del Papa está templada con la aristocracia porque han recibido muchos de la misma fuente una porción de la autoridad soberana é *in solidum*, como dice San Cipriano, » y por la cual se gobierna la Iglesia" (1).

§. LXX.

¿ Conque son *viciosas* las comparaciones del gobierno eclesiástico con los gobiernos humanos? ¿ Qué *comparaciones*? ¿ Las que se hacen generalmente con la institucion de la soberanía civil, ó las que tienen por objeto el ejercicio de la soberanía misma bajo aquella forma determinada? Si se llaman *viciosas* las primeras; luego se supone que la soberanía civil no reconoce, igualmente que la Iglesia, su origen de Dios, contra el notisimo principio, que *humanum regimen derivatur á divino regimine*, sobre lo cual puede leerse la disertacion del Ab. Boaretti (2), y mas bien para nuestro propósito la *Politica forma del gobierno eclesiástico* del eruditísimo Ab. Foppoli (3). Y si se dicen *viciosas* las segundas; luego habrá establecido Cristo un gobierno, que para reconocerle se deben abandonar todas las nociones mas comunes y universales, y de consiguiente no *proporcionado* para todos, sino para poquísimos; lo que contradice al fin de su institucion, como hemos demostrado ya. Pero ¿ porqué no podrá compararse el gobierno eclesiástico con los gobiernos temporales? Dicen los novadores que en él está templada la monarquía con la aristocracia. ¿ Y no se hallan *ejemplares* de este temperamento en los gobiernos civiles bajo la denominacion de gobierno *misto*? No lo pueden ellos ignorar.

§. LXXI.

No sino manifiestan demasiado los novadores que tienen

(1) Véase á Tamb. *Vera idea*, p. 2, c. 2, §. 24.

(2) *Contro i diritti dell' uomo, dello Spedalieri.*

(3) *Lett. all' Ab. Parzani*, p. 263 y sig.

otra razon enteramente diversa para querer un gobierno singularísimo en la Iglesia, cuando dicen que Jesucristo quiere que se destierre «todo espíritu de dominacion», y que su gobierno «es un gobierno de sabiduría, de persuasion, de luz y »no de despotismo», cuyo gobierno considerado en oposicion con las constituciones esenciales de todos los gobiernos humanos, y segun el fin que se proponen los contrarios, excluiria de la Iglesia toda potestad suprema. Porque, ó se entiende por aquella *dominacion* que se quiere desterrar el *despotismo*, ó generalmente todo poder soberano. Si se debe entender el *despotismo*, se explica muy mal el autor, y nos da motivo para convencerle de ignorante, pues tiene por una misma cosa el *mando* y el *despotismo*. El *mando* entra esencialmente en cualquiera forma de gobierno, no solamente monárquico, sino tambien aristocrático, democrático y misto; con esta sola diferencia que en el primero se dice que manda y manda verdaderamente el monarca, en el segundo el senado, en el tercero el pueblo, y en el otro el monarca juntamente con el senado y el pueblo. Al contrario el *despotismo* nunca puede entrar en la forma intrínseca de ningun gobierno legítimo, pues solo se refiere al modo arbitrario de gobernar ó de dominar; y en este concepto puede viciar y corromper todos los gobiernos, cualquiera que sea su forma esencial. Son pues dos cosas diversas el *despotismo* y el *mando* ó supremo dominio. «Si fuesen de la misma »naturaleza, se seguiria (dice el citado apologista del Breve *Su-* »*per soliditate*) que así como nunca puede hacerse legítimo el »despotismo, tampoco podria llamarse legítima la cualidad de »supremo legislador en ningun monarca de la tierra» (1). Y si se entiende por la *dominacion* que Cristo desterró de su Iglesia el *poder soberano*, está concluida la causa, porque si no hay soberanía en la Iglesia, no hay en ella gobierno, ni monárquico, ni aristocrático, ni democrático, ni simple, ni compuesto de ninguna especie.

§. LXXII.

Que sea este segundo sentido el que intentan realmente y quieren los novadores cuando niegan la semejanza del gobierno eclesiástico con todo gobierno civil, y excluyen de aquel el

(1) Vol. 1, pag. 82.

espíritu de dominación, no cuesta ningún trabajo creerlo. Bajo este gobierno de *sabiduría*, de *persuasión*, de *luz*, solo comprenden la facultad de enseñar como sin tanta reserva sostenía Serrao cuando seguía las imaginaciones de aquellos. *Pastorum* (dice) *facultatem in rerum divinarum dumtaxat doctrina, hoc est in morum et fidei tradenda præceptione versari, præterea nihil* (1); ni reconocen en la Iglesia otra fuerza para hacerse obedecer de sus hijos, sino «las suaves reprensiones, los » humildes ruegos, y los consejos» (2), refundiendo toda la autoridad y fuerza coactiva en los príncipes. Estos (dice un fanático Riquieriano que goza de grande reputación entre los teólogos que se tienen por *iluminados* y *despreocupados*) «pueden sin ofender á la religión, salvar las verdades dogmáticas » y los artículos de fé, mandar en sus dominios la reforma de » la disciplina, la supresión de los conventos y de los institutos, » y todo lo que crean mas conveniente para la *reforma* de las » *costumbres*, y para el bien de sus súbditos... De la anuencia » de los príncipes reciben su vigor las *leyes canónicas* relativas » á la policía exterior.» (3) Lo que únicamente no aprueban algunos de ellos es que quiera exceptuar las *verdades dogmáticas* y los *artículos de fé*, porque hasta estos dicen que pertenecen á la autoridad Real. Parece imposible á la verdad que unas personas educadas en el catolicismo, é idólatras de la *antigüedad* lleguen hasta el exceso de conculcar tan sin vergüenza el Evangelio, y arruinar todo cuanto enseñan los monumentos mas venerables de la misma antigüedad: y sin embargo en su seno ha visto la Italia semejantes portentos. Basta leer las *Reflexiones* del osadísimo *canonista Florentino* con ocasión de la asamblea de los Obispos de Toscana; el cual sosteniendo la causa del partido Ricciano se atrevia á insidiar á la fortaleza y ortodoxia de aquellos sagrados y valerosos Pastores. Defiende con no menor temeridad que los protestantes que la autoridad soberana de los príncipes «se debe extender á los negocios eclesiásticos, » lo mismo que á los civiles», y no solo á los de pura disciplina, sino tambien al dogma, pretendiendo que ni la misma Iglesia universal congregada en sínodo puede decretar ni con-

(1) *De Claris catech. ad Ferd. IV*, p. 35.

(2) *Opusc. Pistoy. t. 4, pag. 231.*

(3) El autor de la *Voce della verità*.

cluir nada sobre materia alguna de dogma ó de disciplina si no lo aprueba el soberano; y que el príncipe puede ratificar ó anular todo lo que haga el sínodo mismo, y suspender la ejecución de todos ó de algunos de sus decretos; finalmente que la autoridad de todos los actos sinodales depende enteramente del monarca.

§. LXXIII.

De estas héréticas adulaciones dirigidas á ganar el favor del trono, estan atestadas las obras de los apóstoles de la reforma pistoyana; y si bien la reprobada asamblea de Ricci parece que procede con absoluta y por lo mismo incompetente autoridad; el implorar para todos sus actos el régio *exequatur* con aquella afectada general y completa sumision con que lo hace, demuestra que estaba subordinada de tal modo á la autoridad civil, como si creyese que recibian de ella toda la fuerza sus decretos, y que estaba revestida del poder legislativo en todos los puntos de religion. Porque si no la consideraba como tal, ¿qué venia al caso tanta dependencia? Y no se nos responda que solo se exigia el régio *placet*, «para que se dig-» nase conceder el soberano la proteccion tan necesaria para «la exacta ejecucion de sus constituciones», como se quisiera hacernos creer en el decreto sobre la autoridad de las mismas constituciones (1). Tambien los Ingleses con este pretexto y bajo este título dicen que tiene su parlamento un poder legislativo en las materias eclesiásticas. «El parlamento de Inglaterra (dice el P. Curayer su apologista en la 31 proposicion de las condenadas por los Obispos Franceses el año 1727) «no aparece en la publicacion del ordinario y en la de la liturgia sino para apoyar lo hecho por el clero; y porque teniendo él solo el poder legislativo, no hubieran podido hacer «los Obispos que se recibiese su reforma, no estando sostenidos «por la autoridad soberana» ¿No ha confesado del mismo modo el sínodo su impotencia, y al mismo tiempo la suprema autoridad del príncipe con la mayor claridad en la promemoria que le presento? (2) Léase la condicion que añade á sus

(1) *Parag. 1.*

(2) Véase la *Ses. 6.ª* y la *carta del Serrati al Obispo de Pistoja*, puesta despues de las *actas del Sínodo*.

concretadas reformas. He aquí un ejemplo en la que toca á los votos é institutos de los regulares: «Si el religiosísimo soberano »se dignase aprobar este plan, como se lo suplicamos encarecidamente persuadidos de la necesidad de que se lleve á efecto, podria comisionar para extender las reglas á personas »ilustradas y celosas, para que de este modo sea útil establemente la vida regular á los que se sienten con vocacion de »abrazarla.» Casi todas las demas súplicas van acompañadas de cláusulas á este tenor. En todas se ensalza al soberano á legislador de la Iglesia.

Quid miscere juvat vires orbemque?
Ó male concordēs nimiaque cupidine cæci! (1).

§. LXXIV.

No mezclamos, dicen ellos, una y otra autoridad en los soberanos, sino que determinamos los objetos que competen á entrambas, y fijamos sus verdaderos límites á cada una: y así, reconociendo la verdadera autoridad de la Iglesia, creemos que «el Divino Redentor limitó al *alma* todas las facultades que le dió» (2). ¿Green darnos con esto una verdadera idea de la autoridad eclesiástica? Tenga esta en hora buena por objeto primario é inmediato al *alma*; ¿es ó no suprema en la Iglesia en materia de religion? Si no lo es, no se puede decir que es la única ni la verdadera autoridad. El mismo defensor de la *declaracion del clero de Francia*, á quien tantos elogios tributa el partido, nos dice expresamente que es suprema la autoridad dada por Cristo á la Iglesia en orden á la religion, así como sostiene tambien que es suprema la de los príncipes y monarcas en el gobierno civil: *Satis claruit* (dice) *duas quidem potestates esse oportere, ecclesiasticam et civilem, distinctis officiis, quæ principales sint ac supremæ quidem suo quæque in officio.* ¿Pero cómo pueden ellos reconocerla por tal, si la hacen dependiente del soberano temporal? El supremo dominio debe extenderse á todo lo que es de su *competencia*; es decir, debe hacer que se conozca sin ninguna dependencia su influjo

(1). *Lucano.*

(2) Véanse *las actas del Sínodo*, pag. 80.

sobre todo lo que se comprende en aquel órden de cosas en que se llama supremo. Luego si la Iglesia tiene esta suprema autoridad en las cosas de religion, como la fé nos obliga á creerlo, deberá estar constituida independiente en aquellas materias que tocan directamente á la religion. Pues bien, en el número de estas materias no se comprende solamente lo que pertenece á la doctrina y á los Sacramentos; sino tambien las costumbres, la disciplina y los ministros: luego en todo esto deberá confesar su independencia cualquiera que la reconozca revestida con este poder supremo. Pero un Sínodo que implora y espera de la autoridad civil fuerza y valor para lo que hace en cuanto á las reglas de las costumbres, y de la disciplina, como tambien acerca de la eleccion de los ministros, manifiesta con los hechos que reconoce competir todas estas materias á la misma autoridad. Luego con los mismos hechos viene á declarar que no es independiente la autoridad de la Iglesia en todo aquello que *toca directamente* á la religion; ni *suprema* de consiguiente. Y á la verdad ¿que otra cosa quiere insinuar aquel sínodo, cuando dice que se *limitan al alma* las facultades de la Iglesia, sino que se debe separar en el hombre lo *interno* de lo *externo*, y sujetar lo primero á la Iglesia, y lo segundo á la soberanía laical? Mas los preceptos eclesiásticos, como los de la confesion anual, de la comunión pascual, de la abstinencia de carnes, del ayuno en ciertos dias, de oír misa en los festivos, puesto que todos se refieren (como observa el citado Eminentísimo apologista del Breve contra Eybel) á la policía exterior, lo mismo que todas las demas funciones sagradas, y no pudiéndose practicar sin un ministerio extrínseco, pertenecen á lo *exterior* del hombre. Luego tanto aquellos como estas serán de la inspeccion y derecho de los reyes. Además, como no puede la Iglesia ejercer *visiblemente* su gobierno sin medios extrínsecos, deberá depender generalmente en todo y por todo de la potestad civil en el ejercicio exterior de su autoridad: que es lo mismo que decir que no ha recibido de Cristo autoridad alguna; pues no se da verdadera autoridad sin el derecho de ejercerla, esto es, no tiene autoridad para mandar el que no la tiene para hacerse obedecer. Estos son los objetos, estos los *verdaderos* límites señalados por el Sínodo á la potestad Eclesiástica, este el gobierno, esta la Iglesia de los novadores.

§. LXXV.

El eruditísimo Mon-Señor Brancadoro tradujo del francés al italiano una excelente obra sobre las *dos potestades*, en que se prueba hasta la última evidencia que el determinar lo que compete á las dos por los objetos *internos* ó *externos*, es arruinar no menos la una que la otra. Porque «si todo lo que es » *interior* compete á la espiritual, tendrá esta derecho no solamente para someter la voluntad de los fieles á todos los sistemas de gobierno que pretenda ser mas conformes á las leyes de la razon, y á la utilidad pública, sino tambien para » prescribir á los príncipes todo lo que deben hacer relativamente á dichos objetos: y como la voluntad es el principio » necesario de todas las acciones exteriores del hombre, mandando á la voluntad la potestad espiritual, regulará definitivamente todas las acciones exteriores, incluidas las que se refieren directamente á la sociedad civil (1).» Si se quieren pues señalar los objetos y confines de las dos potestades, es necesario recurrir á otras consideraciones. Sobre lo cual es menester reflexionar que así como algunas leyes del príncipe legítimo, aunque tengan por objetos inmediatos, objetos puramente temporales, producen sin embargo una obligacion moral en los súbditos, y por esta razon pertenecen de alguna manera á lo espiritual; del mismo modo aunque se fingiese meramente espiritual la potestad que goza originalmente la Iglesia, todavía no se le podria negar alguna influencia en lo temporal, en cuanto esta se refiere directamente á lo espiritual. Delira pues con el Sínodo de Pistoya el autor del *Plan de una reforma eclesiástica* (2), que quiere empezar la reforma persuadiendo á los pueblos que la autoridad del Papa no se extiende á objetos temporales aunque esten conexos con lo espiritual. Y si él llama á la persuasion contraria un obstáculo contra la ideada reforma, la llama con todo fundamento; pues sabemos por las divinas promesas que la estabilidad de la fé y la perpetuidad de la Iglesia y de su gobierno serán siempre unos obstáculos insuperables á las empresas atrevidas del error y de la insubordinacion.

(1) T. 4, c. 3, §. 1.º, pag. 13.

(2) *Bibliót. Eccl. t. 1. Pavia 1790.*

§. LXXVI.

Descubierto el verdadero fin que tienen los novadores en querer limitar la autoridad de la Iglesia únicamente *al alma*; y manifestada por tanto la naturaleza de la *dominacion* que quisieran desterrar de la misma Iglesia, nos resta saber si el *temperamento de la monarquia con la aristocracia* destruye ó no necesariamente en el Papa el ser de verdadero monarca. Ya hemos probado que en el gobierno eclesiástico el poder de cada uno de los Obispos, si bien se les ha conferido inmediatamente por Dios, no excluye toda dependencia, y que se derivarian las mismísimas consecuencias, tanto si esta dependencia fuese de la Iglesia, como si fuese del Pontífice. Ahora no se lleve á mal, que para aclarar mas el argumento que puede considerarse como el apoyo principal de los novadores, hagamos una breve digresion, probando directamente que tambien la modificacion de la aristocracia destruiria necesariamente la monarquía. Y primeramente nótese la inexactitud de la expresion *gobierno monárquico-aristocrático*. Porque hablando con propiedad, cualquiera composicion de muchas formas simples de gobierno no se refiere sino al ejercicio de la potestad suprema, y nunca puede entrar en la forma esencial de ningun gobierno, porque todos serán siempre esencialmente ó monárquicos, ó aristocráticos ó democráticos. «Considerando (dice Burlamachi) » la soberanía en sí misma, y en toda su plenitud y perfeccion, » deben pertenecer originariamente todos los derechos que con- » tiene á una sola y misma persona, ó á un solo y mismo cuer- » po sin division ó particion; de modo que no haya sino una » sola voluntad suprema que gobierne el estado.» No se opone esta verdad en nada á las varias opiniones que hay sobre el origen de la soberanía, ni puede contrastarse en ningun sistema; porque siempre se verifica que á la unidad del cuerpo político no puede corresponder sino una sola alma por decirlo así, esto es, una sola autoridad suprema, residente en una sola cabeza de orden, ya sea esta una persona sola, ó una reunion de próceres, ó bien el cuerpo entero de la nacion. *Regularitatem* (dice Puffendorff) *civitatis in hoc consistere arbitramur, ut omnes et singuli ab una veluti anima videantur regi, seu ut*

summum imperium, indivisum et inconvulsum, ab una voluntate per omnes civitatis partes atque negotia exerceatur (1).

§. LXXVII.

Es verdad que la soberanía, aunque en su plenitud comprende la potestad *legislativa, ejecutiva, y judicial*, se halla en algunos gobiernos dividida en estas tres partes; pero si bien se considera la forma de estos gobiernos, se verá que esta separacion, poniendo límites á cada una de dichas tres potestades, denota al mismo tiempo que ninguna de ellas puede ser originaria en el que la ejerce, sino delegada: y esto nos guía á reconocer una suprema cabeza dominante, en que estan todas tres originariamente reunidas, y por quien fueron distribuidas con separacion. Si fuesen originarias en los individuos que las administran, sería cada uno de ellos independiente de los otros. Podria pues dictar sus leyes el legislador, y oponerse á ellas el juez en sus sentencias, así como el ejecutor podria hacer que no se cumpliesen ni las leyes ni las sentencias: de lo que se seguiria necesaria é irreparablemente la caida de semejante gobierno. Es necesario pues admitir una suprema cabeza, que así como distribuyó y limitó de este modo la autoridad de los magistrados constituidos, así tambien tenga la facultad de contenerlos dentro de los límites que se les han prefijado. Esta suprema cabeza puede ser uno solo, ó el cuerpo de los nobles, ó el pueblo: y de consiguiente la potestad soberana é independiente se reduce siempre esencialmente á una de las formas simples, aunque esté dividida en cuanto al ejercicio.

§. LXXVIII.

De todo esto se sigue que aunque se quisiese admitir en el gobierno eclesiástico este *temperamento* de la monarquía con la aristocracia, siempre se puede preguntar, cuál es la base fundamental, ó bien cuál es la forma intrínseca y esencial de este gobierno, pues debe ser una de las tres formas simples que hay; como para no caer en contradicción confiesan los mismos novadores, estableciendo y reconociendo la verdadera soberanía en el cuerpo aristocrático. Conocen muy bien que sería ex-

(1) *De jur. Natur. et Gent. l. 7, c. 5, §. 2.*

poner á la Iglesia á un evidente peligro de cisma, el querer admitir en ella dos gefes supremos. Oigase á Tamburini en su *Verdadera* (mejor se diria *falsa y errónea*) *idea de la Santa Sede*: «No se puede dar un sistema mas absurdo.... Se entiende muy bien como aun bajo un dueño absoluto puede » conservarse la unidad para la cual estableció Cristo el Primado. Pero la idea de dos cabezas es directamente contraria á » este fin.... En este sistema se establecen dos autoridades suprema » mas propias para traer el peligro del cisma y de la division.» No podia declarar mas terminantemente la absoluta necesidad de un solo supremo dominante. Pero nada sirve que reconozca por tal únicamente al concilio, porque en todo caso se le pregunta por qué razon pretende que «la absoluta monarquía » del Papa contradice al plan original de la gerarquía eclesiástica.» Si responde que porque ese plan exige un gobierno *monárquico-aristocrático*, nos dá incautamente armas para combatir también la absoluta soberanía del cuerpo aristocrático. Tanto se opone á la monarquía absoluta el moderarla con la aristocracia, como á la aristocracia absoluta el ser moderada por la monarquía. Ambas son formas de un gobierno absoluto: luego ambas pueden estar separadas: y si se juntan jamas formarían un tercer gobierno en cuanto á la soberanía independiente y absoluta, sino que esta residirá siempre ó en una ó en otra. Si pues por esta reunion no se destruye la forma aristocrática, ¿por qué se ha de destruir la forma monárquica? El supuesto *temperamento* solo puede referirse al ejercicio exterior. Entonces se introduciría una tercera forma esencial de gobierno, cuando nada pudiese el Papa sin la Iglesia ni la Iglesia sin el Papa: y en esta hipótesis se admitiria en el uno y en la otra una igual impotencia, ó si se quiere decir así una igual autoridad; porque nada podria el Papa contra la Iglesia, ni la Iglesia contra el Papa: y he aquí el evidente peligro del cisma, y en el cisma la absoluta imposibilidad de cortarlo por falta de una autoridad soberana.

§. LXXIX.

Acerca de este temperamento ratiocina muy bien el Cristianopoli, tratando de la nulidad de las absoluciones en los casos reservados, donde demuestra que de llamarse monarquía

*

templada con la aristocracia, y no aristocracia templada con la monarquía se seguiría lo que se opone directamente al fin por que se sueña esta composicion, esto es, que no tendria el concilio mayor autoridad que el Papa, sino que el Papa la tendria mayor que el concilio. He aquí su argumento: «Diciendo
 »ellos (los novadores) que el gobierno de la Iglesia es monárqui-
 »co molera-lo por la aristocracia, en primer lugar no se puede
 »comprender como quepa el temperamento entre dos potesta-
 »des, una de las cuales dependa de la otra de todas maneras
 »como quisieran que el Papa dependiese de la Iglesia, y esta
 »no dependa de aquella de ningun modo. Y ademas, aunque
 »se pudiese concebir en esta hipótesis un verdadero tempera-
 »mento, no sería una *forma monárquica temperada por la*
 »*aristocracia*, sino una *forma aristocrática temperada por la*
 »*monarquía*; porque cuando se dice que una forma está tem-
 »perada con otra, se entiende que aquella tiene la parte prin-
 »cipal, y que se le mezcla algo de la otra en menor cantidad
 »ó grado como se quiera decir: á semejanza del vino, que de-
 »cimos que está templado con agua, cuando con una mayor
 »cantidad de vino se mezcla otra cantidad menor de agua; pe-
 »ro si fuese mayor la cantidad del agua que del vino no se
 »diria vino templado con agua, sino agua templada con vino.
 »Por lo cual mientras se pretenda que la potestad del concilio
 »es superior á la del Papa, aunque se consideren temperadas
 »una con otra, todavía dándose la fuerza mayor al concilio, es
 »decir, á la aristocracia, y la fuerza menor á la monarquía del
 »Papa, nunca será monarquía temperada por la aristocracia.
 »Mas los que sostienen esta opinion sostienen que es de fé el
 »estado monárquico de la Iglesia, y que no se puede decir que
 »es *aristocrático temperado por la monarquía*, lo que es con-
 »tradictorio de su sistema, y es *creer católicamente pero ra-*
 »*ciocinar con incoherencia.*» Efectivamente, monárquico lo
 confiesa Gerson, tan celebrado por los contrarios: *Status pa-*
palis, dice, institutus est á Christo supernaturaliter et imme-
diate, tamquam primum habens monarchicum et regalem
in ecclesiastica hierarchia, secundum quem statum unicum et
supremum Ecclesia militans dicitur una sub Christo. Quem
primum quisquis impugnare vel diminuire, vel alicui eccle-
siastico statui peculiari cœquare præsumit, si hoc pertina-

citer faciat, hæreticus est, schismaticus, impius atque sacrilegus (1). Y tambien le declara monárquico la Iglesia de Francia, condenando el sistema Riqueriano: *Hierarchiæ ecclesiasticæ potestas divino jure monarchia est, eaque papalis, cui quilibet fidelium subesse dignoscitur.*

§. LXXX.

Sería preciso que fuese ciego todo el mundo católico para no conocer la temeridad de los contrarios en conjurarse contra la monarquía eclesiástica, ó su necedad en admitir la denominacion de tal, dándole despues un significado totalmente contradictorio. Gritan cnanto pueden que la Iglesia no es una monarquía, y que el gobierno eclesiástico nada tiene que ver con los gobiernos temporales. Y cuando se les opone la doctrina de la Iglesia Galicana, de los Gersones, de los Marcas, de los Bossuet, y de otros muchos que ellos veneran aunque sin razon como corifeos de su partido, oprimidos con su autoridad, conceden á medias palabras al gobierno eclesiástico el título de monarquía, pero le niegan la esencia presentando á estos sus pretendidos Padres como si no se hubiesen entendido á sí mismos ni se hubiesen dado á entender á los demas, y adoptando una voz para explicar un sentido directamente contrario al sentido literal. ¿Qué cosa en efecto mas ridícula que la *monarquía ministerial* que han inventado, y que pretenden haberla entendido así todos aquellos que aunque reconocen por monárquico el gobierno de la Iglesia, con todo no los creen dignos del honroso título de *Papistas* ó de *Hildebrandistas*? *Monarca ministerial* ¿no es en sustancia el primero, ó por decir mejor, el *único ministro*? Luego la naturaleza del gobierno y la denominacion de su forma no deberán tomarse de la cualidad de la cabeza de orden, sino del ministro. ¿Y lo entendieron así los mencionados autores? Luego el ministro es el *Primado monárquico*, y serán una misma cosa la dependencia y la *potestad monárquica*: luego la Iglesia no será *una* por la unidad de su cabeza, sino por la unidad de su ministro: y pues la potestad de que habla Gerson y la Iglesia de Francia es aquella de que participa la *gerarquía*, se sigue que el poder gerárquico no será

(1) *De statu Sum. Pont. Consid.* 1.

un poder de mando, sino un deber de obediencia; y esto es lo mismo que negar toda autoridad legislativa no solo al monarca, sino tambien á todo el cuerpo de los obispos, esto es, á la aristocracia con que se quisiera templar la monarquía.

§. LXXXI.

El Canciller de Francia llama *monárquico y Real* al Primado del Papa. Mas si el Papa aunque monarca y Rey en la Iglesia fuese solamente ministro, ó sea su cabeza ministerial, deberían temer los príncipes que no se redujese tambien por último su soberanía á un mero ministerio. Y á la verdad los sediciosos sistemas de los modernos falsos políticos, quetienden á la ruina de los tronos, no pueden menos de conocerse idénticos con los que intentaron é intentan todavía aunque mas ocultos y tímidos introducir en la Iglesia los llamados *Jansenistas*, gente enemiga de una y otra potestad, los cuales si no fueron los primeros, fueron á lo menos los mas atrevidos en predicar una forma tan extraña de soberanía, esto es, la monarquía ministerial. Emplean, es verdad, los mas astutos artificios para grangearse el favor de los que mandan, extendiendo su autoridad aun á los negocios de la religion, si bien son de la mas rigurosa competencia eclesiástica, y despojando al Papa de su conocimiento. Pero cabalmente es este el primer golpe que dan contra la misma autoridad de los príncipes, reduciéndola despues al estado de aquella pomposa doncella que describe Ovidio, en la cual

.....*Gemmis auroque teguntur*

Omnia: pars minima est ipsu puella sui.

Porque una vez asentado que pertenece á la soberanía civil la autoridad sobre las materias de religion, se saca por consecuencia, que si se reviste la *multitud* del derecho sobre las cosas de religion, pretenderá esta misma *multitud* que la pertenece tambien la autoridad política. Y los Jansenistas procuran por todos medios aunque encubiertamente atribuir á la multitud de los fieles semejante derecho, concediéndole el de sujetar al tribunal de su razon la Iglesia, concilios y Pontífices, con el objero de que entendiendo las Escrituras segun sus luces privadas, y buscando en la obscuridad de una quimé-

rica tradicion un sentido arbitrario, ilustre á la Iglesia, corrija á los concilios, deseché á su arbitrio los Pontífices, y se erija en juez de sí misma, de su fé y de su religion. Y que admiten este derecho en la *multitud*, es una cosa que han demostrado muchos autores que se han tomado el trabajo de quitar el velo al *misterio* de las doctrinas Jansenísticas; y dan testimonio de ello á todo el que quiera leerlas las obras de Tamburini, esto es, su *Analisis*, la *Verdadera idea*, las *Cartas placentinas*, y sus *Teológicas prelecciones*, en cuyas obras siempre dirige su discurso á todo el cuerpo de los fieles, y á cada uno de ellos, haciéndole regulador de su propia creencia. Supóngase pues que la autoridad sobre las materias de religion está inseparablemente unida á la soberanía política, lo que sucederá es que la misma multitud viéndose revestida con la primera que es la mas noble y principal, se persuadirá bien pronto que tiene tambien la segunda. Si puede examinar y recusar las leyes de sus espirituales soberanos que miran á su eterna felicidad, mucho mas creerá que puede hacerlo con las leyes de sus soberanos temporales. Y si desnaturalizan de este modo el gobierno eclesiástico ¿á que no se atreverán contra el civil los *humildes y obedientes* Jansenistas? Enseñen ahora buena al pueblo que son sagradas las personas que reinan, y que su autoridad viene de Dios; siempre les podrá responder que aunque venga de Dios, nunca podrá ser tal que cause perjuicio á la libertad que tiene de examinar, aceptar ó desear las leyes, y que constituya á los mismos soberanos independientes de la nacion. Si el Papa, aunque se diga que ha recibido la autoridad inmediatamente de Dios, aunque haya sido puesto por Cristo por fundamento y cabeza de la Iglesia, aunque le consulte y obedezca todo el mundo católico, aunque sea *monarca y Rey*, no es realmente mas que un simple ministro de la Iglesia que le puede quitar la dignidad Papal; ¿porqué no deberá persuadirse el pueblo de que el mismo soberano temporal, aunque haya recibido de Dios su autoridad, aunque sea juez y legislador, ha de estar sujeto sin embargo á la nacion? ¿Es acaso su autoridad mas sagrada y sublime que la del Papa? Pues este es el raciocinio que formaria naturalmente la *multitud* una vez embebida en los principios Jansenistas acerca de la soberanía eclesiástica; y sería tanto mas te-

naz en sostener esta clarísima paridad, cuanto que creeria formarse, pensando de esta manera, una idea exacta del legítimo soberano temporal, comparándolo con aquella soberanía que todos confiesan sin oposicion haber constituido Dios inmediatamente, cual es la eclesiástica. Este es justamente el objeto que se proponen los novadores; y á este propósito observa el Sr. Audainel, que los primeros en hacer que cayese del trono el inmortal Luis XVI con prestar el juramento cívico, fueron los que eran célebres en Francia por la clara profesion del Jansenismo (1).

§. LXXXII.

Me parece haber demostrado convincentemente que la monarquía es la forma del gobierno que Dios estableció para regir la Iglesia, y que en ella ocupa el Sumo Pontífice el rango de verdadero monarca. Quiera Dios que los argumentos con que he procurado probarlo, hagan una saludable impresion en el entendimiento de los extraviados novadores, y les convenzan de sus errores. Cierro con esto el discurso preliminar, y me abro la puerta para tratar del sugeto principal de la obra con el clarísimo raciocinio siguiente. El Papa, como he demostrado, es un verdadero monarca: luego debe tener los medios necesarios para ejercer su monárquica autoridad. Y es indudable que el medio mas necesario para este fin es el impedir la entrada á cualquiera pretextode que pudieran valerse sus súbditos para no someterse á sus decisiones ni obedecer sus leyes; y este medio solo puede ser el de la *infalibilidad*. Luego el Papa es *infalible*. Ahora, como y cuando y con que extension lo sea, se verá en el cuerpo de la obra, á la que me preparo en el nombre del Señor.

(1) Véase su *Historia de la revolucion*.

TRATADO

DE LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA.

Ego rogavi pro te, ut non deficiat fides tua.

Luc. cap. 22.

CAPITULO PRIMERO.

Se responde á los argumentos de Le-Gros sacados de la Escritura contra la infalibilidad de los romanos Pontífices.

1. Previene Le-Gros á sus lectores contra esta prerogativa Pontificia, envolviendo en la masa universal del género humano al mismo sucesor de San Pedro, á quien sujeta con todos los hombres á la mentira, *omnis homo mendax* (1); como que nada se halla en él de particular, que como tal le exima de la comun infeccion de la mentira. Es mucho que del Primado que tiene el Papa en la Iglesia no infiera que debe tenerlo tambien en la mentira misma: es decir que así como el Papa se eleva sobre todos en la gerarquía eclesiástica, así tambien deba exceder á todos en los funestos efectos de la culpa de Adán, y que de consiguiente el alimento que debe dar á los fieles por mandato de Dios, sea un alimento no de salud y vida, sino de pecado y muerte (a).

2. ¿No sabe que el fin primario y aún el único é inmediato de Cristo en instituir en San Pedro la soberanía, fué para

(1) *De Ecclesia, sect. 3. c. 3. concl. 8. pag. 337.*

(a) Esta degeneracion de los Papas y de toda la Iglesia se admite con horror de los fieles en el folleto, traducido y publicado en Pistoya el año de 1786, que tiene por título: «Jesucristo bajo el anatema ó bajo la excomunion: ó sean reflexiones sobre el misterio de Jesucristo negado, condenado, y excomulgado por el Gran Sacerdote y por el cuerpo de los Pastores del pueblo de Dios.»

que enseñase á todos los fieles los dogmas católicos, y les defendiese de los ataques de la heregía, y de consiguiente de las cavilaciones de la mentira, para que fuese una la creencia? Pues San Cipriano se lo dirá: *Ut unitatem manifestaret, unam cathedram instituit* (1). Luego si tal fué el fin que Cristo se propuso, habrá necesariamente en Pedro dos consideraciones, esto es, la de hombre privado y como tal sujeto á la mentira, y la de Pastor universal, segun la cual esté exento del contagio comun de la mentira: cuya doble consideracion la tendrá siempre sin que se confundan en él una con otra (2). De consiguiente demostrándose que se prometió la infalibilidad á Pedro como Pastor y Príncipe, nada prueba aquel principio general *omnis homo mendax*, si primero no se demuestra que debe aplicarse á Pedro bajo los dos respectos que hemos dicho: lo que nunca podrá demostrarse, no obligándonos el contexto á extender aquella proposicion *ad singulos y semper*, y pudiendo de consiguiente entenderse por estas palabras *omnis homo la máxima parte* de los hombres, y no cada individuo en particular, en cualesquiera circunstancias, condicion y empleo. Conoció en efecto el autor la necesidad de demostrar que el Pontífice Romano está incluido en la infeccion universal; si bien lo hace con argumentos que prueban, al contrario, que es un mal lógico. Y á la verdad: *Scriptura*, dice él, *non patitur excipi romanum Pontificem; nam inerrantia soli Ecclesiæ, seu pastorum universalitati, tribuitur. Unde ad Ecclesiam beatus Petrus ut quilibet alius á Christo remittitur, si ipsum aliquis ex fratribus non audierit; nec ipse solus, sed cum aliis Apostolis judicat in Concilio Hierosolymitano. Hinc beatus Gregorius* (3) *ajebat: Si in mea correctione despicio, restat ut Ecclesiam debeam adhibere*. He aquí pues en resumidas cuentas su raciocinio: El Papa es falible porque todos los hombres son mentirosos y la Escritura lo adscribe al número universal de los mentirosos, porque le declara falible. Tal es ciertamente y de ordinario la lógica de los novadores modernos: dar siempre vueltas alrededor del mismo centro en círculo vicioso.

(1) *De Unitate Ecclesiæ.*

(2) Véase el cap. 24 de este tratado.

(3) *Lib. 5, epist. 18.*

Pero dejando aparte la forma del argumento, pasemos á examinar las razones que nos presenta aunque sin ninguna connexion.

3. En cuanto á la primera, esto es, que Cristo concedió el privilegio de infalibilidad únicamente á la universalidad de los Pastores, como forma la esencia de todo la presente cuestion, no puede disolverse sino concluyendo todo el tratado. Por lo cual seguiremos los pasos á la segunda demostrando, que quando Jesucristo envió al tribunal de la Iglesia á Pedro y al hermano extraviado, no contempló en Pedro la cualidad de Pontífice, ni error alguno contra la fè, ni por último intentó indicar en aquel caso el tribunal de toda la Iglesia católica. En cuanto á lo primero no se puede negar que así lo manifiesta el precepto aislado. Porque quando se trata de alguno que se halla elevado á un grado eminente sobre todos, y exceptuado de consiguiente del comun de los demas, no se puede decir que está sujeto á un precepto que aunque general supone subordinacion, si no se prueba primero claramente que tambien á él le comprende esta subordinacion á pesar de su eminente rango, ó sea de su Primado. Con todo derecho pues pueden responder siempre los defensores de la supremacía del Papa, que en el precepto *si peccaverit in te* debe subentenderse la condicion *nisi sit supremus Ecclesiæ pastor*, como fué establecido San Pedro, y en él todos sus legítimos sucesores, aunque no la hubiese declarado expresamente Jesucristo, como supérflua despues de la institucion de la gerarquía. Toca pues al autor el probar-nos que no quiso Cristo exceptuar al mismo Pedro á pesar de su eminente grado de Príncipe y cabeza; de otra manera ninguna fuerza tiene su argumento.

4. Es verdad que los contrarios quieren convencernos de que no solamente Pedro debe ser denunciado á la Iglesia, sino que tambien debe acusar él mismo ante la Iglesia al hermano obstinado, sacando del polvo ciertos antiguos misales, en los cuales el discurso de Cristo sobre el órden de la correccion fraterna se dirige á la misma persona de Pedro: *In illo tempore, respiciens Jesus in discipulos suos, dixit Simoni Petro: Si peccaverit in te &c.* Sea lo que quiera de esta leccion, contraria por lo demas no solamente al texto griego, sino tambien á las

*

concordancias de los latinos en las políglotas, y á todo el capítulo 18 de San Mateo, en que se dice absolutamente desde el principio: *In illa hora accesserunt discipuli ad Jesum dicentes &c.*; siempre que no se demuestre que allí se debe mirar á Pedro como Príncipe y fundamento, nada se podrá inferir que sirva de apoyo á la pretension de los contrarios: y esto nunca se podrá demostrar, mientras no se pruebe que es inseparable en Pedro la relacion de Príncipe de la de su persona privada, y de consiguiente que cuanto se dice de Pedro debe entenderse que se le dijo no solamente como persona privada, sino tambien como Príncipe y cabeza. En esta hipótesis dejo á los contrarios el pensamiento de probar, que tambien cuando Cristo apartó de sí al mismo Pedro poco despues de su confesion, llamándole *Satanás: Vade post me, Satana, scandalum es mihi*; le tomó y llamó así como cabeza de la Iglesia.

5. Aunque quisiéramos conceder haber mandado Jesucristo que de el tribunal Pontificio se lleve la causa al tribunal de la Iglesia, y que el mismo San Pedro debe estar sujeto á este mandato, todavia no se probaria que era falible, porque el objeto de la infalibilidad es la fé, y el pecado de que aquí se habla no es un pecado ó un error contra la fé. No siendo este error una ofensa privada sino un delito contra Dios, autor de la revelacion, y contra la Iglesia, guarda y vengadora de las verdades reveladas, se llamaria mas bien un pecado *in Deum et in Ecclesiam*, y no contra una persona en particular como indica Cristo diciendo: *Si peccaverit in te*, y como lo entendió San Pedro, que preguntó á su maestro: *Quoties peccabit in me frater meus, et dimittam ei? usque septies?* y como lo entendió igualmente el Salvador, respondiendo: *Non dico tibi usque septies sed usque septuagies septies*. Esta indulgencia y perdon sin imponer otras penas, se prohibe por Dios y la Iglesia en materias de fé. Luego si no es aquel pecado un error contra la doctrina revelada, sino una injuria privada y personal, podrá juzgarse y castigarse por un tribunal falible; y de consiguiente la regla que allí se prescribe, de ninguna manera prueba que es falible aquel á quien ni siquiera se comete la sentencia. Finalmente, si se pretende que Cristo habló directamente con San Pedro, tampoco en esta hipótesis tiene por qué aplaudirse el autor,

porque siempre tiene lugar el argumento de la distincion de las dos relaciones que se deben considerar en aquel Apóstol, es decir, de persona privada y de cabeza de la Iglesia. Así pues, *si peccaverit in te*, esto es, contra su persona privada, *dic Ecclesia*, para que no le arrebate una pasion violenta de cólera y venganza cuando juzgue la ofensa, é imponga el castigo con mucha inconsideracion, ó con demasiada severidad, pues el precepto de *instruere in spiritu lenitatis* á nadie exceptua. Ni en nada se opone á esta interpretacion la obligacion de tener al hermano contumaz por *publicano é infiel*, porque en este precepto solo se manda no comunicar con él; y esta comunión se niega tambien por otros pecados que no son contra la fé.

6. Ademas de no considerarse Pedro comprendido en este precepto, á lo menos como Padre universal de los Cristianos, y ademas de no ser contra la fé el pecado del hermano incorregible, tampoco se puede decir que entendiase Cristo por *Iglesia* el cuerpo de todos los Pastores, ó dispersos ó congregados en concilio, como sería necesario para que se pudiese inferir la subordinacion del Papa á toda la Iglesia, segun quieren los novadores; sino que debe decirse haber entendido solamente aquella Iglesia particular, de que fuesen miembros ó súbditos el ofendido y el ofensor. Y en efecto, ¿cómo podría aludir á todo el cuerpo de los Obispos, ó dispersos ó congregados? Si dispersos, sería necesario para presentar la denuncia ante su tribunal girar por todo el orbe católico ó personalmente ó por cartas, para presentar el delito del hermano: cosa por cierto la mas extraña del mundo. Y como no estan siempre congregados; ó tendria cualquiera el derecho de convocarlos á concilio para juzgar el pecado que denunciase, ó cualquier reo concebiria una fundada esperanza de quedar impune, si el ofendido se viese en la necesidad de esperar (y tal vez sin ver el fin), á que se reuniese el concilio por otras causas y por una potestad legítima. Se debe pues interpretar en este pasage la Iglesia con San Juan Crisóstomo y con Teofilacto, no por el *cuerpo entero* sino por solo el *grado* de los Pastores de la Iglesia, en el orden en que estan colocados (a). Por lo cual deberán recurrir

(a) Algunos Padres como San Gerónimo, San Gregorio y otros, en-

los fieles á su Obispo, y este y aquellos al Papa; porque el uno preside á una Iglesia particular y la representa, y el otro preside y representa á la Iglesia universal. Del mismo modo que cuando dice alguno, hice que me juzgasen en Roma, denota no todo el pueblo Romano, sino solamente al Príncipe y Juez; así recurriendo á la Iglesia, se entiende á su cabeza y Pastor, que es el Obispo en la suya, y el Pontífice en toda la Iglesia.

7. En cuanto al concilio Apostólico de Jerusalem, que tan fuera de propósito nos opone el autor, tendremos ocasion oportuna de hablar sobre este punto cuando tratemos del fin para que fueron instituidos los concilios, y del modo con que siempre se celebraron; donde probaremos hasta la evidencia que en nada absolutamente perjudican al privilegio de la infalibilidad del Papa. Por ahora basta reflexionar, que del hecho no se puede concluir que no pudiese San Pedro terminar por sí solo aquella controversia sobre las observancias legales. Porque la existencia de un hecho particular no lleva consigo los caracteres y señales de una absoluta y general necesidad de hacer siempre lo mismo. Tenemos de esto un clarísimo ejemplo en el mismo Pedro, que aunque podia, segun dice el Crisóstomo, con una plena autoridad subrogar por sí solo otro Apóstol en lugar de Judas el prevaricador, quiso mas bien fiar la eleccion á la suerte, por no hacerse sospechoso de predilección. ¿Y quién por este hecho negará que tiene aquel derecho el Pontífice, y pretenderá que es esta la única forma legítima de las elecciones? Ninguno que tenga un poco de juicio: luego *a pari* de que San Pedro quisiese juzgar en union con los demas, no se sigue que no podia juzgar tambien por sí solo.

8. Pero examinemos la protestacion de San Gregorio: *Si in mea correctione despicior, restat ut Ecclesiam debeam*

tienden aquí por Iglesia la multitud de los fieles; y por eso al *dic Ecclesiæ* substituyó Castalione *dic reipublicæ*, sosteniendo que es democrático el gobierno de la Iglesia. Pero sin razon: porque aquellos Padres lejos de conceder al pueblo, como se verá por sus testimonios que manifestaremos mas adelante, ningun derecho en los juicios eclesiásticos, solo intentaron presentar aquí á la multitud, no como juez, sino como un simple testimonio, para mayor vergüenza y confusion del delincuente. Nuevo argumento en nuestro favor.

adhibere, en la cual quiere Le-Gros que reconociese el Santo Pontífice estar también sujeto á la mentira, y que confesase al mismo tiempo su subordinacion á la Iglesia. No habla aquí Gregorio de sus decisiones dogmáticas que no hubiera expresado ciertamente con el nombre de correcciones, sino solamente de su interés y afecto en corregir á los hijos extraviados por la heregía, por un cisma ó por cualquiera otra culpa; pues si nada puede alcanzar con ellos la suavidad paternal, ningun expediente le quedaba, dice, sino entregarlos á la Iglesia, suspendiendo la sentencia, para que á lo menos la vergüenza de verse difamados produjese en ellos el arrepentimiento; ó si estaba ya dada la sentencia excitar á la misma Iglesia á mirarlos como miembros que merecian ser cortados de todo el cuerpo. Por otra parte la correccion, aunque se dirige á tornar al sendero de la verdad al que le haya perdido, con todo no debe tomarse por una formal declaracion de un actual extravío. Por tanto, cuando dice San Gregorio que en caso de que se desprecien sus reprensiones no le queda otro recurso que valerse de la Iglesia; no por eso se puede entender que se cree obligado á recurrir á ella, no siendo para que ejerza con los reos de un modo mas solemne para terror de los demas los efectos de aquella justicia que el Santo declaró que merecian, la cual se hiciese mas formidable con su publicidad, y efectuada por un tribunal tan grande disipase todas las sospechas de parcialidad y prevencion que por ventura pudiesen nacer en el ánimo exacerbado de los culpados contra la conducta del Pontífice, aunque apoyada en un derecho real é incontrastable, y confirmada por todas las leyes de la equidad. Pregunto á Le-Gros: ¿Si no se hubiesen despreciado las correcciones del Santo Pontífice, debería haber recurrido á la Iglesia? No por cierto, porque no verificándose la condicion, no tiene lugar la cosa condicionada. Luego si se debiera entender por *correccion* una definicion de fé, se seguiria que el silencio y la obediencia de los reos sería suficiente para declarar infalible esa definicion como no sujeta á la Iglesia.

9. Lo que mas deshonra al autor y á todos los que le aplauden, es su ciega credulidad y culpable descuido en copiar aquel texto de las obras de autores mal prevenidos, sin

tomarse el trabajo de leerlo en la fuente (a). Supliré yo su defecto. Escribe el Pontífice á Juan Obispo de Constantinopla, que usurpaba el nombre de *Obispo universal*, una carta llena de las razones mas eficaces para moverle á dejar aquel título de vanidad y soberbia, amenazándole con acusarle á la Iglesia en caso de no querer rendirse á sus observaciones: *Ego itaque per responsales meos semel, et verbis humilibus hoc, quod in tota Ecclesia peccatur, corripere studui: nunc per me ipsum scribo: quidquid facere humiliter debui non omisi: sed si in mea correctione despicior, restat ut Ecclesiam debeam adhibere.* ¿Donde está el objeto de fé? ¿En la denominacion ambicionada por Juan? No por cierto: este es únicamente un punto de prudente economía, respecto del cual cualquiera que reconoce el primado de jurisdiccion debe confesar en el Papa un pleno derecho aun fuera del concilio. Todavía hay mas; que segun los mismos contrarios podia el Pontífice proceder absolutamente contra Juan. Porque no hacia mas que obrar segun el concilio de Calcedonia, que atribuyendo este título al Obispo de Roma, lo negaba por consecuencia á cualquiera otro Obispo, no pudiendo haber en la Iglesia dos Obispos universales. Los llamados Jansenistas dicen que admiten en el Papa la autoridad ejecutiva; ni en rigor hubiera ejercido Gregorio en este caso otra autoridad, segun su sistema. No estaba pues obligado á recurrir á la Iglesia; y sin embargo protesta que por último lo haria. ¿Y por qué? Oigámoslo de su boca: *Hæc itaque dicens omnipotens Deus Fraternitati vestræ indicet, quanto circa vos amore constringor, quantumque in hac causa, non contra vos* (como acaso hubiera sospechado Juan, si el Pontífice hubiera usado de su suprema autoridad), *sed pro vobis lugeo.* Solo pues para que conociese el ambicioso Obispo con cuanta caridad de Padre le trataba, olvidando por entonces el justo rigor de juez. Por lo cual si el Santo Pontífice queriendo con esta conducta persuadir á Juan de su amor paternal, y abatir al mismo tiempo el orgullo que le dominaba, le amenazó que le acusaria á la Igle-

(a) Es un sistema universal de los novadores el escribir lo que hablan y no lo que comprenden: así pueden publicar facilmente en poco tiempo y sin trabajo muchos volúmenes de erudicion agena é inconexa.

sia: ¿se deberá entender que renunció para siempre á sus originarios derechos en materia de fé, y declaró solemnemente su falibilidad? ¿O bien en un punto de pura economía, recurriendo á la Iglesia por amor de la paz, ha confesado por eso la absoluta necesidad de semejante recurso, antes de proceder contra cualquiera que perturbase la paz de la Iglesia, y usurpase los derechos gerárquicos de otros, como hacia Juan? Ciertamente que cualquiera que saca tan extrañas ilaciones, no puede manifestar mejor que se verifica en él mismo el dicho de la Escritura: *omnis homo mendax*.

10. Si nuestro autor hubiera tenido ocasion de leer en el Santo Padre (1) el modo con que procedió á la deposicion de Lucilo Obispo Melitense, y encargó á Constancio Obispo de Milan el juzgar como delegado suyo la causa de Máximo Salomitano, lo mismo que otras muchas de sus independientes disposiciones; si hubiera, digo, tenido lugar y voluntad de leerlo, acaso no hubiera sido tan fácil en asegurar, que con aquella protestacion se declaraba San Gregorio sujeto á la Iglesia. Y mucho menos hubiera tenido valor para sostenerlo, si hubiera reconocido en una carta escrita por él mismo á Eusebio de Tesalónica (2), la suprema autoridad que no dejaba de ejercer en la misma controversia que se agitaba con el Obispo de Constantinopla. En ella manifiesta clarísimamente haber amenazado á Juan que le denunciaria á la Iglesia, sin derogar un punto á su potestad. En efecto manda á los Obispos que se congregaban en aquella ciudad, que no tomen parte en la soberbia del pretendiente, sino que repriman las injuriosas asechanzas que tendia con este título de *universal* al carácter episcopal que era el mismo en todos los Obispos, declarando separado de la paz de Pedro, al que no se prestase fiel á sus órdenes: *si quis (quod non credimus) scripta præsentia aliqua in parte neglexerit, a beati Petri Apostolorum principis pace se noverit segregatum*: y ya habia dicho que si aun el mismo Sínodo por la malignidad de los intrusos partidarios favorecian la ambicion del Obispo de aquella

(1) *L. 7. ep. 63. ad Joh. Ep. Syracus.*

(2) *Lib. 7. ep. 70.*

Metrópolis, se acordase de que sin su aprobacion se tenian por nulos todos sus actos y decretos: *Quamvis, sine apostolica Sedis auctoritate atque consensu, nullas quæque acta fuerint vires habeant*. Sostenga ahora si puede Le-Gros que confiesa San Gregorio no poder nada sin la Iglesia cuando escribe á Juan: *Si in mea correctione despicior, restat ut Ecclesiam debeam adhibere*.

CAPITULO II.

Se defiende de las falsas interpretaciones de los novadores el pasage Tu es Petrus &c.

1. Es bastante conocido de todos el invencible argumento que se forma de este pasage en favor de la infalibilidad Papal, por lo que no hay necesidad de repetirlo aqui; y me parece mejor consejo rebatir las insubsistentes cavilaciones con que confian los contrarios envolver en densas tinieblas su evidencia. Dicen pues que Cristo en San Mateo (1) promete dar no á Pedro sino á la Iglesia universal la prerogativa de la infalibilidad, á pesar de que inmediatamente antes habia prometido poner en Pedro la piedra y fundamento de la misma Iglesia: *Tu es Petrus, et super hanc Petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam*. No dice, observan ellos, *adversus te*, sino *adversus eam*, esto es, *adversus Ecclesiam*; y fundándose en esto intentan probar que la Iglesia es infalible aun sin Pedro.

2. A esta sofística interpretacion se puede fácilmente responder: 1.º Que no distinguiendo aquí Cristo la Iglesia de la piedra sobre que está fundada, es decir, no considerándola separada de su fundamento sino en concreto con el mismo, de ningún modo manifiesta que se puede separar del Pontífice el cuerpo de los Obispos: 2.º Que el comun sentido natural no permite dudar que en las palabras de Cristo se indica evidentemente que la insuperable firmeza de la Iglesia proviene de la union íntima con su fundamento: 3.º Que de consiguiente este fundamento debe ser tambien tan insuperable-

(1) C. 16, v. 18.

mente firme y estable, que si las puertas del infierno nunca prevalecerán contra la Iglesia, tampoco podrán prevalecer jamas contra San Pedro constituido por Cristo su fundamento.

3. Parece imposible que unos hombres de razon puedan persuadirse á sí mismos que debe considerarse la Iglesia abstraída de su fundamento, siendo así que semejante abstraccion envuelve una contradiccion evidente, y por lo mismo repugna esencialmente á la luz natural de la razon. Sin embargo este es justamente el caso en que se hallan nuestros contrarios. Ellos quieren que del mencionado texto se deba inferir que se prometió la infalibilidad á la Iglesia universal, y pretenden que por Iglesia universal se debe entender el cuerpo de los Obispos aun separado de su cabeza y fundamento el Romano Pontífice; no echando de ver que en tal caso no sería esta la Iglesia á quien Cristo prometió semejante privilegio en este lugar. Y á la verdad, dos son las promesas que hizo el Salvador, una que miraba directa y únicamente á Pedro, *super hanc Petram*, y otra que aun admitido su raciocinio hablaba con la Iglesia *portæ inferi non prævalebunt adversus eam*. De modo que Cristo pronuncia en la primera la fundacion de su Iglesia determinando su fundamento, y en la segunda, suponiéndola ya fundada, asegura al edificio una perpétua firmeza. Ahora bien, pregunto yo á nuestros iluminados si el edificio comprende tambien en sí ó no comprende el fundamento. Jamas dirán que lo comprende, porque separando del Papa el cuerpo de los Pastores, declaran manifestamente que quieren excluirle. Luego no le comprenderá; y esto es decir que en la idea de un edificio no debe comprenderse su fundamento. O concedan pues que Jesucristo quiso confundir los entendimientos de los fieles, hablándoles en un negocio de tanta importancia de un modo que no pudieran entenderle, como contrario á todas las ideas que naturalmente debia excitar en ellos la semejanza de fundamento y de edificio; ó propóngannos una nueva arquitectura en que se pueda separar la fábrica de sus fundamentos. Ni pueden oponer que nombrando Cristo á su Iglesia absolutamente, la distinguió de la piedra sobre que dijo que la edificaba. Porque cuando dice *edificabo* no denota á la Iglesia perfecta en su ser antes de edificarse, porque esto sería un ab-

*

surdo, sino perfecta despues de construida, y de consiguiente con su fundamento; puesto que la accion de edificar no tiene otro término, que enlazar las partes entre sí mismas y con la base. Luego no podia Cristo considerar la Iglesia perfecta en sí misma, sino comprendiendo tambien en ella á Pedro. El que dice que quiere construir una casa sobre este ó aquel fundamento, nombra, es verdad, la casa con distincion de este, pero no pretende por eso que pueda subsistir la casa separada del fundamento.

4. Conviene á las veces seguir paso á paso al contrario por el camino que lleva, porque desviándose de él incautamente entra no raras veces en el camino recto; de modo que aunque al acabar declinè nuevamente hácia su extravio, nos queda solamente un paso que dar para tocar en el blanco: Confiesa Le-Gros (1) que el Redentor estableció á Pedro por fundamento de su Iglesia, y lo prueba no solo con el contexto de todo el capítulo de San Mateo, sino tambien con la no interrumpida tradicion de los Padres; que aunque explican de cuatro modos las palabras *super hanc Petram*, no desechan, antes bien adoptan constantemente la interpretación relativa á la persona de Pedro y de sus sucesores: *Confitendum est*, dice, *illam explicationem longe probabiliorem esse, quæ Petrum dicit fundamentum Ecclesiæ: et hoc ad ipsius successores, sedemque pertinet*. Ni Tamburini excluye esta explicacion en su *Vera idea* (2); aunque introduce el veneno de su partido, queriendo que Pedro hubiese confesado la divinidad de Cristo en nombre de todos, y hubiese sostenido una mal entendida representacion de todo el colegio Apostólico, así en su confesion como en el ser declarado *pedra*. «Hizo (son sus palabras) » en nombre de todos aquella insigne profesion de fé acerca » de la divinidad de Jesucristo, á que se siguió aquella res- » puesta tan gloriosa para él: *Tu eres la piedra, y sobre esta » piedra fabricaré mi Iglesia.*» (a) Pero yo pido por gracia al

(1) *Sect. 3. c. 3, p. 373.*

(2) *Part. 2. c. 1. §. 4.*

(a). El autor de las *Istruzioni in torno la S. Sede* en la página 53 da la razón á su modo, porque solamente Pedro respondió á la pregunta de Cristo, esto es, «para evitar la confusion que se hubiera originado

Señor *profesor* que infiera de sus mismas palabras, que Pedro fundamento está tan intrínsecamente conexo con la Iglesia, que esta no puede existir sin la union actual con Pedro. Efectivamente la respuesta que dió Cristo á Pedro: *Tu eres la Piedra*, fué segun el mismo Tamburini *gloriosa* para Pedro, como tambien el premio de su confesion. Pero con esta respuesta estableció Cristo á Pedro fundamento de la Iglesia; luego el serlo es para él una gloria. Pues bien; si no estuviese intrínsecamente conexo como parte necesaria con el edificio que debia levantarse sobre él, ninguna gloria le resultaria de la respuesta; porque la gloria lleva consigo necesariamente una distincion, y no tendria en ese caso nada de singular mas que los otros por ser el fundamento. El decir que su gloria consiste en haber sido escogido el primero entre los otros fundamentos, y en haber representado á toda la Iglesia, es un mero juego de palabras. O esta prioridad de eleccion y esta representacion dieron á Pedro un valor real, ó ideal-solamente. Si fué ideal, luego tambien es imaginaria su gloria, como fundada en un valor imaginario; lo que no pueden asegurar los novadores si no quieren renunciar el nombre de Católicos. Luego le darian un valor real. Pero puestos muchos fundamentos en un edificio no puede tener uno de ellos ningun otro valor real de fundamento, superior al que tienen los demas, sino una mayor influencia en la estabilidad de la fábrica. Luego Pedro tendrá esta mayor influencia en comparacion de todos los Após-

si todos hubieran respondido á la vez"; como si los Apóstoles fuesen unas mugercillas habladoras, y no hubiese podido Cristo entender distintamente á la vez todas sus respuestas simultáneas. Pedro respondió en nombre de todos: pero ¿dónde leyó Tamburini que los Apóstoles diesen una especial delegacion á Pedro, que todavía no habia sido escogido para su Cabeza? Pregútese mas bien á San Hilario por qué respondió el primero, que él nos lo dirá: porque *dignus judicatus est, qui quod in Christo Dei esset, primus cognosceret*. Por lo cual arguye bien el Belarmino, l. 1, c. 12 de Rom. Pont. *Si primus, ergo non simul aliis facta revelatio est*; y con respecto al Papa podemos nosotros argüir así: el Papa representa la Iglesia y habla en nombre de ella, como Pedro la representaba y hablaba en su nombre en aquella respuesta: es así que esto lo hacia por haber recibido el primero aquella revelacion que no recibieron los otros; luego §c. *á pari* del Papa,

toles, y sin ella no tendria ningun otro valor real. Mas suponiendo que la Iglesia puede subsistir sin su influjo actual, sería nula ó supérflua esta mayor influencia; y de consiguiente no sería por una parte realmente gloriosa para Pedro, y por otra hubiera hecho Dios una cosa en vano. Debe pues reconocerse una relacion intrínseca entre Pedro fundamento y la Iglesia edificio; y por consecuencia será Pedro una parte necesaria y esencial de aquel todo, al cual prometió Cristo el privilegio de la infalibilidad. Así lo debe conceder el que llama real y verdaderamente *gloriosa* esta eleccion para Pedro. Confirma el argumento San Hilario, que tambien hace consistir la gloria de Pedro en ser una parte necesaria, sin la cual no hay infalibilidad en la Iglesia: *O in nuncupatione novi nominis felix Ecclesiæ fundamentum! dignaque ædificatione illius petra, quæ infernas leges, et tartari portas, et omnia mortis claustra dissolveret.* El raciocinio no tiene réplica. Iglesia sin el influjo actual de Pedro es un verdadero ente imaginario á que no corresponde ningun objeto externo. *Si papatus*, dice Gerson, *per imaginationem præscindatur á reliquis potestatibus inferioribus; id quod superest, non dicetur Ecclesia: proinde sequitur, quod, si generale Concilium repræsentet Ecclesiam universalem sufficienter et integre, necesse est ut includat auctoritatem papalem* (1).

5. Con todo, nuestros novadores no se aquietan con esto, y replican orgullosos, y mas duros y tenaces que una roca y un diamante: no; Pedro no es la piedra esencial, pues solamente lo es Cristo: él no es mas que fundamento juntamente con los demas, y como todos los demas Apóstoles. ¿Pero quién ha pensado jamas en negar que Cristo es la piedra esencial? A la verdad ninguno de los defensores de las prerogativas Pontificias. Nosotros distinguimos la esencia de la Iglesia de su visible ministerio, y no reconocemos mas cabeza de aquella que á Cristo, y de este á Pedro y á todos sus sucesores. Esta distincion es comunísima, y no pueden ignorarla los novadores, aunque llega su ceguedad hasta confundir la esencia y el ministerio haciendo de las dos una misma cosa; de donde sacan por consecuencia que no

(1) *De potest. Ecclesiæ, consid. 8.*

es Pedro el fundamento necesario, porque no es la piedra esencial (a). «Cristo, son palabras de Tamburini, es la piedra angular y el fundamento esencial en que se apoya todo el gran edificio espiritual de la Ciudad Santa de Dios. Pero como esto no excluye los otros fundamentos secundarios cuales son todos los doce Apóstoles, así tampoco excluye que Pedro sea en esta clase el principal fundamento.» (1) Aquí tenemos á Tamburini que dormitando alguna vez como el buen Homero arguye contra sí mismo. Los Apóstoles son fundamentos sin derogar en nada al fundamento principal y vivificante que es Cristo, son fundamentos de la gerarquía eclesiástica, y constituyen el edificio visible de la Iglesia gobernante. Luego no repugna á la soberanía de Cristo cabeza esencial que entre ellos se reconozca en Pedro un fundamento relativamente primario, sin el cual no se da este visible edificio.

6. Y que por esto se distingue Pedro de los demas Apóstoles, llamados tambien fundamentos de la Iglesia, y se distingue propiamente como fundamento principal, deberán al fin comprenderlo nuestros adversarios. Es esta una verdad que demuestran la naturaleza de la gerarquía, así como las promesas que dirigió Cristo á la persona de Pedro (b); y está reconocida de tal modo por toda la tradicion, que identifican los Padres la persona de Pedro con la piedra fundamental, substituyendo indiferentemente el *super te* al *super petram*, como si fuesen una misma cosa. Así lo hacen San Juan Crisóstomo y San Gerónimo (2); el primero dice: *secundum metaphoram petra recte dicitur ei: ædificabo Ecclesiam meam*

(a) El Pontífice San Leon en el sermón 4.º del aniversario de su asuncion al Pontificado concilia admirablemente el ser Cristo piedra, y serlo tambien al mismo tiempo San Pedro, interpretando de esta manera lo que dijo el Redentor: *Cum ego sim inviolabilis petra, ego lapis angularis, qui facio utraque unum, ego fundamentum, præter quod nemo aliud potest ponere; tamen tu quoque petra es, quia mea virtute solidaris, ut quæ mihi potestate sunt propria, sint tibi mecum participatione communia.*

(1) *Vera idea*, part. 2, c. 1, §. 4.

(b) Hablo aquí con los católicos, y no con los hereges, que son los únicos que explican de otra manera esta divina promesa.

(2) *Hom. 55, in Matth.*

super te: y el segundo: Dominus ait: Tu es Petrus, et ego super te ædificabo Ecclesiam meam. ¿Y contra una verdad como esta se atreverán á escribir unas plumas católicas que no hay entre Pedro y la Iglesia mayor y mas íntima conexión que entre la Iglesia y los demas Apóstoles? Asombra ciertamente su incongruencia. Confiesan que el colegio Apostólico representaba á la Iglesia activa y autorizada, pretendiendo que *claves non unus homo, sed unitas accepit Ecclesiæ*: y no conocen que no admitiendo ninguna diferencia real entre Pedro y los demas Apóstoles, vienen á negar implícitamente uno y otro.

7. Niegan lo primero; porque vienen á declarar que no tuvo San Pedro ninguna mayor autoridad sobre los demas del colegio Apostólico, mientras la Iglesia católica la admite en el Papa. Mas si todos los Apóstoles eran fundamentos de una misma manera, de modo que ninguno era superior á otro; luego representaban una Iglesia cuyo sistema de gobierno debería ser el de la igualdad. Mas: si todos los miembros del colegio Apostólico que representaba la Iglesia hubieran sido igualmente fundamentos; como la Iglesia es el edificio, no se distinguiría del edificio su fundamento, sino que vendrían á ser los dos una misma cosa. Niegan del mismo modo lo segundo; porque si el mando absoluto se dió solamente á la unidad de la Iglesia (a), donde no hubiese esta unidad tampoco podría haber semejante mando. Mas donde no está el principio, origen y fundamento de la unidad, no hay unidad; y este principio, este origen, y este fundamento, no se hallan segun San Cipriano, sino en San Pedro: *Unitatis ejusdem originem ab uno incipientem sua auctoritate disposuit* (esto es Cristo); luego donde no está Pedro no hay mando absoluto. Conque debe concurrir por necesidad á constituir la unidad á lo menos en union con los demas, para conservar *in solidum* aquella potestad contra la cual no pueden prevalecer las puertas infernales; y de consiguiente sin él no se puede dar aquel consentimiento y union,

(a) El dicho de San Agustín *Claves non unus homo, &c.* se refiere solamente á la autoridad de orden que es la misma en todos los Obispos, y no á la de jurisdicción que se funda en el sistema gerárquico, y aun proviene de su naturaleza.

á que se pretende haberse dado las llaves; de otra manera las Iglesias particulares serían otros tantos cuerpos separados, cada uno de los cuales hubiera recibido por sí mismo el mando absoluto.

8. Estas son las ideas sencillísimas que se presentan espontáneamente al entendimiento de todo el que busca desapasionadamente la verdad. Siguiendo estas comunísimas nociones es mas fácil pasar mas adelante en el argumento, y convencer á cualquiera por las reglas de analogía que la estabilidad del edificio de la Iglesia se deriva de la íntima union que tiene con su fundamento, que es Pedro. Ni al demostrar esta verdad intento apartarme de cuanto afirma Le-Gros, explicando la expresion metafórica: *Tu es Petrus. Indicatur*, dice, *ipsum esse in Ecclesia quod est in ædificio fundamentum* (1). Hasta el Opstraet, arrastrado de la evidencía, no puede menos de adoptar la misma aplicacion diciendo: *Ut in ædificio materiali id præcipuum est, quod totam molem sustentat; ita in ædificio spiritali Ecclesiæ is princeps censendus, super quem, tamquam super fundamentum, ædificatur* (2). Concluyo pues que por razon de analogía hará Pedro en la Iglesia lo que hace el fundamento en un edificio material: mas este saca de la union con aquel la firmeza con que se mantiene inmóvil en medio del furor de los vientos y del ímpetu de las olas: *Omnis*, dice Cristo, *qui audit verba mea hæc, et facit ea, assimilabitur viro sapienti, qui ædificavit domum suam supra petram; et descendit pluvia, et venerunt flumina, et flaverunt venti, et irruerunt in domum illam, et non cecidit; fundata enim erat supra petram.* (3) Efectivamente el que quisiere fundar en la arena un edificio con torres, podrá muy bien conseguir que sea por su hermosura un espectáculo delicioso para los viajeros, pero nunca podrá impedir que sea el blanco del ímpetu de los vientos, como nos enseña Cristo en este lugar. Cuando guardan una justa proporcion la profundidad y solidez de la base con la altura de la mole, y estan tenazmente conglutinadas, entonces está la fábrica segura é inmóvil; pero si se separa

(1) *Tom. 2, c. 4. concl. 2.*

(2) *De locis theol. Diss. 5, q. 1. §. 1.*

(3) *Matth. c. 7. v. 24, 25.*

un punto del fundamento, y se mueve la base, se precipita y arruina bien pronto. Es pues indisputable que su estabilidad depende de su estrecha union con el fundamento. Siguiendo la misma comparacion, traslademos ahora estas ideas á la Iglesia edificada sobre Pedro, y no nos costará trabajo entender que la estabilidad de la Iglesia depende de estar unida con Pedro: *Præter illam petram, quam Dominus in Ecclesiæ fundamentum posuit, stabilis erit nulla constructio* (1).

9. Aunque queda demostrada esta importantísima verdad con la similitud adoptada por el mismo Jesucristo; todavía podemos refutar á Tamburini con sus propias armas. Hablando en su *Vera idea* (2) de la divina institucion de la primacia, y reconociendo que es esencial al gobierno eclesiástico, hace de ella estos magníficos y muy verdaderos elogios: «Él (el primado) se dió para utilidad de la Iglesia; no fué un privilegio personal que debia extinguirse con él (con Pedro), sino una prerogativa que pertenece al fondo esencial de la gerarquía eclesiástica: ella constituye la forma del gobierno eclesiástico establecido por Jesucristo..... y está muy esencialmente ligada con el plan de toda la Iglesia fundada por Jesucristo.” Pues tenga presente que Dios prometió y dió la invencible firmeza en la fé únicamente al cuerpo gerárquico y no á la union de todos los fieles indistintamente; porque solo aquel forma el cuerpo autoritativo. Los contrarios excluyen á la multitud, á lo menos en la apariencia, de este privilegio que le concede Lauenoy. Luego si el primado es esencial al gobierno de la Iglesia, no podrá sin él tener la Iglesia la firmeza que la prometió Jesucristo, porque quitado el primado ya no habria en ella el *gobierno eclesiástico que estableció Jesucristo*. Y si no se da firmeza sin el primado, es una consecuencia natural que esta le viene á la Iglesia de aquel. Porque si concurre á formar este firme edificio, concurre á ello segun el orden en que fué constituido por Cristo: fué constituido por Cristo en la clase de fundamento; luego concurre como tal: el fundamento es el sosten de la fábrica, y el principio y origen de toda firmeza; lue-

(1) S. Leon, *Ep. 54, ad Martianum imp.*

(2) *Par. 2, c. 1, §. 12.*

go concurre como origen y principio de firmeza, y de consiguiente trae la Iglesia su estabilidad de su inseparable union con él. Pero es muy diverso el caso de cualquiera otro Obispo que fuese necesario para que hubiese en un concilio el número suficiente para decirse que estaba en él congregada la Iglesia. Porque aunque se suponga que puede darse este caso, no le vendría á la Iglesia su firmeza de aquel Obispo, sino únicamente su integridad, porque aquel Obispo no concurriría al concilio como fundamento; del mismo modo que un edificio donde faltase la última piedra en su construccion externa, recibiría de ella, cuando se colocase, su integridad; pero nunca su solidez. De todo esto se sigue que Pedro subsiste independiente de la Iglesia, es decir, que tiene en sí una absoluta originaria estabilidad en la fé. Las ideas de su concurso, necesario para constituir la verdadera Iglesia, y de la firmeza que recibe la Iglesia por estar unida á él, no pueden conciliarse con su falibilidad; pues no será un absurdo el imaginar suponiéndole falible que ó con su concurso pudiese conducir la Iglesia al error, ó debiendo prestarle no lo prestase de hecho. De consiguiente debe estar él tan firme, que aunque por un imposible faltase el resto de la Iglesia, se conservase firme é inconcuso. Y á la verdad en el fundamento se hallan tanto la accion con que actualmente se contribuye á la subsistencia de la fábrica, como el principio de donde procede esta accion. La accion tiene por término al edificio, y así cesa cuando este se arruina. Mas no el principio de donde procede la accion, porque siendo este intrínseco al fundamento, nunca puede separarse de él; y de consiguiente no puede destruirse ni dejar de existir en él cuando falta el objeto extrínseco en que obra, es decir, *quitada la accion, no se quita la fuerza*. Este principio ó esta fuerza es la misma inmovilidad, sin la cual no se podría sostener la mole del edificio, aunque estuviese unido con ella.

10. Despues de quanto hemos expuesto hasta aquí parece que no hay necesidad de decir mas para convencer plenamente á los novadores modernos; pero no obstante permítaseme procurar retraerlos de sus errores estrechándolos con este argumento. Entre todas las reuniones aquella solo es infalible, que constituye la verdadera Iglesia: y esto es de fé: es así que no

*

se da verdadera Iglesia sin Pedro, como lo hemos demostrado, luego aquella sola reunion es infalible que está unida á Pedro y á sus sucesores. Pero la union con Pedro ó sea con el Papa, no sería una nota suficiente para discernir cual entre muchas reuniones fuese la infalible, si esta union no contribuyese de algun modo con su concurrencia á que la misma reunion gozase el privilegio de infalibilidad, luego debe realmente contribuir y concurrir á ello. Mas la infalibilidad debe ser en la Iglesia *definiente* perpétua y duradera hasta la consumacion de los siglos; luego tambien debe ser perpétua y duradera hasta la consumacion de los siglos dicha concurrencia de la union de la Iglesia con el Papa, de la cual depende la infalibilidad de la Iglesia misma. De esto se sigue que cuando haya de definirse algun punto de fé, se podrá decir con tanta verdad, aun antes de la positiva y explícita concurrencia de que hemos hablado, que infaliblemente no faltará esta, como se puede decir que la Iglesia será infalible en definir aquel punto y no caerá en el error. Pero si es cierto que tratándose de definir un punto de fé nunca faltará el concurso de la union de la Iglesia con el Papa ; igualmente debe ser cierto que Dios nunca permitirá que el Papa deje de asentir á las verdades de fé, puesto que sin su asenso ninguna definicion puede considerarse como definicion de la Iglesia. Luego si debe ser continuo y perpétuo el referido concurso, continúa y perpétuamente deberá Dios mover al Pontífice á asentir á las verdades de fé, ni nunca, nunca, podrá permitir que el Papa como tal se aparte de la verdadera creencia. Si efectivamente no fuese así, y pudiese Dios permitir que el Papa como tal se separase de la verdadera creencia, podria suceder que como tiene en la Iglesia razon de principio y á él toca por lo mismo el proponer el punto de fé para que se conserve la unidad como dice Santo Tomas (1), podria suceder, digo, que arrastrase consigo la Iglesia al error. Luego debió Dios conceder al Papa como tal el privilegio de la infalibilidad independientemente de la Iglesia, quiero decir, de aquella reunion á cuya infalibilidad contribuye y concurre mediante la union que tiene con él. Los novadores no pueden

(1) 2, 2, q. 13, art. 10.

dejar de admitir esta consecuencia sin negar la necesidad del concurso del Papa; y si niegan esta necesidad, se declaran fautores de los cismáticos y protestantes que constituyen una Iglesia separada del Papa. ¿A qué pues recomiendan tanto la autoridad del primado y su conexión esencial con el plan de gobierno establecido por Cristo? ¿Pretenderán acaso que se puede separar este primado de la persona que le tiene, para inferir que la Iglesia aunque no concuerde con el Papa, y aunque no admita el uso actual que él haga de la autoridad primacial, comprende sin embargo en sí misma como parte esencial el mismo primado, sobre que se apoya inseparablemente? El querer que la Iglesia sea *separable* del Papa y no del primado, esto es, que esté unida al primado inseparablemente, porque lo está esencialmente, aunque no lo esté al Papa; es una contradicción manifiesta. ¿Cómo podría estar unida al primado, sin estarlo á la única persona que posee y tiene en sí misma este primado? ¿Se podrá jamás levantar una estatua, y despues de haberla adornado con todas las insignias primaciales, venerarla como cabeza esencial, y tomar de su representacion la forma esencial de un gobierno? Pues tal es el Papa si se concede que es necesaria la concurrencia de su primacia, y que no es necesaria la concurrencia personal del mismo para constituir la verdadera Iglesia.

11. Sea norabuena necesario, responden algunos, este concurso personal del Papa, como pretendeis: pero nunca se podrá concluir de aquí su absoluta infalibilidad. ¿Acaso no concurre necesariamente la cabeza en el cuerpo humano á la vida de toda la máquina animal? Pues sin embargo no subsiste ni vive el cuerpo sin el concurso recíproco de los demas miembros y partes vivificantes. Del mismo modo podrá faltar al Papa la infalibilidad faltándole el concurso de los demas Pastores, aunque se conceda que concurre necesariamente á la infalibilidad de toda la Iglesia. El mismo Sixto III lo dice con estas palabras: *Ut omne corpus regitur, ita ipsum caput, nisi suo corpore sustentetur, firmitatem et vigorem suum perdit* (1). Pero en paz sea dicho, no forman ellos una idea justa de la cuali-

(1) *Ep. ad Illyric*, V. Labbé t. 4. col. 1714.

dad de cabeza en el Papa, y aplican fuera de propósito la autoridad de Sixto III. Deben los tales concederme que algunas metáforas que significan una mismísima cosa bajo un solo y mismo respecto, deben convenir entre sí de modo que siempre y en todas circunstancias puedan usarse recíprocamente; de otra manera significarian ó diversos objetos, ó diversas relaciones de un mismo objeto. Las metáforas pues de *fundamento* y de *Pastor*, bajo las cuales representa la Escritura á San Pedro, deben tomarse en la misma significacion que las denominaciones de *cabeza* y de *Padre*, pues tanto unas como otras explican siempre su autoritativo Primado en toda la Iglesia. Se llama pues cabeza en el mismo sentido en que Cristo le llama *fundamento*, es decir, en cuanto es principio y origen de la estabilidad de la Iglesia, y del mismo modo que el padre, se llama *cabeza* de su familia, el pastor de su rebaño, y el Príncipe de la sociedad civil. Conque tal será tambien el Papa en la Iglesia: de donde se sigue que la denominacion de *cabeza* que se le dá, debe tomarse mas bien en sentido moral que en sentido físico. En suma, se llama *cabeza* porque en virtud de su primado autoritativo preside á la Iglesia dirigiéndola y sosteniéndola en aquellas acciones, que deben ordenarse á la unidad de la fé. Y pues que la facultad directiva y la fuerza para sostener la Iglesia son prerogativas absolutas é intrínsecas en el Papa, no las pierde jamas aun en el supuesto de que le falte el sosten de los demas Pastores. Ni prueba lo contrario lo que dice Sixto III, porque no intenta indicar una mútua dependencia entre la Cabeza y los miembros, entre el Pontífice y los Obispos, para subsistir; sino que habla solamente de la autoridad extrínseca de la Cabeza, cualquiera que ella sea, como dependiente de la veneracion y reverencia de los fieles. Escribe el Pontífice aquella carta á los Obispos del Ilirico, excitándoles á honrar y obedecer al Obispo de Tesalónica como Vicario Apostólico: *Estis quidem membra, ut novimus, sancta: sed vestrum caput respicere et honorare decet quoniam honor capitis ad spem totius proficit sanctitatis* (1). ¡Ojalá que en estos calamitosos tiempos prestasen todos los Obispos el tribu-

(1) *Ibi*.

to de su veneracion y obediencia á la Cabeza de la Iglesia! *Hoc modo*, exclama Veith (1), *utinam membra corporis omnia suum caput sustentarent! Non sensim evilesceat tantopere in animis multorum christianorum suprema dignitas illius, qui est vicarius Jesu Christi, et visibile caput Ecclesiæ*. Así podrían gloriarse justamente de ser los verdaderos sostenedores de la Cabeza con el ejemplo y con la doctrina, como lo exige la cualidad de Pastores, esto es, de miembros principales de este cuerpo místico.

12. Antes de concluir este capítulo, merece insertarse aquí un argumento muy extraño de Opstraet, el cual pretende demostrar de un modo enteramente nuevo, que de haber sido constituido San Pedro fundamento de la Iglesia, no se sigue que recibió de Cristo el privilegio de la infalibilidad. *Potuisset*, dice, *Christus dicere simul omnibus: Vos estis petra, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam: et tamen inde recte concludi non posset singulorum Episcoporum infallibilitas.... Pari ratione, ex eo quod Petrus sit constitutus fundamentum ministeriale Ecclesiæ, recte inferri non potest ipsum esse infallibilem*. Bello raciocinio! Jamás han aprendido ni aprenderán esta lógica los defensores del Vaticano, pero es la que usan con harta frecuencia sus enemigos. ¿Quién enseñó á este teólogo que se puede argumentar *á posse ad esse*? ¿Y no ve que si se verificase la condicion que supone posible, cambiaria enteramente la forma del gobierno eclesiástico? Porque si Cristo hubiera dicho á todos los Apóstoles indistintamente y en el mismo sentido *vos estis petra*, hubiera establecido un sistema de igualdad que se excluye totalmente de haber sido elegido Pedro solo por *piedra*! ¿Cuán fácil sería con este modo de argumentar destruir en la Iglesia cualquiera especie de primacía que tuviese autoridad! Si Cristo hubiera dicho igualmente á todos *Pascite oves meas: confirmate fratres vestros, &c.* como se lo dijo á Pedro, ¿donde estaria su Primado de jurisdiccion? Solo el haber distinguido Cristo á Pedro de los otros Apóstoles constituye su primacía: negada la distincion, se niega esta tambien. Por tanto nosotros argüimos con

(1) *De prim. et infallib. R. P. Sect. 2.ª posit. 17, §. 35.*

el hecho de no haber llamado Cristo y constituido á todos los Apóstoles piedras, sino á solo Pedro; así como inferimos haberle encomendado el divino Salvador el cuidado universal, de haberle dicho á él solo generalmente: *Pasce oves meas: confirma fratres tuos*, &c. Y aun digo, que aunque los Obispos, sucesores de los Apóstoles, que hubiesen sido constituidos indiferentemente *piedras*, no fuesen infalibles, lo son sin embargo los sucesores de Pedro, por el hecho de haber sido él solo llamado é instituido *piedra* de la Iglesia. No serían infalibles los Obispos en la hipótesis de Opstraet, porque no pasaria á ellos el carácter de *piedra*, pues no sucedieron á los Apóstoles en el Apostolado, al que solo se referia semejante carácter. Y aunque pudiesen llamarse por eso *piedras* los Obispos, tampoco en tal caso serían infalibles; porque si hubieran sido *piedras* los Apóstoles igualmente que Pedro, la calidad de *piedra* no hubiera llevado consigo el Primado universal, ni tampoco de consiguiente el privilegio de la infalibilidad: á no ser que se quisiese decir que Cristo habia constituido otras tantas cabezas supremas cuantos eran los Apóstoles; lo que repugna. Mas del hecho de haber sido solamente Pedro declarado y establecido *piedra* por el Salvador, se demuestra que á Pedro se le concedió la infalibilidad, que se difunde á sus sucesores los romanos Pontífices, herederos de los mismos privilegios primaciales. ¿Qué diria el *Spalatrese de Dominis*, si hubiera oido á nuestro teólogo, el cual para disputar al Papa la infalibilidad no repara en recurrir á una suposicion, segun la cual serían perfectamente iguales San Pedro y los demas Apóstoles? No dejaria de echarle en cara la manifiesta contradiccion en que incurre, cuando arguyendo contra él reconoce á San Pedro por primer fundamento; siendo así que no lo hubiera sido ciertamente, si Cristo hubiera dicho indistintamente á todos *vos estis petra*. *Fuerunt quidem*, dice el Opstraet contra el Arzobispo apóstata, *et alii Apóstoli Ecclesiæ fundamenta, sed tamen fundamentum præcipuum fuit Petrus. Equidem ipsi soli præ cæteris dictum est: Tu es Petrus &c.; quod cum aliis non perinde dictum sit, non perinde etiam, ut Petrus, Ecclesiæ fundamenta á Christo constituti sunt* (1). ¿Dejaria acaso el apóstata de vol-

(1) Q. 1. §. 1, resp. ad 2. diffic. *De primatu Petri* cap. 1. §. 1.

ver contra el teólogo el argumento? *Potuisset Christus*, podría ciertamente responderle, *potuisset Christus dicere simul omnibus: Vos estis petra; et tamen inde recte concludi non posset omnes primatum universalem in Ecclesia Episcopos obtinere; pari ratione ergo, ex eo quod Petrus appellatus sit petra, recte non inferitur ipsum gaudere universali auctoritativo primatu.* ¿Y qué podría replicarle? La hipótesis contra la infalibilidad milita tambien en este caso contra la primacía, y lo manifiesta en contradicción. Si responde: *Cum aliis non perinde dictum sit, non perinde etiam, ut Petrus, Ecclesie fundamenta à Christo constituti sunt;* nos pone á nosotros las armas en la mano, pues pudiéramos añadir en continuacion de su discurso: *Et ideo neque infallibilitatem ratione fundamenti acceperunt, quam in successores transmittere possent, cum hujusmodi privilegium proprium sit solius primarii fundamenti, quod est Petrus.* Denuestre pues si puede que por ser Pedro fundamento principal no se sigue que sea infalible, pero no finja una hipótesis que destruye toda principalidad. Ni me diga que entre fundamentos iguales se da uno que es el primero en orden, y que así puede muy bien subsistir la primacía; porque no son una misma cosa el *primero* y el *principal*, pues este último significa una eficacia en sostener el edificio; mayor que la de los otros, la cual como hemos probado ya no se puede entender sino por una concurrencia necesaria á la estabilidad de la Iglesia, que proviene de una firmeza enteramente suya propia.

CAPITULO III.

Se examinan algunos dichos de los Padres sobre el referido texto: Tu es Petrus &c.

1. Después de tanta evidencia como lleva consigo la metáfora de *pedra* que usó Cristo con Pedro solamente, debería parecer inútil añadir la autoridad de la tradicion, que no puede contener una fé contraria. Pero los novadores hallan tinieblas en la luz, y nos citan los Padres, prontos á ofuscar con sus cavilaciones la que tambien esparcen sus escritos. Si no es de su gusto el language de la Escritura: *littera occidit, exela-*

man, y recurren á interpretaciones sacadas á su modo de la tradicion. Y si tampoco logran su intento en la tradicion, vuelven con paso retrógrado á la Escritura; y jugando de esta manera alternativamente no menos con la una que con la otra, corrompen todas las verdades; y abren el camino á un verdadero escepticismo. Así, no se puede hacer un retrato mas original de estos talentos pseudo-teológicos, que el que hizo el pirrónico Agripa, aunque sin razon, de todos los Escolásticos indistintamente: *Non nisi empto titulo, dice, theologi sunt: ex tam sublimi facultate quamdam logomachiam fecerunt, circumeuntes scholas, moventes quæstiunculas, fabricantes opiniones, et scripturis vim inferentes, intricatis verbis alienum sensum illis obducentes, paratiores ventilare quam examinare; multa admodum jurgiorum, seminaria excogitare ausi...* Atque ipsam fidem nostram, sacrosanctam apud sapientes hujus sæculi risui ac diffidentiae exponunt... Nulli penes eos pro theologis habentur, nisi qui noverint egregie contendere, et ad omne propositum instantiam dare, prompte fingere, et novos seris invenire. (1.) Todavía es mas de admirar que unos hombres que quisieran substituir la ciencia á la fé, y el exámen privado á la autoridad que debe guiar á los fieles en los negocios de religion; que unos hombres digo de esta clase pretendan que se les de la fé y sumision que no quieren que se preste á la Iglesia. Defienden absolutamente que este es el sentido de la Escritura, y que tal es la tradicion; y muchas veces lo hacen sin alegar testimonio ni de una ni de otra, como si á los fieles les debiese bastar que ellos lo aseguren. Segun este sistema, que es universal en el partido, afirma magistralmente Legros que no hay ningun Padre que de haber sido Pedro declarado *piedra del grande edificio de la Iglesia*, haya inferido su infalibilidad, y que por lo mismo tampoco debemós inferirla nosotros; no debiendo interpretarse la Escritura sino solo á la luz de la tradicion: *Nullus est sanctorum patrum aut veterum interpretum, qui ex hoc loco concluderit: romanum Pontificem esse infallibilem. Porro Scripturam Sacram ali-*

(1) De vanitate et incertitudine scientiarum, cap. 44.

ter interpretari non debemus, nisi juxta eum sensum quem perpetuo tenuit Ecclesia.

2. Causa verdaderamente compasion la ceguedad de este autor, pero incomoda mucho mas su desfachado atrevimiento. ¿Se puede dar mayor audacia que asegurar: *nullum esse sanctorum patrum, aut veterum interpretum?* Sería necesario que hubiese registrado todas sus voluminosas obras; pero como no cita ninguna en este lugar, nos da motivo para sospechar que no ha leído ninguna. De consiguiente no hay necesidad de oponerle toda la tradicion para convencerle de falsedad; pues un testimonio solo destruiria su asercion puesto que es general. Será pues mas que suficiente el presentarle tres; uno de Orígenes, otro de San Leon, y el tercero de San Gregorio Magno, remitiendo al que desée mas á los célebres apologistas Belarmino, Serry, Ballerini, Veith &c.

3. El primero pues es de Orígenes, que distingue entre Piedra é Iglesia, y confiesa que las puertas del infierno no podrán vencer ni á la una ni á la otra, diciendo que *neque adversus Petram, supra quam fundavit Christus Ecclesiam, neque adversus Ecclesiam superbæ portæ inferi prævalebunt.* (1) No es difícil á la verdad el ver expresada claramente en este pasage la infalibilidad de San Pedro como independiente de la infalibilidad de la Iglesia; porque la piedra y la Iglesia sobre ella fundada se distinguen entre sí como términos diversos, y ambas se dice que estan condecoradas con el mismo privilegio, de modo que creeria yo hacer una injuria á la penetracion de mis lectores, si me propusiese comentar tan claro testimonio. Mejor será pues defenderle del sentido violento que le dan los contrarios, los cuales se jactan de que saben *ad omne propositum instantiam dare, prompte fingere, et novos sensus invenire.*

4. Imperturbable Le-Gros á todo golpe que se le quiera dar, busca en Orígenes como interpretar á Orígenes mismo; y halla que lejos de inferir este Padre el don de la infalibilidad en Pedro de ser piedra de la Iglesia, ni siquiera deduce la primacia; porque atribuye esta prerogativa de piedra no so-

(1) *In cap. 16 Matth. Tract. 1.*

lo á los demas Apóstoles sino hasta á los mismos fieles si son perfectos, diciendo: *Vere ergo ad Petrum quidem dictum est: Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam; et tamen omnibus Apostolis et omnibus perfectis fidelibus dictum videtur, quoniam omnes sunt et Petrus et petra, et in omnibus ædificata est Ecclesia Christi, et adversus nullum eorum qui tales sunt, portæ inferi prævalebunt* (1): y se le antoja que Orígenes quiso decir en el primer texto que no prevalecerá el infierno contra la piedra ni contra la Iglesia, solo *quia nihil potest contra electos, ea fide, quam Petrus confessus est, armatos* (2). He aquí pues el argumento á que se reduce la interpretación de este Teólogo, ó que á lo menos se sigue de ella naturalmente: la verdadera Iglesia de Cristo es aquella contra cuya firmeza no pueden prevalecer las puertas del infierno: es así que solo tiene esta firmeza la que está fundada segun Orígenes sobre los fieles perfectos, que son en ella piedras inexpugnables, contra las cuales nunca podrá prevalecer el infierno; luego la verdadera Iglesia de Cristo segun Orígenes es la que está fundada sobre los fieles perfectos, y que se compone de ellos de consiguiente. Desgraciado Orígenes! Por último nuestro autor ha descubierto que era un individuo de la secta de los Cataros y Donatistas. Efectivamente, admitido como verdadero y único el sentido de la metáfora *piedra* que da Legros á su texto, y por el cual decide la cuestion, no hay duda que es un herege. Porque constituyendo por fundamento inexpugnable á los *fieles perfectos*, ó entiende por fundamento el que indicó Cristo con la metáfora *piedra*, esto es, aquel sin el cual no hay Iglesia; ó bien un fundamento cualquiera, extrínseco y no necesario, sin el cual puede subsistir la Iglesia. Si lo entendiese en el primer sentido como parece lo interpreta el autor, se seguiria 1.º que los fieles perfectos habian recibido igual autoridad que San Pedro: 2.º que de ellos dependeria la subsistencia de la Iglesia: 3.º que tambien dependeria de ellos, como de sus constitutivos esenciales, su esencia: 4.º que la Iglesia solo comprenderia los perfectos. Y no se contenta Le-

(1) *Ib.*(2) *Sect. 3, c. 3, pág. 376.*

Gros con presentarnos á Orígenes como un Cataro y Donatista, sino que tambien le declara por Padre de los Luteranos. Quiere en efecto que enseñe que los pecadores no tienen verdadera fé, sino que es esta un don reservado y prometido exclusivamente á los que tienen el corazon virgen, esto es, á los perfectos solamente, como se sigue de haber pretendido que entendió Orígenes en el primer texto que no prevalecerán las puertas del infierno ni contra la piedra ni contra la Iglesia, solo *quia nihil potest contra electos, ea fide, quam Petrus confessus est, armatos*; como si esta fé fuese de otra naturaleza que la que tienen los no escogidos. Pero si se pretende que cuando Orígenes llama *piedra* á los fieles perfectos indistintamente con Pedro, solo entiende un fundamento extrínseco no necesario, ¿cómo se podrá decir que reconoce católicamente el plan esencial del gobierno eclesiástico, que como hemos demostrado tambien segun los principios de los novadores, está esencialmente ligado con Pedro, cabeza y fundamento? No tendria seguramente San Pedro mas autoridad que cualquier *escogido*; y aun, así como los *escogidos* no adquieren solo por serlo ninguna en la Iglesia, del mismo modo no tendria ninguna San Pedro. Y si para justificar á Orígenes respondiese Le-Gros que se prueba por otras razones la primaria autoridad de San Pedro, quisiera que me las propusiese, obligándome yo á rebatirlas todas, una vez establecido el principio de que donde es comun el don, no hay singularidad de privilegio. Y en prueba de ello, alegue si le place el precepto de Cristo: *Pasce oves meas*, y le dirá San Agustin que se impuso á todos, á los Pastores y á los fieles. Si nos recuerda la especial entrega de las llaves: *Tibi dabo claves regni calorum*, le responderán que se dieron igualmente á los demas Apóstoles; y así de los demas pasages de que deducimos nosotros el primado de jurisdiccion que tiene San Pedro; de modo que no quedaria ningun argumento eficaz, si no se entiende siempre en todos estos textos la distincion que usa el mismo autor cuando defiende el primado: *Hoc habuerunt ceteri quod Petrus: hoc datum est ceteris quod Petro, salvo Petri primatu*, concedo; *excluso*, lo niego (1). Conque si Orígenes no admite alguna prerogativa

(1) Cap. 4, Concl. 3, pág. 401.

singular en San Pedro en su cualidad de fundamento, porque la atribuye tambien á los fieles, tampoco deberá reconocerla en los otros pasages, porque tampoco en ellos se excluyen los fieles ó los demas Apóstoles: con lo cual se destruye en San Pedro toda preeminencia de autoridad. Es necesario pues concluir que aunque Orígenes da el nombre de piedra á los otros Pastores y á los fieles no menos que á Pedro, no se lo da en el mismo sentido, sino salvo siempre su primado.

5. Y á la verdad: distingue Orígenes tres piedras: Pedro, porque es fundamento esencial del orden gerárquico establecido por Cristo, y en quien existe el tribunal autoritativo: los Apóstoles, comprendido Pedro, porque difundieron la fé sobre que está fundada la Iglesia: y finalmente los fieles perfectos, porque con su santidad expresan la santidad de la misma Iglesia, sosteniéndola con obedecer á sus mandamientos, como los discípulos fieles suelen llamarse el sosten de sus maestros, y los súbditos obedientes el sosten de los Príncipes; no pudiendo ejercer su ministerio ni los maestros ni los Príncipes sin la docilidad de los discípulos, y sin la pronta sumision de los súbditos. Los dos últimos modos de considerar el ser de piedra se diferencian esencialmente del primero que conviene á solo Pedro segun Orígenes mismo, que en otra parte junta en uno el precepto dado á Pedro de apacentar todo el rebaño, y la eleccion de fundamento hecha en el mismo Pedro: *Petro cum summa rerum de pascendis ovibus traderetur, ac super ipsum velut supra petram fundaretur Ecclesia* (1). De consiguiente distingue la esencia de la Iglesia de sus extrínsecos caractéres; entre los cuales se cuenta el gobierno de la misma; y tanto en aquella como en este la reconoce establemente subsistente: en aquella, es decir, en la esencia, mediante el vínculo de caridad y de fé que une á todos los fieles entre sí, y con ella: y en este, es decir, en el gobierno, en virtud de las divinas promesas. Por tanto el infierno que le hace la guerra así en la santidad como en la fé, quedará siempre vencido, ni jamas llegará á prevalecer contra su santidad sostenida por los justos, ni contra la pureza de la fé que la enseñó

(1) *In Epist. ad Romanos.*

San Pedro: y se conservará siempre la Iglesia santa é inmaculada, no solo *en abstracto* en su institucion, sino tambien *en concreto* en una parte de sus miembros, y será siempre infalible en sus fallós. Esta infalibilidad como que pertenece al cuerpo gerárquico de la Iglesia, no se extiende á todos los fieles perfectos, y solo comprende á los sagrados Pastores por el órden que fueron constituidos por Cristo: es decir, Pedro fundamento primario, y los demás, fundamentos sí, pero secundarios y subordinados, adherentes al primario. De este modo se formó aquella piedra y aquella Iglesia que aquí entiende Orígenes, diciendo: *neque adversus petram, supra quam fundavit Christus Ecclesiam, neque adversus Ecclesiam superbae portae inferi prævalebunt.*

6. El segundo testimonio es de San Leon, que animado de un ardiente entusiasmo por los privilegios que concedidos á San Pedro le trasmirió este Santo Apóstol (1), excita en muchos lugares á los demás Obispos á celebrar con júbilo el día de su asuncion al Pontificado, como día de comun alegría, porque era honroso para todos (2), y recuerda expresamente la inexpugnable solidez que adquirió Pedro con haber sido elegido para piedra de la Iglesia Católica. Ni se puede decir que es equivoco el lenguaje fuerte de esta lumbrera de los Pontífices, porque todo el contexto nos presenta un solo y mismo sig-

(1) *Serm. 2. in anniv. assumpt. suæ, cap. 3*, edicion de Roma. *Si quid à nobis recte agitur recteque decernitur, si quid à misericordia Dei quotidianis supplicationibus obtinetur; illius est opus atque meritum, cujus in sede sua (esto es en sus sucesores) vivit potestas, et excellit auctoritas; y en el cap. 4; cujus dignitas etiam in indigno hærede non deficit.*

(2) *Serm. 3. Religiosum est vobis* (habla á los Obispos que habian concurrido á solemnizar su elevacion al Pontificado) *atque laudabile de die profectionis nostræ quasi de proprio honore gaudere, ut unum celebretur in toto Ecclesiæ corpore pontificii sacramentum, quod, effuso benedictionis unguento, copiosius quidem in superiora profluxit, sed non parce etiam in inferiora descendit.* Esto debian notar los novadores que quieren que la autoridad primacial del Papa sea de otra especie que la episcopal, para deducir de aquí que residiendo esta en toda su plenitud en cada uno de los Obispos, no la puede limitar el Papa: El *sacramentum pontificii* es ciertamente el episcopado que se confiere en la consagracion, *effuso benedictionis unguento*, y que se derrama con

nificado, como se ve particularmente en sus sermones, de que trasladamos algunos rasgos: *Sicut permanet quod in Christo Petrus credidit, ita permanet quod in Petro Christus instituit... Manet ergo dispositio veritatis, et beatus Petrus in accepta FORTITUDINE PETRÆ perseverans, suscepta Ecclesiæ gubernacula non reliquit*; porque *in sua sede vivit ejus potestas, et excellit auctoritas*. (1) Luego Pedro recibió de Cristo la fortaleza de piedra, esto es, una inexpugnable solidez, como explica en otra parte (2) interpretando la metáfora *piedra*, y haciendo á Cristo hablar á San Pedro de esta manera: *Cum ego sim fundamentum, præter quod nemo aliud potest ponere; tamen tu quoque petra es, quia mea virtute solidaris, ut quæ mihi potestate sunt propria, sint tibi mecum participatione communia*. ¿Y cómo fué Pedro elevado á esta participacion del poder divino? Con haber sido hecho piedra de la Iglesia. ¿Y cómo fué hecho piedra? Con haber sido dotado por Cristo de una firmeza insuperable: *quia mea virtute solidaris*. Esta es la prerogativa singular que tiene Pedro por ser piedra. ¿Y qué dicen á esto los contrarios? ¿Acaso que fué un privilegio personal de San Pedro, no comunicable á sus sucesores? Luego no fué, digo yo, un privilegio primacial. No nos niegan á la verdad que sale esta consecuencia: pero no sé si gloriándose de ser católicos admitirán tambien esta: luego en el pasage de San Mateo *Tu es Petrus* no se declara la primacia de San Pedro, porque no está constituida sino por las prerogativas que expresa la metáfora *piedra*. Si estas se niegan á los sucesores de Pedro, solo les queda un *titulus sine re*, y solo una preeminencia de orden que no forma la primacia de autoridad. Es necesario pues que aquellas propiedades que significaba esencialmente el nombre de *piedra* aplicado á San Pedro, y fueron conce-

mas amplitud en el Pontífice, *copiosius in superiora profluxit*, que sobre los demas Obispos, los cuales, si bien estan adornados de una autoridad de la misma naturaleza, pero no reciben con tanta abundancia este *pontificii sacramentum*, y por lo mismo no se les da con tanta abundancia la potestad del episcopado, que esto es lo que significa aquel *non parce etiam in inferiora descendere*, por oposicion al *copiosius in superiora profluxit*.

(1) Serm. 2.

(2) Serm. 3.

didas á aquel Apóstol, se comuniquen tambien á todos los Romanos Pontífices. ¿ Pero de qué sirven los ratiocinios cuando el mismo San Leon dirime la controversia manifiesta y definitivamente, diciendo que la solidez de la piedra se comunica á todos los sucesores de Pedro? *Subjungit se ad rationem solemnitate nostræ, non solum apostolica, sed etiam episcopalis beatissimi dignitas Petri, qui sedi suæ præesse non desinit, et indeficiens obtinet cum æterno sacerdote consortium: soliditas enim illa, quam de petra Christo ipse, petra factus, accepit, IN SUOS ETIAM SE TRANSFUNDIT HÆREDES* (1). Señores, tendríamos que dudar de vuestra racionalidad si no os supusiéramos capaces de entender estas últimas palabras en que se dice que el Romano Pontífice tiene su estabilidad trasmitida por San Pedro. ¿ Y que otra estabilidad sino la estabilidad en la fé? No se habla aquí de otra; luego no de otra debe entenderse.

7. Si San Leon atribuye tan clara y definitivamente á San Pedro *pedra* una firmeza inexpugnable; no menos claramente se la da San Gregorio, que de la firmeza de Pedro concluye la estabilidad de la misma Iglesia, y que aun reconoce á la Iglesia como fundada en la misma solidez de San Pedro cuando dice á Eulogio: *Quis nesciat sanctam Ecclesiam in Apostolorum principis soliditate firmatam, qui firmitatem mentis traxit in nomine, ut Petrus á petra vocaretur* (2)? Esto es, en tanto fué llamado el Príncipe de los Apóstoles *Pedro*, en cuanto hubo de Cristo la estable solidez de *pedra*, es decir, la firmeza en la fé, *firmitatem mentis*. Considera pues el Santo Pontífice establecida la Iglesia no igualmente sobre todos los demas Apóstoles, no sobre la fé que confesó San Pedro tomada en abstracto, ni sobre él mirado solamente como persona privada, sino sobre su invencible fortaleza y estabilidad en la misma fé considerado como Príncipe y cabeza de todo el colegio Apostólico, y de consiguiente de toda la Iglesia. Y para que no puedan nuestros *ilustrados* teólogos *instantiam dare, et novum sensum invenire*, no sirva de incomodidad el hacer aquí un ex-

(1) *Serm. 4.*(2) *Lib. 6. Ep. 37.*

tracto genuino de esta carta. Eulogio, Obispo de Alejandría, habia escrito á San Gregorio elogiando extraordinariamente la Cátedra de San Pedro, como que goza una perpétua asistencia de este Apóstol, y ensalzando las glorias de la misma trasmitidas á sus sucesores. El humilde Pontífice le responde declarándose indigno, si, de ocupar una silla tan gloriosa, mas no contradiciendo por eso cuanto habia afirmado Eulogio de Pedro y de sus sucesores, antes bien lo confirma todo, no por el honor que de ello le resultaba, sino tanto por la gloria del mismo Obispo de Alejandría que tambien habia merecido subir á la Cátedra de San Pedro (1), como por la de toda la Iglesia que está fundada sobre su solidez: de donde se sigue que cuanto mas noble y firme es el fundamento, tanto mas hermoso y estable es el edificio. *Cum me specialis honor nullo modo delectet, valde tamen lætatus sum, quia vos sanctissimi, quod mihi impendistis vobismetipsis dedistis. Quis enim nesciat sanctam Ecclesiam in Apostolorum Principis soliditate firmatam, qui firmitatem mentis traxit in nomine, ut Petrus à petra vocaretur? Itaque cum multi sint Apostoli; pro ipso tamen principatu sola Apostolorum Principis sedes in auctoritate convuluit.* ¿Y que quiere decir San Gregorio, cuando

(1) Llama San Gregorio Silla de San Pedro á la de Alejandría; no porque (como los contrarios dicen tambien de todos los Obispos en general, sin exceptuar al Pontífice) *Petrus in ipsorum sedibus vivens et præsidens præstet quærentibus veritatem, dum non respondent* (Episcopi) *nisi fidei veritatem à Petro traditam*, como interpreta Ops-traet el dicho del Crisólogo á Eutiques: *Beatus Petrus, qui in propria sede vivit et præsidet, præstat quærentibus fidei veritatem*, y porque así son de consiguiente todas las sillas particulares una sola silla de Pedro; sino porque manifestó San Pedro á la de Alejandría alguna predileccion, en el hecho de mandar á su discípulo San Marcos á fundarla y dirigirla. En efecto así lo explica el mismo San Gregorio en la Epist. 60 del lib. 6.º al mismo Eulogio, donde *est aliquid*, dice, *quod nos erga Alexandrinam Ecclesiam quadam peculiaritate constringit, et in ejus amore proniores existere speciali quodammodo lege compellit. Nam sicut omnibus liquet, quod beatus evangelista Marcus à Sancto Petro Apostolo magistro suo Alexandriam sit transmissus, sic hujus nos magistri, et discipuli unitate constringimur*: y por eso aquella Iglesia se llama tambien apostólica, porque fué fundada por el discípulo de un Apóstol.

dice: *Ecclesiam firmatam in Apostolorum Principis soliditate*? Si su intento no es asegurar, que la Iglesia es tan estable cuanto lo es Pedro, y aún que la estabilidad de la Iglesia depende de algun modo de la estabilidad de Pedro, sin razon apela al comun sentir, *quis enim nesciat* &c. Porque si no fuese este el sentido que quiso dar San Gregorio á aquella expresion, no sería el verdadero sentido literal. Pero alegando él por prueba la opinion comun, necesitaba explicarse de modo que todos le entendiesen, para que se pudiese conocer si la opinion á que apela, suponiéndola universal, lo era ó no lo era realmente. Luego no podia menos de explicarse en sentido literal. No siendo así ¿de qué serviria el argumento de Gregorio, si Eulogio, los demas Obispos, y en una palabra, todos los fieles se habian de ver obligados á recurrir á mil excepciones, y apelar á mil obscurisimas interpretaciones de aquella expresion, para conocer lo que queria decir en ella? Y ademas, el que negase aquella proposicion del Santo Doctor, ¿no intentaria negarla en un sentido literal? Luego en este sentido debia entenderla Gregorio; de otra manera no todos le hubieran comprendido. Si dijésemos á nuestros contrarios: todo el orbe católico sabe que la Iglesia está fundada en la solidez de San Pedro ¿qué harian ellos sino alegar todas las razones con que pretenden probar que Pedro no ha conseguido como cabeza y fundamento el privilegio de una firmeza absoluta; y decir que la Iglesia no tiene de Pedro sino de Cristo su estable subsistencia? *Unicum est fundamentum primum ac principale*, responderian con Opstraet, *quod est Christus Jesus, á quo fundamenta cætera, totumque adeo ædificium omnem suam accipiunt firmitatem* (1). Harian ver pues que tomaban la referida proposicion en su sentido literal. ¿Y por qué no debian tomarla tambien así los Obispos y fieles de aquel tiempo habiendo sido pronunciada por San Gregorio? ¿Por qué no la entienden así en este Padre los contrarios?

8. Pero ellos, *novum sensum invenientes*, responden que se puede decir, que la Iglesia está fundada sobre la solidez de San Pedro, entendiéndose por esta solidez la constancia y fir-

(1) *Diss. 5. quæst. 4. de Sum. Pont. §. 3. Resp. ad 4. object.*

meza con que Pedro inspirado por Dios se elevó sobre el común sentir de los hombres, reconociendo y confesando la divinidad de Cristo. Esta firmeza, dicen, comunicada por San Pedro á los demas Apóstoles, y de este modo á toda la Iglesia, solo con la predicacion y con el ejemplo, se puede decir que constituye en este sentido, á saber, *ejemplarmente*, el verdadero fundamento de la Iglesia Católica, porque la misma Iglesia debe tener y tiene con la misma firmeza la misma fé. Pero ¿quién no vé que ademas de no ser este el sentido natural de la proposicion de Gregorio, es aun ageno de todo el contextó de la carta? Contiene esta las excelencias, no personales de Pedro sino de su silla, en la cual vive él en sus sucesores, y por lo tanto de los sucesores mismos, cuya gloria es la de toda la Iglesia: *Quod mihi impendistis vobismetipsis dedistis*. Esto supuesto, el ejemplo solo que daba San Pedro no podia formar la base de todas las prerogativas de su Cátedra, pues terminó con él, y de consiguiente no pudo continuar aquella comunicacion de excelencias de que habla aquí Gregorio, entre la Iglesia y la Silla, ó sea entre la Iglesia y los sucesores de Pedro. Supongamos que ratiocinase de este modo el Santo Pontífice: vive San Pedro en sus sucesores: cuanto mas se ensalzen estos, tanto mayor es la gloria que redundá á la Iglesia, porque de la predicacion y ejemplo de este Apóstol que vive en sus sucesores, aprende ella con cuanta firmeza deba publicar la divinidad de Jesucristo, y se ve excitada á imitarle. ¿Qué razon de fundamento daría para probar que resultaba alguna gloria á la Iglesia del ensalzamiento de los sucesores de Pedro? Si los romanos Pontífices no son lo que fué San Pedro, nada vale el argumento, y si lo son, serán tan estables como él en la fé. Si tal fué San Pedro con respecto á los demas Apóstoles, que aprendieron de su predicacion y ejemplo á publicar la divinidad de Jesucristo; luego tenian necesidad de que los excitase. ¿Pues cómo se puede decir (segun afirma el autor de las *Instrucciones* sobre la Santa Sede (1), y con él únanimente todos nuestros contrarios) que Pedro hizo aquella ilustre confesion á nombre de todo el colegio Apostólico, y que

(1) *Cap. 12.*

ya estaban todos los Apóstoles «animados de un solo espíritu y sentimiento con Pedro?» Todavía mas: si tal fué Pedro, y por esta razon se funda la Iglesia en su solidez; luego lo mismo se podrá decir de los Santos mártires que han dado pruebas de una fortaleza heróica, y trajeron con su ejemplo innumerables gentes á la Iglesia, confirmando al mismo tiempo á los que eran sus hijos: se podrá decir, repito, que *in eorum soliditate firmata sit Ecclesia*. Finalmente si tal fué Pedro, lo fué en el acto de confesar la divinidad del Mesías: mas la solidez en que está afianzada la Iglesia, es un privilegio concedido á Pedro en premio de su confesion, cuando Cristo le puso el nombre metafórico de Pedro: *Firmitatem mentis traxit in nomine, ut Petrus á petra vocaretur*; y este nombre se le puso como premio, segun dice el mismo Tamburini: conclúyase pues que el solo ejemplo de Pedro en aquella su confesion de fé, no es el fundamento estable en que dice San Gregorio que se apoya firmemente la Iglesia: esto es, que no está establecida sobre la solidez con que Pedro confesó la divinidad de Cristo, sino sobre la que Cristo le dió despues de esta confesion y en premio de ella. Pero esta solidez consiguiente, es un don y privilegio tan duradero en Pedro como su primacia: luego es una prerogativa real, que se transmite á todos sus sucesores, y contribuye á la firme subsistencia de la Iglesia, del mismo modo que contribuye el primado á la conservacion del plan formado por Dios para el gobierno de la misma Iglesia. En esta suposicion solamente podia reconocer San Gregorio como suya la solidez de San Pedro, y la reconoció en efecto tomando por asunto el demostrar, que quanto Eulogio habia escrito acerca de él era igualmente glorioso á todos los Obispos y á la Iglesia, á saber que tiene por apoyo esta solidez, la cual debia ser de consiguiente comun á unos y otros, como fundamento de prerogativas comunes.

9. Acasó nos hará ahora Opstraet la reconvenicion que ya nos hizo otra vez con respecto á la literal exposicion de otro pasage del mismo Santo Padre (1): *Frivolum et ineptum esse laborem, quo quidam similes voculas captant, et undique coa-*

(1) Diss. 5, quæst. 4, resp. ad 3. object. ex Summis Pont.

cervant, ac deinde volunt eas in rigore grammatico, et metaphysica quadam generalitate intelligi; ut vel sic aliquid pro infallibilitate pontificia inde exculpent. Pero no usamos aquí del fastidioso rigor de los gramáticos, los cuales ligán de tal modo las sentencias á los vocablos que las hacen depender esencialmente de algunas inflexiones y modos de significar, de la mutación de los casos, de la variedad de los tiempos, de los modos y de las personas, y de un orden fijo de construir. Y aun confieso yo también que pudiendo no observarse escrupulosamente tantas y tan minuciosas reglas, ó por inadvertencia de los escritores, ó por inexactitud de los tipógrafos, no se puede ni se debe tal vez formar de aquí un argumento racional para determinar con seguridad el sentido que se propone un autor. Los defensores del Vaticano no se han educado en la escuela de los Priscianos, Diomedes, Focas y Beroaldi, que miden por la regla de la gramática el mérito de las mas insignes producciones del entendimiento humano, y hacen consistir en ella la fuerza de las razones. Reconvéngase á sí mismo mas bien Opstraet por esta servidumbre gramatical, cuando tratándose de argüir contra el Pontífice, pesa con el mayor rigor cualquiera expresión. ¿No explica con la severidad de un gramático el verbo *confirmare* que usa S. Leon en su epístola á Teodoreto (1), donde dice que *quæ fides prius docuerat, hæc postea examinatio confirmavit*; para inferir como verdadero gramático: *censebat ergo* (San Leon) *ea quæ fidei esse definierat* (en su carta á Flaviano) *examinari adhuc posse* (por el concilio), *et examinatione confirmari*? ¿Y no es una sutileza puramente gramatical el tomar como él toma aquellas palabras de Leon IX *creditur fides Petri non defectura in throno illius* por una piadosa confianza nada mas, porque el creer no es asegurar absolutamente? ¿No llama en su auxilio la mas servil gramática, para interpretar á su favor estas palabras de Santo Tomas: *principaliter residet (universalis Ecclesiæ auctoritas) in summo Pontifice*, deduciendo de aquí que el Santo Doctor, *si summum Pontificem, in determinandis iis, quæ sunt fidei, credidisset infallibilem...., dicere debuisset non tantum principaliter, sed*

(1) *Epist. 120.*

et totaliter (1)? Y no hace lo mismo con el adverbio *finaliter* que usa el mismo Padre cuando dice que el Pontífice tiene la autoridad de dar en las controversias de fé el último fallo, del cual por lo tanto no se puede apelar: *Ad ejus auctoritatem pertinet finaliter determinare ea, quæ sunt fidei*: concluyendo que: *Cum ad summi Pontificis auctoritatem dicit pertinere ea, quæ sunt fidei, determinare finaliter, satis significat ea jam ante determinata quidem esse à synodo generali auctoritate universalis Ecclesiæ, sed determinanda adhuc finaliter ex auctoritate summi Pontificis, ad quam solam pertinet ea, quæ à synodo generali determinata sunt, promulgare et proponere* (2)? De consiguiente hace depender toda su causa de algunas expresiones interpretadas gramaticalmente contra el sentido de todo el contexto, como se verá despues mas claramente; y luego nos echa en cara que nos atenemos servilmente al rigor gramatical, siendo así que en todas nuestras interpretaciones recurrimos mas bien á la ermenéutica que á la escuela de Palemon. No querria mas ciertamente un Daleo, para destruir toda la autoridad de los Padres, que el que consistiese su doctrina ora en el sentido literal, ora en las mas sutiles y sofisticas interpretaciones, segun lo exijan las opiniones que se han adoptado ya, ó para encontrar con que corroborarlas, ó para no ser rebatidas.

CAPITULO IV.

Se examina la oracion de Cristo: Ego rogavi, &c.

1. Puesto en claro, como confio haberlo hecho, el sentido metafórico de la voz *Piedra*, y habiendo probado contra los sofismas de los contrarios lo que quiso decir Cristo cuando aplicó á Pedro aquella voz, no será difícil demostrar que así como esta *Piedra* es el fundamento sobre que se apoya y levanta el edificio de la Iglesia, así la significacion que la hemos dado es el fundamento y el punto de donde se debe partir para fijar el verdadero sentido y católica inteligencia de las promesas que hizo

(1) *Quæst.* 4, pag. 289 de *Summo Pont.*

(2) *Ibi.*

á la Iglesia su divino fundador. Dijo el Señor á sus Apóstoles: *ego vobiscum sum usque ad consummationem sæculi*: llamó á su Iglesia *columnam et firmamentum veritatis*: dijo que contra ella *portæ inferi non prævalebunt*. ¿Y cómo se deben entender y explicar católicamente, supuesto todo lo que hemos demostrado de la infalibilidad de Pedro, estas magníficas promesas hechas por Cristo á los Apóstoles y á la Iglesia? Antes de todo, no se puede dudar que en ellas miró siempre Cristo la Iglesia en orden á su fundacion: *super hanc Petram*. Y mientras el edificio esté unido á su fundamento, y unida la columna con su pedestal, ni este ni aquella se arruinarán jamas. Y una vez que Cristo se comprometió á tener siempre unidos con su base al uno y á la otra, aseguró una perpétua subsistencia al edificio y á la columna; y lo mismo es decir: no se arruinará la fábrica, no se caerá la columna, que decir: jamas se separarán de los fundamentos. Ahora bien, el fundamento y el pedestal es Pedro, de quien por las promesas de Dios estamos seguros que no podrán separar á la Iglesia ni la furia de las heregías, ni la malicia de los hombres, ni el poder del infierno: y la Iglesia es el edificio y la columna que comprende esencialmente al mismo Pedro como ya lo habemos demostrado, y como lo infiere San Ambrosio de la declaracion de Cristo: *Tu es Petrus &c.* diciendo: *ubi ergo Petrus, ibi Ecclesia*, y al contrario *non ibi Ecclesia, ubi non sit Petrus*. Es este tan necesario á la perfeccion del maravilloso edificio de la Iglesia, que siempre que esta se nombra, sería una contradiccion manifesta el suponer excluido á San Pedro: lo que de consiguiente se debe entender tambien en todas las promesas que alegan los novadores como hechas á la Iglesia. Estas promesas las dirigió Cristo á la Iglesia en su integridad, que le faltaria, si no se comprendiese en ella su cabeza y fundamento: de modo que el argumento que intentan formar los contrarios de aquellas promesas contra las prerogativas de Pedro, no impide que tengamos siempre que examinar si deberian y podrian verificarse en la Iglesia separada de Pedro; y por consecuencia, conservándose unida que influjo recibía de Pedro en fuerza de su primado. La promesa con que Cristo juró asistir perpétuamente á los Apóstoles y á sus sucesores, es decir á toda la Iglesia: *Ego vobiscum sum usque ad consumma-*

tionem sæculi, en nada favorece tampoco á los novadores, por ser posterior á la eleccion de Pedro para *pedra*, y de consiguiente á la manifestacion de la forma que Cristo quiso dar á la Iglesia, esto es, posterior á la institucion del centro, á que deben estar inmóvilmente unidos todos los Pastores para conservar la unidad de la fé. Cristo pues está perpétuamente con sus discípulos, cuando hace que esten perpétuamente unidos con su centro: y he aquí con cuanta facilidad se concilian todos los pasages, que con aire de triunfo, nos oponen los contrarios, con la absoluta infalibilidad de San Pedro. Es este un privilegio tan inseparable de él como el mismo primado; y aun tampoco se podria demostrar el verdadero primado de jurisdiccion, negándole la infalibilidad, como hemos probado hasta la evidencia explicando la metáfora de *Piedra*, y como se demuestrá con la misma claridad por la oracion que hizo el Salvador especialmente en favor de Pedro: *Ego rogavi pro te, ut non deficiat fides tua*, unida al precepto de confirmar á sus hermanos en la misma fé: *Et tu aliquando conversus confirma fratres tuos* (1).

2. Como esta súplica unida al precepto de confirmar á los demas en la fé católica es un testimonio convincente de la infalibilidad Pontificia, ejercita mucho las plumas de nuestros contrarios, obligándoles á recurrir á los sofismas mas artificiosos. Pretende Le-Gros que aquí solo se concede á Pedro un privilegio personal, que es la perseverancia final no aneja á la primacia; y alega para probarlo las razones siguientes: 1.^a Launoy cita 43 Padres que explican el efecto de esta oracion por la perseverancia final; y no hay alguno que sostenga haberse dado tambien esta gracia á todos los Romanos Pontífices: 2.^a Todavía no era Pedro cabeza de la Iglesia: 3.^a *Hæc verba non impediunt quominus beatus Petrus Christum negaret*: 4.^a Si aquellas palabras deben referirse á los sucesores de Pedro, deben verificarse en ellos las mismas caidas, para que *conversi confirmant fratres suos*, como cosa necesaria en la Iglesia, dice Belarmino, en el caso de que se quiera referir á ella el efecto de la súplica y el precepto: 5.^a Finalmente, porque antes del

(1) *Luc. 22, 32.*

Gaetano ningún Padre ni teólogo infirió de este pasage semejante prerogativa Pontificia. Estos son los fundamentos en que apoya el autor su proposicion: examinaremos la fuerza que tienen, haciendo primero una breve pero fiel exposicion de las circunstancias en que dijo Jesucristo aquellas palabras.

3. Se hallaba San Pedro con los demas Apóstoles en el Cenáculo, y estaban disputando sobre la preeminencia. Quiso el divino Maestro reprimir la soberbia de todos ellos, reprobando el fausto de los Príncipes de las naciones, cuya grandeza y dominio emulaban los discípulos, y manifestándoles la diferencia esencial entre las prerogativas del que habia de ser el primero entre ellos, y las de los Soberanos temporales. Llevan estos la espada para terror de sus súbditos, y les basta la fuerza para que el temor y la adulacion los proclame *benéficos*; cuando el mayor entre sus Apóstoles deberá reputarse por el último de todos, y de Príncipe que es, mostrarse tanto en su concepto propio como en su ministerio cual un siervo que se consagra totalmente no á su propia utilidad sino á la de los demas: alegando en confirmacion su ejemplo, que si bien era Señor del universo, estaba como un criado sirviéndoles á ellos. Despues de este discurso general en que habló con todos los discípulos (a) volvió Cristo la palabra directamente á Pedro, y le habló de esta manera: *Simón, Simón, ecce Satanas expetivit vos, ut cribraret sicut triticum: ego autem rogavi pro te, ut non deficiat fides tua, et tu aliquando conversus confirma fratres tuos*. La obligacion pues que aquí se impone á Pedro, manifesta que es la cabeza en la presidencia de los demas, y en cierto modo un siervo en el ministerio que les debia

(a) La conexion de todo este discurso prueba cuan errados van contra su sencillez los que pretenden haber rogado Cristo tambien en este lugar por los demas Apóstoles. Así piensan los modernos *despreocupados*, y así tambien en una nota al pie de página de la Edicion Ertziana de la Sagrada Escritura sobre este pasage se añaden á las palabras *ut non deficiat fides tua* estas otras *aliorumque Apostolorum*, porque *Christus rogavit ut non deficeret fides Apostolorum* (pretendiendo que así lo entendió el Mártir San Ignacio). Es verdad que Cristo rogó por ellos, pero no en este lugar, ó si tambien rogó aquí por todos lo hizo especialmente por Pedro, á quien como cabeza, comparándole con los Reyes de los gentiles, se ve que le dirigió el discurso.

prestar por mandado de Dios. Que la obligacion que se le impone de afirmar la fé de sus hermanos demuestre que es la cabeza, es una cosa evidente, porque el confirmar en la fé y el *apacentar* son una mismísima cosa: y deduciéndose del oficio de *apacentar* la primacia, se debe inferir esta tambien del precepto de *confirmar*, puesto que tanto el oficio de *apacentar* como el de *confirmar* suponen en las ovejas y en los hermanos la precisa obligacion de obedecer. Ni aun el mismo Tamburini lo niega, pues reconoce positivamente que «este cargo de confirmar á los hermanos nos da la idea de un verdadero primado.» (1) Y como el *apacentar* es un verdadero servicio que se hace á quien se *apacienta*, así lo será tambien el *confirmar*. He aquí en consecuencia la oposicion entre los Príncipes del siglo y el Príncipe de la Iglesia; y he aquí el orden y la conveniencia de toda aquella instruccion de Cristo: cuyo orden no se halla en la exposicion de los contrarios, como cualquiera puede verlo por sí mismo. Por aquí se conoce, al instante la ninguna fuerza que tiene cuanto nos objeta Le-Gros: á saber, que cuando Cristo rogó por Pedro y le impuso el precepto, no era todavía cabeza de la Iglesia. ¿No ve que aunque se quisiese suponer que el Salvador no habia declarado todavía la primacia de San Pedro, se declararia suficientemente por este mismo pasage? Ademas de esto se debe observar que cuando comprende Cristo á todos los Apóstoles en su discurso, usa siempre del *vos, vobis*, y no del singular *tu, tibi &c.*, para que distingamos cuando habla solamente á Pedro y de Pedro, y cuando á todos y de todos los discípulos. Por esto en aquella parte del discurso en que predice la tentacion que habian de padecer todos los Apóstoles y tambien Pedro, á quien no podia favorecer su primado en aquella tempestad, pues se hallaba en igual situacion que todos los demas; aunque manifiesta dirigirle á él principalmente el discurso, usando el vocativo *Simon*, con todo da á conocer que habla indistintamente con todos empleando el pronombre *vos: Simon, Simon, Satanas expetivit vos*. Pero cuando se habla de cosas que interesando al primado de Pedro, tocan solamente á Pedro, y por lo mismo solo

(1) *Vera idea*, p. 2, c. 1, §. 5.º

de Pedro deben entenderse, como eran justamente la súplica para que no faltase su fé, y el mandato de confirmar en ella á sus hermanos; nunca usa el *vós*, sino el *te*, el *tu*, y el *tua*: *rogavi pro te, ut non deficiat fides tua, et tu aliquando conversus confirma fratres tuos*. Conque ó es inútil y aun engañosa esta sustitucion, porque en un discurso tan corto nos presenta diversas consideraciones donde no las hay, ó debemos decir que si en la tentacion no hacia Cristo diferencia ninguna entre Pedro y los demás Apóstoles, le miraba como cabeza en la súplica y en el precepto que le imponia.

4. Si por no ser todavía cabeza actual se pudiese inferir generalmente que no rogó Cristo por él como cabeza, ni como á cabeza le mandó confirmar á sus hermanos, no habria seguramente ningun argumento en la Escritura con que se pudiese probar la efectiva institucion de la primacia de San Pedro. En efecto, ¿quién podrá negarnos segun el principio de nuestro autor, este argumento? No era cabeza cuando se le dijo, *Tu es Petrus... tibi dabo claves regni cælorum*; tampoco lo era cuando Cristo pagó el tributo por él, &c.: luego ninguno de estos pasages demuestra eficazmente su primado. Lo único que podria alegar nuestro contrario para no culparle por esta consecuencia que le declararia definitivamente acatólico, es que cuando Cristo dió á Pedro el nombre de *pedra* le eligió para fundamento; y en los otros lugares le declara por tal, si bien no debia tomar posesion actual de su primacia, hasta que subiese de este mundo al Padre el fundamento y cabeza primaria. Pero cabalmente es este un nuevo argumento con que se refuta victoriosamente su asercion, á saber que no era Pedro cabeza de la Iglesia cuando Cristo rogó por él, y le impuso el precepto. Porque si en los lugares que hemos citado declaró Cristo que ya estaba Pedro elegido para cabeza de la Iglesia, ¿por qué no se podrá y deberá decirse que rogando Cristo para que no faltase en Pedro la fé, y dándole el cargo de confirmar á sus hermanos, declaró abiertamente haberle elegido ya por presidente de su Iglesia? Aunque no le hubiese elegido antes, ¿no se contiene su eleccion en esta oracion y en este precepto; y no se publica suficientemente? No hay duda; porque entre otros muchos lugares tambien alegan este nuestros mismos opositores, y entre ellos, como hemos dicho arri-

ba, el mismo Tamburini, como una fuerte prueba del primado de San Pedro. Mas la vigilancia que se le impuso al Apóstol sobre la fé de sus hermanos, como era un acto primacial de autoridad, no debia tener efecto, sino despues de haber conseguido realmente la primacia; y por esta razon no se miraba allí Pedro como cabeza actual, sino como destinado para ejercer las funciones de tal en otro tiempo.

5. De esto se sigue como consecuencia inmediata, que la caída de Pedro en nada perjudica á la interpretacion que damos á esta súplica. Una vez que se afirma que es un derecho de la primacia, ó por mejor decir una obligacion de la cabeza el confirmar á los demas en la fé, es indudable que no se debe ejercer este derecho ni cumplir con aquella obligacion sino cuando la persona elegida esté ya realmente puesta en posesion de su primado con todos los privilegios y cargos anejos. Pues bien; no habiendo tomado Pedro posesion antes de su caída de la primacia de autoridad que se le habia conferido, es decir, no teniendo todavía la obligacion, ni de consiguiente el derecho de confirmar á sus hermanos en la fé, tampoco era forzoso que hubiese conseguido el don de infalibilidad como fundamento de aquel derecho, sino que lo conseguiria cuando entrase en posesion del derecho mismo. No se pueden separar en este lugar una cosa de otra, quiero decir el fin de la súplica de Cristo ó sea la indeficiencia de la fé de Pedro, y el derecho que se le dió de confirmar á sus hermanos. Efectivamente Cristo rogó para que no faltase la fé de aquel á quien en consecuencia de su ruego impuso el precepto de confirmar á sus hermanos: este precepto lo impuso á Pedro; luego rogó por Pedro: allí le consideró cual cabeza de toda la Iglesia, como indica el precepto *confirma*; luego rogó por la cabeza de la Iglesia. Así pues no era necesario que la súplica tuviese por fuerza su efecto antes que Pedro fuese cabeza actual, es decir, antes que debiese confirmar á sus hermanos.

6. Aunque Cristo contempló entonces la cabeza de la Iglesia en la persona de Pedro; todavía siguiendo á la tradicion conviene que veamos un doble efecto de esta oracion, correspondiente á las dos relaciones que habia en Pedro de persona privada y de cabeza futura. Considerado Pedro bajo el primer respecto obtuvo la indeficiencia en la fé, ó sea la perseverancia final;

y bajo el segundo la absoluta infalibilidad: y he aquí el sentido en que deben tomarse los testimonios de los Padres que dicen que por aquellas palabras se concedió á Pedro el don de la perseverancia. Lo consiguió en efecto á pesar de haber negado á Cristo tres veces, porque no por eso perdió totalmente la fé, como dice el Crisóstomo: *Non omnino Petri fides interior evanuit* (1), sino que conservó interiormente la semilla y la raíz, aunque con sus negaciones se cayeron las hojas, como se explica Teofilacto: *Quamvis brevi tempore concutiendus sis, habes tamen recondita fidei semina: ut etiamsi folia abjecerit spiritus invadentis, radix tamen vivat, et non deficiat fides tua* (2). También obtuvo un privilegio especial como primado cuando se le dió la primacía, habiendo sido nominalmente escogido entre todos en una causa comun á todos, como observa sabiamente San Leon: *Commune erat omnibus Apostolis periculum de tentatione formidinis; et tamen specialis á Domino Petri cura suscipitur, et pro fide Petri proprie supplicatur, tamquam aliorum status certior sit futurus, si mens principis victa non fuerit. In Petro ergo omnium fortitudo munitur* (3). De aquí es que los Padres, segun las circunstancias y los diversos fines con que escribian, interpretan aquel texto ya de una manera ya de otra, siendo entrambos significados naturales y sumamente verdaderos. Así lo hace por ejemplo Teofilacto, que entendiendo en el lugar arriba citado que se le dió á Pedro con aquella súplica la indeficiencia en la fé, solo considera su persona privada, y poco despues le considera como cabeza de la Iglesia, haciendo que Cristo hable á Pedro de este modo: *Quia te habeo ut principem discipulorum, confirma cæteros: hoc enim te decet, qui post me Ecclesiæ petra es et fundamentum*. (4). Sería necesario ser enteramente forastero en el estudio de la sagrada Escritura para ignorar los muchos sentidos que tiene, y de aquí las muchas interpretaciones que de ella nos presentan con frecuencia los Padres. Si nuestro Le-Gros hubiera examinado los varios modos

(1) *Hom. 3. in Matth.*

(2) *In c. 22. Lucæ.*

(3) *Serm. 3. in anniv. assumpt. suæ.*

(4) *Loc. cit.*

con que se interpretan las palabras *super hanc petram*, hubiera visto que no solamente se podrian citar 43 Padres sino casi todos los que abraza la tradicion, los cuales interpretan por aquella piedra á Cristo y á la fé de Pedro. ¿Y qué deberemos inferir de aquí? ¿que aquellos Padres excluyen la persona de Pedro? Tan falsa es esta ilacion como sería el decir: todos los hombres aseguran que el sol alumbra, pero no todos dicen que calienta; luego segun su opinion no calienta. Cuando no se contradicen las explicaciones, no excluye una necesariamente á otra, así como la luz no excluye el calor. Por otra parte es falsísima la exageracion de Launoy con respecto á los 43 Padres; porque ó todos ó casi todos hacen ya la una ya la otra exposicion: con la diferencia de que los que aplican la metáfora á la persona de Pedro, no siempre hacen mencion de la fé que profesó; cuando los Padres que la aplican á la fé que profesó Pedro, dicen tambien que se indica principalmente su persona, lo que se demuestra por extenso en la vida de este Apóstol que escribió el Ilmo. Sr. Ab. Cuccagni, y en la obra del Emo. Gerdil contra Eybel, en defensa del Breve Pontificio en que se condena el folleto: *Quid est Papa?*

7. Pero ya oigo que me responde: los Padres anteriores al Gaetano limitan solo al privilegio personal de la perseverancia final el efecto de la oracion de Cristo; luego excluyen el otro. Poco á poco, Señor mio, no sea usted tan fácil en aventurar una proposicion tan universal. Ademas del texto de San Leon que he referido, le espero á usted en el capítulo siguiente donde hallará citados algunos que infieren tan claramente de esta súplica y de este precepto la infalibilidad de San Pedro como primado, que desmentirán aquel candor y saber de que usted se gloria. Aquí solo le digo á usted con Belarmino, que si el divino Redentor pidió solamente la perseverancia final para Pedro, era supérflua esta peticion porque estaba duplicada, pues se comprendia Pedro en el número de los demas Apóstoles, por cuya perseverancia pidió expresamente en una misma ocasion: *Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi.... cum essem cum eis, ego servabam eos in nomine tuo.... nunc autem ad te venio: non rogo ut tollas eos de mundo, sed ut serves eos á malo* (1). ¿Podia

(1) *Joann.* 17. 11, 12.

orar con mas fervor? ¿Serían vanos sus votos para con su eterno Padre, diciéndonos él mismo que siempre le oye? Y si no fueron vanos, luego alcanzaria la perseverancia final para sus Apóstoles, excepto el hijo de perdicion que allí mismo nombra. Y si se la alcanzó, ¿por qué pedia especialmente por Pedro? ¿Era eficaz para los otros y no para él la otra oracion? Conque es preciso admitir que tuvo otro fin esta súplica. ¿Y cuál habia de ser sino el que explica la imposicion del precepto *confirma fratres*? Finalmente, respóndase si se puede á este argumento. Allí rogó Cristo por todos, porque era comun el peligro: *Satan expetivit vos*; luego todos debian participar de aquel beneficio. Luego cuando se dirigió el discurso individualmente á Pedro: *Ego autem rogavi pro te*, imponiéndole el precepto *confirma fratres*, le dió un privilegio en beneficio de los demás. Y como los privilegios para beneficio universal son en San Pedro precisamente los primaciales, se sigue que el efecto de la oracion es un privilegio primacial. Pero se dirá: ¿cómo puede ser de este modo comun á todos el beneficio? ¿Cómo? Porque así puede San Pedro confirmar á los hermanos sin temor de errar, y porque todos pueden encontrar su seguridad en él, esto es, en su doctrina. Así nos lo dice bien claro San Leon: *In Petro ergo omnium fortitudo munitur, et divinæ gratiæ ita ordinatur auxilium, ut firmitas quæ per Christum Petro tribuitur, per Petrum Apostolis conferatur* (1). Concedamos pues á los contrarios que Cristo rogó por todos, porque todos lo necesitaban. Cabalmente por esto mismo rogó por Pedro, cabeza y sostenedor de todos, y no por su perseverancia personal solamente; porque rogando así por él, rogó por el sosten y seguridad de todos. ¿Se tiene acaso por imaginario este otro efecto, ademas de la indeficiencia en la fé, porque todo se comprende en esta, ni se puede concebir como el mismo *non deficiat fides tua* signifique y confiera la referida indeficiencia, y despues signifique y prometa solamente haber de conferirse la infalibilidad en otro tiempo? Si se tiene por quimérica esta doble relacion, tambien será quimérica la otra igualmente do-

(1) *Loc. cit.*

ble relacion de la metáfora piedra; puesto que, como dice claramente San Leon, causa en Pedro dos efectos : uno: hacerle estable en la fé cuando negó á Cristo exteriormente: *Firmitatem standi* (así dirige á Pedro mismo la palabra) *ipso cadendi periculo recepit* (1); y otro constituirle como piedra inmóvil tambien en la profesion exterior despues de la caida: *Cito in soliditatem suam rediit petra, tantam recipiens fortitudinem, ut quod tunc in Christi expaverat passione, in suo postea supplicio non timeret* (2). Conque Pedro estuvo firme en la fé, así cuando negó exteriormente á su Maestro, como cuando le confesó á la faz del universo: y tanto en un caso como en otro obtuvo la firmeza de piedra. Pero en el primero tuvo solamente la indeficiencia interior, en el segundo se le añadió tambien la exterior. Luego el ser de piedra tenia en Pedro dos relaciones, una interna y otra externa, la primera de las cuales se verificó sin la segunda. Luego aquella metáfora significaba en Pedro dos privilegios; uno que se le confirió al imponerle este nombre, y esta es la indeficiencia interna; y otro, conviene á saber, la constancia en la profesion exterior, ó sea la indeficiencia externa, el cual se le prometió solamente. Así pues, el *non deficiat fides tua* se refiere á la persona de Pedro, y he aquí la indeficiencia interna, y se refiere tambien á su dignidad primacial; cuando tenga que confirmar á sus hermanos; y he aquí la infalibilidad, la cual no es otra cosa que la misma indeficiencia de fé en el oficio de confirmar á sus hermanos, ó sea en las decisiones públicas; de modo que no faltará la fé de Pedro aunque niegue exteriormente á Cristo, ni tampoco faltará cuando confirme á los demas. Hubo esta indeficiencia, considerada bajo el primer respecto cuando se verificó la negacion exterior, pero considerada bajo el segundo no puede conciliarse con una errónea definicion pública; porque entonces se verificaría que *deficeret* cuando confirmaba: y así como en el primer respecto hubo indeficiencia interna sin la externa, así en el segundo podrá darse la externa sin la interna, pues tiene un objeto solamente

(1) *Serm. 11, de pass. Dom.*(2) *Ibi.*

externo cual es el confirmar: de donde se sigue que puede un Papa caer en la heregía considerado como persona privada; aunque nunca pueda ser herege en sus decisiones públicas, como demostraremos despues mas por extenso. Convénzannos ahora si pueden los contrarios de soñadores y forjadores de quiméricas interpretaciones, cuando sostenemos que tuvo dos efectos la súplica de Cristo, segun los dos aspectos bajo los cuales se mira San Pedro.

8. Pero si la oracion de Cristo, dicen ellos, se debe referir á Pedro como cabeza de la Iglesia, ¿ no se sigue que la cabeza de la Iglesia debe caer necesariamente en el error, para que *conversus confirmet fratres suos*? Lo dice Belarmino; que en aquel por quien rogó el Redentor se debian verificar la caída, y el levantarse, y aun por esto niega que se pueda apropiarse á la Iglesia aquella oracion, porque como es infalible no puede convenirle el *tu conversus*. Podria ciertamente limitarme á responder que aquel célebre purpurado indicó solo por incidencia esta razon para probar que no se puede aplicar aquella súplica á la Iglesia; dando otra incontrastable, y es, que de ninguna manera puede convenir el *confirma fratres tuos* á la Iglesia; porque no tiene hermanos sino hijos. Con todo para que se vea claramente que no hay ni siquiera sombra de contradiccion en este dignísimo apologista, voy á demostrar estos dos puntos: 1.º que á los romanos Pontífices se apropia con verdad el *confirma*, pero no el *tu conversus*: 2.º que si aquella oracion se refiriese á la Iglesia, á ella corresponderia uno y otro, como concluye el mencionado Belarmino. Lo primero lo pruebo de esta manera: son incontestables dos relaciones en Pedro, de cabeza de toda la Iglesia y de persona privada. Luego deberá haber alguna señal por donde se pueda distinguir una de otra, y discernir tambien cuando se deben referir á Pedro como persona privada las palabras que le dijo Cristo, y cuando como cabeza de la Iglesia; porque de otra manera no se podria conocer con certeza por la Escritura el primado. ¿ Y qué otra señal se puede imaginar sino solamente la que nos suministra la esencial institucion del primado mismo para bien de toda la Iglesia? Es infalible que aun cuando se hallase en Pedro alguna propiedad que perjudicase á la Iglesia en lugar de

favorecerla, no sería una propiedad primacial, sino personal. Es así que resultaría un perjuicio á la Iglesia de la caducidad de su cabeza; luego no puede ser de ella una propiedad primacial: á los romanos Pontífices se transmiten únicamente las propiedades primaciales, luego no se les puede transmitir la caducidad. Todo va bien, se me dirá, el heredero de la primacía no lo es consiguientemente de la caducidad: pero ¿quien cayó? San Pedro. Luego cayó la cabeza. Extraña ilacion! Ya la hemos refutado arriba, cuando probamos que San Pedro no cayó estando en actual posesion de su primacía. Y ademas tampoco tiene fuerza ninguna el argumento: porque una cosa es que pueda caer la cabeza como persona privada, y otra que deba caer alguna vez como cabeza, para que se pueda verificar el *tu conversus*. Luego no debe caer porque no heredó de San Pedro su caducidad. Y deberia caer la Iglesia si Cristo hubiera hecho la oracion por ella y no por Pedro, lo que se prueba de este modo. Si el objeto primario de la súplica *ut non deficiat fides*, y del precepto *confirma*, era la Iglesia, se sigue que Cristo hablaba á la Iglesia en la persona de Pedro, y que este se miraba solamente como representante de la misma Iglesia. Luego en el precepto de confirmar á los fieles en la fé nada se contiene, segun esta hipótesis, que en su concepto formal no se deba atribuir principalmente á la Iglesia. Porque el Salvador solo nombra en aquellas palabras á una persona que es Pedro: por ella ruega, *rogavi pro te*: y á ella sola impone el precepto *confirma*. Luego si el *rogavi pro te*, el *non deficiat* y el *confirma* se refiriesen directamente á la Iglesia, ¿por qué no debia referirse tambien el *tu conversus*? El *tu* se refiere al *confirma*; luego aquel que se ha convertido deberá confirmar: mas la súplica se hizo para el que debia confirmar á los demas; luego se hizo en favor del que habiendo caido debia convertirse despues: conque si se hizo en favor de la Iglesia; la misma Iglesia deberá caer y convertirse. O hay que admitir esta consecuencia, ó probar que Pedro representaba la Iglesia cuando recibió el precepto *confirma*, y se representaba á sí mismo, ó sea su privada caduca persona en el *tu conversus*. ¿Pero cómo puede destinarse el pronombre *tu* para el doble oficio de indicar á un mismo tiempo á Pedro convertido y á la Iglesia confirmante?

*

¿Qué razon puede obligarnos á violentar de esa manera el significado literal de una proposicion tan clara como esta : *tu aliquando conversus confirma fratres tuos* ? Esta, responden los contrarios: Que la Iglesia no puede caer en error de que tenga que levantarse. Pero esto es una mera *petitio principii*: pues una vez que se refieren á la Iglesia todas aquellas palabras, á ella debe referirse tambien el *tu conversus*, y se le niega en ellas de consiguiente el privilegio de la infalibilidad. En efecto, la Iglesia no tiene aquellas dos relaciones que hay en San Pedro: nó es Iglesia y al mismo tiempo una persona privada, de modo que puedan separarse las propiedades que se le atribuyen en órden á estas dos representaciones tan diversas: porque cuanto se dice de ella en la Escritura, le toca únicamente como Iglesia, y no bajo otro aspecto. Luego caeria, y caeria como Iglesia, y de consiguiente no podria ser infalible en la suposicion de que el discurso de Cristo se hubiese dirigido á la Iglesia.

9. Pero por lo demas es ciertísima su infalibilidad: Cristo se la prometió con la mayor evidencia en muchos lugares. Sin duda ninguna: ¿pero que se sigue de ahí ? ¿Acaso que el *tu conversus* corresponde á Pedro, el *non deficiat* y el *confirma* á la Iglesia ? Así lo dicen los contrarios. Y yo digo que el no referirse á ella el *conversus* basta para demostrar que no se refieren á ella ni el *deficiat* ni el *confirma*. ¿Que abstracciones y restricciones mentales no tendríamos que admitir en Cristo si quisiéramos componer con semejantes elementos un discurso ordenado ? Seria necesario decir que despues de habernos indicado con tanta precision que cuando consideraba á Pedro como persona privada estaba sujeto este á las tentaciones como los demas; pero mirándole como cabeza de la Iglesia le habia alcanzado la indeficiencia en la fé, para que como cabeza confirmase tambien á los demas en ella: que despues de todo esto, digo, hiciese una mescolanza de Pedro privado, de Pedro cabeza, y de la Iglesia, bajo el solo pronombre *tu*, queriendo que significase esta triple representacion contra la regla de oro de San Basilio (1); á saber, que debe conservarse la exposicion literal, *ubi commode fieri potest*. ¿Acaso *commode fieri non po-*

(1) *Hexam. Hom. 9.*

test ? ¿ Pero qué repugnancia, qué contradicción se sigue de hacerlo así ? ¿ Repugna por ventura que Pedro como cabeza sea constituido infalible ? No por cierto: porque además de haberlo demostrado nosotros con otras razones, es también una consecuencia necesaria del objeto de la súplica de Cristo. Sería necesario demostrar ó la absoluta imposibilidad de la cosa, ó la existencia de otros no equívocos testimonios de Cristo en contrario, para deducir esta repugnancia. No se cumplió, dicen, en Pedro el precepto *confirma fratres tuos*, porque los Apóstoles, pues eran tan infalibles como él, no tenían necesidad de que les confirmase; mas bien fué confirmado él por San Pablo que le reprendió; de modo que tampoco le pertenece el *non deficiat fides tua*. Además de esto ¿ no confirmaron los Apóstoles juntamente con Pedro á los demás, esto es á los fieles que se llaman hermanos por la caridad que debe reinar entre ellos ? A todos los Apóstoles pues habló Cristo; á todos les impuso el precepto, y de consiguiente por todos rogó: y la sola imposibilidad de conciliar el caer con estar firme en la fé, basta para conocer que aquel por quien rogó no es lo mismo que el que debía caer. Luego Cristo habló en Pedro á todos los Apóstoles, y en todos los Apóstoles á la Iglesia; y cuando predijo la caída tuvo presente por consecuencia la sola persona de Pedro. Este argumento que nos oponen los contrarios, si bien muy especioso á primera vista, se deshace fácilmente de dos maneras: primeramente negando que Pedro no hubiese cumplido el precepto: segundo, demostrando, aunque se admita esta hipótesis, que no era necesario que Pedro lo cumpliese, sino que bastaba que lo cumpliesen sus sucesores. La primera solución se halla superabundantemente documentada en muchísimos apologistas: por lo cual me parece que basta el observar que si por hermanos se entienden aquí los fieles, queda demostrado *á fortiori* que Pedro cumplió con aquel precepto, habiendo sido destinado de un modo especial, para apacentar todo el rebaño de Cristo. La segunda se halla corroborada en la Sagrada Escritura con tantos ejemplos de promesas y preceptos que no fueron ejecutados por la persona á quien se dieron sino por sus descendientes, que se mostraría enteramente ignorante no solamente de la parte histórica de la Escritura sino de su estilo y modo de hablar, el que intenta-

se contradecirlo. Si los contrarios se hubieran tomado el trabajo de leer en San Juan Crisóstomo las reglas que se deben seguir para interpretar bien la Escritura, hubieran visto demostrada esta verdad con hechos innegables. Por ejemplo, ¿cómo se verificó en Jacob el supremo dominio sobre Esaú, y en Esaú el precepto absoluto de sujetarse á Jacob; cuando vemos mas bien que Jacob estuvo sujeto á Esaú? Y sin embargo se anunciaron claramente la promesa al primero y el precepto al segundo; y tanto la una como el otro se dirigieron á las personas de los dos hermanos. *Esto Dominus*, dijo Isaac bendiciendo á Jacob, *fratrum tuorum*: he aquí la promesa; *et incurventur ante te filii matris tuæ*: he aquí el precepto. Pero se cumplieron la promesa y el precepto en su posteridad, porque los Idumeos tuvieron que servir á los Hebreos que los vencieron, y fué tal su servidumbre que se vieron obligados bajo Hircano á abandonar hasta su denominacion nacional y á circuncidarse. El que desee ver mas ejemplos recurra á dicho Santo Padre (1); pues este solo con lo que dejamos dicho atras basta para que podamos concluir con seguridad que aunque San Pedro no hubiese cumplido con el precepto *confirma fratres tuos*, si se cumple por sus sucesores, de ningun modo se puede inferir que este precepto, y de consiguiente la súplica de Cristo *ut non deficiat fides tua*, mirase solamente á la Iglesia, y no á San Pedro como su cabeza. De ningun modo pues se demuestra que la oracion y el precepto de Cristo deban referirse á la Iglesia: y de consiguiente sin razon violentan los contrarios la Escritura, desechando la exposicion literal.

10. Me parece que con lo que hemos dicho hasta aquí se prueba plenamente: 1.º que Cristo rogó por Pedro de un modo especial: 2.º y por Pedro como cabeza futura de toda la Iglesia: 3.º que los romanos Pontífices le suceden en el efecto de esta oracion, esto es en la infalibilidad, sin sucederle por eso en la caducidad: 4.º que no podria tener lugar esta distincion, si la intencion del Redentor hubiera sido rogar no por Pedro en particular, sino por la Iglesia en general, y dirigir su discurso á Pedro como mero representante de la Iglesia: 5.º que

(1) *Hom. 3. in Matth.*

no pudiendo tener lugar aquella distincion en la referida hipótesis, deberia ser la Iglesia caduca é infalible á un tiempo, lo que es absurdo: 6.º que de consiguiente no se puede admitir semejante hipótesis, sino que se debe creer absolutamente que la oracion y el precepto de Cristo no miran directamente á la Iglesia, pues no se puede separar sin una violentísima interpretacion la persona por quien se rogó, de aquella, de quien y á quien se predijo la caída: interpretacion que ademas de ser violenta, es igualmente caprichosa y arbitraria, en atencion á que por una parte se puede, sin cometer ningun absurdo, y de consiguiente se debe admitir la exposicion literal, y por otra no hay necesidad ninguna de adoptar aquella interpretacion.

CAPITULO V.

Si antes del Gaetano infirieron los Padres y teólogos de la referida oracion de Cristo la infalibilidad Pontificia.

1. No esperen los contrarios que para convencer aquí de un solemne anacronismo á Le-Gros que fija por primera época de la interpretacion que damos y defendemos nosotros, los tiempos del Gaetano, intente yo y quiera tomarme el trabajo de extender la larga série de los Padres que abiertamente, ó suficientemente á lo menos, dedujeron del texto de San Lucas la infalibilidad Pontificia aun antes del Gaetano. Como pueden leerse en otros mil autores, me advierte Tamburini en su *Vera idea* (1) que tengo todo derecho para remitir á ellos mis lectores, con el objeto de «librar al que escribe y al que lee del fastidio de repeticiones inútiles que solo sirven para distraer la atencion del cuadro que se quiere presentar á los ojos del público»(a) Tam-

(1) *Par. 2, c. 2, §. 25.*

(a) Si é hubiera tenido este miramiento de ahorrar á sus lectores el fastidio de inútiles repeticiones, tambien se hubiera ahorrado á si mismo el trabajo de escribir su tratado sobre la Santa Sede con mas ventaja de su fé y reputacion, dejando el mérito y la gloria de semejante empresa á los Richerl, Le-Noble, Febroni, y á tantos otros, de quienes es al cabo toda su obra. Lo mismo poco mas ó menos se podria decir de tantos opúsculos que llevan su nombre al frente y le honran del mismo modo.

bien sería fuera de mi asunto principal el formar difusamente el catálogo, habiéndome propuesto rebatir á los enemigos del Vaticano con sus mismas armas, demostrando que aquellos Padres, con cuyo apoyo quieren cantar la victoria, ó cuyos testimonios aun los mas claros adulteran con sus sofismas, son cabalmente los que prueban contra ellos victoriosamente. Estos se pueden distinguir en dos clases, unos que por la oracion de Cristo arguyen á favor de la infalibilidad Pontificia, y otros que examinando la naturaleza y consecuencias del precepto *confirma fratres tuos*, nos lo presentan de tal manera, que exige necesariamente el fundamento de la infalibilidad en el romano Pontífice. Y para que no sea demasiado largo este capítulo, y se expongan con toda claridad y distincion los argumentos, reservaré los segundos para el capítulo siguiente, limitándome en este á los primeros siguiendo los pasos á Le-Gros.

2. Se explica tan claramente San Leon, que cualquiera persona imparcial diria que habia prevenido exactamente todo lo que habian de sonar contra la absoluta infalibilidad aneja al primado, los que se complacen en llamar *teologuillos* á sus defensores, y el *vulgo y plebe de los teólogos*; y habla tan claro, que conociendo muy bien el autor el fuerte apoyo que hallan en él los supuestos *inventores de nuevas prerogativas de la Silla Apostólica, y los fautores de estos caprichosos sistemas*, se vale de toda clase de artificios, y llama en su auxilio las mas sutiles cavilaciones, para trastornar el sentido de lo que dice el Santo Doctor; que como hemos dicho en el capítulo antecedente razona de esta manera: *Commune erat omnibus Apostolis periculum de tentatione formidinis, et divinæ protectionis auxilio pariter indigebant, quoniam diabolus omnes exagitare, omnes cupiebat elidere; et TAMEN SPECIALIS à Domino Petri cura suscipitur, et pro fide Petri proprie supplicatur, tamquam aliorum status certior sit futurus, si mens principis victa non fuerit. In Petro ergo omnium fortitudo munitur, et divinæ gratiæ ita ordinatur auxilium, ut firmitas, quæ per Christum Petro tribuitur, per Petrum Apostolis conferatur* (1). Da pues la razon por que rogó Cristo especialmente por Pedro en una causa

(1) *Serm. 3. cit. Ed. Rom.*

comun: y es porque era él el Príncipe; y demuestra al mismo tiempo la utilidad que se seguía á los demas, porque estaba mas segura su firmeza y subsistencia, no faltando la de la cabeza que debia confirmarles. El precepto en consecuencia se apoya en el fundamento de la oracion; y por lo tanto si se transmite á los sucesores el precepto, no menos se transmitirá la indeficiencia en la fé. ¿ Y qué nos dice nuestro contrario ? Oigámoslo: *sicut Salomoni, tamquam Regi, data est sapientia, ut populum bene regeret, nec tamen transiit ad Roboam; ita non sequitur, si quid datum est Petro, etiam tamquam SUMMO PASTORI, ut recte fideliterque munus suum adimpleret, id esse commune omnium ipsius successorum, quorum aliquos in munere implendo non satis fideles vel fuisse vel esse posse nemo negaverit Neque si fratres confirmare omnes debent, sequitur omnes habere gratiam, qua id faciant, cum possint illa suo vitio carere* (1). Supone pues que el Santo Pontífice considera á Pedro como cabeza universal de la Iglesia; pero niega que este privilegio se derive á sus sucesores: finalmente confiesa que se transmite el precepto, pero lo iguala al que obliga tambien á qualquiera otro Obispo, añadiendo: *certe quilibet pastor debet fratres confirmare, nec propterea quilibet eorum est infallibilis.*

3. Aunque no hubiese en su obra mas monumentos indudables que hiciesen sospechosa su fé, bastaria para dudar de ella este que nos suministra en la referida respuesta; porque admitiendo que Pedro como cabeza y supremo Pastor recibió algun privilegio que no se transmite sin embargo á sus sucesores, nos presenta totalmente problemático el Primado de los Papas. Efectivamente, ó este privilegio es esencial á la primacía instituida por Cristo, ó no lo es. Si pertenece á la esencia, luego el Primado de los romanos Pontífices es diverso del que Cristo instituyó en San Pedro, porque está destituido de un atributo esencial. Si se dice que no pertenece á su esencia, ¿cómo lo saben, pregunto yo, los contrarios? ¿Qué regla puede haber para distinguir los privilegios esenciales de los no esenciales, si todos se confirieron á Pedro bajo el mismo respecto de Cabeza y Pastor de la Iglesia?

(1) Sect. 3, c. 3, pag. 354.

Si alguno dijese en general, como dicen los hereges, no rehusando admitir un primado de honor: no es esencial á la primacía una autoridad preeminente, ó sea superior á la de los demas; ¿cómo se le podria convencer de que cometia un error? Sí, sí, se podria, responden á una voz, porque el primado de jurisdiccion se funda evidentemente en la Escritura. Muy bien; pero veamos si Le-Gros podria conseguir sacar del error á un tal herege. No puede remitirle á las razones que propone en su tratado para probar este dogma (1): porque aquí muda de aspecto la cuestion. Si efectivamente le dijese: Pedro es llamado piedra por el Salvador: á él en primer lugar le prometió las llaves, y le encargó una vigilancia particular que lleva consigo una potestad mayor sobre las ovejas de Cristo; no le dejaria proseguir el herege, sino que le interrumpiría respondiéndole, que no es su intencion el negar que se confirieron estos privilegios á Pedro *tamquam summo Pastori*; sino que solo le niega absolutamente que son esenciales á la primacía de San Pedro. Él, continuaria el herege, que confesó la divinidad de Cristo; él, que con tanta firmeza la creyó hasta el punto de arrojarse al mar animado por esta fé; él, que ardiendo en caridad para con el Señor protestó que le amaba mas que ningun otro; merecia muy bien ser distinguido con algun privilegio de autoridad. Empero los romanos Pontífices no son lo que fué San Pedro para merecerle, ni Cristo prometió distinguirles de la misma manera; y de consiguiente aquellos privilegios no fueron sino personales y de Pedro solamente. ¿Qué podria responder á este argumento Le-Gros, que sostiene darse en Pedro, primado y cabeza, algunas prerogativas separables del mismo primado? ¿Cómo podria distinguir las que son separables de las que no lo son, si tanto unas como otras se refieren á la primacía? Si responde que son separables del primado las que no le constituyen esencialmente, porque en este caso aun sin ellas subsistiria la esencia de la primacía, y que no le constituyen esencialmente sino las que expresan una verdadera autoridad preeminente, como el *Tu es Petrus, tibi dabo claves, pásce oves meas*; si es esto digo lo que le responde, ¿cómo probará que se debe admitir tan ea-

(1) *Cap. 4, concl. 2, pag. 35.*

prichosa y arbitraria distincion? El *Tu es Petrus*, el *tibi dabo claves*, el *confirma fratres tuos* expresan la futura primacía jurisdiccional: despues el *Pasce oves meas* la determina ya como dada: ¿porqué no la expresará tambien el *Rogavi pro te, ut non deficiat fides tua*, si tambien se dijo á Pedro considerado como Cabeza y sumo Pastor? Y si no la expresa, si el *non deficiat* no entra en la naturaleza del primado, ¿porqué ha de entrar en él el poder de las llaves y la autoridad de apacentar? Yo bien conozco que la norma que siguen los contrarios para separar estas prerogativas, y determinar cuales son las que se pueden comunicar y cuales no, es únicamente el espíritu de partido de que estan animados contra los sucesores de Pedro. Pero esta regla no tiene fuerza ninguna para convencer al herege, así como se prueba claramente por lo que llevamos dicho que tampoco la tiene contra nosotros, y se probará tambien con la solucion que daré luego del argumento *á pari* alegado por Legros de la sabiduría infusa que tuvo Salomon, y no se comunicó á sus sucesores.

4. Si Cristo dió á San Pedro, como á supremo Pastor, el privilegio de la infalibilidad, es este sin duda ninguna uno de los constitutivos de su cualidad de cabeza, y está ordenado al bien de la Iglesia, no tanto para los tiempos Apostólicos quanto para los siguientes. El raciocinio es sumamente sencillo y natural, y no admite réplica. Como Apóstol, era Pedro infalible lo mismo que todos los demas, pues estaba comprendido en el número de aquellos á quienes prometió Cristo su asistencia perpétua, y enseñó todas las virtudes el Espíritu Santo; por lo cual no prestaba como infalible á la Iglesia ningun beneficio que no pudiesen prestar los demas. Luego si fué escogido entre todos para Sumo Gerarca, y como tal se le confirió de nuevo el mismo privilegio; si no se pretende que el Salvador duplicó los dones en San Pedro sin ninguna razon, es forzoso concluir que la infalibilidad que le concedió, *tamquam supremo Pastori*, no tanto miraba á la Iglesia en sus principios, cuando todavía vivian los Apóstoles y Pedro, quanto en los tiempos posteriores, en que cesando el Apostolado de los demas, debía subsistir el primado en los sucesores de la cabeza, y subsistir cual le habia instituido Jesucristo, y con

*

todas aquellas prerogativas con que le plugo condecorarle. La cosa es muy diversa respecto á la sabiduría de Salomon. Esta no era esencial á su soberanía, porque cuando Dios le adornó con ella ya estaba en actual posesion de su reino, y de consiguiendo ya estaba constituida la forma intrínseca de su gobierno. Podía pues subsistir la misma aun bajo los sucesores de Salomon aquella forma de gobierno, aunque les faltase la sabiduría sobrehumana con que este estaba adornado. Pero en nuestro caso no fué establecido el gobierno de la Iglesia antes de que fuese constituido el Príncipe, ni este lo fué antes de conferírsele los privilegios, entre los cuales se cuenta el de la infalibilidad. Luego de que la sabiduría de Salomon no se hubiese transmitido á sus sucesores, de ningun modo se puede deducir *á pari*, que tampoco la infalibilidad de Pedro debia transmitirse á sus sucesores. Aunque no hubiera otras razones para conocer que la sabiduría de Salomon era extraña á la forma de su gobierno; ¿no bastaria el saber que fué concedida á sus fervorosos deseos? *Placuit*, dice el texto (1), *sermo coram Domino, quod Salomon postulasset hujusmodi rem* (esto es, la sabiduría). *Et dixit Dominus: Quia postulasti verbum hoc.... ecce feci tibi secundum sermones tuos, et dedi tibi cor sapiens et intelligens*. Luego si fué una gracia concedida á sus súplicas, y si la pidió para sí solo, y á él solo se la concedió Dios, deberá, cierto, considerarse como un privilegio meramente personal. Pero ¿cómo se podrá inferir *á pari* que era personal el de Pedro; si Pedro no lo pidió, ni Cristo le condecoró con él como á persona privada, sino como á cabeza y presidente de la Iglesia? ¿En qué está pues la pretendida paridad con Salomon? Si no está en la promesa que hizo Dios á este Rey de elevarle á un grado tan alto de sabiduría, que como le dijo, *nullus ante te similis tui fuerit, nec post te surrecturus sit*; no sé donde mas habrá podido imaginarla el autor. Pero tampoco podia figurarse en esta promesa la paridad sin contradecirse. Allí declara el Señor manifestamente que la sabiduría debia distinguir á la sola persona de Salomon; siendo así que en San Pedro el don de la infalibilidad, como no posterior

(1) 3. Règ. 10. 3.

á la posesion de la primacía, como inútil á Pedro, y como fundamento para el precepto *confirma*, que por confesion de los contrarios toca á todos los romanos Pontífices, se ve claramente que es comunicable y perpétuo en los sucesores de Pedro. Luego Le-Gros que conviene en que se confirió la infalibilidad á San Pedro, *tamquam Supremo Pastori*, y que no obstante niega que se transmita á los Papas, ¿no se manifiesta dominado de aquel espíritu de partido que como dice un teólogo que se parece mucho á él (1) no solo suele resistirse á las verdades que se le ponen delante sino tambien pelear contra sí mismo, contradecirse, y separarse de sus principios, antes que ceder á su adversario? Dígalo el juicioso lector.

5. Y si él es un hombre de esta clase, y si lo mismo son todos los que siguen su sistema, en vano procuraré convencerlos: tanto mas cuanto que el mencionado teólogo me dice «que las largas y graves refutaciones contra un adversario que tiene semejantes disposiciones de espíritu y de corazon (es decir que está dominado por el partido y el interes) solo sirven por lo comun para que se obstine mas y mas en sus preocupaciones.» Hubiera desistido á la verdad de la empresa, si él mismo no me diese esperanza de ser útil en algo á la enfermedad de los contrarios, «exponiéndoles á la vista los extravíos, el frenesí, y la ridiculez de sus raciocinios;» porque si hay algun remedio, es este únicamente. Dedicuémonos pues á aplicarle, descubriendo sin largas discusiones ni enfadosos comentarios, y solamente guiándonos por el sentido comun, la falsedad de las interpretaciones, con que corrompen los contrarios el significado natural de algunos lugares clarísimos de otros Padres, donde se afirma con toda evidencia que la infalibilidad Pontificia es un efecto de la oracion de Cristo. Nos opone Le-Gros muy animoso la célebre carta de San Agaton, escrita al Emperador, y leida y aprobada por el sexto concilio Ecuménico, en la cual el Pontífice despues de haber declarado la doctrina católica sobre las dos voluntades, divina y humana, que hay en Cristo, protesta francamente que esta fué siempre la fé de la Silla Apostólica, la cual como está sostenida por la mano in-

(1) *Lett.* 3, pag. 5.

visible de Dios, y dirigida por aquella luz indeficiente con que Dios la ilumina, nunca se apartó del camino recto de la tradicion, ni se conmovió con los ataques de la inconstante heregía, sino que como una inmóvil roca en medio del furor de las olas jamas pudo ser separada de su base, esto es de la profesion de aquella fé que recibió al principio de sus fundadores, y en virtud de la promesa que hizo el Redentor á San Pedro, cabeza de la Iglesia de que jamas faltará en su fé: *Hæc est vera fidei regula, quam et in prosperis et in adversis veraciter tenuit ac defendit hæc spiritalis Mater vestri tranquillissimi imperii, apostolica Christi Ecclesia, quæ per Dei omnipotentis gratiam à tramite apostolicæ traditionis numquam errasse probabitur, nec hæreticis novitatibus depravata succubuit; sed ut ab exordio fidei christianæ percepit ab auctoribus suis Apostolorum principibus, illibata fide hæctenus permanet, secundum ipsius Salvatoris Domini pollicitationem, quam suorum Apostolorum principi in sacris Evangeliiis pactus est, Petro inquit: Ecce Satanas expetivit vos &c. (a).* Luego para este Santo Pontífice es efecto y consecuencia de aquella oracion de Cristo que la Silla Apostólica nunca se desvie del sendero de la tradicion, no ceda á las novedades y heregías, sino que conserve y defienda victoriosamente las doctrinas reveladas. Conque se podrá decir con verdad que cuando Cristo rogó por Pedro rogó tambien por sus sucesores, para quienes no menós que para Pedro alcanzó una perpétua asistencia con que caminen seguros por la senda de la tradicion Apostólica, sin sucumbir al error, y conservando puro é intacto el depósito de la fé católica. Esto es en efecto lo que supone necesariamente el Pontífice cuando por la promesa de esta asistencia reconoce la pureza en que se mantuvo siempre la fé en su silla hasta su tiempo: porque si no hubiera creído que de-

(a) Es muy fuerte este argumento á favor de la ortodoxia de Honorio, porque si los Padres del Concilio y si el Emperador hubiera sospechado de su fé no hubiera atestiguado San Agaton la pureza de la creencia de sus predecesores con tanta seguridad, y sin nombrar siquiera á aquel Pontífice. Me ha parecido prevenir sobre esto á los lectores para que no les pare la dificultad que se funda en el hecho de Honorio, y que disolveremos con mas extension en otra parte.

bia ser perpétua esta asistencia, y llevar consigo la indeficiencia de la *fé usque ad consummationem sæculi*, hubiera podido á la verdad demostrar con los hechos que la Silla Apostólica nunca habia caído en la heregía, pero no hubiera tenido razon en presentar aquella asistencia prometida, como causa de las victorias que habia conseguido anteriormente. Porque siendo general y no limitada á un tiempo determinado, si no hubiera visto que se extendia tambien á los tiempos posteriores, tampoco hubiera podido suponer con fundamento que se habia verificado en los anteriores: y siempre se le pudiera responder que si la Silla Apostólica no habia errado hasta entonces, habia sido por una asistencia especial, y no en virtud de aquella promesa. Es necesario pues confesar que Agaton extendió el efecto de la súplica de Cristo, no solamente á los tiempos pasados sino tambien á los venideros (a).

6. No sé cual es mayor locura, si el negar que de aquella oracion se puede deducir la infalibilidad Pontificia, ó el alegar, como hace ahora nuestro contrario en defensa de su asunto, otra autoridad que en lugar de defenderle le combate victoriosamente; aunque es supérflua en el presente caso la solucion del problema. Lo que no admite duda es que trayendo Le-Gros en su defensa la autoridad de San Leon IX, recurre á un Padre que impone la nota de demente al que se atreva á decir que carece de efecto la insinuada súplica en cualquiera de sus partes. Se dirá, ya lo sé, que ni el censurado teólogo ni ningun otro se imaginó jamas que quedasen frustrados los votos de Cristo, habiendo asegurado él mismo que sería siempre oído por su Padre *pro sua reverentia*, y que mereceria con razon el nombre de loco el que cerrase los ojos á tan grande luz. ¿Pero se dirá tambien al mismo tiempo que

(a) Los novadores modernos distinguen al Pontífice de la Silla. Esta ridícula y poco católica distincion se refutará en su lugar. Aquí basta sólo reflexionar de paso que San Gerónimo tiene por una mismísima cosa al Pontífice y á la Cátedra de Pedro, diciendo al Papa San Dámaso: *Beatitudini tuæ, id est Cathedræ Petri, communionem consocior*; y que San Leon IX dice que siempre combatieron la heregía Pedro y sus sucesores, y no la Silla tomada separadamente de los que se sientan en ella, los romanos Pontífices.

nada se puede inferir de aquí á favor de la infalibilidad del Papa? Pues obsérvese por un momento que la cuestion ya está resuelta de suyo solo con dar un paso mas. No prueba el Pontífice en este lugar la eficacia de la oracion de Cristo por la Escritura sino por el hecho mismo, y llama loco al que admitiendo el hecho que demuestra la eficacia se atreve sin embargo á negarla; conque será doblemente loco el que niegue la eficacia de la oracion y el hecho. He aquí el pasage decisivo: *Erit ergo quisquam tantæ dementiæ, qui orationem illius, cujus velle est posse, audeat in aliquo vacuum putare? Nonne á Sede principis Apostolorum, romana videlicet Ecclesia, tam PER EUMDEM PETRUM, QUAM PER SUCCESSORES SUOS, reprobata, et convicta, atque expugnata sunt omnium hæreticorum commenta, et fratrum corda in fide Petri, quæ hactenus non defecit, nec usque in finem deficiet, sunt confirmata* (1)? El hecho pues que el Pontífice supone innegable y que comprueba invenciblemente la eficacia, es el haber vencido siempre aquella Sede, Pedro y los Papas á los monstruos de las heregías, y haber fortalecido los corazones de los hermanos en la verdadera creencia de los dogmas católicos, es decir en la fé de Pedro, que como dice en otra parte (2), por el efecto de la misma oracion, *non defecit nec defectura creditur in throno illius usque in sæculum sæculi, sed confirmabit corda fratrum*. Venga ahora el Opstraet, enemigo de la servil gramatical rigidez, á interpretar tambien aquel *creditur* por una pia confianza: ¿qué hombre sensato, despues de tan precisa y solemne asercion *fides Petri usque in finem non deficiet*, no desechará con indignacion una interpretacion tan evidentemente contraria al sentimiento del Santo Pontífice, adoptando en su lugar otra mucho mas natural y conforme á la intencion del mismo, segun la cual se entienda el *creditur* por un firme asenso de fe? Dejando pues á un lado semejantes cavilaciones, atengámonos á la naturalísima consecuencia que se deriva de este célebre pasage de San Leon. Si el no haber faltado los Papas en la fé hasta los tiempos de aquel

(1) *Ep. ad Mich. et Leon. c. 7.*

(2) *Ep. 105 ad Pet. Antioch.*

Santo, prueba que era eficaz la súplica de Cristo; tambien prueba que se hizo con este fin, á saber, para que no faltasen. Nadie dirá ciertamente que la constancia de aquellos Pontífices prueba que solo fué eficaz la oracion que hizo Cristo por todos los Apóstoles al Padre, *serua eos*; porque habiéndose hecho por todos no se referia directamente á solo Pedro y á sus sucesores. Conque si faltasen los Pontífices posteriores, no tendria efecto en ellos la súplica de Cristo; no sería eficaz: mas el que niega la eficacia es loco; y el que niega que los Papas no pueden faltar en la fé niega juntamente la eficacia de la oracion; luego el que niega la infalibilidad Pontificia es loco. Ahora bien; si prueba *á posteriori* este argumento: los Pontífices no faltaron en la fé hasta el tiempo de Leon, luego fué eficaz la súplica; ¿no podrá probar tambien *á priori*: la súplica fué eficaz, luego los Pontífices no faltarán en la fé? Del efecto á la causa y de la causa al efecto se puede sacar una legítima consecuencia cuando se conoce claramente uno de los términos y su íntima conexion con el otro; pues en nuestro caso lo conocemos efectivamente, porque se puede manifestar el fin de la oracion, por aquello que demuestra que es eficaz, conviene á saber, por la firmeza Pontificia acreditada por la experiencia. Así arguye Inocencio III, dando la razon porque rogó Cristo: *Nisi ego confirmatus essem in fide, quomodo possem ceteros in fide firmare? quod ad officium meum noscitur specialiter pertinere, Domino protestante: Ego rogavi pro te &c.* (1) ¿Quién no admira la perfecta armonía entre los mencionados Pontífices? Pone Agaton como cierta la eficacia de la súplica, de la cual deduce, como un efecto inseparable de ella, la firmeza de su tribunal en la fé: de este efecto infiere San Leon IX la referida eficacia: alegan San Leon Magno é Inocencio por razon de la súplica y de su eficacia, *ut in Petro omnium fortitudo muniat*, y de esta manera pueda *ceteros in fide firmare*. Que mas se necesita? ¿Cómo podian proclamar estos Papas su infalibilidad con mas evidencia?

7. No se cuida nuestro teólogo de examinar tanto: los racionios, explicaciones y cotejos de los textos para averi-

(1) *Serm. 2. in Consecr. Pont. Max.*

guar el sentir de los Papas y de otros Padres, manifiestan segun su modo de pensar demasiada deferencia á su autoridad: y cuando hablan tan claro que de ningun modo se puede tergiversar el sentido, toma el expediente de recurrir á una ridícula distincion, raciocinando de esta manera: *Citati Pontifices et scriptores satis probabiliter verba Christi de Romana Sede intelligunt hoc sensu, ut, sicut Petrus etiam in suo lapsu fidem non amissit omnino, et conversus confirmavit fratres suos, ita ipsius sedes, si quid fecerit aut decreverit contra veritatem fidei, non tamen amittat fidem christianam, aut ab Ecclesiæ corpore, in quo primatum tenet, abscindatur, sed potius veritatis defensionem resumens fratres confirmet: quod re ipsa præstitit Liberius ab exilio reversus, et Romana Sedes post Honorium* (a), *cum fideliter Monothelismum expugnavit.... Sed aliud est habere fidem quodammodo indefectibilem, seu non posse resistere pertinaciter* (b) *et finaliter definitioni, aliud habere activam infallibilitatem ad judicandum, sine errandi periculo, de omnibus fidei causis: primam habet electus quilibet, non secundam* (1). Así San Cipriano, dice él, cre-

(a) Hemos oído de San Agaton que hasta su tiempo fué tenacísima la Silla Apostólica en seguir la tradicion; luego tambien en tiempo de Honorio.

(b) ¿Que mas le cuesta á Dios asistir al Pontífice para que no yerre, que asistirle para que se retracte despues de haber errado, y no se resista pertinazmente á las definiciones de la Iglesia? ¿Y cual sería mayor milagro, el preservarle de la caída, ó hacer que se levantara despues de haber caído para no quedar separado del cuerpo de la Iglesia? Tanto en un caso como en otro es necesaria una asistencia particular. ¿Porque la niega pues el autor al Papa, ó sea á la *Silla Apostólica* para que no yerre, y se la concede para que se convierta del error? No quiere milagros en el gobierno de la Iglesia (pag. 350, argum. 7.), y por lo mismo rehusa reconocer por infalible al Papa; y luego se ve precisado á admitirlos acaso mayores y seguramente menos oportunos para conseguir el fin con que supone que Dios los hace, que es afianzar en la fé á los hermanos para el bien de la Iglesia, esto es, para la unidad de creencia. Mas fácilmente se conseguiría este fin si el Papa fuese infalible, porque no le vendría al Cristianismo el daño que suele causar un juicio erróneo del Príncipe, es decir de una persona á quien por una *piadosa prevencion* se somete la máxima parte de los fieles sin examen ni sospecha alguna.

(1) Pag. 357.

yendo que la Iglesia romana habia fallado contra el dogma católico, no creia que se habia extinguido en ella la fé, lo mismo que errando él con otros muchos Obispos Africanos acerca del bautismo de los hereges, no habia perdido la fé ni la caridad.

8. En otra parte veremos que no se puede conciliar una definicion herética con la indeficiencia de fé en el que define, por mas hipótesis y distinciones que sugiera á los novadores el espíritu de partido de que estan animados contra el Gerarca Supremo: por ahora baste observar que la indeficiencia que sostienen aquellos Pontífices en los lugares citados no es la que se figura Le-Gros. Y valga la verdad: de aquella hablan, con la cual deben confirmar á sus hermanos como se le encargó á San Pedro; de aquella, por la cual la Silla Apostólica nunca se separó ni se separará del camino de la tradicion (1), sino que siempre retuvo y defendió, y siempre retendrá y defenderá fielmente *in prosperis et in adversis* la norma de la verdadera fé; de aquella, gracias á la cual á *Sede principis Apostolorum, tam per eundem Petrum, quam per successores suos, reprobata et convicta, atque expugnata sunt omnium hereticorum commenta* (2); de aquella en fin en que se funda la facultad que tiene el Papa para decidir definitivamente las cuestiones de fé, y la obligacion que incumbe á toda la Iglesia de abrazar sus decisiones para conservar la unidad (3). Es pues una indeficiencia que así como toca á las sentencias del Papa, así tambien las acompaña indivisiblemente, y las constituye de consiguiente infalibles: conque llegaria á faltar esta indeficiencia tan pronto como se promulgase una vez sola un error contra la fé en las definiciones solemnes. Ni prueba lo contrario el ejemplo de San Cipriano, como se demostrará en capítulo separado: 1.º porque no es cierto hubiese creido que la cuestion estaba definida dogmáticamente por el Vaticano: 2.º porque probablemente la tenia solo por punto de disciplina.

9. Uno de los Padres que sostienen mas claramente la in-

(1) *S. Agat. loc. cit.*

(2) *S. Leon IX, loc. cit.*

(3) *S. Thom. 2. 2, q. 1, art. 10.*

falibilidad del Pontífice como efecto de la oración de Cristo, es Santo Tomás, que en términos precisos y siguiendo el método escolástico en el modo de argumentar, no da lugar á excepciones é interpretaciones: y aun habla tan claro que al mismo Fleury (1) le pareció que no se le podia conciliar con la doctrina Galicana: « Los que han llevado mas adelante las opi-
 » niones modernas del poder directo sobre lo temporal, y del
 » poder absoluto del Papa en toda la Iglesia, han sido por la
 » mayor parte Regulares. Santo Tomas se inclinó á estas opi-
 » niones, y es muy difícil justificarle en este punto;” y Le-Gros es de dictámen que traspasó los límites, á que quisiera circunscribir la autoridad Pontificia en materias de fé (2); de modo que tambien renuncia á la empresa de adscribirle á su partido. Sin embargo Opstraet no aprecia tan poco la autoridad del Angélico y aun entra en un rigurosísimo analisis gramatical de todas las expresiones de este gran maestro, gloriándose de tenerle por guía. Dejando pues á un lado á los primeros, nos limitaremos á Opstraet, á quien opondremos el mismo Santo Tomas, entablando un exámen algo difícil á la verdad, pero muy necesario para deshacer todas sus argucias. Y como los pasajes del Santo Doctor tienen entre sí un íntimo enlace, ni se puede descubrir bien su mente sin ponerlos en un discurso ordenado, por eso copiaré tambien los que no se apoyan en la oración de Cristo para presentar un cuadro exacto de su doctrina.

10. Pone pues en términos la controversia el Santo Doctor, preguntando, *utrum ad summum Pontificem pertineat fidei symbolum ordinare* (3): y responde que sí. *Dicendum quod nova editio symboli necessaria est ad vitandum insurgentes errores. Ad illius ergo auctoritatem pertinet editio symboli, ad cujus auctoritatem pertinet FINALITER DETERMINARE ea, quæ sunt fidei, ut ab omnibus inconcussa fide teneantur. Hoc autem pertinet ad auctoritatem summi Pontificis, ad quem majores, et difficiliore Ecclesiæ quæstiones referuntur, ut dicitur in Decretalibus extra, de Baptismo.*

(1) *Serm. 9.*

(2) *Cap. 3, sect. 3, concl. 7.*

(3) *S. Thom. 2. 2, q. 5. art. 10.*

cap. majores. Unde et Dominus (Lucæ 22) Petro dicit, quem summum Pontificem constituit: ego rogavi pro te, Petre, ut non deficiat fides tua: et tu aliquando conversus confirma fratres tuos. Et hujus ratio est, quia una fides debet esse totius Ecclesiæ, secundum illud (1. Cor. 1.) idipsum dicatis omnes, et non sint in vobis schismata: quod servari non posset, nisi quæstio fidei exorta determinetur per eum, qui toti Ecclesiæ præest; ut sic ejus sententia à tota Ecclesia firmiter teneatur. Et ideo ad solam auctoritatem summi Pontificis pertinet nova editio symboli sicuti et omnia alia, quæ pertinent ad totam Ecclesiam, ut congregare synodum generalem, et alia hujusmodi. Y proponiéndose la dificultad de que los concilios prohibieron bajo pena de excomunion toda y cualquiera adición al símbolo de la fé, responde diciendo: *per hujusmodi sententiam synodi generalis, ablata non est potestas sequenti synodo novam editionem symboli facere, non quidem aliam fidem continentem, sed eandem magis expositam. Sic enim quælibet synodus observavit, ut sequens synodus aliquid exponeret supra id, quod præcedens synodus exposuerat, propter necessitatem alicujus hæresis insurgentis. Unde pertinet ad summum Pontificem, cujus auctoritate synodus congregatur, et ejus sententia confirmatur.* Haciéndose luego la objecion, de que la publicacion de un símbolo no corresponde solamente al Romano Pontífice, porque la hizo tambien San Atanasio (a), nota esta disparidad: *Athanasius non composuit manifestationem fidei per modum symboli, sed magis per modum cujusdam doctrinæ, ut ex ipso modo loquendi apparet. Sed quia integram fidei veritatem ejus doctrina breviter continebat, AUCTORITATE SUMMI PONTIFICIS est recepta, ut quasi regula fidei habeatur.* Aquí presenta Santo Tomas el cuadro mas minucioso de los privilegios que los amantes de la verdad se glorían de venerar en el Romano Pontífice. Hablando del símbolo de la fé, pregunta quién es el juez supremo de las controversias, á quién pertenezca la solemne edicion del símbolo, es decir, de la norma de nuestra creencia, y concluye: 1.º que es el Papa: 2.º á parte, y separado de todos los

(a) En el simb. *Quicumque*, que se atribuye á este Santo.

demas Obispos, debiendo tambien estos creer *inconcussa fide* cuanto determine como dogma de fé: 3.º lo prueba por la oracion y precepto de Cristo: 4.º por la unidad de fé que se debe profesar en toda la Iglesia, cuya unidad faltaria si el Papa no fuese el supremo Juez de las controversias, y el único promulgador de las definiciones dogmáticas: 5.º ni se puede decir que lo haga por usurpacion y con una privada autoridad, ni que esto sea propio de solos los concilios generales independientemente del Papa, porque todo lo que hacen no tiene la fuerza de obligar absolutamente sin el concurso del Papa, pues depende de él la convocacion y confirmacion autoritativa de los mismos concilios: *cujus auctoritate synodus congregatur, et ejus sententia confirmatur*: 6.º la diferencia esencial entre la doctrina privada y la de las decisiones del Papa consiste en que la privada, aunque se nos proponga por una antorcha de la Iglesia cual era Atanasio, no llega á ser regla de nuestra fé, cuando no la adopta el Papa (no dice la Iglesia universal); siendo así que la del Pontífice contiene intrinsecamente en sí misma la fuerza de obligar no solamente á los fieles sino á toda la Iglesia tan exteusa como es: *Ut sic ejus sententia á tota Ecclesia firmiter teneatur*. Solo con parar la atencion en la perfecta analogía, y aun identidad de las prerogativas y derechos que defiende el Santo Doctor en el Pontífice, y los privilegios que le atribuyen los defensores de la infalibilidad Pontificia, se debe tener ciertamente por supérfluo entrar en mas exámen y cotejos, para demostrar que tambien está Santo Tomas entre la *turba de los teologuillos creadores de nuevos sistemas*. Con todo, Opstraet procura librarle de esta *infamia*, reduciendo las terminantes y enfáticas expresiones, las razones mas fuertes y evidentes, el discurso mas irrefragable y convincente de este Padre, á un conjunto informe de contradicciones y de obscuridad, segun el cual deberíamos decir que lejos de instruir á los demas no se entendia á sí mismo. Veamos si lo consigue, examinando separadamente las interpretaciones y argumentos de que se vale para este fin.

11. En primer lugar opone á Santo Tomas el mismo Santo Tomas. *Sanctus Thomas non semel, sed pluries inculcat doctrinam Ecclesiæ esse regulam infallibilem, per quam nobis*

manifestatur veritas prima, secundum quam Scripturæ intelligendæ sunt, et cui proinde firmiter inhærendum: nusquam vero dicit regulam talem esse doctrinam summi Pontificis (1). ¿Pero qué necesidad tenia el autor de escribir cerca de cuatro páginas para persuadirnos de que Santo Tomas tuvo constantemente por regla infalible la doctrina de la Iglesia Católica? ¿No bastaba para ello que nos recordase que era un Padre ortodoxo, para que al instante viésemos que segnia esta sentencia que es la señal mas decisiva de los verdaderos católicos? Nadie ignora que la revelacion se hizo á la Iglesia, comprendiendo en ella la cabeza como su fundamento, y que de consiguiendo la Iglesia es depositaria de la revelacion. Todos saben que el no concordar con su fé es una heregia formal, y finalmente que sus definiciones son una regla infalible que determina lo que se ha de creer: esto enseñan los maestros en las escuelas, y los Sagrados Pastores en el templo. Pero el punto de la dificultad, de que nacen varios partidos, consiste en determinar por que medio se puede y debe conocer cual es la fé de la verdadera Iglesia. El Santo Doctor nos dice que la voz del Papa: *ad ipsum pertinet nova editio symboli*. Al contrario Opstraet piensa que siguiendo las huellas del Doctor Angélico puede convencernos que la misma Iglesia debe dar por sí misma á los fieles la norma de la fé: como si fuera contradictorio el decir que la regla de la fé es de la Iglesia, y el darla corresponde al Pontífice, quien por lo tanto debe ser infalible lo mismo que la Iglesia. Si en vez de perderse en observaciones *gramaticales* se hubiera ocupado mas bien en cotejar los textos entre sí, hubiera visto que Santo Tomas distingue el motivo por que se cree como artículo revelado la doctrina de la Iglesia, el cual es la autoridad de la Iglesia misma; y el motivo porque se cree que la tal doctrina es realmente doctrina de la Iglesia, el cual es la autoridad del Papa que la propone. *Formale objectum fidei*, dice, *est veritas prima, secundum quod manifestatur in Scripturis sacris, et doctrina Ecclesiæ, quæ procedit ex veritate prima. Unde quicumque non inhæret, sicuti infallibili, et divinæ regulæ, doctrinæ Ecclesiæ..... ille non habet habitum fi-*

(1) *De Sum. Pont. q. 4, §. 2.*

dei (1); habiendo ya demostrado antes que *nova editio symboli pertinet ad auctoritatem summi Pontificis*. Así pues cuando el Papa hace una nueva promulgacion del símbolo, creemos *inconcussa fide* que aquel símbolo es la fé de la Iglesia; de modo que usando de las expresiones del Gaetano, quien primariamente modifica la razon formal es la autoridad de la Iglesia, y secundariamente la del Papa, á quien Cristo instituyó para interpretar guardar y publicar la revelacion hecha á la Iglesia. Una es la fé de todos los siglos, una la Iglesia. El concilio de Calcedonia, por ejemplo, declaró con el Papa Leon cual era la creencia de la Iglesia desde el tiempo de los Apóstoles, á quienes se hizo la revelacion sobre el artículo de las dos naturalezas en Cristo: es decir, declaró la fé de la Iglesia universal que siempre fué y será la misma. Al punto pues que me consta que esto es lo que cree la Iglesia, presto mi asenso de fé al dogma que se me propone, apoyado en la autoridad de la Iglesia que es infalible. ¿Pero cómo podré yo saber que aquella reunion de Obispos en el Concilio de Calcedonia representaba la Iglesia Católica infalible, si el Papa, *cujus auctoritate synodus congregatur, et ejus sententia confirmatur*, como intérprete de la misma Iglesia, no me asegura, mediante su solemne confirmacion, de la doctrina definida en el Concilio? Puesto el testimonio del Papa, entonces creo que el artículo definido es verdaderamente doctrina de la Iglesia, y así lo creo por la autoridad del Papa. Del mismo modo cuando el Sumo Pontífice publica una definicion dogmática fuera del Concilio, no hace mas que presentar á los fieles la fé de la Iglesia universal, no como representada por este ó aquel cuerpo reunido en concilio, sino en general de la Iglesia que Cristo edificó sobre Pedro, destinado por el mismo Cristo para ser el fundamento de la Iglesia que habla por boca de él. Mas para dar testimonio, sin peligro de ningun engaño, de que tal es precisamente la fé de la Iglesia, es necesario que el que lo dá sea infalible en la misma fé. Así es que Santo Tomas dice que Cristo rogó por la fé de Pedro, cabalmente porque es incumbencia de la cabeza el dar á los fieles la norma de la verda-

(1) 2. 2, q. 5, art. 3.

dera creencia, para que se conserve en toda la Iglesia la unidad de la fé. Luego el Santo Doctor no se contradice á sí mismo, como pretende Opstraet, admitiendo por regla de nuestra fé la doctrina de la Iglesia, y por señal de la doctrina de la Iglesia la declaracion del Papa; y no contradiciéndose á sí mismo en distinguir estas dos relaciones del Papa y de la Iglesia, tampoco se contradice en atribuir al Pontífice el efecto de la oracion de Cristo, es decir la infalibilidad. Conque si nuestro adversario no prueba que no fué esta la mente del Santo Padre, ó que es contradictorio este discurso, tendrán siempre los defensores de la infalibilidad Pontificia derecho para mirarle como su guia y apoyo. Por lo demas observa en segundo lugar con Viguerio que Santo Tomas atribuye el efecto de la oracion de Cristo á la Iglesia, probando por ella la infalibilidad de esta; por lo cual inhiere con el mismo Viguerio que el Salvador *non oravit pro fide personali Petri, sed pro fide Ecclesiæ Petro committendæ*. ¿Puede darse una ilacion mas extraña? ¿Que ermenéutica ha aprendido este teólogo? ¿No podria yo aplicarle los encomios que injustamente hace su conocido partidario al erudito Fray Marcos? (1) «Os sé decir (así hablaba de aquel hombre de tanto talento) que por querer » seguir en pos de los conceptos de este entusiasta, casi estuve » á pique de perder la lógica.» Para no exponerme á este peligro si le sigo paso á paso, me limitaré á manifestar la perfectísima armonía de nuestra explicacion con el sentido en que aplica Santo Tomas la misma súplica á la Iglesia, y lo haré con el siguiente raciocinio que comprende toda su doctrina sobre este punto. Las materias mas difíciles y de mayor importancia, como son las cuestiones sobre objetos de fé, deben definirse autoritativamente por el Papa para que *inconcussa fide ab omnibus teneantur*. Efectivamente si el Papa, presidente universal de la Iglesia, no pudiese decidir autoritativamente las cuestiones de fé, no podria haber en la Iglesia aquella unidad de fé, sin la cual la misma Iglesia dejaria de ser la verdadera Iglesia. Pero de nada serviria esta autoridad del Papa, y faltaria tambien de consiguiente la unidad de la fé, si faltase la sumi-

(1) Cart. 3, pag. 7.

sion universal á sus decisiones, *ut sic ejus sententia á tota Ecclesia firmiter teneatur*. Luego la Iglesia dejaria de ser la verdadera Iglesia, si no se sometiese y no abrazase las definiciones del Papa. Luego aquella será la verdadera Iglesia que *firmiter tenet* las decisiones del Papa sobre los objetos de fé. Es así que la verdadera Iglesia no puede errar en materia de fé; luego tampoco puede errar el Papa en las decisiones, á que debe someterse la Iglesia. De aquí se sigue que la infalibilidad de la Iglesia depende de la infalibilidad del Papa, y que la infalibilidad del Papa es un privilegio que le alcanzó Cristo con su oracion: *ego rogavi pro te, Petre, ut non deficiat fides tua*; oracion y privilegio que *idto sensu* pueden aplicarse tambien á la Iglesia en cuanto su infalibilidad es una consecuencia necesaria de la del Papa. He aquí compendiada y conciliada en este raciocinio la doctrina de Santo Tomas. Pero se dirá que el Santo Doctor podia explicarse mucho mejor, sin que tuviesen que cansarse sus lectores para entender en qué sentido atribuía á la Iglesia la oracion de Cristo. A lo que respondió que en su tiempo no estaba en uso el arte de nuestros novadores modernos, y que por lo tanto le bastaba haber demostrado evidentemente en otra parte tanto la infalibilidad del Pontífice como la necesidad de la sumision que le debe la Iglesia; para creer que se podia entender sin mucho trabajo el sentido en que tomaba aquella proposicion. ¿Que silogismo mas sencillo que este? La Iglesia está siempre y esencialmente unida al Papa: el Papa es infalible en consecuencia de la oracion de Cristo *ego rogavi pro te*; luego la Iglesia es infalible. Así pues la razon de su infalibilidad es la misma union íntima que tiene con su suprema cabeza, á quien Cristo consiguió con aquella oracion la indeficiencia en la fé. La proposicion mayor la demuestra el Santo Doctor: la menor no es menos cierta para él, como fundamento de la autoridad de proponer en toda la Iglesia el símbolo de fé *unide Dominus Petró dicit &c.*: luego la consecuencia es legítima. Los contrarios que tanto se fatigan en comparar é interpretar los textos de los *Padres* para adaptarlos á su sistema, no quieren admitir las explicaciones mas sencillas y naturales quando no se conforman con sus ideas. El que tenga un poco de juicio y de razon podrá conocer fácilmente por sí mismo que San-

to Tomas, despues de todo lo que dijo del Papa, se hubiera dado á entender mucho menos si hubiera referido la súplica de Cristo á la Iglesia en el sentido que quieren, aunque en vano, los contrarios.

12. Ya me parece que oigo exclamar como en triunfo: ¿pues no habeis concedido poco antes que la autoridad de la Iglesia es el motivo porque se hace el acto de fé, y que el Papa no hace mas que proponernos la doctrina de la Iglesia? Luego la Iglesia es infalible por sí misma. ¿Pues cómo decís ahora que recibe su infalibilidad del Pontífice? ¿Acaso será justo el juicio del Soberano solo porque el que tiene el cargo de publicarlo lo promulga fielmente? ¿Conque para que Santo Tomas no sea contrario á vuestro sistema, le haceis contradecirse á sí mismo? Es esta una objeccion que aunque agena del asunto del presente capítulo, todavia por su estrecha relacion con la conciliacion que hemos propuesto de los textos, merece disolverse aquí con brevedad. Se cree verdadero un artículo revelado por la veracidad de Dios que lo revela: se cree que ha sido revelado, por la autoridad de la Iglesia que lo reconoce por revelado: se cree finalmente que la Iglesia lo tiene por revelado, por la autoridad del Papa que lo asegura. A esto se reduce en resúmen todas las cuentas toda la doctrina de Santo Tomas, en la cual no hay ni siquiera sombra de contradiccion. Es cierto segun las promesas de Dios que aquella Iglesia, cuya autoridad determina nuestra fé, está esencialmente fundada sobre Pedro, como el edificio sobre su base y la columna sobre su pedestal. Es pues igualmente cierto que la autoridad que determina nuestra fé comprende tambien la autoridad del Papa, lo que no se puede negar sin destruir primero cuanto habemos demostrado en todos los capitulos anteriores. Pues bien; así como se levanta un solo edificio desde el fundamento y mole que está debajo, y sin embargo su subsistencia, aunque depende principalmente de la firmeza de la base, pertenece al conjunto de todas las partes, porque subsiste realmente este conjunto de partes; del mismo modo, del Papa y de los demas Obispos unidos á él, se levanta una sola Iglesia; cuya autoridad, aunque le proviene principalmente de estar unida á San Pedro, tambien se dice y es autoridad de toda la Iglesia. Esta es justamente la au-

*

toridad por la cual hago el acto de fé: de modo que aunque viese un número de Obispos tan grande como se quiera que no tuviese por actual cabeza al romano Pontífice, no reconocería en ellos la autoridad suficiente para hacerme formar un acto de fé, porque no constituirían la Iglesia: y si la constituirían luego que á ellos se juntase el sucesor de Pedro. ¿Pero cómo podré saber que concurre actualmente el Papa como la cabeza en los miembros á constituir esencialmente aquel cuerpo que tiene derecho para prescribirme el acto de fé, si no me lo manifiesta solemnemente el mismo Papa? Esta manifestacion puede hacérmela de dos modos: ó declarando mediante su autoritativa confirmacion que es doctrina suya la doctrina supongamos de un Concilio, como decia Santo Tomas; ó definiendo tambien por sí solo: porque como la Iglesia no puede faltar jamas, ni perder su autoridad y la unidad de creencia, jamas podrá suceder que los miembros crean una cosa diversa de la que cree su cabeza, y se destruya de este modo la unidad de la fé. Por eso cuando el Papa habla desde su tribunal proponiéndonos cualquier punto de doctrina que se debe creer, lo creemos por la autoridad de la Iglesia, conviene á saber, de aquella Iglesia que fundada sobre Pedro, así como recibe de la union con él el ser de verdadera Iglesia, así tambien de la misma union recibe el ser de suprema reguladora de nuestra fé. Por tanto aquí se ven dos relaciones necesarias en el Papa: una intrínseca y es cuando confirma un concilio; y otra extrínseca y es cuando define por sí, con antelacion á cualquier expreso y positivo consentimiento de los demás Obispos. La primera mira esencialmente á la Iglesia, porque en aquel caso la constituye esencialmente el Papa con aquella reunion de Obispos, cuya doctrina confirma, ó á los cuales ha unido de cualquiera otra manera en una misma fé; y la segunda mira á la universalidad de los fieles, á quienes declara infaliblemente la doctrina de esta misma Iglesia: y en este caso el Papa constituye la verdadera Iglesia infalible, y al mismo tiempo promulga su fé. He aquí como se cree por la autoridad de la Iglesia, aunque su infalibilidad depende de la union con el Papa. ¿Tienen por quiméricas nuestros ilustrados modernos estas dos relaciones en el Papa? Pues ademas de haberles de-

mostrado que son necesarias con todas las razones precedentes, les invito á oír ahora como juzgaba sobre este punto el Aliacense en la famosa causa de Montesson que examinaremos detenidamente en otro capítulo; y no deberán despreciar el dictámen de tan gran maestro. Este pues defiende como consecuencia de la oracion de Cristo la absoluta infalibilidad si no del Papa, ciertamente de la Silla Apostólica, y al mismo tiempo la infalibilidad de la Iglesia universal, en que se comprende necesariamente la Silla Apostólica: *de hac Sancta Sede in persona Petri Apostoli in ea præsidentis dictum est, ego rogavi pro te &c. Propter quòd dicit Cyprianus: qui Cathedram Petri, super quam fundata est Ecclesia, deserit, in Ecclesia se esse non confidat* (1). Ni se diga que esta Sede de que habla el Aliacense es la misma Iglesia; porque sostiene que no conviene solo á la Silla Apostólica el exámen y definicion de las causas de fé, pues pertenecen tambien á la Iglesia; y á la Sede corresponde solamente la suprema definicion. ¿Y en este sistema cómo podríamos hacer un acto de fé fundados en la autoridad de la Iglesia? Y si lo podemos hacer en la hipótesis de la infalibilidad de la Sede, ¿porqué no podremos hacerlo admitiendo la infalibilidad del Papa? Con respecto á la Iglesia es una cosa misma: esta comprende á la Sede: la Sede tiene el derecho de la última y final definicion: luego queda en pie la dificultad. ¿Y cómo se podrá desatar el nudo sin reconocer en la Silla Apostólica las dos referidas relaciones? ¿Pues por qué no se han de reconocer en el Pontífice? He aquí echado por tierra el Aquiles de los contrarios; y todo el mundo ve que á pesar de los esfuerzos y sofismas con que se quiere convencer de contradiccion á los argumentos de Santo Tomas que hemos expuesto, *stant tamen illa suis omnia tuta locis* (2).

13. Cierre finalmente este capítulo ya demasiado largo el célebre dicho de San Bernardo al Papa Inocencio II, en la causa de Pedro Abelardo: *Oportet ad vestrum referri apostolatum pericula: quæque et scandala emergentia in regno Dei, ea præsertim quæ de fide contingunt. Dignum namque arbi-*

(1) *Vid. Nat. Alex. Hist. Sæc. 15, et 14; diss. 12.*

(2) *Ovid. l. 2. Trist.*

tror ibi potissimum resarciri damna fidei, ubi non possit fides sentire defectum. Hæc quippe hujus prærogativa Sedis. Cui enim alteri dictum est: ego rogavi pro te, Petre, ut non deficiat fides tua? Ergo quod sequitur à successore Petri exigitur: Et tu aliquando conversus confirma fratres tuos. Id quidem modo necessarium. Tempus est ut vestrum agnoscatis, pater amantissime, principatum, probetis zelum, ministerium honoretis (1). Atribuye pues el Santo Abad á la Cátedra Apostólica aquella indeficiencia en la fé que se necesita para reparar los daños que la causan las heregías. Y por Cátedra Apostólica entiende el sucesor de Pedro, porque de lo que antecede infiere: ergo quod sequitur à successore Petri exigitur: Et tu aliquando conversus, &c.; por lo cual le pide que condene á Abelardo, como cosa propia de su Primado: tempus est ut vestrum agnoscatis, pater amantissime, principatum. ; Bella consecuencia sería, si de la indeficiencia de la Cátedra distinta del Papa, quisiese probar que se le habia impuesto á este el cargo de confirmar á los hermanos! Si conviene al Papa este cargo, y no le conviene la indeficiencia; luego á la Sede le convendrá la indeficiencia pero no la incumbencia de confirmar; luego Dios hubiera impuesto á uno el precepto juntamente con el derecho de confirmar á todos en la fé sin la gracia eficaz para no caer él mismo; y á la otra le hubiera conferido el privilegio de no caer, sin darla el precepto y el derecho de sostener á los demas. ¿Qué beneficio se le seguiria á la Iglesia si estuviesen separadas estas dos prerogativas? ¿Qué concepto mas indigno de las operaciones y dones de Dios pudiera darse que el imaginar que habia dado al Papa un derecho que podria ejercer fácilmente para destruir y no para edificar á la Iglesia, y habia condecorado á la Sede con un ocioso privilegio? Pues así quieren que lo haya pensado San Bernardo los que pretenden que en el mencionado parage separa el Santo á la Silla del Papa. Es pues indudable que bajo el nombre de Silla entiende el Papa, y que al mismo Papa refiere la oracion ego rogavi &c. y la promesa non deficiat fides tua. Pero no se podría obtener con certeza el oportuno resarcimiento de los da-

(1) *Ep. 190 ad Innoc. II. in præfat.*

ños causados por la heregía, si esta indeficiencia no excluyese un juicio erróneo del Papa; porqué el medio, por el cual pide el Santo Abad á Inocencio que resarza los daños, debe ser tal que *in captivitate redigat omnem intellectum in obsequium Christi*, y de consiguiente una decision infalible. Luego afirmando San Bernardo que *non potest fides sentire defectum* en la Silla Apostólica, esto es en el Pontífice; entiendo que la Silla Apostólica, ó sea el Pontífice, no solo no puede ser contumaz en la heregía como quisiera Ostracet, sino que ni siquiera puede errar en sus definiciones dogmáticas. Bastaba esto para conocer con evidencia cual es su doctrina acerca de la infalibilidad Pontificia; pero como los novadores creen hallar algún apoyo para su sistema en ciertas expresiones que usa el Santo Doctor escribiendo ó hablando al Pontífice; daremos cuenta de ellas en su lugar (1), y aparecerá siempre su constancia en venerar este privilegio del Papa.

CAPITULO VI.

Si los Padres que refieren al romano Pontífice el precepto de Cristo confirma &c. lo exponen de modo que resulta necesariamente su infalibilidad.

1. En los capítulos antecedentes hemos tomado este precepto como que explica tanto una obligacion como un derecho en los romanos Pontífices, si bien parecen dos cosas diversas. Y á la verdad, los novadores que suelen confesar, aunque solo con la boca, el primado de jurisdicción, para que *prima fronte videantur de numero nostro (catholicorum scilicet)*, explican con voces tan equívocas sus verdaderas prerogativas, que dan motivo para sospechar muchas veces que *non sint de numero nostro* (2): y así usan las mas de las veces en lugar de *derecho* los términos *empleo*, *deber*, y otros semejantes, para inferir despues, que en virtud de este precepto solo compete al Papa *una especial obligacion de vigilancia y solitud*. Es pues necesario estrecharles á que nos determinen sin

(1) Véase el Cap. 13.

(2) *Ep. Flav. Constantinopolitani Episcopi ad Leonem.*

ninguna ambigüedad el verdadero significado en que toman el mismo precepto. *Nolo verborum ambiguitates*, decia San Gerónimo: *nolo mihi dici quod et aliter possit intelligi.... Si hæreseos nulla suspicio est, cur non verbis meis meum sensum loquitur?* (1) O nos conceden por tanto, que con aquel deber y empleo de vigilar va unido el derecho correspondiente de hacerse obedecer, y de consiguiente de usar de los medios proporcionados al intento; ó no lo conceden: no hay medio. Si niegan que el *derecho* va unido con el *deber*, quedan convencidos manifestamente por sí mismos de que ignoran la naturaleza de las obligaciones y derechos de la soberanía, y de su mútua dependencia.

2. Es un principio incontrastable de jurisprudencia natural que el derecho que tiene el Príncipe de adoptar todos aquellos medios que pueden conducir al bienestar de la sociedad, nace necesariamente de la obligacion que tiene el mismo Príncipe de procurar la felicidad de sus súbditos y la conservacion del Estado. De aquí el poder legislativo, judicial, y coactivo, y de aquí todas las atribuciones de la soberanía. Si no se admite este derecho es necesario negar tambien la obligacion, porque ninguno está obligado á una cosa, para la cual le faltan los medios necesarios. Luego con mucha mas razon, si Dios ha impuesto inmediatamente la obligacion, deberá llevar esta consigo el derecho de usar de aquellos medios que son proporcionados para conseguir el fin del precepto. El Pontífice tiene en realidad una verdadera obligacion de apacentar las ovejas de Cristo; y Cristo usó del modo imperativo *pascite oves meas*, sin decir otra palabra que significase expresamente el derecho. ¿Pero no convienen los novadores á lo menos con la boca en que este derecho se dió realmente á San Pedro con aquel precepto? Y si lo niegan ¿no destruyen entonces el Primado de jurisdiccion? Pero ¿qué diferencia hay entre el *pascite* y *confirma*? ¿No son ambos unas verdaderas obligaciones? Luego si el primero lleva consigo un verdadero derecho, ¿porqué no lo ha de llevar el segundo? Si estan obligadas las ovejas á dejarse apacentar, ¿no estarán tambien obligados los her-

(1) Ep. 88. ad. Pammachium contra Johan. Hierosolym.

manos á dejarse confirmar en la fé? Si no lo estuvieren, el precepto *confirma*, ó sea segun las frases de Tamburini, *el empleo y el deber de especial vigilancia y de solicitud*, no nos daría la idea de un verdadero primado, por mas que afirme lo contrario el mismo Tamburini; sino que nos presentaria mas bien la de un simple ministerio. Y á la verdad basta considerar los caractéres de la verdadera soberanía para conocer su naturaleza. Los homenajes exteriores, por ejemplo, que se le tributan, no siempre nos presentan la idea exacta de una soberanía; pues pueden prestarse igualmente á quien no sea soberano, sino solamente el primero en orden y honor. Semejantes homenajes solo darán á conocer la soberanía, cuando por su naturaleza se le deban á ella exclusivamente. Por ejemplo, ¿cómo se puede inferir que es soberano el presidente de una sociedad por el derecho que tiene de hablar primero, si esta prerogativa solo nos excita la idea de la primacía de orden? ¿Luego si aquel *empleo y deber de especial vigilancia y de solicitud* presenta la idea de un verdadero primado en el Papa; siendo el primado autoritativo por su naturaleza, deberá estar siempre unido á la autoridad, es decir, deberá llevar consigo un verdadero derecho primacial; de otra manera no nos presentará semejante idea. Negándonos pues los contrarios que al precepto *confirma* está unido el correspondiente derecho, manifiestan ignorar la íntima conexion que hay entre el derecho y la obligacion en el Soberano, y se contradicen asegurando que es un privilegio de la primacía. Y si conceden este derecho, ya está perdida su causa; porque en tal caso deben conceder tambien que se extiende tanto como la misma obligacion. Es así que esta se extiende en el Papa á todos tiempos, lugares y personas, pues no hizo Cristo excepcion alguna, sino que mandó absoluta é indefinidamente á Pedro confirmar á los hermanos; luego tampoco el derecho que de aquí resulta excluirá ni lugar, ni tiempo, ni persona alguna: es decir, existirá siempre y donde quiera el mismo en el Pontífice, que podrá ejercerlo con todos y cada uno de los católicos siempre que lo exija la obligacion de confirmar. Luego podrá el Papa usar tambien de este derecho con los Obispos, porque debe confirmarlos en la fé, como debe, segun el testimonio de

los Padres, apacentarlos como ovejas: *Prius agnos*, dice el autor de la Homilía *in vigilia Sancti Petri*, que se cree comunmente ser de San Euquerio, *deinde oves commisit ei: quia non solum pastorem, sed pastorum pastorem eum constituit. Pascit igitur Petrus agnos, pascit et oves; pascit filios, pascit et matres; regit et subditos et praelatos. Omnium igitur pastor est* (1). Y como no tuvo reparo en confesarlo en alta voz el inmortal Bossuet en su sermon sobre la unidad de la Iglesia, en la apertura de la Asamblea del Clero 1681, y 1682 (2): *C'est à Pierre qu'il est ordonné.... de pâtre et gouverner tout, et les agneaux, et les brebis, et les petits, et les mères, et les pasteurs mêmes: pasteurs à l'égard des peuples, et brebis à l'égard de Pierre*. Que mas? A la pluma del mismo Le-Gros se le escapó esta gran verdad, poniendo en el número de las ovejas y de los hermanos que Pedro debía confirmar, á los mismos Apóstoles: *et ipsi fuerunt ex numero ovium, et ipsos confirmare debuit (Petrus)* (3). Mas si puede el Papa ejercer este derecho con los mismos Obispos; luego tendrán estos la obligacion de estar sumisos á él; siendo el derecho y la obligacion dos cosas relativas que no se puede dar una sin otra. Pues bien; el derecho en el Papa es de hacerse obedecer, y valerse de consiguiente de todos los medios que juzgue mas oportunos para conseguir este objeto (a); luego es obligacion de los Obispos obedecerle. Por tanto estan esencialmente

(1) *Biblioth. Vet. Pat.* t. 6. Lugd. 1677.

(2) N. 13.

(3) *De Eccl. c. 4, Concl. 2, pag. 42.*

(a) Tamburini en su *Vera idea* reduce la obligacion que tiene el Papa de confirmar á los hermanos, y el derecho para valerse de los medios convenientes, á la sola obligacion de inspeccionar, y al solo derecho « de tocar al arma, y convocar á todos los Obispos para un concilio general » (P. 2, c. 3, § 16); y este tampoco *exclusivo* aunque le llama primacial, pues le concede tambien á los Emperadores y Príncipes. De consiguiente es necesario decir: 1.º que todos los Pontífices que exigieron obediencia á sus definiciones aun fuera de los concilios, apoyándose en este derecho, lo han entendido mal: 2.º que cuando dice San Leon que la fortaleza de los demas Pastores *in Petro munitur* (Cap. preced.), lo dice únicamente porque el Papa puede convocarlos á Concilio, para que le fortifiquen y confirmen tambien á él: 3.º que despues de convocado el latrocinio de Efeso no le quedó ningun otro derecho á es-

subordinados al Papa en las materias de fé. Lo confirma el referido autor asegurando *solius romani Pontificis esse de fide judicare eo decreto, quod pertineat ad omnes Ecclesias, et dirigatur tamquam omnes obligans* (1); y en otra parte: *neminem posse, præter Pontificem romanum legitimam ferre sententiam, in iis, quæ totius Ecclesiæ statum respiciunt*, como son las materias de fé (2); y finalmente: *Majores causæ Sedi apostolicæ reservantur, si, propter difficultatem, Episcopi, quorum est de iis judicare, veritatem invenire non possunt* (3), entendiendo por causas mayores las causas de fé, solo de las cuales trata en aquel lugar. Y si como opone nuestro teólogo, en fuerza de este precepto *quilibet pastor deberet fratres suos confirmare*, igualmente que Pedro; es decir, si Cristo hubiera dado aquel encargo á todos los Apóstoles igualmente que á Pedro, ¿cómo podrian tener los Obispos sus sucesores la obligacion de someterse á que el Papa los confirmase? ¿Y cómo podria tener derecho el Papa para que le obedeciesen? Y en fin ¿cómo se podria decir que este *empleo y obligacion presentan la idea* de un verdadero primado de autoridad? Luego Cristo no dió aquella incumbencia á todos los Obispos igualmente que á Pedro; y de consiguiente tampoco les dió igualmente que á Pedro el derecho correspondiente á ella. Luego tanto esta incumbencia como el derecho que le corresponde son mas extensos en el Papa que en los Obispos: luego tambien son mayores en este que en aquellos los privilegios que acompañan y apoyan estas desiguales obligaciones y derechos. Luego aunque de la obligacion que tienen los Obispos de confirmar á los hermanos no se sigue que *quilibet eorum sit infallibilis*, de ningun modo se puede inferir arguyendo *á pari* que tampoco el Papa *sit infallibilis*, como

te Pontifice, de modo que en consecuencia de aquella convocacion se debieron tener por confirmados los Obispos prevaricadores: 4.º que siendo este derecho comun á los Príncipes, quando Jesucristo impuso á Pedro el precepto *confirma* de donde procede el derecho, fué su intencion dirigirlo tambien á los Príncipes, que por lo mismo deberán llamarse tambien *pedras, pastores* &c.

(1) *Cap. 3, Sect. 3, Concl. 7, p. 326.*

(2) *Ibi, pag. 321.*

(3) *Pag. 320.*

hemos visto arriba que lo hace Le-Gros. Todo esto se sigue legítimamente de reconocer unido también al precepto un verdadero derecho. Fácilmente se podría continuar el raciocinio hasta concluir que el Papa es infalible, pero como nos hemos propuesto conducir hasta este punto á los contrarios analizando el modo de pensar de los Padres acerca de la naturaleza del precepto, del derecho, y de la obligacion; por esta razon, para evitar repeticiones, discurriré solamente sobre los principios de los Padres, probando que si no hubieran supuesto al Papa infalible, hubieran concebido mal así el precepto de Cristo, como sus consecuencias.

3. Los Padres pues, de los cuales bastará que citemos algunos nada mas, se formaron una idea tal del derecho y de la obligacion respectiva que se derivan del cargo dado á Pedro por Jesucristo, que si no se admitiese por fundamento la infalibilidad Pontificia, propendería sin duda aquella incumbencia mas bien á la destruccion que á la edificacion de la Iglesia. Efectivamente, lo que pone á los Obispos en la necesidad de aprobar tal vez el error, tiende á la destruccion de la Iglesia; y esto haria cabalmente la mencionada incumbencia entendida como la entienden los Padres, si no se apoyase en la infalibilidad: y lo pruebo. Pondria en la necesidad de aprobar tal vez el error aquel precepto, que aunque pudiese reprimirle, no dejase á los Obispos la libertad de negar el asenso del propio entendimiento á lo que les manda creer: y es claro que segun los Padres un decreto de fe con que intenta el Pontífice confirmar á los hermanos, no deja á los Obispos esta libertad, porque les prescribe una absoluta obediencia. Y á una obediencia como esta excita realmente á Eutiques San Pedro Crisólogo por estas palabras: (1) *in omnibus hortamur te, frater honorabilis, ut iis, quæ á beatissimo Papa romane civitatis scripta sunt, obedienter attendas* (a); é Inocencio III afirma la absoluta necesidad diciendo: *per hoc sic confirmandi alios potestatem indulgens*, (Cristo á San Pedro),

(1) *Ep. ad. Eutyche't.* in edit. Baller. operum Sancti Leonis, 25.

(a) Que insinuase aquí San Pedro Crisólogo á Eutiques una verdadera obediencia á los juicios del Papa antes de examinar la causa, antes de saber las decisiones del Sínodo Constantinopolitano, y finalmente

ut aliis NECESSITATEM imponeret obsequendi (1). También enseña Santo Tomas ser tan necesaria esta obediencia, que no le es lícito á la Iglesia dogmatizar lo contrario sin romper el vínculo de la unidad: *Una fides debet esse totius Ecclesiæ, secundum illud* (1. Cor. 1. 10.). *Id ipsum dicatis omnes, et non sint in vobis schismata: quod servari non potest, nisi quasi-
tio fidei exorta determinetur per eum, qui toti Ecclesiæ præ-
est, ut sic ejus sententia á tota Ecclesia firmiter teneatur* (2). Además esta obediencia se declara por necesaria para la salvacion en la profesion de fé prescrita por el Pontífice Pio IV, que segun el testimonio del mismo Opstraet ha sido reverenciada y admitida por todo el mundo cristiano, y de consiguiente por la Iglesia Galicana (a): *Subesse Romano Pontifici est de necessitate salutis, secundum præscriptam á Pio IV Pontifice maximo professionis fidei formulam, totius orbis christiani reverentia consecratam «Sanctam, catholicam, et apostolicam romanam Ecclesiam omnium Ecclesiarum ma-*

antes de saber la cualidad de la sentencia que daría el Pontífice; sino solamente por una persuasion anticipada de la absoluta obligacion de someterse á sus autoritativas definiciones, lo demuestra el contexto de toda la carta, como observan los referidos editores en la advertencia que ponen antes de la misma: 1.º porque protesta que ignora el dictámen de los Padres de Constantinopla: 2.º porque llama á Eutiques *hijo muy amado y distinguido*, y no le declara ni culpado ni inocente: 3.º porque rehusa juzgar su causa, (como se lo pedia el Heresiarca), sin el consentimiento del Papa: *Nos enim pro studio pacis et fidei, extra consensum romane civitatis Episcopi, causas fidei audire non possumus*. Y es de notar que el Griego dice: Πιστεως αιτίας διαγνώσαι ου δύναμεθα; donde el verbo διαγνώσαι significa algo mas que oír, esto es *plene cognoscere vel judicare*, por la preposición δια y el verbo γινώσκω; de donde nace γνώσις *sententia*. Pero si el Santo Doctor hubiera tenido noticia de la sentencia del Papa, hubiera dado su consentimiento, por lo cual conformándose con ella hubiera podido tener por reo y herege á Eutiques; y de consiguiente ya no habia motivo para no hacerlo así.

(1) *Epist. 209 ad Patr. C. P.*

(2) 2. 2, q. 1, art. 10.

(a) Aunque la profesion de fé de Pio IV no sea, segun el Señor Cesari, mas que un *farfald de nuevos articulos*; fué sin embargo adoptada por todos los católicos sin excluir los franceses. Así lo asegura un autor que no puede serle sospechoso: y si halla errores en este autor, saque la consecuencia que sale naturalmente.

» *trem et magistram agnosco, romanoque Pontifici Beati Petri Apostolorum Principis successori, ac Jesu Christi vicario, VERAM OBEDIENTIAM spondeo ac juro* (1).» Debe pues retenerse de derecho divino esta obediencia, que proclama el Obispo Gilbert, miembro de la célebre asamblea del Clero, como sentimiento de toda la Francia: *Ipsis* (esto es á los Pontífices) *obedire, jure divino se se teneri Galli prædicant super tecta* (2); y como lo confiesa hasta el mismo Guadagnini, que explicando qué obligacion debe ser esta, no puede resistirse á las voces de la verdad, ni á los estímulos de la conciencia no apagados del todo todavía, y amenaza con los terribles juicios de Dios al que no la preste; no queriendo reconocer «comprendido en el número de los cristianos al que desprecia (a) las órdenes absolutas del Padre de todos los cristianos, dadas á todos ellos, *omnibus et singulis Christi fidelibus* (3).» Esta obediencia debe consistir en una humilde sumision del entendimiento. Efectivamente, versando principalmente la verdadera obediencia sobre el objeto material del precepto; y como enseña el derecho civil, midiéndose la obligacion por la voluntad del legislador, siempre deberá ser tal, cual es la intencion del Papa prescribirla. Los Pontífices en sus definiciones solemnes mandan creer: el creer es un acto del entendimiento; luego no se dará verdadera obediencia sin esta sumision del entendimiento. Y á la verdad: la obligacion general de sujetarse á cualquier juicio dogmático del Papa (San Pedro Crisólogo) en consecuencia del derecho que tiene el Papa para confirmar á los hermanos (Inocencio III), y de que todos se le sometan con una firmísima adhesion (Santo Tomas) necesaria para la salvacion (fórmula de Pio IV), y de con-

(1) *Diss. 5. de Summ. Pont. quæst. 1, pag. 22.*

(2) *Ep. ad Steyaertium.*

(a) Por desprecio de los decretos Pontíficos entiende aquí el autor la desobediencia así directa como indirecta; porque habla de la Bula *Prætoriosus* de Benedicto XIII contra los calumniadores de la escuela de Santo Tomas sobre la gracia y la predestinacion, y de otras constituciones semejantes de los Sumos Pontífices, á las cuales si no se obedece, es necesario, dice, «no creerse comprendido en el número de los cristianos &c.»

(3) *Osserv. sopra i fatti dogm. p. 144.*

siguiente de derecho divino (el Obispo Gilbert), sopena del terrible juicio de Dios (Guadagnini); esta obligacion, digo, no se llena, si el corazon y la mente no concuerdan con la lengua. De aquí es que los Obispos franceses no pudieron menos de conocer, y confesaron públicamente esta verdad en las cartas que escribieron á Inocencio X, donde declaran que las decisiones dogmáticas de los romanos Pontífices (a) *divina æque ac summa per universam Ecclesiam auctoritate nituntur, cui christiani omnes, ex officio, ipsius quoque MENTIS OBSEQUIUM præstare tenentur* (1). También la reconoció Fenelon dando un ejemplo singular, pues á la condenacion de sus proposiciones hecha por Inocencio XII (2) no respondió con apologías, como lo hizo á las censuras de sus contrarios, sino que se sometió á ella con entera sumision de entendimiento, inculcándola tambien á su grey; por lo cual mereció los aplausos de todos los demas pastores reunidos en la asamblea del año 1700. Luego semejante obediencia quitando á los Obispos la libertad de rehusar el asenso de su propio entendimiento, les obligaria á aprobar el error, si le hubiese en las definiciones Pontificias. Luego el derecho, que reconocen los Padres en el Papa, de confirmar á los demas en la fé, tenderia á la destruccion, en lugar de tender á la edificacion de la Iglesia, si no se fundase en la infalibilidad.

4. ¿Acaso opondrá Tamburini que es immoderada la crítica con que hemos sacado dicha consecuencia de algunas expresiones y fórmulas de los Padres; porque *ad excessum se-*

(a) Si se rien los célosos Obispos Quesnelianos del recurso que hicieron á ciegos aquellos 86 Obispos al Papa, porque contra las reglas canónicas, segun quiere Tosini (*Ist. del Giansen. l. 2, p. 186*), recurrieron en primera instancia; no por eso queda anulada tan insigne protestaion de la obediencia intelectual que se le debe. Diga si quiere el historiador que el texto alegado está en la carta del Obispo de Vabres que firmaron *ciegamente* los Obispos. Le desafío á que presente las pruebas, pues no presenta ninguna; y si es verdad, por aquí pueden conocer los novadores modernos cuan fácilmente, dejándose seducir los Obispos dispersos, podrian inducirnos al error; y vean ademas la uniformidad y constancia de la Iglesia Galicana.

(1) *Anno 1653, die 19 julii.*

(2) *An. 1699, die 2 martii.*

veritatis divergit, cum minuta quæque consecetur..... quaratque modum in seipso..... ut tenebrarum caligines augeat (1)? Si fuese como él piensa, sería preciso decir, que las voces *obsequio necesario, adhesión firme, verdadera obediencia, sumisión del entendimiento &c.* fueron tomadas por los Padres en un sentido diverso del que tienen naturalmente. De este modo á la verdad podrian juzgar nuestros modernos novadores segun acostumbran. En efecto, ¿qué otra cosa es aquel su *religioso silencio*, y aquellas especiosas declaraciones de no faltar en nada á la reverencia debida al sucesor de Pedro, que suelen preceder á las mas temerarias censuras contra sus juicios definitivos, en tantas obras como han publicado *para aumentar el decoro de la Silla Apostólica* (2), separando insidiosamente de su obediencia á los cristianos; que otra cosa son todas ellas sino palabras vanas que en su boca significan todo lo contrario de lo que exige su natural significado? No, no: la buena fé de aquellos Padres y su sincera adhesión al Papa, por la cual declaraban anti-Cristos á todos los que no recogian con él, y no conservaban la unidad de creencia (3): la buena fé, digo, y la sincera adhesión de aquellos Padres al Gerarca supremo no les permitian darle profusamente obsequios vanos de palabras desmentidos por los sentimientos interiores del alma. Pero raciocinemos mas estrictamente. O aquellas expresiones admiten en sí mismas únicamente la significacion que nosotros les damos, ó pueden tener tambien la que les dan los contrarios. Si admiten la nuestra exclusivamente, y se quiere que haya sido otra la mente de los Padres, deberá atribuirse ó á no haber ellos penetrado bien el sentido, ó á haber mentido voluntariamente. Pero ¿qué mayor injuria se les puede hacer que creerlos tan ignorantes cuando estuvieron sentados en la cátedra de la doctrina revelada, y se respetan en la Iglesia como Maestros, ó suponer que simulaban su propia fé, y seducian al mismo tiempo á todos los fieles? Por otra parte escribieron en unos términos que sin una

(1) *De font. Theol. vol. 3, dist. 3, §. 67. de Auctor. Patrum.*

(2) *Guadagnini Osserv. 3, §. 2. pag. 43a.*

(3) *S. Gerónimo á S. Dámaso Papa.*

violencia manifiesta no es posible interpretarlos de otra manera: y la materia de que tratan es de suma importancia, pues tiene por objeto establecer la regla cierta, con la cual deben los fieles uniformar su fé, para determinar la autoridad del tribunal visible que Dios ha establecido en su Iglesia, y la obediencia que le debe todo el mundo católico; y tratase en suma de un punto absolutamente necesario para nuestra salvacion, y que forma un artículo de la católica profesion de fé. Ademas las fórmulas que adoptaron en su discurso no dejan ninguna duda de que en efecto quisieron hablar segun el sentido natural de las palabras: ni hay repugnancia ninguna en suponerlo así. Luego no hay ninguna razon para subentender unas excepciones y restricciones que contradigan el sentido literal, si se concede que lo es: y si aquellos Padres las hubieren hecho en su mente, como no nos han dado ningun fundamento ni motivo razonable para conjeturarlo, no se hubieran propuesto otro fin que el de seducir á los fieles sencillos y corromper su fé. Conque tienen que decir los contrarios que tambien se puede dar á aquellas expresiones el significado en que ellos las toman: y en este caso á ellos les toca rebatir el raciocinio siguiente. Los Padres, deduciendo del derecho que tiene el Papa la obligacion de obedecerle los fieles, determinan por la naturaleza, extension y objeto de aquel derecho, la naturaleza, extension y objeto de esta obligacion, en consecuencia de la relacion que tienen entre sí. Es constante que el derecho por su naturaleza es de institucion divina (sobre lo cual no puede haber duda) es general en su extension, porque abraza todos los medios conducentes á la conservacion de la unidad (así lo exigen la generalidad de las divinas promesas y del precepto *confirma*, el fin de la primacia, que segun dicen los Padres es la misma unidad, y por último la cualidad de derecho primacial con el que está necesariamente unida una eficacia absoluta para conseguir este fin, de que quedaria privada si no pudiera ejercerse con todos los medios proporcionados); por último tiene por objeto inmediato la fé (ya lo hemos demostrado). Luego la obediencia es de derecho divino, es general, y en materias de fé. Mas siendo de derecho divino es perpétua como el derecho primacial á que

corresponde; siendo general no admite excepciones de autoridad privada; siendo en materia de fé exige el obsequio del entendimiento: luego aunque los Padres no usasen de unas palabras que expresasen exclusivamente nuestra doctrina, solo por derivarse del derecho Pontificio la obligacion de la obediencia se debe decir que este fué su pensamiento; y si hubieran tenido otro debian absolutamente manifestarnos con precision su modo de pensar, ya adoptando términos que no fuesen ambiguos, ó ya indicándonos el significado en que los usaban.

5. A pesar de la fuerza y evidencia de este razonamiento, no dejan de disparar los contrarios sus tiros contra aquella desgraciada obediencia que tanto les incomoda: y he aquí cuales son. 1.º La autoridad de los Obispos es de derecho divino; luego tambien la obediencia que les deben sus diocesanos: sin embargo pueden muchas veces los diocesanos por razones justas rehusar el prestársela actualmente, conservando siempre un respeto filial á la potestad legítima: 2.º la obediencia que deben las Iglesias particulares al Pontífice no es absoluta, sino regular y canónica, es decir segun los cánones, así como no es absoluta la autoridad del Papa sino que está subordinada á las reglas de la Iglesia universal (1), de consiguiente no excluye toda excepcion: 3.º los Obispos no menos que el Papa son jueces naturales de la fé, tienen el derecho de enseñarla, y por lo tanto de combatir el error y de proscribir los libros y los autores (2), sin que se siga de aquí que se les deba una ciega sumision de entendimiento que solo se debe á la Iglesia. Estas son en compendio las razones por las cuales los modernos *obedientísimos hijos* de la Santa Sede se creen con derecho para definir *non ita rigore intelligendas esse* las enérgicas expresiones de los Padres; para conciliar si fuera posible sus actuales violaciones de los más solemnes *decretos del Padre* de todos los fieles, con aquella obediencia sumamente cómoda para ellos que quisieran hubiesen enseñado los mencionados Padres. Veámos que fuerza tienen.

(1) *Vera idea*, p. 2, c. 3, §. 9.

(2) *Ibi*.

6. Antes de todo observaremos que todas tres establecen una perfecta paridad entre los derechos de los Obispos y los del Papa, y que así cae por sí mismo su fundamento, según lo que hemos demostrado, tanto en el *discurso preliminar* acerca de la monarquía del Papa, como en los anteriores capítulos de este tratado. Sin suponer esta igualdad de los derechos de los Obispos y del Papa, no se podría admitir la igualdad de las obligaciones de los fieles respecto de aquellos y de este; y sin la igualdad de los derechos y obligaciones respectivas, nunca se podría inferir la identidad de las consecuencias que se seguirían de la violación de los unos y de la transgresión de los otros. Pero no se puede admitir semejante igualdad de derechos, como lo conceden los mismos contrarios. Luego las razones que alegan, como que están apoyadas en la falsa hipótesis de esta igualdad, no tienen ninguna fuerza ni valor. Dicho esto en general, pasemos á examinar cada una de estas razones en particular. Y en cuanto á la primera diré, que aunque la autoridad de los Obispos es de derecho divino, y también de consiguiente la obediencia que les deben sus diocesanos, según el dicho de Cristo, *qui vos audit me audit, et qui vos spernit me spernit*; no se sigue por eso que en todo caso estén obligados á obedecer los diocesanos, pues puede darse alguno en que aun estén obligados á no hacerlo. Por esto no es perpétua la obligación de la actual obediencia de los diocesanos á sus Obispos; pues estos han sido constituidos jueces solamente *ad tempus*, como dice San Cipriano, porque siempre están subordinados al primer Gerarca; y esto lo conceden los mismos franceses. Un gobernador enviado por el Soberano á regir una provincia, manda en nombre del Soberano, y la obediencia que se le debe se deriva de la que se debe al Soberano mismo: y aun como no es absoluta la obligación de obedecer al Gobernador, como lo es la de obedecer al Soberano, puede darse el caso en que deba suspenderse la obediencia que se debe á aquel: supongamos cuando se supiese de cierto que mandaba una cosa contraria á la voluntad soberana, manifiesta y conocida por otra parte. Esto supuesto, aunque los Obispos tienen de Dios el poder de jurisdicción, con todo, en su ejercicio dependen nece-

*

sariamente de la Iglesia, mediante su subordinacion al Papa, como instituido por Dios, cabeza natural y suprema de la misma Iglesia, ni lo pueden negar los contrarios sin refutar primero sólidamente los argumentos que hemos puesto para probar la Monarquía eclesiástica (1). Luego la obediencia que se les debe, aunque de derecho divino, deberá considerarse como condicional, es decir, que así como el poder de jurisdicción de los Obispos está subordinado á la Iglesia, mediante el Papa, así tambien la sumision de los diocesanos deberá estar subordinada á la sumision que mediante el Papa se debe á la Iglesia. Luego si un mandamiento del Obispo fuese contrario á lo que manda el Papa, no solo no estarian obligados sus diocesanos á obedecerle, sino que deberian absolutamente no obedecerle (a). Hay pues un medio para que puedan conocer los fieles cuando deben obedecer al propio Obispo, y cuando no.

(1) *Discurso prel. §. 63 y sig.*

(a) Está bien concertado el plan de los enemigos de la Gerarquía eclesiástica para encerrar la autoridad del Pontífice dentro de los límites del obispado de Roma, y hacer así del Papa un Obispo, y de los simples Obispos otros tantos Papas. Si se llega á persuadir generalmente á los fieles que la obediencia que deben al Papa se la deben mediante su Ordinario, y que aunque las leyes y decretos emanados de la Silla Apostólica versen sobre materias de fe no les obligan si no las promulga su propio Obispo, es muy difícil conseguir el intento de sustraer enteramente de la católica dependencia del supremo Pastor á la grey que le confió el mismo Jesucristo. No me propóngo impugnar aquí directamente esta opinion enseñada magistralmente por el nuevo legislador de la policia eclesiástica (*Vera idea*, p. 2, c. 3), pues pertenece á otra cuestion, á saber, si el Papa tiene una jurisdiccion inmediata en las diócesis de los demás Obispos, y esta á la otra si el poder primacial es de diversa especie que el episcopal: sobre lo cual, ademas de los muchísimos apolo-gistas que nos hacen una pintura verdadera de los derechos esenciales de la primacia, se puede ver el Ilustrísimo Cuccagni en sus *Reflexiones* contra la *Verdadera idea* de Tamburini (*Reflex. 7. sobre el cap. 3, p. 73*). Para nuestro propósito basta exponer aquí brevemente algunas consecuencias de semejante doctrina. Si los fieles no deben obedecer al Papa sino por medio de su Ordinario; luego 1.º no hay una relacion inmediata fuera de la diócesis de Roma entre los fieles y el Papa: 2.º Luego es falso cuanto dice el autor en el parágrafo 7 del mismo capítulo, á saber: que «solo al Papa está encargada la vigilancia sobre todas las Iglesias, así como á los demas les está encargada la inspeccion sobre

Al contrario, la autoridad del Papa, como absoluta por ser intrínseca á la primacía que es absoluta, una vez que se ejerza producirá en los cristianos una obligacion absoluta. Pero

»una Iglesia particular, ó sobre una determinada extension de la Iglesia", y tambien es falso que solo el Papa *vocatus sit in plenitudinem potestatis, alii vero in partem sollicitudinis*, aunque él no lo niega. Porque teniendo el Obispo una jurisdiccion inmediata sobre su diócesis, ya no se podría parangonar la inspeccion del Papa con la de los Obispos, ni decir *con verdad* que el Papa tiene *la plenitud de la potestad*, y que los Obispos la tienen limitada; siempre que no fuese igualmente inmediata la jurisdiccion del Papa sobre todas las Iglesias, y la potestad, cuya plenitud reside en el Papa, no fuese de la misma naturaleza que la que se asegura ser limitada en los Obispos; pues la plenitud y el límite debe considerarse como dos respectos de una misma potestad para que valga la oposicion. 3.º Si los fieles no reconocen otro superior inmediato que el propio Obispo, en ningún caso deberán obedecer á otra autoridad si el Obispo no se la propone, y mucho menos contra la expresa prohibicion del Obispo; porque *omisso medio* obraria esta autoridad contra el órden de la *policía eclesiástica*, y de consiguiente no tendria fuerza para obligar, segun dice Tamburini: luego tampoco deberán obedecer los decretos de un concilio general, si no se los promulga su propio Obispo. Así lo deben conceder por sistema los que enseñan la necesidad de la aceptacion posterior; pero se encubren diciendo, que cuando consta que un concilio es legítimo y ecuménico, entonces en él se reconoce la Iglesia, y de consiguiente se le debe obedecer, no obstante el disenso del propio Ordinario, que disintiendo se declararia herege ó cismático. Pero preguntado yo ¿cómo puede constar esto legítimamente á un diocesano *omisso medio*, esto es, la promulgacion hecha por su gefe natural? ¿No es este el órgano, no es el conducto por donde conocen los fieles la obligacion de obedecer al Papa? ¿Por qué no lo ha de ser tambien respecto á la Iglesia? Y aun debemos argüir *à fortiori*: la Iglesia es la verdadera cabeza autorizada, á quien se debe una entera sumision de entendimiento: el Papa es el natural representante autorizado dado á la Iglesia por el mismo Jesucristo, y con el cual forma un solo todo, como se demostró cuando tratamos sobre el ser de piedra, y como lo hemos probado extensamente con la doctrina de Santo Tomas en el capítulo precedente; luego si se debe una obediencia solamente mediata al Papa, que es el representante, con mucha mas razon se deberá llamar mediata la que se debe á la Iglesia, que es la representada; porque se le debe mediante el Papa, y al Papa no se le deberia, aun en este caso, sino mediante el Obispo. 4.º Luego el Papa no podría mandar á los Obispos: ó en otros términos la autoridad de los Obispos no estaria esencialmente subordinada á la del Papa, porque podría ejercerse válidamente contra las determinaciones Pontificias; cuya doctrina hemos refutado suficiente-

siendo absoluta la autoridad en el Pontífice, tambien debe ser perpétua : luego la obligacion en los fieles tambien será perpétua porque es absoluta ; aunque no lo sea, porque es con-

mente en el discurso preliminar. En efecto, si debe estar esencialmente subordinada, luego el Papa podrá limitarla ó extenderla, exigiéndolo el bien de aquellos pueblos. Pero ¿ cómo podrá hacerse saber á los diocesanos la limitacion si no la manifiesta el Obispo, enemigo de los límites que se le quieran poner? Propongo pues este dilema: ó debe necesariamente publicarse por el mismo Obispo esta limitacion de la jurisdiccion episcopal, ó podrá manifestarse jurídicamente de otra manera. Si por el Obispo: luego no publicándola, ejercerá ni mas ni menos su amplia jurisdiccion, y estarán obligados los fieles á prestarle obediencia, como si el Papa no se la hubiera restringido, y de consiguiente hasta en aquellos objetos sobre que recae la restriccion. ¿ Pero la ejercerá válida ó inválidamente? Si lo primero: luego es nulo de suyo el límite puesto por el Papa, con el cual quiso quitarle la jurisdiccion en aquel caso, sobre aquellas materias &c.; y de consiguiente el ejercicio de la potestad primacial que tiene el Papa sobre los Obispos, dependerá de la libre y voluntaria sumision de los mismos Obispos. Ya se deja conocer que no hablo aquí de los Obispos tomados en cuerpo, y que solo considero á cada Obispo como un individuo sobre quien protesta Tamburini, aunque *ore tenus* solamente, que reconoce el primado de autoridad del romano Pontífice. Luego la primacia del Papa consistirá en una independiente dependencia, lo que es absurdo. Si se dice que el Obispo ejerce á la verdad inválidamente la jurisdiccion de que le ha privado el Papa, pero que sin embargo deben obedecerle los diocesanos; esto sería obligarles á un cisma, y querer la obligacion del uno sin el derecho del otro &c. Conque tienen que concedernos que si no manifiesta esta restriccion el mismo Obispo á quien se pone, se puede publicar jurídicamente por otro medio, y que despues de esta publicacion ya no deben reconocer en él los diocesanos aquella autoridad que se le quitó. Luego hay otro medio ademas del Ordinario para obligar á los fieles de cualquiera diócesis. Pues bien; si le hay para el caso de deposicion ó restriccion de autoridad, ¿ por qué no le ha de haber para una definicion que no aceptase el Obispo? 5.º Si no aceptándola el Obispo, tampoco estuviesen obligados á aceptarla los diocesanos, aunque supiesen que habia salido del tribunal legítimo del Papa; pregunto, si por lo contrario aceptándola ó publicándola el Obispo, estan obligados á aceptarla tambien los diocesanos, y á sujetar á ella su propio entendimiento. Si no lo estan: luego los fieles no reconocen ningun tribunal en materia de fé; no el del Papa, cuando no se verifica la promulgacion del Obispo; no el del Obispo, porque pueden no sujetar á él su entendimiento. ¿ Pues cuál ha de ser? ¿ El de la Iglesia? Empero *emitido el medio* no obliga, y este medio es la voz del Papa y de los Obispos. Mas si estan obligados á aceptarla sometiendo su propio enten-

dicional, la que tienen de obedecer al propio Obispo.

7. La obediencia que se debe al Papa no es *absoluta*, replican los contrarios en su segunda objecion; debe ser *regular y canónica*, luego *condicional*: como tambien es *condicional* la autoridad del mismo Papa por la misma razon, y porque depende del consentimiento de la Iglesia. Pero explíquenme con precision qué clase de gobierno fingen ellos en la Iglesia, en el cual se haga una ley, y como tal se promulgue solemnemente, aunque no lo sea en realidad, y en el cual el que la hace y promulga por una potestad originaria, no tiene tambien el derecho de hacerla ejecutar. Ni aun en las mismas repúblicas se forma jamas una ley con todas las solemnes formalidades acostumbradas, la cual por faltar el consentimiento de los magistrados respectivos, necesario por la constitucion de la república para la esencia de la misma ley, esté privada esencialmente de todo vigor. Antes de todo la fortalece con el valor de los votos que se han pedido el que representa toda la república, ó preside á la competente autoridad; despues se pasa á su promulgacion, oida la cual deben suponer los súbditos que está adornada con todo lo que la constituye verdadera ley, y de consiguiente obligatoria. Por tanto, si las mas auténticas definiciones Pontificias, y las mas solemnes constituciones generales no obligasen antes de concurrir el consentimiento de la Iglesia, no serían ciertamente verdaderas reglas de fé y verdaderas leyes. ¿Pues por qué se publican como tales, sin que ni siquiera sospechen los fieles que haya consentido la Iglesia todavía? ¿Qué gobierno es este en que el Pontífice hace y publica como ley la que no lo es, y en la cual se manda de un modo absoluto, y no se exhorta simplemente; donde se decide y no se pide consejo solamente; que se dirige no solo á los Obispos sino á todos los fieles indistintamente, exigiendo de ellos una completísima sumision sin indicar de ningun modo la pretendida condicion, sino dándoles la ley absolutamente sin limitacion de tiempo, lugares dimiento así que el Obispo la recibe y promulga; luego ó él será infalible para que no se vean precisados á profesar la heregía, ó es falso que no se debe creer sino solamente por la autoridad infalible. Camine mas adelante el lector porque el camino es muy llano.

ni personas; que se dirige de consiguiente á los fieles adornada con todos los requisitos esenciales, y por lo tanto como voz de la Iglesia? Si fuese este el plan establecido por Jesucristo, lejos de proveer á la seguridad y unidad de la fé, nos conduciría fácilmente al cisma y á la heregía; porque siendo contrario á cualquiera organizacion de gobierno que pudiesen conocer los fieles, sería inevitable su engaño, apoyándose ellos en la persuasion universal, de que cuando el Príncipe legítimo da solemnemente una ley, está adornada con todos sus constitutivos esenciales. Conozco muy bien cómo puede tener lugar de algun modo en los concilios la condicion que pretenden los contrarios; porque allí habla el Pontífice á sus conjuces y les pide su dictámen: lo que podia bastar para creer que no intenta pronunciar un juicio definitivo independientemente del consentimiento de aquellos. Pero hablando del mismo modo, y aun con una autoridad mas absoluta fuera del concilio á los fieles que son sus súbditos y saben que lo son, aunque se les enseñase que el Papa debe hablar *ex consensu Ecclesiæ* siempre que promulga solemnemente cualquiera definicion, no dudarian que se habia consultado á la Iglesia, y que esta habia adherido antes de la promulgacion al punto consultado, exigiéndolo así el buen orden y la práctica de todo gobierno, aunque sea el republicano. Si se dice á los fieles que su Obispo no puede hacer ninguna ley sin el consentimiento de su Iglesia, es decir, de todo su clero; cuando vea fijo en los parages públicos acostumbrados un solemne decreto del Obispo, supondrá sin dudar nada, como observa Tamburini (1), que no habrá faltado el Obispo á la obligacion de consultarla; porque «no es creible que á la faz de su » Iglesia quiera manifestar un parecer contrario á lo que ella » siente.» Luego mucho mas deberá suponerlo el cristiano en el Papa que decide á la faz de toda la Iglesia.

8. El mismo Tamburini no puede menos de reconocer este desórden que describe y llora con un tierno celo de esta manera. «Acostumbrados, dice, los hombres á la antigua práctica de los Obispos, que nada hacian sin consultar á su clero,

(1) *Vera idea*, p. 1, c. 2, §. 11.

» no han reflexionado sobre la variacion de la disciplina (a),
 » que se ha verificado en los tiempos posteriores, en los cua-
 » les han caido en desuso los concilios provinciales, y han
 » llegado á ser rarísimos hasta los diocesanos. No han reflexio-
 » nado que los Obispos han dejado de consultar á su clero, des-
 » de que se introdujo en ellos un ciertò espíritu de dominacion
 » pretendiendo muchos gobernar solos la Iglesia como dueños
 » absolutos (1).» Conque tampoco á los Obispos (no siendo
 absoluta su potestad legislativa, ni pudiendo ejercerla sin el
 consentimiento del clero) deberian prestar los diocesanos una
 obediencia absoluta sino solamente condicional; es decir, si el
 clero ha prestado su asenso á los decretos del Obispo. Mas
 Tamburini confiesa que en el dia no esperan los diocesanos
 el posterior consentimiento del clero, y aunque lo supongan,
 es falsa semejante suposicion: luego declara que es una obediencia
 indebida la que ahora se presta á los Ordinarios. Por otra
 parte dice que lo mismo sucede respecto del Papa, es decir
 que se le obedece en la suposicion de que habla con el consen-
 timiento de su Silla, ó sea segun el sistema contrario, de su
 Iglesia. «Por esto se ha creido siempre que se interpela á la
 » Silla Apostólica cuando se interpela al Papa que preside
 » en ella; y se presume que el juicio solemne del Papa es una
 » misma cosa con el de la Santa Sede.» Mas este supuesto es fal-
 so; luego será indebida la obediencia que se presta aun al mis-
 mo Papa. ¿Pues á quien obedecen ahora legítimamente los fie-
 les? No al Papa, no á los Obispos; luego tampoco á la Iglesia. Este
 argumento con que queda convencido Tamburini en el *dis-*
curso preliminar de que segun él ha faltado el gobierno esen-
 cial de la Iglesia, y de consiguiente la Iglesia misma, sirve tam-
 bien para demostrar que en su hipótesis nunca se distinguiria
 con certeza la voz autoritativa de la Iglesia, no solo dispersa si-
 no congregada en concilio. Porque ¿cómo puede saber el Obispo

(a) Disciplina por otra parte esencial, porque los novadores quieren que sea determinativa de la forma del gobierno establecido por Cristo, y de consiguiente que constituya la competencia y legitimidad de los tribunales eclesiásticos; sin la cual no están obligados los fieles á pres-
 tarles su sumision, pues deja de ser divina su autoridad en aquellos puntos,

(1) *Ibi.*

que antes de promulgar el Papa un juicio solemne ha consultado á su Iglesia, y que esta piensa del mismo modo? Y si lo acepta y publica en su diócesis, ¿cómo sabrán los fieles con certeza que antes de publicarlo ha consultado á su clero, como sería necesario si no pudiese dar sin su consentimiento un decreto obligatorio en calidad de Cabeza de aquella Iglesia? Si el Obispo respecto del Papa, y si los fieles respecto del Obispo suponen falsamente que han dado su consentimiento las Iglesias respectivas, se sigue que su obediencia no ha sido la que conviene; de consiguiente no se podrá decir que se ha prestado á la Iglesia, la cual comprende segun piensan los novadores al Papa, á la Silla, á los Obispos, al Clero, y al Pueblo. Lo mismo se debe decir de la Iglesia reunida en concilio. ¿Saben los fieles fuera de toda duda que sus Obispos, que llevan al concilio la doctrina de sus Iglesias, la han consultado realmente, y exponen allí la fé de estas con veracidad? Y si no lo saben, ¿cómo podrán creer que la doctrina de aquel concilio es la doctrina de la Iglesia Católica? ¿Acaso por la aceptacion posterior? Luego sabrán que sus Ordinarios han tratado sobre aquella doctrina con sus Iglesias despues de cerrado el concilio, y antes de publicarlo solemnemente como recibido. ¿Y si no lo han hecho? En ese caso será indebida la obediencia que se preste á aquel concilio, y falsamente supondrán los fieles que en él ha hablado la Iglesia. He aquí por lo tanto reducido el fundamento de nuestra fé á simples suposiciones y conjeturas, que aun segun el testimonio de Tamburini son falaces por lo comun, y especialmente en semejante sistema. ¿Dónde está pues la certeza de la fé si flaquea el fundamento? ¿Dónde está ni siquiera la fé, que como observa San Bernardo *non est aestimatio sed certitudo* (1)? He aquí á que se reducen tantas *condiciones* como se quisiera introducir para que la autoridad de los presentes tribunales eclesiásticos obligase verdaderamente á las conciencias de los fieles: condiciones que no se ven ahora verificadas, que no lo fueron hace mucho tiempo, y que tal vez no lo serán hasta la consumacion de los siglos. Y entre tanto no reflexionando los fieles *sobre esta variacion*, vivirán engañados, y es-

(1) *De error. Abailardi, c. 4.*

tará expuesta su fé á un peligro inevitable; habiendo sido prometida la infalibilidad únicamente al tribunal legítimo de la Iglesia. Por tanto la obediencia *regular* y *canónica* llega á ser la mas *irregular é indebida*. Luego sería necesario retroceder hasta los tiempos mas remotos de la Iglesia, en que segun los contrarios no se usaba este mando absoluto ni por el Papa ni por los Obispos sin un antecedente consentimiento de la misma, para hallar el último verdadero acto de fé, hecho en obediencia á la autoridad de la verdadera Iglesia infaliblemente reconocida. Bien que hasta en aquellos tiemposse podria sospechar, que aunque el Papa y los Obispos consultasen á sus respectivas Iglesias, no fuesen sin embargo muy fieles en manifestar en sus juicios el verdadero dictámen de aquellas, y que callasen tambien entonces las Iglesias particulares por temor ó por otros motivos, como se pretende que ha sucedido en los últimos tiempos. Pero no, se responde: Dios no puede permitir este engaño universal: la voz de la Iglesia se hace oír y distinguir de las voces de los hombres: es clara, es manifiesta (1). Luego Dios, arguyo yo, no puede permitir que se introduzca universalmente en la Iglesia un sistema que de suyo nos haga por necesidad confundir la voz de la Iglesia misma con las voces de los hombres, y nos induzca de consiguiente al error. Tal sería el promulgar solemnemente las leyes, y pronunciar definitivamente los juicios dogmáticos sin haber consultado primero á las Iglesias, en la hipótesis de los contrarios; luego Dios en esta hipótesis nunca podria permitir que semejante sistema se introdujese universalmente en la Iglesia. Es así que se ve universalmente introducido, y lo confiesa Tamburini; luego es falsa la hipótesis de los contrarios; esto es, es falso que sea absolutamente necesario que los Obispos consulten á las Iglesias particulares y el Papa á la universal, antes de publicar solemnemente una ley y pronunciar un juicio definitivo: y aunque lo fuese en el plano ordinario debíamos concluir que Dios, para que los fieles *no doblen la rodilla al error*, y para que no la doblen necesariamente, debería suplir el defecto con una asistencia especial y extraordinaria.

(1) *Analisi sopra le prescr.* §. 65.

9. De todo lo que hemos dicho hasta aquí se sigue legítimamente que si por aquella *regular y canónica obediencia* que deben al Papa las Iglesias particulares, entiende Tamburini una obediencia condicional, esto es, *dummodo accedat consensus Ecclesiæ*; como se debe llamar *condicional* por la misma razon la que deben los fieles á sus Obispos; tambien la fé sería condicional, es decir, no sería fé: y no verificándose hace mucho tiempo la *condicion* segun él mismo confiesa, estaria trastornado todo el sistema esencial de la Iglesia: y arruinada esta por lo mismo. Además de esto, nunca se podria tener el consentimiento de la Iglesia universal. O una Iglesia particular acepta una definicion del Papa *dummodo accedat Ecclesiæ universalis consensus*, ó la desecha expresamente, suponiendo que la ha desechado la misma Iglesia. Otra Iglesia acepta lo que aquella desecha, y desecha lo que ha aceptado la primera. Estas dos Iglesias ó se apoyan en la misma suposicion, ó ponen la misma condicion. Así sucederia con todas las Iglesias, si cada una de por sí prestase al Papa semejante *regular canónica obediencia*. Y la primera que aceptase la decision expresa y absolutamente no la aceptaria seguramente por la autoridad de la Iglesia universal, cuyo consentimiento no se habria manifestado todavia; lo mismo digo de la segunda, la tercera &c. hasta el número completo que compone la universalidad. Luego en ninguna de ellas sería *regular y canónica* la obediencia. Pero sí lo sería, añaden; porque aquellas Iglesias particulares cotejan en sus sínodos la doctrina definida por el Papa con la Escritura y la tradicion, es decir con la doctrina infaliblemente reconocida por la Iglesia en los tiempos anteriores, y de consiguiente la aceptan por la autoridad de la Iglesia. Si esto es desatar el nudo, lo será tambien el multiplicar los nudos. Porque el juicio que forman aquellas Iglesias de la conformidad ó discrepancia entre la doctrina Pontificia y la doctrina de la Iglesia, ó lo pronuncian absolutamente con una total sumision de fé, ó condicionalmente con dependencia del juicio posterior de la Iglesia universal. En el primer caso se erigen aquellas Iglesias en tribunales infalibles, y su obediencia no es *regular y canónica*: en el segundo queda en pie la primera dificultad, á saber que juzgando todas

las Iglesias particulares separadamente, con dependencia del juicio posterior de la Iglesia, habrá otros tantos juicios condicionales y provisorios, que tomados cumulativamente nunca formarán un juicio supremo y absoluto de la Iglesia universal. Podrá darse este en un concilio ecuménico, donde hay un *placet*, ó un *non placet* absoluto de cada uno de los Obispos, porque se les pide directamente, y se puede por lo mismo contar los votos; pero fuera del concilio no se puede tener este *placet* absoluto, porque en virtud de él se admitiría la doctrina, se creería y enseñaría á los fieles, lo que se supone que no puede hacerse independientemente del consentimiento de la Iglesia universal. Tendremos ocasion de tratar este punto mas por extenso. Por ahora basta concluir que no pudiendo sin un manifesto peligro de la fé ser por su naturaleza condicional la autoridad que ejerce el Papa en sus definiciones solemnes fuera del concilio, tampoco lo puede ser la obediencia que le deben los fieles; sino que debe ser general y absoluta sin excepciones de privada autoridad, y extenderse á todos aquellos medios que el Papa como cabeza suprema juzgue á propósito para la conservacion de la unidad.

10. Tambien se deshace por sí mismo todo lo que dicen los contrarios en tercer lugar. Los Obispos, dicen, son *jueces naturales de la fé* no menos que el Papa; sin embargo no se les debe una ciega sumision de entendimiento, luego tampoco al Papa. Pero de ningun modo se da esta paridad: 1.º porque es verdad que son conjuces en el concilio, pero fuera de él no son sino jueces subordinados: así hemos visto que lo enseñó Le-Gros, y lo dijo el Aliacense en la causa de Montesson en la conclusion primera. *Ad Episcopos catholicos pertinet auctoritate judiciali inferiori et subordinata ea, quæ sunt fidei, judicialiter definire*: 2.º porque tampoco los Obispos con sus sínodos particulares deciden los puntos de fé definitivamente, y con ánimo de imponer á sus diocesanos una absoluta necesidad de creerlos con firme adhesion del entendimiento, y si lo hiciesen, no evitarian la nota de herejes si definian un error, é incurririan absolutamente en la de cismáticos por sustraerse por sí mismos de la autoridad de la Iglesia, previniendo su juicio: cuya nota les atribuiria el mismo Tamburini, como lo

hemos probado tratando del gobierno de la Iglesia (1). Por el contrario el Papa es la suprema cabeza, y como tal juzga absolutamente, y exige la sumision del entendimiento, esto es una firmísima fé en sus decisiones. Así pues como no es una misma la autoridad, la intencion, y el modo de definir en el Papa y en los Obispos; así tampoco podrá decirse que es una misma la obediencia debida al Papa y á los Obispos; y por consecuencia puede ser absoluta y de entendimiento la que se presta al Papa, aunque no lo sea la que se presta á los Ordinarios.

11. Otra razon con que se prueba la obligacion de esta absoluta obediencia á las definiciones del Papa, es la siguiente. O tiene el Pontífice un verdadero derecho para imponerla, ó no le tiene: si le tiene, luego tambien le tendrá para usar de aquellos medios que son á propósito para conseguirla: si no le tiene, luego el derecho de definir no será un derecho primacial, pues para serlo debe tener la facultad de hacerse obedecer, y de adoptar de consiguiente los medios necesarios para ello. Luego hará muchos siglos que han definido ilegítimamente los Pontífices, y han ligado inválidamente las almas con la fuerza de los preceptos, con la imposicion de las penas, y con las censuras espirituales, y por lo mismo sin una verdadera jurisdiccion; porque esta, segun Tamburini (2), consiste en poder hacer todas estas cosas: por lo qual se debe decir que en todo este tiempo han errado todos los católicos por haber reconocido siempre en el Papa dicha jurisdiccion, como confiesa el mismo apóstata Marco Antonio de Dominis, que por tanto quiere separarse de ellos, por quanto *in eo requirunt veram jurisdictionem, hoc est, vim coactivam* (3). Luego el Papa debe tener un pleno derecho para usar de los medios proporcionados á obtener de los fieles la obediencia que les está mandada. Luego debe estar provisto de la fuerza *coactiva* (a); y esta fuerza debe estar necesariamente conexas con el Primado,

(1) Discurso preliminar §. 35 y siguientes.

(2) *Vera idea*, p. 2, c. 2, §. 6.

(3) *De Rep. Eccl. c. 1, n. 1.*

(a) Se probará de un modo invencible en el capítulo siguiente que el Papa tiene esta fuerza coactiva: ahora la deducimos solamente, como corolario, del derecho de definir. Cada una de las prerogativas del

porque de otra manera no sería de derecho divino, y así no dependería del derecho de definir y mandar; de modo que el Primado no tendría *veram jurisdictionem*. Luego podrá ejercerse con anterioridad al consentimiento de la Iglesia; lo que pruebo convincentísimamente de este modo. Para demostrar que la autoridad de los Obispos no se deriva de la del Papa, y que ninguno de ellos es inferior en su propia diócesis al mismo Papa; que á este nada le está particularmente reservado; que no tiene ninguna jurisdicción inmediata en las diócesis de otros; que los Obispos tienen un derecho absoluto de regir y gobernar su propia grey; que no están obligados á consultar con nadie sino con su clero para la dirección del gobierno, ni tienen necesidad de recurrir á la Santa Sede para condenar los errores que se levantan: para demostrar, digo, todo esto; no alegan los novadores la divina institución de los Obispos, queriendo que por ella hayan recibido inmediatamente de Cristo la autoridad Episcopal igual en todos sin excluir al Papa; siendo uno el origen, una la naturaleza, y de consiguiente una la autoridad del Episcopado? Pues bien, admitido por un momento este principio, arguyo de esta manera. Si el Obispo recibiese del Pontífice su autoridad de gobierno, ya no sería el Episcopado de institución divina, según el sistema de los contrarios: luego *a pari* tampoco sería de institución divina el derecho que le proviniese al Papa mediante la Iglesia. Mas: si no tuviese el Obispo una jurisdicción absoluta en el gobierno de su diócesis, no tendría de Dios en el sistema de los contrarios la autoridad de regir y gobernar: luego toda autoridad que viene inmediatamente de Cristo no reconoce en su género superioridad alguna, y puede ejercerse sin ninguna dependencia. Estas son las consecuencias necesarias de las premisas de los contrarios. Pero en cuanto á la primera; si el poder de obligar á los fieles á la obediencia fuese posterior al consentimiento de la Iglesia, se derivaría en el Papa mediante la Iglesia, como una señal necesaria del consentimiento de la Iglesia, luego no sería de derecho divino. Y

Pontífice que incluyen autoridad y están expresas en la Escritura, contiene en sí todas las demás. Tal es la armonía de los textos.

en cuanto á la segunda, si el Papa no pudiese ejercer aquella potestad sino dependientemente de la Iglesia; luego no emanaria inmediatamente de Cristo. De estas ilaciones se sigue tambien necesariamente, que la referida potestad no sería primacial, y que antes bien estaría privada de autoridad la misma primacia; lo que es un absurdo. En efecto, la autoridad del Primado debe determinarse por su objeto formal, que es la conservacion de la unidad, por lo que todo derecho Pontificio debe tender á reducir á esta unidad á los extraviados: lo que no se puede hacer sin la fuerza coactiva. A esta consecuencia hubiéramos ya conducido naturalmente á nuestros contrarios, si sus continuas contradicciones que interrumpen el hilo de los racionios, y hacen desviarse de la línea de su mútua conexion y dependencia, no detuviesen con tanta frecuencia el discurso á la mitad del camino. Sin embargo, ya se puede conocer que tienen que llegar á este término. Recojamos, pues, y pongamos en orden las verdades que hemos demostrado en este capítulo. 1.º Enseñan los Padres que el precepto de Cristo de confirmar á los hermanos confiere al Papa el derecho de exigir obediencia á sus definiciones, y que esta obediencia debe consistir en la sumision del entendimiento: 2.º luego el Papa es infalible; porque si no, podrian ser inducidos necesariamente los fieles al error: 3.º esta obediencia intelectual se prueba por las mismas expresiones de los Padres, como tambien por la naturaleza del derecho, de donde ellos dicen que se deriva como una consecuencia: 4.º no hay la paridad que ponen los contrarios de la obediencia debida á los Obispos: 5.º la necesidad de esta absoluta sumision resulta principalmente del poder que tiene el Papa de obligar á ella á los fieles antes del consentimiento de la Iglesia. Toda esta cadena de verdades depende de la idea de los derechos primaciales, entre los cuales cuentan los Padres el de definir. Luego tambien la última deduccion, á saber que al Papa le pertenece la fuerza *coactiva* antecedentemente al consentimiento de la Iglesia, es doctrina de los Padres, porque aquella fuerza es inseparable del derecho de definir que reconocen en él. ¿Quién pues nos podrá negar que la naturaleza del derecho que tiene el Pontífice para confirmar, y de la

obligacion de obedecerle que tienen los fieles, segun nos la declaran los Padres, nos guia necesariamente á reconocer la infalibilidad Pontificia, como base de los derechos y obligaciones respectivamente del Papa y de los fieles? Qué, ¿habrá dado Cristo al Pontífice una potestad absoluta para obligar á los fieles á que abracen el error, y á estos una verdadera obligacion de profesarlo? Pues así sería si no hubiera concedido al primero el privilegio de la infalibilidad.

CAPITULO VII.

Si se dió directamente á San Pedro el poder de las llaves: si en el ejercicio de este poder reconoce algun superior: y las consecuencias de todo esto.

1. El poder de las llaves, dice Tamburini, consiste «en el derecho de gobernar la propia grey, de ligar las almas con la fuerza de los preceptos, con la imposicion de penas y censuras espirituales, y desatarlas con las dispensas, indulgencias y absoluciones de las mismas censuras (1).» lo que lleva consigo una verdadera fuerza *coactiva*. Es pues de la mayor importancia el saber si el Papa tiene este derecho independiente-mente. En el capítulo anterior lo hemos deducido por corolario, ahora lo probaremos directamente y defenderemos contra las objeciones de los novadores, los cuales pretenden que «en el poder de las llaves todos los Apóstoles fueron iguales á San Pedro, y de consiguiente lo son todos los Obispos al Papa.» Es claro que no lo pueden ser si en este poder no tiene San Pedro ningun superior; en otro caso serían los Obispos otros tantos monarcas absolutos en la Iglesia. Y que San Pedro no tenga ningun superior, es una consecuencia de habérsele conferido *directamente* las llaves, es decir, sin relacion alguna á otra autoridad mayor. Y que las llaves se le dieron directamente lo prueba este silogismo. Todos los privilegios y derechos primaciales se confirieron directamente á San Pedro: el poder de las llaves es un poder primacial en

(1) *Vera idea*, p. 2, c. 2, §. 6.

San Pedro; luego &c. Toda la dificultad está en la menor. Pero el que no sea de los que *in malitia sua inconvertibiles perseverantes... falso diligentiae nomine, dum veritatem se mentiuntur inquirere, mendacia desiderant seminare* (1); no podrá menos seguramente de quedar convencido con la autoridad de los siguientes testimonios.

2. El poder de las llaves fué conferido á San Pedro en premio de su confesion, como lo fué el haber sido constituido piedra y fundamento de la Iglesia. Probado esto, quedará probado el asunto. Pues bien; que este poder se concedió realmente á San Pedro por aquel título lo afirma primeramente San Leon, quien exponiendo los privilegios que le dió Cristo se explica de este modo: *Beatus es Simon Bar-Jona, quia caro et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in cœlis est. Id est, ideo beatus es, quia Pater meus te docuit, nec terrena opinio te fefellit, sed inspiratio cœlestis te instruxit, et non caro et sanguis, sed ille me tibi, cujus sum unigenitus filius, indicavit. Et ego, inquit, dico tibi: hoc est, sicut Pater meus tibi manifestavit divinitatem meam; ita et ego tibi notam facio excellentiam tuam, quia tu es Petrus. Id est, cum ego sum inviolabilis petra, ego lapis angularis, qui facio utraque unum, ego fundamentum, præter quod nemo potest aliud ponere: tamen tu quoque petra es, quia mea virtute solidaris, ut quæ mihi potestate sunt propria, sint tibi mecum participatione communia. Et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Super hanc, inquit, fortitudinem æternum extruam templum: et Ecclesiæ meæ cælo inferenda sublimitas, in hujus fidei firmitate consurget. Hanc confessionem portæ inferi non tenebunt, mortis vincula non ligabunt: vox enim ista, vox vitæ est. Et sicut confessores suos in cœlestia provehit; ita negatores ad inferna demergit. Propter quod dicit beatissimo Petro; Tibi dabo claves regni cœlorum. Et quæcumque ligaveris super terram, erunt ligata et in cœlis: et quæcumque solveris super terram, erunt soluta et in cœlis. Transit quidem etiam in alios Apostolos vis potestatis istius, et*

(1) S. Leo, ep. 156 ad Leon. Aug.

*ad omnes Ecclesiæ principes decreti hujus constitutio commēavit: sed non frustra uni commendatur, quod omnibus intimatur. Petro enim ideo hoc singulariter creditur, quid cunctis Ecclesiæ rectoribus Petri forma præponitur. Manet ergo Petri privilegium, ubicumque ex ipsius fertur æquitate judicium. Nec nimia est vel severitas, vel remissio, ubi nihil erit ligatum, nihil solutum, nisi quod beatus Petrus aut solverit, aut ligaverit (1). Estos dos privilegios, la fortaleza de piedra (a), y la potestad de las llaves, fueron pues un premio de su confesion, como mas claramente todavia lo afirma el Santo Pontífice en otra parte: *Tantum in hac fidei sublimitate complacuit, ut beatitudinis felicitate donatus, sacram inviolabilis petra acciperet firmitatem.... nec in solvendis aut ligandis quorumque causis aliud ratum esset in calis, quam quod Petri cedisset arbitrio* (2). Luego da la razon diciendo, que por tanto se le dió esta potestad, por cuanto la fé que confe-*

(1) *Serm. 3. in anniv. assumpt.*

(a) Es notable la distincion que hace el Santo Pontífice entre la fortaleza de la piedra y la firmeza de la fé: no parece sino que se dirige propiamente contra los que entendiendo por fundamento de la Iglesia únicamente la fé, excluyen la persona del Pontífice representada en San Pedro, ó no quieren al menos que sea infalible. Sobre la fortaleza de la piedra entiende el Santo que fundó Cristo un templo eterno (la Iglesia), y que *de la firmeza de la fé se levanta sobre las esferas la sublimidad de esta Iglesia*. Por tanto, no es difícil, y aun es muy natural el creer que en la primera mirase á lo exterior de la Iglesia, conviene á saber, al régimen gerárquico, inalterable hasta la consumacion de los siglos, cuyo principio y supremo poder está en Pedro, constituido como roca inexpugnable para guardar el depósito de la fé, porque cabalmente ha sido confirmado en ella, como se vé por el contexto; y en la segunda, mirase solamente á lo intrínseco, ó sea á la esencia de la Iglesia, que consiste primariamente en la fé de la divinidad de Cristo; cuya fé es tanto mas sublime, cuanto lo es su objeto que es Dios, á quien ella eleva de tal modo los fieles perfectos, que se pueden llamar con verdad ciudadanos del cielo; y es al mismo tiempo la base primaria y esencial de este espiritual edificio, sin cuya firmeza, así como no se podrian creer los demas artículos, así tampoco se sostendria el mismo edificio. Aprendan de aquí los novadores que si alguna vez pueden oponernos algun Padre que llame fundamento de la Iglesia á la fé profesada por Pedro, nada pueden inferir contra nosotros de semejantes autoridades, pudiéndose interpretar en el sentido en que se explica San Leon.

(2) *Serm. 98.*

*

só «levanta hasta el cielo al que la profesa, y abisma en el infierno al que la desecha», quiere decir, porque así como San Pedro fué el primero en conocer la divinidad de Jesucristo, que si no se confiesa estan cerradas las puertas del cielo; así á él le convenia el poder de desatar ó ligar, esto es, de abrir ó cerrar las puertas del cielo. Luego este poder que tiene San Pedro es un verdadero poder primacial. Ni deja duda ninguna de ello el Santo Pontífice, cuando refiere las maravillas que hizo Cristo desde que resucitó hasta que subió á los cielos, entre las cuales comprende el cuidado que encomendó á Pedro de apacentar el rebaño; infiriendo de aquí que supera en esta incumbencia universal á todos los demas, así como los supera en el poder de las llaves: *In his per insufflationem Domini infunditur Apostolis omnibus Spiritus Sanctus, et beato Petro SUPRACÆTEROS, POST REGNI CLAVES, dominici ovilis cura demandatur* (1). San Gregorio Magno dice mas todavía, demostrando que San Pedro fué tambien verdaderamente constituido Príncipe, y condecorado con una presidencia de autoridad en toda la Iglesia, mediante á habérsele dado el poder de las llaves: *Cunctis Evangelium scientibus liquet, quod voce dominica, sancto et omnium apostolorum principi Petro, totius Ecclesiæ cura commissa est: ipsi QUIPPE dicitur: Tibi dabo claves regni cœlorum* (2). El mismo language usan los demas Padres, entre los cuales el venerable Beda dice expresamente que no solo se dieron las llaves á Pedro como cabeza, sino que con ellas se le confirió tambien la suprema autoridad en el ejercicio de la potestad judicial: *Petrus specialiter claves regni cœlorum, et principatum judiciariæ potestatis accepit* (3); y Santo Tomas enseña que *Petro soli promisit (Christus): Tibi dabo claves regni cœlorum, ut ostenderetur potestas clavium per eum ad alios derivanda* (4). Tal es igualmente la fé de todos los siglos, atestiguándolo en pleno concilio el Sacerdote Felipe, legado de la Silla Apostólica: *Nulli dubium, imo sæculis omnibus notum est, quod sanctus*

(1) *Serm. 72 de ascens. Domini.*

(2) *Lib. 4, ep. 32.*

(3) En la homilía del día de San Pedro y San Pablo.

(4) *Lib. 4, adv. Gen.*

beatissimusque Petrus, Apostolorum princeps et caput, fideique columna, et Ecclesiæ catholicæ fundamentum, a Domino nostro Jesu Christo Salvatore humani generis, et Redemptore, claves regni accepit, solvendi que ac ligandi peccata potestas illi data est; qui ad hoc usque tempus vivit semper in suis successoribus, et judicium exercet (1). ¿Pero qué juicio se debe entender aquí que ejerce en sus sucesores en quienes vive, sino el de atar y desatar? De esto solo se habla en este lugar. Y además, ¿á qué fin habia de numerar todas aquellas excelentes prerogativas de la Cabeza para inferir de ellas un derecho comun á todos los demas, y de igual extension en todos? Convendría que nuestros novadores hubieran nacido en aquellos tiempos para enseñar el arte entonces desconocida de vestir á la nada con los engañosos adornos de una aparente realidad, como acostumbran hacerlo ensalzando el primado en unos términos sumamente escogidos y magníficos despues de haberle reducido á un esqueleto informe, á un vano fantasma, y verdaderamente á nada.

3. Y no me digan que los textos alegados, aunque tan fuertes al parecer, no por eso dejan de admitir interpretaciones contrarias. Porque además de la naturaleza de la objecion, que nos conduciría á una perpétua incertidumbre sobre todos los documentos de la tradicion, podemos presentar en contrario varios testimonios inconfusos de autores nada sospechosos á nuestros contrarios, que reconociendo en la entrega de las llaves la primacia Pontifical, confirman nuestra interpretacion. Así Pedro de Marca (2) y el Ilustrísimo Bossuet proponiéndose la objecion de que las mismas llaves se dieron tambien á los Apóstoles, responden que la entrega de estas llaves dos veces repetida, una á San Pedro solo y otra á San Pedro juntamente con los demas, significa que la eclesiástica autoridad «*primièrément établie en la personne d'un seul, ne s'est répartie que qu'à condition d'être toujours ramenée au principe de son unité; et que tous ceux qui auront à l'exercer, se doivent tenir inséparablement unis à la même chaire*» (3); es-

(1) *Conc. Eph. Act. 3.*

(2) *De discr. Cler. et Laic. c. 3.*

(3) *Bossuet. Sermon en la apertura de la asamblea del año 1681.*

to es de San Pedro. Entre los mas modernos no deberá pesar á nuestros contrarios el oír lo que dice uno de ellos, á quien veneran como maestro, y le tributan tantos aplausos en aquellas escuelas donde se hace profesion de una afectada libertad, y de una perniciosa despreocupacion: hablo de Valla. He aquí como se explica sobre nuestro asunto. *Nonne perspicuum est, duplici illa petræ et clavium metaphora, auctoritatis amplitudinem significari, quæ ad eum pertineat, ad quem totius Christi sermo dirigitur? Atqui verba Christi ad ipsum Petrum spectant: ergo et potestas, quæ petræ et clavium imaginibus designatur. Et vero, nonne ridicula esset tanta verborum emphasis, nisi majorem et ampliorem Petro quam cæteris Apostolis, potestatem concederet Christus?* (1). No sé cómo se pueda explicar mejor el poder primacial, que llamándole *potestatis amplitudinem*; ni veo cómo se pueda mostrar mas claramente que el poder de las llaves es en San Pedro un derecho de su primacia, sino comparándolo con el que se indica en la metáfora de la *pedra*. Por tanto, si Tamburini hubiera bebido en estas fuentes, no defenderia que todos los Apóstoles fueron iguales en el poder de las llaves, y que por lo mismo no es una prueba del primado. No hay igualdad donde hay gradacion, y esta siempre la hay cuando se da mayor y menor: consta de los autores citados que hay esta gradacion de mayor y menor en el poder de las llaves, dado por Cristo á Pedro y á los demas Apóstoles; luego no hay en él aquella igualdad que enseña Tamburini; sino que Pedro supera á los Apóstoles y el Papa á los Obispos en el poder de las llaves; y de consiguiente debe tenerse tanto respecto de Pedro como respecto del Papa por un privilegio primacial: y todo derecho que pertenezca á la primacia se dió á Pedro *directamente*; de otra manera no tendria *su fundamento* en la *institucion divina* ó sea en el plan del gobierno eclesiástico establecido por Jesucristo. Porque segun confiesan los mismos contrarios, es tal la naturaleza de los derechos primaciales que contra ellos no tiene fuerza ninguna el tiempo, ni se puede admitir prescripcion de ninguna especie ni aun por parte

(1) *De loc. theol. de prim. Pet.*

de la misma Iglesia (1). Y si estos derechos correspondiesen á Pedro indirectamente no mas, y directamente á la Iglesia; es claro que podria esta entablar prescripciones, como quien poseyendo primariamente dichos privilegios, podria transmitir á Pedro los que quisiese y como quisiese. Bien sé, que alegan los contrarios el célebre pasage de San Agustín: *Petrus Apostolus, propter apostolatus sui primatum, Ecclesiæ gerèbat figurata generalitate personam*; creyendo que de aquí se puede argüir que todo lo que recibió Pedro lo recibió en nombre de la Iglesia, y que de consiguiente á ella se le dió representada por Pedro el poder de las llaves, y no directamente á la persona de Pedro. Però esta extrañísima consecuencia ademas de quedar destruida por lo que se ha dicho hasta aquí, y de ser contraria á la mente del Santo Doctor, que no toma el primado de la representación como lo toman los contrarios, sino la representación del primado; se analizará extensamente en un capítulo aparte, como un argumento que puede considerarse como el principal refugio de los contrarios.

4. El derecho pues de las llaves se dió directamente á Pedro, como privilegio de su primado. Pues este derecho, llevando consigo la potestad de gobernar y aun siendo una misma cosa con ella; tambien llevará consigo una verdadera soberanía. Efectivamente; puesto que el primado debè ser, segun dice el mismo Tamburini, *activo, eficaz, operante y autoritativo*; lo mismo deben ser los derechos y privilegios que le constituyen. Mas segun su mismo dictámen no puede admitirse ninguna especie de prescripcion contra estos derechos y privilegios; luego de ningun modo podrá suspenderse su ejercicio, porque semejante suspension les privaria de su *actividad y eficacia*, y de consiguiente equivaldria á una verdadera prescripcion. De aquí se sigue que tampoco podrá suspenderse el ejercicio del derecho de gobernar, que será por consecuencia independiente y por lo mismo soberano. Esta consecuencia se corrobora tambien con la autoridad del citado San León, que afirmando en términos nada equívocos que Pedro no tiene ningun superior en la tierra sino á Cristo, declara del modo

(1) *Vera idea*, par. 2. c. 1. §. 1.

mas decisivo que es soberano su poder. El pasage es este: *omnes* (Pastores y Sacerdotes, de quienes acababa de hablar) *proprie regit Petrus, quos principaliter regit Christus* (1); y no por un poder que le haya venido de la Iglesia, como sucedería si fuese su cabeza *ministerial*; sino por un poder que le vino y se hizo suyo propio por aquella singular comunicacion de la misma potestad de Cristo, con que le distinguió dándosela sobre todos los demas Apóstoles como hemos visto ya. No forma el Santo Pontífice aquella escala que han inventado los modernos, esto es de Pedro, Iglesia y Cristo, dando al primero un poder subordinado á la segunda, y á esta un poder subordinado solamente á Cristo; sino que dice absolutamente que la Iglesia tiene para su gobierno dos cabezas no mas, la una visible y la otra invisible, que son Cristo y Pedro sin ninguna otra intermedia. Ahora bien, pues el primero que es el principal tiene un poder soberano, lo mismo será tambien relativamente á la Iglesia el poder del segundo, por ser de la misma naturaleza que aquel de donde procede: pues como dice el Santo Doctor, *huic viro consortium potentiae suae tribuit divina dignatio*. ¿Y qué diremos de San Bernardo? ¿No señala la misma relacion entre los fieles y los demas Pastores, que entre estos y el sumo Pontífice, cuando dice á Eugenio, que *habent illi assignatos greges, singuli singulos, ei autem universi sunt crediti*, y llamándole por esta razon Pastor de todos los Pastores? ¿Y no declara el mismo Clero Galicano que los otros Apóstoles deben todos á San Pedro *subordinationem et subjectionem in potestate suprema et regimine universalis Ecclesiae*? Sería necesario decir á la verdad que aquellos 85 Obispos que aplaudiendo en el año de 1653 la condenacion hecha por Inocencio X de la proposicion contraria, escribieron al mismo Pontífice *in profligando errore valuisse Apostolicæ sedis auctoritatem*, ignoraban absolutamente la tradicion.

5. Díganos ahora los contrarios que no dió Cristo este derecho solamente á Pedro sino tambien á todos los demas Apóstoles. Les dió á la verdad la potestad de atar y desatar,

(1) *Serm. 3. in anniv. assump.*

pero dependiente siempre del poder soberano de Pedro: porque el supremo dominio no consiste tanto en atar y desatar, como en poseer las llaves, con las cuales se expresa una autoridad independiente para gobernar. De aquí es que Jesucristo dijo á solo Pedro: *Tibi dabo claves &c.*; y á los demas puramente: *Quorum remiseritis peccata &c.*; sin hacer mencion alguna de las llaves. ¿Se dirá que el poder de estas llaves consiste precisamente en ligar y desatar, y que de consiguiente era superfluo nombrarle? Respondo; luego *a pari* superflualmente le nombró Cristo cuando habló á Pedro, si no significaba ninguna cosa mas. Nunca podrán los novadores desatar este nudo, mientras no reconozcan que el derecho que tienen los Obispos de atar y desatar está subordinado á San Pedro, que es el único que posee las llaves, y es de consiguiente el conducto por donde les vienen á los Obispos sus derechos pastorales. Así lo entienden los Padres. *Ab ipso*, dice San Leon, *omnium charismatum fonte, tam copiosis est irrigationibus inundatus (Petrus), ut, cum multa solus acceperit, nihil in quemquam sine ipsius participatione transierit.* Los riegos salen de la fuente que es su principio, y se acumulan en Pedro, que por esta razon participa tambien de todos los que pasan á los demas Apóstoles, siendo el conducto de todos: *Si quid cum eo commune ceteris voluit esse principibus, nunquam nisi per ipsum dedit, quod aliis non negavit (1)*; y ya lo habia dicho Tertuliano: *Memento claves calí hic domini un Petro, et per eum Ecclesiæ reliquisse (2)*; *ut unitatem manifestaret*, como dice San Cipriano. Tambien enseña Marca (3) que no podria subsistir esta unidad, si los demas Apóstoles y Obispos no ejercian su potestad en comunion con Pedro cabeza de la Iglesia, y á quien dan las llaves una fuerza superior con que poder obligar á la unidad á los contumaces; y de consiguiente si su autoridad en el uso de las llaves no estuviese subordinada á Pedro, á quien se entregaron. Bossuet en el capítulo citado explica con la mayor evidencia esta verdad, reconociendo con aquel Obispo, cuyo dictámen alega, que la potestad Ecle-

(1) *Serm. cit.*(2) *Scorp. c. 10.*(3) *De Discr. Cler. &c.*

siástica está constituida *primariamente* en la sola persona de Pedro, para que todos los que participan de ella estén siempre unidos á su principio, que está en el mismo Pedro, ni se atrevan á pretender un dominio independiente, y usen de ella de tal manera, que por último vuelva siempre al origen de su unidad, es decir, á la cátedra de Pedro mediante su subordinación á la misma. Con estos principios se explican perfectamente las similitudes de muchos arroyos y una sola agua, de muchas ramas y una sola planta, que usa el Santo Obispo de Cartago, para indicarnos la unidad del Episcopado; y con ellas concuerdan los riegos que dice el Pontífice San Leon: y se demuestra que el poder de las llaves debe ser en San Pedro necesariamente superior al de los Obispos. Esto es suficiente para conocer cuán errónea sea la opinion de Tamburini, de que en este poder son iguales los Obispos al Papa; lo que podrá conocerse todavía mejor recordando cuánto habemos demostrado en el *discurso preliminar*. Ahora el que quiera mas, puede recurrir al *Episcopado* del Ilustrísimo Bolgeni.

6. No tiene pues San Pedro ningún superior en el poder de las llaves, y de consiguiente es infalible en el ejercicio de este poder. Porque si se le confiere la autoridad de juzgar en materia de fé, se le da una autoridad que pertenece esencialmente *al plan de gobierno establecido por Cristo, contra el cual ninguna fuerza tiene el tiempo, ni puede darse ninguna prescripcion por parte de la Iglesia*; una autoridad que se debe á Pedro como principio de la unidad eclesiástica: una autoridad que es *eficaz y operante* independientemente de cualquiera influencia extrínseca que se pueda imaginar, porque tales deben ser los privilegios del primado, y que por lo tanto obliga en el mismo instante en que se ejerce: una autoridad que si no fuese unida con el privilegio de la infalibilidad, sería *in destructionem* en lugar de ser *in edificationem*: una autoridad en fin por la cual cada vez que juzgue el Pontífice algún punto de fé, juzgará siempre *clave non errante*.

CAPITULO VIII.

Se responde á la objecion de Opstraet contra la infalibilidad Pontificia, tomada generalmente de la supuesta oscuridad de la Escritura.

1. La infalibilidad de la Iglesia, dice él, está fundada evidentemente en la Escritura; cuando la del Papa solo se apoya en algunos textos que pueden interpretarse en otro sentido: *Omnia Scripturæ loca, quæ in eam rem allegantur* (por el romano Pontífice), *variis interpretationibus et contentiõibus inter catholicos obnoxia sunt; nec ullus prorsus est, in quo id directe asseratur; contra vero, quibus asseritur infallibilitas Ecclesiæ, sunt clarissima, et nulli dubitationi exposita* (1); luego debe creerse la infalibilidad de la Iglesia y no la del Papa. Así discurre Opstraet. Pero el principio es falso como hemos demostrado en los capítulos anteriores; y aunque se admitiese, es falsísima la consecuencia, porque se funda en el supuesto falso de que la infalibilidad de la Iglesia excluye la del Papa y vice versa: siendo así que la una favorece á la otra; y así se dice con razon que el Papa es infalible porque ha sido constituido cabeza y fundamento de la Iglesia infalible. Así pues crea él un ente fantástico para combatirle como le acomode. Por tanto no verificándose esta mútua exclusion pueden conciliarse los textos entre sí, é inferirse legítimamente de ellos que son igualmente infalibles el Papa y la Iglesia; ni obraría con prudencia el que entre dos pasages, uno claro y otro oscuro, los cuales por otra parte no son contradictorios, desechase absolutamente el sentido natural del segundo, exponiéndose de este modo al peligro de interpretar erróneamente la Escritura, en el caso de que sea el sentido verdadero. Por otra parte, púedanse en hora buena interpretar los textos á favor de la infalibilidad Pontificia: siempre pueden conciliarse todas las interpretaciones con la que nos presenta al Papa como infalible del mismo modo que si bien los lugares por donde

(1) *De Summo Pont. diss. 5. q. 4.*

se prueba sin disputa la primacía de autoridad, estan sujetos á varias interpretaciones entre los Padres; con todo ninguna de ellas excluye el primado del Pontífice, como lo demuestra el mismo Tamburini en su *Vera idea*.

2. Pero, dice nuestro teólogo, si es necesario para el buen gobierno de la Iglesia que el Papa no esté sujeto al error, de modo que de lo contrario no hubiera provisto Dios suficientemente á la seguridad de la misma; ¿porqué no habla la Escritura con tal claridad, que no haya lugar á tantas interpretaciones? Si Dios no hubiera sido bastante pródigo no dando á su Esposa una cabeza infalible; ¿no deberíamos decir lo mismo si habiéndosela dado no hubiese declarado suficientemente su infalibilidad? Efectivamente ¿de qué sirve en la práctica lo que se ignora? Si: en el sistema actual es necesario para el buen gobierno de la Iglesia la infalibilidad Pontificia: pero no por eso la claridad del texto sagrado debe ser en razon de esta necesidad: y si lo exige generalmente el autor, manifiesta que defiende el dogma heterodoxo de la perspicuidad de la Escritura en todo lo que concierne á la fé y á las buenas costumbres, mientras lo refutó victoriosamente en otra parte (1). En efecto no diciendo él *nunquam expressit*, sino *nunquam clare expressit*, denota que hay en ella algun vestigio de esta infalibilidad, pero oscuro y envuelto; y sobre esta circunstancia funda toda la fuerza de su argumento, que no puede tener de consiguiente otra base, sino la decantada claridad de la Escritura en los puntos necesarios para salvarse. Se apoya pues su argumento en dos supuestos falsos: 1.º que la Escritura debe ser clara é inteligible á todos en las cosas necesarias; 2.º que habla oscuramente acerca de la infalibilidad Pontificia.

3. Pero quisiera que nos dijese como debia explicarse Cristo con Pedro en el caso de haberle dado á él y á sus sucesores el privilegio de la infalibilidad. Debja acaso decirle: «Tú serás siempre acérrimo é invencible defensor de la fé»? ¿Pero qué diferencia hay entre esta promesa y el nombre de Pedro que segun San Agustin significa profesor de la verdadera fé, puesta por piedra de ella la confesion de Pedro? Aun cuando

(1) *Diss. de Scrip.* q. 8. §. 1.

Cristo hubiese hablado de esa manera, ¿no pretenderían los contrarios que en aquellas palabras se debía entender la persona privada de Pedro solamente, y que el *siempre* debía referirse al tiempo de su Apostolado? Así lo sostienen efectivamente contra el testimonio de la antigüedad mas venerable, que usando indiferente y alternativamente los nombres de Pontífice y de Pedro, tampoco distingue sus prerogativas. Es cierto que podia llamar directamente á Pedro *columnam veritatis*: ¿pero qué mas habia de significar con eso que lo que significó declarándole piedra de la Iglesia, ó sea pedestal de esta columna, es decir, el sosten de lo que sostiene la verdad? Si le hubiera dicho: «Tú serás la roca inmóvil en medio de las ondas, á quien no insultará el furor de los vientos, esto es de la heregia», no se hubiera explicado con mas claridad que cuando le llamó piedra en San Mateo, y cuando en San Lucas hizo que dependiese la firmeza del edificio, de la firmeza de la Piedra en que está apoyado. El haberle dicho «que de su voz» tomaria la norma la Iglesia en sus determinaciones, y que él «enseñaria siempre la verdadera doctrina», ¿seria acaso bastante para probar la infalibilidad de sus sucesores? No por cierto, porque se quiere que este privilegio resida no solamente en la Silla Apostólica sino tambien en las demas que defiendan los dogmas católicos; como se pretende que puede asegurarse por lo que dice San Leon: *Manet ergo Petri privilegium ubicumque ex ipsius fertur æquitate iudicium* (a); y por lo que dice el Crisólogo á Eutiques: *S. Petrus qui in propria sede vivit et præsidet, præstat quærentibus veritatem*. ¿Quisiera Opstraet que se hubiera explicado con mas claridad y hubiera manifestado á Pedro su privilegio en estos términos: «donde quiera que tú, como cabeza que eres, esparzas las doctrinas celestiales, no tendrán réplica tus definiciones, con cuya luz se distinguirá el error de la verdad.» ¿Pero se cerraria con esto la puerta á las interpretaciones? No por cierto. Porque ¿qué otra cosa entiende Santo Tomas cuando dice

(a) ¿Qué interpretacion mas clara de este pasage, que decir que entonces subsiste el privilegio de Pedro cuando de la equidad de sus decisiones manifestadas, como dice el Crisólogo, por medio de sus sucesores toman la norma los demas Obispos para juzgar?

que al sumo Pontífice pertenece *nova editio symboli*, esto es, el determinar definitivamente los puntos de fé obligando autoritativamente á toda la Iglesia á una obediencia absoluta, para que *firmiter teneat* el símbolo que publique? Con publicarlo esparce las doctrinas celestiales: no admite réplica su definicion, habiendo una obligacion universal y absoluta de abrazarla; con su luz se distingue la verdad del error, porque contiene las determinaciones de los objetos de la fé: no obstante se interpreta de otro modo el Santo Doctor, aunque su intencion haya sido el pintarnos únicamente las excelencias y privilegios del primado: *propter quem, ut majores, et difficiliores Ecclesiæ questiones ad ipsum referendæ sunt; ita et finaliter ab ipso determinanda, seu proponenda fidelibus ea, quæ, tamquam fidei, determinata sunt a synodo generali, ut ab omnibus inconcussa fide teneantur* (1). Lo mismo se hubiera hecho si Cristo hubiera hablado en estos términos: «Esparcerás las doctrinas celestiales &c., porque en virtud de tu primado te corresponde promulgar la doctrina de los concilios generales ó sea de la Iglesia, y se llamará tuya la definicion, porque á tí solo pertenece *congregare et concludere* (synodum), *ac pronunciare quæ a synodo determinata sunt*» (2). No, no se hubiera explicado Cristo lo bastante hablando de todos los modos que hemos dicho, sino que debia decirle terminantemente: «tú eres el sumo Pontífice, infalible en tus decisiones.» ¿Quién no diria que con esto se acababan las disputas? Pues no señor, todavía se introduciría aquí el *granum salis* de nuestros novadores. El Pontífice infalible? muy bien; pero cuando? Cuando hable como tal; es decir *ex cathedra*; pero *ex cathedra* no habla, cuando no define *accedente Ecclesiæ consensu* (3). Así interpreta Natal Alexandro la fórmula de Clemente VI para los Armenios. Conque estamos siempre al principio.

4. Por tanto, no se puede explicar este privilegio de San Pedro tan clara y evidentemente, que no se pueda oscurecer

(1) Opstraet de summo Pont. diss. 5, q. 4.

(2) Víguerio citado por Opstraet en este lugar.

(3) Nat. Alex. Sæc. 13, 14, cap. 2.

por los contrarios con distinciones, enredos y sofismas. Entiendan pues de una vez que la oscuridad de la Escritura en este punto no es mas que una consecuencia de la prevención con que buscan en ella, no la verdad, sino algun apoyo para sus erróneas doctrinas. *Deponite*, les diré pues con San Agustín, *studia partium, et verum, non vincendi, sed inveniendi gratia, querite* (1); y entonces os parecerán clarísimos los testimonios de la Escritura.

CAPITULO IX.

Sin razon se distingue en los juicios dogmáticos la Silla de el que la ocupa, y la indefectibilidad de la infalibilidad.

1. **P**ara eludir los argumentos que se forman de las promesas que hizo Cristo á San Pedro, y de los testimonios de los Padres relativos á ellas, inventaron los novadores una quimérica distincion entre la Cátedra y el Pontífice, atribuyendo á aquella todas las insignes prerrogativas, que la Escritura y la mas veneranda antigüedad reconocieron siempre como propias del Papa. «Es (dice Tamburini) no tener ideas exactas; el decir que la Santa Sede no es mas que el sucesor de San Pedro: que la Cátedra le sigue por donde quiera; que la Santa Sede está en Aviñon cuando el Papa se halla en Aviñon, y en Roma cuando el Papa reside en Roma. Con este lenguaje se identifican dos ideas enteramente distintas. La Sede es una Iglesia, y así no puede ser una persona, un Obispo particular, ó una propiedad ó privilegio del mismo Papa. Es imposible que una distincion tan palpable, que salta á los ojos de todos por la naturaleza misma de las cosas, se califique de una distincion cavilosa inventada arbitrariamente por los enemigos de la Silla Apostólica» (2); y en otra parte (3) dice expresamente que el referir á la Iglesia de Roma como Silla del sucesor de Pedro las promesas de Dios, fué un

(1) *De Mor. Manich.* c. 3, n. 5.

(2) *Vera idea* p. 1, c. 1, §. 13.

(3) *Id.* 2, c. 4, §. 13.

sentimiento que se enseñó constantemente en todos los siglos. Luego segun él, 1.º la Sede es distinta del Papa; 2.º puede estar el Papa en un lugar y la Silla en otro; 3.º las promesas hechas á San Pedro miraban principalmente á la Silla. Estos son los tres principios fundamentales que asienta Tamburini para destruir toda potestad primacial en el Pontífice. Porque con el primero erige un tribunal distinto del Papa; le reviste de privilegios especiales, le reconoce independiente del Pontífice y aun quiere que sea superior á él; con el segundo finge el caso de separacion entré el uno y la otra, y enseña que en tal caso se debe recurrir á la Sede en lugar de recurrir al Papa: finalmente con el tercero despoja enteramente al Pontífice de las prerogativas de la primacia de autoridad, presentándole como una mera figura, y un mero representante de la Sede. Examinemos estos fundamentos uno por uno separadamente.

2.º Y en cuanto al primero: aunque no se puede negar que hay alguna distincion entré la Silla y el que está sentado en ella, si bien entendida en su verdadero sentido; es sin embargo falso, falsísimo que la enseñanza de la una no sea idénticamente la enseñanza del otro: y así es inadmisibile la distincion en punto de doctrina y de autoridad. No se persuade á ello nuestro teólogo; y para sostener su opinion recurre al acostumbrado apoyo de los testimonios de los Padres: pero estos son de tal manera que mas bien suministran pruebas en contrario. Por ejemplo, dice San Gerónimo á San Dámaso: *Beatitudini tuæ, id est Cathedra Petri, communionē consocior*; y San León IX llama á la fe de Pedro indefectible *in throno illius*: y también otros muchos dicen *Cátedra, Silla y Trono*. Luego, concluye él resueltamente, luego son dos objetos distintos la Cátedra y el Papa. Pero tambien se puede concluir: luego los Padres los tenían por una misma cosa. Efectivamente, ya se diga *Beatitudini tuæ, id est Cathedra Petri*, ó bien *Cathedra Petri, id est Beatitudini tuæ*, en nada se altera el sentido; porque tanto de un modo como de otro se hace ver que se puede substituir indiferentemente la Silla al Pontífice y el Pontífice á la Silla; lo que no se podría hacer si el Pontífice y la Silla fuesen dos objetos distintos en la autoridad y enseñanza. He aquí sobre esto un raciocinio muy natural. Comunicándo San

Gerónimo con el Pontífice, comunicaba con la Cátedra de San Pedro; el centro de la comunión Eclesiástica debe ser uno solo; luego según la mente del Santo Doctor era un solo objeto la Silla con el Papa. ¿Que responde á esto nuestro adversario? ¿Acaso que «la Silla de Pedro, como distinta del Papa, y no el Papa, es el centro de la comunión Eclesiástica»? (1) Luego para él la Silla y no San Pedro es el centro de la unidad: luego aquella y no este será también el origen y principio de la unidad. Díganos pues como podía decir San Cipriano que Cristo *unitatis originem ab uno incipientem sua auctoritate disposuit* (2); díganos como podía decir San Gerónimo al Papa San Dámaso: *qui tecum non colligit, spargit: qui tecum non est, Antichristi est* (a), porque no habla aquí á la Silla como distinta del Papa, sino al Papa como una misma cosa con la Silla; díganos en fin como toda la tradición pudo reconocer siempre que el centro de la unidad estaba constituido en el primado. Si lo reconoció en el primado, lo reconoció en aquel á quien Cristo lo confirió: este es solamente el romano Pontífice; luego reconoció constantemente que estaba

(1) *Ibi*, p. 1, c. 2, §. 1.

(2) *Lib. de unit. Eccl.*

(a) Adviertan los novadores modernos, que San Gerónimo no llama vana la fé diversa de la del Papa, ni secuaz del Antecristo al que no comunica con él *in decisis* solamente, sino también *in decidendis*; porque también pedía la decisión de la controversia, si se debe decir que hay tres hipóstasis en Dios. Luego yerra el analizador de Tertuliano limitando (§. 42.) «nuestra comunión á aquel punto en que las otras Iglesias comunican con la de Roma, y esta con ellas.» San Gerónimo no sabía si convenía con Roma en este punto la Iglesia oriental, ó bien la occidental; y es cierto que no podían las dos convenir á un tiempo con ella. La cuestión *erat tantum de nomine*, claman los contrarios. Es verdad; pero en ella podía comprenderse el arrianismo; y aun por tanto desea el juicio del Pontífice, porque protesta que no sabe, *quid veneni in syllabis latet*. Aprendan mas bien de aquí, que los mismos Padres antiguos de la Iglesia no determinaban el sentido católico de una voz por su propio capricho, y con mil arbitrarias excepciones y distinciones, sino por la autoridad Pontificia. ¿Cuántas veces no se oyó también esta sobre los términos de las cinco famosas proposiciones? Pero aunque lo concedamos todo, y la cuestión fuese realmente de puro nombre, la razón que determinó á San Gerónimo á recurrir al Papa es general, porque *qui tecum non colligit, spargit*.

en él constituido el centro de la unidad, y de consiguiente la comunión eclesiástica. Quisiera que se me respondiese con precision, y sin tanto rodeo de palabras, que solo sirve para enmascarar el error, y manifestarnos al mismo tiempo el embarazo en que se hallan los contrarios. ¿Es la Silla distinta del Papa? ¿Forma un tribunal distinto? ¿Es el centro de la comunión eclesiástica? Si se dice que sí, habremos de decir: 1.º que San Gerónimo se explicó mal, y aun que engañó á los fieles uniendo Cátedra y Papa de tal modo, que sin la mas sofística y violenta construccion de todo el contexto no se pueden distinguir: 2.º que es falso, ó que el centro de la unidad esté establecido en el primado, ó que el primado pertenezca á la sola persona del romano Pontífice.

3. Aunque se nos alegue el célebre dicho de San Leon: *Aliud sunt sedes, aliud sunt præsides*, nunca se podrá concluir que la doctrina de la Silla no sea la del Sumo Pontífice, y viceversa. Para esto era necesario concluir que San Leon 1.º trataba en aquel lugar de autoridad y de doctrina: 2.º que cuanto se supone que dice del Obispo y de su Silla es íntegramente aplicable al Papa y á su Cátedra. Pero nada es menos que la doctrina lo que forma el asunto de su discurso. Escribe á Anatolio, Obispo de Constantinopla, el cual contra los cánones del concilio de Nicea, habia usurpado el segundo grado de dignidad que correspondia á la Iglesia de Alejandría, con motivo de la caída de Dioscoro, Obispo de aquella Iglesia; y queriendo manifestarle que dicha caída no podia ni debia ofuscar el esplendor que tenia aquella Silla por haber sido honrada por San Marcos Evangelista, le dice de esta manera: *Nihil Alexandrinæ sedi, ejus, quam per S. Marcum Evangelistam beati Petri discipulum meruit, pereat dignitatis; nec Dioscoro, impietatis suæ pervicacia, corrumpente, splendor tantæ Ecclesiæ tenebris obfuscetur alienis*; añadiendo: *aliud enim sunt sedes, aliud sunt præsides*. Habla pues de una simple preeminencia de honor atribuida á la Iglesia de Alejandría por institucion eclesiástica, y no de un privilegio, que poseyese *proprio jure*, y de autoridad mas extensa sobre las demas Iglesias; y en esto podia distinguirse muy bien de su Obispo, como que le honraba en lugar de ser honrada por

él. Porque los Obispos suceden originariamente á los Apóstoles en cuanto á la potestad de *orden*, que está esencialmente aneja al episcopado; pero en cuanto á la de *jurisdiccion*, esta les proviene de la Iglesia que se la transmite. Por eso como el honor que resulta á las Iglesias Apostólicas en gracia de sus fundadores no pertenece á la potestad de *orden*, es de tal manera propio de ellas, que los Obispos participan de él, no en cuanto son simplemente Obispos, sino en cuanto son Obispos de aquellas Iglesias: así como por el contrario la potestad que se transmite de los Apóstoles á los Obispos como sus sucesores, es propia de ellos de tal manera, que nada participan las Sillas de semejante potestad. Por tanto en el citado pasage para nada entran ni la autoridad Episcopal ni la doctrina. Pero aunque el Santo Pontífice Leon hubiese querido hablar de autoridad y de doctrina, nada se podia inferir todavía á favor de los contrarios, porque lo que dice no se puede aplicar al Papa y á su Silla. Sucediendo á San Pedro el romano Pontífice tanto en el episcopado como en el primado, reúne en sí todos los privilegios concedidos á San Pedro en consecuencia de esta doble dignidad; de modo que nada hubo en San Pedro Obispo, y cabeza de la Iglesia, que no se halle igualmente por derecho de sucesion, no en la Silla sino en la persona del Papa, como lo afirma el mismo San Leon diciendo: que *dignitas (Petri) etiam in indigno hærede non deficit*; el cual por consecuencia honra y no es honrado por la Silla. Por esto mismo reconocen tambien los contrarios que las prerogativas de la Iglesia de Roma, no tanto provienen de haber sido un dia la Silla de San Pedro, quanto de serlo actualmente de su sucesor. Mas si por derecho de sucesion se halla adornado el Pontífice con la dignidad de San Pedro, ¿por qué no lo ha de estar tambien con su poder? En él se concentra todo lo que Cristo confirió á San Pedro; y así es quimérica aquella Silla, la cual se finge que forma ó en honor ó en autoridad un objeto realmente distinto del Papa; porque segun esta distincion, deberia tener la Silla algun privilegio especial que no tuviese el Pontífice. Pero así como viviendo San Marcos no tenia la Iglesia de Alejandría ninguna prerogativa que no se hallase en él, como que aun de él pro-

*

cedia toda la dignidad que ella tenia; así tampoco puede hallarse en la cátedra Apostólica ningun privilegio que no se halle en un grado eminente en el sucesor de Pedro (a). Luego solamente podrian formar los novadores del pasage de San Leon algun aparente argumento á favor de su sistema, quando el Santo comparase la dignidad y autoridad de la Iglesia de Alejandria con el mismo San Marcos, y despues infiriese que *aliud sunt sedes, aliud sunt præsides*; pues este es el verdadero y único punto de que aquí se trata relativamente á la Santa Sede y al sucesor de San Pedro. Pero demos que se distingue la Silla del Papa, ¿de qué les sirve esto á los contrarios, si nunca han sabido ni sabrán determinar con precision sus privilegios, ni aun decirnos con certeza en qué consiste esencialmente la Silla? (b). Ensalzan los privilegios en unos términos los mas magníficos, pero luego ni nos señalan su origen, ni determinan su extension. Los Padres, dicen ellos, llaman á la Iglesia de Roma, *la Iglesia principal, el origen de la unidad sacerdotal, la Iglesia maestra y matriz* &c.: aquí tenemos sus privilegios, aquí la tenemos independiente y su-

(a). Todo este discurso, sin perderse en largas discusiones y ulteriores raciocinios, demuestra que no se pueden aplicar en general á la Silla Apostólica las ideas que nos dan los modernos de las Sillas Episcopales.

(b). Sostiene expresamente Tamburini que la Santa Sede debe ser una Iglesia particular (*Veru idea* p. 1, c. 2, §. 3.), despues observa (p. 2, c. 4, §. 14.) «que por la Silla Apostólica se entiende algunas veces la Iglesia universal, ó el concilio Ecuménico: como sabiamente, dice él, distinguió el concilio de Constanza cuando condenó las proposiciones de Wicleff.» Otros por Santa Sede entienden el colegio de los Cardenales, y otros las Congregaciones romanas. En esta diversidad de opiniones de los mismos que distinguen la Silla del Papa, ¿cómo podrán asegurarse los fieles de que una definicion se dá con el voto de esta Silla? Y si no nos consta su naturaleza, tampoco nos constarán sus privilegios; porque unos son los de la Iglesia particular, y otros los de la Iglesia universal. Ya hemos notado el arte de nuestros contrarios en el capítulo sobre la supuesta oscuridad de la Escritura, y tampoco discurren aquí con mas sinceridad. Cuando les oponemos los Padres, que abiertamente, ya con los hechos, ya con la doctrina, la reconocen infalible se debe entender por ella la Iglesia universal; pero cuando se alegan los que ensalzan los derechos del primado, debe entenderse la Iglesia de Roma, y en ningun caso el Pontífice.

perior á los mismos Pontífices. Mas para poder argüir así deberían (quien no lo vé?) demostrar convincentemente que los Padres reconocian estas propiedades originarias en la Silla, sin tomarlas de las mismas prerogativas de Pedro. Y ¿cómo lo han de demostrar? ¿Dónde se encuentra en la Escritura nombrada la Silla? ¿Basta *la misma naturaleza de las cosas* para que se subentienda? Luego era imposible que Jesucristo adunase en San Pedro toda la autoridad: luego no podia menos de instituir esta Silla en la Iglesia, condecorarla con tan grandes privilegios, hacerla independiente de Pedro, y aun constituirla superior á él. Es menester que Tamburini nos demuestre todo esto para obligarnos á suplir por *la naturaleza de las cosas*, el silencio de la Sagrada Escritura.

4. Pero no creo presuma tanto de sí mismo, que pretenda que el sistema que se imagina haber establecido Cristo en la Iglesia, sea el único entre todos los posibles. Luego será siquiera absolutamente posible tambien el nuestro: y si lo es, luego toda la cuestion gira sobre el hecho, y no sobre la *naturaleza de la cosa*. Por tanto debe darnos pruebas positivas sacadas de la Escritura que demuestren la institucion divina de esta Silla, así como las promesas de Dios por donde se prueben sus privilegios. Pero ni hay aquellas razones ni estas promesas: luego debemos concluir que los Padres que han distinguido la Iglesia de Roma de todas las demas con caracteres tan sublimes, han tomado todas estas excelencias de las de San Pedro. Y en efecto parece que conviene en ello Tamburini, pues confiesa «que la Iglesia de Roma tiene la singular » prerogativa de ser la primera entre todas las Iglesias, y el » centro de la comunión eclesiástica, por tener un Obispo » que es sucesor de San Pedro (1)» Conque ó estos privilegios le vienen á la Silla inmediatamente de Cristo, ó inmediatamente de San Pedro: es decir, ó Cristo, en consideracion á las eminentes prerogativas de Pedro, de quien debia ser la Silla; la condecoró por sí mismo con los derechos que se le atribuyen; ó estos le fueron comunicados por el mismo San Pedro. No se puede decir lo primero; porque en la Es-

(1) *Vera idea* p. 1, c. 2, §. 4.

critura no se lee sobre esto ninguna promesa particular, pues todas se refieren á la persona de Pedro: luego se debe decir lo segundo. Mas esto nada favorece á los jansenistas, porque no podia San Pedro comunicar unos derechos de que no estaba en posesion, ni comunicar los que tuviese quedando privado de ellos: y por consiguiente no pudiéndose formar en esta hipótesis ningun parangon entre su autoridad y la de su Silla, es inútil y ridícula la imaginada distincion entre Pontífice y Cátedra. Pero concedamos que tiene esta sus privilegios distintos de los de San Pedro: conque serán ó mayores ó menores que los de San Pedro. Si son mayores como supone Tamburini, luego San Pedro no será cabeza de la Iglesia, pues el rango de cabeza solo compete al que tiene mas amplia autoridad; ni tendrá *plenitudinem potestatis*, que le concede sin embargo nuestro teólogo. Si son menores, prevalecerá la autoridad del Papa, y de consiguiente será la única que deba seguirse en caso de division. Mas para defenderse de la fuerza de este dilema, dirán nuestros contrarios que la Silla y el Papa forman un solo tribunal, en que nada puede el Papa sin la Silla, ni la Silla sin el Papa; y que de consiguiente las prerogativas del primado de autoridad, convienen solo á la Silla con el Papa como cuerpo moral, por ser *ella la heredera de la primacia de San Pedro*. Si dicen esto, vuelve á revivir la cuestion que hemos entablado arriba: quiero decir, donde se halla mencionada esta Silla en las Escrituras, y cuando empleó San Pedro esta especie de magistratura para deliberar sobre los negocios de la Iglesia católica. Para probar que Dios instituyó semejante tribunal, era necesario presentar ó la autoridad de los libros Santos, ó la práctica de la Iglesia naciente, como se alega para los concilios el hecho del concilio Apostólico. Pero ni una ni otra cosa presenta Tamburini, y aun confiesa indirectamente que no las puede presentar: porque llamando á la Silla Apostólica *heredera de la primacia de San Pedro* dá á entender que supone que la primacia desde su primera fundacion estaba concentrada toda en San Pedro; que por consecuencia la ejerció San Pedro por sí solo sin tomar por conjuex á la pretendida Cátedra; y finalmente que los principios de esta Silla deben ser de una época

posterior á los tiempos Apostólicos, esto es, posterior á San Pedro. Concluyamos pues que no teniendo la Silla Apostólica distinta del Papa ninguna prerogativa originaria, no nombrándose en las Escrituras, ni existiendo tampoco en los tiempos Apostólicos, es una invencion de los enemigos del Vaticano, es una quimera, es un verdadero *nada*. Pero sin embargo, la nombran expresamente los Padres: ¿qué se debe pues entender por ella? Lo explica el doctísimo Señor Abate Cucagni, autor de las *Reflexiones contra la Verdadera idea &c.* «*Silla*, dice, en el sentido eclesiástico, es el grado de autoridad que dá el derecho á quien le tiene para instruir y gobernar una multitud de fieles. Llámase Silla figuradamente, á saber, por el puesto mas eminente que para manifestar la eminencia del grado se prepara en una reunion para el que es su cabeza (1)». Este es el verdadero sentido natural. Silla y Trono nos excitan la misma idea, y tanto aquella como este se pueden usar para significar cualquiera que manda, incluso el déspota absoluto; y no deja de usarse el significar la autoridad del Monarca, llamándola autoridad del Trono. Baste esto en cuanto al primero de los tres mencionados principios de Tamburini: pasemos al segundo.

5. No le basta á nuestro teólogo el forjar la distincion entre Silla y Pontífice; sino que pasa mas adelante, y enseña que puede estar el Papa en un punto y la Silla en otro. «Es, dice, no tener ideas exactas el decir.... que la Cátedra sigue por todas partes al Pontífice; que la Santa Sede está en Aviñon, cuando el Papa se halla en Aviñon» &c. Es claro que admitiendo él la posibilidad de semejante separacion, viene á negar que haya una union íntima y esencial entre el Papa y la Silla. No pudiendo en efecto *faltar jamas*, segun él mismo confiesa, la Silla Apostólica, tampoco podria faltar jamas esta union si fuera esencial. De consiguiente sería absurda la hipótesis de que el Papa no está donde está la Silla, ni la Silla donde está el Papa, sino que formando aquella y este un solo todo en razon de autoridad, deberán estar siempre indivisos. En un cuerpo que vejeta y vive, ademas de la cabeza, hay tam-

(1) *Rifless.* 1. p. 32.

bien los miembros necesarios para las funciones de la vida. Haciendo pues Tamburini de la Silla y del Pontífice dos objetos no solamente *distintos* sino tambien *separables*, considera al Papa como parte no esencial para la constitucion de la Silla; y por si alguno lo duda todavia, lo asegura mas expresamente recordando la firmeza de la Iglesia Romana, ó sea de la Cátedra Apostólica en tiempo de la supuesta prevaricacion de Liberio y Honorio, los cuales ciertamente no se dirá que estaban á la cabeza de aquel cuerpo, que falsamente se supone haberles sido contrario. Por tanto siempre que los novadores modernos hablan de los derechos de la Santa Sede, se deberá entender esta separada del Papa y en comparacion con él. Esto supuesto no lleven á mal los contrarios que les haga las tres preguntas siguientes. 1.^a ¿Porqué en tantas ocasiones, ya de muerte ya de negligencia de los romanos Pontífices, nunca ha pronunciado la Santa Sede ningun juicio solemne aun en causas urgentísimas, cuando hay tantos y tan solemnes de los mismos Pontífices, en los cuales no aparece su voto? ¿Habrá faltado siempre á su obligacion, ó habrá ignorado siempre sus privilegios y autoridad? ¿Pues cómo se podrá decir que es viva y operante? Y si no se puede decir, ¿cómo se podrá llamar indeficiente? 2.^a ¿Porqué razon respondió ella misma á San Cipriano en la causa *de lapsis* que nada podia resolver autoritativamente, solo porque *post excessum nobilissimæ memoriæ viri Fabiani, propter rerum et temporum difficultates, nondum est Episcopus constitutus, qui omnia ista moderetur, et eorum, qui lapsi sunt, possit eum auctoritate et consilio habere rationem?* (1). 3.^a ¿Porqué en la causa de Montesson, estando Clemente VI en Aviñon; recurrió á él y no á la Silla Romana la Sorbona por medio de sus legados? ¿Porqué se trató ante él la causa? ¿Porqué se imploró su juicio? Y por último; ¿porqué se justificó con él y no con la pretendida Silla aquella corporación de haber prevenido su decision provisionalmente? Pudiera alegar otros muchos hechos y testimonios de los Padres: pero me parece que bastan los referidos, pues son monumentos vivos que manifiestan la práctica de todos los

(1) *Ep. 3. Cl. Rom. ad. Cypr.* Ed. Baluz.

siglos de no ver autoridad en la Silla sin el Papa, y de no considerar como cosas separables al Papa y á la Silla.

6. El tercer principio de Tamburini es que las promesas que hizo Cristo á San Pedro miraban principalmente á la Silla. Es verdad que con ciertas expresiones vagas y con algunos insignificantes privilegios hace que le tengan los incautos como que venera sumamente el primado del Pontífice: ¿mas á qué se reduce todo este aparato de pomposas expresiones? Únicamente á conceder al Papa el derecho exclusivo *de representar la Silla*, con lo cual cree conservar la primacía. Pero á la Cátedra de San Pedro se atribuyen las mayores y mas sublimes prerrogativas, y se le aplican las magníficas promesas del Redentor, que á la verdad se dicen hechas generalmente á Pedro, pero únicamente como á un tipo de aquella. Y he aquí á San Pedro tomando, cual otro Proteo, todas las formas segun el genio de los novadores del dia: hele aquí figura de dos objetos á un mismo tiempo, es decir de la Silla Apostólica y de la Iglesia universal; y he aquí aniquilada enteramente al mismo tiempo su primacía. Porque como en semejante sistema lo que se dice que ha recibido de Cristo como representante de la Iglesia no para en él sino que pasa por su medio á la Iglesia á quien representa; los mismos derechos de su primado expresados por aquellas singulares promesas, no se quedarán en él, sino que pasarán por él á la Silla, á la cual de consiguiente pasará tambien el primado que debe ser *activo, eficaz, y operante*, y no lo puede ser sin el apoyo de los derechos anejos. El mismo Tamburini parece que confiesa claramente esta infausta consecuencia de su malhadado sistema, con llamar á la Silla Apostólica *la heredera de la primacía de San Pedro*. Si es la heredera; una vez que se quiere que sea distinta del Papa, no lo será este, y sin razon por lo mismo se llamará sucesor de San Pedro en la primacía, siéndolo únicamente quien la goza como herencia propia. Aquí no tienen lugar ni los rodeos ni los sofismas. La pretendida distincion entre la Silla y el que la ocupa en cuanto á la enseñanza y autoridad, nos conduce á este fatalísimo paso de negar al Papa el primado de jurisdiccion.

7. No es menos insubsistente la otra distincion que introducen los novadores entre la *infalibilidad* y la *indefectibilidad*.

del Papa ó de la Silla Apostólica. «Observo, dice Tamburini, » que son dos ideas muy distintas la indefectibilidad, y la infalibilidad; y así discurren mal aquellos teólogos, que por haber atribuido los Padres á la *Iglesia de Roma* (a) el privilegio de no faltar en la fé, quieren inferir que el Papa, ó la Silla Apostólica sea infalible en todos sus juicios.... Esta conexión de la *indefectibilidad* con la *indefectibilidad*, es necesaria cuando se trata de la Iglesia universal. Porque si la Iglesia universal pudiese equivocarse cuando decide alguna cuestión de fé, le faltaria á ella y á los fieles una regla segura para discernir el error de la verdad.... y de consiguiente no seria *indefectible*.... Siendo así que aunque se suponga que la Iglesia Romana ó la Silla Apostólica diese una decisión contraria á la fé, siempre quedaria la doctrina de la Iglesia y el juicio del concilio ecuménico por guia segura de la verdad; y por ella se deberia corregir y enmendar la Iglesia de Roma, como siempre sucederá mientras permanezca en ella la Silla del sucesor de San Pedro" (1). No es cosa desusada en Tamburini el estar en contradicción con sus principios: el que sigue el camino del error no puede menos de contradecirse algunas veces, y en este discurso es clarísima por sí misma la contradicción; pues la razon por que dice que es inseparable la *indefectibilidad* de la Iglesia de su *infalibilidad*, milita igualmente á favor de la Silla Apostólica: ¿Porqué la llama él indefectible? Porque si no lo fuera, faltaria una parte principal y esencial de la Iglesia católica (2). Luego porque sin ella, digo yo, no subsistiria la Iglesia católica, ó bien por que sin ella no se da verdadera Iglesia. De aquí se sigue por consecuencia evidentemente necesaria que en cualquiera definición de la Iglesia universal deberá entrar esencialmente el voto de la Santa Sede. Pero aunque «sus caidas fuesen pasajeras y no perpétuas;» aunque no hubiese erra-

(a) Ya hemos probado que no tiene la Iglesia de *Roma* otros privilegios sobre las demas, sino los que la comunica el Pontífice en materia de doctrina; por lo cual los Padres atribuyen el referido privilegio ora al Papa, ora á la Silla, indistintamente.

(1) *Vera idea* p. 2, c. 4, §. 14, 15.

(2) *Ibi*.

do mas que una sola vez en sus decisiones, ya no constituirá en aquel punto de doctrina un solo cuerpo con la Iglesia. Luego es falso que en este caso «quedaría siempre la doctrina de la Iglesia católica para enmendarla y corregirla,» pues ni siquiera quedaría la Iglesia, porque le faltaria una de sus partes esenciales; por lo cual es falso tambien que quedase en la Iglesia otro medio infalible, para hacerla volver á la verdad. Y segun el autor la razon por que sería defectible la Iglesia universal si fuese falible; es porque «ya no habria medio de volver á llamarla á la verdad: » pero esto mismo le sucedería tambien á la Silla Apostólica, por cuanto sin ella no puede subsistir la Iglesia que la vuelva á llamar; luego por la misma razon si pudiese errar en sus decisiones, dejaria de ser indefectible. Todavía mas: asegura nuestro teólogo que «la Silla Apostólica será siempre sostenida y regida por la inmovilidad de la Iglesia universal.» ¿Pues cómo podrá caer? El que está sostenido no cae: porque para eso se le sostiene cabalmente; para que no caiga; y una cosa es sostener á alguno, y otra el levantarle despues de haber caído. Si cayese pues la Silla Apostólica en sus decisiones aunque no fuese mas que una vez, no sería cierto que estaba siempre *sostenida y regida por la Iglesia*. Finalmente el influjo de la Silla Apostólica en la Iglesia y de esta en aquella, no puede menos de ser continuo, y de consiguiente perpétuo. Efectivamente este influjo solo puede deducirse ó de las promesas divinas ó de la perpetuidad de la Iglesia. Si se deduce de las promesas divinas; estas miran á Pedro como fundamento y á la Iglesia como edificio, y así llevan consigo una íntima, inalterable, y constante connexion entre sí. Si se deducen de la perpetuidad de la Iglesia; esta exige una perpétua union é influencia recíproca de sus partes esenciales, sin la cual no podria subsistir. Luego si se debe conceder que debe ser perpétuo el influjo entre la Silla y la Iglesia; tambien se debe tener por necesario que la Silla sea sostenida por la Iglesia en todas sus decisiones; y por lo mismo que es imposible el caso de que la Santa Sede caiga en el error. O deje pues Tamburini de llamar á la Sede Apostólica *una parte esencial de la Iglesia*, y asegurar que está siempre sostenida y dirigida por ella, ó conceda que en ella es insepara-

ble la *indefectibilidad* de la *infallibilidad*: no siendo así, queda convencido de contradiccion (1).

CAPITULO X.

La sola indefectibilidad, segun la explican los contrarios, no puede ser el fundamento de aquella favorable prevencion con que solian recurrir los Padres á la Silla Apostólica, segun confiesa Tamburini.

1. Bien conoce Tamburini que de los continuos recursos que se han hecho á los sumos Pontífices en todos tiempos y de todas partes del mundo católico, se formaria una fuerte oposicion á su sistema, segun el cual no es el Papa superior á ningun otro Obispo en el derecho de juzgar las materias de fé. Por esta razon, siempre pronto para buscar salidas y siguiendo la guia del autor de la *Defensa &c.* se afana por conciliar monumentos tan luminosos con la falibilidad absoluta de la Silla Apostólica; diciendo, que por ser indefectible en la fé, gozan sus juicios de una prevencion favorable, la cual «forma un privilegio suyo, ó un derecho de tener una parte principal en las decisiones dogmáticas; y con respecto á los fieles constituye una obligacion fundada en las reglas de la prudencia (a) de consultarla entre las demas Iglesias en las cuestiones que se suscitan tocante á la fé» (2). Conque será verdad, digo yo, que deberá tenerse por mas probable el juicio dogmático del Pontífice que el de cualquiera otro Obispo, y esto

(1) Véase el cap. 5. hácia el medio.

(a) Aquí se contradice como acostumbra, porque deriva esta obligacion de una simple vista prudencial, y por lo tanto no de una fuerza exterior y viva á que corresponda; siendo así que (en el §. 3, c. 4. de la 2.^a parte) habja confesado con San Ireneo que hay una razon mas eficaz de la necesidad de recurrir á la Iglesia de Roma para consultarla, es decir fundada en la indole y naturaleza del primado. Luego si este es permanente, y está unida con él como su connotado intrínseco esta obligacion; tambien esta será permanente y absoluta, y no se apoyará solamente en las reglas de la prudencia que podrian variar segun el capricho de los hombres.

(2) P. 2, c. 4, §. 17.

por la naturaleza del primado, y de consiguiente por institucion divina. Pero nadie podrá persuadirse jamas de que un juicio, por ejemplo, pronunciado por un Príncipe instruido en la astronomía sobre algun punto astronómico, deba en virtud únicamente de su alto rango gozar una presuncion favorable, por la cual siguiendo las reglas de la prudencia deba preferirse al que pronunciase sobre el mismo punto un súbdito educado en la misma escuela con el Príncipe: y esto porque nada influyen intrínsecamente los respetos de Príncipe y súbdito en el grado mayor ó menor de probabilidad de los juicios respectivamente pronunciados sobre el mismo objeto. Es verdad que el maestro comparado con el discípulo, tendrá á su favor esta mayor presuncion; pero solamente porque como maestro debe estar mas versado en la ciencia que no el discípulo. Luego si el Papa goza en comparacion de los Obispos esta mayor presuncion en sus juicios sobre materias de fé, no puede ser así sino por cuanto en virtud de su primado posee una ciencia en las materias de fé mayor que ningun otro Obispo. ¿Pero de dónde tiene esta mayor ciencia, por la cual se deban preferir sus juicios á los de cualquiera otro? Aquella instruccion que puede adquirir por la inspeccion universal, por la cual todas las Iglesias particulares deben enterarle de cuanto se contiene en la tradicion de las mismas tocante al bien de toda la Iglesia (a), no puede ser suficiente á la verdad para conciliar mayor probabilidad á sus decisiones, comparadas no solo con las de otro Obispo algo instruido en la sagrada teología é historia eclesiástica, ni totalmente ignorante de las circunstancias de los tiempos; pero ni aun comparadas con las de un simple teólogo: y tanto mas, cuanto que sabemos y demasiado lo repiten los novadores, que algunos Papas no entendian mucho de teología, ni se cuidaban demasiado de exami-

(a) Á esto reducen los novadores el derecho del primado: por lo cual observa el autor de las *Reflexiones contra la Verdadera idea* (p. 73) que se contradice Tamburini cuando enseña que el poder primacial es de diversa especie que el episcopal, y haciéndole despues consistir en la sola inspeccion y cuidado acerca de cuanto interesa á la Iglesia universal, á cuyo cuidado y vigilancia quiere que esten tambien obligados los Obispos. Es verdad que la vigilancia del Papa sería mas extensa que la de los Obispos; pero el mas y el menos no mudan la especie.

nar la tradicion de las Iglesias particulares. Basta leer cuanto dice Guadagnini, aunque con mucha exageracion, de Inocencio X y de Alejandro VII, en sus *observaciones* contra los *Hechos dogmáticos* de Bolgeni. Pues sin embargo se recurrió continuamente á aquellos Pontífices, y ellos decidieron cuestiones de fé. ¿Gozaba acaso su juicio de una favorable presuncion? Pero eran Pontífices y bastaba.

2. Los Santos Padres, fundados en esta presuncion, tenian tanta confianza en las decisiones de la Silla Apostólica, que un San Gerónimo, como órgano de los sentimientos de todos los demas, no hubiera dudado admitir tres hipóstasis en Dios, si se lo hubiera mandado San Dámaso, con cuya comunión, no vaga y abstracta sino real y personal, se gloriaba. Luego si la indefectibilidad por la cual no puede arraigarse para siempre el error, constituye el fundamento de esta presuncion, se podrá formar por ella una conjetura fundada de que el Papa no faltará en la fé, y por ella habrán argüido los Padres que no habian faltado ni faltarian aquellos Pontífices á quienes consultaban. Esto supuesto, arguyo de esta manera: si es *justo y conforme al buen sentido* consultar á esta Silla existiendo su indefectibilidad; tambien debe ser *justo y conforme al buen sentido* suponerla fiel en conservar el depósito de las doctrinas reveladas, y en abrirlo á quien procura instruirse. Es así que cuando se la consulta no solo se supone que no ha faltado á esta fidelidad, sino que tampoco falta actualmente; luego por ser indefectible la Silla Apostólica le corresponde su actual fidelidad en conservar y abrir el depósito de la fé.

3. De aquí se sigue que si Cristo hubiera instituido indefectible el tribunal de Pedro, y al mismo tiempo le dejase errar actualmente, no le hubiera concedido lo que por una razon justa y conforme *al buen sentido* piensan aquellos que recurren á él, en consecuencia de los privilegios que le constituyen centro de la comunión Eclesiástica, y le preservan del contagio de una perseverante heregía. ¿Pero quién no ve desde luego que defendiendo que conviene á una institucion divina lo que Cristo no quiso realmente instituir, se declara imperfecta la institucion misma? Ni se me diga que una cosa es la certeza absoluta de que los juicios del Papa contienen la

verdadera fé, y otra cosa es una *piadosa confianza ó favorable presuncion*. Porque si esta presuncion y confianza se fundan en la naturaleza de la primacia; ya se presume de la cosa en orden á una institucion divina; y de consiguiente se viene siempre á suponer universalmente alguna conexion y dependencia entre no faltar *para siempre* y no faltar *actualmente*.

4. Y si los monumentos históricos de la antigua tradicion nos presentan hechos en que se halla esta prevencion, y leemos en ellos las mas enfáticas expresiones sacadas del fondo de la confianza mas viva con que recurrian al Papa los Padres y Doctores, como lo hicieron San Gerónimo, San Basilio y tantos otros que nos refiere la historia eclesiástica, y esto sin informarse de antemano hasta donde llegaba su saber en las ciencias teológicas; se infiere concluyentemente que todos se convinieron en suponer una especial asistencia del Cielo unida al privilegio de la indefectibilidad, para que los Pontífices no convirtiesen por su parte en Cátedra del error la que fué constituida Cátedra indefectible de la verdad. No se concebiría ciertamente como podia darse esta particular confianza en las decisiones Pontificias sin suponer la referida asistencia, porque no habria absolutamente ninguna razon para consultar al Papa con preferencia á cualquier otro Obispo, si no se creyese que el Pontífice no solo está mas cerca de la fuente de que reciben las aguas los demas Obispos, sino que tambien saca de ella un riego mas puro y copioso que los Obispos. Pues esta fuente no es precisamente el depósito de la fé contenido en tantos volúmenes en que se hallan escritas las actas de los concilios y las tradiciones de las Iglesias particulares (en cuyo caso en lugar de consultarle á él se deberia consultar mas bien á sus teólogos ó á su bibliotecario); sino el fundamento en que se apoya inmediatamente nuestra sumision á los juicios que de él emanan; y este fundamento no puede ser otro que la Divina asistencia. Luego si hay una presuncion mas favorable por las decisiones del Papa que por las de cualquier otro Obispo, y no en consideracion á su particular erudicion y doctrina, sino en vista del eminente puesto que ocupa, y de los privilegios con que está condecorado, solo puede suceder así porque se cree con firmeza que es especial en él

esta asistencia. De consiguiente se debe decir que los Padres la miraron siempre como correspondiente á los privilegios del primado. Ella fué la que les movió á recurrir al Papa mas bien que á ningun otro Obispo por docto y santo que fuese, puesto que los mas santos y doctos recurrían igualmente al Vaticano. Mas esta asistencia que sigue á la naturaleza del primado es permanente como todas las demas prerogativas que tiene; pero en cuanto se toma de la indefectibilidad, es relativa á la indeficiencia en la fé; y como es el fundamento de los recursos que se hacen actualmente en casos determinados, se supone tambien actual y determinada, en atencion á que mediante su influjo ofrece actualmente el Pontífice la norma de la verdadera creencia; luego es una mismísima cosa con el privilegio de la infalibilidad. Luego los Padres de todos los siglos presumian que por la naturaleza misma del primado tenían los Pontífices el privilegio de ser infalibles; y esta era la favorable presuncion que engendraba en ellos tanta confianza en las decisiones de la Silla Apostólica.

5. Si no se viesen en los mismos contrarios, cuando se jactan de defender con palabras pomposas el primado de autoridad, referidos incautamente los recursos y los recurrentes; me tocaría el trabajo casi interminable de formar aquí su catálogo. El mismo Tamburini (1) me dispensa de hacerlo citando él mismo así el pasaje de la carta del concilio de Sardica al Pontífice Julio (a): *Hoc optimum et valde congruentissimum esse videbitur, si ad caput, id est ad Petri Sedem de singulis quibuscumque provinciis referant domini sacerdotes*; como la célebre protesta, que hemos referido, de San Gerónimo á San Dámaso: asegurando que generalmente «han usado el mismo language todos los Padres así Griegos como » Latinos.» Solo recuerdo el hecho de Teodoreto Obispo Asiático, y presidente de 800 Iglesias, el cual prueba *a posteriori* la primacía jurisdiccional de la Santa Sede en toda la Iglesia, dando entre otras razones la de haberse preservado siempre

(1) *Vera idea* p. 2, c. 1, §. 14.

(a) Para saber cual fuese la doctrina del concilio de Sardica, véase el eruditísimo opúsculo del Doctor Marchetti, y tambien á San Leon, *Epist. 84 ad Athan.*

exenta de la heregía: *Tenet ista Sedes gubernacula regendarum cuncti orbis Ecclesiarum, cum propter alia, tum quia semper hæretici fætoris expers permansit* (1). En vista de esto dice que apela á San Leon cuya sentencia espera, y le suplica y pide encarecidamente que le permita mediante su sentencia convencer á todo el mundo de que es apostólica su calumniada doctrina, llamando justo y recto el juicio que procede de un tribunal tan eminente (2). Y si la decision del Pontífice que esperaba Teodoreto hubiera podido contener en su concepto alguna heregía ó á lo menos no admitir la verdad; tampoco podia, porque la Silla se habia preservado hasta entonces del error, inferir de aquí su primado; y llamar antes de darse justo y recto el juicio que pronunciase San Leon. He aquí pues el fundamento de aquella prevencion, con que llenos de confianza recurrian al Pontífice los Padres: su presupuesta infalibilidad (a).

CAPITULO XI.

Admitida por los contrarios esta piadosa confianza y favorable presuncion en los Padres, se ven obligados á confesar que nada pueden concluir decisivamente á su favor de la doctrina de los Padres.

1. **P**ara conocer cual es realmente la doctrina de un escritor, es necesario que en su exposicion no se halle nada que pueda hacer equívoco su sentido mental, lo que sucede cuando en un lugar se manifiesta inclinado á admitir y en otro parece que niega la existencia de una cosa que por sí misma es

(1) *Ep. ad Ren. presb. rom.*

(2) *Theod. ep. ad Leonem.*

(a) ¿Que mayor arrogancia que negar absolutamente al Papa lo que todos los Padres suponian con tanta confianza haberle conferido Cristo? Sin violentar el buen sentido no se puede ciertamente imaginar separada de su objeto esta constante, universal y eficaz confianza, especialmente tratándose de una divina institucion dirigida al bien general y á la norma comun de todos los siglos: así no podrá menos de mirarse esta piadosa confianza de los Padres como un argumento muy fuerte en favor de la infalibilidad Pontificia.

susceptible de uno y otro, segun los diversos aspectos bajo que puede mirarse su propension anterior, y segun los diferentes respectos bajo los cuales puede considerarse tambien la misma cosa. Pues bien; si se concede, y ya lo habemos probado arriba, que los Santos Padres en los recursos que leemos en sus obras se inclinaban con tanta confianza á suponer en el Papa una peculiar asistencia no diversa del don de la infalibilidad, es ésta una razon suficiente para creer que no estaban firmes y constantes en la doctrina contraria, mucho mas pudiendo mirarse bajo diversos aspectos los juicios del Pontífice, como veremos mas abajo. Luego si no manifiestan claramente que han depuesto toda perplejidad, podremos con razon considerarlos siempre en estado de incertidumbre, y deberemos dar de consiguiente á todas sus expresiones el peso correspondiente á la misma incertidumbre, no tomándola precisamente segun el rigor de los términos bajo cualquier respecto, porque es imposible conciliar en el entendimiento un juicio absoluto con una incertidumbre actual. No asentaria aquí este principio si no viese que lo ponen los novadores por fundamento de sus continuas modificaciones é interpretaciones de los términos mas absolutos, con que protestando los Padres que se someten á las definiciones de los Pontífices, manifiestan venerar en ellos la voz de Dios. Por este medio cabalmente pretenden probar que el *causa finita est* de Agustino despues de los decretos de Inocencio I contra la heregía pelagiana no significa segun la mente del Santo Doctor un juicio infalible y sin apelacion, porque en la cuestión de la reiteracion del bautismo llama *nondum finita* la causa por los rescriptos de Esteban (1). Así el *quicumque tecum non colligit, spargit: hoc est, qui Christi non est, Antichristi est*, de San Gerónimo á San Dámaso Papa, quieren que no sirva para probar que creia la infalibilidad de aquel Pontífice, porque en otra parte dice: *Si auctoritas queritur, orbis major est urbe*. Tampoco quieren que denote mas que una piadosa confianza esta insigne declaracion de Mexencio sobre la letra de Hormisda: *Absit, ut ex qualibet parte catholicæ professionis romanus Episcopus*

(1) En qué sentido dijese esto, véase en el cap. 14.

contradicat (1); y esto porque habia dicho arriba, que si *romanus Episcopus prohiberet Christum Filium Dei confiteri unum ex sancta et individua Trinitate, nunquam eidem Ecclesia acquiesceret*. Ni tampoco finalmente se puede inferir otra cosa segun los contrarios mas que una piadosa confianza, de la órden que Sofronio dió en espíritu al Obispo Esteban de ir *de finibus terræ ad terminos ejusdem, donec ad apostolicam Sedem, ubi orthodoxorum dogmatum fundamenta existunt, perveniat* (2); porque no es creible, dicen, que Sofronio hubiese intentado imponerle una obediencia ciega y absoluta á los decretos del Papa como infalibles, habiéndonos dejado él mismo un clarísimo ejemplo de la libertad sacerdotal con oponerse inflexiblemente á las cartas poco católicas del Papa Honorio. No acabaría jamas este tratado, si quisiese comparar con los hechos y dichos que oponen los contrarios los mas ilustres testimonios en favor de la ortodoxia indefectible de las solemnes definiciones Pontificias. Ademas para nada serviría tan largo paralelo, pues por lo que hemos dicho hasta aquí se puede conocer suficientemente que el principal y aun el único argumento de los contrarios consiste en explicar á un Padre por él mismo, para librarle de toda sombra de contradiccion.

2. El fin es rectísimo: así lo fueran los medios. Para conciliar las aparentes contradicciones de un escritor, es necesario fijar y determinar con precision antes de todo cual sea la doctrina fundamental, por la cual se deban explicar los textos que parecen contradecirse. Así lo hacen los mismos hereges que impugnan el primado de jurisdiccion, los cuales queriendo probar con la autoridad de San Gerónimo que es igual la autoridad del Papa y la de los Obispos, suponen que el modo de pensar del Santo Doctor se contiene en las palabras, tomadas en rigor gramatical, de esta su proposicion aislada: *Omnes Apostoli claves regni cælorum acceperunt, et ex æquo super eos Ecclesiæ fortitudo solidatur*; y segun este sistema procuran despues reducir los demas pasages al mismo significado, ó á lo menos explicarlos con aquel *grano salis*, que tie-

(1) *Resp. Mon. ad. ep. Horm. t. 9. Bibl. Patr. p. 539.*

(2) *Vid. Defen. Declar. Cl. Gall. t. 10, c. 6.*

nen siempre en depósito los novadores modernos. Pues dígan-nos estos, que harían si quisiesen sostener lo contrario. ¿No alegarían la célebre confesion del mismo Santo: *Super illam petram ædificatam Ecclesiam scio &c.*? Luego pondrían ellos mismos como texto fundamental una proposicion contradictoria al parecer de la primera, poniendo despues en tortura su talento para interpretar aquella por medio de esta. Pero ¿qué derecho tienen ellos para quedar victoriosos contra los hereges que pelean con las mismas armas? Si estos interpretan la segunda por el sentido literal de la primera que establecen por base; el triunfo debe quedar seguramente indeciso. Pues esto sucede cabalmente en nuestro caso. Se dirá por ejemplo que San Agustin llama *non finita* la controversia de los que reiteraban el bautismo antes del concilio plenario, en un sentido que no repugnaba á la infalibilidad de los juicios solemnes del Papa; porque despues del decreto de Inocencio I llama *finita* la de los Pelagianos: se dirá que San Gerónimo con la proposicion: *Si auctoritas quaeritur, orbis major est urbe*, en nada perjudica á la infalibilidad Pontificia, porque llama secunaz de Cristo al que está unido con Dámaso aun antes que este juzgase; y del antecristo, al que se separa de él: y así se dirá de todos los demas que nos oponen los contrarios. Ni por eso pueden decir que se introduciría un escepticismo puro acerca de la doctrina de los Padres, si discurriésemos siempre así, porque tenemos por confesion de los mismos contrarios el fundamento *de una piadosa confianza* que nos guia en la interpretacion de los lugares menos claros, cuyo fundamento no tienen ellos.

3. ¿Pero de todo el contexto de un escrito no se podrá determinar finalmente con precision el verdadero significado de cada uno de sus pasages? No hay duda que se puede muy bien, pues no es verosímil que en todo el contexto deje de hallarse alguna proposicion clara por sí misma, y que no sea susceptible de diferentes sentidos, la cual pueda hacer el oficio de término medio, con que confrontar las demas; para que haciendo ver que no se contradicen con ella, podamos concluir que tampoco se contradicen entre sí. De este modo, del ser Cristo *in forma Dei, et in similitudinem hominum factus*, se

demuestra que no son contradictorios aquellos lugares de la Escritura, donde dice él mismo: *Ego et Pater unum sumus*; y: *Pater major me est*; porque el ser *in forma Dei* no puede menos de expresar la misma naturaleza con el Padre; y el haber tomado *similitudinem hominum*, cuya forma se vistió, no puede menos de significar la naturaleza humana, como se prueba contra los Valentinianos, Basilidianos, y Marcionitas, bajo cuyo respecto es menor que el Padre. ¿Pero que proposicion hay en las obras de los Padres tan clara y evidente en la opinion de los contrarios, que no esté sujeta á interpretarse fuera de su sentido literal? Ya hemos indicado; hablando de la supuesta oscuridad de la Escritura en la presente controversia, las artificiosas corrupciones de los textos, con las cuales procuran los novadores reducirlo todo á su sistema. ¿Y qué no hacen con todos los testimonios de los Padres que alegan los teólogos católicos contra sus errores? ¿Cuánto no multiplican sus artificios y ponen en tortura su entendimiento, para quitarles la fuerza y darles otra significacion? Digan ahora buena que cuando no se halla evidentemente expresa la proposicion fundamental, se puede inferir con el raciocinio. Está muy bien: pero esto supone que es cierto y no disputable el sentido de las premisas. ¿Pero puede haber alguna sobre la cual no se pueda disputar siguiendo el sistema de los novadores sobre los hechos doctrinales? ¿No sostienen, hablando del sentido de las proposiciones, que «según los principios de teología, cuando las proposiciones no son tan terminantes que no admitan diferente sentido, no se puede este manifestar bien solo con las palabras de la proposicion así aislada, sino que se debe sacar del contexto, del objeto, y de los principios del autor, de las consecuencias que de ellos saca, y del lenguaje que usa»? (1). Por esta razon cabalmente no quieren que sea infalible la misma Iglesia en calificar el sentido de una doctrina, ni siquiera con una infalibilidad natural. Será pues de su obligacion el convencernos que han observado todas estas reglas en la interpretacion de los textos de los Padres, y que sus interpretaciones son conformes á la crítica.

(1) Guadagnini, *Osserv. n. 206, p. 192.*

mas severa sobre el propósito, fin y principios del autor, y á la lógica mas profunda, para la inteligencia y aplicacion de estos mismos principios, para la legitimidad de las consecuencias, en suma para todo lo que forma el enlace y estructura de toda la obra. Empero el que entre ellos emprendiese con buen éxito un asunto como este, podia gloriarse de haber sido el primero, pues hasta ahora no han escrito ninguna obra cuyo autor no se limite á copiar algunos pasages desmembrados de este ó aquel Padre, declarando con toda autoridad que es efectivamente el sentido del mismo Padre el que á él le acomoda. Bien es verdad que aunque se propusiesen un objeto de esta clase, es bien seguro que no conseguirian su intento; pues por sus mismas reglas se pueden inferir otros sentidos ya conexos entre sí, ya deducidos unos de otros, como vemos que lo han hecho muchos autores: lo que debia ser suficientísimo para hacerles entrar en una prudente sospecha de que no es tan evidente su raciocinio. ¿Y qué será si á esto se opone la *piadosa confianza* que se manifiesta en los mismos Padres á favor de las decisiones del Papa?

4. Las interpretaciones son necesarias, cuando sin ellas se seguiria un absurdo. Pero nunca se podrá probar, que de tomar los dichos de algun Padre en su sentido propio, cuando parece que admiten la infalibilidad Pontificia, se siga el absurdo de contradecirse. Porque aunque haya otro texto al parecer contradictorio, podrá este explicarse mediante los diferentes respectos bajo los cuales se considera el Pontífice (1); el objeto diverso que puede tener un mismo decreto, los diferentes fines que se hayan propuesto los Padres, y las circunstancias diversas en que hayan escrito. Quiero decir, pueden mirar los Padres al Papa como Doctor particular, del mismo modo que los Padres de un concilio, cuando no decretan en comun los cánones, y tratan de investigar solo con el criterio natural el sentido de la tradicion, se mirán como simples teólogos aunque de la mayor excepcion: pueden considerar en los decretos del Papa un punto afirmado solamente pero no decidido (2): pueden distinguir lo que toca á la disciplina de lo

(1) Véase el cap. 24.

(2) Guadagnini, *Osserv.* p. 187, n. 203.

que pertenece á la fé: pueden proponerse varios fines, como San Agustin en la interpretacion del *Tu es Petrus, et super hanc Petram* &c., y San Bernardo cuando escribe á Eugenio: *Parvus dominus subiectus est pædago: nec is sui domini dominus est.... Ita et tu præsis ut servias* (1), aunque le reconozca tambien aquí por Señor; y cuando ensalza la plenitud de su potestad: *Tu primatu Abel, gubernatu Noe, patriarchatu Abraham, ordine Melchisedech, dignitate Aaron, auctoritate Moyses, judicatu Samuel, potestate Petrus, unctione Christus.... unus omnium pastorum pastor* (2): finalmente pueden hallarse en unas circunstancias que deban prescindir de la infalibilidad Pontifical, como San Agustin prescinde con Maximino de la definición del concilio de Nicea, ó para batir á los hereges con las armas que tienen ellos mismos por legítimas (a), ó para denotar el cuerpo de los sagrados Pastores destinado por Cristo al gobierno de las almas, y ensalzar la unidad de la Iglesia contra el que quiera vulnerarla. Estos son los fundamentos en que nos apoyamos para interpretar los textos que parecen contrarios á nuestra sentencia; fundamentos que no pueden disputarnos los contrarios, y que todos nos son ventajosos; porque lo que se asegura ó se conjetura del Papa en consecuencia de sus privilegios primaciales, depende únicamente de su primacía; cuando lo que se le niega depende de muchos respetos, cada uno de los cuales puede bastar para que se pueda decir que se le niega sin razon. Concluyamos. Conceden nuestros contrarios que en todos tiempos tuvieron los Santos Padres una *prevencion mas favorable* por las definiciones Pontificias que no por las de los demas Obispos. Pero esta prevencion no podia proceder, como lo hemos demostrado, sino de una *piadosa confianza* de que el Papa por razon de su primado debe gozar en sus definiciones de una asistencia divina mas especial que ningun otro Obispo. Luego aquellos pasages

(1) *Lib. 3. de Consid.*

(2) *Lib. 2. c. 8.*

(a) Este es el camino que siguen hasta los mas acreditados autores y los defensores mas valerosos de la infalibilidad Pontificia contra los errores modernos propagados por los que se glorian de ser hijos obedientísimos de la Iglesia.

de sus obras que parece que contradicen esta *piadosa confianza*, no pueden entenderse del Papa bajo la relacion que forma el fundamento de esta misma confianza, es decir bajo la relacion de supremo Pastor, de centro de la unidad, y de juez autorizado en las materias de fé. Luego los novadores modernos nada pueden concluir decisivamente á su favor de los textos de los Padres que alegan. Por tanto es necesario contarlos en el número de aquellos que como dice San Atanasio (1), *aut ex invidia, aut ex contentionis studio, pro sua jam in mente recepta sententia, arbitrato suo verba accipiunt, et scripta pro libidine detorquent.*

CAPITULO XII.

Se demuestra que no se pueden aplicar á las interpretaciones de los contrarios algunas reglas generales establecidas para la inteligencia de los Padres.

1. Cuando nuestros novadores modernos se ven apurados con algun texto que se les opone, y no le pueden interpretar fácilmente por la misma doctrina de aquel Padre de donde se ha tomado, recurren á la doctrina de los tiempos en que vivió, suponiendo que no habrá querido separarse de ella. Por esta regla explica el autor de la *Defensa* el canon 2.º del concilio Pontigonense (2), subentendiendo *secundum canones*; porque *ex patrum traditione, ejusmodi decretis inhæret hæc interpretatio, et exceptio*. Por lo cual tomando Tamburini por base aquella justísima regla que *doctrina patrum, non ex verbis aliquando imperfectis, vel diversæ significationis, sed verba potius ex doctrina illorum temporum generatim accepta intelligenda sunt* (3), la aplica sin ningun discernimiento á los

(1) *S. Athan. epist. ad Serap.*

(2) *Defens. decl. Cl. Gal. P. 3, lib. 9, c. 22. Can. Honor Domino, et spirituali patri nostro Johanni, summo Pontifici, et venerabili universali Papæ, ab omnibus conservetur: et quæ secundum sacrum ministerium suum auctoritate apostolica decretaverit, cum summa veneratione ab omnibus suscipiantur; et debita illi obedientia in omnibus conservetur.*

(3) *De font. Theol. Reg. 20.*

casos particulares en el asunto presente; y así lo hacen tambien todos los de su partido. Dicen pues: que podia libremente un San Ignacio de Constantinopla llamar al Papa en su carta á Nicolás, solo, único y *universalísimo* médico, constituido por Dios para *curar las enfermedades de los miembros de Cristo*, porque se sabe cual era la doctrina de aquel siglo, segun la cual debe entenderse lo que dice San Ignacio: como tambien que no habia peligro en interpretar siniestramente lo que dice Sozomeno, á saber que no se puede concluir cosa alguna sin la autoridad Pontificia, sino que es nulo todo decreto conciliar, en que no intervenga el Pontífice con su consentimiento; porque son demasiado conocidas las tres cuestiones sobre la consustancialidad del Verbo, la celebracion de la Pascua, y la reiteracion del bautismo, definidas por el concilio de Nicea, á que se sometió todo el orbe católico sin un decreto especial del Papa.

2. ¡Excelente efugio! ¡Cuán celosos son de la ortodoxia de los Padres! Procuran reducir el sentido de estos al de la Iglesia, para reducir despues tanto la Iglesia como los Padres á su sistema. Pero falta que se tomen el trabajo de indicarnos el medio seguro para informarnos de la doctrina de los tiempos en que vivieron los Padres, si hemos de prescindir de su doctrina literal cuando á ellos les parezca que es oscura, y que de consiguiente se debe interpretar *commode*: y tambien de probar que es ilegítima nuestra ilacion, si de los mismos textos, sobre que tanto disputan, inferimos nosotros la doctrina de la misma Iglesia. Y así el que intente explicar el pasage de San Ireneo: *Ad hanc Ecclesiam (Romanam) necesse est omnem convenire Ecclesiam*, y el *claves Dominum Petro, et per eum Ecclesiæ reliquisse* de Tertuliano (1), con quien concuerda Optato Milevitano: *Claves regni cælorum communicandas cæteris solus (Petrus) accepit* (2); y el estar *Ecclesiam modis omnibus exstructam supra Petrum, qui est solidæ instar petrae*, de San Epifanio; y el *Omnium Apostolorum fortitudinem in Petro muniti*, de S. Leon; y *Ecclesiam fun-*

(1) *Sæp. c. 10.*

(2) *Cont. Parmen.*

datam in Apostolorum principis soliditate, de San Gregorio Magno; y por no proceder *in infinitum*, el *Petrus columna fidei, et catholicæ Ecclesiæ fundamentum.... qui semper in successoribus suis vivit* (como cabeza, y de consiguiente como columna de la fé y fundamento de la Iglesia), *et judicium exercet*, de Felipe, sacerdote y legado de la Silla Apostólica en el concilio Efesino: el que intente, digo, explicar estas y otras expresiones semejantes sin perjudicar á la doctrina de la Iglesia, está obligado á determinarnos cual era esta doctrina en aquellos siglos tan remotos, y á convencernos al mismo tiempo, de que no podemos deducirla de estos mismos pasages. Quando se conoce con precision cual es el sentir de la Iglesia universal por documentos públicos y auténticos, como son las definiciones de los concilios ecuménicos, y la práctica universal de todos tiempos que no pueda tener absolutamente mas fundamento que la creencia universal; podemos y aun debemos interpretar á los Padres segun esta regla. Pero quando no está definida la doctrina, ó no hay una práctica universal de todos tiempos que la manifieste; como no podemos en este caso conocer precisamente si es ó no doctrina de la Iglesia, no estamos obligados á interpretar las expresiones de los Padres segun la regla referida. Y que no esté definida la doctrina de la falibilidad Pontificia nadie lo puede negar, y especialmente siguiendo los principios de los contrarios sobre la pretendida totalidad, que no existe si se han de excluir todos aquellos Padres que segun ellos exigen una *commoda* interpretacion. Así si yo formase con el texto de Felipe lo mismo que con todos los demas este argumento: Pedro fué constituido por Dios columna de la fé y fundamento de la Iglesia: sus sucesores en quienes él vive, son sus imágenes vivas; luego serán igualmente columna de la fé y fundamento de la Iglesia: de las mismas expresiones se sirve la Escritura para denotar que la Iglesia es infalible; luego Pedro y sus sucesores son infalibles: el concilio admitió la sentencia de Felipe; luego tambien la infalibilidad de Pedro y de sus sucesores: si yo formase, digo, este argumento, no podrian ciertamente responderme los contrarios que Felipe debe haber hablado conforme á la doctrina de la Iglesia, y que de consiguiente debe haber entendido

que con la palabra *columna* se expresaba la infalibilidad cuando se aplicaba aquella voz á la Iglesia, pero no cuando se aplicaba á San Pedro que es su cabeza, y al romano Pontífice; digo que no podrian darme esta razon, porque está muy pronta la respuesta. ¿Cómo prueban ellos que el concilio puso esta limitacion, si no existe ningun documento que lo compruebe? El concilio admitió el discurso del legado sin oposicion alguna: luego la limitacion se la figuran ellos. Recurran á su placer los tiempos anteriores y su doctrina segun la cual haya entendido este concilio lo que dijo el legado del Papa: y nosotros les opondremos en ese caso otras expresiones de los Padres, de las cuales tambien podemos inferir lo contrario con igual derecho. Reunan tambien todos los Padres cuyos testimonios parezcan evidéntisimamente favorables á su partido; que reuniendo nosotros por otra parte los nuestros aunque sean en menor número, y aplicando al caso todo lo que dicen sobre las definiciones y doctrina de la Iglesia, y sobre el número *mayor* ó *menor* que sigue su doctrina (1), les responderemos que sobre este punto nada decide la Iglesia á favor de sus *muchos*, sino que decide á favor de nuestros *pocos*; militando ademas por nosotros el argumento de la universal *piadosa confianza y favorable presuncion*. Preséntennos tambien la práctica universal de la Iglesia por donde conocen su doctrina, y la hallan uniforme con la que suponen que han profesado los Padres. Diganos tambien el autor de la *Defensa* &c.: *Illatas a romanis Pontificibus etiam de fide sententias.... a conciliis æcumenicis examinatas, retractatas, interdum rejectas, nunquam nisi factò examine, et questione habita comprobatas, atque omnino nihil habitum esse pro infallibili, atque irrefragabili, nisi id, quod universalis Ecclesiæ consensione confirmatum esset* (2): arguya tambien el otro por su parte: «los concilios generales entran en el exámen y discusion de lo que habian decidido los Papas, sin que se les hubiese denunciado su decision, » y solo por habérseles propuesto para aprobarla: luego la

(1) Tamb. Anal. S. 49. 51.

(2) Par. 3, L. 7, c. 5.

« decision del Papa en materia de fé no es el último juicio ni una regla irreformable de la fé » (1): llenen finalmente cuantos volúmenes quieran de semejantes monumentos y ratiocinios: nunca llegarán á demostrarnos tan claramente el sentir de la Iglesia, como sería necesario para que se deban interpretar absolutamente los Padres conforme á él. ¿ Pero acaso no serán estas prácticas adecuadas y eficaces para conocer y probar cual ha sido la creencia universal sobre el punto en cuestion? No señores; vuestro Tamburini os lo dice: *Cavendum esse, ne semper ex factis, seu rebus gestis, juris dogmata eruantur* (2), recordándoos el ejemplo de muchos Pontífices que de su propia autoridad depusieron á los soberanos temporales, absolviendo á sus súbditos del juramento de fidelidad, á cuyo hecho aunque tan público y ruidoso, en nada se opuso la Iglesia. ¿ Pues qué mas se necesita? Lo que exige él mismo para deducir legítimamente alguna conclusion de cualquiera práctica de la misma Iglesia; á saber que sea clara, cierta y muy conocida (3), y que se hayan investigado con madurez las causas, la ocasion, las circunstancias, el éxito y el objeto (4): es decir, se requiere que no se pueda interpretar absolutamente de otra manera. De consiguiente sería necesario que nos pudiesen demostrar por la práctica de la Iglesia ser evidentemente falso que las causas decididas por el romano Pontífice que se examinaron despues de nuevo en algun concilio, lo hayan sido del mismo y no de otro modo que la de la procesion del Espíritu Santo, definida por el concilio de Leon, vuelta á examinar despues, y determinada de nuevo en los concilios de Letran y de Florencia. Sería necesario que pudiesen demostrarnos que tambien es evidentemente falso que la convocacion de los concilios ecuménicos intimada ó concedida por los Papas, es una suspension práctica hecha por ellos mismos de sus propios juicios, y por lo mismo un verdadero permiso de reproducir la causa. Sería necesario que acerca de las causas no decididas, pudiesen probarnos

(1) Cosa é un Appellante? c. 3, art. 1.

(2) De font. Theol. diss. 5,ª c. 1, §. 5.

(3) Ib. c. 3, §. 42.

(4) Ib. c. 1, §. 10.

evidentemente que no se quiso someterlas á la Silla Apostólica, por no reconocerla como un tribunal sin apelacion: que el Papa se haya visto obligado á dejarlas definir por el concilio sin intervenir en él ni por sí ni por sus legados, y que las determinaciones conciliares hayan tenido en la Iglesia una universal é irrefragable autoridad independientemente del consentimiento del Papa. Sería necesario convencernos, sin que nada pudiésemos responder, que el objeto de los concilios no tanto fué el herir á los hereges con sus propias armas, esto es, con la Escritura y la tradicion, omitiendo la que ellos desprecian, es decir la autoridad de los Pontífices; cuanto el declarar con este modo de proceder la supremacía de la Iglesia. Sería menester que nos demostrasen hasta la evidencia que los concilios son necesarios no solamente *ut veritas manifestetur* como dice el concilio quinto, sino tambien para que autoritativamente *definiatur*. En una palabra, para formar de lo que se ha hecho en la Iglesia un argumento convincente é invencible, sería preciso probar que estaba *intimamente* conexo con el dogma como exige Guadagnini (1). Mas esto es cabalmente lo que nunca probarán los contrarios, tanto por lo que se dirá en otra parte, cuanto por lo que asientan ellos mismos acerca de otras prácticas de la Iglesia. Tal es la de condenar las obras de los hereges, práctica que se halla tambien en la Iglesia de los primeros siglos, y está fundada en la *confianza* tantas veces mencionada en las decisiones Pontificias, que se confiesa en los Padres. Pretenden pues que la Iglesia hace *dos grandisimas diferencias* en la condenacion de los errores y de los escritos que los contienen: es á saber, que procediendo en los primeros con el exámen de la Escritura y de la tradicion, impone una obediencia absoluta *ore et animo*, y procediendo en los segundos por via de exámen de las pruebas humanas, solo exige un *obsequioso silencio*, aunque se haga la condenacion del mismo modo, en los mismos términos y bajo las mismas penas (2), sin presentar otro fundamento para estas supuestas diferencias que la diversa natu-

(1) *Osserv.* 2, *part.* 2, §. 6.

(2) *Ib.* §. 7, 8.

raleza de los objetos. Despues de esto ¿querrán excluir toda diferencia entre el exámen y el juicio que hace el concilio sobre las causas definidas y no definidas por el Papa? Si en una práctica tan constante y universal como aquella, aunque la Iglesia no expresa semejante diferencia, antes bien parece que la excluye claramente, quieren introducir aquella distincion en la mente de la misma Iglesia; ¿porqué no podremos introducirla tambien en nuestro caso? Pero en aquella, dicen, es el objeto diverso. ¿Y no lo es mas en esta segun sus varios respectos? ¿No hay ninguna diferencia entre un punto ya decidido, y otro que todavia no está definido juridicamente: ó bien entre un artículo cuyo exámen permite positivamente el Papa, y otro que sin ningun permiso anterior ó confirmacion posterior se examine ó se decida con autoridad suprema? Pero omitase si se quiere la distincion y sea decisiva para ellos esta práctica: ¿porqué no lo ha de ser para nosotros la contraria? Padres que recurrieron á Roma antes y despues de los concilios; concilios que pidieron instrucciones y aprobaciones de los Papas; Papas que juzgaron ellos solos las materias de fé, y ejercieron su autoridad suprema sobre la reunion de todos los Pastores en el concilio: documentos históricos que comprueban la necesidad del consentimiento del Pontífice, tal vez mas abundantes, y ciertamente mas auténticos y decisivos que los que ellos alegan: ¿no constituye todo esto una práctica contraria que tiene mucha mas fuerza? Mucho mas cuando la que ellos presentan puede tener diferentes aspectos, y la nuestra uno solo, que es el de los privilegios primaciales, segun hemos demostrado en el capítulo precedente. Y si finalmente se añade á esta práctica la *piadosa confianza* que universalmente tenian los Padres en las decisiones Pontificias, resulta mayor la probabilidad de que tampoco los concilios con sus exámenes y decretos intentaban prácticamente declarar la falibilidad del Pontífice; porque siendo así faltaría el principal fundamento de esta misma *piadosa confianza*, y de la correspondiente *favorable prevención*, que debian tener tambien los Padres de los mismos concilios, una vez que los contrarios conceden que era universal: de donde podemos inferir racionalmente que no tenia lugar en ellos aquella absolu-

ta certeza que debian tener, si en la observancia de aquella práctica hubieran tenido intencion de negar la infalibilidad Pontificia con una solemne definicion. ¿Donde está pues aquella práctica *clara, cierta y tan conocida*, que nos presente necesariamente la doctrina de la Iglesia? Y si no la hay ¿porqué hemos de estar obligados á interpretar por esta regla el sentir de los Padres? Y no haciéndolo así, ¿dejan de ser por eso ortodoxas sus doctrinas?

3. Así que, probado que no se hace ninguna injuria á la fé de los Padres en entender sus expresiones en nuestro sentido, preguntamos al Señor Tamburini, en suposicion de que pudiese alegar algunos en favor de su opinion, ¿á quiénes se debe mayor deferencia? Enseñando él, que *ceteris paribus, illius patris doctrina præferenda est, qui uberius de peculiari aliqua controversia tractavit, atque ad id speciatim excitatus fuisse videtur* (1), decide á nuestro favor. Tales son efectivamente San Leon, San Gregorio Magno, Santo Tomás, San Bernardo, y casi todos los que citan nuestros tratadistas; cuando los contrarios ni siquiera pueden citar uno solo que tan latamente y como objeto principal baya tratado de la autoridad del cuerpo de Obispos comparándola con la del Papa; exceptuando tal vez á San Cipriano, cuyo testimonio dejándoles á ellos la incumbencia de justificarle en cuanto al dogma del mismo primado de jurisdiccion y del poder gerárquico, se verá en su lugar lo que vale; puesto que los que se proponen defender la unidad de la Iglesia, como no excluyen necesariamente al romano Pontífice, aunque no se puede saber de cierto si lo excluian ó no en su mente; todavía tenemos motivo para creer que entendian la unidad como la entendia Santo Tomás, quien de ella justamente deduce la infalibilidad Pontificia como hemos visto. Luego no por salvar el catolicismo de los Padres, no por la naturaleza de la cosa, ni finalmente para adaptarlos al asunto de la obra, se usa con respecto á ellos del *commode intelligendum*, cuando parece que deciden absolutamente en favor de la infalibilidad Pontificia; sino por aquella sola prevencion con que *accedunt ad veterum lectionem, non*

(1) *De font. Theol. diss. 3, c. 3, reg. 11.*

ut hauriant eorum sententias, sed ut proprios animi sensus, et præconceptas opiniones inveniant; de donde se sigue, que *in id incumbant, ut patrum phrases ac verba per vim detorqueant, eorumque sententias obtorto collo trahant in rem suam*, como de algunos escolásticos afirma Tamburini (1).

CAPITULO XIII.

La libertad con que algunos Padres escribian á los Papas no prueba que los creyesen sujetos al error.

1. Nada mas frecuente que leer en los tratados de los novadores ejemplos de la *apostólica y sacerdotal libertad*, con que los Padres se oponian á las usurpaciones de los Papas, y les escribian acerca de la excesivamente ámplia extension de los derechos primaciales; de modo que el que no conozca el engaño fácilmente puede caer en el lazo. Pero de los muchos que nombran, ni siquiera en uno solo pueden demostrar una oposicion formal á las definiciones dogmáticas solemnes de un Pontífice. Se podrá alegar en verdad alguno que en ciertos procedimientos les reconviniere de imprudentes y excesivamente rigurosos, pero no de falsedad en sus juicios. Mas para que esta libertad se pudiese llamar hija de una antecedente persuasion de que el Papa estaba sujeto al error, era necesario que aquellos Padres impugnasen directamente alguna definicion dogmática á que se hubiesen opuesto expresamente. Así se ve algunas veces que reprendieron á los Pontífices por la demasiada facilidad en fulminar excomuniones, ó aun solamente en amenazar con ellas, porque les parecian inoportunas atendiendo á las circunstancias extrínsecas; como hizo San Ireneo con el Papa Victor en el hecho de los cuartodécimanos; pero nunca se leerá ó que negasen la potestad de fulminarlas, ó que defendiesen como exenta de censura la doctrina por cuya causa se fulminaban (2).

2. ¿Y qué responderán los reformadores, ó mejor diré los

(1) *Loc. cit. c. 2, §. 34.*

(2) Véase el cap. 19.

destructores de la primacía Pontifical, si de esta misma libertad saco yo un argumento para demostrar, no solamente que estas libres reprensiones no prueban que aquellos Padres estuviesen persuadidos de que el Papa puede caer en el error, sino que mas bien convencen lo contrario? Efectivamente, si ponian tanto cuidado en que se lanzasen del excelso monte del Vaticano los anatemas con menos frecuencia, y adaptándolos mejor á las circunstancias, para no suscitar cismas en el seno de la Iglesia, y para evitar el escándalo de tumultuosas sublevaciones, tanto por parte de los perversos seductores, como por parte de los tímidos seducidos; luego reconocian en las excomuniones mas eficacia que la que las conceden los novadores, y tan grande que parece solo se podia mirar como consecuencia de la infalibilidad. Todavía no se conocia entonces la especie de excomuniones que segun dicen los contrarios se inventaron en estos últimos tiempos: no se sabian los casos en que no se deberian guardar ni temer; á saber, 1.º *cuando la sentencia del Papa fuese expresamente, y aun implicitamente* (quiere decir, pudiendo deducirse así á fuerza de sofismas) *contra la fé y la Sagrada Escritura* (a); 2.º *cuando perjudicase á la verdad, á la vida,* (no explican lo que quieren decir con esto) *á la justicia,* 3.º *á la libertad justa* (b), es decir,

(a) Esta hipótesis es enteramente vana, porque no se puede verificar sino siendo falible el Papa, y es el punto que se disputa.

(b) Segun estas para ellos *prudentísimas* reglas se creen obligados los apelantes, siempre *obedientísimos* á la Iglesia y adictísimos á la Silla Apostólica, á manifestar con uno de los mas brillantes monumentos tanto su moderación, como la obediencia y respeto que como católicos tienen al Papa, vomitando las mas temerarias injurias contra la célebre Bula *Unigenitus*, como no ignoran aquellos especialmente que estan informados de todo lo que sucedió en la diócesis de Tournay y en Flandes. Efectivamente «ambos casos (se dice en una nota á la carta que escribió Petúpiéd á una Dama, y está en la coleccion de opúsculos piadosos, t. 8.) se verifican justamente en todas las prohibiciones de libros y condenaciones de excomunion con motivo de esta Bula. De su simple lectura salta á los ojos que se condena la doctrina de la Iglesia y el language de la piedad cristiana en que se explicaron los Santos Padres, Pontífices, Concilios &c. en las 101 proposiciones de las *Reflexiones morales* del Padre Quesnel. Se prohibe decir que Dios convierte cuando quiere á cualquier pecador obstinado, y así se viene á

de pensar cada uno como quiera. Seguramente que si se hubiera tenido generalmente en aquellos tiempos el concepto que de ellas tienen los modernos, todos los heresiarcas y hereges, pues tenían su doctrina por conforme á la fé y á la Escritura, juzgarían que se verificaban estos dos casos en las excomuniones fulminadas contra ellos, y así no temiendo las amenazas de los romanos Pontífices se hubieran creído con derecho para no observarlas: mucho mas si hubieran sabido, *illum communionem adhuc Ecclesiæ retinere, qui sic excommunicatur, ut ejus excommunicationi insignes Ecclesiæ dissentiant* (1). No debían pues turbarse los asiáticos, los melecianos, los acacianos &c., sino esperar á que la Iglesia prestase ó no su consentimiento, y entre tanto estar sin cuidado. Sus mismas insignes Iglesias hubieran dado con su disenso un grandísimo peso á las doctrinas de los excomulgados, y les hubieran librado de la infamia de ser obstinados y refractarios, manteniéndoles en la comunión de la Iglesia. Mas si ningun daño se seguía á los excomulgados, ni para con Dios, ni para con los hombres, ¿á qué viene el citar tantos Padres para impedir ó para vituperar á los Papas la publicacion de alguna excomunión, como demasiado rígida é inoportuna? En lugar de hacerlo así, hubieran ejercido su caridad fraternal los novadores, aconsejando á los oprimidos por la *violencia Pontificia* que se gloriasen con el testimonio de su propia conciencia, y se consolasen con la firme confianza de que, como ellos son inocentes (juzgando que la sentencia de la Iglesia ó del Papa

»negar el primer artículo de la fé; se condena la doctrina de la necesidad del amor de Dios y de referir á él todas las acciones; con lo cual se
 »destruye enteramente el principal precepto de Dios..... Un fiel para no
 »faltar á la obligacion que tiene de sostener la doctrina de la Iglesia, debe instruirse en las cuestiones que hay en la Iglesia" (conque decidirá por sí mismo que es esta y no aquella la doctrina de la Iglesia)." ¿Y cómo lo ha de hacer, si por un vano escrúpulo cree que estan prohibidos
 »los libros que pueden ilustrarlo? *Qui ignorat ignorabitur.*" Cuando puedan presentarnos algunos Padres, cuyas obras pueden leerse *inoffenso pede*, y tengan ademas el testimonio de la tradicion, los cuales hayan hablado en este tono, ó imitasen la temeridad de Tosini con Clemente XI, entonces podrán sin contradiccion publicar la victoria. Pero en vano confían poder encontrarlos.

(1) Le-Gros, de *Eccl. Sect. 3, c. 3.*

es contraria á la fé y á la Escritura, y perjudicial á la verdad y á la justa libertad de pensar), y por otra parte Dios es justo; la sentencia injusta (reconociéndola ellos por tal) no solo no puede dañarles, sino que puede serles ocasion de un mérito grande, si sufren esta dura prueba con fé, paciencia y humildad (1).

3. Pero hablemos sin rodeos: ó reconocian los Padres un derecho efectivo y verdadero en el Papa para separar del cuerpo de la Iglesia por puntos de doctrina sin dependencia del consentimiento tácito ó expreso de la misma Iglesia; ó miraban las excomuniones Pontificias como una simple *intimacion* ó *denuncia* al tribunal de la Iglesia, las cuales de consiguiente no tenían efecto antes que esta las aprobase: esto es, las creían ó absolutas ó condicionales. Si las miraban como una simple *intimacion* y *denuncia*, hubieran reprendido á los Papas por el demasiado cuidado de avisar á la Iglesia cuando se levantaba alguna heregía, y nada mas; luego todas aquellas funestas consecuencias, en vista de las cuales se encendia tanto el celo de los Padres con el sucesor de Pedro, debian proceder del asenso dado por la Iglesia. Es cierto que se pudiera acusar de premura precipitada al que acusase ante un legítimo tribunal el delito y el delincuente, pero solamente á causa de las determinaciones que por esta acusacion pudiese tomar inoportunamente el Juez, á quien por otro lado no estuviese obligado á dar parte, ó no lo exigiese la causa. Pero cuando no se puede dudar de la rectitud y sabiduría del Juez, y el denunciante tiene una obligacion indispensable de hacerlo, y así lo exige la importancia de la causa, jamas se reprenderá al vigilante fiscal, pues mas bien merece ser alabado por haber cumplido con su oficio. Así pues los contrarios que aparentan venerar en la Iglesia una ciencia infalible en el conocimiento de la doctrina, y una rectitud incorruptible en pronunciar las sentencias; una vez que hacen consistir el derecho que tiene el Papa en las decisiones doctrinales en solo «proponer la doctrina» de la Iglesia, en defenderla de los ataques de los enemigos,

(1) Véase la carta de Petitpied á una Dama en la coleccion de Opusculos pistoyanos, t. 8.

» y en tocar al arma contra el error,» aplaudiendo la vigilancia y cuidado de aquellos Pontífices que apenas nacia los errores avisaban inmediatamente á la Iglesia (1); y una vez que conociendo ser la fé un bien comun para toda la sociedad, enseñan que *se deben advertir á esta las asechanzas y esfuerzos que hace el hombre enemigo para arrebatárselo*; tendrían obligacion de reprender en vez de elogiar en los Padres tan excesivo arrebató de celo por una cosa de nonada, ó bien compadecerles porque ignoraban sus nuevas teorías acerca de la naturaleza y efecto de los anatemas Pontificios. Se debe pues decir que aquellos Padres tuvieron por *absolutas* las excomuniones, y de consiguiente por independientes de la Iglesia en cuanto á su valor. Admitian pues en el Papa la legítima potestad de lanzarlas, y solo le acusaban de imprudencia y demasiada severidad, como lo hizo San Bernardo con el Pontífice Eugenio (2) por la desmembracion de las diócesis: *Hoc facitis, quia potestis: sed utrum et debeatis, hæc est quaestio* (a), segun la doctrina del Apóstol, que *non omnia quæ licent, expediunt*; no absolviendo por eso de ningun modo á los excomulgados de la obligacion de guardar las excomuniones. Efectivamente es una cosa decidida en el derecho canónico que hay obligacion de guardarlas aun cuando sean injustas por la falsa suposicion de un hecho: sobre lo cual se pone el ejemplo de una muger que fuese excomulgada por negar el débito conyugal al marido habiendo sabido con toda certeza que era su padre. Ni el mismo Petitpied parece que lo niega, pues dice que el excomulgado inocente «se debe contentar con el testimonio de

(1) *Vera idea*, p. 2, c. 3, §. 1, 2.

(2) *Lib. 3. de consid.* c. 4.

(a) Por aquí se ve cuanto se apartan de la mente de San Bernardo los que pretenden que negaba al Papa el derecho de eximir á los Monasterios de la obediencia del Obispo diocesano, por haber preguntado á Eugenio: *Tibi licitum censeas suis Ecclesiis mutilare membris, confundere ordinem, perturbare terminos, quos posuerunt patres tui? ... Erras, si, ut summam, ita et solam institutam á Deo vestram apostolicam potestatem existimas*. En efecto no declama sino contra el abuso: *Quid inquis?* (prosiguiendo así) *Prohibes dispensare? Non; sed dissipare. Non sum tam rudis, ut ignorem positos vos dispensatores, sed in aedificationem, non in destructionem*.

» su conciencia... prefiriendo el ser separado exteriormente del
 » cuerpo de la Iglesia (a), á causar en ella la menor turbulencia
 » queriendo perseverar, contra la forma de las leyes y contra la
 forma del gobierno eclesiástico, en la exterior comunión de la
 Iglesia" (1). Mas si las tenían por *absolutas*, y de tanta consecuencia en razón de los escándalos y tumultos; ó vice versa para el bien y tranquilidad de la Iglesia; hubieran culpado de algun modo al mismo Cristo por haber dado al Pontífice un derecho de cuyo ejercicio se seguían tantas turbulencias y cismas, si no hubieran creído que estaba apoyado en un firme fundamento, por el cual jamas pudiese errar en la doctrina aunque se engañase en los hechos. Porque debían saber que si es válida la excomunión, el cuerpo de los fieles cuando mira al culpado como excomulgado, protesta prácticamente contra su doctrina, y profesa la del Pontífice, y así estaría la fé en el mayor peligro, como se probará mas latamente tratando de las excomuniones (2).

4. Y si los contrarios acumulan textos y mas textos, en que algunos Padres hablan al Papa como á cualquier otro Obispo, recordándole con San Bernardo que no está constituido por Señor sino por Ministro y guarda en la Iglesia: *Si utrumque (Apostolatium et dominatum) habere voles, perdes utrumque* (3), y por lo mismo sujeto á los cánones de la Iglesia; ó haciéndole presente la necesidad de corroborar sus decisiones con los concilios como lo hizo San Columbano con Bonifacio: *Conserva fidem apostolicam, confirma testimonio, roboras scripto, muni synodo* (4); ó finalmente manifestándole que le presentan su profesion de fé no para que la corrija sino para darle parte de su creencia, como lo hicieron los Padres del concilio de Rems con el Papa Eugenio: *Tenetis con-*

(a) Los apelantes de la Bula *Unigenitus*, que quisieran los tuviésemos por unos serafines en la caridad, aprendan de este su hermano el modo de portarse sin perturbar á la Iglesia con sus escandalosos clamores, é inundar la Europa con tantos infames escritos contra tantos Pontífices que la confirmaron...

(1) *Cart. cit.*

(2) *Véase el cap. 25.*

(3) *De consid. lib. 2, c. 5.*

(4) *Epíst. 4. ad. Bonif. t. 12. Bibl. Patrum.*

fessionem illius hominis (Gilberti porretani) scriptam, convenit ut teneatis et nostram. Verumtamen illi sub hoc tenore tradidit suam, ut paratus esset corrigere, si quid vobis aliud videretur: nos huiusmodi conditionem penitus excludimus..... nihil penitus mutaturi (1). Si acumulan, digo, los contrarios estos y otros textos semejantes, ¿que se sigue de aquí? ¿Qué por eso creían los Padres que el Papa es falible? Pues no se sigue necesariamente, y aun es la consecuencia menos probable. No se sigue por necesidad, porque podía ser cualquier otro el fin y propósito de los Padres. Escribiendo directamente á los Pontífices en quienes veneraban la suprema autoridad, y temían los efectos de la fragilidad humana, no es de admirar que animados del valor apostólico tomasen el tono de consejeros, para que no usasen *in destructionem* de lo que se les habia concedido *in ædificationem* afectando un imperio despótico; como hace observar á Eugenio el Santo Abad de Claraval diciéndole: *Nullum tibi venenum, nullum gladium plus formido, quam libidinem dominandi (2);* por lo que es necesario que *præsis ut prosis*: ó bien que dejando toda adulacion les manifestasen con la mayor sinceridad las discordias, rúmores, murmuraciones, y sospechas, que *in multitudine clamosa, acuta, tumultuosa* se levantaban frecuentemente contra la Silla Apostólica, no por haber dado alguna definicion dogmática, sino solamente por el temor de que tuviese demasiado disimulo con los hereges, aunque *absit, quod crederent verum fuisse, esse, vel fore*; para persuadirles por este medio á *reddere rationem omni poscenti*, manifestando á todos en público sínodo *non amplius dissimulando, tacendo, sed vocem veri Pastoris emittendo*, la pureza de su fé, como por amor á la paz insinuaba San Columbano á Bonifacio; y en este caso, *si verba, tanquam zeli modum excedentis, inveniuntur..... forinsecus pias aures offendentia, indiscretioni,* ó mas bien *evangelicæ pacis, et sanctæ Cathedræ claritatis amoris sunt deputanda*, y no á una íntima persuasion de que hayan errado ó puedan errar solemnemente los Papas; pues

(1) En las actas de aquel Concilio.

(2) *De consid. l. 3, c. 1.*

creen los Padres, y lo protestan con la lengua y con los hechos, *columnam Ecclesiæ semper firmam esse Romæ: quam* (por consecuencia) *non decet, ut qualibet vi possit moveri a soliditate veræ fidei* (a): ó bien finalmente que los mismos Padres presentasen al Pontífice su profesion de fé de un modo que demostraban su firmeza, y no su independencian con querer prevenir definitivamente el juicio del Papa: lo que el mismo San Bernardo declara haber hecho precisamente los Padres del referido concilio de Rems, pero justificándose cabalmente con aquella declaracion á sí mismo y á los demas ante el Papa Eugenio (1). Pudiendo pues asignarse tantas causas de la libertad apostólica con que escribian los Padres inmediatamente á los sucesores de Pedro, no hay necesidad de explicarles en el sentido de los contrarios, cuando se leen en ellos semejantes expresiones. Fuera de que tampoco hay la mayor probabilidad de que así lo entendiesen, oponiéndose esto á aquella *piadosa confianza* con que todos los Padres de todos los siglos y lugares recurrian á aquellos mismos Papas á quienes escribian en esos términos; y siendo tambien contrario á otros muchísimos pasages donde hablan de la Silla Apostólica de una manera que no basta la mas cavilosa crítica de los novadores para traerlos á su partido, como hemos probado en los capítulos anteriores.

CAPITULO XIV.

Tampoco se prueba de que los Padres no hubiesen opuesto á los hereges la infalibilidad Pontificia; donde se examina si pudo alegarla San Agustin contra los Donatistas.

1. **E**stan llenas las bibliotecas de obras escritas por controversistas célebres que prueban contra los hereges la verdad de

(a) Por esta conexion de los textos se vé bastante bien, cuan poco penetran el espíritu de la carta de San Columbano los que no distinguiendo en ella los sentimientos de este Padre de los que tenía la multitud tumultuosa, le atribuyen hasta lo mismo que reprueba.

(1) Otton Trisigense, *L. 1. c. 56.* Véase Labbé, *t. 12. Concil. p. 1664.*

los dogmas católicos ya definidos por la Iglesia en la forma mas solemne, y lo hacen por la Escritura, por los Padres, y tambien alguna vez por la razon, prescindiendo de toda definicion conciliar; é igualmente se ocupan todos los Padres en combatir en sus obras la heregía con sus propias armas, ya omitiendo la autoridad de la Iglesia sea congregada sea dispersa, como lo hizo San Agustin contra Maximino respecto del concilio Niceño á que oponia el herege el Ariminense, y contra los Pelagianos; y ya dejando á un lado interinamente la Escritura, como hizo él mismo contra los Maniqueos: mas no por eso se dudó jamas que los controversistas admitiesen la autoridad de los concilios, ó que no reconociesen los Padres la de la Escritura y de la Iglesia. Sin embargo no lo creen así nuestros modernos novadores, cuando se trata de la infalibilidad Pontificia. Los Padres, dicen ellos, nunca opusieron á los hereges la infalibilidad del Papa; luego no la reconocieron. En todas las indicadas omisiones tenemos una perfecta identidad de circunstancias. En efecto los hereges de aquellos tiempos no la tomaban contra los Pontífices sino porque estos condenaban sus doctrinas, formando el mayor empeño en defenderlas, sin proponerse establecer ninguna teoría contra la infalibilidad de la Silla Romana, porque su único objeto era demostrar el supuesto hecho de una definicion errónea. Por esta razon no podian los Padres ni oponerles semejante privilegio Pontificio porque lo negaban, ni probarlo *a priori* con razones positivas, porque los hereges, tenacísimos en sus opiniones, hubieran tratado de probar lo contrario *a posteriori*, gritando *nil valere scientiam contra factum*: y así era necesario impugnarles por esta parte, es decir haciéndoles ver que era herética su doctrina. Si los Padres hubieran tenido que impugnar á algun herege moderno, no hubieran dejado ciertamente de acometerle por todos lados, y aun sin olvidar las prerogativas Pontificias.

2. Pero se me dirá que una cosa es no nombrar este privilegio, y otra cosa es negarlo formalmente. ¿Y no lo niega absolutamente San Agustin, cuando confiesa que todavía no se habia terminado la cuestion de la reiteracion del bautismo por San Esteban en tiempo de San Cipriano, y que se concluyó

despues del concilio de Nicea en tiempo de los Donatistas? A este Aquiles de los contrarios da un golpe mortal el Ilustrísimo Marchetti (1), y con tanta fuerza que parece imposible que haya gentes tan obcecadas por el espíritu de partido, que prosigan reproduciéndolo hasta causar náuseas, como si nunca se hubiera respondido á él. Demuestra dicho autor con toda evidencia, 1.º que el Santo Doctor disputa con los Donatistas *á lo humano*, quiere decir prescindiendo de la autoridad, para convencerles de que en vano *auctoritate Cypriani se defendere moliuntur*; porque *nihil sic valet ad eos revincendos, quomodo litteræ factumque Cypriani &c.*; 2.º y que San Estéban no habia decidido nada dogmáticamente. De consiguiente puedo dispensarme y con mucha razon de tratar el punto considerado bajo este aspecto, no pudiéndose hacer con mas fuerza y claridad; y me limitaré á probar que tampoco podia San Agustin argüir de otro modo contra los hereges.

3. Efectivamente ¿cual era su objeto? No solo debia rebatir *quæ de hac re* (sobre la reiteracion del bautismo) *Donatistæ objectare consueverunt, sed etiam de beatissimi martyris Cypriani auctoritate, unde suam perversitatem, ne veritatis impetu cadat, fulcire conantur, quæ Dominus donavit dicere; ut intelligant omnes, qui non studio partium cæcati judicant, non solum eos non adjuvari auctoritate Cypriani, sed per ipsam maxime convinci atque subverti* (2). He aquí pues un doble empeño. Al primero satisface con argumentos directos probando la validacion del bautismo administrado por los hereges; y al segundo quisiera que se me dijese como podia satisfacer mejor que formando un exacto paralelo entre el Santo Mártir y los Donatistas. El que se propone privar á alguno del argumento formado sobre el ejemplo de otro, no debe por cierto hacer patente la semejanza, sino al contrario manifestar en qué consiste la diferencia; y si quiere no solo quitarle el apoyo del ejemplo, sino tambien valerse de él para impugnarle, no basta que niegue la uniformidad de la conducta, sino que ademas debe hacer ver una disparidad que contra-

(1) Eserc. Cip. p. 114. 256. 268.

(2) Lib. 2. cont. Donat. c. 8.

diga las miras del contrario, pero no valiéndose de los principios que se controvierten. Pues esto debía hacer San Agustin con los Donatistas: 1.º no alegar aquellos hechos que pudiesen servir de apoyo á la uniformidad con San Cipriano de que ellos se gloriaban, ó bien explicarlos con arreglo á las circunstancias, en las cuales de ningun modo pudiesen favorecerles: 2.º buscar en el Santo Mártir los documentos mas eficaces para hacer ver la disparidad entre su conducta y la de aquellos.

4. Por tanto, no podia San Agustin negarles la uniformidad en sostener la reiteracion del bautismo, porque el Santo Obispo se habia opuesto realmente á la costumbre de todo el orbe católico lo mismo que los Donatistas: conque debía recurrir á las circunstancias diversas del tiempo de San Cipriano y del de los Donatistas, para manifestar la diferencia. Efectivamente recurrió á ellas el Santo observando que en tiempo de San Cipriano solo se hallaba quien *consuetudinem ei opponeret; defensiones autem ipsius consuetudinis non tales afferret, quibus illa talis anima moveretur* (1); y que por lo mismo se podia mirar la cuestion envuelta de algun modo en la oscuridad, se entiende en cuanto á los argumentos demostrativos solamente; siendo así que los Donatistas defendian con pertinacia el error despues que *diutius per orbis terrarum regiones, multis hinc atque illinc disputationibus et collationibus Episcoporum pertractata et eliquata* habia sido la controversia, y determinada la verdadera doctrina, *sine dubitatione, omni dubitatione sublata*. Esta era la primera disparidad. Pero insistiendo los Donatistas sobre las cartas, sentencias y concilio de San Cipriano, y no pudiendo encontrar el Santo Padre por esta parte una esencial diferencia en la doctrina, se veia en la precision de oponerles la diversa intencion con que la defendia el Santo Mártir. Mostró su sumision á la Iglesia en no querer separarse de la unidad de que se separaban los Donatistas; y mostró que no queria separarse de ella, porque dejaba á cada uno la libertad de pensar á su modo. Así se condujo efectivamente San Agustin, que despues de haber referido el sermón de San Cipriano en la apertura de aquel sínodo-

(1) *Ibi cap. 3.*

do, en que protesta que no juzgaba á ninguno que pensase de otra manera, estrecha á los Donatistas diciendo: *Nunc, si audent, superbæ et tumidæ cervicæ hæreticorum adversus sanctam humilitatem hujus sermonis se extollant... Vos certe (Donatistæ) nobis objicere soletis Cypriani litteras, Cypriani sententiam, Cypriani concilium: cur auctoritatem Cypriani pro vestro schismate assumitis, et ejus exemplum pro Ecclesiæ pace respuitis?* Y esta es la segunda diferencia; el separarse ellos de la comunión de la Iglesia.

5. El error que los hereges atribuían á la Iglesia era para ellos un motivo de erigir un altar contra el mundo católico que los separase de su comunión, para no perecer con *los que erraban* comunicando con ellos. La verdad del principio es ciertísima, porque está fundada en la Escritura, que nos manda huir de la comunicación con los hereges: luego no podía disputarla San Agustín. Por lo cual la única consecuencia que saca de su aplicación á los hechos era á propósito para convencerles de que sin razón se gloriaban á la sombra de San Cipriano, porque también este hubiera perecido: así efectivamente les arguye. *Respondete, quare vos separastis? Propterea certe ne malorum communione periretis. Quomodo ergo non perierunt Cyprianus et tot collegæ ipsius? Qui cum crederent hæreticos et schismaticos baptismum non habere, sine baptismo tamen receptis... communicare, quam separari ab unitate maluerunt.* ¡Que bueno, dirán acaso los contrarios, qué bueno hubiera sido el argumento, si para cerrar la boca á los Donatistas les hubiera opuesto San Agustín la prontitud de su maestro en sujetar sus propias opiniones á la absoluta autoridad de la Iglesia! ¡No se daba esta á conocer en la costumbre de todo el orbe católico, á que se oponía San Cipriano? Ni se requiere que se demuestre donde está la doctrina de la Iglesia, *cum scire sufficiat, eam contra ista sentire*, según el testimonio del mismo San Agustín. Pero ¡cuán fácil salida hubiera proporcionado á los hereges, obrando de esta manera! Seguramente le hubieran respondido sin ningún recelo; pero nuestro Obispo se mantuvo muy firme contra *morem totius orbis*: ni los católicos exigen demostración alguna para obedecer á la Iglesia: luego en cuanto á la sumisión que se nos dice debemos prestar,

*

sería igual á nuestro delito el de Cipriano. ¿Y qué hubiera respondido San Agustín? No conocía el asunto tan mal como quisieran los contrarios, para que no tratase de otra manera la controversia.

6. Los Donatistas no hacian caso ninguno de los decretos de los Papas y definiciones de la Iglesia, porque no admitian mas verdadera Iglesia que la suya en el Africa. Pues bien, supongamos que San Agustín les arguyese con las decisiones auténticas del concilio general, que deben bastar para los fieles, prescindiendo de las sólidas razones en que estaban apoyadas: es claro que si respondían los hereges que no reconocían por verdadera aquella Iglesia, hubieran echado por tierra el argumento. Y á la verdad; que la Iglesia católica no tenía para ellos ninguna autoridad lo confirman evidentemente los caracteres que ellos señalaban como absoluta y esencialmente necesarios para constituir el cuerpo de la verdadera Iglesia: conviene á saber, la santidad y perfeccion de la vida. En efecto, aunque solo á la verdadera Iglesia corresponden estas propiedades, no forman sin embargo su esencia de modo que deban hallarse necesariamente en todos sus miembros, y así no estando como no podía estar la congregacion de los católicos adornada con estas excelencias en todos sus miembros, por eso no la miraban como verdadera Iglesia. Esto supuesto, al momento se ve que no hubiera sido cordura en el Santo Doctor el recurrir para combatirlos á los decretos de la misma Iglesia. No podemos tenerle por un lógico tan inexperto. He aquí á lo que se reduciría el argumento de los Donatistas: no es la verdadera Iglesia la que aprueba la heregía: la que nos opone Agustino aprobó la heregía; luego no es la verdadera, ni de consiguiente debemos ser reputados nosotros por cismáticos. Y si les arguyese del modo que pretenden los contrarios, debía responderles de esta manera: la heregía no puede ser aprobada por la verdadera Iglesia: la validacion del bautismo de los hereges está aprobada por la verdadera Iglesia; luego no es heregía sino una creencia católica. Pero debía probar la proposicion menor que negaban los Donatistas: lo que no hubiera podido hacer sino valiéndose de aquellas razones que demuestran verificarse la catolicidad de la Iglesia en la union de los Obispos,

los cuales condenaron la reiteracion del bautismo, y de consiguiente que esta es la verdadera Iglesia. Pero si los Donatistas hubieran vuelto de nuevo á su primer argumento sacado del hecho de una definicion herética; ¿que podia hacer San Agustin sino ceñirse únicamente á la doctrina, demostrando no solo que no era herética sino que era la única verdadera, porque era la única que estaba fundada en las divinas Escrituras y en la tradicion? Luego podia por este solo medio justificar á San Cipriano. Porque el que se resiste á la verdad cuando ya es clara y evidente, no puede gloriarse con el ejemplo del que la resiste cuando todavía está envuelta en tinieblas. Vosotros pues, pudiera decirles, pedis razones y yo os las presento; demostraciones, y aquí estan las mas incontrastables y victoriosas, como que son el fruto de la mas seria aplicacion de todo el mundo católico, y se han ventilado por todas las Iglesias en discusiones las mas doctas y sutiles. Así que, puesta ya tan en claro la verdad, *sine dubitatione, omni dubitatione sublata*, ¿qué os falta para que tengais por concluida totalmente la controversia? Si se hubiera discutido de este modo en tiempo de Cipriano, ¿con cuánta presteza no se hubiera apresurado á reformar su opinion, pues se mostró siempre tan dócil á la voz de la verdad, que no digo á todo el universo, mas tambien *uni verum dicenti, et demonstranti consentiret?*

7. Pero, replican los contrarios, debiese ó no debiese San Agustin prescindir de toda autoridad, lo cierto es que no prescinde; porque protesta que eran tan fuertes las razones de San Cipriano, que ni él mismo se hubiera atrevido á defender la sentencia contraria, si no hubiera sido tan solemnemente autorizada por un concilio general. *Nec nos, dice, tale aliquid auderemus asserere, nisi universæ Ecclesiæ concordissima auctoritate firmati, cui et ipse Cyprianus cederet, si jam illo tempore quæstionis hujus veritas eliquata et declarata per plenarium concilium solidaretur.* ¿Creeremos acaso que tampoco hubiera cedido él mismo á la autoridad de la Iglesia? No por cierto. Luego confiesa que en tiempo del Santo Mártir no habia aquella tan concorde autoridad que habia en tiempo de los Donatistas; y por esta sola razon le disculpa. Luego

tampoco él hubiera cedido á los decretos de Esteban lo mismo que San Cipriano. Este es el discurso de nuestros ilustrados intérpretes, pero muy extraño y sin ninguna fuerza en todas sus partes; porque cuanto puede inferirse de aquel texto se reduce á tres puntos: 1.º que San Agustin distingue dos diferentes autoridades, es decir, la de la Iglesia y la de aquel Concilio: 2.º que se adhiere á la primera independientemente de la segunda; 3.º que no habia hecho lo mismo San Cipriano. Conque aquel mismo texto confirma poderosamente cuanto hemos dicho hasta aquí.

8. En efecto, cuando indica San Agustin el motivo que tuvo para desechar la doctrina del Santo Obispo Cipriano, no alega mas que la autoridad de la Iglesia universal; ni dice que tambien se hubiera adherido á ella San Cipriano, si hubiera estado seguro de que era aquella la fé de la Iglesia; sino solamente, si se hubiera celebrado entonces un concilio general, en el cual examinada contradictoriamente la cuestion, se hubiera declarado con evidencia todo lo que se creía antes solo por la autoridad. Compara pues dos autoridades, la de la Iglesia y la de la demostracion. Pero de esta prescinde en cuanto á sí mismo, indicándola solamente como un medio adecuado para que depusiese Cipriano su propio parecer, segun se ve por el modo con que se explica: *cui cederet, si* (he aquí la condicion) *si jam illo tempore &c.* Luego, concluyo yo, supone el Santo Doctor que contradijo realmente á sabiendas la autoridad de la Iglesia; porque si no, hubiera dicho, *cui et ipse cederet Cyprianus, si ei innotuisset*, y de este modo quedaria completamente justificado. ¿Hay alguno que lo dude? Si el Santo Mártir hubiera cedido á la autoridad de la Iglesia, cuando se agitase empero la controversia en un concilio general; ¿no se sigue legitimamente que la sola autoridad de la Iglesia no fué suficiente para apartarle de su opinion? ¿Y haremos semejante injuria á la ortodoxia de Cipriano? Respondan á esta dificultad los que pretenden que creía el Santo que trataba un punto de fé. No podia pues oponer San Agustin, como realmente no opuso á los Donatistas la autoridad absoluta de la Iglesia. Pero, instan todavia los contrarios, á lo menos es cierto que tampoco él hubiera cedido á los decretos solos de Este-

ban, si no hubiera habido la concorde autoridad de la Iglesia católica. *Nec nos.... nisi universæ Ecclesiæ &c.* Tambien esto es falso aun en la inadmisibile hipótesis de que el Pontífice hubiera decidido dogmáticamente. Una cosa es decir: «No » hubiera cedido al juicio de Esteban, si no hubiera asentido á » él la Iglesia universal»; y otra cosa es decir puramente: «No » creería que era verdadera la doctrina de no reiterar el bautismo, si no me confirmase en ella la autoridad de la Iglesia.» Solamente en el primer caso excluiría al Papa poniéndole en paralelo con la Iglesia, pero no en el segundo; porque segun el sistema de la infalibilidad Pontificia es una misma la fé de la Iglesia y del Papa, y aun el Papa no hace mas que proponernos infaliblemente la doctrina de la Iglesia; y así el motivo por que creemos que está revelado algun dogma es la autoridad de la Iglesia; y el motivo porque creemos firmemente que es esta la fé de la Iglesia, es la autoridad del Papa que así nos lo propone. Así pues, hablando como habla San Agustin solamente del dogma, y no del modo con que conoce que es dogma de la Iglesia, en nada se opone á nuestra doctrina; y dice muy bien que no lo creería sin la autoridad de la Iglesia, como no lo creería ningun católico. Por todo lo que hemos dicho acerca de este particular, se ve claramente cuan racional es la conjetura de los que afirman que San Cipriano obedeció por último á la autoridad del Pontífice. Por lo demas parece que no podemos menos de reconocer con San Agustin en el mismo Santo Mártir alguna culpa que purgó abundantemente *false martyrii*. Así se cierran todas las salidas á los Donatistas, y se ve que San Cipriano no fué su modelo sino su acusador y juez. Si se raciocina de otra manera, hubieran triunfado los hereges peleando bajo las banderas del Santo Obispo; y vencido San Agustin tendria que arrojar la espada que empuñó contra ellos. Por último, queda manifestada la inoportunidad é inutilidad de esta objecion, que con tanto aire de importancia nos hacen los novadores modernos.

CAPITULO XV.

La renovacion, que se hace algunas veces en los concilios, de las causas definidas por los romanos Pontífices, no es porque los Padres sospechen una definicion errónea.

1. **M**ientras los enemigos de la infalibilidad Pontificia hacen alarde de su erudicion tejiéndonos una larga série de monumentos, y desenvolviendo todas las historias de aquellos concilios en que se trataron de nuevo las controversias definidas ya por los romanos Pontífices; dejándoles yo la gloria de ser eruditos, me limitaré á demostrar en general que son inconcluyentes las consecuencias que deducen de semejantes documentos. Por tanto, asienten norabuena con Tertuliano, que la regla de fé debe ser *immobilis, et irreformabilis, et irretractabilis*, que yo les concederé este principio; pero si añaden despues que *volviéndose á examinar en los concilios los oráculos pontificios no estan estos dotados de aquellos caractéres*; permítanme que se lo niegue, lo mismo que todos los corolarios consiguientes. Y ¿porqué? Precisamente porque el nuevo exámen que se hace en los concilios no es el que entiende Tertuliano en estas palabras; y de consiguiente no prueba por necesidad la universal persuasion de los Padres acerca de la falibilidad del Pontífice como pretenden los contrarios.

2. Son los modernos novadores tan devotos de este escritor, eclesiástico, que casi idolatran en su autoridad; ni ahorran fatigas y sudores para registrar sus obras, y sobre todo la intitulada *de las prescripciones*, con el fin de enriquecer á la Iglesia y á las cátedras con aquel precioso cuerpo de doctrina que hubiera quedado enterrado y desconocido, si uno de sus corifeos no le hubiera publicado con solemnidad á tambor batiente; pero todavía no han llegado á conocer que cuando llama *inmóvil, é irreformable, é irretractable á la regla de fé*, quiere solo decir que debe ser firme é irrevocable, y no estar sujeta á mutaciones; pero no que el objeto que propone no pueda examinarse de nuevo; ó para manifestar que en él se verifica

la regla, ó tambien para convencer á los que rehusen admitirlo. La regla que asienta contra los hereges: *id verum quodcumque primum, id adulteratum quodcumque posterius*, es firmísima sin duda ninguna, puesto que «Cristo (para hablar con el mismo Tamburini) sembró primero la buena semilla, esto es, la palabra de Dios, y despues vino el hombre enemigo á sembrar la cizaña» (1): es tambien *irreformable é irrevocable*, porque siempre será cierto que la verdad subsiste antes del error, el cual no es otra cosa sino una corrupción de la misma verdad. Luego cuando se ha llegado á probar á los hereges la novedad de su doctrina, ¿no se deberá pasar mas adelante, aunque no se aquietasen por esto y siguiesen enfureciéndose mas obstinados que nunca? No señor: no es lícito recurrir á otros medios para *confundirlos*: la regla es *irretractable*. ¿Conque no tenemos armas para impugnar victoriosamente á los Socinianos, que riéndose de los monumentos de la antigüedad mas venerable, se glorían tambien de haber sido los primeros en esparcir sus doctrinas sobre la Trinidad y la Redención? No desatina de este modo Tertuliano: Es ciertamente *irretractable* la regla, es decir, jamas se la podrá convencer de falsedad, y por lo mismo jamas podrá revocarse. Pero no se sigue por eso que en ningun caso deba sujetarse á otro exámen la verdad, aunque sea preciso manifestar á los hereges la madurez y prudencia con que se procede contra ellos, ó instruir y afirmar mas y mas en la fé á los que fluctúan: *Adversus hæreses universas jam hinc prædicatum est, id esse verum quodcumque primum, id esse adulteratum quodcumque posterius; sed salva ista præscriptione, ubique tamen propter instructionem et munitionem quorundam, dandus est etiam retractantibus locus, vel ne videatur unaquæque perversitas non examinata, sed præjudicata daminari* (2). Es preciso, pues, no tener entendimiento para dejar de conocer que por *retractacion* entiende aquí Tertuliano *revocacion, anulacion*, y no nuevo exámen ó reproduccion de causa, que en nada perjudica á la firmeza é irrevocabilidad de la regla;

(1) Anal. §. 96.

(2) Tertull. Cont. Praxeas.

es preciso que el objeto de tantos estudios sea el de desfigurar y no manifestar el sentir de este Padre, para interpretar de este modo lo que dice; finalmente es preciso no haber leído este período, para no ver en él declarado el fin por que se reproducen las controversias en los concilios, sin derogar por eso bajo ningún concepto la infalibilidad de los romanos Pontífices que las hayan definido.

3. No es la Iglesia un gobierno tiránico, en que esclavizado el entendimiento humano reina solamente la ceguedad y la ignorancia. No es la fè de Cristo un peso insoportable que oprima y aniquile todas las facultades intelectuales, como finjen los incrédulos; sino que el primero está lleno de consejo, y el segundo es ligero y suave. La Iglesia como madre piadosa y nuestra sabia preceptora, siempre procura atemperar de tal modo su autoridad á la debilidad y necesidades de sus hijos, que aduna admirablemente el oficio de soberana absoluta, con el de guía, consejera y maestra; para que conozcan los fieles cuan *racional* es el *obsequio* que de ellos exige á las adorables verdades que les propone, y se vean forzados los rebeldes á confesar ó á lo menos á conocer la locura de su desobediencia. Esto es lo que hace en los concilios adonde por una condescendencia maternal les concede acercarse con ella á un exacto cotejo jurídico de los principios y fundamentos comunes; para que se vea mejor la oposicion de estos á las doctrinas heréticas, y quitar de este modo todo pretexto á la heregía para gloriarse de tener por bases á la Escritura y la tradicion. Pero no podría confundir por este medio á los que yerran; si no tratase en pro y en contra la controversia con una nueva discusion de los principios, con un nuevo exámen de las consecuencias; y con rebatir los sofismas; en suma si no diese la mayor evidencia á la verdad: de este modo la Iglesia sigue el consejo de Tertuliano, que *propter instructionem, et munitionem quorundam, dandus sit etiam retractantibus locus, vel ne videatur unaquæque perversitas non examinata, sed prejudicata damnari.*

4. Ni de aquí se puede inferir que haya quedado antes indecisa la cuestion. ¿Cuántas veces no ha procedido de este modo la Iglesia acerca de varios puntos, que tampoco en el

sistema de los contrarios pueden llamarse indecisos? ¿No enseña Tamburini que la autoridad infalible solo reside en la unidad, la cual se manifiesta ó en los concilios, ó en la voz de la Iglesia, difundida y esparcida por sobre la faz de la tierra; y que aunque el primer modo es mas expedito, claro y decidido, y de consiguiente mas á propósito para dirimir las controversias; sin embargo el segundo es igualmente seguro, aunque mas lento y sujeto á mayores dificultades (1)? Luego si se puede indicar algun concilio en que se hayan reproducido las causas ya definidas anteriormente por el consentimiento de la Iglesia dispersa; se deberá concedernos por razon de sistema (a) que no siempre se reunen los concilios para definir con autoridad absoluta la creencia ortodoxa, sino tambien solamente para instruir, convencer y destruir á los hereges. Recordaré pues á los contrarios que antes de la convocacion del primer concilio de Nicea, era tan firme y universal la fé acerca de la consustancialidad del Verbo definida ya anteriormente por los concilios particulares, que apenas se oyó la impiedad arriana, todos los Padres se llenaron de indignacion, y asombrados con aquella novedad rehusaban oir hasta el nombre solo de semejante blasfemia. Tambien les recordaré que aunque quisiéramos prescindir del juicio de San Leon pronunciado antes del concilio de Calcedonia, ya estaba terminada por via de autoridad la causa de los Eutiquianos por el consentimiento universal, como lo manifiestan los monumentos de todos los Obispos del occidente, y señaladamente de los Franceses, que escribieron concordés al Santo Pontífice haber abrazado su carta á Flaviano, cual símbolo de la fé; y como

(1) *Anal.* §. 63.

(a) Si los novadores tienen algun sistema fijo, es el de introducir en la Iglesia un verdadero pirronismo. La voz de la Iglesia dispersa está expuesta á grandes dificultades, es mas clara la del concilio: mas este no se reconoce por ecuménico, sino cuando se verifica la aceptacion posterior; luego es la voz de la Iglesia dispersa la que le proclama por tal: empero esta voz está sujeta á grandes dificultades; luego será difícil saber cuando es ecuménico un concilio, lo mismo que distinguir la fé de la Iglesia, y hémos aqui siempre inciertos hasta el punto de propagarse una duda universal sobre todos los artículos de su doctrina. Pero de esto trataremos en otra parte.

*

no permiten dudarlo las actas del mismo concilio, donde se leen las unánimes aclamaciones que dieron tambien los orientales á la carta del Pontífice, antes que se principiase el exámen; y como finalmente declara el mismo San Leon diciendo que aquel concilio no era necesario para extirpar la heregía de Eutiques. No tenemos necesidad de extendernos demasiado en recordar, tanto la carta de San Cirilo, aprobada por el concilio de Efeso, y examinada de nuevo en el mismo, como el dogma de la procesion del Espíritu Santo, reproducido en el de Florencia, aunque ya definido por los de Leon y de Letran; y otros muchos hechos semejantes, por los cuales se ve que los concilios vuelven á tratar ó reproducen muchas veces las causas, no para sujetarlas á un exámen de investigacion porque tengan alguna duda, sino á un exámen de simple *adhesion* para que resplandezca la verdad con mas brillantez, y para que así *obstruatur* de todos modos *os loquentium iniqua*, es decir, de los que impugnen las definiciones ya dadas. Se parece en esto la Iglesia á un sabio y experto maestro, que viendo que no es proporcionado á la tarda inteligencia del discípulo el estéril método de la síntesis, adopta la análisis; no porque no comprenda toda la fuerza de la mas rigorosa demostracion el primero, que por experiencia conoce ser ineficaz, sino porque dividiendo con el segundo las partes de un compuesto, y reduciéndolo todo á sus principios primigenios, concibe mas fácilmente el discípulo la doctrina que le enseña. A las razones ya expuestas se agrega tambien la autoridad del concilio quinto, cuyos Padres reducen á esto la utilidad de las reuniones conciliares, á saber, *ut in omnibus disceptationibus cum proponuntur quæ ex utraque parte discutienda sunt, veritatis lumen tenebras expellat mendacii* (1), y tambien la de San León, quien igualmente asegura que solo son necesarias *ut veritas clarius enitescat, et fortius retineatur* (2). El mismo Tamburini dice, como hemos visto, que los concilios solo sirven para dar á conocer por un medio mas fácil, claro y expedito la unidad en que reside la autoridad infalible; y los mismos no-

(1) *Coll.* 8.(2) *Epist. ad Theodor.*

vadores no se atreven generalmente á sostener la absoluta necesidad de los concilios (1). Y á la verdad si no son necesarios, como dice Le-Gros, *ad firmanda dogmata, quæ ab universa Ecclesia tamquam de fide recipi jam constat*, sino solo algunas veces *ad unanimum consensum circa quædam dogmata.... manifestandum*; se sigue que así como la manifestacion supone que existe este consentimiento universal; así tambien se reunen los Padres muchas veces en concilio llevando ya la firme creencia del dogma que quieren declarar. Luego no vuelven á examinarle porque duden de su verdad, sino solamente para convencer á los que lo niegan, y manifestar solemnemente la solidez de su fé.

5. Pero si el tratar y examinar de nuevo la doctrina tambien de la Iglesia no perjudica á la autoridad de esta misma Iglesia que tácita ó expresamente la ha declarado por suya, ¿porqué ha de perjudicar á la del Papa? Si el fin es el mismo, si las circunstancias son idénticas, ¿no será una misma la naturaleza del exámen? El Pontífice condena la innovacion de la doctrina: se resisten los novadores, se exacerban y se precipitan en el cisma: aborrecen toda clase de autoridad; Escritura, Padres, y no raras veces hasta la misma filosofia, en fin todo lo ponen en movimiento contra la definición Pontificia: no tiene el Papa otras armas para rebatirlos ni está tan demas para seguirles por sus tortuosas sendas, hace que suene la trompa apostólica, se reúne toda la Iglesia, y aunque puede preguntar á los hereges como San Agustin al Obispo de Eclana: *Quid adhuc queritis examen, quod jam factum est apud sedem apostolicam?* con todo, perseverando ellos en su obstinacion, los llama hácia sí al principio como hijos para apaciguarlos; despues los acoge como discípulos para instruirlos; y por último los arroja de sí como rebeldes para que se reconozcan, y reconocidos vuelvan otra vez á su seno. ¿Y se podrá inferir de todo esto que porque así procede la Iglesia declara que reconoce al Papa sujeto al error? ¿Que consecuencia mas ilegítima y extraña?

6. Sí lo reconoce tal, repiten los contrarios, y bien lo

(1) Opstraet, *quest.* 3. de Conc. Le-Gros, de Eccl. concl. 10.

manifiestan los Padres con suscribir á las letras Pontificias. Suscriben, es verdad, los Padres á las letras Pontificias, pero no en cuanto emanan de la Silla Apostólica, sino solamente porque se conforman con la tradicion, con los concilios y con la Escritura. ¿Pero puede inferirse de aquí que los Padres sospechen que pueden no conformarse con todo esto las letras Pontificias? El motivo por que se juntaban aquellos concilios era para manifestar mas claramente la verdad: *Ut veritas clarius enitescat*; el motivo pues por que debian mostrarse adheridos á las definiciones Pontificias no debia ser otro que reconocer que eran verdaderas. Efectivamente si los concilios hubieran declarado que aceptaban las decisiones de los Papas solo porque procedian de la augusta Sede del sucesor de San Pedro, ningun caso hubieran hecho los hereges de semejante aceptacion, pues no podian ignorar que aquellas decisiones procedian en efecto de la Santa Sede, y sin embargo seguian vomitando sus errores con la misma libertad, y hubieran puesto la infame nota de aduladores á todos aquellos Padres y á los Obispos que se hubiesen sometido á ellas ciegamente. De aquí es que escribiendo á Teodoreto el gran Pontífice San Leon, protesta que esto fué lo que le movió á convocar el concilio de Calcedonia. Admiren mas bien los novadores la perfecta correspondencia entre la cabeza y los miembros del cuerpo místico de Cristo, que animado constantemente por un mismo espíritu, siempre conservó y conservará inalterable la armonía de las partes que le componen. Habla la cabeza, fija el punto de la creencia universal, propone las sublimes verdades de la fé católica, hace notorios los errores, condena desde el Vaticano á los que yerran; estos se resisten y aun le acusan de heregia, vibran contra su tribunal los mas fieros golpes de su furor: levántase el cuerpo de los sagrados Pastores, que declaran del modo mas solemne la verdad de la sentencia y la justicia de la condenacion: unidos indivisiblemente á su cabeza protestan que no les engaña la ignorancia, ni les guia el espíritu de partido, ni les estimula la adulacion, ni les ciega el interes, sino que solamente la verdad les hace admitir y venerar los oráculos que por boca del Pontífice ha pronunciado San Pedro. ¿Y es esto negar la infalibilidad del Pontífice?

Pero.... no les mueve la autoridad. Pues yo digo que les mueve á un tiempo la autoridad y la verdad, pudiendo todos los fieles afirmar que abrazan las definiciones de la Iglesia porque son verdaderas, es decir conformes á los Concilios, á la Escritura y á los Padres. La diferencia está entre creerlas y reconocerlas: los fieles creen que son verdaderas las de la Iglesia, y el Concilio reconoce que lo son las del Papa; pero tanto á los fieles como á los concilios, les mueve siempre la verdad. Ahora bien, el concilio convocado por los fines indicados para tratar de nuevo una causa, no puede menos de indicar este motivo de su adhesión á las decisiones Pontificias; porque en otro caso haria con un solo hecho sospechosos á los hereges tantos exámenes, disputas, y discusiones anteriores. El resultado de todo esto es suscribir á las decisiones del Pontífice. Si para ello se apoyasen solamente en la autoridad, los novadores que piensan que solo debe acatarla la ignorancia y la adulacion, fácilmente creerian que por ellas se habian guiado los Padres en las investigaciones anteriores: de modo que suscriben con la misma disposicion de ánimo con que habian entablado el examen. Mas este examen no causa ningun perjuicio á la infalibilidad Pontificia: luego tampoco la fórmula de la suscripcion. Seria pues necesario que nos probasen evidentemente los contrarios que podria el concilio no hallar en las letras de los Pontífices una perfecta uniformidad con las reglas de la fé: lo que nunca podrán probar, pues de haberla encontrado realmente, de ningun modo se puede inferir que hubieran podido no encontrarla.

¿Pues no son los Obispos en el concilio jueces de la fé? Si que lo son. Pues.... ¿dónde está la libertad de votar; sino pueden menos de aceptar los juicios del Papa? A esta ridícula dificultad responden algunos que convocando el Papa ó permitiendo que se convoquen los concilios para artículos ya definidos por él, suspende en cierto modo su propia definicion, que por lo mismo se considera como si no la hubiese, para que juzguen los Padres, como sucedió en la causa de Nestorio. No pueden ciertamente los contrarios satisfacer con solidez á esta respuesta; pero yo les estrecho de este otro modo, valiéndome de sus mismas armas. ¿Es infalible el concilio? Respon-

den acordes que sí, cuando representa á la Iglesia universal. Luego no puede suscribir al error; luego en esto no es libre, y sin embargo es verdadero juez; luego el oficio de juez infalible lejos de exigir esta libertad, la excluye mas bien. Luego aunque no pueda dejar de reconocer la verdad en las definiciones de la Silla Apostólica, con todo pronuncia un verdadero juicio en abrazarlas, justamente porque reconoce en ellas la verdad, y la propone á los fieles con autoridad para hacérsela abrazar: y he aquí el dogma infaliblemente propuesto por el Papa, é infaliblemente reconocido por el concilio; he aquí que el concilio es un verdadero juez con derecho para asegurar con toda razon: *Visum est Spiritui Sancto, et nobis*. Era infalible el juicio de Pedro en el concilio de Jerusalem, y todo el colegio apostólico debia reconocer su verdad infaliblemente; y eran infalibles los mencionados juicios de la Iglesia que se reprodujeron nuevamente en los concilios. Pues ¿cómo? porque una causa no vuelve á juzgarse sino por una autoridad superior. Sí: pero si no se repite el mismo juicio, se puede juzgar muy bien su objeto, prescindiendo del mismo juicio; ni repugna que una misma cosa se sujete á muchos juicios, sin que haya entre ellos un orden de dependencia; y conviene hacerlo así cuando uno da á otro, si no fuerza, á lo menos mayor claridad. Conque, si aunque supongamos con los contrarios que el concilio es infalible sin el Papa, el ser el concilio un verdadero juez no perjudica á la infalibilidad del Pontífice; mucho menos la perjudicarán los Obispos que componen el concilio tomados cada uno de por sí, porque aunque son jueces no les compete aquel privilegio. ¿Quién les obliga, quién les estrecha á suscribir á las letras Pontificias? Por cierto ninguna fuerza exterior. Luego son libres, y lo demuestra muy bien la resistencia de los refractarios. ¿Se dice que les precisaría á ello el saber que no suscribiendo serían tenidos por hereges? Pero esto no quita absolutamente la indiferencia en juzgar cualquier punto de doctrina que se ponen á examinar. ¿Pretenden acaso los novadores que deben tener libertad para no suscribir sin que por eso dejen de ser mirados como católicos? Pues se lo negamos: ni es una quimera semejante libertad, pues en ellos consiste el elegir que les tengan ó por católicos,

ó por hereges; pero no el conciliar una y otra cosa. Este es pues el exámen, las suscripciones y el juicio de los concilios, y este es el *irresistible* argumento que de estas cosas sacan los adversarios.

CAPITULO XVI.

Se examinan los dichos del concilio quinto, y el hecho de Honorio, demostrando que nada se prueba ni por aquellos ni por este contra la infalibilidad del Papa.

1. Requiere el buen orden que al antecedente se siga el presente capítulo, porque con igual seguridad se nos opone como decisivos los dichos de algunos concilios, especialmente del quinto en la causa de los tres capítulos, y la excomunión que fulminó el sexto contra el Papa Honorio. Y en cuanto al primero, copiaremos las palabras de que se pretende formar un argumento invencible contra la infalibilidad Pontificia. *Nec enim*, así dicen aquellos Padres, *nec enim potest in communibus de fide disceptationibus aliter veritas manifestari, cum unusquisque proximi adjutorio indigeat* (1). De cuyas palabras piensa Le-Gros que se puede argüir de esta manera. *Hæc autem ideo dicebant patres, quod Vigilius summus Pontifex, qui tunc Constantinopoli erat, recusasset in synodum venire, pollicitus se suam sententiam seorsum esse scripturum; ergo sentiebat Concilium V fidei quæstiones à solo Pontifice nec debere, nec certo posse definiri. Revera hos patres audeat erroris in facto accusare Pater Petitdidier*, á quien por lo mismo procura él desacreditar con la malignidad con que acostumbra pintar á los defensores de las prerogativas Pontificias, como asalariados por Roma.

2. Pero si nuestro teólogo no se hubiera contentado con leer en algun autor de su partido el citado texto y su interpretación, ó no le hubiera desmembrado del contexto, y hubiera buscado su genuino sentido examinando la historia de aquel concilio; hubiera inferido, juzgando con rectitud, que no solo no se niega en aquel lugar la infalibilidad del Pontífice,

(1) *Collat.* 8.

sino que al contrario se manifiesta y autentiza. He aquí en efecto las circunstancias en que hablaron los Padres de aquel modo (1). Hallándose el Papa Vigilio en Constantinopla para la celebracion del sínodo, no quiso asistir á él, por no verse en la precision ó de tolerar que Eutiquio, Obispo de Constantinopla, precediese á los Obispos de Alejandría y Antioquía contra la voluntad expresa de Leon que habia anulado el cánón 28 del concilio Calcedonense, en que se daba esta preeminencia al Obispo de la nueva Roma, ó de disgustar al Emperador si no lo toleraba: lo que hubiera desordenado todo el concilio. Le instaban, rogaban y excitaban á asistir al concilio con el ejemplo de los mismos Apóstoles y de los cuatro primeros concilios; y lo rehusó. Se interpone el Emperador, y Vigilio persiste en su resistencia; pero no dice que juzgue el concilio por sí solo, y que él asentirá á sus determinaciones (lo que podria favorecer á los contrarios); sino que sabrá examinar por sí mismo la causa y poner un término definitivo al negocio. He aquí pues desde luego un clarísimo monumento de infalibilidad y supremacía por parte del Papa, reconocido por el mismo Abate Tosini (2). Ciertamente que si otro cualquiera Obispo rehusase de este modo asistir al concilio, no se le invitaria tantas veces, ni se le instaría y suplicaría con tanto encarecimiento; sino que mas bien se fulminarian contra él las censuras que merecen los enemigos de aquella tranquilidad universal que constituye el objeto primario de los concilios.

3. Por tanto, ó el concilio se creia superior ó inferior á Vigilio. Si se creia superior, no hubiera juzgado necesaria su presencia; conque ¿á qué tratarle, resistiéndose tan obstinadamente, con tanto honor y reverencia, en vez de tomar un aire de autoridad? ¿A qué tanto fatigarse para reducirle á que asistiese al concilio, como si nada pudiese concluirse legítimamente sin él? ¿A qué alegar el concilio, para autorizar sus definiciones, el consentimiento anterior de Vigilio, *tam sine scripto, quam in scriptis* (3). Esta deferencia al Pontífice no puede

(1) Baile, *Summa Concil.*

(2) *Ist. del Gians. l. 3, p. 122.*

(3) *Coll. 8.*

ciertamente conciliarse con la persuasion de la superioridad del concilio, si no queremos decir que este en un caso tan urgente y á su parecer tan peligroso, como que se trataba de asegurar la fé del concilio de Calcedonia pervertida en los tres capítulos que se andaban esparciendo por todas partes, no quisiese usar de su autoridad; lo que no se puede decir sin hacer una injuria al mismo concilio. Y si se miraba como inferior; ¿qué fuerza podia emplear contra el Papa (que pretendia dar él solo una sentencia autoritativa sin intervencion del concilio), para tratar la causa todos juntos? De aquí es que sosteniendo Vigilio ser infalible é independiente, le respondieron los Padres: *Licet Spiritus Sancti gratia et circa singulos Apostolos abundaret, ut non indigerent alieno consilio ad ea, quæ agenda erant; non tamen aliter voluerunt de eo, quod movebatur..... definire, priusquam communiter congregati &c.*; como si dicesen que su infalibilidad no le dispensaba de asistir al concilio, como no se creyó dispensado ningun Apóstol aunque todos eran infalibles; siendo un medio de convencer á los hereges el manifestarles con la mayor evidencia la verdad, registrando las Escrituras, pesando la tradicion, y rebatiendo los sofismas de la heregia: lo que no podia hacer él solo aunque no sujeto al error, sin el concilio, en que se comunican mutuamente las luces de cada uno: *Nec enim potest in communibus de fide disceptationibus aliter veritas manifestari*: no dice *definiri*, sino puramente *manifestari*. Hablan pues en la suposicion de la infalibilidad; no arguyen *a fortiori*; por lo cual confiesa el mismo Tosini que en tiempo de Vigilio tenia un crédito increíble en todo el mundo la autoridad Pontificia (1). Vean aquí los contrarios como este su digno compañero tiene por una prueba de excesiva veneracion hácia el Papa lo que ellos nos presentan como un monumento de la independencia en que estaba el concilio. Convénganse ellos entre sí, que yo no me empeño en avenirlos. La contradiccion es demasiado evidente; carácter esencial del sistema que impugnamos.

4. Si el dicho del concilio quinto no contradice la infali-

(1) *Loc. cit. p. 121.*

bilidad Pontificia, y antes bien la confirma; no pueden sacar mayores ventajas los contrarios del hecho de Honorio, con que piensan alcanzar un triunfo completo. Para privarles de esta gloria no diré con Belarmino y Baronio que las actas del concilio sexto fueron falsificadas por Teodoro de Constantinopla, que borró en ellas su nombre y substituyó el de Honorio; ni diré con los mismos, con Tannero, Becano, Petavio, y otros muchos que pudo engañarse el concilio en cuanto al hecho (a); tampoco diré finalmente que Honorio fué á la verdad condenado por herege formal, pero como Doctor particular (b): solo diré que fué excomulgado como herege, pero no formal sino solamente indirecto; esto es, por haber fomentado el impío monotelismo con imponer silencio. En esta interpretacion no me podrán decir que uso de distinciones ridículas y sin fuerza, como acusa Guadagnini á Bolgeni, ó que sigo á los autores de mi partido; pues solo me apoyo en la autoridad de los que no pueden ser sospechosos de adulacion hácia la Silla Apostólica. Tal es Natal Alejandro, que despues de haber expuesto las razones para juzgar así: *concludamus itaque*, dice, *Honorium a sexta synodo damnatum non fuisse ut hæreticum, sed ut hæreseos et hæreticorum fautorem, utque reum negligentia in illis coercendis* (1): tales el supuesto Bossuet, quien refutando á los referidos Belarmino y Baronio raciocina de esta manera: *Quid autem iniqui est in decreto synodali? Nempe in-*

(a) Sin razon recurren los novadores á Belarmino y Baronio para defender con la autoridad de estos escritores sus propias máximas de la falibilidad de la Iglesia en los hechos doctrinales; porque estos teólogos é historiadores piensan que esto sucedió *ex falsa informatione*; y por lo mismo, no en consecuencia de un exacto y jurídico exámen.

(b) Que las cartas de Honorio no eran decisiones dogmáticas, se prueba 1.º porque en ellas nada se define precisa y directamente ni contra la heregia, ni contra la fé, pues no se hace mas que imponer silencio á las partes, lo que es lo mismo que declarar que no quería decidir cosa alguna; cuando en las decisiones dogmáticas positivas se determina nominalmente el punto que se ha de creer: 2.º porque no se dirijan á toda la Iglesia: 3.º porque no las revistió el Pontífice de toda su autoridad, no habiéndolas firmado, sino las Ectesis: 4.º finalmente porque solo 40 años despues, es decir al tiempo del concilio, se extrajeron del archivo de la Iglesia de Constantinopla.

(1) *Sæc.* 8, *diss.* 2, *prop.* 3.

quiunt (los dos purpurados): *Honorius non erat monothelita. Quid tum postea? quasi hæretici tantum, ac non etiam hæreticorum fautores defensoresque damnentur* (1); tales Herminier, que responde á los contrarios con la siguiente distincion: *Concilii patres Honorium damnaverunt ut hæreticum conniventia et patrocinio*, concedo; *dogmate et scientia*, nego (2); alegando la autoridad de los Padres y escritores contemporáneos, que le atribuyen únicamente esta culpa, y que podian conocer mejor que nadie la mente del concilio. Efectivamente Leon II que lo confirmó, si Honorio hubiera sido excomulgado como herege formal, no hubiera dado por causa de su excomunion la siguiente: *Quia flammam hæretici dogmatis non, ut decuit Apostolicam auctoritatem, incipientem extinxit, sed negligendo confovit* (3). Donde es de notar aquel *Apostolicam auctoritatem* en vez de *Apostolicam Sedem*. No dijo *Sedem*, en cuyo caso se podria entender de alguna manera la doctrina, sobre la cual versa solamente la infalibilidad, sino *auctoritatem*, porque olvidándose casi de su absoluta autoridad para reprimir á los hereges, se dejó intimidar del modo mas vil é indigno por los mismos hereges y por la violencia del Emperador que los protegía, hasta el punto de concederles el silencio que pretendian sobre la una ó las dos operaciones en Cristo. ¿Y cómo podia el mismo Leon, al tiempo de confirmar el concilio, escribir al Emperador Constantino Pogonato á la faz del mismo concilio, que Honorio fué condenado solo porque *hanc Apostolicam Ecclesiam non Apostolica traditionis doctrina illustravit, sed profana prædicatione immaculatam maculari PERMISIT?*

5. ¿Pero de qué sirven, se dirá, tantos testimonios contra la evidencia de las expresiones del concilio? Es verdad que por ellos se manifiesta otra cosa, pero no la mente del concilio. Este condenó á Honorio con la misma fórmula que á los Heresiarcas, y nada distingue; luego si la pena es la misma, tambien el delito es el mismo. ¿Nada distingue? Lo veremos.

(1) *Defens. Sc. t. 2, p. 3, l. 7, c. 26.*

(2) *De Incarn. App. de Honorii sent.*

(3) *Epist. ad Episcopos Hispan.*

Y primeramente obsérvese que en nuestro caso habiendo autores contemporáneos ó inmediatamente posteriores, á quienes no podia ser desconocida la intencion de aquellos Padres, y que sin oponerse estos testifican ó suponen que no tuvieron intencion de declarar herege formal al Pontífice, basta que la fórmula de la condenacion no excluya esta distincion, tanto mas si parece que la exige. Pues así es: el Emperador mismo que nada replicó á la carta que le escribió Leon en su edicto puesto despues de la sesion 8.^a, distingue á Honorio de los demas hereges: *Ad hæc et Honorium, horum hæreseos in omnibus fautorem, concursorem, atque confirmatorem*. Hasta el mismo concilio hace esta distincion; porque habiendo condenado ya á los autores y defensores formales de la heregía, excomulga separadamente al Pontífice, no confundiéndole con los demas: *Anathematizari præcipimus et Honorium, eo quod invenimus, per scripta quæ ab eo facta sunt ad Sergium, quia in omnibus ejus mentem secutus est, et impia dogmata confirmavit* (1). Constantino, pues, le llama fautor, cooperador y confirmador del monotelismo; el concilio le anatematiza separadamente, dando por razon de la excomunion, que en su carta á Sergio *in omnibus ejus mentem secutus est*; es decir, porque condescendió con sus pretensiones, miras é intenciones; aunque ignoraba el fin que aquel se proponia, pues le ocultaron el misterio de la heregía con el velo de un celo ortodoxo; y porque confirmó las doctrinas impías con haber impuesto silencio. ¿No se quiere admitir esta explicacion? ¿Pues por qué añade el concilio: *et impia dogmata confirmavit*? Si el haberse conformado con la intencion de Sergio significase haber abrazado sus heregias, era supérfluo añadir que confirmó sus impíos dogmas. El que abraza la heregía, la confirma en el mismo hecho de abrazarla; siendo así que se puede confirmarla indirectamente, por falta de cautela, sin error del entendimiento, y de consiguiente sin abrazarla. ¿Con qué fundamento se pretende pues que la intencion del concilio fué condenar al Papa como herege formal? Pero esta interpretacion la necesitaban los novadores para probar que estaba lejos el con-

(1) *Act.* 13.

cilio de tener al Papa por infalible, y autorizar al mismo tiempo con este ejemplo el erróneo sistema de la falibilidad de la Iglesia en los hechos doctrinales. Por lo demas, se prueba que es inasequible la empresa de los contrarios, sin necesidad de recurrir á la profesion de fé que hacian los electos romanos Pontífices á la faz de la Iglesia excomulgando en ella *auctores novi haeretici dogmatis, &c. una cum Honorio, qui pravis eorum assertionibus silentium impendit*. Si los contrarios se empeñan en que la voz *herexe* se debe tomar siempre en un sentido tan riguroso, que nunca signifique sino el que es reo de una heregia formal, les recordaremos á Teogni y Eusebio de Nicomedia en el concilio Niceno, á Teodoreto y Juan, &c. en el Calcedonense, referidos por Bolgeni; y verán que tambien se llaman así generalmente los fomentadores, y defensores ocultos de la heregia (a).

(a) No puede menos de sorprenderme aquí la malignidad de Guadagnini. Prueba el Ilustrísimo Bolgeni que era costumbre de la Iglesia el llamar hereges á los mismos fautores de la heregia, y condenarles á la misma pena que á los hereges formales (*Fatti domm. c. 4. prop. 6.*); dando de este modo la razon por que habia sido condenado Honorio como herege (N. 55.), esto es «porque imponiendo silencio sobre la cuestion que entonces se levantó, y no queriendo que se predicase ni una operacion ni dos, dió gran fomento á la heregia», y probando que esta y no otra fué la mente del concilio. Ahora bien ¿quién no ve que en esta hipótesis queda á salvo la infalibilidad del Papa, ni se perjudica la de la Iglesia en los hechos dogmáticos, pues se puede defender que son católicas y muy católicas las cartas de Honorio, sin contradecir á dicho concilio? ¿Pero quien lo creeria? No entendiendo Guadagnini la doctrina de este autor, ó desfigurándola á su gusto para refutarla, despues de referir las siguientes palabras del mismo: «es cosa clara y cierta que Honorio no enseñó ni aprobó el error de los Monotelitas, y que aun hizo en aquella carta una profesion muy clara del dogma católico», añade: «¿Se querrá él mismo (Bolgeni) declarar herege? No pretenda pues probar que es herege el que no tiene por infalible á la Iglesia en cuanto á los hechos, quando la venera como infalible en sus decisiones sobre el derecho.» Ratiocina pues de este modo: Bolgeni llama herege al que no condena ó al que defiende como católicos los escritos que la Iglesia ha declarado heréticos; él defiende los escritos de Honorio condenados como heréticos por el concilio VI; luego se declara herege á sí mismo. ¿No quiere verlo? Pues confiese que hasta reconocer infalible á la Iglesia solamente en el dogma; ¿Puede darse cosa mas extraña? Ya habia prevenido Bolgeni el argumento, pues

CAPITULO XVII.

La aceptacion posterior que miran los novadores como necesaria para reconocer á un concilio por legitimo y ecuménico, solo sirve para destruir toda su autoridad en la Iglesia.

1. No hay refutacion mas victoriosa del sistema contrario que la que resulta espontáneamente de un metódico cotejo de sus principios. Son tantas las contradicciones que se encuentran á cada paso en su sistema, que se destruye por sí mismo. Pero lo que con mas evidencia lo echa por tierra es la aceptacion posterior que exige para reconocer cuando es legitimo y ecuménico un concilio. La condicion que nosotros exigimos como esencialmente necesaria es la confirmacion Pontificia, como el medio mas expedito y seguro para conocer que en los concilios se representa la verdadera Iglesia. Por medio de esta confirmacion se manifiesta la unidad, se asegura la fé, y se descubren los refractarios: objetos todos, como dicen los Padres, para que fué instituido el primado. Por este medio se dá la razon por que la oposicion de Liberio anuló el concilio de Rimini, y la de Leon el latrocinio Efesino y el cánon veinte y ocho del concilio Calcedonense, y generalmente se comprende, porque dijo San Gelasio: *Apostolica Sedes, quoniam non consentit, sola submovit*; porque si es necesaria para la legitimidad de los concilios la confirmacion Pontificia, siempre que esta falte, no se reconoce en ellos de ningun modo la voz y autoridad de la Iglesia. Pero conociendo muy bien los novadores modernos que el admitir en el Papa este derecho sería

todo lo que enseña sobre este punto se reduce á lo siguiente: son hereges los que defienden aquellos escritos condenados como formalmente heréticos, *concedo*, indirectamente, *niego*. Las cartas de Honorio fueron condenadas como indirectamente heréticas, *concedo*, como formalmente, *niego*. Y hé aquí por tierra el monstruoso edificio levantado contra un autor tan benemérito de la Iglesia. Aquí se ve principalmente la fé que merecen los contrarios cuando interpretan á los Padres. El mismo concilio de que hablamos decidió tambien contra ellos: *Hæreticorum proprium esse, circumtruncatas patrum voces deflorare*. Son ellos en efecto otros tantos Macarios.

lo mismo que confesarle infalible; hacen los mayores esfuerzos para privarnos de tan decisivo argumento, reduciendo las confirmaciones Pontificias á meras confirmaciones de *testimonio* de que en los concilios se procedió con el orden debido, y estableciendo por nota esencial de un concilio legítimo la aceptación de la Iglesia universal, en vez de la confirmación del Pontífice; sin advertir que el hacer depender nuestra sumisión á las definiciones conciliares de semejante condición, es lo mismo que no admitir en la Iglesia ningún tribunal supremo determinado. Consecuencia horrible para cualquier católico, é intentada tal vez, á lo menos en cuanto á la doctrina, por los enemigos de la primacía de jurisdicción. Porque si la Iglesia universal autentiza con su aceptación un concilio; siempre se podrá preguntar, si esta Iglesia comprende también á los defensores de la doctrina proscrita por el concilio, ó si los excluye. Si los comprende, resulta la regla de que nunca será recibido como legítimo ningún concilio, mientras no le acepten también los defensores de la heregía, y de consiguiente mientras no se retracten: en cuya suposición jamás habría ningún concilio ecuménico. Si los excluye, resulta la otra regla de que un concilio será legítimo y ecuménico cuando se sujeten á él todos los que admiten su doctrina; y en esta hipótesis tenemos que fueron legítimos y ecuménicos el latrocinio Efesino y el conciliábulo de Focio: como también el concilio de Florencia y el Lateranense quinto, aunque los contrarios no los tienen por legítimos y ecuménicos. Conque sería preciso admitir en la Iglesia concilios contradictorios entre sí, pues á ninguno le faltaría quien le siguiese y sostuviese. Esta es cabalmente la unidad que se figuran los novadores modernos.

2. ¿Y qué razón, pregunto yo, pueden alegar para excluir á los refractarios del derecho de prestar ó negar libremente un asenso autoritativo, es decir, de aceptar ó no aceptar un concilio? ¿Porqué no están en la Iglesia; porqué no forman con ella un solo tribunal? ¿Y porqué? ¿Los ha separado mediante un juicio canónico? Si antes de este juicio «estaban en » la Iglesia, disputaban, y tenían en ella partido y apoyo» (1);

(1) Teol. piac. lett. 3, p. 195.

¿cuándo podrá llamarse *canónico* el juicio que los condena? Cuando se acepte, responden, aquel concilio por la Iglesia dispersa. Luego cuando el juicio se formó no se tenia todavía por *canónico*; luego antes que lo aceptase la Iglesia universal no estaban todavía *canónicamente* separados los refractarios del seno de la Iglesia; luego formaban una parte aunque muerta de la misma; luego entraban á constituir su universalidad; luego era necesaria tambien su aceptacion. Si no se concede esta consecuencia, se siguen otras muchas, retrocediendo á los antecedentes. Luego no componian una parte de la Iglesia; luego estaban separados de su seno, luego el juicio contra ellos era *canónico* tan pronto como se pronunció; luego su canonicidad era anterior á la aceptacion de la Iglesia universal; luego antes de esta aceptacion debia tenerse por legítimo y ecuménico aquel concilio; luego aunque le contradijesen todos los demas Obispos dispersos, lejos de no deber admitirse por tal se debería expelerlos tambien á ellos mismos del seno de la Iglesia. ¿Nos dirán ahora que la señal de que es legítimo y ecuménico un concilio consiste en esta aceptacion, y que al contrario el no aceptarle es la señal de la heregía? Basta, responden, que le acepte la parte mas sana. Pero esta no puede calificarse de tal sino en cuanto á la doctrina que profesa ó desecha, y que se supone controvertida todavía, ó á lo menos no definida irrevocablemente. ¿Y podria bastar á lo menos que le aceptase la máxima parte? Tampoco, porque como hemos visto en otro lugar, quieren los contrarios que la universalidad, para formar una regla cierta, debe abrazar *el número mas grande y el mas corto*. Conque que nos determinen de una vez quien le debe aceptar; porque si no, nunca se podrá saber con precision cual es el tribunal con cuyas definiciones debemos uniformar nuestra fé.

3. Ademas de esto, puesta la necesidad de la aceptacion posterior de la Iglesia dispersa para que un concilio pueda llamarse legítimo y ecuménico, no deben los Obispos declararse ni en pro ni en contra de ella sin conocimiento de causa. Conque será preciso que á la aceptacion preceda un exámen exactísimo de la libertad, ciencia y rectitud de los Padres que compusieron el concilio; del buen orden que se guardó en su

celebracion; de la libertad que se concedió á los que se oponian para exponer sus razones, y si fueron oidos; lo mismo que de la libertad en las disputas de las dos partes, y de todo lo demas que exigen los novadores. Pero ¿quién no ve el perfecto escepticismo que se introduciria con respecto á todos los concilios celebrados hasta ahora, si no se pudiesen tener por legítimos y ecuménicos sin un exámen como este? En efecto ¿no se podria temer siempre con fundamento que por falta de este exámen ó de instrumentos auténticos reconociesen los Obispos de la Iglesia dispersa por legítimo y ecuménico un concilio que no lo fuese, ó no admitiesen por tal al que lo fuese realmente? Consecuencia tan enlazada con los principios de los contrarios, que el mismo Le-Gros no pudo menos de reconocerla: *Tam possunt plerique Episcopi decreto erroneo subscribere, quam pro acumenico habere concilium, quod non est acumenicum, adeoque et pro legitimo decretum talis concilii, quod legitimum non sit, aut rejicere concilium, quod fuerit reipsa acumenicum, ejusque decreta* (1). No habria pues ninguna heregía, no siendo por la simpleza de aquellos hereges que quisiesen defender sus propios errores, y reconocer al mismo tiempo por ecuménico al concilio que les condenase, concluyendo que se puede engañar la misma Iglesia católica; en vez de negar que fuese ecuménico aquel concilio, y esparcir entre tanto libremente su doctrina, protestando estar prontos á retractarla, cuando fuese aceptado el concilio por la Iglesia universal, á la cual tambien tienen ellos el derecho de pertenecer. Podria pues decir cada uno de los Obispos: El concilio no se tiene por ecuménico, si no se verifica primero el unánime consentimiento de la Iglesia dispersa; pero este no puede verificarse si no consiento yo, ó mi Iglesia, ó mi provincia: y aunque lo abraza por tal la mayor parte y se someta á él, ¿quién me asegura de que no ha errado en el hecho ó en la doctrina? Y he aquí que quedan ineficaces los anatemas, anulada la autoridad de los concilios, indecisa la fé, arruinado el tribunal de la Iglesia, y abierta la puerta para toda clase de errores. Así triunfará la heregía por todo el universo cató-

(1) *De Eccl. pag. 453.*

lico: así nos veremos en la dura necesidad de impugnarla con raciocinios, único medio que nos quedaria para demostrar la justicia de las definiciones conciliares; y así en fin el principio y la base de nuestra creencia sería únicamente la razon. Estas son las consecuencias que salen por necesidad del sistema de los novadores; por mas que se gloríen de ensalzar la autoridad de la Iglesia queriendo que sea la única que nos guie por el camino de la fé.

4. Y que sea verdad lo que yo digo, lo prueba este otro argumento. ¿No dicen ellos que la verdadera fuerza legítima de una definicion dogmática consiste en la union ó totalidad de los Pastores? ¿No exigen que esta totalidad acepte el concilio para que conozcamos en él la voz y autoridad de la Iglesia? No hay duda: esto enseñan ellos en sus cátedras, esto divulgan en sus escritos. Luego nadie abrazará una doctrina ni aceptará un concilio por la autoridad de la Iglesia universal. Porque supongamos que esta totalidad comprende mil Obispos. Para formar la Iglesia y tener de consiguiente una autoridad irrefragable, sería necesario que fuese completa, esto es, que todos estos Obispos sin dejar uno abrazasen aquella doctrina y aceptasen aquel concilio; por consiguiente el primero, el segundo, el tercero &c. hasta el milésimo, se adherirían á una doctrina ó á un concilio, sin saber si habia asentido ó no habia asentido la Iglesia, y por lo mismo antes de estar ciertos de que aquella á que se adherían era palabra de la Iglesia: así pues no podrian asentir á ella sin titubear y dudar, por lo cual tambien podrian no haber dado su asenso, haciendo de este modo por su parte que quedase indecisa la verdad de los dogmas católicos (a). Y si cada Obispo rebusase ser el primero

(a) Es un efugio comun de los novadores, para conservar el nombre de católicos, el decir que no admiten esta ó aquella doctrina, sin estar primero autorizada por el consentimiento universal. Con este pretexto creyó un Obispo de grande reputacion eximirse de publicar en su diócesis la insigne Pastoral de Mendoza contra las teorías heréticas, es decir, porque todavía no habia sido *aceptada* por la Iglesia universal. Entre tanto inútilmente espera la grey que se resuelva por último si se le ha de abrir un tan rico tesoro de luminosísimas verdades, ó declarar que no contiene la verdadera doctrina de la Iglesia. Ni uno ni otro se ha hecho hasta ahora, ni se hará jamas.

para no prevenir á la Iglesia, ¿que sucederia? No se compone el número 1000 sin otras tantas unidades, y sin que entre ellas sea una la primera: conque no se dará la aceptacion de la Iglesia, si ninguno quiere ser el primero. No se podia pues imaginar un expediente mas seguro para enarbolar el estandarte de la razon sobre las ruinas de la autoridad abatida, que el enseñar que no se debe reconocer por legítimo y ecuménico un concilio, sino despues de haber sido aceptado universalmente.

5. Acaso se dirá que á los Obispos, como jueces de la fé, les compete el derecho de entablar el exámen que hemos dicho sobre la celebracion y decisiones de todo concilio aunque sea ecuménico, y que no por eso se sigue que no esten sujetos á la autoridad de la Iglesia; porque retrocediendo á los *tiempos anteriores* solo tratan de averiguar cual era entonces la doctrina de la misma Iglesia, para juzgar si se conforma con ella la que ha definido el concilio; en cuyo caso, aceptándola vienen de consiguiente á recibirla de la Iglesia misma. Despreciable sofisma; de que se seguiria lo que vamos á decir. Cada Obispo tiene individualmente este derecho, pues cada uno de ellos es juez de la fé: pero el que puede jurídicamente examinar, no es responsable á ningun tribunal si por error de entendimiento no encuentra la verdad; luego ningun Obispo que por un error de esta naturaleza no reconociese al concilio por legítimo y ecuménico, podria ser separado de la comunión de la Iglesia; porque solo podria serlo si rehusase someterse á la autoridad de la Iglesia representada por el concilio. Mas teniendo el derecho de examinar tambien si un concilio la representa suficientemente, es decir, si este concilio es ó no el tribunal legítimo á que debe someterse, no se le puede castigar como despreciador de la autoridad de la Iglesia, si juzga sincera aunque erróneamente que aquel concilio no la representa como debe ser representada. De este modo todos los Obispos podrian desechar impunemente los concilios, y fingirse ó formarse por sí mismos una Iglesia segun su capricho, quiero decir, una Iglesia en que les pareciese que se hallaba su doctrina. No hay cosa mas fácil si queremos meternos en los laberintos de la antigüedad, que dar realidad á objetos puramente ideales, ya en

virtud de las preocupaciones, y ya por defecto y oscuridad de los monumentos. Especialmente en la Iglesia, donde por su unidad y perpetuidad estamos ciertos de fé, que no se distingue sino solamente en el nombre la *antigua* de la *moderna*, no debemos juzgar de una, sino fundándonos en la otra: es decir, no podemos hacer un acto de fé por la autoridad de la Iglesia antigua, sino en cuanto nos apoyamos en la fé de la Iglesia actual, la cual nos asegura que lo mismo se creyó en los tiempos pasados; de otra manera, sin este fundamento esencial, el juicio no es mas que humano; y así no se podria decir con verdad que si un Obispo juzgase, prescindiendo de este fundamento, procedia como juez de la fé, y al mismo tiempo como un hijo obediente de la Iglesia, en cuya autoridad se apoya cuando juzga; fuera de que podria fácilmente tomarse por verdadera Iglesia autoritativa la que no lo fuese.

6. Ni se limita á esto el absurdo. Todos cuantos fieles hay tendrian el mismo derecho para examinar los concilios, y podrian de este modo sustraerse á la autoridad de la Iglesia. Porque los contrarios excitan generalmente á cada uno de los fieles á que haga este exámen, una vez que le informan de los motivos por que se puede dudar prudentemente si son en realidad legítimos y ecuménicos, y los cuales de consiguiente demuestran que es necesaria la aceptacion posterior fundada en un exámen muy cuidadoso. *Alii quidem*, así Opstraet, *in dubium revocabunt, an sufficiens in concilio fuerit numerus Episcoporum, ut omnes orbis Episcopos repræsenteret: alii, an Episcopi tales fuerint dignitate et eminentia, quales oportet esse in concilio generali, ut cæteri, qui absunt, censeantur illis suas vices committere: alii, an de Ecclesiarum, quarum Episcopi affuerunt, traditione satis fuerint instructi. Disceptabunt alii, an concilium convocatum fuerit legitime; an convocati fuerint omnes orbis Episcopi, an in concilio omnia legitime peracta sint; an satis mature discussa et examinata; an satis unanimi consensu decisa; an satis libere; an metus nullus sive à potestate sæculari, sive ab ecclesiastica incussus; an vis nulla illata, &c (1).* Así pues, para no poner los fie-

(1). *Diss. 4. de concil. n. 6.*

les en peligro su fé, deben examinar en cada concilio todos estos casos, en que no sería legítimo ni tendria autoridad. Lo acepta la Iglesia, se dirá, y esto basta. Pero como el concilio puede no adoptar todos los medios que dicta la prudencia humana, para no tentar á Dios, y de consiguiente puede ser ilegítimo de todos esos modos; ¿quién nos asegura de que la Iglesia dispersa use de todos aquellos medios, y esté exenta de aquellas dificultades en el exámen y juicio acerca de un concilio, de las cuales no lo estaba cuando establecía reunida los dogmas? Antes bien se aumentan estas dificultades; porque cada Obispo está solo; tiene mayores obstáculos para proceder bien en la discusion de la causa, son mas fuertes para él los respetos humanos, puede dominarle mas fácilmente el interes, é intimidarle la autoridad temporal. Aunque quisiesen (que no quieren ni pueden querer sin contradecirse á sí mismos) dispensar á los fieles de examinar la conducta del concilio que define, nunca podrian dispensarles de examinar la de la Iglesia que acepta. La Iglesia, se dice, es infalible: conque estamos seguros de que cuando acepta un concilio, habrá tomado tambien las mayores precauciones para no engañarse á sí misma ni á sus hijos; en lo cual está comprometida la misma divinidad. Está muy bien: pero como el conocer si un concilio es ecuménico y legítimo depende de un riguroso exámen; así tambien el saber si en las Iglesias que aceptan debe admitirse la Iglesia universal, debe depender igualmente del otro exámen que hemos dicho antes: el que es tan difícil de hacer, que por esto mismo cabalmente se consideran necesarios los concilios. Luego tanto la Iglesia como los concilios dependen del exámen de los mismos fieles, si no en cuanto á la doctrina, á lo menos sin la menor duda en cuanto á su legitimidad. Son pues los fieles, lo mismo que cada Obispo, jueces de su propia fé; en cuanto lo son acerca del tribunal á quien deben someterse: conque no hay para ellos ninguna autoridad, ni tampoco fé de consiguiente. Estas son las consecuencias de la aceptacion que exigen los contrarios: quitar del medio toda autoridad, aniquilar la Iglesia. Al contrario, hablando el Papa desde su Silla cuando confirma los estatutos y definiciones conciliares, todos oyen su voz, y la distinguen entre los clamores de los re-

fractarios, á todos se manifiesta la union admirable de los miembros con la cabeza; y así nadie puede temer que estando unido aquel concilio con el romano Pontífice no constituya el inmovible edificio fundado sobre la piedra que Cristo estableció por base de su Iglesia, ni dejar por consiguiente de reconocer y venerar en él á la misma Iglesia.

CAPITULO XVIII.

Se examina si la conducta de la facultad de Teología de París en la causã de Montesson es un monumento de la tradicion contra la infalibilidad Pontificia.

1. **D**espues de haber copiado de paso, y en tono definitivo, algunos hechos del concilio de Calcedonia que examinó la carta de San Leon á Flaviano, del quinto general de Constantinopla contra Vigilio, y del sexto contra Honorio, y despues de haber alegado como en triunfo los testimonios de San Agustin contra los Donatistas, cree supérfluo Le-Gros sondear la tradicion de mas de siete siglos intermedios en busca de otros documentos históricos y doctrinales, pasando mediante un salto tan grande al hecho de Montesson en el siglo XIV; como si este fuera suficiente para manifestarnos la fé de los siete siglos anteriores. Pero si nada concluyen á su favor los primeros; mucho menos puede sacar ninguna ventaja de este último, y aun no será difícil hacerle ver que le perjudica, si se consideran las circunstancias bajo todos sus respetos, y se confrontan y pesan los textos con madurez. Por tanto se hace preciso el referir aquí su historia, lo que haré brevemente sin apartarme de Natal Alejandro (1), y del mismo Aliacense, que tuvo en ello tanta parte.

2. Condenados por la facultad de teología 14 artículos de la doctrina publicada por Montesson, prometió este revocarlos; pero habiendo sido acusado despues por contumaz al Obispo de París Pedro de Ordeomonte ratificó este la primera condenacion. Montesson apeló al Pontífice Clemente VII que re-

(1) *Sæc.* 13. 14, *diss.* 12.

sidia entonces en Aviñon (aunque no todos le reconocian por verdadero Papa), alegando para eludir las sentencias dadas contra él, que *solius apostolicæ Sedis est declarare, damnare, et reprobare: et eorum quæ tangunt fidem ad solum romanum Pontificem pertinet examinatio et decisio*. No oponiéndose como no podía oponerse la facultad á la apelacion, eligió por sus diputados á Pedro de Aliaco, Egidio de Campis, y Juan de Navavilla, para sostener su causa ante el Pontífice, que confirmando definitivamente la censura de la doctrina de Montesson le condenó por último á ser encarcelado. El de Aliaco, conocido el fraude del que habia apelado al Papa, y por esta razon arrebatado de celo contra las nuevas teorías, y contra la injuria que hacia el novador á toda la Iglesia negándole con aquella proposicion la autoridad de decidir en materia de fé, y concentrándola toda en el romano Pontífice, en quien esperaba hallar apoyo y favor por medio de esta aduacion, calificó dicha proposicion de herética y contradictoria: *Hoc continet manifestam hæresim, et est dictum sibi ipsi repugnans*: herética, si con ella se intenta excluir á la Iglesia universal, y defender que ningun otro Obispo es juez, ni aun inferior y subordinado de la fé católica; porque de la Escritura y de la tradicion se deduce evidentemente *ad Episcopos catholicos pertinere, auctoritate judiciali inferiori et subordinata, ea quæ sunt fidei judicialiter definire* (1); y contradictoria, porque *si ad solum romanum Pontificem pertinet eorum quæ sunt fidei examinatio et decisio, hoc ad solam Sedem apostolicam non pertinet*: cuya distincion por lo demás hemos demostrado vana y de ningun valor (2). Esto supuesto, no será difícil probar 1.º que la opinion del Aliacense sobre la proposicion de Montesson no deroga la infalibilidad de Clemente en aquellas circunstancias particulares: 2.º que no se puede saber con precision por todo el contexto de la disputa cual era la doctrina de aquel diputado acerca de este privilegio: 3.º que aunque se pudiese probar que era contraria, no se seguiria que fuese lo mismo la de la facultad de teología:

(1) *Concl. 1.*

(2) *Véase el cap. 19.*

4.º finalmente, que esta no podría mirarse como el órgano de la tradición universal.

3. Es una regla necesaria y evidente en la ermenéutica, que como dice San Hilario, *Intelligentiæ dictorum ex causis assumenda dicendi*; porque sucede muchas veces que una misma proposición explica en los Padres diferentes pensamientos según los diversos fines que les mueven á hablar así. Pues á esta regla nos atendremos, para penetrar bien la mente del Aliacense. Como este quería impugnar directamente á Montesson, debe mirarse lo que dice como dirigido á negar lo que Montesson afirmaba. Este intentaba excluir á los Obispos del derecho de decidir las cuestiones de fé, aun subordinadamente, usando de las expresiones *solius Sedis apostolicæ... ad solum romanum Pontificem... &c.*, y levantándose de este modo contra el Obispo de París, y contra todos los que impugnaban de algun modo sus principios. Luego el de Aliaco solo quiso decir que no solamente el Papa era juez en la Iglesia, aunque era un juez supremo. He aquí el contexto de su raciocinio: *Licet non ad solam Sedem apostolicam, dice, vel ad solum summum Pontificem pertineat causarum fidei omnimoda examinatio et decisio; tamen ad ejus Sedem, sedentemque in ea summum Pontificem, pertinet causarum hujusmodi suprema jurisdictio, seu judicialis definitio*: de lo que infiere que ni la facultad de teología ni el Obispo de París habían usurpado una autoridad que no les competía; pues *definitionem, vel ordinationem tamquam inferiorem, ut subordinatam huic Sanctæ Sedî, et ejus supremæ ordinationi supposuerunt*; y de consiguiente, *definiverunt et declaraverunt, quantum in eis erat, esto es, salva semper in omnibus Sanctæ Sedis apostolicæ ordinatione, reverentia, et decore*. Solo el que reconoce y venera un oráculo infalible en las decisiones del Pontífice puede usar seguramente de semejante language: oráculo que termina toda disputa y deshace toda duda: oráculo que reforma y anula los mismos juicios de los Obispos cuando lo exige la necesidad, no haciendo otra cosa los Obispos que estrechar á sus súbditos *ad oppositum non dogmatizandum, vel publice docendum in diacesi, quousque per Sedem apostolicam, vel summum Pontificem, aliter fuerit sententiatum et defini-*

tum, porque la definicion del Papa, *qui est universalis Episcopus, ubique obligat*. Este es el sentido del Aliacense, manifestado tan evidentemente por él mismo: y he aquí convencido de error el Montesson y demostrada su pertinacia, y he aquí tambien reconocido en el Papa un derecho que no se puede concebir sin la prerogativa de la infalibilidad, es decir, el de pronunciar el juicio último y supremo en las materias de fé.

4. Pero ya oigo oponérseme que no es el último y sin apelacion el juicio que aquí se atribuye al Pontífice, pues segun el mismo Aliacense, siempre se puede *in causa fidei a romano Pontifice appellare ad concilium*. La objecion parece muy fuerte á la verdad; sin embargo no prueba nada, porque se hallan unas inconsecuencias en el discurso del Aliacense, que podemos suponer con fundamento que el calor de la disputa y el celo que le animaba contra los errores y el fraude de Montesson, le arrebatában de tal manera muchas veces, que no le dejaban reflexionar el peso de cada expresion, y cotejar entre sí todas las proposiciones que sucesivamente pronunciaba. He aquí una prueba. Segun él, es una misma cosa en cuanto á la autoridad la Silla y el Pontífice, pues tanto á aquella como á este atribuye el derecho del juicio supremo: *Ad Sedem, sedentemque in ea, pertinet causarum hujusmodi suprema jurisdictio, seu judicialis definitio*; y; *quousque per Sedem apostolicam vel summum Pontificem aliter &c.* Sin embargo Le-Gros con todos sus secuaces antepone la Silla al Pontífice en la autoridad de decidir las controversias: luego se aparta en este punto de la doctrina del diputado de Aliaco. Y si son iguales las autoridades; ó ningnna será suprema, ó la una estará identificada con la otra, por lo cual no resultará mas que una; de modo que lo mismo será decir Sede, que Pontífice, como lo hemos probado ya, como lo entiende Montesson en la referida proposicion, y como mas claramente todavía lo supone el Aliacense en otro lugar. Efectivamente; con qué razones prueba él este derecho en la Silla Apostólica, sino con las mismas que lo prueban en el Pontífice? *Ad illius, así ratiocina, tamquam ad supremi judicis auctoritatem, pertinet in fide judicialiter* (esto es, *auctoritate ju-*

diciali suprema) *definire* , *cujus fides nunquam deficit* . *Sed sanctæ Sedis apostolicæ fides nunquam deficit ; quia de hac sancta Sede in persona Petri Apostoli in ea præsidentis dictum est : Petre , rogavi pro te , ut non deficiat fides tua* . Convirtiéndose por tanto el argumento , tendremos lo siguiente: Cristo rogó por aquel á quien compete el juicio supremo: este compete al Papa y á la Silla como enseña el mismo autor; luego al uno igualmente que á la otra mira aquella oracion; luego la fé de entrambos es *indefectible* (sirviéndonos de esta voz que ya hemos explicado en qué sentido la entienden los Padres). Mas el fundamento de la pretendida distincion entre el Papa y la Silla es que la indefectibilidad de la fé pertenece á la cátedra Apostólica solamente. ¿Pues cómo podia él afirmar *non idem esse summum Pontificem ejusque Sedem* ? Es claro que no lo dijo segun los principios contrarios. ¿Pues en qué sentido lo dijo? Aclárenlo ellos, ya que quieren que esté acorde consigo mismo. Y si lo consiguen, procuren conciliar despues con la doctrina de esta quimérica distincion el hecho de recurrir no á la Silla á Roma, si no al Pontífice en Aviñon. Se vió obligado, responden , á agitar la causa en el tribunal á que apeló el novador. ¿Pero cómo se vió obligado, si la apelacion de Montesson en la referida proposicion miraba tanto á la Silla como al Papa? Luego si tenia por superior á la Silla, podia dirigirse á ella sin perjudicar al apelante; y no lo hizo sino que puso todo el asunto en manos del Pontífice. Conque ó creía que era supremo su juicio, ó no lo creía. Si no lo tenia por tal , ¿porqué justificaba con tanto calor la conducta de la facultad de teología y del Obispo de París? ¿Porqué daba por excusa de lo que habian hecho que su ánimo no habia sido juzgar sino *quantum in eis erat* , hasta que fuese por la Silla ó por el Pontífice *aliter sententiatum et definitum* , estando muy distantes de pretender con esta su definicion y sentencia inferior *obligare in casu ad credendum* ; y aun protestando tambien que reconocian que esto solo era propio de las decisiones del Papa, Obispo universal, las cuales por lo mismo *ubique obligant* , y aun *ad dogmatizandum, et publice docendum* contra este juicio subordinado de los Obispos en caso que el Papa lo desapruebe? ¿Porqué tanta sumision á

las definiciones Pontificias, si creía que tenían el mismo grado de certeza que las del Obispo de París, y acaso menos que las de la facultad de teología? Es necesario pues admitir que tenía por supremo el juicio del Pontífice. ¿A qué viene pues mezclar aquí la Silla? ¿Y cómo se puede admitir la apelacion al concilio? ¿Dónde está la razon para apelar? ¿No sería en esta hipótesis supremo y no supremo el juicio del Papa? Luego los contrarios, que son tan devotos de este autor, no pueden quejarse con razon si contamos por nada su autoridad, mientras no nos demuestren hasta la evidencia que está exento de toda tacha de contradiccion; porque de otra manera quedará siempre indeciso cuál fué precisamente su verdadera doctrina. Es este un hecho que reconoce el mismo Natal Alejandro, el cual recurre por lo mismo á la doctrina de Gerson para explicar la del Aliacense, *in cujus responsionibus aliqua supplenda sunt ex Gersonio ejus discipulo*. Pero tampoco con este auxilio demuestra haber penetrado bien la mente del Aliacense, de modo que le presente siempre acorde consigo mismo. Porque cuando pretende que atribuyendo la prerogativa de una fé indeficiente á la cátedra de San Pedro, quiso atribuirle al Pontífice que define *ex consensu Ecclesie* (1); en lugar de conciliarle consigo mismo, le presenta mas claramente en contradiccion. Efectivamente en esta hipótesis no hubiera diferenciado la Silla Apostólica de la Iglesia universal, porque las definiciones del Papa *accedente Ecclesie consensu*, las tienen hasta los mismos contrarios por definiciones de la Iglesia universal: lo que es contradictorio con lo que ha enseñado, ya diciendo: *licet non ad solam Sedem apostolicam pertineat causarum fidei omnimoda examinatio &c.*, y ya igualando en otra parte la autoridad de la Silla con la del Pontífice. Pero en todo caso, admitida la interpretacion de Natal Alejandro, se seguiría necesariamente que no pertenece á sola la Iglesia universal el juzgar última y absolutamente en materia de fé, mientras que se querria inferir lo contrario de la doctrina del diputado. Por tanto cada vez se presentan mas grandes sus inconsecuencias, que impiden saber con exactitud cuál fué su

(1) *Sæc.* 13, *diss.* 12, *Schol.* 7.

modo de pensar; cosa bastante comun á los que se dejan arrebatar del calor de las disputas. De lo cual tenemos una prueba mas clara todavía en las cartas de San Cipriano relativas á la cuestion de la reiteracion del bautismo, donde se necesitan las mas sutiles interpretaciones para eximirle de la tacha de herege por lo tocante á la autoridad gerárquica.

5. Pero sea norabuena la doctrina del diputado la que quiere Le-Gros: ¿qué se sigue de aquí? ¿Será tambien la misma la de la facultad de París? La ilacion no es forzosa. Le eligió ella con dos objetos; uno para defender el derecho que tenia de condenar provisionalmente las opiniones erróneas, y otro para demostrar que lo eran las de Montesson. Si él cumplia con este doble encargo, no podia exigir mas la facultad de París. Pues bien, en el tratado que compuso para defender el primer asunto, no hay proposicion ni argumento que no se dirija á este fin; y es indudable que lo consiguió felizmente. Ahora, si en el contexto de su discurso introduce por incidencia algun principio, y aventura alguna proposicion que parezca contraria á la infalibilidad Pontificia; siempre que no tenga una conexion necesaria con la consecuencia que saca, de modo que negada aquella proposicion ó principio, no pueda esta subsistir; y siempre que no sean estos los únicos medios de que se vale para arribar á la misma consecuencia, nunca se podrá inferir legítimamente que quien aprueba el resultado de sus racionios debe aprobar tambien por fuerza todas estas proposiciones y principios. Ademá, demuestra de tantos modos con la Escritura, con los Padres, y con monumentos históricos este derecho de juzgar provisional y subordinadamente en los Obispos y en las facultades de teología, que es enteramente supérfluo recurrir al argumento de la falibilidad del Pontífice: tanto mas cuanto que subsiste la consecuencia aun suponiendo que el Papa no pueda engañarse, lo mismo que suponiendo que solo la Iglesia es infalible. Y si esto es así ¿no podia aquella academia prescindir en su aprobacion de un tal argumento, sin el cual ya queda evidentemente probado el asunto, y de cuya omision ningun perjuicio se irroga á la verdad de la consecuencia? ¿Cuántos ejemplos no se podrian citar aquí de obras de autores Eclesiásticos que estan aprobadas

por la Iglesia, y tienen mucha reputacion en las escuelas, aunque ni la Iglesia apruebe los sistemas filosóficos de que *aliquando utebantur in explicandis religionis mysteriis*, ni admitan las escuelas todas sus opiniones, antes bien sigan muchas veces la contraria? Siempre que quede defendida la verdad y combatido el error, no exigen mas ni la Iglesia ni los Padres; conque con mucha mas razon no piden ó no deben pedir mas los teólogos. Haya pues hecho publicar la facultad de teología este tratado del Aliacense, contenga él proposiciones contrarias á la infalibilidad Pontificia; si el autor no hace depender de ellas únicamente la demostracion de su asunto, si no tienen con ella tan íntima conexion que una vez negadas pierda la prueba necesariamente su fuerza, ni por otra parte ha manifestado dicha facultad su propio sentir; nunca por esto solo se podrá deducir legítimamente y con certeza cual fuese su modo de pensar sino en cuanto al objeto fundamental de la obra, esto en cuanto á la defensa del derecho que negaba Montesson en ella y en los Obispos.

6. El que tanto se afana por manifestar que está de su parte aquella academia, da á entender ciertamente que tiene en mucha estima su autoridad; y es indisputable que en la clase de argumentos morales deberia ser su voto de muchísimo peso siempre que se pudiese probar con toda evidencia que habia sido esta su doctrina hasta aquellos tiempos, que la habia defendido á la faz de todo el mundo, y no habia sido condenada por Clemente VII. Pero el mismo Tamburini cuando habla del origen é institucion de las academias de sagrada teología, como tambien la historia de la de Francia en particular, por lo que hace á los derechos primaciales me advierten que no se puede mirar, máxime sobre este punto, como el órgano de la tradicion universal. Así que, cualquiera que hubiese sido su pensamiento en aprobar el tratado del Aliacense, dicho profesor me obliga á tener por inconcluyente el argumento que forma Le-Gros, haciéndome primeramente observar, que tampoco estas facultades estan libres del espíritu de sistemas particulares, aun los mas infundados, cual sería á su parecer el de la supremacia Pontificia en que nacieron y se criaron en los tiempos pasados: *cum institutio lyceorum iis*

temporibus facta sit, quibus dominabatur opinio de absoluta Pontificis in Ecclesia universa, ac suprema auctoritate; nulum erigi posse lyceum cogitatum est, quod fultum non esset auctoritate apostolica..... Pontificia diplomata habet facultas sorbonica, Pontificia diplomata habet et nostra ticinensis (1), que autentizan la institucion y privilegios de las dos. Por tanto, si se separaron despues de esta su primitiva doctrina, deberemos decir que se mudó la doctrina de la tradicion. Empero la tradicion es constante é invariable; luego es necesario creer que ó en uno ó en otro caso han seguido una doctrina contraria á la tradicion; y de consiguiente sin necesidad de otros monumentos queda indeciso si esto sucedió cuando profesaban la doctrina de la supremacia del Pontífice, ó cuando abrazaron la contraria: y esto basta generalmente para que no se pueda deducir con toda seguridad la doctrina de la tradicion por la de estas academias, por mas antiguas y respetables que sean. En efecto se componen de teólogos y canonistas, que así como cuando estan separados no siempre nos presentan en su unánime consentimiento la doctrina de la tradicion segun el mismo Tamburini, del mismo modo se puede creer que tambien cuando estan reunidos enseñan sus opiniones particulares. *Limbi fabula*, así dice él, *communi scholasticorum suffragio tam certis fidei veritatibus olim accensebatur, ut eadem in catechismos transierit, et ad publicam fidelium instructionem deducta sit. Non memoro quædam ad Hierarchiam ecclesiasticam pertinentia, partim incerta, partim erronea, quæ tamen per aliquot sæcula unanimi theologorum, scholæ, et canonistarum consensione, ut fidei dogmata fuerant consecrata* (2). ¿ Con qué fundamento pues se pretende que en las academias adopten principios y teorías diversas? Pero concedamos que todos los miembros de alguna célebre facultad se uniformen en una misma doctrina. Si se comparase con ellos la multitud de todos los teólogos, y canonistas dispersos que defendiesen la opinion contraria, ¿ de cuál parte estaria la mayor seguridad? Pareceria á la verdad que debia estar de parte de la academia, porque justa-

(1) *De font. Theol. Diss.* 4, c. 4, §. 33.

(2) *Ibi.* c. 3. §. 28.

mente en estas corporaciones se examinan con mas madurez las controversias, y se tratan contradictoriamente. Pero tambien los demas teólogos y canonistas se glorían de haber examinado todas las cuestiones, y comparado fielmente las objeciones con las pruebas. Luego es necesario verificar el hecho, antes de decidirse por una parte ó por otra, quedando siempre á favor de los segundos la imposibilidad moral de que un número tan grande de sábios, de índole, estudios y naciones diversas, sin comunicarse personalmente sus ideas, concuerden perfectamente en un mismo sentir, no siendo arrastrados por la evidencia de la verdad, como arguye Melchor Cano; cuando por el contrario en las reuniones puede prevalecer el partido, la política, la violencia ó el temor. De lo cual presenta Guadagnini con su acostumbrada malignidad un ejemplo bien decisivo para los contrarios en las mismas asambleas del clero de Francia, asegurando que fueron forzadas á pedir y someterse á la condenacion del *Augustinus Jansenii* por las terribles amenazas del Rey manejado por los Jesuitas; y remite ademas sus lectores á la historia eclesiástica, asegurándoles que hallarán en ella muchísimos «ejemplos de decisiones miserables, hechas por un número grandísimo de Obispos estrechados con promesas ó amenazas de Soberanos poderosos, cuya religiosidad habia sido sorprendida por novadores astutos» (1). Todavía habla mas claro Tosini de la sorbona, del clero y del parlamento de Francia sobre el punto de la infalibilidad Pontificia, que se admitia ó impugnaba segun lo exigian los negocios de aquella Corte con la de Roma (2). ¿Será pues aquella teológica facultad el órgano de la tradicion, para asegurarnos la creencia de siete siglos? No porque yo trate de hablar de ella bajo todos conceptos; pues no hago mas que seguir la regla fijada por el mismo Tamburini, que restringiendo la conocida máxima de que no se puede despreciar sin temeridad el unánime consentimiento de los escolásticos, dice que solo no se puede despreciar cuando haya *rationum momenta, ea-que solida ac gravia* (3). Porque ¿qué razon mas sólida pue-

(1) *Osserv.* 2. par. 1. n. 197.

(2) *Istor. del Gians.* lib. 2, p. 70, l. 3, p. 84. y sig.

(3) *Tamb.* l. c. §. 22.

de darse para no admitir tan fácilmente la autoridad de aquella asamblea, que el oír de uno de sus mismos partidarios haber dejado ella, lo mismo que otras muchas, la doctrina en que nació y se crió, estar expuesta á los partidos y á la fuerza, y haber jugado muchas veces con la opinion de la infalibilidad por servir á la Corte? Todo esto lo sabemos por los mismos contrarios, quizas no siempre veraces, pero siempre dignos de fé cuando refieren cosas que obran contra ellos mismos. ¿Con qué cara pues alegan como decisiva para probar la tradicion católica la aprobacion que dió al tratado del Aliacense? Manifiesta por ventura aquella asamblea la tradicion, solamente cuando proscribe el molinismo y la infalibilidad del Papa, y no cuando condena el Jansenismo, y reconoce por infalibles los oráculos del Vaticano? Así la transforman á su antojo los modernos dogmatizantes: ¿y qué hay que admirarse, si tambien hacen lo mismo con la Iglesia?

CAPITULO XIX.

La oposicion que algunas veces hallaron los Papas, no prueba la persuasion universal de que pudiesen reformarse sus juicios.

1. Si las definiciones Pontificias son supremas en la Iglesia, son por consecuencia irreformables: si son irreformables y supremas, no se les puede negar la prerogativa de la infalibilidad, y si son infalibles, no puede declarar la Iglesia con su silencio que es legítima la resistencia y formal oposicion que puedan experimentar. Luego si se pueden sacar de algunos monumentos incontrastables de la historia ejemplos de quien con esta firmeza y constancia se ha opuesto á las decisiones de los Pontífices apelando de ellas á la autoridad de la Iglesia, sin que está haya condenado la conducta de los que así se oponian y apelaban, quedará demostrada la tradicion universal contra la pretendida supremacía de los juicios Pontificios, y confirmada de consiguiente la asercion de Pedro de Aliaco y de la facultad de París; á saber que no son ni los últimos ni irreformables, y que se puede realmente *in causa fidei* á

Pontifice appellare ad concilium. El raciocinio es muy exacto, y si se pueden presentar esos ejemplos, en los cuales no sea posible señalar otra causa del silencio de la Iglesia, sino su citada aprobacion de tales resistencias y contradicciones, está decidida contra nosotros la cuestión. Pero tambien es verdad que nunca podrán los contrarios contraponernos semejantes oposiciones segun se requieren en nuestro caso, ni corroborarlas tampoco con la aprobacion de la Iglesia. Les cuesta muy poco asegurar cualquier hecho, porque estan ciertos de que sus secuaces estan muy lejos de tomarse el trabajo de verificarlo: la sola autoridad de los Fleury, de los Racine, y de otros historiadores de su partido, basta para que lo tengan por ciertísimo. Pero que hechos? Decide el Papa, se oponen á la decision los partidarios de la doctrina condenada, levantan rumores por todas partes, embrollan y desfiguran todo el estado de la controversia, reunen secuaces y multiplican los fautores por medio de sagaces seducciones, se aumenta desmedidamente su número, esparcen dudas, hallan sofismas, se levantan siempre atrevidos contra el Pontífice, se rien de sus censuras despreciando la autoridad de las Iglesias mas venerables que se adhieren á los juicios del Papa, la primera de las cuales es la Romana, *madre y matriz* de todas las demas, invocan á la Iglesia universal, pero para hacer ver, si aprueba su condenación, que es metafísico el caso de decidir ella y reconocerse su voz, se glorían de venerar su autoridad, y aun la excitan á que use de ella, pero solo para vomitar su veneno contra la cabeza y los miembros, solo para conculcarla si no decide lo que ellos quieren. Estas son las oposiciones que se usan en nuestro siglo contra las mas solemnes definiciones de la Silla Apostólica: este es el modo de proceder de los modernos opositores, que quisieran hallar en los ejemplos de la antigüedad con qué legitimar esta su conducta delincuente, y destructora de todo orden en la Iglesia. De aquí es que fingen decisiones donde no las hay, sueñan puntos dogmáticos cuando solo son de disciplina, venden por oposiciones formales lo que no es mas que una simple tardanza en aceptar los juicios Pontificios: lentitud que es necesaria muchas veces atendidas las circunstancias de lugares, tiempos y personas, y que por una prudente eco-

nomía conceden los mismos Papas; representan á los infractores como los mas sabios, ilustrados y santos vengadores de la unidad eclesiástica entre cuantos encomia la historia: ostentan el número de los que siguen su partido hasta el extremo de confundirlo con la Iglesia universal, para atribuir á esta su misma oposicion, y poder decir con Le-Gros, que *quædam decreta romanorum Pontificum nunquam sequuta est universalis Ecclesia*. Y para dar fuerza á estas fantásticas invenciones no necesitan muchas razones, sino que les basta un solo dicho de alguno de los historiadores insinuados; estos son para ellos el órgano infalible de la tradicion, estos los teólogos, estos los canonistas. Pero se les convence ó de una ciega credulidad por su ilimitada deferencia á semejantes escritores, ó de infidelidad en desfigurar ellos mismos los hechos, ó finalmente de malignidad en interpretarlos á su antojo. En efecto, no se puede sacar de toda la historia eclesiástica un solo ejemplo de que se hayan opuesto directa é impunemente los católicos, y sin hacer sospechosa su fé, á una sola, solemne, auténtica y dogmática definicion del Papa; ó sin que pueda atribuirse la resistencia á una causa diversa de la antecedente persuasion en que estuviesen de la absoluta falibilidad de los Pontífices; ó sin que estos no hayan tolerado tales contradicciones libremente y por amor á la paz; ó finalmente sin que se pueda probar que de ningun modo se unió la Iglesia á los que se oponian. En el primer caso se salen los contrarios con su argumento fuera de la cuestion; en el segundo su argumento no prueba nada; en el tercero se ven obligados á reconocer con nosotros una espontánea indulgencia de los Papas; en el cuarto tienen que reconocer que lejos de consentir la Iglesia, desaprobó mas bien semejantes oposiciones. Luégo deben conceder generalmente que la conducta de los oponentes y de los que los defienden, demuestra la autoridad y equidad de los juicios del Papa, y solo sirve para que conozcamos la pésima índole de los que los contradicen (1) y de sus malignos abogados.

2. Así es: ostentan los contrarios mucha erudicion histó-

(1) Analisis, &c. §. 64.

ca; pero no pueden presentar otros hechos que alguna definicion sobre puntos de disciplina, y unas oposiciones que herirían tambien á la misma Iglesia. La resistencia de Pablo á San Pedro, la de los Asiáticos al Papa Victor, de los Africanos á San Estéban por la reiteracion del bautismo, y á Zozimo sobre el hecho del libro de Celestio, la de Maxencio, Fulgencio, Ferrando diácono, &c. á Felix III y á Hormisdas por la famosa proposicion *Unus de Trinitate est passus*; de los Obispos de España y Francia al concilio quinto, aunque confirmado por el Pontífice, son los principales monumentos que alegan, y de ellos concluyen «que hasta que el juicio del Papa llegue á ser irre-» formable por el consentimiento de la Iglesia universal, siem-» pre ha sido lícito contradecirle sin tacha de rebellion" (1). Pero esta consecuencia está malísimamente deducida: y para conocer cuan ilegítima es, no hay necesidad de examinar uno por uno los hechos alegados; y así para no entretener inútilmente á los lectores, me limitaré únicamente á aquellos cuyo exámen podrá servir de guia para formar juicio de los demas. En cuanto al primero bastará insinuar que el mismo Tamburini le tiene por inconcluyente, observando que la resistencia de Pablo á San Pedro pertenecia «no á una doctrina diversa» sino á una diversa conducta" que el mismo San Pablo tuvo en otras circunstancias, y que no podia presentarse como un ejemplo sin perjudicar á la infalibilidad de San Pedro á lo menos como Apóstol. Y reservando el de los Africanos con San Estéban para el capítulo siguiente, solo examinaré aquí el de los Asiáticos con Victor; y lo haré de modo que por lo que diga acerca de este particular se vea generalmente la ninguna fuerza de todos los demas. He aquí pues el formidable argumento que se forma de la conducta de aquellos Obispos: «En» el siglo segundo quiso obligar el Papa Victor á los Obispos» del Asia á conformarse con la práctica de la Iglesia romana» y de todas las demas en la celebracion de la Pascua; y si no» llegó á excomulgarlos, á lo menos les amenazó. Pero Policra-» tes y los demas Obispos Asiáticos no obedecieron las órdenes» del Pontífice, y aquel Ilustre Obispo escribió á Victor en es-

(1) Cosa é un Appellante? art. 2, pag. 126.

» tos términos: *Nihil moveor his, quæ ad formidinem inten-*
» tantur. Etenim ab illis, qui me majores erant, dictum scio:
» Oportet obedire Deo magis quam hominibus. Así estos gran-
 » des Obispos (a) creían que no debían abandonar lo que juzga-
 » ban justo y legítimo, porque el Papa se lo mandaba bajo pe-
 » na de excomunion.... Aunque parece que este caso solo tenía
 » por objeto un punto de disciplina, sin embargo le miraron
 » los antiguos como perteneciente al dogma" (1). Pregunto
 pues á nuestro *apelante* si los Asiáticos se opusieron al Papa
 solamente, ó tambien á la misma Iglesia. Segun las reglas de
 la aceptacion, deben decir que tambien á la Iglesia. Porque se
 opusieron á los Papas Aniceto y Victor, con quienes estaban uni-
 dos los sínodos de Palestina, Ponto, Roma, Francia, &c. (2) y
 todos los demas Obispos del catolicismo, excepto únicamente
 los del Asia menor; y por lo mismo había aquel consenti-
 miento en que se pretende que apoyaba San Agustin su sen-
 tencia contra los Pelagianos: *Causa finita est.* El que dude de
 ello, que forme un cálculo exacto de las aceptaciones y oposi-
 ciones en uno y otro caso. *Finita* la causa pelagiana, porque
Augustinus passim memorat, eam hæresim a Romanæ Sedis
præsulibus Innocentio, Zozimo, Cælestino, cooperantibus syn-
nodis africanis, toto orbe damnatam. Quo facto, nulla am-
plius, etiam æcumenicæ synodi, inquisitio superesset (3). Lue-
 go del mismo modo *finita* la causa de los cuartodecimanos,
 porque ya estaba decidida por los Papas, por los sínodos (y en
 mayor número), y por la práctica de todas las Iglesias. Por
 esta razon concluye Natal Alejandro que aquella causa no per-
 tenecia á la fé, porque en ese caso deberían mirarse aquellos
 Obispos como hereges, puesto que se oponian á toda la Iglesia (4).
 Luego; prosigo yo, tampoco los mismos Obispos podían tener-
 la por materia de fé porque se debería decir que eran interior-

(a) Basta contradecir al Pontífice para merecer de sus enemigos el
 nombre de *grande*, así como basta venerar en él la divina autoridad de
 cabeza, para ser despreciado como un *mentecato*.

(1) *Ibi*, pag. 140, 145.

(2) Eusebio, *lib. 5. Hist. Eccl. c. 22.*

(3) *Def. Cl. Gall. p. 3, l. 9, c. 2.*

(4) *Hist. eccl. sæc. 2, diss. 5.*

mente hereges. Así fueron llamados efectivamente después del concilio, ó porque obstinándose pertinazmente en su opinion mezclaban con ella algunas fábulas judaicas (1), ó porque se entendia por heregía cualquiera separacion de la Iglesia; por cuyo motivo se cuentan entre los hereges los Audianos que profesaban el mismo error que los Asiáticos, aunque dice San Epifanio: *Audianorum proprie schisma ac defectio, non hæresis est* (2). Para omitir repeticiones supérfluas, consúltese el referido historiador Natal Alejandro. Pero si Policrates no creía que se trataba un punto de fé, ¿porqué sostenia con tanta fuerza, preguntan los contrarios, aquella observancia por la razon general de que *obedire Deo oportet magis quam hominibus*? ¿Porqué decia que era conforme al Evangelio y á las reglas de la fé? ¿Porqué? Lo dirá el mismo apologista de los apelantes, que nos presenta la fórmula con que los hijos obedientísimos de la Silla Apostólica deben manifestar su sumision y reverencia al supremo Gerarca cuando no admiten sus disposiciones en materia de disciplina, comunicándonos la carta de Roberto Obispo de Lincoln al Papa Bonifacio IV, en que protesta que no obedece á una orden de aquel Pontífice, porque de este modo «cumple las obligaciones que le impone la ley de Dios.... y quiere obedecer á las órdenes de » Dios.... (pues aquella orden) no es conforme á la doctrina de » los Apóstoles y de Jesucristo.... siendo contraria á la santidad » Apostólica.... y de consiguiente para destruccion y no para » edificacion» (3). ¿Se puede decir que este Obispo creía que se conformaba con el Evangelio y con las reglas de la fé resistiéndose á las órdenes del Pontífice? Ciertamente que sí: él mismo lo dice: y sin embargo no se trataba de un objeto de fé. ¿Pues porqué no podia creer tambien Policrates que la práctica de los Asiáticos, aunque de mera disciplina, era inmediata ó mediatamente conforme al Evangelio? ¿Manifiesta por ventura su pensamiento con mas energia que el referido Roberto? Decídanlo las expresiones citadas.

(1) Epiph. *hær.* 5o.

(2) Indic. l. 3, t. 1. *hæreseon.*

(3) Cosa è un Appellante? c. 3, art. 4, p. 233.

3. Pero bien: supongamos que el punto pertenece á la fé, y que por tal lo tenían Policrates y los otros Obispos: ¿que se sigue de aquí? ¿que era universal en aquellos tiempos en las Iglesias del Asia la opinion de la falibilidad Pontificia? Para sacar esta consecuencia es necesario no haber entendido la carta que se nos opone, ó desconocer la fuerza de las preocupaciones. Una cosa es impedir que se dé un decreto dogmático; y otra contradecirle pertinazmente despues que se ha dado. No hay efecto mas natural en el que apegado con la mayor tenacidad á su propia opinion la juzga exenta de error, y aun cree con toda firmeza que en ella se contiene una verdad católica, que el manifestar que la sostendrá inflexiblemente, aunque se dé una sentencia contraria; persuadiéndose con aquella su prevencion excesiva que en caso de un juicio contrario podrá encontrar razones sólidas contra su legitimidad, antes que reducirse á renunciar la doctrina que abrazó. Todo consiste en ver si una vez pronunciado el juicio contrario se resiste realmente, ó si se somete á él y reconoce su error; pues puede suceder que una sentencia actual haga en él mas impresion que las amenazas solas y una simple sospecha. El Arzobispo de Rems en el concilio de Trento era sin duda católico; y por lo mismo reconocia la infalibilidad de la Iglesia: pero temiendo que se definiese la supremacia Pontificia con los mismos términos que la expresó el concilio de Florencia, no omitió medio ninguno para impedir la decision, protestando que no adheriria á ella, sino que de *vita potius, quam de sententia* (de la superioridad de los concilios) *recederet*. Era ecuménico aquel concilio; de consiguiente representaba á la Iglesia universal; protesta el Arzobispo de Rems que se opondria á su declaracion; conque ó bastaba su solo voto para que el concilio no fuese ecuménico, ó declaraba aquel Prelado que estaba dispuesto á contradecir á la Iglesia. Ningun católico concederá lo primero, ni puede haber ninguno que haga lo segundo. Hay algunos es verdad que ciegos en la adhesion á su sistema se obstinan en defenderlo con el mayor calor antes de ser jurídicamente condenado, pero que lo abandonan despues de dada la sentencia; como lo hubiera hecho aquel Prelado, si el concilio hubiera autorizado con una solemne definicion de fé

la doctrina que se discutía. ¿Y cuantos ejemplos semejantes no se podrian hallar en las disputas y discusiones que hubo en casi todos los concilios antes de darse los cánones? Así pues, Policrates solo procuraba contener al Pontífice para que no pronunciase el decreto contrario ni impusiese la excomunion, valiéndose para ello de los medios mas eficaces que podia sugerirle la íntima persuasion de que era buena la práctica de los Asiáticos, y el temor de los horribles cismas que con esta ocasion podrian dividir á la Iglesia. Pero si se hubiera dado el decreto, si se hubiera impuesto la excomunion, ¿hubiera llevado á efecto todas sus amenazas? No se puede determinar con seguridad: en aquellas circunstancias no sería una consecuencia legítima y necesaria.

4. Pero quiero concedérselo todo á los contrarios: creyesen norabuena las Iglesias del Asia que el Papa era falible, y que la controversia era de fé: pesen ellos mismos la autoridad de aquellas Iglesias en estos puntos. Mas para concluir bien se requieren dos cotejos imposibles de hacerse en nuestro caso: el primero, de aquellas Iglesias con el resto de la cristiandad: el segundo, de aquellas Iglesias que entre las demas del Asia creian infalible á la Iglesia y las que no la tenian por tal. El primero es necesario; porque si el número de las Iglesias Asiáticas comparado con el de las que seguian la práctica contraria no era suficiente para que se pudiese reconocer en estas segundas la Iglesia universal; de ningun peso sería su autoridad; tanto porque en esta hipótesis se hubieran opuesto á la misma Iglesia, como porque podríamos oponerles la autoridad de esta, que como se adheria á los romanos Pontífices sin declarar cosa alguna contra su infalibilidad, no desaprobaba esta opinion ni con los hechos, ni con la doctrina. Es tambien necesario el segundo; porque si habia algunas que estando dispuestas á separarse de toda la Iglesia antes que renunciar sus propios errores, venian á negar por consiguiente su infalibilidad, deberían necesariamente separarse del número de las que pensaban católicamente con respecto á la Iglesia, pudiendo estas solas participarnos la tradicion, y ser de consiguiente las únicas que se nos opusiesen. ¿Pero cómo se podrá hacer el primer cotejo si no se quiere admitir el que hace Eu-

sebio, y el de Constantino que cuenta á «Roma, Italia, Africa, » Egipto, España, Francia, Bretaña, la Libia, la Grecia, el » Ponto, la Cilicia» y por lo mismo *majorem Ecclesiarum numerum* contra la costumbre de las Asiáticas? Y si se admite este paralelo, jamas se podrá sacar un argumento decisivo de la autoridad de las Iglesias del Asia, si no se demuestra: 1.º que siguieron constantemente la doctrina de la falibilidad Pontificia aun antes de sus disputas con los Papas, y no en consecuencia de su tenacidad en sostener sus prácticas, que temian fuesen condenadas por la Silla Apostólica, ó lo habian sido realmente: pues comprobando la experiencia que muchísimos hereges que antes de ser condenados sentian bien de la Iglesia cuya sentencia imploraban muchas veces, despues de proscriptas sus doctrinas se levantaron pertinazmente contra ella; no es difícil que tambien los Asiáticos se inclinasen á reconocer en el Papa aquel privilegio y le negasen despues habiendo conocido ó llegado á temer las gravísimas consecuencias de este reconocimiento contra sus costumbres inveteradas (a): 2.º que aunque asegurasen que el romano Pontífice era falible, tuviesen no obstante por infalible á la Iglesia católica; porque si no, va por tierra toda su autoridad: por esta razon 3.º que juzgasen realmente con un asenso positivo y firmísimo que no se hallaba esta doctrina suficientemente profesada por las Iglesias discordantes, porque si podian sospechar racionalmente que la profesaban, bastaría su obstinacion á vista de un peligro tan manifiesto de contradecir á la Iglesia, para hacernos dudar tambien si estaban prontos á someterse á aquella doc-

(a) Si los Papas hubieran perdonado á los Arnaldos, Sanciranos, Quesneles, Jansenios, Pascales y Nicoles, y á tantos otros, en cuanto á la gracia, indulgencias, imágenes, &c. nos asegura Tosini (*lib. 2, pag. 66.*), que «no se disputaría tanto sobre la infalibilidad del Papa, sino que » se dejaría toda especie de infalibilidad al romano Pontífice.” Pero luego que vieron los Jansenistas condenados sus corifeos y doctrinas, faltó poco para que añadiesen en la traduccion que hicieron de las Letanías el versículo de Enrique VIII. *De la tiranía del romano Pontífice libranos Señor* (Pallav. l. 3. c. 15. n. 3.). Efectivamente han procurado que se levanten Enríques: y si no lo han logrado todavía, ya se han levantado entre ellos los Volsey, cuyo funestísimo fin deben temer si no se arrepienten con tiempo y detestan su infidelidad *al Episcopado, al Papa y á Dios.*

trina luego que supiesen cual era: 4.º que las Iglesias discordantes en la práctica no lo fuesen sin embargo en esta doctrina. Se podría citar como no discordante en la doctrina la Iglesia de Leon, cuyo Obispo San Ireneo reprendia á Victor por su conducta poco conforme á la *paz, unidad y caridad*, aunque pensaba lo mismo que él en cuanto al punto en cuestion. Pero esto mas bien prueba lo contrario, pues no le reprende por haber usurpado el derecho sino por la demasiada severidad con que lo ejercía; y en el hecho mismo de procurar que templase su ejercicio, ya supone el mismo derecho, que si lo negaban los Asiáticos al Pontífice fundados en su falibilidad, con mas razon se puede decir que lo sostenia el Pontífice y lo suponía San Ireneo fundados en la infalibilidad Pontificia. ¿Y cuándo llegarán á probarnos los contrarios que se verificaron estas cuatro condiciones en las Iglesias Asiáticas? Y si no nos los prueban ¿qué peso debe tener para los católicos la autoridad de aquellas Iglesias? Si faltaba la primera, se podría creer que las cegaba el espíritu de partido: faltando la segunda y la tercera, se haría sospechosa su fé: y no merecerian ninguna atencion, faltando la cuarta.

5. ¿Acaso bastará que no se opusiese formalmente la Iglesia, para inferir de aquí su aprobacion? No puede decirlo ningun católico, porque se admitirian en ese caso como dogmas los errores que por mucho tiempo tolera á veces la Iglesia por amor á la paz; y mucho menos puede decirlo un apelante que hace el favor á nuestra sentencia de confesar que ha sido tolerada por algunos siglos, y sostiene generalmente que no siempre reclama la Iglesia contra los decretos mismos de los Pontífices ó de los Obispos, *que contienen algun error*, aunque no los apruebe (1). Ademas, ¿cómo se podrá probar que no se opuso prácticamente con adherirse á los Pontífices? Aquí se trata de saber si el hecho de los Asiáticos es ó no decisivo contra nosotros: se destruye pues el argumento tan pronto como se demuestre que es dudosa é incierta su autoridad. Esta incertidumbre se aumenta todavía mas mediante el segundo cotejo: porque es ciertísimo que no todas aquellas

(1) Le-Gros, de Eccl. c. 3, Sect. 3, Concl. 11. *

Iglesias se sometieron á la definicion del concilio Niceno ; y así se puede conjeturar con fundamento que tambien en tiempo de Niceto y de Victor habia muchas que no solo no admitian la infalibilidad de los Pontífices, sino que abrigaban sentimientos cismáticos y heréticos contra la misma Iglesia, aunque no los manifestasen directamente. ¿ Querran pues oponer-nos estas tambien los *apelantes*? ¿ Se tomarán en masa con todas las demas para formar un cuerpo que se repute por suficiente para fijar la tradicion de aquellos tiempos acerca de esta prerogativa Pontificia? Pero con el mismo derecho podria yo servirme de su creencia contra la infalibilidad de la Iglesia misma, y al que me arguyese que no se debía contar por nada su número en comparacion de todas las demas de dentro y fuera del Asia, podria responderle con el autor del *Análisis* que no siempre *el mayor número* sigue la tradicion, sino que algunas veces es *cortísimo* el que cree y defiende la verdadera doctrina. Luego que? Luego es preciso fabricar sobre otras bases, y sobre fundamentos mas sólidos. Cuando se trata de tradicion católica, debe buscarse entre los católicos. Es verdad que muchas veces trae algunas ventajas el averiguar tambien la de los hereges, pero esto no debe hacerse sino cuando concurren estas dos condiciones: 1.^a que sea concorde con la de los católicos: 2.^a que no tenga ninguna conexion con sus errores. Pero si por una parte se trata de una máxima sobre la cual esten discordes entre ellos los pareceres, y por otra es tal esta máxima que puede servir de apoyo á los errores de los hereges; no deben estos admitirse como testimonio de la tradicion. Pues justamente es este nuestro caso. Efectivamente, ¿ cómo prueban ni pueden probar los contrarios que no hubiese en aquellos tiempos variedad de pareceres ni aun en los que seguian las partes del Papa, sobre el artículo de que tratamos? ¿ Cómo se puede dudar que las Iglesias Asiáticas no sacasen una gran ventaja de la máxima de la falibilidad del Papa para apoyar su error; si con este mismo objeto miraban tambien como falible á la Iglesia? Podemos pues asegurar sin temor de ser convencidos de error que la opinion de la falibilidad tanto de la Iglesia como del Papa nacia en ellas de un mismo principio; y de consiguiente que así como nada vale su

autoridad en cuanto á la primera, tampoco debe ser de ningun peso con respecto al segundo. Es pues necesario por todas razones separarlas de las demas. Pero ¿quién las podrá numerar? Y no numerándolas ¿quién podrá asegurar con verdad que las que obedecian á la Iglesia católica bastaban para dar fé suficientemente de su tradicion respecto á la autoridad Pontificia en materia de fé, y fuesen el órgano por donde la Iglesia si no *decide* á lo menos *enseña*? Si esto no se determina con precision, la única consecuencia que se puede sacar es que habia tambien entre los católicos algunos que demasiado adictos á sus opiniones, y para defender impunemente su partido, creyeron que el Papa era falible. Esto nadie lo niega, pues nos asegura la historia que todas las verdades tuvieron siempre quien se les opusiese; sin que esto pueda favorecer á los contrarios, porque si no se creen obligados á seguir el *mayor número*, mucho menos pueden pretender que nosotros nos conformemos con un número *muy corto*.

6. Todo lo que llevamos dicho sobre el valor de la autoridad de los Asiáticos, aun suponiendo que ya se hubiesen dado los respectivos decretos Pontificios, y de su persuasion de que el Papa podia definir el error, debe aplicarse tambien á todos aquellos casos en que se haya resistido obstinadamente á las decisiones del Vaticano, autorizadas despues por la adhesion de la Iglesia ó dispersa, ó congregada en concilio. Por lo mismo siempre que se hubiere verificado esta oposicion, será necesario examinar la naturaleza del objeto, si pertenece á la fé; el origen de las opiniones contrarias á la infalibilidad Pontificia, si es anterior ó posterior á la definicion; el ánimo de los renitentes hácia la autoridad de la Iglesia, su doctrina sobre la suficiente representacion de la misma, sus intereses, fines, circunstancias, número y ortodoxia; y finalmente el sentir de la misma Iglesia. Cosas todas que suponen pero no prueban los contrarios en la multitud de aquellos monumentos de la *libertad sacerdotal y constancia cristiana* en contradecir á los Pontífices, que forman el asunto de sus exageraciones y jactancia, y que nunca se cansan de publicar. Se pueden pues considerar semejantes resistencias como aquellos obstáculos que encuentran muchas veces las decisiones mismas de la Igle-

sia, es decir, como procedentes del empeño que forman los que se oponen, ó como toleradas por el Papa para evitar mayores males. Efectivamente se hallan no pocas veces en la historia eclesiástica tales y tan solemnes definiciones de la Iglesia católica, que ni los mismos novadores tienen ninguna duda de su autenticidad, las cuales sin embargo no se abrazaron tan pronto, ni hicieron cesar las disputas al momento; y pudiera citar aquí muchísimas, si no me ahorrara este trabajo Tamburini atribuyendo aunque sin razon á esta causa «las tinieblas, » la oscuridad y los tiempos revueltos y procelosos » en que se ha visto la Iglesia. Por lo cual no haré mención, para argüir *ex concessis*, sino de los dos concilios de Constanza y de Basilea, cuya historia segun nos la cuentan el autor de la célebre *Defensa del clero de Francia* y el mismo Tamburini, destruye todas las razones que sacan de la oposicion que encuentran en la Iglesia las definiciones Pontificias. En aquellos concilios se definió solemnemente con el consentimiento de todo el mundo católico segun pretenden falsamente los contrarios, que el concilio ecuménico es superior al Papa, y que este de consiguiente está sujeto á la autoridad de aquel (1). Mas esta definicion conciliar despues de disuelto el concilio de Basilea, á pesar del referido consentimiento de que tanto se habla, no fué recibida sino en Francia, donde se aprobó juntamente con los decretos de Basilea en la famosa pragmática de Carlos VII, que fué abolida despues por el concordato entre Leon X y Francisco I; por lo que llegaron á perder los novadores toda esperanza de lo que ellos llamaban reforma (2). Aunque por todas estas vicisitudes aparece evidentemente que segun las reglas de la *acceptacion posterior* no se puede reconocer en aquellos concilios la voz autoritativa de la Iglesia universal; con todo lo supondremos así, para coger á los enemigos en una contradiccion mas manifiesta. He aquí pues por una parte empeñada toda la Iglesia en establecer su autoridad en la forma mas solemne; y toda ocupada y solícita en abatir por donde quiera el cisma y los cismáticos; y por otra á estos

(1) *Defens. cl. gallic. p. 2, l. 5, c. 12, 13, y lib. 6, c. 19, part. 3, l. 7, c. 2. Theol. Piac. Rifl. sopra il Serm. di Bossuet, pag. 36.*

(2) *Ib. p. 44, 49.*

cada vez mas orgullosos con su número moverle la guerra mas obstinada, contradecir á tan auténticas definiciones, perseguirlas por todas partes hasta las fronteras de la Francia, donde únicamente encontró asilo una verdad tan luminosa, pero donde tambien entró poco despues su rival á destruir la Real pragmática que era su único apoyo. Y entre tanto ¿qué hizo la Iglesia? Sufrió, disimuló, hasta que se reconciliasen los ánimos. ¿Y porqué no podrá hacer lo mismo el Pontífice, y con él la Iglesia misma respecto de los que se resisten á las definiciones de la Silla Apostólica? Se dirá pues que el uno y la otra esperan con paciencia á que se vaya extinguiendo el calor de las disputas, que se apacigüen los ánimos, y que ó hallando ellos la verdad con ánimo trāquilo, ó manifestāndosela mas claramente el consentimiento universal en los concilios generales, reconozcan finalmente en la equidad de las definiciones Pontificias la autoridad de su supremo promulgador; y se verifique de este modo respecto de ellas lo que dicen los contrarios que sucede muchas veces con las de la Iglesia; que «si por » las circunstancias de los tiempos y lugares hallan al principio » contradiccion, se abren camino en seguida, y siempre van » ganando terreno, de modo que mas temprano ó mas tarde » vencen la resistencia, calman las disputas, y tornan los fieles » á la unidad." (1).

7. Acaso se nos objetará que la contradiccion que experimentó la tan celebrada doctrina constanciense, fué despues de disueltos los dos concilios; pero que mientras subsistia en ellos la Iglesia se proseguia procediendo contra sus enemigos con censuras y deposiciones miradas como legítimas por todo el mundo católico; siendo así que los Papas que siempre pueden vengar los agravios hechos á su autoridad, ó no los vengaban, ó si los vengaban no eran respetados ni temidos sus castigos. Pero nadie puede hacernos esta objecion sino el que ignore las disensiones y tumultos que como nos refieren los mencionados autores se levantaron apenas se dieron los famosos decretos por la *Iglesia universal con el consentimiento de todo el mun-*

(1) Tamb. *Anal.* §. 65. Esto se ha verificado realmente con los oráculos Pontificios de que hablamos, pero no con las decisiones del concilio de Constanza.

do católico, y antes de disolverse el concilio de Constanza, y tolerando esta en santa paz si no la rebelion y el cisma, á lo menos la doctrina contraria á la que tan solemnemente habia declarado y definido el concilio en los mismos decretos. De lo cual es entre otras una auténtica prueba el haber aceptado el concilio las espontáneas renunciias de Gregorio XII y de Clemente VIII, con las cuales protestaban prácticamente contra la superioridad de los concilios que habia declarado el de Constanza (a), sin obligarles á deponer tambien esta doctrina con el Papado, y mas bien colmándolos de elogios. ¿Y para qué obró de esta manera, sino *ut catholici spectarent, non solum vera jura, titulorumque certam auctoritatem, sed etiam firmum et tutum consensionis effectum, ut infirmi nihil haberent quod jam mutire possent* (1). No tanto pues se ocupó entonces la Iglesia aunque congregada en defender la doctrina de su superioridad sobre el Pontífice, cuanto en cortar los cismas, no queriendo por una maternal indulgencia emplear los medios que hubiera podido usar en virtud de su derecho supremo segun dicen los contrarios. ¿Y luego se querrá que el silencio de los Papas y de la Iglesia universal equivalga á una aprobacion de la resistencia que se hace á los juicios del Vaticano? ¿Puede darse una contradiccion mayor en los principios? Por ambos lados se trata de autoridad; se contradice á la que se supone definida por los dos célebres concilios; é igualmente se resiste á la que ejerce el Pontífice en sus juicios dogmáticos; se dice que es injusto, ilegítimo, cismático, herético, (2) el contradecir al concilio Constanciense reunido todavía, en cuanto al punto doctrinal de su supremacia, aunque él mismo lo toleraba por los motivos insinuados; ¿y se dirá que es justo, legítimo, canónico y dictado por el deseo de la unidad el oponerse á los decretos de la Silla Apostólica, porque los Papas y la Iglesia aguantaron pacíficamente por los mismos motivos la insubordinacion de algunos amotinados y tercios, y condescen-

(a) Véase el *Discurso preliminar* §. 49...60, donde hemos demostrado que el concilio de Constanza mas bien confirma que condena la doctrina de la supremacia Pontificia.

(1). *Def. cl. gall.* P. 2, l. 5, c. 24.

(2) *Ibi*, l. 6, c. 19.

dieron con las prevenciones y debilidad de los seducidos y menos instruidos? ¿En qué se funda esta diferencia en el modo de juzgar? Y si no se temian los rayos que podian fulminar los Papas contra los que ofendian á su autoridad, ¿qué se sigue de aquí? No los temian los rebeldes, como no temian los del concilio de Constanza, ni tampoco temieron repetidas veces los de otros concilios, aquellos que no los reconocian; y obrando como estos concilios, tambien los Papas suspendian á veces la ejecucion de las penas impuestas, ó mitigaban su rigor.

8. Pero ¿para qué hemos de perder el tiempo en seguir tan despreciables sofismas? ¿Recurren acaso los novadores á la opinion de los renitentes, para saber cuál era la mente de aquellos concilios, y como representaban á la Iglesia universal? No por cierto. ¿Pues con qué derecho quieren obligarnos á conocer el modo de pensar de la Iglesia acerca de la potestad del Papa ó de su infalibilidad, por las doctrinas de los que la impugnan del modo y con el fin que hemos dicho, prohibiéndonos averiguarlo en los que se sujetan á ella, y la reconocen prestando una pronta obediencia á los decretos solemnes de los Papas? Vean pues como combaten contra sí mismos destruyendo las razones tomadas de la oposicion por otra parte exagerada que experimentaron las decisiones Pontificias, una vez que reconocen á la Iglesia universal en el concilio Constanciense tomado en todas sus partes indistintamente, y nos presentan al mismo tiempo la contradiccion que encontró en cuanto al artículo de su pretendida supremacia. De este modo edifican y destruyen alternativamente sin advertirlo. Frutos son estos del espíritu de partido: desgraciados de los que se dejan dominar por él.

9. Mas por último ¿es cierto que la Iglesia ha desechado formalmente alguna vez algun decreto dogmático de los romanos Pontífices? Ya hemos demostrado que es imposible probar convincentemente esta formal recusacion por parte de la Iglesia dispersa; y el probar que se ha verificado por parte de la Iglesia reunida en concilio, corresponde al que así lo asegura. Solamente podria volver á alegarse aquí el concilio VI; pero despues de cuanto se ha dicho arriba (1) sobre la falta de

(1) Cap. 16.

las formalidades necesarias en los escritos de Honorio, y sobre la intencion que tuvieron aquellos Padres de declararle herege indirecto solamente, no puede servir aquel concilio de apoyo alguno á los contrarios. La cuestion es una cuestion de hecho; y así, mientras no se presenten monumentos incontrastables de definiciones Pontificias anuladas formalmente por concilios, que segun las reglas de la *acceptacion posterior* esten universalmente reconocidos por legítimos y ecuménicos, siempre podremos impugnar á los contrarios con sus propios argumentos; y por lo mismo siempre tendremos derecho para tachar de impostura la soñada contradiccion formal por parte de la Iglesia. A ellos por tanto toca el citarnos un concilio en que se verifiquen todos los requisitos que ellos quieren: y pues siempre los han supuesto pero nunca demostrado, olvidándose cuando se trata de oponer cualquier concilio á la autoridad del Pontífice, de lo que exigen para que tenga autoridad cuando se opone á sus sistemas, deberán á lo menos pensar en no suponerlo todo, y en ir acordes consigo mismos en establecer los principios y aplicarlos imparcialmente á los diferentes casos. Conozco que esto les costaría mucho trabajo, porque hasta ahora nunca lo han hecho; mientras que sería para nuestra causa la ocasion de triunfar, pues se convencerían evidentemente por sí mismos de sus contradicciones. Sin embargo se glorían de haber alcanzado una completa victoria, oponiéndonos la libertad con que San Cipriano y las Iglesias Africanas se resistieron al Papa San Estéban: pero con qué fundamento, lo veremos en los dos capítulos siguientes.

CAPITULO XX.

El hecho de San Cipriano no prueba que sea legitima la oposicion á los juicios dogmáticos del romano Pontífice, porque parece que el Santo Mártir tenia por punto de disciplina nada mas la reiteracion del bautismo.

1. Muchos son los medios de que se valen los defensores de la infalibilidad del Papa para convencer á los apelan-

tes de que en vano piensan triunfar á la sombra del Santo Obispo de Cartago. Algunos dicen que el Pontífice no definió ningun dogma (1): otros pretenden que agitado el Santo Mártir por el ardor de la disputa pensó á la verdad erróneamente contra la infalibilidad Pontificia y contradijo una definicion solemne, pero que despues se retractó sometiéndose al juicio del Papa: y otros finalmente se proponen probar que no se consideraba en Africa como objeto de fé el punto de la reiteracion del bautismo, sino solamente como punto de disciplina. Y aunque por cualquiera de estos medios se pueda probar que es infundado é imaginario el triunfo de los contrarios; sin embargo no se sigue que todos indistintamente partan de un centro donde se encuentre la verdad y la certeza. Por cuyo motivo dejando á cada uno en libertad de adoptar el que mas le agrade, y disolver por él las dificultades que ocurran, yo por mí me atengo al tercero: advirtiéndolo no obstante que el ilustrísimo doctor Marchetti demuestra con tanta evidencia que no dió San Estéban ningun decreto dogmático sobre este particular; que ningun hombre de juicio puede dejar de conocer el insuperable peso de sus razones. Solo pues para convencer superabundantemente á los contrarios, me limito á examinar aquel hecho bajo el tercer respeto.

2. El decir que la Silla Apostólica nada decidió solemnemente sobre aquel artículo, disuelve á la verdad la objecion fundamental, porque en este caso no habiéndose opuesto San Cipriano á ninguna definicion dogmática, no se puede inferir que tuviese con los Obispos Africanos al Papa por falible en sus juicios solemnes: pero me parece que no le justifica de haber sido cismático, si creia firmemente que se trataba un punto de fé. Porque la definicion que dá Santo Tomas del cisma, esto es una *separacion de la unidad de la Iglesia*, ó sea del principio y origen de esta unidad, el cual se halla en el Papa, no deja duda ninguna de que fué reo en aquella hipótesis de este delito. El gloriarse de estar en comunion con el romano Pontífice y de toda la Iglesia, no sufraga al que desecha su fé; y esta unidad la rompe así el que contradice un

(1) Marchetti *Eserc. Cipr. pag. 204.*

artículo solemnemente definido, como el que se arroga la potestad de dar decretos en materia de fé independientemente de la Iglesia. Si un metropolitano convocados en sínodo todos sus Obispos, publicase un decreto en que declarase que es de fé haber en Dios una ciencia media entre la de vision y la de simple inteligencia, y declarase que estaban obligados sus súbditos á creerlo así como artículo de fé, es indudable que el metropolitano con todo el sínodo rompería la unidad, no uniéndose con la profesion de la Iglesia católica que no admite esta ciencia media en el número de sus dogmas. Así la facultad de teología de París en la causa de Montesson y los Franceses en la declaracion de los cuatro famosos artículos, se defienden contra la tacha de cismáticos á saber; porque *gallicani patres testantur ac probant, non eo se animo fuisset, ut decretum de fide conderent: sed ut eam opinionem, tamquam potiore etque omnium optimam adoptarent* (1): así finalmente Tamburini libra de la nota de cismáticas á las escuelas de los Tomistas, Escotistas, Nominales, Molinistas, porque en ellas no está confirmada por ley ninguna la variedad de las doctrinas, ni existe en documentos públicos de los sínodos é Iglesias particulares como entre los protestantes (2). Al contrario San Cipriano en el concilio Africano hubiera publicado un decreto de fé absolutamente, é independientemente de cualquiera autoridad excepto la de Dios, *qui solus habet potestatem..... de suo et Synodi actu judicandi*, puesto que él mismo dice escribiendo á Jubayano que habia decretado y establecido la reiteracion del bautismo: *Quid in concilio cum complures DECREVIMUS... et nunc quoque cum in unum convenissemus, tam provinciæ Africae, quam Numidiæ Episcopi numero septuaginta et unus, hoc unum denuo sententia nostra firmavimus, STATUENTES &c.*, que no se deba llamar reiteracion del bautismo, sino bautismo el que se confiere nuevamente á los que han sido bautizados por los hereges ó á los hereges convertidos, *statuentes non rebaptizari sed baptizari*. Pero este no era un artículo de la profesion de la Iglesia: lue-

(1) *Defen. cl. gall. Diss. præv. p. 5.*

(2) *Anal. §. 183.*

go habria dos profesiones diversas. Por los caractéres arriba expuestos que señalan el cisma, deduzca por sí mismo el lector las demas consecuencias que son necesarias. ¿Cómo se podrá defender en esta hipótesis que conservaba el Santo Mártir la fé y el espíritu de unidad? Yo por mí confieso que no alcanza á tanto mi talento.

3. Se recurrirá quizas para justificarle al ejemplo de tantos concilios nacionales y provinciales como ha habido en la Iglesia desde los primeros siglos, y en los cuales condenándose la heregía se declaraba la fé católica sin que jamas se acusase á los Obispos de que usaban de una autoridad que no les competía; como tampoco se acusó efectivamente al Santo Mártir Cipriano? Así fué condenado Pablo de Samosata en los dos concilios de Antioquía, y Pelagio en los sínodos Diospolino y Africano, y se proscribieron las heregías de Eutiques en el de Constantinopla. ¿Pues qué usurpacion hubo ni qué cisma se causó porque los Obispos Africanos reunidos en concilio declararon la nulidad del bautismo de los heréges? No hay mas diferencia, sino que en los primeros se estableció la verdad, siendo así que en este se decretó el error: por lo demas todos definieron, y todos con igual autoridad. ¿No hay mas diferencia que esa? Pues hay otra esencialísima, que es el haber por una parte y el faltar por otra la subordinacion á la Iglesia. Fuera de que se debe notar que no se niega á los Obispos el derecho de juzgar las materias de fé, como tampoco se niega el hecho de que muchas heregías fueron condenadas en el mismo punto donde nacieron: pero con todo recorriendo la historia de estos concilios, se hallará que juzgaban ó con el consentimiento anterior de la Iglesia, ó con ánimo de someterse enteramente á su juicio posterior y absoluto; no intentando jamas usurpar la facultad de poner un término definitivo á las cuestiones de fé, antes que *ad Apostolicæ Sedis notitiam perveniret* (1); verdad que sostienen todos los teólogos é historiadores católicos, y lo que es mas para nuestro propósito, que tampoco niegan los contrarios. Oígame á Le-Gros: *In his, quæ ad totius Ecclesiæ statum respiciunt* (como son las causas de fé) *nemo po-*

(1) Inocencio I, *Epist. 24 ad. Episcopos Carth. Conc.*

test, præter romanum Pontificem, legitimam ferre sententiam (1). El mismo tratando de la condenación de los errores de Gilberto Porretano, hecha por los Padres Galicanos en el concilio de Rems sin esperar el juicio del Papa (con lo que meten tanto ruido los modernos independientes), se explica de esta manera : *Nihil tale* (es decir de no sujetarse al Pontífice) *cogitarunt Gallicani Episcopi ; sed in ea re, quæ ipsis merito videbatur nulli dubitationi obnoxia, voluerunt certam proferre sententiam, contestantes se omnino esse paratos ad mutandum sententiam, si aliter apostolicæ sedi videretur* (2). Ni es necesario retroceder á la primera edad de la Iglesia para examinar uno por uno todos los concilios, porque ya nos asegura el supuesto Bossuet, que *in fide, in schismate totam Ecclesiam perturbante, atque in reformanda generali disciplina* (3),... *jam inde ab origine, ac sub ipsa tyrannide constituti, quanta per provincias poterant concilia celebrabant: cum Sede apostolica, quæ omnium Ecclesiarum communicatione polleret, consilia participabant: ejus opera totius orbis sententiam exquirebant* (3). Es necesario pues probarnos que el concilio de Cipriano tuvo esta deferencia con el sucesor de San Pedro y con toda la Iglesia, para conciliar con el tono absoluto con que decidió, la sumision que se requiere para no ser un concilio cismático, en la suposicion de que estuviese persuadido que trataba un punto de fé. No se puede justificar con el pretexto de que ignoraba la autoridad á quien se oponia ; porque el

(1) *De Eccl. Sect.* 3, p. 322.

(2) *Ibi*, p. 324.

(3) O no leyeron este pasage, ó no tienen en nada sobre este punto la autoridad de su pretendido gran Bossuet los maestros y apóstoles del sínodo de Pistoya, que no escuchando la voz del Padre comun el romano Pontífice, sino de los nuevos *Ciros, de los Neemias, Esdras, Constantinos, y Teodosios*, (Oracion al sínodo) que hicieron resucitar entonces en los...; emprendieron, independientemente, y aun contra la voluntad expresa de la Silla Apostólica, *cortar los pretendidos errores, y tornar las prácticas religiosas á su primitivo origen, restablecer la disciplina* (ciertamente general, como puede verse en los diversos capítulos de la reformacion), y *anatematizar* las heregias, &c., trastornando, al contrario, todo el orden en la Iglesia, é impugnando las verdades mas sagradas de la fé.

(3) *Defén. cl. Dis. præv.* §. 76.

mismo San Agustín atestigua lo contrario (1), llamando ineficaz la costumbre universal y la autoridad *pene totius orbis*, para hacerle mudar de propósito, no concurriendo también la evidencia de las razones. En otro caso, es decir, si no sabía que hubiese un asenso universal en contrario, hubiera podido dar el Santo Doctor mucha mas fuerza á su argumento contra los Donatistas, haciéndoles ver que San Cipriano no se habia opuesto de ciencia cierta á la autoridad contra la cual se levantaban ellos con tanta contumacia, que no tomando la cuestion únicamente á lo humano. Sin embargo así la tomó; y ¿por qué? Porque sabía muy bien que *in ipso concilio nonnullæ sententiæ declarant, omnino eos contra Ecclesiæ consuetudinem decrevisse quod decernendum esse arbitrati sunt* (2); quiere decir, que el concilio conocia que se oponia á la práctica de la Iglesia.

4. Por otra parte esta práctica de no bautizar otra vez á los hereges ¿no nace del principio especulativo del valor de su bautismo? ¿No prueba este dogma? Sin duda ninguna (3). Luego una vez que Cipriano no ignoraba que esta costumbre era universal fuera del Africa, como no podia ignorarlo, á no ser que se le quiera suponer totalmente forastero en la historia de su tiempo; tampoco podia ignorar que era universal la fé acerca del mismo principio del cual debia creerla inseparable. ¿Estaba oscura la controversia? Norabuena: pero ¿en qué punto? No sobre la existencia de la costumbre, y de consiguiente tampoco sobre el hecho de la creencia universal, sino solamente sobre las razones en que se fundaba: lo dice claramente el Santo Obispo de Hipona. Aunque quisiéramos conceder á los novadores que se puede oscurecer la doctrina de la Iglesia sobre algun artículo especulativo, jamas podrán inferir de aquí que esté sujeta á oscuridades la profesion de su fé acerca de la puerta por donde se entra en ella y que distingue á los miembros de Cristo, es decir, el bautismo. Hay Molinistas y Tomistas en la Iglesia; ¿pero habrá tambien en

(1) Véase el cap. 14.

(2) L. 2, *Bapt. c.* 6.

(3) Guadagnini *Osserv.* 2, par. 2, §. 6.

ella bautizados y no bautizados? Si no se puede admitir este absurdo, jamas se podrá decir que es oscura la fé de la Iglesia católica sobre este punto, ni jamas podrá dejar la Iglesia de publicarla con los hechos.

5. Lo que se debe pensar de la conducta é intencion de Cipriano: si sabia ó no sabia que era universal la costumbre contraria, no importa decidirlo, dicen los contrarios: solo se desea saber si miraba en realidad la controversia como perteneciente á la fé: y para esto bastan las expresiones que usa cuando escribe á San Estéban, y cuando habla á los Padres del concilio, por las cuales se ve que creyó *non valere, irritum, nullum, inane, vacuum baptismum fore extra Ecclesiam collatum*, como arguye un doctísimo escritor. ¿Conque no importa saber si ignoraba ó no la práctica de la Iglesia? Pues nada menos va en ello que defenderle de la heregía, ó de seguro del cisma. Pero los Padres ¿no le reconocieron en la Iglesia? Sí, pero cabalmente porque no creia que juzgaba un punto de fé. Y que efectivamente no lo creyese, ademas de la libertad que dejaba á cada uno de pensar á su modo (1), ademas de declarar que en este punto cada obispo era independiente de los otros Obispos, siendo así que no lo es en la fé (2); ademas de exigir el peso de las razones y la evidencia de la demostracion porfundamento de la costumbre, mas bien que la autoridad de la Iglesia con que debe contentarse todo católico segun San Agustin, me parece un argumento muy fuerte el que se saca de su carta á Jubayano. Pone en ella el Santo Mártir la grande objecion de la suerte de tantos hereges, *qui in præteritum de hæresi ad Ecclesiam venientes, sine baptismo admissi sunt*. Si es nulo su bautismo, no hay duda, está decidida su condenacion: pero él no desespera, sino que todavía confia en la misericordia de aquel Dios, *qui potens est dare indulgentiam et eos, qui ad Ecclesiam simpliciter admissi in Ecclesia dormierunt, ab Ecclesiæ suæ muneribus non separare*. En el mismo sentido sostiene Firmiliano, escribiendo al Santo Obispo, que los hereges convertidos, *si de sæculo excesserunt in eorum nu-*

(1) *Epist.* 73, pag. 199, Edic. Baluz.

(2) *Cypr. in Conc. Carthag.* pag. 198.

mero habentur, qui apud nos catechizati quidem sunt, sed priusquam baptizarentur, obierunt, los cuales no estan excluidos de la vida eterna. Raciocinemos un poco sobre esto. No siendo bautismo de sangre el de aquellos hereges, deberá ser de agua ó de deseo; porque está escrito sin ninguna excepcion: *Nisi qui renatus fuerit &c.* ¿Se declara nulo el del agua? Luego para conseguir la salvacion les quedará el de deseo. Veamos pues si pudo pensarlo así San Cipriano, omitiendo por un momento el observar que con respecto á los artículos de fé no puede la Iglesia dejar á sus hijos en la incertidumbre. Aquellos hereges convertidos ignoraban ó vencible ó invenciblemente la nulidad de este bautismo: si la ignoraban venciblemente, luego fué culpa suya no hacerse bautizar segunda vez, y por lo mismo no podia Dios sin contradecirse hacerles partícipes de muneribus Ecclesiæ. Si la ignoraban invenciblemente, no podian tener ninguna sospecha; y de consiguiente ningun deseo de bautizarse nuevamente. ¿Se contenia implícitamente este deseo en la profesion sincera de todos los demás dogmas de la Iglesia católica, y en la disposicion de su ánimo á uniformarse fielmente con su creencia? Pero con qué creencia? Con aquella por cierto que formaba el actual carácter distintivo de la verdadera Iglesia en comparacion de las sectas heréticas: y no era tal ciertamente la fé de la nulidad del primer bautismo, porque todavia no estaba definida. ¿Se dirá que estando dispuestos aquellos hereges convertidos á someterse á cualquiera definicion, aunque fuese futura, de la Iglesia, profesaban implícitamente la verdadera fé? Pero esto no destruye la objecion; porque siempre se podrá preguntar: ¿de cuál Iglesia? ¿Acaso de la que profesaba prácticamente la validacion del bautismo de aquellos hereges? No pudo entenderlo así San Cipriano, porque seria necesario suponer que puede la Iglesia hacer innovaciones en su primera profesion. ¿De la que creia que era absolutamente necesaria la reiteracion del bautismo? Pero ¿cómo podia ser esto, si antes bien debian protestar contra ella con los hechos? ¿Cómo podian creer que la Iglesia consintiese en recibirlos de tal manera que quedasen siempre excluidos de una legítima participacion de los sagrados misterios? De este modo hubieran creido que erraba la Iglesia. Final-

mente ; de la que resultaba de la union de todas las Iglesias, incluidas las Africanas, que se comunicaban con todas las demas? Pero no basta la comunión exterior si son contrarias las profesiones de fé especulativas, y aun prácticas cuando estan íntimamente conexas con el dogma; de otra manera el que hubiese venido á la Iglesia despues de los errores de Lutero, pero antes que esta hubiese separado de sí jurídicamente al Septentrion, debería estar dispuesto á recibir todas y solamente aquellas definiciones que hubiese de pronunciar la unidad de las Iglesias, sin excluir las del Norte: cuya unidad no hubo ciertamente en el concilio de Trento, y acaso tampoco en ningún otro de los concilios ecuménicos. No hay pues ningún fundamento para admitir en los hereges convertidos esta disposicion de someterse á la Iglesia en el punto de la reiteracion de su bautismo. Luego no hay ninguna razon para suponer en ellos el bautismo de deseo. Luego si San Cipriano hubiera creído que la reiteracion del bautismo era un dogma de fé, no hubiera podido esperar la eterna salvacion de los hereges no bautizados segunda vez.

6. Se opondrá que un cristiano que se cree bautizado, aunque no lo esté, ya por falta de intencion en el Ministro, ya por cualquier defecto esencial en la materia ó en la forma, está sin embargo en la Iglesia. La respuesta es fácil. Está en la Iglesia porque en la profesion de todos los dogmas, entre los cuales se cuenta la necesidad del bautismo, y en su subordinacion á la verdadera católica Iglesia, á quien conoce determinadamente y obedece, se comprende tambien el deseo. No se puede decir otro tanto del herege convertido, y que no ha vuelto á bautizarse en la hipótesis de los rebautizantes; porque al contrario profesa la inutilidad del segundo bautismo. ¿ Cree que está bien bautizado? ¿ de qué le sirve esta confianza? ¿ qué autoridad le mueve á creerlo? La de una Iglesia que yerra segun aquella hipótesis. Mejor se daría la paridad en un gentil, que abandonada la idolatría, profesase la fé católica en todas las cosas menos en cuanto al dogma del bautismo. No habria salvacion para él. No yerra, se dirá, el herege por malicia ó perversidad propia. ¿ Pero yerra acaso por malicia y perversidad propia un idiota que educado entre los hereges

profesa su creencia, pensando que se uniforma de este modo con la Iglesia católica, que por un error de hecho cree ser la Iglesia en que nació? A los inescrutables juicios de Dios se recurre en este caso. ¿Porqué pues no se ha de recurrir tambien respecto de los hereges convertidos sin volverse á bautizar? ¿Hay por ventura mas razon para adorar los arcanos de la divina justicia en uno que en otro? San Cipriano no excluye al herege convertido y no vuelto á bautizar, de la participacion de los bienes de la Iglesia, diciendo que hallará misericordia delante de Dios. Pero hemos probado que esto no puede ser ni por el bautismo de sangre, ni por el de deseo, ni por la sola profesion de los otros dogmas: conque nos resta decir que el Santo Mártir fundaba semejante confianza en una consecuencia, como quiera que ella sea, del primer bautismo, y de aquella profesion, en cuya virtud pudiese el herege alcanzar de Dios misericordia y salvarse. Parece que no puede interpretarse de otro modo la mente del Santo Obispo. ¿Y quién no ve que siendo así, reconocia que el primer bautismo basta absolutamente para la salvacion, y que de consiguiente no era el segundo necesario con necesidad de medio? No repugna que una práctica exterior sin la cual se crea poder salvarse, se pueda mirar como perteneciente á la disciplina aunque corresponda á la fe: sería tal vez un error en la primera suposicion; pero admitida aquella se sigue la segunda como un corolario. Tendria pues la reiteracion del bautismo mas perfeccion y seguridad en la inteligencia del Santo Pedre: sería ilícito el de los hereges, como él lo llama en su carta á Jubayano, *nec ratum possumus, nec legitimum putare (baptismum), quando hoc apud eos (hæreticos) constet esse illicitum*: y como se infiere ademas de no distinguir en su carta á Pompeyo el bautismo de los cismáticos del de los hereges, diciendo que ni la heregía ni el cisma *habere possunt salutaris lavacri sanctificationem*, aunque San Basilio asegura cuando escribe á Anfiloquio *visum fuisse antiquis schismaticorum baptismum admittere*; y de consiguiente ni á uno ni á otro tendria por *inane, vacuum, irritum, &c.* tomadas estas expresiones en su significado natural.

7. Pero se dirá que no podia prescindir del principio es-

*

peculativo. Una cosa es que no pudiese legítimamente, y otra que de hecho no prescindiese. Y no solamente prescindió él, sino que también prescindió el mismo concilio de Nicea, como estamos seguros de haberse hecho también libremente en tiempos posteriores: sobre lo cual consúltese á San Basilio, que escribiendo á Anfiloquio (1) en el asunto de la reiteración del bautismo dice: *uniuscujusque regionis morem sequi oportere*; y que si entre algunos *prohibita est rebaptizatio, sicut et apud romanos, æconomix alicujus gratia*, sin embargo la diversa costumbre de los lugares *vim obtinet* (2), como entre los Asiáticos la de no bautizar segunda vez á los Cátaros, Encratitas; Hidroparastas, y en la Capadocia la de bautizar nuevamente á los Pepuzenos (3). ¿Y cómo puede ser esto sin prescindir en la práctica del principio especulativo? ¿Y cómo prescindir sin mirarla como punto de disciplina solamente? Se dirá tal vez que distinguiendo San Basilio á los hereges, cismáticos, y parasinagogos (a), y admitiendo por válido el bautismo de los segundos y terceros, y aun de los primeros cuando *nihil a fide recedit*, esto es, cuando se confiere según la forma prescrita por Cristo, solo desecha el bautismo en que esta se altera; y que de consiguiente manifiesta mas bien admitir el dogma católico de no rebautizar á los hereges que conservar fielmente la forma. Responden los doctísimos Padres Maurinos: *Non quærit (Basilius) utrum observata necne fuerit præscripta à Christo forma, sed eam rem ut minime controversam prætermittens, baptismi rejiciendi aut probandi regulam repetit ex sana aut hæretica doctrina. Hinc illa hæresum, schismatum, et parasynagogarum distinctio, ex qua profecto dignosci non possit, utrum observati necne fuerint legitimi ritus. Hinc etiam Basilius hæreticorum baptismum, etsi a fide recedit, interdum tamen ratum esse patitur, si ita postulet publica utilitas. At profecto nunquam tanta usus esset*

(1) Ep. 118, ad Amphil. edic. de París.

(2) Ep. 199, ad eundem.

(3) Ep. 188.

(a) Así se llaman los que suspendidos por algun delito de su ministerio en la Iglesia, no hacen caso de esta pena canónica, reunen compañeros y continúan ejerciéndole, abandonando de este modo á la Iglesia católica en el hecho de no someterse á sus disposiciones canónicas.

indulgentia, si baptisma a fide recedere aut non recedere existimasset, prout præscripta a Christo forma violatur, aut servatur. Deinde sancit, can. 47, baptizandos Encratitas, quavis dicant: in Patrem, et Filium, et Spiritum Sanctum baptizati sumus. Rejiciebat ergo illud baptisma, non ob violatos baptizandi ritus, &c. (1). Conque ó es herege el mismo San Basilio, si el concilio Niceno, así como aprobó la práctica de no rebautizar, hubiera declarado tambien del mismo modo que era inseparable del principio dogmático especulativo, y condenado de consiguiente como hereges á los rebautizantes: ó bien manifiesta que son inútiles los esfuerzos de los que hallando por justísimas razones que hay una conexion esencial entre el principio y la práctica, pretenden que debian conocerla necesariamente y que la conocian en efecto todos los que seguian una y otra costumbre. Luego ¿porqué no se podrá suponer que tampoco atendió á ella San Cipriano? ¿Habla el Santo mas claro cuando niega á los hereges la facultad de bautizar, que San Basilio cuando insinuando los mismos fundamentales argumentos de San Cipriano sin refutar ninguno, dice que sin embargo se debia seguir la costumbre que habia en diferentes Iglesias, dando á entender por lo mismo que las tiene por buenas? La misma doctrina profesa el que la enseña que el que la adopta.

8. Se debe decir pues que tambien el Santo Mártir miraba la reiteracion del bautismo como punto de disciplina, y por eso dijo que era conforme á la disposicion de Dios y á los oráculos de la Sagrada Escritura, no *formaliter*, sino solamente *illative*, como observa Natal Alejandro (2); é *illative* quiso tambien *evacuari* el bautismo de los católicos por el que lo recibia de los hereges, es decir en cuanto pensaba que en el hecho de recibirle reconocia que lo administraban legítima y lícitamente, y que les era útil para la salvacion á pesar de su herética creencia. Por lo cual examinando San Agustin el indicado texto de la carta á Jubayano en que San Cipriano llama ilícito el bautismo de los hereges: *Nec nos abnuimus*, dice,

(1) En la nota F. á la citada carta 188, pag. 268.

(2) *Hist. Eccl. Sacra*, 3, diss. 12, art. 4.

eum, qui apud hæreticos, vel in aliquo schismate extra veram Ecclesiam baptizatur, non ei prodesse in quantum hæreticorum et schismaticorum perversitati consentit (1). Añádese á esto últimamente que las razones en que se fundaban los Africanos para no admitir el bautismo de los hereges, á saber, que no se hallaba en ellos el Espíritu Santo &c., se pueden emplear tambien contra el bautismo conferido por los pecadores, como las emplea San Agustín para combatir contra los Donatistas con sus propias armas; y de consiguiente si tuviesen bastante fuerza para probar que era inválido el de los primeros, tambien demostrarian que lo era el de los segundos: conque ó hemos de creer que San Cipriano ni en este ni en aquel reconocia una nulidad absoluta y verdadera, ó habremos de considerarle ignorantísimo por no haber sabido preveer una consecuencia tan necesaria con que se le convenceria de contradecirse manifestamente desechando el uno y no el otro. Mas en ninguno de estos dos casos pueden formar los contrarios un argumento concluyente contra la infalibilidad Pontificia: no de su modo de pensar en el primer caso: no del peso de su autoridad en el segundo, cuyo valor, aun en la hipótesis de que mirase la reiteracion del bautismo como artículo de fé, se determinará brevemente en el capítulo que sigue.

CAPITULO XXI.

Si creia San Cipriano que la reiteracion del bautismo era un punto de fé, y que ya estaba definida la controversia por el Pontífice, se ven obligados los contrarios, por sus mismos principios, á no valerse de la autoridad del Santo ni en cuanto al hecho ni en cuanto á la doctrina.

1. Tenemos por una parte algunos Obispos Africanos, que sirviéndoles de guia San Cipriano hacian innovaciones en la fé; tenemos por otra *pene totius orbis Episcopos*, que unidos con San Estéban profesaban el verdadero dogma católico.

(1) *De baptis.* l. 3, c. 10.

Rehusaban aquellos someterse al Pontífice, este por el contrario continuaba oponiéndoles mas que nadie la mas firme resistencia para sacarles del error, y manifestar de esta manera que á todos excedia tanto en la fé, como en la autoridad (1). Estaban tan acalorados los primeros, que al mismo San Agustín incomoda *retractare quæ Cyprianus in Stephanum iratus effudit* (2), y hasta uno de los enemigos mas declarados del Vaticano no se atreve á «aprobar las expresiones demasiado duras y picantes» de Firmiliano (3), cuya carta tradujo al latin el Obispo de Cartago y remitió á las Iglesias (4). Y sin embargo se atreve un Launoyo á preferir la autoridad de Cipriano á la de Estéban (5), no se avergüenza un Racine de proponernos en aquel un ejemplo de la moderacion mas grande (6), y en este de la mas *manifiesta irregularidad* (7); y todos los novadores en general se jactan de haber encontrado en la doctrina y conducta del primero un monumento irrefragable por todos estilos de la tradicion universal contra la infalibilidad de los romanos Pontífices, aunque uno de sus corifeos confiesa que *lapsus, in quos patres aliqui inciderunt, quidpiam detrahunt eorum auctoritati* (8). Para convencerlos pues de que en vano apellidan victoria, me limito á sacar de su propia boca la sentencia final contra ellos mismos.

2. Y primeramente, ¿qué autoridad pueden dar los católicos á la doctrina de San Cipriano? No recordaré aquí para calcular el peso que debe tener, el error acerca del bautismo, infiriendo de él con el autor de la Francia vindicada que *si errarunt* (Cipriano y los que le seguian) *circa baptismum, errare potuerunt circa Pontificem* (9). Pudieron en efecto, pero esto no prueba absolutamente que hubiesen errado; lo

(1) Vinc. Lirin. *Comm.* 1, cap. 5, *adver. Hær.*

(2) *Lib.* 5, *cont. Donat.* cap. 25.

(3) Cosa è un appellante. *Art.* 3, pag. 161.

(4) Euseb. *l.* 7. c. 30. *Edic. Vales.*

(5) *Epist.* 12, *ad. Jacob. Bevilaq.*

(6) *Sæc.* 3, art. 4, n. 7.

(7) *Ibi*, n. 19.

(8) *De font. Th. diss.* 3, *de auct. Patr. reg.* 18.

(9) *Diss.* 4, §. 1, 3.

prueba sí, en la suposicion de que creyesen que se trataba de un punto de fé, el tono con que hablaban, que no se puede conciliar con aquellos sentimientos que se deben tener, aun por confesion de los contrarios, hácia el sucesor de San Pedro. Porque ¿cómo puede encontrar en ellos Tamburini aquella *favorable presuncion* á favor de los juicios de la Silla Apostólica, que forma un privilegio exclusivo de la misma en virtud de su indefectibilidad? ¿Acaso donde dicen, que en ella *non ea in omnibus observantur, quæ ab origine tradita sunt*? (1) ¿Dónde encuentra aquella obediencia al Pontífice en unirse con él para defender la verdad? (2) ¿Acaso dónde declaran que solo á Dios tienen por juez del gobierno de su propia Iglesia, y de la profesion de su fé? (3) ¿Dónde encuentra ni aun el reconocimiento de la misma primacía jurisdiccional, ejercida legítimamente por San Estéban contra sus empresas? (4) ¿Acaso dónde dicen que estaba *ensoberbecido* con la dignidad de su Obispado, y le impropereaban porque pretendía que era sucesor de San Pedro y ocupaba su cátedra, blasonando en vano de su autoridad? (5) ¿Dónde halla aquel juicio provisional y subordinado, el único que concede á los Obispos el Aliacense en nombre de la facultad de teología de París? ¿Acaso en sus declaraciones y protestas de haber *decretado* y *establecido* firmemente (6) la reiteracion del bautismo, en las cuales llenan de tantas injurias al mismo romano Pontífice, y no solo no se le atribuye *la parte principal*, sino que casi se le niega el menor derecho para decidir? ¿Dónde encuentra aquella adhesion á la cátedra Apostólica, á quien deben los concilios *consilia participare, et ejus opera totius orbis sententiam exquirere* (7), y á quien se debe dar noticia del juicio de los Obispos, para conservar el vínculo de la unidad? (8) ¿Acaso en aquel mismo concilio famoso que se celebró sin conocimien-

(1) *Ep. Firmil. pag. 334.*

(2) *Vera idea, p. 2, c. 4, §. 1.*

(3) *S. Cipr. al Concil.*

(4) *Opstraet, de sum. Pont. Quæst. 1, §. 2.*

(5) *Ep. Firmil. pag. 344, 351, 352.*

(6) *Cypr. Ep. ad Jub.*

(7) *Def. cl. gall. Diss. præv. §. 76.*

(8) *Le-Gros, de Eccl. Sect. 3, c. 3, p. 319.*

to del Papa, y se publicó sin darle parte del resultado, con la expedición de las actas? (1) ¿Dónde halla finalmente aquel respeto y veneración al Gerarca supremo que tanto ponderan los novadores? ¿Acaso donde le llaman impróvido, soberbio, audaz, insolente, pseudo-Cristo, pseudo-Apóstol? (2) ¿Y serán estos los sentimientos de sumisión hacia el Padre común de la cristiandad, cuyos decretos absolutos no se pueden despreciar sin creerse excluido de la clase de cristiano? (3)

3. Libren pues de error estos Señores, de un modo que no tenga réplica, si tienen ánimo para ello, la doctrina de estos Padres acerca de la autoridad Pontificia, después que el rescripto de Estéban les movió á una guerra tan larga y tan furiosa. He aquí á lo que se reducirían los privilegios de la Silla Apostólica: 1.º es la depositaria de la tradición de todas las Iglesias católicas; pero puede profesar públicamente y decretar con toda solemnidad una tradición contraria á la de aquellas: 2.º goza su juicio de una *presunción favorable*, pero solamente cuando no se opone á la *pretendida* evidencia de nuestras doctrinas privadas: 3.º puede mandar á los Obispos que se unan á ella en combatir el error; pero estos pueden declarar impunemente que yerra la misma Silla: 4.º puede usar el Pontífice de toda su autoridad, puede decidir, puede amenazar, pero igualmente pueden usar de su autoridad los Obispos en oposición á la del Papa, y burlarse de sus juicios y de sus amenazas como de una injusticia manifiesta y de una usurpación intolerable: 5.º está subordinado á él el juicio de los Obispos; pero solo cuando no haya ninguna discrepancia, porque entonces corresponde á los Obispos definir absolutamente: 6.º tiene la *parte principal* en los puntos pertenecientes al dogma, deben consultarle los sínodos, y se le debe dar parte de las decisiones conciliares; y por otro lado son libres los concilios así ecuménicos como provinciales para excluirle de ellos, para no consultarle, y para ejecutar sus decretos sin siquiera participárselos: 7.º se le debe todo homenaje; pero no por eso

(1) *Vita S. Cypr. in edit. oper. n. 30.*

(2) *Epist. Cypr. ad Pom. Epist Firm.*

(3) Guadagnini, *Osserv.* 2, p. 1, §. 2, pag. 144.

se ha de creer que le falta al respeto que se le debe el que movido de celo contra el error que supone decretado por él, le difama públicamente como prevaricador ó pseudo-Cristo. Estas serían las sublimes é inagenables prerogativas del primado Pontificio, contra las cuales no tiene fuerza ninguna el tiempo, ni se puede establecer prescripcion (1), si en la conducta de aquellos Padres nada se hallase digno de censura como contrario á las justas nociones del mismo primado. Pero así como cualquiera halla en esta sucinta reseña una continuada série de contradicciones; del mismo modo, ó se deberá despojar á la cátedra de San Pedro de sus originarias prerogativas, ó reconocer en la conducta y modo de hablar de los Africanos, que hollaban verdaderamente la primacia de autoridad del Pontífice.

4. ¿Se dirá que aquellos Obispos comunicaban con Roma *in decisis*, y que *in decisis* la reconocian por guarda de la tradicion? ¿Pero por ventura una práctica usada siempre en aquella Iglesia, seguida fielmente por todas las demas, y solo contradicha por algunas Iglesias particulares despues de una pacífica posesion de mas de dos siglos; una práctica inseparable del dogma, y que aun equivale á una expresa profesion del mismo dogma, no podrá atestiguarnos suficientemente la tradicion universal? ¿No se deberá reputar por una práctica en que es necesario convenir absolutamente, no queriendo separarse del centro de la unidad? En el caso presente prueba el argumento negativo, aun en la suposicion de que no se pudiese calcular distributivamente la tradicion de las demas Iglesias, quiero decir, que por la sola práctica de la Iglesia Romana se puede conocer con seguridad la de la Iglesia católica, no habiéndose opuesto jamas esta abiertamente. Porque en la hipótesis de que fuese herético el principio especulativo, no solo cualquiera Iglesia particular hubiera debido oponerse á la práctica, sino tambien la misma Iglesia universal; de otra manera, admitiendo al ministerio eclesiástico á los hereges convertidos, hubiera cooperado indirectamente con su silencio á su total destruccion, no pudiendo subsistir Iglesia sin ministros,

(1) *Vera idea*, part. 2, c. 1, §. 1.

ni ministros sin bautismo. Era pues necesario, no solo que hubiese en la Iglesia quien se opusiese, sino que la Iglesia misma declarase de hecho expresamente su disenso; y era esto tan necesario, como su misma subsistencia. Luego en nuestro caso no puede tener lugar la distincion de la *enseñanza* por medio de una decision práctica, como ya lo hemos apuntado en otra parte.

5. Ademias ¿no es *indefectible* en la fé la cátedra Pontificia? ¿No es imposible de consiguiente que el error se arraigue en ella tan profundamente, que lo defienda con obstinacion? (1) Luego no habrá negado San Cipriano á la Silla Pontificia este privilegio: ¿Pero cómo puede ser esto, si creia que erraba? Luego debia estar persuadido, ó que la Iglesia universal no habia observado en ningun tiempo esta práctica, ó que no era suficiente la prescripcion de dos siglos y medio para decir que una Iglesia defiende *obstinadamente* el error, y que falta por consiguiente á la fé en este punto. Pues aunque se quisiese conceder que se hubiese definido la controversia una sola vez con el hecho ó con la doctrina, la primera Iglesia que hubiese profesado públicamente lo contrario, corroborando su profesion con las formalidades y leyes mas solemnes, ciertamente no hubiera podido menos de incurrir en la tacha de heregía, aun segun los contrarios. Pues bien, siendo imposible que en los primeros tiempos, en que se admitieron los hereges convertidos, no manifestase exteriormente la Iglesia su creencia acerca de la reiteracion de su bautismo, porque no podia ocultarse á sí misma; cuando á alguna se le echaba en cara haber hecho una innovacion en este punto, se la acusa igualmente de una prevaricacion herética, ó á lo menos errónea si no se obstina en ella con pertinacia. Luego creyendo San Cipriano que no podia faltar la fé en la Silla Apostólica, hubiera creido de consiguiente que se podia conciliar esta indefectibilidad con la pertinacia y obstinacion en profesar la heregía por dos siglos y medio; mientras nuestros mismos émulos atribuyen á un efecto de aquel privilegio «el haber lavado siempre los sucesores las manchas de los Papas, y haber

(1) Tamburini, *Vera idea*, p. 2, c. 4, §. 15.

» vuelto siempre la Iglesia de Roma al camino recto de la ver-
» dad, si alguna vez, segun ellos, se ha extraviado en sus de-
» cisiones" (1). Pasemos adelante.

6. Quiero que los mismos novadores fallen esta causa. ¿El juicio de la Silla Apostólica goza de una presuncion favorable? Sin duda ninguna: las expresiones de los Padres, y los recursos que á ella se han hecho de todas las partes del orbe católico, lo prueban con la mayor claridad. Luego el que no tenga esta presuncion, tampoco tendrá una idea justa de los privilegios en que se funda. Poco á poco; se me responde: entonces se presume cuando no aparece evidentemente el error: «solo cuando hay duda, debo opinar á favor del juicio pronunciado" (2). Sea así. ¿Cuales serán las reglas para conocer este error con la claridad necesaria para justificar la reclamacion? ¿Acaso las que se deben seguir para distinguir la doctrina de la Iglesia? Sin duda; porque solo se busca esta doctrina, y cabalmente de la adhesion á ella debe proceder la misma reclamacion. Oigámoslo de boca de Tamburini. «Habla la Iglesia, dice él, en » la tradicion de los Padres, en los cánones de los concilios, » en los decretos de los sumos Pontífices adoptados generalmen- » te..... En estas fuentes tienen las Iglesias particulares las re- » glas ciertas y seguras para distinguir en los decretos de Ro- » ma la voz de la Iglesia de la que no lo es, y el uso del abu- » so de la potestad legítima. Fundadas en esta base las Iglesias » han reclamado no pocas veces contra algunos decretos de los » Papas, que se querian expedir con el manto de la autoridad » de la Iglesia" (3). Conque no se puede decir que es un error manifiesto, para que sea lícito reclamar con la mayor solemnidad contra los decretos Pontificios, el que no se ve aplicando estas reglas. No basta consultar la Escritura si en el modo de interpretarla no se recurre á la tradicion, y lo que es mas importante á la autoridad de la Iglesia, para que no se introduzca el espíritu privado en la interpretacion de la palabra divina: y el mismo autor citado nos enseña que todos los Padres aun de los

(1) Tamb. *l. cit.*

(2) *Ibi*, §. 18.

(3) Anal. §. 44.

tiempos mas remotos *in hac persuasione fuerunt, qui crediderunt sibi fas non esse sacras literas interpretari arbitrio proprio contra eorum expositionem, qui ante se extiterunt.... Hanc sibi legem veteres omnes præfixerant, et accuratissime observarunt.... nec quisque sibi blandiri potest, se legitimum sensum industriæ ingenii sui reperisse* (1). Conque San Cipriano se valdria de todos estos medios para descubrir el error en el decreto de San Estéban: por lo tanto á Tamburini toca demostrarlo. Pero si no saca del archivo de sus antigüedades algun monumento lleno de polvo y desconocido hasta ahora, que hubiese dejado aquel Padre, nunca podrá probarlo decisivamente. En efecto los que han visto la luz pública convencen de lo contrario; pues en ellos se ve que no adoptó otros medios sino la Escritura y el raciocinio, omitiendo totalmente el apoyo del consentimiento ó disenso de la tradicion, que en este argumento es inseparable de la costumbre, sin cuidarse de ninguna decision del que era superior á él en autoridad. He aquí efectivamente como arguye el Santo Mártir: *Ea facienda esse quæ scripta sunt, Deus testatur..... Si ergo aut in Evangelio præcipitur, aut in Apostolorum epistolis vel actibus continetur, ut a quacunque hæresi venientes non baptizentur..... observetur divina hæc et sancta traditio. Si vero ubique hæretici nihil aliud quam adversarii et Antichristi nominantur si vitandi et perversi, et a semetipsis damnati pronuntiantur; quare est ut videantur damnandi a nobis non esse, quos constat apostolica contestatione a semetipsis damnatos esse?* (2). Si pues no está expresa en términos claros su doctrina en las Escrituras, si para interpretarlas no recurre á la tradicion de la Iglesia, si se funda únicamente en sus discursos; ¿se podrá decir jamas que siguió aquellas inalterables y sabias reglas, cuya sola observancia puede conducirnos á conocer las verdades católicas? Y si se desvió del camino recto ¿podrá justificarse jamas su reclamacion y obstinacion con el solo apoyo de una aparente evidencia del error? Entonces podrian segun su sistema justificarle de estas faltas los contrarios, cuando probasen que habia adoptado fielmente los me-

(1) *De font. Th. reg.* 7, p. 121.

(2) *Epist.* 74. *ad. Pomp.*

dios necesarios para conocer la fé de la Iglesia: pero si no lo prueban, siempre se podrá decir que fué ilícita la reclamacion, porque no estaba apoyada en una base debida y canónica, es decir, en una tradicion real ó á lo menos presunta. Pero dicen que al Santo Obispo le parecian evidentes sus razones, y que no le obligaba á desecharlas ninguna definicion de la Iglesia. Evidentes? lo sé muy bien; pero porque prescindia totalmente de la tradicion. ¿No le obligaba ninguna definicion? mas si por este motivo no estaba obligado á creer, estaba obligado por otro, en fuerza de la contraria costumbre y creencia universal fuera del Africa, á dudar de su opinion, á suspender su juicio, y respetar mas que lo hizo la autoridad mayor. Trátase de un hecho, á saber, cual es la doctrina de la Iglesia: ¿quién pues podrá admitir jamas, á lo menos entre los católicos, que un raciocinio fundado en principios universalmente adoptados por los mismos que se oponen como eran los textos de la Escritura alegados por Cipriano, ha de prevalecer contra la autoridad de casi todo el mundo católico? Ateniéndose á las reglas de la prudencia se deberia ciertamente á lo menos dudar. Luego obrando prudentemente debia dudar el Santo Mártir del juicio que formaba, y de consiguiente tener una *favorable presuncion* del juicio del romano Pontífice. No hizo ni una cosa ni otra; luego no calculó en aquella controversia las justas y verdaderas nociones de las prerogativas Pontificias, ni reconoció en la Silla Apostólica lo que no la niegan los novadores.

7. Tiene aquella Silla en virtud de su indefectibilidad la *parte principal* en los juicios dogmáticos, puede definir; y su definicion se extiende á todas las Iglesias, á lo menos en cuanto puede excitarlas contra el error, «tiene derecho para hacerse obedecer de los Obispos en el uso de los medios canónicos para mantener la integridad de la fé, y los Obispos estan en una obligacion precisa de conspirar juntamente con la cabeza á defender la verdad» (1). ¡Que bellos privilegios! Preguntemos á Cipriano y á Firmiliano si son reales ó imaginarios. El primero nos dirá que las definiciones Pontificias no

(1) *Vera idea*, p. 2, c. 4, §. 1.

tienen otro peso sino el que les dan las razones que se alegan en ellas (1); que á pesar de cuantas definiciones salgan del Vaticano es lícito no solo pensar sino tambien obrar segun el juicio de cada uno, sin temor de separarse de la comunión de la Iglesia, porque el Obispo no es responsable á nadie sino á Dios solo (2); ni se puede entender aquí que el Obispo no está sujeto mas que á solo Dios *quoad secretam intentionem* (3) únicamente, porque enseña el Santo en términos claros, que solo se debe temer el juicio de Dios, aun en la resistencia exterior á cualquiera definicion sobre el punto de que habla. Habla en efecto de un punto inseparable de la práctica externa; habla de un disenso por el cual se podria temer el quedar separado de la comunión de la Iglesia, lo que no puede suceder si no se manifiesta exteriormente; habla de un ministerio extrínseco en el gobierno de su Iglesia (4). Llama pues independientes del Papa á los Obispos, no solo en la fé interior sino tambien en la conducta exterior: y por el principio general de que solo Dios es su juez, los constituye en esta independencia no solo en el caso de un error evidente, sino tambien en cualquier caso que se pueda imaginar, y de consiguiente disputa al Pontífice toda autoridad en materia de doctrina y de prácticas intimamente conexas con ella, no le atribuye la *parte principal*, cuenta por nada sus decretos, y no se cree obligado á obedecerles «en el uso de los medios canónicos para mantener la integridad de la fé» que San Estéban reducía á la tradicion y que no adoptó San Cipriano, como hemos observado. Si consultamos el segundo, quiero decir, á Firmiliano; acaso nos dice mas expresamente todavía que para nada sirve la autoridad del Primado, que no se puede aplicar á las cuestiones que se suscitan, en las cuales no hay ninguna obligacion de prestarle obediencia ni siquiera exteriormente; en una palabra, que el Pontífice *FRUSTRA prætendit Apostolorum (Petri et Pauli) auctoritatem*; cuando presume de cualquier modo que sea mandar á los demas, y que

(1) *Ep. 74 ad Pomp.*

(2) *Serm. S. Cypr. ad concil.*

(3) *Le-Gros, c. 4, concl. 3, p. 57.*

(4) *Ep. ad. Steph.*

lejos de no estar en la comunión de la Iglesia aquellos á quienes él se la negase, en el hecho de negársela se declararía él mismo cismático y *apóstata* (1).

8. Esta es la doctrina que se nos quiere oponer. ¿Es generalmente admisible acerca de la primacía de autoridad de la Silla Apostólica? Lo dirán los protestantes, pero no puede decirlo ningún católico, ni lo dicen tampoco los novadores del día. ¿A qué pues ensalzar tanto la libertad sacerdotal de sus autores? ¿Pueden distinguir por ventura nuestros contrarios cuánto se debe á las pasiones, y cuánto á las impresiones de la verdad? Sin duda. Estaban, se responde, ya persuadidos los Africanos con anterioridad de que el Papa podía definir el error, y de esta persuasion procedia el que se creyesen con libertad para reclamar contra sus definiciones; y hasta aquí la doctrina es santísima; y reclamando usaron de su derecho originario; despues el modo de reclamar en unos términos tan ásperos fué efecto de la comocion que causó en ellos la conducta irregular de Estéban con los legados y con Cipriano. Pero si esta comocion tuvo bastante fuerza para inducir á aquellos Padres á despreciar tan en demasía los decretos del Pontífice, y para negarle de hecho cuanto se le debia en vista de sus indisputables prerogativas; ¿porqué no podrá creerse tambien que fué la única que les indujo á disputarle igualmente la infalibilidad? ¿Qué razon pueden tener los contrarios para negarnos esta suposicion? ¿Acaso la doctrina de la Iglesia á que no querian oponerse? Pero se opusieron á ella con haberse separado de los sentimientos de respeto que se deben siempre al sucesor de San Pedro (2), y con no haber respetado como debian los privilegios de la primacía. Y ¿porqué no se podrá creer que se opusieron tambien con negarse á reconocer en él igualmente la infalibilidad? Si no se puede admitir la autoridad de aquellos Padres para conocer la doctrina de la Iglesia sobre la extension de las prerogativas primaciales, y la obligacion que imponen de respetar y reverenciar al sumo Pontífice; tampoco se podrá admitir en cuanto á la in-

(1) *Ep. ad. Cyr.*

(2) Cosa è un appellante? p. 162.

falibilidad sin caer en una suposicion ridícula y enteramente arbitraria. ¿Se dirá tal vez que exceptuando algunas expresiones demasiado duras, su doctrina es sanísima, y en nada contraria á la de la Iglesia? ¿Algunas expresiones no mas! Todo el contexto se funda en ideas falsas acerca de la autoridad del primado, como no permiten dudarlos los cotejos que hemos hecho; y ademas, á las expresiones corresponden los sentimientos, y estos son consecuencias de los principios? ¿Se responderá que aquellos Padres, aunque estaban tan airados, admitian sin embargo la primacia del Pontífice? Nada importa: porque ¿de qué sirve admitirla si se impugnan sus derechos? Pero, responden, estos quedan ilesos, interpretando á San Cipriano por lo que él mismo dice, pues nos ha dejado en otra parte incontrastables monumentos de su ortodoxia, acerca de la naturaleza del primado. Conque para justificarle basta recurrir á los sentimientos que tenia antes del rescripto de Estébau, es decir, antes que experimentase su ánimo aquella comocion tan vehemente. ¿Y quién no ve que ballándose en un estado diverso, de calma y de agitacion, podia estar dominado de sentimientos contrarios? ¿No tendria en otro sentido el mismo derecho un protestante para interpretar cuanto dijo Cipriano antes de la oposicion del Papa por lo que dijo y practicó en union con los demas Obispos despues que la supo? Pero esfuércense cuanto quieran los contrarios por conciliar las doctrinas de San Cipriano; siempre será inútil todo su trabajo, porque la repugnancia es demasiado clara. Y si aun por un imposible llegasen á conseguirlo en cuanto á los otros privilegios de la Silla Apostólica, siempre se podrá exigir por la paridad que se interprete del mismo modo su doctrina sobre el privilegio de la infalibilidad; y por lo mismo si no dijo expresamente y con ánimo tranquilo antes de las disputas que el Papa era falible, se podrá mirar su doctrina y su conducta también sobre este punto como un efecto de la pasion; así que, siempre será inconcluyente el argumento que sacan los contrarios del solo hecho de la reiteracion del bautismo considerado aisladamente, y sin confrontarlo con los primeros sentimientos de San Cipriano. De donde se sigue también que no tienen razon los contrarios en querer debilitar la interpre-

tacion de algunos textos del Santo Mártir favorables á nuestra sentencia de la infalibilidad Pontificia, volviéndonos á llamar continuamente á las disputas con Estéban, y diciendo en general con Opstraet; *Nimis absurdum esse pro pontificia infallibilitate objicere ipsum Cyprianum, qui tam acriter resistit definitioni Stefani Pontificis de baptismo hæreticorum* (1).

9. Y que: ¿han de admitir alguna begnina interpretacion las otras expresiones del Santo, y no han de admitir ninguna aquellas en que niega la infalibilidad del Papa, y confirma con los hechos su opinion en este particular? Es falso y falsísimo que haya semejante diferencia. Si se toman estas segun el rigor de las palabras, ¿porqué no se han de tomar tambien aquellas? ¿Se quiere que se explique gramaticalmente lo que dice sobre la naturaleza de la controversia, para poder concluir que la miraba como perteneciente á la fé, y que San Estéban la habia definido *ex cathedra*, que es en lo que consiste toda la cuestion presente; y luego se quieren introducir tantos comentarios, tantas distinciones, tantas sutilezas en todo el resto de su doctrina? ¿Habla el Santo con menos claridad en un lugar que en otro? El cotejo que hemos hecho arriba lo decide. Conque tambien se podrá interpretar que el Santo Mártir creyó que erraba San Estéban en un punto de disciplina. ¿Se pregunta con qué fundamento? Con el de sus mismas expresiones, y con el de las funestas consecuencias, que en otro caso se seguirian (2); y por lo mismo con un fundamento mas sólido que aquel con que en vano procuran interpretarles los contrarios acerca de los demas privilegios del primado: porque no solo violentan los textos que interpretan, sino que tambien se oponen á la evidencia de los hechos, los cuales confirman la explicacion literal.

10. Condenó, dicen, la Iglesia su error acerca del bautismo, pero no reprendió su doctrina acerca del Pontífice: luego nada contenia que fuese contrario á las prerogativas originarias y reales del Papa. Nada? Ya lo hemos visto. ¿Porqué pues

(1) *De Summ. Pont. q. 4, p. 335.*

(2) Véase el cap. prec.

no reclamó, no la proscribió? ¿Y porqué, pregunto yo, no proscribió la de Estéban que blasonaba de una autoridad que le negaban los Africanos? No podían ser ambas de la Iglesia, la cual si con su silencio nos hace conocer que aprueba alguna doctrina, tenemos ya *pene totius orbis Episcopos*, que aprobaban la del Pontífice, y consiguientemente reprobaban la de Cipriano. ¿De parte de quien estará el peso mayor? Pero si así fuese, hubiera sido herege San Cipriano, y se destruirían de un golpe todas las apologías que de él hace San Agustin. No señores. Vuestra suposición de que el Santo Mártir creía tratar un punto de fé, y oponerse á una definicion formal del Vaticano, nos conduciría ciertamente á esta consecuencia; pero no las ilaciones que nosotros sacamos: porque ya sea que tuviese por artículo de pura disciplina la reiteracion del bautismo, ya sea que no creyese definido por Estéban el *principio especulativo*, cesa enteramente todo motivo de creerle merecedor de semejante infamia. Porque tanto en un caso como en otro se reduce todo su pecado al modo de proceder y nó á la doctrina: pues en el primero se refiere á puntos de disciplina solamente cuanto escribió contra el Papa; y en el segundo no se impugna ninguna definicion dogmática. Aun el mismo pecado que cometió con su conducta, considerado en una ó en otra circunstancia, se presenta muy disminuido y excusable en un Obispo tan grande que movido por una parte del celo por la seguridad de las almas, por las ventajas de la religion, y por la autoridad de las divinas Escrituras, y agitado por otra del temor á la separacion, con que se le amenazaba, de la unidad de la Iglesia, de quien sentia tan altamente, se turba, se conmueve, se indigna; reflexionando el Ilustrísimo Marchetti (1) con el Nacianceno, que *non viles tantum et plebejos, sed etiam præstantissimos quosque viros, Momus interdum attingit; ut soluis Dei sit, omni prorsus peccato atque animi perturbatione vacare*. Pecado pues que podia purgarse superabundantemente *falce martyrii*, y que los contrarios con su hipótesis, y sin ninguna utilidad para su doctrina, lo aumentan de tal manera que imprime una indeleble nota de inexcusa-

(1) *Eserc. Ciprian. exerc. 3, q. 2.*

sable prevaricacion en una alma *tam sancta, tamque pacata*. Examinado hasta aquí el peso de las principales y determinadas oposiciones á los juicios de la Silla Apostólica, que no cesan de sacar á plaza los apelantes; pasemos ahora á indagar el fin á que se dirigen las reglas generales que establecen ellos para distinguir la voz de la Iglesia en medio de las oposiciones.

CAPITULO XXII.

Las reglas que establece Tamburini para calcular el peso de las oposiciones, dejan al arbitrio de cada uno el desechar cuando le acomode hasta las definiciones mas solemnes de la Iglesia.

1. No les basta á los novadores el impugnar aisladamente la autoridad de las definiciones del Vaticano: sus miras parece que tienden nada menos que á dar por el pie al mismo tribunal de la Iglesia. Dejando el juzgar sus intenciones al único que tiene derecho para ello, no se puede negar por lo demas que si los medios de que se valen pudieran tener efecto, conducirian á este término terrible. De esta clase son las reglas que en sustitucion á las que dicta la misma naturaleza de la religion, y se sacan de su fondo, establece Tamburini, para discernir cuando habla la Iglesia, y cuando la tradicion humana en las definiciones Pontificias que experimentan contradiccion. En efecto parece que estan formadas para esparcir sobre cualquiera definicion una oscuridad general, que por último no podria producir otro efecto sino abismar á los fieles en un puro y fatalísimo escepticismo general, bajo el engañoso pretexto de amor á la unidad.

2. Y para que cualquiera pueda conocerlo por sí mismo, pongo primero las siguientes incontrastables verdades. 1.º Siendo la fé un bien comun, que todos estan obligados á conseguir, debe proponerse de un modo adecuado á todos; de otra manera no habria en los medios la suficiencia necesaria para conseguir el fin. 2.º No siendo de esta clase el medio del *raciocinio* para la máxima parte de los fieles, no se podrá decir que es un medio señalado por Dios para regular nuestra fé,

y así el único será el de la autoridad, como la única que se adapta á la universalidad de los mismos fieles (1). 3.º Por esta razon fundó Cristo su Iglesia, y la enriqueció con todos aquellos brillantes caractéres y privilegios que constituyen á su tribunal visible é infalible. 4.º Que si el raciocinio no puede ser la regla de fé, tampoco lo podrá ser del *motivo* de la misma, esto es, del actual ejercicio de esta autoridad de la Iglesia, porque tambien este motivo se debe proponer de un modo proporcionado á todos. 5.º Habrá de consiguiente reglas ciertas é infalibles independientes del raciocinio para conocer cuando usa la Iglesia de su autoridad en la definicion de algun artículo, es decir, cuando habla. 6.º Estas reglas no pueden ser sino ciertos caractéres inseparables por su naturaleza de la voz de la Iglesia, y por lo mismo inherentes á su solo y único tribunal por la esencial constitucion de la Iglesia; porque si fuesen de libre institucion humana, nunca podria haber una absoluta certeza de que nos guiaban infaliblemente á conocer en aquella decision la autoridad de la Iglesia; y es esto tan cierto como que de otra manera no podré hacer un acto de fé acerca del dogma que se me proponga, debiendo estar cierto, para hacerlo, de que me lo propone la Iglesia. Pero la fé es una, y nada se le puede añadir ni quitar: de consiguiente 7.º si deben ser infalibles las reglas para conocer cuando habla la Iglesia, igualmente deberán ser infalibles las que haya para conocer cuando no habla, y por lo tanto independientes tambien del raciocinio. «La Iglesia, dice el mismo Tam-
»burini, habla á los hombres en nombre de Dios, con la au-
»toridad y asistencia de Dios, y á fin de someter todo espíri-
»tu á Dios. Aprendamos de aquí que nuestra fé se eleva en
»último resultado á Dios; que su palabra es el fundamento;
»la regla y el motivo de nuestra creencia" (2). Cuando falsa-
mente se cree que ha hablado, hay el peligro de venerar «las
»luces privadas, y sentimientos de los hombres...., de doblar
»la rodilla delante del error" (3). Es pues tan importa-

(1) Véase Spedal. *lib.* 4, c. 15.

(2) *Anal.* §. 6o.

(3) *Ibí.* §. 61.

te saber cuando habla como cuando no habla, *ne circumferamur omni vento doctrinæ, in nequitia hominum, in astutia, ad circumventionem erroris* (1). Así, el modo de conocer cuando no habla autoritativamente, debe ser tambien proporcionado á todos, independiente del raciocinio, cierto é infalible, y por lo tanto fundado tambien en la misma constitucion esencial de la Iglesia. De aquí se sigue 8.º que admitiendo que reside la autoridad infalible solamente en la unidad (2), debe haber tambien un medio para conocer infaliblemente cuando hay ó no hay esta unidad, sin necesidad de un prolijo exámen, ni de difíciles raciocinios. Estas verdades estan tan estrechamente conexas entre sí, que si se niega la última se deshace toda la cadena, y se pueden negar tambien todas las demas. Supóngase en efecto que Dios no nos hubiese dado un medio infalible para conocer esta unidad, sino que lo hubiese dejado á la ciencia, industria, y erudicion del hombre: ¿cuáles serían las consecuencias? Estas: 1.º solo el teólogo, el crítico, el instruido podria encontrarla; 2.º sería tan firme su acto de fé como el juicio de haberla encontrado, y este como la persuasion de su propia erudicion, ciencia é industria; 3.º se aplicaria por sí solo el motivo de fé; 4.º la regla de fé tendria en sus luces particulares el principio fundamental que consiste en el reconocimiento del tribunal infalible; 5.º no sería conducido el hombre en su fé por el medio puramente de autoridad.

3. Por esta razon convencido el mismo Tamburini de la evidencia de estas incontestables verdades, concede ser necesario que se nos proponga la unidad de un modo clarísimo y que excluya todo género de duda, exigiendo por lo mismo que se nos manifieste «ó por un concilio general, ó por la voz concorde de la Iglesia difundida y esparcida por sobre la faz de »la tierra» (3). Luego por los principios establecidos deberá probar que este medio es adaptable á todos, es decir, independiente del raciocinio. Nosotros, sabiendo por la Escritura y

(1) *Ephes. c. 4, v. 14.*

(2) *Anal. §. 63.*

(3) *Ibi.*

por los Padres que Cristo, *ut unitatem manifestaret, unam cathedram (Petri) instituit* (1), sin negar la fuerza irrefragable de la unidad de la Iglesia, manifestada en los concilios generales y en el consentimiento de la Iglesia dispersa; sostenemos con Santo Tomas (2), que el medio adecuado para que todos conozcan cuando hay ó no hay esta unidad y consentimiento, es la voz autoritativa de Pedro, que oímos por el conducto de sus sucesores, así en la confirmacion de los concilios, como en sus solemnes definiciones. Tamburini al contrario, aunque confiesa que la Silla Apostólica es el estandarte de la unidad y el centro de la comunión eclesiástica (3); pretende no obstante que cuando habla podemos dudar, y no debemos persuadirnos tan pronto de que su voz es la de la unidad; y así nos prescribe las reglas que se deben observar para no *engañarnos* tanto en los juicios del romano Pontífice, como en las definiciones de los concilios aunque esten aprobadas por él mismo. ¿Pero son tales estas reglas que nos aseguren infaliblemente de que hay ó no hay esta unidad? ¿Podemos fundar nuestra fé en el juicio que se forma fundándose en su aplicacion? ¿Basta este medio para la universalidad de los fieles? Y si no basta, ¿será el medio único necesario? No por cierto; porque Dios en sus instituciones no puede menos de proporcionar los medios al fin. Oigamos pues estas reglas.

4. «Si se ve, dice él, (4) un número de personas ligadas entre sí únicamente con el vínculo de la doctrina y con la comunión de las Iglesias, separadas por climas é intereses, de todas clases y condiciones, y del primero y segundo orden gerárquico, y en varios tiempos, unirse contra la decision, no eludirla con vanas sutilezas, sino declararla manifiestamente contraria á su fé, y reclamar en forma legítima y canónica al tribunal de la Iglesia á favor de la verdad, y que se hace esta reclamacion por cuerpos enteros, y se perpetúa de un tiempo en otro, y se hace cada vez mas fuerte, y á pesar de todos los peligros pasa de Iglesia en Iglesia, y se pro-

(1) S. Cipr. *lib. de unit. Eccl.*

(2) Véase el cap. 5. n. 10.

(3) *Anal.* §. 4o.

(4) *Ibi*, §. 65. 66.

» paga perpétuamente; si se ve que aquellos mismos que se unen
 » á la decision estan discordes entre sí en fijar el sentido y ex-
 » plicar la doctrina de ella, y que por esto en vez de calmarse
 » las disputas, se ve mas bien que crecen, y que se multiplican
 » las disensiones y los cismas, y que las personas que reclaman
 » son *de las mas ilustradas, notables por su doctrina y pie-*
 » *dad, adheridas á la unidad, reverentes con las legítimas*
 » *potestades*, y se ve que sacrifican al amor de la unidad y
 » juntamente á la defensa de la *verdadera doctrina sus pro-*
 » *pias comodidades, su propia reputacion*, y su propia vida:
 » si se ve, digo, qué sucede todo esto, entonces es preciso de-
 » cir que la decision que se ha dado no es la voz de la Iglesia,
 » que suele ser clara y manifiesta y hacerse oír de sus hijos; y
 » si por las circunstancias de tiempos y lugares suele algunas
 » veces *hallar contradiccion* al principio, se abre paso en se-
 » guida, y siempre va ganando terreno, vence tarde ó tempra-
 » no la resistencia, calma las disputas, y llama otra vez los
 » ánimos de los fieles á la unidad. Entretanto, en medio de es-
 » tas disputas, retrocediendo nosotros á los tiempos anteriores á
 » ellas, y adhiriéndonos á la doctrina comunmente enseñada
 » entonces *en los monumentos públicos de la Iglesia* que sub-
 » sisten siempre, esperamos con paciencia la consolacion del
 » Señor y que reúna los ánimos divididos sobre el punto en cues-
 » tion; y hasta la perfecta concordia del cuerpo de todos los
 » Pastores conservamos fielmente el vínculo de unidad con el
 » mayor y el menor *número* de los disidentes. Usamos de los
 » medios que siempre nos *suministra la Iglesia* para encon-
 » trar y sostener la verdad combatida en su mismo seno. Di-
 » fundiéndose de este modo poco á poco la luz de la verdad,
 » y llamando los Pastores á exámen los artículos que se con-
 » trovieren y los hechos de una y otra parte; calmándose los
 » ánimos, y cesando el calor de las disputas, volverá el punto
 » de union; y se terminará la controversia con un pacífico suce-
 » sivo consentimiento de todas las Iglesias dispersas en una so-
 » la doctrina."

5. ¿Y es esta aquella brillantísima é inextinguible antor-
 cha desconocida en las edades pasadas, que entre las densas ti-
 nieblas de este nuevo *Egipto* (el mundo católico) se halló y

encendió finalmente, y la cual á todos los fieles aun los mas idiotas é ignorantes señala el camino recto y seguro para llegar á la *ciudad Santa* colocada en lo mas alto de los montes (la Iglesia), y aprender de ella los *caminos del Señor* (las verdades católicas), y fortalecer así su fé contra los ataques de los modernos *Faraones* (los Pontífices y sus teólogos y canonistas)? ¿Quién teniendo un entendimiento sano querrá abandonar el camino trillado por sus mayores segun la doctrina de los Padres, de la Iglesia, y del mismo Cristo, para cambiarle por este, donde siendo dudosa la luz, sospechosa la guía, el sendero difícil, y el término incierto, no podria esperar otra cosa que hallarse por último abandonado á sí mismo y á la luz de su razon entre mil perplejidades que le agitarian, y entre mil enemigos que le cercarian por todas partes? ¿No es este el fruto que sacaria de semejante cambio? Examinémoslo con entera imparcialidad.

6. Las reglas arriba prescritas se reducen á los capítulos siguientes: 1.º á conocer las cualidades personales de los que se oponen; 2.º á indagar el fin por que se oponen; 3.º á considerar los progresos de la oposicion; 4.º á buscar en los monumentos de la tradicion la norma de nuestra creencia. Luego sería un imprudente segun nuestro teólogo el que sin todas estas precauciones cautivase su propio entendimiento en obsequio de la definicion que se hubiese dado, exponiéndose al peligro de dar «culto á los sentimientos de los hombres», y de consiguiente «á doblar la rodilla delante del error.» Será pues este el único medio verdadero para conocer el tribunal á quien se debe obedecer, para ser dirigidos por el medio de la autoridad, y para que esté segura la creencia de los fieles. Pero, pregunto yo, ¿cómo podré juzgar de la *piedad y ciencia* de los que se oponen, en comparacion de los Santos é ilustrados Pontífices que deciden, y de los ilustrados y Santos Pastores que consienten en la decision? ¿Cómo podré juzgar de su *adhesion á la unidad*, á pesar de la voz del que lleva el estandarte, y contiene en sí el principio de la unidad misma? ¿Cómo podré juzgar de su *sumision á las legítimas potestades*, si el que tiene la *plenitud* de la potestad los declara desobedientes y obstinados? Serán estos otros tantos testimonios vivos que

depondrán contra mi juicio. ¿Y en qué podré yo apoyarle? Acaso en el testimonio de los mismos que se oponen? Pero ó no son tan atrevidos como los San-Ciranos (a) en elogiarse á sí mismos; ó si lo son, merecen desprecio en lugar de estimacion, pues manifiestan que tienen una piedad jactanciosa, y una ciencia que *inflat*, y que por lo mismo no es *secundum Deum*. ¿Los creeré adictos á la unidad y sumisos á las legítimas potestades, porque ellos dicen que lo son? Pero el ejemplo de los protestantes, que declaran tener *eandem cum catholica Ecclesia confessionem* (1), desear *summo studio concordiam constituere* (2), pedir incesantemente á Dios Nuestro Señor que les manifieste los medios *ad pacem Ecclesiæ quærendam* (3), sujetarse á la legítima potestad de los Obispos, *si non urgerent servare traditiones, quæ bona conscientia servari non possunt* (4); este ejemplo digo, ¿no puede hacerme sospechar que tambien los que se oponen sean lobos rapaces bajo la piel de corderos, y pertenezcan al número de tantos como hay, *qui se videntes non solum jactitant, sed á Christo illuminatos videri volunt?* (5) ¿Podré yo juzgar fundándome en su conducta y en sus costumbres? Pero tómese primero Tamburini el cuidado de recopilar sinceramente la vida, por ejemplo, de los que se han opuesto á la Bula *Unigenitus* y á la reciente *Auctorem fidei*, y manifestarnos la ingenuidad, veracidad, y aversion á todo disimulo en aquellos opositores, de modo que segun las reglas de la prudencia deba yo tener por injusto al Pontífice, y por fingidos y mentirosos á sus adherentes, aunque pertenecen por la mayor parte al cuerpo gerár-

(a) Solo un idólatra de sí mismo puede tener la temeridad de este Abate que hinchado con su talento se creia superior á todos los demas, y casi á los mismos escritores sagrados. Basta leer la vida de San Vicente de Paul, compuesta por Mon Señor Abelly Obispo de Rodas, lib. 2, c. 11, dónde se refieren las conferencias que tuvo aquel novador con el Santo, á quien llegó á decir que la Sagrada Escritura era mas luminosa en su mente, que en *sí misma*.

(1) Dreyero, *Controv. Præf.*

(2) Apolog. *Conf. Aug. de conjug. Sacerd.*

(3) Dreyero, *Præfat.*

(4) Apol. cit. *de abusib.*

(5) S. Aug. *l. cit.*

quico. ¿Me fundaré en la relacion de otros? Pero los que la hacen, ya por identidad de doctrina, ya por falta de crítica, por carecer de pruebas, ó por cualquiera otro motivo, podran no merecer que se dé la mayor fé á lo que refieren. Y si de nada de esto puedo estar seguro y tranquilo, ¿cómo podré persuadirme que los disidentes constituyen lo mas florido de la Iglesia, el cuerpo mas instruido de los Pastores, y que no lo sean mas bien los que se adhieren á la decision? ¿No me hallaré yo en el caso, en que segun Tamburini se debe tener en poco la oposicion de los otros? (1). Pues ¿cómo podré creer que tengan tanto peso sus cualidades personales que fundándome en ellas deba yo juzgar prudentemente que no se halla en la parte contraria la verdad que busco?

7. ¿Qué cosa hay en segundo lugar mas oculta que los fines particulares y los sentimientos privados del hombre? Y sin embargo tambien es necesario saberlos, para formar un justo concepto de los que se oponen. Sí; dice nuestro autor, solo se debe deferir á la autoridad de los «que no estan interesados en sostener el error, ó por espíritu de partido ó por relaciones de parentesco» (2); sino que sacrifican «al amor de la unidad, y juntamente á la defensa de la verdadera doctrina sus propias comodidades, su propia reputacion, y su propia vida.» Conque aquí nos da él por regla de la verdadera doctrina *la defensa de la verdadera doctrina*. ¡Bellísimo modo de raciocinar! Se inquiere donde está la verdadera doctrina, y se supone que está entre los opositores. *Scis ergo*, le responderia San Agustín, *scis ergo jam quæ sit, si scis apud quos sit* (3); y de consiguiente se acabó la cuestion. No se puede asegurar con certeza, dice él, pero por el celo, constancia, desinterés, y modo de sostenerla, se puede conjeturar con fundamento entre quienes está la verdad y entre quienes el error. «La verdad es por su naturaleza humilde, mansa y pacífica....» no se vale sino de sus naturales atractivos para hacer prosélitos.... no se espanta con el gran número de los opositores, ni

(1) *Anal.* §. 64.

(2) *Ibi.*

(3) *De util. credendi*, n. 16.

» teme encontrar persecuciones.... La conducta del error es enteramente diversa. Es medroso, tímido, desconfiado, y lleno de sospechas... sus secuaces se valen de todos los medios para poner asechanzas á la verdad, y corromper á sus defensores." (1) He aquí pues los caracteres distintivos de la verdadera doctrina y del error. Tamburini desató por último el gran nudo. El sufrir con santa paz la pérdida de los beneficios, de las dignidades, &c., y hasta el nombre mismo de católico, por la *violencia* y anatemas *injustamente* fulminados por la Silla Apostólica, como sucedió á los Vicarios, á los Cabildos, al Arzobispo Sebasteno en Holanda (2), y últimamente al pistoyano *Atanasio*; el levantarse audazmente contra la innumerable multitud *seducida* por el sucesor de San Pedro; el permanecer inmóvil contra los golpes de mil *iniquas* y crueles persecuciones movidas por casi todos los Sagrados Pastores *olvidados* de su ministerio de persuasion y nada mas (3); el ser objeto de abominacion y execracion casi universal; el dar en fin la vida (cual otro Juan Hus, y Gerónimo de Praga) antes que ceder á casi todo el *prevaricador* catolicismo: todo esto lejos de ser un desprecio de la autoridad Pontificia; un intolerable orgullo de creerse ellos solos los ilustrados, un negar al Episcopado la fuerza coactiva, un escándalo para el mundo católico, un insulto á la *divina Providencia*, como si hubiera permitido que el hombre destruyese una de las notas esenciales de su fé que es la universalidad, y cerrase de este modo el camino general y comun á todo el *género humano* para llegar á la justicia y á la salvacion; en suma lejos de ser todo esto un sacrificio idolátrico hecho á las opiniones propias; es al contrario uno de los caracteres que distinguen infaliblemente la verdad. Son estos pues los indicios infalibles para distinguir la humildad que es propia de la verdad, de las humillaciones y bajezas que caracterizan al error; la mansedumbre y reverencia de la primera hácia las *legítimas autoridades*, de los envidiosos *obsequios* y de las adula-

(1) *Anal. §. 201. 202.*

(2) *Tosini. t. 1. pag. 182.*

(3) *Teol. Piac. lett. 3, §. 31.*

ciones del segundo; el genio pacífico de aquella de la vileza y timidez de este? ¿Dónde, dónde está la patente de la misión de estos campeones de la verdad, por la cual veamos que están autorizados para trastornar todo el gobierno eclesiástico y la autoridad gerárquica, para reformar todo el universo, y arruinar todo el sistema de las ideas y fé de los fieles, y para darles nuevas nociones de la Providencia divina que nunca recibieron de la Iglesia? Además de esto ¿cómo nos probarán que en todos estos proyectos no tienen ninguna influencia las rarezas de su temperamento natural; que no les mueve el fanatismo en los arrebatos de su celo, y que finalmente en sus retiradas y acometidas están exentos de todo disimulo, fingimiento y doblez? Si no se nos demuestra todo esto con evidencia, ¿qué caso ni qué uso se puede hacer de la regla de Tamburini para conocer de parte de quien esta la verdad ó el error?

8. En tercer lugar nos remite á los progresos de la oposición. El abrirse camino, «el perpetuarse de un tiempo en otro, el pasar de Iglesia en Iglesia á despecho de todos los peligros...», el ocupar tarde ó temprano el puesto del error, «y quedar victoriosa» (1), es el privilegio característico de la verdad. Pero acuérdesse vmd. de cuanto ha escrito, ó vuestro teólogo Placentino, hácia el fin de la humilde, modesta, *pacífica* carta tercera al celosísimo Monseñor Nani, sobre los progresos que lloraban vmds. de las opiniones Pontificias después de los tres célebres concilios que yo he citado (2): ó bien sin obligar á vmds. á estar conformes consigo mismos á tanta distancia, acuérdense generalmente de sus lamentos sobre los progresos del error, que segun vmds., «como crece el número de sus secuaces, sube poco á poco al rango de la verdad... y haciéndose mas fuerte con el mayor número de los que le siguen, intenta con sacrilego atrevimiento ocupar el lugar de la doctrina de la Iglesia» (3); de donde proviene la oscuridad y las tinieblas que vmds. y sus cohermanos dicen que ofuscan hace muchos siglos el rostro de la Esposa de Jesucris-

(1) *Anal.* §. 201.

(2) Cap. 19 hácia el fin.

(3) *Anal.* §. 52.

to. Pues bien, ¿me negarán vmds. que los progresos de la verdad son en proporcion de los del error? Luego si hay una continua alternativa de aquellos con estos, ¿cómo podré yo saber cuándo prevalece el error y cuándo la verdad? ¿Y cómo se podrá pesar la autoridad de los que se oponen aplicando las reglas que vmds. nos dan? ¿Y cómo por consecuencia se podrá conocer cuando se debe conservar la oposicion á reconocer en las decisiones la voz de la unidad, y la doctrina de la Iglesia?

9. Retrocederé, dice, «á los tiempos anteriores á las disputas, y me atenderé á la doctrina que entonces se enseñaba comunmente.» Bien: ¿pero cuándo se deberá adoptar este expediente? Cuando no haya unidad, responde. Pero ya hemos demostrado que los medios que se nos proponen no sirven para distinguir cuando la hay y cuando no la hay. ¿Podré, pues, usar de este medio en cada definicion? No. ¿Porqué razon? Porque algunas veces no se puede dudar que hay unidad, pues hay definiciones que todo el mundo aplaude. ¿Y cuándo sabré que las aplaude todo el mundo? Cuando no hay disputas, ó si las hay, han calmado ya. Conque se dará el caso en que yo pueda estar cierto de este consentimiento universal, y con tal certeza que pueda hacer un verdadero acto de fé: ¿pero quién me dará esta seguridad? Lo conoceré yo por mí mismo, ó deberé atenerme á las relaciones de otros? El primer medio me es imposible; el segundo no me libra de toda duda; porque me demuestra la experiencia que siempre está discordes ó el *número* más *corto* ó el mas *grande*. Y ademas aunque pudiese (que no podria por las razones expuestas) conocer por último segun las reglas de la prudencia cual es la doctrina de la Iglesia presente acerca del punto definido; no por eso se seguiria que debia quedar tranquilo, pues como vmds. dicen es «un error» que tiende al cisma... el querer reducirlo todo á la enseñanza actual de la Iglesia existente, prescindiendo de la doctrina y de la fé de los tiempos pasados.» (1) En efecto, por mas evidente que se me pudiese presentar el consentimiento universal; si uno ó dos me dijese que no debia tenerse por voz de

(1) *Anal.* §. 46.

la unidad la que no se oyó *en todos tiempos*, y me presentasen algun monumento de una tradicion cualquiera, siempre deberia yo sospechar que á pesar de la universalidad actual, no hubiese todavia la unidad que se requiere. Deberia pues para mayor seguridad retroceder *á los tiempos anteriores*, discurrendo de esta manera: En la universalidad se conoce siempre la voz infalible de la unidad: en este ó en aquel punto no puede haber unidad, porque se demuestra que no ha sido esta la doctrina de la Iglesia en todos los siglos; luego aunque no sepa yo el disenso de los *pocos ilustrados*, de lo mas florido de la Iglesia, siempre podré creer que hay efectivamente este disenso, y que falta por lo mismo la universalidad requerida. El engaño estará tal vez en la menor: pero este no será sino un error de entendimiento, y no una desobediencia á la Iglesia, siempre que se crea que por la doctrina y fé de la Iglesia primitiva se debe argüir la de la Iglesia existente, sobre cualquiera definicion. Se daria esta desobediencia á la Iglesia, si se admitiese este otro raciocinio. Una es la doctrina de todos tiempos: esta es la doctrina de la Iglesia en el siglo XVIII: luego tambien lo fué en los siglos pasados. Pero este argumento no gusta, porque reduciéndose todo con él á la ensenanza actual de la Iglesia existente, *se propenderia al cisma*. Luego siempre es no solo lícito sino tambien prudentísimo, el retroceder para cada decision á los tiempos anteriores, porque sería muy imprudente el que sin una *certeza absoluta* de la universalidad actual, imposible de conseguirse por los medios ordinarios, sometiese á la definicion su entendimiento.

10. Conque retrogrademos ahora á los *tiempos anteriores*: ¿dónde se encontrará finalmente la *doctrina que se enseñaba entonces comunmente*? ¿*En los monumentos públicos de la Iglesia*? ¡O laberinto inextricable! Yo no podré saber cuales son; sabiéndolo, no podré estar seguro de entenderlos; entendidos, acaso no podré discernir por ellos cual haya sido la mente de la Iglesia, y de consiguiente me serviré yo á mí mismo de guia, y seré juez de mi fé. ¿Cómo, en efecto, he de saber cuales son? El Pontífice asegura que funda en ellos su juicio: y sin embargo tambien los alegan los Obispos y teólogos que adoptan y defienden la opinion de los que se oponen á la

decision. ¿Los buscaré pues en los Padres prescindiendo de la autoridad actual que me atestigua su existencia? ¿Y en qué Padres? ¿En los que florecieron despues del impostor Isidoro? De ningún modo, porque en medio de las tinieblas de la ignorancia de aquellos siglos, pudieron vivir engañados con sus falsas decretales, y de consiguiente adhiriéndose á las decisiones *de muchos concilios* que adoptaron el derecho nuevo (1), puede ser que no hubiesen examinado bastantemente la doctrina que creían ser la de la Silla Apostólica: en cuyo caso se seguiría lo que dicen los novadores con respecto á los Obispos que en la Iglesia dispersa miran al Papa como infalible, conviene á saber, que «trescientos de ellos no compondrían mas »que uno solo, porque entouces solo hablan sobre la fé del »Papa» (2). Luego habré de buscarlos en los que vivieron antes. Seguramente no habrá entre ellos ninguna discordancia: *nam*, dice nuestro teólogo, *dissensio patrum inter se satis probat, in ea re non fuisse communem Ecclesiæ fidem*: por lo que, si no estuviesen todos de acuerdo, no serían sus acciones unos monnamentos irrefragables de la doctrina de la Iglesia, ni yo podré admitir la autoridad de uno mas bien que la del otro, sino que únicamente deberé pesar la fuerza de las razones que alegan. *Nulla lex*, prosigue el mismo teólogo, *nos potest obstringere, ut ex sanctis patribus, in aliqua re dissidentibus, huic potius vel alteri adhæreamus; cum, ratione habita auctoritatis in re controversa, alius alteri non præstet, sed solum rationum momenta, quæ ex utraque parte proferuntur, spectari debeant* (3). ¿Pero cómo podré yo, segun las reglas de la prudencia, asegurarme de haber hallado el consentimiento universal de los Padres que se exige, si es desconocido á la misma Silla Apostólica, y á la *máxima parte* de los Obispos existentes que abrazan la definicion? ¿Es posible que no se haya tenido consideracion alguna con su unanimidad, si se hubiese conocido, ó que hubiesen sido vanos los estudios de los Pontífices y de tantos Obispos y teólogos para conocerla si

(1) *Vera idea*, p. 1, c. 4, §. 3.

(2) *Contin. dell' Appel*. §. 10.

(3) *De font. S. Theol.* vol. 3, c. 3, *reg. de auctor. Patrum*.

existiese? Estas reflexiones deben hacerme entrar en una prudente duda de no encontrarla, y por lo mismo deberé colocar el punto controvertido entre los que todavía no estan definidos por la universalidad de los tiempos pasados, y *sola rationum momenta* fijarán de consiguiente mi juicio, y no la autoridad desnuda de aquellos Padres. ¿Buscaré estos monumentos en las decisiones solemnes de los concilios generales? Se entiende de solos aquellos que fueron aceptados universalmente. Luego estaré obligado á examinar primero la aceptacion universal, en cuyo exámen hallaré los mismos tropiezos. Si segun dicen los contrarios, se disputa todavía sobre la aceptacion de los últimos concilios; ¿qué será de los mas remotos? Conque debe conocer Tamburini que es absolutamente imposible llegar á el fin.

11. Porque hay concilios, cuya doctrina se contradijo al principio y se aceptó despues; y hay otros que segun ellos piensan, supusieron ó declararon una doctrina que *solo la ignorancia* de aquellos tiempos pudo hacer que se admitiese, y que solo encontró oposicion despues de muchos siglos; como dicen que son los que engañados por las falsas decretales adoptaron el nuevo cuerpo de derecho *contrario* á la divina institucion de la gerarquía Eclesiástica. Tanto en un caso como en otro es imposible determinar cual aceptacion será á propósito para manifestarme la doctrina de la Iglesia. El primero me obliga á recorrer todas las alternativas sucesivas de aquellos concilios y la progresiva difusion de su doctrina; á examinar los medios, á juzgar de la autoridad de sus defensores y opositores: y el segundo no me fija tiempo ninguno en que la aceptacion autorice ó el disenso suspenda y anule la decision. De modo que podré temer que todo concilio ó no ha sido recibido despues universalmente si halló contradiccion al principio, ó no fué recibido universalmente al principio si halló despues contradiccion; y la consecuencia será no estar nunca seguro de encontrar la doctrina de la Iglesia en los monumentos de los concilios.

12. Y aunque la hallase, y aunque pudiese estar cierto, mediante las reglas de la aceptacion posterior, de que aquellos concilios contienen la fé de la Iglesia universal; ¿estaré

igualmente cierto de que la han definido infalible y solemnemente? Nunca lo podré estar; porque como los Pontífices, Obispos y teólogos, que se dice defienden una fé contraria, manifiestan que reconocen conmigo aquellos mismos concilios, y solo discordan de mí en fijar el verdadero sentido de la doctrina, es decir, en interpretar la mente de los Padres de dichos concilios; siempre podré dudar, si no obstante la uniformidad en las palabras, han sido tambien uniformes en el modo de pensar y de juzgar, y de consiguiente si es verdaderamente dogmática é infalible la decision. Y no se me diga que este es un vano temor, escrúpulo ó ignorancia: el mismo que señala los *caractéres* de un juicio dogmático, me libra de esta censura. Porque «el juicio de los Obispos, dice él, supone» ne necesariamente una perfecta conformidad entre ellos no solamente de palabras, sino tambien de sentimientos. El Apóstol que dice que la fé debe ser una, *una fides*, quiere tambien la unanimidad del corazon y de la boca, para creer y «confesar la fé, *unanimes uno ore*. La regla de la fé es una,» como dice Tertuliano, y esta unidad exige que para formar «la Iglesia universal un juicio que tenga toda la fuerza y «toda la autoridad de una definicion de fé, haya entre todos «los Pastores, cuyo cuerpo representa la Iglesia universal, un «perfecto acuerdo, no solo sirviéndose de las mismas palabras «sino entendiéndolas en el mismo sentido; de modo que el «cuerpo de los Pastores enseñe las mismas verdades, y conde- «ne los mismos errores» (1). Conque si las palabras no nos presentan de un modo inequívoco el sentir de quien las profiere, si conformándose con ellas los Pastores no se convienen en su sentido, se me podrá proponer alguna definicion de los concilios generales, y yo siempre podré sospechar que estas son las palabras mas no el sentido de aquellos Padres.

13. ¿Recurriré al sentir de la Iglesia dispersa en cuanto á aceptar aquellos concilios? Volvemos al principio: tampoco tengo aquí mas que palabras, conque encuentro la misma dificultad; y Tamburini me dá ya finalizada la causa diciéndome que los *testimonios muertos* separados de los *vivos*, ó sea

(1) §. 7.

de la *actual enseñanza de la Iglesia existente*, no pueden arreglar mi fé (1) sino en cuanto juzgue yo del sentido y fundamento de semejantes testimonios por mí mismo y con mi propio raciocinio. Así pues, Tamburini (oígalo con paciencia y reconozca su error), que nos presenta dudoso en todo caso el presente tribunal; que cubre de una oscuridad densísima é impenetrable el de los tiempos pasados, debe confesar, si quiere ser ingénuo, que sus reglas y teorías solo sirven para destruir todo tribunal vivo y visible de la Iglesia, no solo respecto de la infima plebe, sino tambien del erudito é ilustrado cuerpo de los sagrados Pastores, teólogos é historiadores. Luego podrá cada uno dudar de las definiciones mas solemnes de la Iglesia, deberá buscar su voz por sí mismo, y le parecerá que la oye donde encuentra analogía de doctrina con sus sentimientos particulares, dando *culto* por lo mismo á sus propias luces, y no á la autoridad de la Iglesia universal. Este es el término á que debe llegar por necesidad el que no recurre á la fuente de la unidad, que no escucha el órgano infalible de la Iglesia, ni se somete á las decisiones dogmáticas del sucesor de Pedro; sino que al contrario con vanos artificios, con sofisticas sutilezas, y con reglas las mas falibles pretende fijarnos la norma de nuestra obediencia. «Asentado una vez (clama en el fervor de su apostólico celo monseñor Strático, Obispo de Lesina y Brazza) que no se debe oír la voz de la cabeza de la Iglesia, como que puede engañarnos; ¿qué otra hemos de oír para poder uniformarnos en la fé mientras vivamos? ¿Prenderemos que nos hable el mismo Dios? ¿Pero no es una presuncion temeraria esperar la voz de los prodigios á cualquier duda necia que excite en nuestro entendimiento la debilidad humana? ¿Recurriremos al exámen de las Escrituras? ¿Pero qué fruto sacaremos si todos recurren á ellas, y sobre su recta inteligencia nacen cabalmente las perplejidades? Lo mismo digo de los concilios y de los Padres. ¿Se querrá señalar el prohibido espíritu privado para investigar la verdad? Creo que ninguno se atreva á decirlo; aunque pa-

(1) Sobre esta incontrastable verdad véase la *Economía della fede*, cap. 1, art. 4. Obra del ilustrísimo ab. Bolgeni, *

»rece que cuando un Obispo ó una asamblea particular (y
 »mucho mas una reunion de fanáticos guiados por la pasion),
 »cree lícito adoptar doctrinas condenadas por la cabeza de la
 »Iglesia universal, llamándolas uniformes con la Escritura, con
 la tradicion, concilios y Padres..... se escucha y prefiere sola-
 »mente el juicio privado." (1)

CAPITULO XXIII.

*La naturaleza de los derechos esenciales del primado, aun
 cómo la reconoce Tamburini, excluye necesariamente la dis-
 tincion entre el derecho de representar á la Iglesia, y re-
 presentarla actualmente, (a) y demuestra que el Papa es
 infalible.*

1. Si las definiciones del Papa fuesen la regla infalible de nuestra fé, se reconoceria en ellas la autoridad de la Iglesia, y por esta razon en el hecho de darlas sería el Papa el actual representante de la Iglesia. Así, tanto les vale á los novadores el negar esta actual representacion al romano Pontífice cuando enseña solemnemente algun dogma, como el negarle el privilegio de la infalibilidad; y de aquí es que solo atribuyen á la primacia el derecho de representar á la Iglesia, sosteniendo por lo demas que solo se la representa suficientemente cuando 1.º se la consulta, 2.º se decide en su nombre, 3.º y ella presta su asenso á las decisiones Pontificias. «El Papa, dicen, »como cabeza de la Iglesia tiene el derecho de representarla.... »pero no la representa efectivamente, sino cuando obra en »nombre de la Iglesia, segun las instituciones de la Iglesia, y »con la autoridad de la Iglesia; así como un LEGADO no re- »presenta á su principal, sino cuando obra segun las instruc- »ciones y facultades que este le ha dado. Por lo cual si pues-

(1) *Istr. Past.* Se halla en la coleccion de sus opúsculos sagrados y pastorales.

(a) Este capítulo debia seguir al cap. 19, porque los contrarios dicen que depende esta distincion de la otra entre la *Silla* y el que la *ocupa*; pero me ha parecido ponerle en este lugar, porque tambien tiene conexion con el anterior, y abre el camino para el que sigue,

»to el Papa á la cabeza de un sínodo general promulga decre-
 »tos fortalecidos con el comun consentimiento de todo el
 »cuerpo de los Pastores, y si aunque sea solo forma una deci-
 »sion recibida por la unanimidad moral del Episcopado, ó en
 »nombre de la Iglesia pone en ejecucion las leyes que ella ha
 »establecido, ó propone la NOTORIA y constante doctrina de
 »la misma; en este caso representa á la Iglesia" (1). Conque
 por fin han decidido los novadores que no hay en el Papa mas
 que una figura inanimada de la Iglesia: le hacen un ministro
 suyo, cuya autoridad proviene toda de ella: y de consiguiente
 destruyen por los cimientos la primacía de jurisdiccion. No
 hay nada de eso, responde Tamburini, este derecho constituye
 una prerogativa singular de San Pedro y de sus sucesores; y
 no pudiendo convenir á ningun otro Obispo, es evidente que
 subsiste en el Papa la autoridad del primado. Porque «no
 »pudiendo la Iglesia mudar la forma de la gerarquía fundada
 »por Jesucristo..... siempre reconocerá exclusivamente en el
 »Papa el derecho de representarla..... derecho de que no pue-
 »de despojarle, y que no puede reconocer en otros sino en el
 »sucesor de San Pedro" (2).

2. ¿Conque subsiste todavía la primacía? No ya ciertamen-
 te la de autoridad ni tampoco la que vmd. mismo, Señor Tam-
 burini, reconoce en otra parte. Le hago á vmd. juez de sí mis-
 mo. ¿No enseña vmd. que «la primacía de San Pedro fué *ope-*
 »*rente, activa y eficaz?* que debía ser así por haberla estable-
 »cido Jesucristo para mantener la unidad de la Iglesia? ¿y que
 »una primacía *no operante*, que no tuviese *el derecho de ha-*
 »*cer que se sintiese su autoridad*, sería muy poco á propósito
 »para conservar la concordia y comunión de todas las Iglesias
 »en una misma doctrina y uniformidad de sentimientos y de
 »espíritu?" (3) Tambien concede vmd. con todos los católicos
 que «la naturaleza y extension de los derechos de la Santa
 »Sede, que son de institucion primaria, tienen un fundamen-
 »to inalterable contra el cual no tiene el tiempo fuerza nin-

(1) Tomb. *Vera idea*, p. 2, c. 3, §. 1, 2.

(2) *Ibi*, §. 3.

(3) *Ibi*, c. 1, §. 1.

»guna, ni se puede dar prescripcion" (1) ni aun por parte de la Iglesia, porque estan fundados *en una institucion divina*, y pertenecen á la forma esencial del gobierno eclesiástico, cambiada la cual se trastorna todo el orden con que Jesucristo fundó su Iglesia. Estas altas y justísimas nociones del primado apostólico prueban que está revestido de una verdadera autoridad suprema, por cuya razon excluyen necesariamente la idea de un simple derecho de representarla Iglesia, separable de la actual representacion de la misma por las razones y en los casos que vmd. expone arriba, y así como no nos dejan duda de que el representarla actualmente depende tan solo del Papa y no de las insinuadas condiciones, así tambien nos obligan á reconocer la autoridad de la Iglesia en cualquiera solemne definicion de los Pontífices. Lo voy á probar.

3. Si «los derechos de la Santa Sede tienen un fundamento »inalterable, contra el cual ni la misma Iglesia puede prescri- »bir"; luego tal será en el Pontífice el derecho de representar á la Iglesia. Mas la primacía de San Pedro, que se trasmitió á sus sucesores, fué *activa, operante, y eficaz*; luego operante, activo y eficaz será tambien este derecho. Pero la primacía no puede ser activa y eficaz, si no tiene el derecho *de hacer que se sienta su autoridad*. Así, este derecho de representar á la Iglesia no estaria intrínsecamente conexo con una primacía de esta clase, si San Pedro y sus sucesores que le poseen, no pudiesen en virtud de la misma primacía hacer que se sienta su autoridad con ejercerle. Se puede pues concluir que Jesucristo que dió á Pedro este derecho, le concedió tambien su ejercicio, y que esta autoridad de ejercicio es tambien un derecho de su primacía: que es lo mismo que decir que la autoridad para usar de este derecho es intrínseca y esencial al derecho mismo, y forma con él una misma cosa relativamente al fin y á la institucion del primado. Por lo cual si la Iglesia *no puede establecer ninguna prescripcion* contra los derechos primaciales, tampoco podrá establecerla contra el *de hacer que se sienta la autoridad de los mismos derechos*; y de consiguiente tampoco contra el *de hacer que se sienta la autoridad del*

(1) *Ibi.*

derecho que tiene el Pontífice de representarla. En cualquier sistema de gobierno el Rey representa la nacion, y entonces se dice que tiene derecho para hacer que se sienta la autoridad del derecho de representarla, cuando con sus decretos puede segun su beneplácito ejercer actualmente la misma representacion, y hacer que se sientan sus efectos. Pero en el Papa este derecho fundamental es tambien de institucion divina, y pertenece por lo mismo esencialmente á la forma del gobierno establecido por Jesucristo; luego la Iglesia nada podrá contra la aplicacion actual del derecho de representarla. Aquello contra lo cual nada puede la Iglesia, es independiente de ella; luego es independiente en el Papa el ejercicio del derecho de representar á la Iglesia, como es independiente el mismo primado. De aquí se sigue que la actual representacion de la Iglesia por el Papa nunca se podrá determinar por otro principio que por la naturaleza de la primacia; porque aquello que en su ser se puede determinar por otra cosa depende esencialmente de esta cosa: y la referida actual representacion no tiene ninguna esencial dependencia de quien quiera que sea, y esto por institucion no eclesiástica sino divina, pues es un derecho inherente por su esencia al primado, cuyo ejercicio por consiguiente no se puede determinar sino por el que se halla revestido con el mismo primado.

4. Parece imposible que despues de haber asentado Tamburini unos principios tan sanos sobre la naturaleza y prerogativas del primado, no echase de ver la enorme contradiccion en que incurria con su malhadada distincion entre el derecho de representar á la Iglesia y la autoridad de representarla actualmente. ¿Cómo no vió que suponiendo separable el mencionado derecho de la autoridad de ejercerle, se seguia legítimamente que aquel derecho quedaria inactivo, ineficaz, y de una institucion de ningun modo divina? ¿Cómo podia dejar de conocer que suponiéndolo activo, eficaz, y de institucion divina, no podia separarse de la autoridad de ejercerlo en quien lo tuviese, segun le pluguiese y con independencia de unas condiciones extrínsecas, que mudarian su naturaleza y le privarian de todo su valor? La razon por que reconociedo (y ¿cómo podia menos de reconocerlo?) que es intrínseco

este derecho á la primacía, quiere que dependa de las circunstancias referidas el acto de ejercerle en la representacion actual, es el caso que supone posible de que el Papa no nos proponga la fé de la Iglesia universal, así como puede el Obispo no proponer la fé de su Iglesia particular: de modo que aunque tenga el derecho de representarla, y quiera y nos haga creer que la representa, sin embargo no la represente de hecho. Por lo cual determinaria verdaderamente la Iglesia la representacion actual en el Papa, siendo consultada, interponiendo su autoridad, y prestando su asenso *á posteriori*, pero no *á priori*, es decir por la naturaleza del primado: y esto porque la primacía con todos sus derechos originarios, hasta con el *de hacer que se sienta su autoridad*, podria considerarse como un mármol informe que un escultor podria determinar á representar la figura de César, y la Iglesia á representarla á ella misma mediante su propio consentimiento. ¿Pero cómo se podrá mirar el primado como *activo, operante y eficaz*, y revestido del derecho de hacer que se sienta su autoridad?

5. De todo esto se sigue naturalmente que así como haciendo *activa, operosa, y eficaz* á la primacía las propiedades esenciales de que hemos hablado, la dan en cierto modo la vida, así tambien se la dan á la misma representacion: demostrándonos que el mismo Cristo constituyó á San Pedro, no ya un simple LEGADO suyo, cuyos derechos recibiese de la Iglesia por la medida y con las restricciones que ella quisiese, sino un verdadero actual REPRESENTANTE de la misma Iglesia. No puede por cierto llamarse originario en un legado el derecho de representar á su Soberano, cuando siempre que debe representarle de nuevo se requieren nuevas credenciales que le autoricen para ello; ni jamas podrá tener un ministro por permanente é inagenable el derecho de representar á su principal, si se limita su comision á tiempo y á negocios determinados. Pero siendo intrínseco al primado el derecho que tiene el Papa de representar á la Iglesia, es tambien originario, permanente é inagenable. Luego autorizará al romano Pontífice para el ejercicio de la actual representacion, y servirá para justificar á todos los fieles si se someten con una religiosa y absoluta obediencia á una definicion dogmática Pontificia,

ó lo que es lo mismo, á una solemne y pública declaracion del Papa de que actualmente representa la Iglesia.

6. Pero ¿cómo es posible, se me preguntará, que el romano Pontífice por razon de su primado represente á la Iglesia siempre é independientemente de ella? San Agustin lo explica diciendo, que así como Judas representaba al pueblo judaico, así Pedro representaba á la Iglesia. *Si Judas teneret illud, ad quod vocatus est, nullo modo ad eum pertineret... parentum iniquitas... cujus populi (judaici) Judas figuram gerebat, sicut Ecclesiæ gessit Petrus* (1). Judas fué figura del pueblo hebreo, porque así él como este *in inimicitia contra Deum pertinaci odio permanserunt*; y Pedro fué figura de la Iglesia porque todo lo que Cristo instituyó y concedió á la Iglesia, lo instituyó tambien y concedió primariamente á Pedro: y por esta razon, así como Judas tenia en sí mismo no solo figuradamente sino realmente los caractéres del infiel judaismo, así Pedro tenia realmente acumuladas en sí mismo las prerogativas autoritativas de la Iglesia: de modo que Pedro, y en él el romano Pontífice puede llamarse verdaderamente con San Pedro Damiano *ipsa Sedes Apostolica, ipsa romana Ecclesia*, esto es en cuanto á la autoridad, *ipsa Ecclesia catholica*. La única diferencia que para nuestro propósito se puede señalar entre la representacion del hebraismo en Judas, y de la Iglesia en San Pedro, es que Judas no era la cabeza de aquel pueblo, como lo es Pedro de la Iglesia, y que así la representacion de Judas fué efecto de su malignidad personal, siendo así que en Pedro es una consecuencia de su primado. Lo afirma en otra parte San Agustin, de cuyas palabras abusan tanto los novadores, diciendo: *Petrus Apostolus, propter apostolatus sui primatum, Ecclesiæ gerebat figurata generalitate personam* (2); esto es Pedro, figura de la Iglesia, porque fué constituido por Cristo cabeza de la misma, pero no cabeza porque fuese en aquella confesion figura de la Iglesia. Luego mientras sea cabeza siempre la representará, porque la representacion entra en el concepto formal de su ser de cabe-

(1) *Enarr. in Psal. 108.*

(2) *Tract. 124, in Joan.*

za. De donde nace que San Pedro debe mirarse como una imagen viva y subsistente de la Iglesia, y que su primacía se identifica con esta representacion.

7. ¿Qué se me puede replicar á esto? El Obispo, se dice, tiene el derecho de representar á su Iglesia; sin embargo no la representa cuando no la consulta &c.; luego *a pari* el summo Pontífice. *A pari*? Sé muy bien que se quisiera quitar del medio toda diferencia entre el Papa y los Obispos; pero el asunto presente no exige que tratemos ahora este punto. La disparidad la ha señalado vmd. mismo, Señor Tamburini, con las prerogativas que atribuye á la primacía, es decir, de ser *activa, operante y eficaz*, y estar revestida del *derecho de hacer que se sienta su autoridad*, y todo esto por institucion divina, contra la cual no puede prescribir ni el tiempo, ni lugar ninguno, ni la misma Iglesia: prerogativas que si conviniessen tambien á los Obispos, no harian al Papa igual con los Obispos sino á estos con aquel, y por lo tanto se podria referir á ellos por la propia razon el mismo argumento que en fuerza de sus antedichas cualidades se refiere al Papa, es decir, que tambien los Obispos, consulten ó no consulten á sus Iglesias, siempre pueden representarlas. Y aun esta disparidad lleva consigo una relacion mas intrínseca y esencial entre el Papa y la Iglesia, que no entre las Iglesias particulares y sus Obispos; porque entre ellas y estos puede cesar alguna vez aquella relacion, sin que cesen los unos de ser Obispos, y las otras de ser verdaderas Iglesias; recibiendo así los unos como las otras la norma de aquello en que deben formar un solo cuerpo, de un tribunal superior, esto es, de la Iglesia universal ó del Papa. Por consiguiente es claro que el Obispo no puede *hacer que se sienta la autoridad* de sus derechos sino con subordinacion al presidente universal, como que representa en sí mismo la viva, operante, eficaz y autoritativa imagen de la Iglesia; quiere decir no puede ejercer el derecho de representar su Iglesia, sino dependientemente de la Iglesia católica, la cual puede realmente prescribir contra este derecho, pues puede hasta deponer á los mismos Obispos. ¿Se dirá que esta no es una prescripcion contra el derecho del Episcopado, sino solamente contra la persona privada del Obispo? Si la de-

posicion fuera una verdadera y total degradacion, tendria la objecion alguna fuerza: pero no siendo mas que una suspension del ejercicio de los derechos Episcopales en quien siempre conserva el carácter de Obispo; es una verdaderísima prescripcion contra el derecho fundamental *de hacer que se sienta la autoridad* de los demas derechos, y por lo mismo tambien de el de representar aquella Iglesia. ¿Pero no puede la Iglesia deponer tambien al Papa? Parece imposible que pueda decir esto el que tenga algo de razon, despues que hemos demostrado el ningun valor del único argumento en que se funda tan extraña sentencia, y que se saca de los concilios de Pisa y de Constanza. Pero sin embargo, sea así por un momento; y tenga la Iglesia, si se quiere, autoridad para depone-
ner á los Pontífices: ¿qué se sigue de aquí? La consecuencia es cabalmente contraria á los que hacen esta objecion. En efecto, dejando en esta hipótesis el Papa depuesto de ser verdadero Papa, no es la deposicion una prescripcion contra los derechos del primado, ni de consiguiente contra la actual representacion de la Iglesia en el Papa reconocido por tal, sino solamente contra la persona que estaba antes adornada con la dignidad Papal: siendo así que sucede lo contrario en la deposicion de los Obispos como hemos insinuado. El punto de la cuestion no es si puede la Iglesia quitar á uno la dignidad y autoridad Pontificia, sino solo si se comprende esencialmente en el primado la representacion de la Iglesia, lo que nunca se podrá negar, si no se prueba primero que la Iglesia ha suspendido alguna vez en un Papa verdadero y subsistente el ejercicio de sus primaciales derechos, y por consiguiente tambien del de representarla; y que no obstante ha gozado el Papa de una primacia activa, operante y eficaz, con el derecho esencial de hacer que se sienta su autoridad. Conque mientras los contrarios no nos presenten razones mas convincentes, siempre podremos concluir que la actual representacion de la Iglesia es inseparable del primado Pontificio.

8. Ellos dicen que siempre que no haya en la Iglesia y en el Papa un mismo espíritu, unos sentimientos y una doctrina, tampoco podrá darse en el Papa la verdadera representacion de la Iglesia. Luego el Pontífice no puede representar á la Igle-

*

sia, sin que al mismo tiempo represente necesariamente la unidad. Mas el primado, pues es el principio, el centro y guarda de esta unidad, debe estar esencialmente conexo con ella. Luego debe expresarla en sí mismo: es decir, debe contener en sí mismo esencialmente el punto de union á que deben referirse como á su centro todos los demas. En efecto, como la unidad es indivisible, no puede representarla en parte uno y en parte otro, ni tampoco uno mismo por partes. Así, por ejemplo, en un concilio cada uno de los Obispos que define como juez en union con los demas un artículo de fé, tiene en sí todo lo que bajo este concepto se halla en los demas tomados colectivamente, esto es, la verdadera fé acerca de aquel artículo. Luego si la primacia expresa en sí esencialmente la unidad de la Iglesia, ni contra esta expresion, como atributo de la misma primacia, *puede hacer la Iglesia ninguna prescripcion*; se sigue necesariamente que siempre que el Papa decida solemnemente algun punto dogmático, se debe reconocer en su decision la voz de la unidad, y abrazarla de consiguiente como infalible. Gracias por lo mismo al Señor Tamburini que nos ha conducido á esta incontrastable consecuencia.

CAPITULO XXIV.

Se demuestra que es legítima en el romano Pontífice la distincion de persona privada y de Pastor de la Iglesia; y se indican algunas reglas para conocer cuando define verdaderamente ex cathedra.

1. **H**abiendo demostrado cuan irracional y extraña es la distincion que ponen los novadores entre el derecho de representar á la Iglesia, y la *actual representacion* de la misma, pasemos á ver que juicio se debe formar de la confusion que hacen igualmente en el Papa, de su ser de persona privada con el de cabeza y Pastor de la Iglesia. Contra la práctica universal, contra el sentido comun, y contra la naturaleza de las cosas, pretenden que no se debe hacer en él ninguna distincion entre el obrar y hablar como doctor particular, y obrar y hablar como supremo Gerarca; lo que hacen manifestamen-

te con el fin de aplicar mediante esta informe confusion á los Sumos Pontífices, aun como cabezas de la Iglesia, algunos de sus defectos verdaderos ó supuestos en las opiniones y conducta; y de vender como una confesion de la falibilidad de los Pontífices el bajo concepto que algunos de ellos han manifestado de sí mismos, ó por efecto de humildad, ó en consecuencia de su fragilidad natural, para que en sus solemnes definiciones no se distinga la suprema autoridad de la debilidad humana que se deja ver en sus sentimientos particulares. De aquí es, que nos recuerdan con aire de triunfo los nombres de un Zozimo, de un Pelagio I, de Nicolas I, de Honorio, de Adriano I, de Leon IV, de Inocencio III, Clemente IV, y VI, Urbano V, Gregorio XI, Adriano VI, Paulo IV, y de otros muchos á quienes acusan de haber errado, ó que se creyeron hombres falaces, y así lo declararon ellos mismos, ó que revocaron los decretos de sus predecesores.

2. Existen y se hallan donde quiera las célebres y victoriosas apologías que de todos estos Pontífices, y de los demas que citan *usque ad nauseam* los contrarios, publicaron los críticos mas ilustrados, los historiadores mas imparciales, los teólogos mas profundos, los católicos mas sinceros; y el repetir las sería perder el tiempo. No pueden ignorarlas los novadores, pero fingén que no las saben, ó no hacen caso de ellas, insistiendo siempre en su pretension de que si los Papas fueran infalibles, deberían conservar una constancia superior á las mayores violencias, y un tono de jueces sin apelacion, lo mismo en la cátedra que en sus habitaciones privadas, en las sesiones conciliares, y en las conversaciones familiares, y ser infalibles en cuanto dicen y en cualquiera resolucion práctica toque ó no toque al depósito de la fé, diríjase ó no á la Iglesia, ó bien á cualquiera persona particular: como si al momento que son elevados al Pontificado, dejasen de ser hombres, y se convirtiesen en otras tantas divinidades. Nada sirve decirles que hasta en los mismos soberanos temporales de todas las naciones se distingue el ser de supremo gobernante del de la persona individual y privada, y que no siempre obran segun la primera cualidad; que segun todos entienden siempre se ha considerado como dependiente de la voluntad del Soberano el

ejercicio de los derechos de su soberanía, cuyas prerogativas se unen á las personales sin destruirlas; y que últimamente por la naturaleza de los objetos y por otras circunstancias se debe conocer cuando obra el Papa segun la primera cualidad, y cuando segun la segunda, como se conoce en los soberanos. Pero si nada sirve todo esto, no es porque refuten las razones que se les alegan, sino por que ó las omiten enteramente, ó á todo mas las apuntan con los honoríficos títulos de *ridículas puerilidades*, *sofismas insustanciales*, y *distinciones arbitrarias*, dignas mas bien de desprecio que de respuesta. Tratemos pues de otra cosa que tienen ellos mismos por mas decisiva.

3. Pregunto en primer lugar á los contrarios: ¿destruye la primacía todas las demas cualidades personales en el Pontífice? Si las destruye; luego tambien destruye las de Obispo de Roma, de Metropolitano, y de Patriarca: y en esta hipótesis todo lo que hiciese, todo lo que decidiese para la Iglesia particular de Roma, para las suburbanas, para las de occidente, obligaría á todo el mundo católico, del mismo modo y hasta el punto que obligaria la ley mas universal y la mas solemne definicion que diese para todo el universo como primado supremo. Y de aquí se sigue que así como ninguno se creería obligado en manera alguna á las prácticas particulares y leyes de aquellas Iglesias, del mismo modo nadie se creería obligado por ningun título á las demas determinaciones Pontificias por mas solemnes y universales que fuesen, no reconociendo mayor autoridad que aquella en la misma primacía. Y si no destruye todas las demas cualidades personales; ¿porqué ha de destruir la cualidad de hombre? No es esta el fundamento de todas las demas? Y si no queda esta destruida, ¿porqué no podrá el Papa siendo infalible, obrar, raciocinar y resolver como hombre? Y si puede prescindir del ser de Pontífice en el ejercicio de su autoridad, cuando no se trata de ningún punto de doctrina; ¿porqué no ha de poder cuando se trata de un punto que se puede reducir directa ó indirectamente á un principio doctrinal? Así es, me responden, cuando no se trata de doctrina; el ejercicio de la primacía depende entonces de la voluntad del Pontífice: puede mandar ó no mandar, y limitar el mando á estas ó aquellas

circunstancias, tiempos, lugares y personas: pero tratándose de alguna doctrina perteneciente á la fé, como mira al entendimiento que tampoco en el Pontífice es mas que uno solo, no puede distinguirse el juicio del hombre del juicio del Pontífice. ¡Buen argumento á la verdad! ¿No ven los contrarios que aunque el entendimiento es uno solo, no es uno solo el principio de donde le vienen las luces? Cuando el Papa reasume toda su autoridad de cabeza, esto es, cuando en el decidir se propone ejercer su primacía de autoridad, y obligar por lo mismo la conciencia de los fieles, como vivo y actual representante de la Iglesia, entonces es iluminado de lo alto y sus luces son sobrenaturales; en otro caso son naturales nada mas. No hay en esto ninguna repugnancia; porque teniéndose el don de la infalibilidad por un privilegio inseparable de la primacía, llega á ser su ejercicio, que en el Pontífice siempre es libre, como la condicion esencial, sin la cual no se obligó Dios á darle las luces infalibles, no habiéndose las prometido sino con esta condicion, sea el que quiera el discurso ó el juicio que forme. Sería necesario que la infalibilidad fuese una prerogativa personal y absoluta, para llamarla independiente de toda condicion. Así pues cuando el Pontífice no reasume toda su autoridad, ni se propone representar á la Iglesia católica como su Gefe supremo y Juez de la fé, no abre, por decirlo así, á su entendimiento la única puerta por donde le llegan las luces celestiales.

4. En segundo lugar díganme sinceramente los contrarios: ¿no tienen que violentarse á sí mismos para confundir en los romanos Pontífices lo que se ven obligados á distinguir en los Padres de cualquiera concilio ecuménico? ¿Cuántas condiciones no se requieren, y exigen ellos mismos, para reconocer en aquellos Padres la infalible autoridad de la Iglesia? Se requiere que se revistan de la plenitud de su poder; que expresen su intencion de obligar siempre y en todo á los fieles; que todo lo que hacen lo hagan con equidad, que procedan con buen orden, y que sean libres. Si faltan todas ó algunas de estas condiciones, ¿se consideran como el tribunal supremo de la Iglesia, como los jueces infalibles de la fé? No por cierto, así lo dicen acordes hasta los mismos adversarios. Empero que se ve-

rifiquen ó no se verifiquen estas condiciones, el número de los Padres siempre es el mismo, las mismas son sus cualidades personales, el mismo su carácter Episcopal. ¿En qué se funda pues esta diferencia esencial? En representar en un caso á la Iglesia, y en no representarla en otro. Luego cuando la representan son infalibles; y el representarla depende de algunas condiciones. ¿Pero no es este exactamente el caso del Papa? A él le corresponde el privilegio de la infalibilidad, pero únicamente como representante de la Iglesia; y el representarla actualmente depende del ejercicio de su primacia que no siempre quiere ejercer ni ejerce. Luego si se admite esta distincion en los Padres de un concilio, ¿porqué se ha de negar en el Papa? Concluyamos pues que si el Papa no obra ó no manda como Gefe supremo, tampoco hablará como Juez infalible, aunque le consulten de varias partes del mundo católico, aunque examine con todo empeño la cuestion, y aunque responda y decida. ¿Y qué? ¿No se sostiene que en las disputas y decisiones de los concilios generales que suelen preceder á la formacion de los cánones, aunque sea unánime el sentir de los Padres, no se reconoce la doctrina de la Iglesia con sumision de fé, sino que solo se considera el peso de los racioncinios teológicos; y que de consiguiente no definen en ellas los jueces sino que únicamente racioncinan los teólogos? Y fuera de esto, sin extendernos mas, ¿no enseña expresamente el autor de la *Defensa de la declaracion &c.*, *non quacumque in conciliis gesta sunt ad Ecclesiæ catholicæ fidem pertinere, sed illa tantum, quæ, decreto edito, fidelibus omnibus credenda ac tenenda proponuntur?* (1). Y por qué? Los Padres, tanto en los cánones como en las decisiones preliminares, en las definiciones y en los discursos, son sin embargo los mismos. Es mucha verdad; pero hay una diferencia que segun este mismo autor consiste en la expresa intencion que tienen de obligar absolutamente las conciencias de los demas con decretos irrecusables: sin esta voluntad, todas sus resoluciones se tienen por *dicta et gesta, sine expressa deliberatione ac determinatione, quibus adstringi se catholici uno ore negant* (2). Ahora bien, así como todo lo que se resuelve en un concilio

(1) *Lib. 3. c. 1.*

(2) *Ibi.*

sin ánimo expreso de definir, no forma, aunque pertenezca á la fé, una decision dogmática; así tampoco, sin esta expresa intencion de los Padres, se podrá decir que representan en aquellas resoluciones á la Iglesia definiente. El que tenga algo de razon puede hacer fácilmente la aplicacion al Papa. Pero... cuando el Papa responde y juzga sobre lo que se le ha consultado, seguramente tendrá ánimo de juzgar. No hay duda, pero de juzgar como teólogo y doctor particular, siempre que no reasuma la plenitud de su autoridad: conque estamos como al principio. Y aunque se conceda que algunas veces los recurrentes le interpielen como Juez Supremo de la Iglesia, no importa nada; porque el uso de su primacia no depende de ellos sino del Pontífice mismo: su recurso mismo prueba la persuasion en que estan de su infalibilidad. Pero se preguntará ¿porqué no responde el Papa como tal, aunque sea preguntado en este concepto? Diré que teniendo la fé una conexion muy necesaria con toda la Iglesia, puede haber circunstancias en que juzgue mas conveniente no responder definitivamente á un simple recurso de alguna persona particular: circunstancias que pueden ser muy varias, y muchas veces solo las puede conocer el Pontífice. ¿Pero no puede haber algun peligro de confundir su dictámen particular con sus juicios definitivos y formales en semejantes casos? Y si le hay ¿cómo lo hemos de conocer? Este es el segundo punto á que se puede satisfacer brevemente con principios sencillísimos que nacen necesariamente del fin del primado, sin meternos á disolver las sutiles dificultades de los sistemas escolásticos que estan permitidos.

5. Hemos demostrado que el Papa puede hablar como cabeza de la Iglesia y como doctor particular. Ahora bien; no excluyendo la primacia esta distincion, es necesario, para que no se introduzcan confusiones y desórdenes en la Iglesia, que haya ciertas señales manifestas é indudables, por donde se pueda conocer cuando decide solemnemente el Pontífice, ó sea *ex cathedra*, y cuando no. La existencia de estas señales es tan cierta como la distincion que hemos demostrado, y como el desórden que sin ellas se originaria necesariamente con daño de la Iglesia: desórden esencialmente contrario al fin por que fué instituido el primado. Estas señales unas son intrínsecas á

las mismas definiciones, y otras extrínsecas y dependientes de una costumbre eclesiástica. En cuanto á las primeras, las principales, y que se deducen como consecuencias necesarias de la naturaleza y fin del primado, son estas: 1.^a Pedro fué constituido por Cristo cabeza de su Iglesia para conservar la unidad de la fé: luego el punto que el Papa define, debe pertenecer á la fé. 2.^a Define el Pontífice el punto de fé para dar á los fieles la norma infalible de su creencia, y quitarles toda sospecha, perplejidad y temor; luego su juicio debe indicarnos que tiene él mismo esta firmeza y esta estabilidad de entendimiento. 3.^a El Papa es presidente y cabeza de toda la Iglesia, y la fé interesa universalmente á toda la Iglesia: luego cuando decide como cabeza, debe dar á conocer su decision á la Iglesia. 4.^a Luego en sus decisiones debe hablar con la Iglesia y á ella deben dirigirse. 5.^a Cuando define el Sumo Pontífice, ejerce el oficio de Juez, que determina el objeto de fé, y manda á la voluntad que cautive al entendimiento en obsequio de la misma fé, y no hace el oficio de teólogo que solo se reduce á convencer la razon: conviene pues que la definicion esté concebida en términos que expresen que el Papa tiene intencion de mandar absolutamente con su autoridad suprema que creamos aquel artículo determinado. Y como la diferencia que hay entre definir el Juez y discurrir el teólogo, no solo depende de la naturaleza y cualidades del objeto de que se trata, sino de la voluntad del mismo Pontífice; por esta razon, usándose constantemente por la Iglesia y por los Papas una fórmula determinada para denotar inequívocamente á toda la cristiandad su último juicio supremo, y la pena á que de consiguiente deben estar sujetos los inobedientes; siempre que el Papa omita esta fórmula, sin manifestar suficientemente que á pesar de esta omision es su intencion y quiere definir como sumo Gerarca y Juez de la fé; se debe concluir que no ha pronunciado su juicio como tal, pues debe acomodarse á la comun inteligencia. Entre estas formalidades la principal consiste en calificar de herética la doctrina contraria, y en fulminar *anatema* contra quien la profese en adelante (a). Luego

(a) Por esto se conoce cuan infundado es el argumento de Le-Gros, que en la pág. 367, queriendo probar que no siempre adoptó la Iglesia

un juicio del Pontífice que no vaya acompañado de esta fórmula ó de una expresion equivalente, no deberá considerarse como definitivo, ni que al publicarle tuviese intencion y quisiese el Pontífice ejercer su autoridad primacial. Pero esta es una señal puramente extrínseca.

6. Tambien algunas veces se debe hacer esta distincion de Juez Supremo y de teólogo privado en una misma definicion, como cuando el Papa se vale para corroborarla de argumentos y deduciones teológicas. En esta parte es un mero teólogo aunque de la mayor excepcion, como tambien son meros teólogos los Padres de un concilio en los racionios é indagaciones que preceden á los cánones, bien que el contradecirlas seria una temeridad insufrible: pero es Juez en el punto definido, porque este no tanto es el resultado de las discusiones teológicas, cuanto el objeto de la asistencia divina. Del mismo modo enseñando la ermenéutica que se debe atender al fin principal de todo escritor para conocer bien su mente; como el objeto formal de una definicion se conoce por solo el artículo definido, no se opondria á la definicion el que no admitiese otro sentido ú otra proposicion incidente, que no estuviese intrínseca y esencialmente conexa con el objeto primario de la misma definicion: en cuyo caso se deberá decir que no fué la intencion del Pontífice definir aquel sentido ó aquella proposicion. De todo esto se sigue que un decreto, que 1.º no trate de materias de fé, 2.º se exprese con alguna duda, 3.º esté formado sin expresa voluntad de obligar las conciencias, 4.º no se dirija á toda la Iglesia, 5.º carezca de las formalidades características, 6.º y se considere solamente en los fundamentos teológicos ó en un sentido accidental, y no en su objeto inmediato, nunca se podrá llamar con verdad una decision dogmática del Pontífice que define *ex cathedra*, ó sea con la plenitud de su autoridad primacial.

7. Fijadas de este modo las señales que deben acompañar á

esta fórmula, y suponiendo lo que se disputa, alega el decreto del concilio Constanciense á favor de su primacia, donde no se lee esta fórmula, cuando debia inferir más bien segun la práctica universal despues de los tiempos apostólicos, y por razones incontrastables, que aquel no era un decreto dogmático, como ya lo hemos probado en el *Discurso preliminar*.

*

Los decretos Pontificios para que se puedan tener por definiciones del Papa como cabeza y Pastor universal de la Iglesia, y cuyo defecto en todo ó en parte hace que sean simples decisiones de una persona privada, que aunque respetabilísima á la verdad está sin embargo expuesta al error: tocara ahora á los contrarios el presentarnos algun decreto Pontificio que aunque adornado con todas estas señales, todavía ó tuviese por objeto inmediato algun error contra la fé, ó contuviese una declaracion del Pontífice de ser falible, ó hubiese sido formal y solemnemente revocado por sus sucesores. Pero por mas que registren los monumentos de la venerable antigüedad y de los siglos subsiguientes, jamas hallarán ni siquiera un decreto de esta clase por donde puedan argüir á favor de su sistema y contra la infalibilidad Pontificia.

CAPITULO XXV.

El efecto de las excomuniones impuestas por los romanos Pontífices no depende del expreso consentimiento de la Iglesia sino de su intrínseca eficacia, y de consiguiente prueba tambien que los Pontífices son infalibles.

1. Ya hemos probado claramente (1) que el concepto que forman los novadores de las excomuniones fulminadas por el Vaticano, es decir, que son condicionales y dependientes del consentimiento de la Iglesia universal, es contrario á la idea que de ellas tenian los Padres aun de los siglos mas remotos. Réstanos ahora para mayor abundamiento corroborar mas y mas la demostracion de su fuerza absoluta é independiente; dando solucion á los argumentos que ponen los contrarios, y probándoles estas dos verdades de hecho: 1.^a que en las excomuniones jamas pidió el Papa el consentimiento de la Iglesia como necesario: 2.^a que tampoco la Iglesia pretendió jamas tener el derecho de prestarlo.

2. Pretenden efectivamente en primer lugar que no hay

(1) Cap. 13.

una fórmula tan solemne y absoluta de la excomunion, que se deba entender que excluye todo consentimiento posterior, si se interpreta segun la mente de los mismos Pontífices que murieron antes de los tiempos de las *pretendidas usurpaciones romanas*. En segundo lugar sostienen que la Iglesia ha usado prácticamente de este derecho examinando y juzgando las causas definidas por el sucesor de San Pedro en que se imponia excomunion. Para probar su primer aserto presentan algunos textos de los sumos Pontífices, por los cuales parece se puede presumir que reconocian que la excomunion dependia de este consentimiento en cuanto á su ejecucion. Así el supuesto Bossuet (1) refiriendo la condenacion de Joviniano por Siricio; de que este Pontífice la notificase á la Iglesia de Milan en estos términos: *quod custodituram* (su sentencia) *sancitatem vestram non ambigens, hæc scripta direxi*, infiere que Siricio pedia el consentimiento de aquella Iglesia. Así el autor de *Cosa è un appellante?* de la carta del Papa Simplicio al Emperador Zenon donde dice: *quod Apostolicis manibus cum Ecclesiæ universalis assensu acie meruit evangelicæ falcis abscondi, vigorem sumere non potest renascendi*, quiere inferir que explicándose así el Pontífice reconoce que lo que se ha cortado con el consentimiento de la Iglesia universal, puede renacer de nuevo mediante la absolucion de la misma Iglesia; y que por lo mismo es lícito á un excomulgado por el Papa «disputar y sostener su opinion diversa de la del mismo » Papa esperando en paz la decision del cuerpo de los Pastores» (2), cuyo disenso, segun dice Tournely, hace *excommunicationis effectum aut cassum, aut suspensum*. Pero como se pueden alegar una infinidad de lugares en que los Pontífices declaran expresamente que ninguna otra potestad puede desatar el vínculo con que estan ligados los que estan excomulgados por el Pontífice, y que incurre en una prevaricacion, y en la excomunion misma el que intente desatarlos; por esta razon se previene el citado supuesto Bossuet, y da la razon de este modo de proceder absoluto de los Pontífices, diciendo:

(1) *Defens. decl. Cl. Gall. p. 3, l. 10, §. 19.*

(2) *Cup. 3, art. 2, pag. 111.*

His decretis caveri hæc duo, alterum ne ordinaria consuetaque negotia, post Sedis apostolicæ judicium ad ulteriora judicia referantur; alterum ne in causis etiam maximis retractentur ea, quæ in conciliaribus statutis exequendis hæc Sedes egerit (1), sosteniendo que los Papas hablan solamente de aquellos decretos en que declaran que sus juicios son irreformables, y sus censuras obligatorias é irrevocables por ninguna otra autoridad.

3. ¿Quién no ve que nada prueba todo esto contra nosotros; y que de ningún modo pertenece á la cuestion que tratamos? ¿Cuál es el punto de la controversia? ¿No es el saber si los Papas han reconocido alguna vez que es necesario el consentimiento de la Iglesia para la eficacia de las excomuniones que han impuesto? No basta pues alegar algun ejemplar de que el romano Pontífice haya requerido este consentimiento; es menester ademas probar que lo han creido necesario. Puede tal vez alguno renunciar el actual ejercicio de ciertos derechos en circunstancias particulares; pero nunca puede ejercerlos el que no los tiene. Sabia ciertamente Gelasio que los Obispos orientales debian recurrir á la Silla Apostólica antes de deponer á los que no comunicaban con Acacio, y poner en su lugar á los que le favorecian: *Debuit..... et ad Sanctam Sedem ex more referri*; y sin embargo cuando les escribe dice que disimula y no recuerda que faltaron en esto á su obligacion, *ne sua privilegia curare videatur*. Así se podrian presentar otros varios ejemplos de Papas que suspendieron alguna vez el ejercicio de sus no controvertidos derechos. Pero já lo menos la conducta de aquellos Pontífices que se citan en los textos alegados prueba que en aquellos casos particulares ponian la fuerza de sus decretos en el consentimiento de la Iglesia? No solamente en aquellos pasages, pero ni tampoco en cuanto puedan oponernos los contrarios, se probará jamas que haya tenido por necesario semejante consentimiento ningún Pontífice, ni tampoco se podrá deducir que lo reputase la Iglesia por tal.

4. Y primeramente en cuanto al texto de Siricio ¿cómo

(1) *Defens. decl. Cl. Gall. p. 3, l. 10, c. 22.*

se prueba que pidió el consentimiento de aquella Iglesia? Efectivamente el *non ambigens custodituram* quiere decir en buen castellano que *no teme que no la guarde y cumpla*: lo que no estaria bien dicho á uno, cuyo consentimiento se esperase é implorase. Y aun en buena lógica se debe concluir todo lo contrario de este mismo texto. Porque, como nota el Binio (1) no manifiesta aquel Pontífice otro fin en escribir aquella carta, sino *ut certiore reddat* á la Iglesia de Milan de haber condenado á Joviniano, para que ella le considere como tal y le condene; ni otra cosa se puede inferir de las expresiones que usa sino su persuasion de que los Obispos de aquella provincia aceptarían, porque eran católicos, la sentencia que habia dado contra el herege, pues en otro caso dudaria de su ortodoxia: y aun declara que les escribia por la persuasion en que estaba de que la aceptarían, *quod custodituram sanctitatem vestram non ambigens, hæc scripta direxi*, por lo cual si hubiera podido sospechar que no la habian de aceptar como protectores del mismo herege, les hubiera escrito diciendo que le habia condenado suponiendo su consentimiento, y no solamente que les notificaba la condenacion en esta suposicion. ¡Singular privilegio es este de los novadores! presentar en defensa de su propia doctrina lo que tiene tanta fuerza para refutarla.

5. Lo mismo digo del texto de Simplicio si se explica, como debe explicarse, por los antecedentes, y no se toma aisladamente. Exhorta en aquella carta al Emperador á observar exactamente cuanto mandaba Leon en la suya al concilio de Calcedonia á que se oponia Eluro, porque *quæ de scripturarum fonte purissimo sincera perspicuaque manarunt, nullis agitari nebulosæ versutiæ poterunt argumentis. Perstat enim suis hæc* (esto es, la carta de San Leon), *et eadem norma doctrinæ, cui Dominus totius curam ovilis injunxit, cui se usque ad finem sæculi minime defuturum, cui portas inferi nunquam prævalituras esse promisit, cujus sententia quæ ligarentur in terris, solvi testatus est non posse nec in cælo*. He aquí la razon por que el Emperador no debe dejar impune á Eluro; porque no puede ser desatado ni aun en el cielo el que está ligado en la

(1) Labbé, t. 3. conc.

tierra por aquel á quien se cometió el cuidado de todo el rebaño de Cristo: esta es la fuente de donde recibe toda su fuerza la carta de Leon; las divinas promesas, y no el consentimiento de la Iglesia. Pero añade al fin de la carta: *Nullus ad aures vestras perniciosis mentibus subripiendi pandatur accessus, nulla retractandi quidpiam de veteribus constitutis fiducia concedatur. Quia quod apostolicis manibus cum Ecclesiae universalis assensu, acie meruit evangelicae falcis abscindi, vigorem sumere non potest renascendi* (1). ¿Y qué pretenden los apelantes? Porque Simplicio despues de haber probado tan claramente por las promesas de Cristo la intrínseca y absoluta autoridad de la carta de Leon, añade tambien la extrínseca que proviene del expreso consentimiento de la Iglesia universal, ¿deberemos concluir que segun él pedia Leon este consentimiento, y que de él depende la eficacia de su juicio, retractando cuanto habia dicho primero fundándose en las divinas promesas? No hizo mas que insinuar el hecho de este consentimiento para empeñar mas y mas al Emperador á no proteger á los hereges, y quitarles con esto toda esperanza de favor y apoyo. Si el hecho era cierto, ¿porqué no podia recordarlo? Y si podia ¿porqué se ha de creer que recordándolo hace depender de él toda la autoridad de la carta de Leon con tan evidente contradiccion de sus mismos principios?

6. ¿Qué debemos decir por último de la regla que nos dá el pseudonimo autor de la *Defensa* para entender aquellos decretos, en que los Pontífices declaran en tono autoritativo que son irrevocables por cualquiera otro tribunal las excomuniones impuestas por la Silla Apostólica, ó ir retractables las causas que ha definido: cuya regla se reduce á que se debe entender que en ello se trata ó de causas *ordinarias* y de menor cuantía, ó de lo que hicieron *in conciliaribus statutis exequendis*? No otra cosa ciertamente sino que parece haberla dictado mas bien un herege que un autor católico. Efectivamente, es costumbre general de los hereges cuando se ven apurados por algun clarísimo testimonio de la Escritura ó de aquellos Padres que tambien ellos veneran, y cuyo significado literal no

(2) *Ibi*, t. 7, pag. 976.

pueden corromper con sofismas y sutilezas gramaticales, darle el sentido segun los principios generales sacados del fondo de sus heregías, para poder introducir excepciones siempre que les convenga, aun cuando los textos hablan del modo mas claro y manifesto, pretendiendo que en aquellos casos se debe subentender lo que jamas entendieron ni los Padres ni la Escritura. Por tanto si el autor hubiera tenido presente esta manía de los hereges, no le hubiera costado trabajo conocer que su regla es el tercer exceso que debe evitar con el mayor cuidado un intérprete católico de la tradicion, la cual admitida semejante regla podia trastornarse enteramente segun el capricho de cada uno aunque fuese la mas clara é irrefragable. Ni es fácil concebir como puede prescribirse y observarse en buena conciencia y con recta intencion semejante regla, pues la excluyen evidentemente los mismos Pontífices, que en sus decretos, cualquiera que sea la causa, reconocen una autoridad intrínseca y absoluta. Y que excluyan absolutamente aquella regla los Pontífices, se podria demostrar con muchos ejemplos, pero me limito á uno solo como suficiente para mi propósito, es decir al de Gelasio en la causa de Acacio (1).

7. Habiendo sido Acacio excomulgado por el Pontífice *secundum formam concilii Chalcedonensis*, y oponiendo sus fautores que *si synodus Chalcedonensis admittitur, omnia constare debent, quæ illic videntur esse deprompta* (y por lo mismo tambien el cánón 28); les responde Gelasio: *Illud cognoscendum... pro fide communi, et veritate catholica et apostolica, quod fieri sedes apostolica delegavit* (no basta), *factumque firmavit... quod vero refutavit, habere non posse firmitatem, solamque rescidisse, quod præter ordinem* (como acerca de dicho cánón) *congregatio synodica putaverat usurpandum*; tambien reprénde á aquellos Obispos que se atrevieron á absolver del anatema á Pedro de Alejandria, por no haber examinado antes *si illa quæ ligaverat* (la Silla Apostólica) *non resolvente..... potuissent dissolvi*; siendo cierto, *plures ubique nomen sacerdotis præferentes, SOLA Sedis Apostolicæ esse auctoritate dejectos*, y que el mismo Acacio *in horum damna-*

(1) Gelasio, *De anathematis vinculo*. Véase Labbé t. 5. Conc. p. 352.

torum recidit numerum. Pues que ¿era la causa ordinaria y de ninguna importancia? ¿O bien el decir San Gelasio que en las deliberaciones conciliares solo tiene firmeza autoritativa la que es confirmada por la Silla Apostólica, que es la única que puede desatar lo que ha ligado, significa en el vocabulario moderno que declara no poder atar ni desatar sin el consentimiento de la Iglesia; y que cuanto hizo contra Acacio y Pedro Alejandrino, lo hizo como simple ministro y ejecutor del concilio Calcedonense? ¿No sería esto entender el sí por el no, y la noche por el día?

8. Todavía es mas ridícula la distincion de las cualidades de los juicios, que quisiera nuestro autor se tomasen de la cualidad de las expresiones mas ó menos fuertes que usan los Pontífices, pretendiendo que se debe interpretar á Gelasio segun esta regla. Esto es, quisiera él, que cuando declara que no se puede apelar de su sentencia, se debiese entender de un juicio *provisorio* del cual no hay costumbre de apelar; cuando lo vindica como definitivo en absolver, debiese interpretarse definitivo *in absolviendo* al que fuese condenado por un Juez inferior; y cuando lo quiere definitivo en condenar; se explicase *in condemnando* en ejecucion de los decretos conciliares, como fué condenado Acacio en ejecucion de lo decretado por el concilio de Calcedonia. ¿Pero en qué lugar de las obras de este Pontífice ha leído semejante distincion, ni ha podido sacar siquiera el mas remoto fundamento para ella? Me parece que no se lisongeará de haberlo hallado en los textos que hemos alegado, por los cuales se manifiesta evidentísimamente que á la autoridad del mismo concilio se la hace provenir de la aprobacion de sola la Silla Apostólica. Examinemos pues si ha podido sacar algun apoyo de aquellos en que demuestra Gelasio que era inexcusable Acacio, por haber comunicado con Pedro de Alejandría sin estar autorizado para ello por la misma Silla Apostólica, de la cual habia dependido en cuanto á condenarle. El asunto era muy propio para el caso, porque se trata de un juicio sin apelacion y definitivo *in solvendo* ó *in condemnando*: pero ¿hizo acaso el Pontífice esta quimérica distincion? Cualquiera puede decidirlo: he aquí el texto. *Sicuti* (Acacio) *non prius damnavit* (á Pedro de Ale-

jandría), quam et referret et posceret ab apostolica Sede damnandum; sic et in recipiendo modum servare debuisset, ut priusquam se ei communione misceret, per Sedem apostolicam posceret examinari eum, et legitima ratione purgari, cum nec examinandi aut recipiendi eum haberet pontificium (a); et nonnisi per illius Sedis auctoritatem consensumque hoc posset implere, sine cujus auctoritate eum non poterat ipse damnare, et cujus principali diligentia et discuti potuit, et purgari, et ad communionem convenienter admitti. Cum enim constet, semper auctoritate Sedis apostolicæ hujusmodi personas aut discussas, velesse purgatas, aut sic ab aliis, quibus competeat, Episcopis absolutas, ut tamen absolutio earum ex solæ Sedis apostolicæ consensione penderet (b); si tu, absque mea communione, Petrum judicasti esse catholicum, meque despecto, tuo eum jure recepisti; quid causaris si illum ego à communione mea, quam tu voluisti esse despectam, tamquam absque tua notitia aut consultatione repulerim? Vis acquiescere? meus es (luego tambien de Cristo, concluiría San Gerónimo): non vis acquiescere? meus non est (luego del Antecristo segun el mismo doctor): qui enim mecum non est, contra me est; et qui mecum non colligit, spargit. ¿Hallan los contrarios alguna dificultad sobre la inteligencia de este evidentísimo testimonio? Propónganla si la encuentran, que con eso tendré yo un nuevo motivo para admirar su penetracion y sutileza. Basta que no me opongan que en este lugar habla Gelasio únicamente ó de la temeridad con que se atrevió Acacio á usurpar el derecho de absolver á Pedro, sin consultar á la Silla Apostólica, no pudiendo hacerlo un simple particular; ó bien de una condenacion hecha en ejecucion de lo decretado por el concilio de Calcedonia. Porque

(a) ¿No es esta una verdadera pintura de nuestros modernos novadores que examinan, absuelven y defienden por sí solos á despecho de la Silla Apostólica á sus corifeos, á quienes tantas veces y tan solemnemente ha condenado ella misma?

(b) He aquí la última suprema autoridad: sea enhorabuena absuelto por los otros Obispos el excomulgado, si la Silla Apostólica no le absuelve, queda tan ligado como estaba. ¿Dónde se nombra aquí el consentimiento de la Iglesia para dar valor á los decretos Pontificios de condenacion y absolucion, ó el disenso para anularlos?

*

en el primer caso, les haré observar que el Pontífice se explicó con tanta generalidad en el sostener los derechos de su Silla, que sus palabras no se pueden limitar al caso de Acacio solamente, y que no solo declara su autoridad en absolver al Alejandrino, sino tambien en condenarle: y en el segundo caso no haré mas que invitarles á que vuelvan á leer lo que digo al principio de este párrafo: y tendré mas bien un nuevo motivo de compadecerme de su ceguedad si no pueden, ó de su obstinacion si no quieren entender unos testimonios tan evidentes y luminosos.

9. Pero pensemos como los contrarios: concedámosles por un momento que cuando el Pontífice condenó á Pedro de Acacio, fué un ejecutor del concilio: ¿qué ventaja se les sigue? Si caquellos excomulgados hubieran alegado que aquel concilio no habia proscripto sus errores, como dice Gelasio que pretendian algunos adherentes de Acacio y al mismo tiempo del concilio (1), y hubieran interpuesto por lo mismo su apelacion á imitacion de los apelantes modernos; ¿no les hubiera replicado, como dice en otra parte, que la Silla Apostólica juez de todo el mundo católico: *ipsa ad nullius commeat iudicium*? ¿No fué un verdadero juicio el que pronunció Gelasio declarando que la doctrina de Pedro de Alejandría era contraria á la que se habia establecido en el concilio de Calcedonia? Nadie puede negarlo. Luego cuando fulminó la excomunion fundándose en este juicio, guardó los cánones conciliares, y excomulgó absolutamente por causa de una doctrina que juzgó errónea. Declaró que ninguna otra autoridad podia revocar esta excomunion; luego tenia Gelasio el derecho de excomulgar sin dependencia de nadie, pues que excomulgó irrevocablemente en consecuencia de un juicio suyo. Pero si se dice que el juicio versaba sobre un hecho, y que de consiguiente la eficacia de la condenacion, como que dependia de que fuese cierto este mismo hecho, no se puede considerar como intrínseca y absoluta; responderé que el objeto del juicio fué precisamente la doctrina de Pedro; y que una cosa es el efecto, y otra la eficacia de una excomunion: pues puede ser muy bien aquel alguna

(1) *Cart. d Eufemiano*, pag. 317.

vez extrínseco, esto es, limitado únicamente á la comunión extrínseca, cuando en el excomulgado no se verifica el motivo de la excomunion; pero no la eficacia, que aun en este caso es intrínseca á la misma excomunion, porque sin mas requisitos extrínsecos basta por sí sola para producir el efecto de separar al excomulgado de la comunión extrínseca de la Iglesia. Pues la excomunion fulminada por la Silla Apostólica contra el Alejandrino, como fundada únicamente en el juicio del romano Pontífice, y declarada por él irrevocable por ninguna otra potestad, produjo el efecto sin otros requisitos extrínsecos: luego fué intrínsecamente eficaz, y de consiguiente absoluta é independiente. ¿No quedan satisfechos todavía los contrarios? ¿Recibía aquella excomunion toda su fuerza del concilio Calcedonense de que era ejecutor Gelasio? Bien, sea así. Pretendía el Pontífice y lo dice bien claro, que le pertenecía el exámen y la absolucion de Pedro. Si pues en el atar era ministro del concilio, ¿de quién lo era en el desatar? No tiene facultad para absolver, el que nó la tiene para ligar; y de quien proviene la segunda, debe provenir tambien la primera. Sería ciertamente una cosa ridícula el decir que le venia al Pontífice del concilio de Calcedonia el derecho de absolver al que habia sido condenado por disposicion del mismo concilio. Luego tampoco le venia del concilio el derecho de ligar. De otra manera si se dijese que Pedro, condenado ya antes por el concilio, podia ser absuelto por el Pontífice, recordaría yo al autor de la *Defensa* que el juicio del Papa no es definitivo *in absolviendo*, sino respecto de los que han sido condenados por un tribunal inferior, dejando despues á su perspicacia el sacar la consecuencia, que cualquiera que fuese, siempre nos haria ver que estaba *illaqueatus verbis oris sui, et captus propriis sermonibus* (1).

10. Ademas de esto, pregunto yo aquí en general á los apelantes, prescindiendo se entiende, de la distincion de la excomunion en absoluta é independiente, y en condicional y dependiente del consentimiento de la Iglesia: ¿tiene el Pontífice en virtud de su primado derecho para excomulgar por

(1) *Proverb. c. 6.*

razon de doctrina (porque aquí no tratamos de otra cosa), ó no le tiene? Si no le tiene; luego fueron *usurpadores* los Pontífices aun de la mas *remota antigüedad*, porque le ejercieron; *vil* la Iglesia que no se opuso á esta usurpacion; y *ciegos* los Padres que reconocieron en los Papas semejante derecho. Si le tiene; luego no puede menos de ser, concluyo yo, absoluta é independiente de todo consentimiento posterior la excomunion que impone por causa de doctrina. En efecto este derecho, lo mismo que todos los demas de la primacia, debe ser *activo, eficaz, operante*, y el Pontífice debe tener un poder originario *de hacer que se sienta su fuerza* con ejercerlo (1). ¿Pero cómo sería *eficaz y activo* el derecho, si mediante su aplicacion no consiguiese realmente y *per se* el efecto á que se ordena? ¿Cómo podría *hacer* el Pontífice *que se sintiese* la fuerza de su primacia en ejercerle, si el derecho mismo no fuese intrínsecamente activo y eficaz, cuando no es otra cosa el primado sino el complejo de sus derechos primaciales? Luego la eficacia de las excomuniones que impone el Pontífice por razon de doctrina, debe ser intrínseca, y por lo mismo absoluta é independiente. Así pues el pretender que es necesario el consentimiento positivo de la Iglesia para su validacion y eficacia, como este consentimiento es una cosa extrínseca para las excomuniones, sería lo mismo que negar á la primacia la autoridad de imponerlas, ó suponer inactivos é ineficaces sus derechos, ó cambiar finalmente la naturaleza de la excomunion, no pudiendo llamarse tal aquella á que no corresponde un efecto real. Muy mal pensarían los canonistas modernos que podían combatir contra nosotros con nuestras propias armas, suponiéndonos obligados por necesidad de sistema á reconocer en la Iglesia estas excomuniones condicionales, cuando sostenemos que son ineficaces los anatemas conciliares sin el consentimiento tácito ó expreso de los romanos Pontífices. Porque estamos muy distantes de considerar á semejantes anatemas como verdaderas excomuniones, hasta que se les junte el consentimiento Pontificio; sino que los miramos únicamente como otras tantas notas con que señalan

(1). Véase el cap. 23.

aquellos Padres su juicio, para hacernos conocer la cualidad de la doctrina que juzgan; juicio y notas, que sujetan á la suprema autoridad del Vaticano, y que aprobadas por él adquieren la fuerza, y por consiguiente se visten de la naturaleza de verdaderas excomuniones: de modo que nosotros no decimos, hablando con propiedad, que excomulgan aquellos Padres, sino que excomulga el Papa aprobando sus declaraciones, y á la aprobacion del Papa es á la que se debe principalmente el efecto de separar de la comunión eclesiástica. En suma, consistiendo precisamente la excomunion en esta separacion, será siempre una contradiccion el excomulgar y no separar de la Iglesia. Luego aquel que realmente separa, será siempre el único que verdaderamente excomulga.

11. ¿ Pero no se puede decir del mismo modo que las excomuniones del Pontífice no son propiamente excomuniones antes del consentimiento del cuerpo de los Pastores, y que por lo tanto no es el Papa el que excomulga, pero sí la Iglesia? En vez de llamarlas excomuniones condicionales y dependientes de este consentimiento, ¿ no se podian llamar tambien simples declaraciones que hace el Pontífice de su modo de pensar con estas solemnes formalidades? ¿ Qué repugnancia hay en esto? ¿ Qué repugnancia? Esencialísima, respondemos nosotros. Y adviértase aquí que no tratamos ahora de decidir si los anatemas conciliares son eficaces ó no antes que consienta en ellos la Silla Apostólica (lo que en sustancia forma el punto central de todo el tratado), sino solamente si los contrarios pueden decir de los anatemas Pontificios lo que nosotros decimos de los conciliares por razon de sistema. Decimos pues nosotros que como los anatemas conciliares no comprenden á la Silla Apostólica que tiene el derecho de examinarlos, confirmarlos ó revocarlos, tampoco comprenden á nadie antes que la misma Silla Apostólica con su autoridad les dé fuerza y valor expresa ó tácitamente; y que los mismos Padres del concilio que sabiendo que dependian del supremo Gerarca pedian como *hijos al Padre* la confirmacion de cuanto hacian, no creían que tuviesen efecto sus excomuniones antes de esta confirmacion: siendo así que los anatemas Pontificios comprenden tambien á cualquier Obispo que por ventura se opusiese á ellos, y por lo

mismo á todos y á cada uno de los Pastores, á los cuales por consecuencia se niega prácticamente por los Papas el derecho de suspenderlos y anularlos.

12. Y si reflexionamos que todos los derechos primaciales son para utilidad de la Iglesia, nos persuadiremos mucho mejor de la eficacia absoluta de las excomuniones Pontificias. En efecto, ¿qué ventaja se seguiría á la Iglesia de una simple declaración que hiciese el Papa de su fé en el sentido de los contrarios? Ninguna ciertamente sino el de tener noticia de las nuevas doctrinas que se esparcen, ó verse excitada á examinarlas y condenarlas canónicamente. Pero la primera utilidad no existe, porque los Padres pueden tener esta noticia por otros medios, puesto que es supérfluo cualquier otro aviso, cuando la fama publica los hechos. Inútiles pues hubieran sido las excomuniones contra Nestorio y Eutiques, habiendo puesto ellos desde luego en movimiento al Oriente y al Occidente con los rumores de su doctrina. Conque debería el Papa lanzar la excomunión apenas naciese el error, que él reputase por tal, y de consiguiente sin razón le reprenderían muchas veces los Padres por su demasiada celeridad (1). Y el admitir la segunda utilidad es un verdadero delirio; porque si esta consiste en excitar á los Obispos á examinar, y de consiguiente á condenar canónicamente la heregía; sería absurda y perniciosísima la fórmula de publicarlas que se ha usado siempre, en la cual se declara que contiene el juicio último y definitivo, con exclusion de cualquier otro exámen ulterior, y con la cual queda por sentencia excomulgado el que prontamente ó dentro de un determinado tiempo no se somete: de modo que hubieran sido fulminados contra toda obligacion y derecho los anatemas contra Nestorio, con el señalamiento de solos diez dias de tiempo para reconocerse. Luego en vez de ser útiles hubieran sido muy fatales todas las excomuniones fulminadas por la Silla Apostólica *desde los mas bellos siglos de la Iglesia*.

13. ¿No tendrá pues la Iglesia derecho para excomulgar? Es cierto que lo tiene, y ningun católico lo puede negar. Pero si el Papa es el único que separa de la comunión de la Igle-

(1) Véase el cap. 13.

sia, ¿no será tambien el único que tenga este derecho? ¿Y quién dice que es el único que separa? Una cosa es decir que no tiene la union, aunque numerosísima, de los Pastores el derecho de separar de la Iglesia universal, cuando el Papa no consiente en ello, y otra es el sostener que solo el Papa la posee con exclusion de la Iglesia. Afirmamos lo primero, justamente porque en aquel caso no hay Iglesia, que no puede haber donde falta su cabeza: y negamos lo segundo porque reconocemos este derecho en el Papa como actual vivo representante de la misma Iglesia en virtud de su primacía. En el primer caso pues esperamos el consentimiento del sumo Pontífice, porque si no conspirasen en un mismo pensamiento todos y cada uno de los Obispos de la cristiandad sin exceptuar ninguno, podria suceder que no lo prestase: y en el segundo no esperamos posteriormente el consentimiento de la Iglesia, estando seguros por las divinas promesas de que esta se adherirá siempre, no pudiendo menos de estar inseparablemente unida con el Papa que es su cabeza y fundamento. En una palabra, sabemos que donde está el sucesor de San Pedro allí estará infaliblemente la Iglesia; pero no sabemos con certeza infalible cual sea la union y el número de Pastores con quienes él se ha de unir, cuando no se tiene su expreso consentimiento. De aquí es que el concilio sin el Papa (que en esta hipótesis ni siquiera es concilio) no puede tener autoridad alguna sobre la conciencia de los fieles, los cuales no estan obligados á someterse sino á un tribunal cierto y legítimo; ni puede de consiguiente separarlos enteramente de la comunión de la Iglesia, siendo así que todo esto puede hacer el Pontífice por las razones expuestas.

14. ¿Conque estamos ciertos de que *la Iglesia se adherirá siempre* á las excomuniones Pontificias? Desatina el que dice semejante cosa, exclaman los apelantes, y se acusa á sí mismo de una vergonzosa ignorancia en la historia de todas las edades de la Iglesia. Pero mas bien manifiestan ellos haber perdido el juicio con aglomerar oposiciones sobre oposiciones, las cuales lejos de destruir lo que nosotros decimos, sirven para confirmarlo mas y mas, y convencen de contradicción á sus mal fundados sistemas. Preséntennos una sola oposicion, 1.º he-

cha por el verdadero cuerpo de la Iglesia, 2.º á una solemne y formal excomunion impuesta por el Pontífice, 3.º y que la haya hecho *ineficaz*, 4.º á pesar del Pontífice mismo, 5.º de modo que no se pueda volver contra ellos mismos cuanto digan acerca de las oposiciones hechas por la Iglesia; y entonces podrán con una racional alegría gritar ufanos: *εὐρίκαμεν, εὐρίκαμεν, invenimus, invenimus*, como gritaba fuera de sí de alegría Arquímedes cuando resolvió el gran problema del círculo. El hecho es que hasta ahora no han podido presentarnos mas que unos monumentos ó inconcluyentes ó imaginarios; por lo cual sin extraviarnos mas con inútiles digresiones, les remitimos á lo que hemos dicho acerca del caso que debe hacerse de las oposiciones que han hallado algunas veces los romanos Pontífices relativamente á la *irreformabilidad de sus juicios*, (1) debiéndose aplicar tambien á las excomuniones que estan comprendidas en aquellos juicios.

15. De este inagenable y absoluto derecho de la Silla Apostólica se sigue naturalmente que deben ser infalibles aquellas definiciones doctrinales en que se ejerce. Porque ¿cómo se puede concebir que pueda el Papa separar eficazmente y por sí solo á tantos Obispos, y á Iglesias enteras y dilatadísimas, del cuerpo de toda la Iglesia católica, por un error suyo, no solo de hecho sino tambien de doctrina, y que la Iglesia se conserve *visible*? Es verdad que los que han sido excomulgados injustamente estan tambien en la comunión intrínseca de la Iglesia; porque como dice Gelasio la excomunion *non errantem non tenet*, y por lo mismo es igualmente cierto que si son Obispos y no es herética su doctrina, componen esencialmente una porción de la Iglesia que juzga, y tambien tienen de consiguiente el originario derecho de juzgar las materias de fé; pero como excomulgados no son admitidos á juzgar sobre la doctrina por la cual fueron excomulgados, no pudiendo ser los acusados jueces y testimonios á un mismo tiempo, como observa el citado Pontífice. Sería pues absurdo en esta hipótesis el decir que la totalidad de los Pastores que componen la unidad, esto es la Iglesia universal, examina y define la

(1) Véase el cap. 19.

causa de dichos Obispos, reformando si ocurre los decretos Pontificios. Efectivamente ¿en qué consiste la unidad de la Iglesia? *In connexione*, dice el Angélico (1), *membrorum Ecclesiae ad invicem, seu in communicatione; et iterum in ordine omnium membrorum Ecclesiae ad unum caput*: cuya conexion debe ser no solamente intrínseca sino tambien *visible*, para constituir el tribunal visible de la Iglesia. Luego es necesario que se mantenga esta comunicacion extrínseca, para que haya extrínsecamente el libre ejercicio del *originario derecho* de juzgar las controversias de fé. Por tanto suspendiéndose esta comunicacion en virtud de una excomunion *absolutamente eficaz* del romano Pontífice, ya no decidirá la *unidad*; porque no hay un todo donde falta alguna parte. Y si son llamados al concilio los excomulgados, son llamados para defenderse y no para juzgarse, y esto por una especial indulgencia del Pontífice mismo; no por una suprema autoridad que tengan los otros Pastores allí congregados. Conque si el Papa errase, se seguiria que 1.º estando privada actualmente la parte excomulgada de la comunión extrínseca, y conexas intrínsecamente con la unidad, y 2.º pudiéndose reconocer su causa por la sola parte que está en comunicacion, la cual 3.º no se puede tener por la verdadera Iglesia universal, y 4.º cuyo reconocimiento nunca podrá tener autoridad si el Papa disiente, se seguiría, digo, que sería irreparable el mal de la Iglesia á la cual faltaria desde entonces la *visibilidad*; y por esta razon deberia decirse que el derecho de excomulgar se habia concedido al Pontífice *in destructionem* y no *in ædificationem*.

16. Pero ¿nos oponen el tono definitivo con que en los siglos remotos excomulgaban tambien los mismos Obispos, aunque no tenian el privilegio de la infalibilidad? Por mas claros monumentos que se aleguen, ninguno mas solemne se podrá presentar que la excomunion fulminada por Sinesio Obispo de Tolemaida contra Andrónico Gobernador de Pentápolis por su vida relajada y por su excesiva crueldad, cuya excomunion participó á todas las Iglesias en cartas circulares concebidas en estos términos: *Ptolemaidis Ecclesia omnibus ubique*

(1) 2. 2, *quæst.* 39.

terrarum sororibus suis Ecclesiis edicit (δατάττω): *Andronico, ejusque sociis, Thoanti et ejus sociis, nullum Dei templum aperiatur: omnis illis sacra ædes ac septa claudantur. Non est diabolo pars in paradiso, qui etiam si dolose irrepserit, ejicitur. Ac eum privatos omnes, et magistratus hortor (παραίνω), ut nec ejusdem cum illo tecti neque mensæ participes esse velint, tunc sacerdotes imprimis, qui nec viventes illos salutabunt, nec mortuos comitabunt*; añadiendo que si alguno desprecia estas disposiciones tuyas con el pretexto de que no hay necesidad de uniformarse con lo que ordena (πειθεσθαι) una pobre Iglesia, divide á la misma Iglesia (ἵστα σχίσας τὴν ἐκκλησίαν), y le mirará, sea Diacono, Sacerdote, ú Obispo, como otro Andrónico (1). ¿Podía tomar un tono mas imperioso que este? Sin embargo nada puede concluirse de este hecho á favor de los contrarios.

17. En efecto, que un Obispo tiene derecho para excomulgar, ningun católico lo duda; pues tambien á los Obispos se dió el poder de las llaves. Pero que pueda excomulgar lo mismo que el Papa, por causa que toque tanto á las costumbres como á la doctrina, haya sido esta definida ó no por los concilios ecuménicos ó por los romanos Pontífices, y que sus anatemas tengan la misma eficacia que los de la Silla Apostólica, solo podrá sostenerlo el que quiera echar abajo toda la Gerarquía eclesiástica. He aquí en compendio la diferencia esencial que hay eutre unas excomuniones y otras, así en cuanto á su objeto como en cuanto á su autoridad. Primeramente debe notarse que el Obispo puede excomulgar por la pravidad de costumbres, de que todos pueden deponer, como deponian de la impiedad y perversidad de Andrónico, el cual *finem imposuit furori suo, impiissimam vocem emittens, quod frustra quis speraret in Ecclesia, nullusque eriperetur è manibus Andronici, etiamsi ipsius pedem Christi teneret* (2): y que el Papa excomulga tambien por un error en la fé declarando herege al que lo defiende. Tambien el Obispo excomulga por este motivo, es verdad, pero solamente con respecto á un punto ya

(1) *Biblioth. PP. t. 6, pag. 123. Edit. Lugd. 1677.*

(2) *Ibi.*

definido y condenado antes por la Iglesia: mas el Papa excomulga por un artículo que define actualmente, y en el mismo acto de fulminar el anatema condena como herege á todo el que no acepte la definicion; por lo cual si hubiese algun error en estas excomuniones, el del Obispo sería únicamente de *hecho*, y el del Papa de verdadero *derecho*. Si un Obispo por ejemplo excomulgase á alguno por haber enseñado con Escoto que la luz de gloria no es mas que la caridad aumentada en los bienaventurados por un concurso extraordinario de Dios, y no un hábito sobrenatural que eleva el entendimiento humano á la vision intuitiva, ninguno tendria por válida su excomunion como contraria á la libertad de las escuelas apoyada en el silencio de los concilios y de los Papas: hasta el mismo Tamburini miraría y con razon como herege al Obispo que creyese como dogma una mera opinion, y la declarase por tal en decretos sancionados con penas eclesiásticas. No sucede lo mismo con el Papa, cuyas excomuniones como *absolutamente eficaces* antes de todo consentimiento formal de la Iglesia, siempre son válidas, aun respecto de una doctrina no definida anteriormente. Pues bien, así como tratándose de una excomunion inválidamente impuesta por un Obispo no adheririan á ella las demas Iglesias católicas, ó por ser perjudicial á la libertad de las escuelas, ó por ser contraria á las reglas de las buenas costumbres; así tambien viendo que estas Iglesias se adhieren á otra excomunion igualmente impuesta por un Obispo, debemos inferir que la tienen por válida; no por la sola autoridad de aquel Obispo, sino porque tambien ellas profesan la misma doctrina como artículo de fé, y siguen las mismas reglas de las costumbres: de modo que la aceptacion de la excomunion es una verdadera profesion práctica de la doctrina. Por tanto el que tiene derecho para excomulgar y válidamente excomulga por una doctrina, no declarada todavia, sino que declara herética en el hecho, tiene derecho para mandar que reconozcan todos por excomulgado á quien él excomulga, y que desechen la doctrina por la cual le excomulgó, profesando la contraria como de fé. Y si en esta se pudiese contener y de hecho se contuviese algun error, ¿quién no ve la inevitable ruina á que estaria sujeta la fé católica? Luego quedando

como queda demostrado que tales son las excomuniones del Pontífice y no las de los Obispos; aquellas y no estas exigen necesariamente el fundamento de la infalibilidad.

18. La segunda diferencia que hay entre el Obispo y el Papa, es que el primero, por mas que use de un tono autoritativo y absoluto, no impone ninguna obligacion á los demas Obispos; siendo así que el segundo obliga á todos los Obispos indistintamente á guardar su excomunion. Es cierto que Sinesio escribió á todas las Iglesias, pero solo con el objeto de participarles la sentencia pronunciada contra Andrónico, como acostumbraban á hacerlo antiguamente todos los Obispos por su reciproca comunicacion así general, como individual. Ni los términos que usa explican un absoluto mandamiento á las demas Iglesias, como cualquiera lo puede ver en el citado texto, sino solamente una fervorosa exhortacion: y la misma amenaza de tener *por otro Andrónico* á cualquiera que despreciase sus justisimas *disposiciones* no debe mirarse en él como un acto de autoridad *absoluta*, sino solamente como una cosa acostumbrada y propia de una comunicacion mútua pero particular, y no general como si se debiese tener por separado de la Iglesia católica al que no se adhiciese á lo que habia mandado. Esto deben concederme los contrarios, teniendo como tiene cada Obispo la misma autoridad en su diócesis. Y si sucede que ningun Obispo puede absolver ni aun para su propia diócesis al excomulgado por otro Obispo, esto consiste en que no puede ejercer su jurisdiccion sino con sus propios súbditos, y no lo sería el excomulgado que perteneciese á la jurisdiccion del que le habia impuesto la excomunion; y porque es necesario que el que *absuelve* tenga mas autoridad que el que *ata*. Al contrario, el romano Pontífice no solo manifiesta su sentencia á todos y á cada uno de los Obispos, sino que ademas excomulga tambien á todo el que entre ellos se atreva á contradecirla. Luego el modo definitivo, absoluto é imperante de los anatemas Episcopales no puede menos de entenderse dirigido solamente á sus súbditos, es decir, únicamente á los diocesanos á quienes solamente puede mandar aquel Obispo. Y no se puede inferir de aquí que si los fieles de aquella diócesis estuviesen obligados á observar la excomunion; se verían precisados á profesar

un error si lo cometiese el Obispo en fulminarla, como hemos inferido nosotros en cuanto á las excomuniones del Vaticano. Porque es necesario tener presente todo lo que hemos dicho arriba, á saber, que cuando excomulga el Obispo no define una doctrina de fé ó de costumbres, sino solamente fulmina la excomunion contra el que juzga desobediente á una doctrina definida ya por la Iglesia teórica ó prácticamente: y así adhiriéndose sus súbditos á su sentencia, protestan con los hechos que merecen ser condenadas la fé ó las costumbres del que ha sido excomulgado, mas no por la autoridad del Obispo, y si por la de la Iglesia. Mas por lo que toca al juicio del Obispo, este no hace otra cosa que persuadirles de la verdad del hecho, es decir que el excomulgado ha tenido realmente un modo licencioso de vivir, ó ha profesado una doctrina ya *condenada*; y en tanto es *absoluta* para ellos esta excomunion, en cuanto no tienen el derecho de revisar la causa para juzgar de la realidad del mismo hecho. Y si por ventura el hecho no fuese cierto, entonces el excomulgado estaria ligado ante los hombres y no á la faz de Dios, y podria gloriarse con el *testimonio de su buena conciencia*, hasta que reconocida la causa por un tribunal superior, se librase de aquella infamia. Luego la excomunion de los Obispos es *absoluta* con respecto á sus súbditos, los cuales deben guardarla *interinamente*, pero no respecto de cualquiera otro tribunal. ¿Y no se podrá considerar tambien, me preguntarán algunos, como *interinamente absoluta* la excomunion del Papa? De ninguna manera. ¿Y porqué? Porque puedo muy bien estar *interinamente* obligado á suponer un hecho sin peligro de la fé, pero no puedo, ni aun *interinamente*, estar precisado á creer de fé lo que no lo es, ni á condenar por herética una doctrina católica, como podria suceder si estuviesen sujetas al error las definiciones del Papa, por las cuales, así como podrian verse obligados interinamente los fieles á profesar el error, así tambien pereceria *interinamente* la Iglesia. Ademas, si todos debiesen observar *interinamente* las excomuniones Pontificias, y aceptar de consiguiente la doctrina que con ellas se define; ¿quién podria autoritativamente examinarlas, revocarlas y anularlas? Así que desaparece bajo todos conceptos la paridad de los anate-

mas de los Obispos, y por todos estilos deben apoyarse en un juicio infalible los del Pontífice.

CAPITULO XXVI.

Se disuelven algunas dificultades tomadas de la razon contra la infalibilidad Pontificia.

1. Después de haber intentado nuestros modernos novadores impugnar la infalibilidad del romano Pontífice que tanto les incomoda con las armas que podia suministrarles á su parecer la autoridad de la Escritura y de los Padres, pero que se halla, como hemos visto, que sirven mas bien para echar por tierra sus malhadados sistemas; recurren por último á la razon, confiando que se las dará tan nuevas y fuertes, que sin necesitar de mas les asegure la victoria. Dicen pues primeramente que admitida la infalibilidad del Papa sería necesario negar la de la Iglesia, ó á todo mas atribuirle una infalibilidad solamente pasiva. *Ecclesia*, dice Le-Gros, *non haberet ad summum nisi infallibilitatem passivam, siquidem pronuntiando, auctoritas tota esset penes summum Pontificem, sine cujus adprobatione volunt* (los defensores de la infalibilidad) *posse errare concilia etiam generalia: imo ne passivam quidem haberet; eatenus enim haberet, quatenus judicem infallibilem infallibiliter audiret; quod dici non potest, siquidem plura romanorum Pontificum judicia aut nunquam, aut non statim secuta est universalis Ecclesia* (1).

2.º Grande argumento es este por cierto! Examinémosle parte por parte. Tres aserciones se contienen en él: 1.ª que admitida la infalibilidad del Papa, solo puede atribuirse á la Iglesia la infalibilidad pasiva; 2.ª que esta no le conviene á la Iglesia: 3.ª que la Iglesia ha desechado muchas veces ó no ha recibido tan pronto los juicios Papales. Detengámonos únicamente en las dos primeras, porque la tercera ya la hemos impugnado antes (2) victoriosamente cuanto basta. Y así preguntaré primera-

(1) *De Eccl. sect. 3, c. 3, pag. 350.*

(2) Véase el cap. 19.

mente á nuestro teólogo qué entiende él por aquella *infalibilidad pasiva*. ¿Entiende acaso que siendo infalible el romano Pontífice debe adherirse ciegamente la Iglesia á sus decisiones, sin reconocer y pesar la doctrina que contienen? Se engaña de medio á medio. Ninguno de nosotros considera á la Iglesia como á un ciego que asido del que le conduce camina seguro sin saber donde está ni el suelo que pisa: ni esto se sigue tampoco de nuestras teorías. Porque es verdad que Cristo prometió á su Iglesia no dejarla caer jamas en el error, iluminarla con sus luces celestiales, sostenerla con su benéfica influencia; en una palabra, hacerla siempre triunfar de sus enemigos; pero no determinó en estas simples, absolutas y generales promesas el modo con que le sería propuesta la doctrina, si por una constante revelacion ó inspiracion, ó si por el conducto y ministerio de San Pedro y de sus sucesores; de modo que siempre se verificarán una vez que contra ella no prevalezca el infierno. El divino Salvador solo determinó el conducto por donde debían llegarle las doctrinas reveladas cuando le manifestó la autoridad y prerogativas de que habia revestido al Príncipe de los Apóstoles, constituyéndole su *fundamento y cabeza*, sin la cual nunca hubiera reconocido en ella á su místico cuerpo. ¿Es una cosa absurda que por un deber de subordinacion establecida de antemano esté obligada la Iglesia á escuchar la voz de este su Gerarca supremo, y recibir de la fuente de sus oráculos los dogmas de nuestra creencia? ¿Acaso no seria ella por eso la misma á quien confirió Cristo la potestad de atar y desatar, y á quien prometió su inmediata asistencia para que nunca errase en su enseñanza y en sus decisiones, y pudiese de este modo defender con su manto la fé contra los ataques del enemigo infernal? ¿Cómo podrá probarlo Le-Gros? Porque cuando se supone infalible al Papa, é infaliblemente cierto que en todos tiempos se adhiere á él la Iglesia, siempre será verdad que nunca podrá ser oprimida por la heregía, y que siempre propondrá á los fieles la revelacion pura é incorrupta, de modo que siempre se conseguirá el objeto que se propuso inmediatamente Jesucristo. Está pues vacía de todo sentido la distincion de infalibilidad *activa y pasiva* si se refiere al fin primario de la misma infalibilidad,

que es la exención del error, cualquiera que sea el medio por el cual se proponga la verdad.

3. Pero debe tener la Iglesia una infalibilidad *activa*; la *pasiva* no basta. Digasenos primero que quiere decir esto. ¿Por infalibilidad *activa* pretenden acaso los contrarios que puede la Iglesia crear por sí nuevos dogmas, fuera de la Escritura y de la tradicion, ó que puede por sí sola sin la ayuda de los Papas, de la tradicion y de la Escritura, proponer á los fieles lo que deben creer? Pues ciertamente que no lo puede hacer: porque esto sería en el primer caso suponer falaz al mismo Cristo que prometió á sus Apóstoles enviarles el Espíritu Santo para enseñarles todas las verdades; y sería en el segundo admitir la necesidad de una revelacion continua. Luego ¿qué se debe entender por esta infalibilidad *activa* sino aquella luz indefectible que está iluminando siempre á la Iglesia, juntamente con el derecho de obligar á los fieles á la creencia de cuanto les propone, y de excluir de su seno á los renitentes y pertinaces? Pero todo esto se verifica supuesta tambien la infalibilidad Pontificia, y reconociendo en la Iglesia la infalibilidad de adhesion á los oráculos del Vaticano. Porque cuando el Papa determina un objeto de fé y lo propone á la Iglesia; esta, recibiendo de Dios una luz sobrenatural que la ilustra, no puede menos de beber en las definiciones Pontificias la doctrina celestial á que presta por lo mismo su asenso, no á ciegas como los demas fieles, sino con ciencia cierta y con entero conocimiento; de modo que puede decir con verdad: *Visum est Spiritui Sancto et nobis*. El concilio Apostólico de Jerusalem definió la controversia sobre las ceremonias legales, y la definió con autoridad absoluta, aunque primero la definió infaliblemente San Pedro, á quien los mismos contrarios reconocen por infalible á lo menos como Apóstol: y otros muchos concilios definieron de nuevo algunos puntos ya definidos por concilios anteriores (1), y los definieron con un acto de verdadera jurisdiccion. ¿Acaso no tenian la infalibilidad *activa* y el poder de las llaves? seguramente sí; porque la Iglesia no ejerce ninguna jurisdiccion sobre el objeto de fé, debiendo se-

(1) Véase el cap. 15.

guir en esto las impresiones del Espíritu Santo, sino solamente sobre sus súbditos prescribiéndoles con absoluta autoridad la norma de su creencia. Y en este caso es evidente que la infalibilidad de la Iglesia tiene dos respectos: es decir, es *pasiva* relativamente al conducto de donde le vienen las verdades católicas y á la obligacion de recibirlas; y es *activa* relativamente tanto á la ciencia con que las reconoce, las penetra, y se las apropia, como al acto autoritativo con que las propone á los fieles de quienes es juez y legisladora. Conque mientras no se demuestre que esta infalibilidad no es un muro bastante inexpugnable contra el furor de la heregía, y que no es suficiente para constituir á la Iglesia *columna de la verdad*, y gobernadora autorizada de los fieles; jamas se podrá afirmar que no es la verdadera infalibilidad que la compete.

4. Todavía es mas extraño otro argumento que pone nuestro autor, y que no puede leerse sin fastidio. El gobierno, dice, de la Iglesia sería un visible milagro continuado si el Papa fuese infalible, porque debería deponer sus sentimientos privados y como salir de la esfera de la humanidad, cuando publica una constitucion dogmática.

5. ¿Conque es un milagro la infalibilidad del Papa? Luego tambien lo será la infalibilidad de la Iglesia. Depone aquel sus sentimientos privados, y se eleva sobre sí mismo cuando define dogmáticamente; y los Pastores que constituyen la Iglesia se elevan igualmente sobre la humanidad cuando decretan lo que juzgan no como hombres cualesquiera, sino como iluminados por el Espíritu Santo; en cuyo solo caso puede hacer el fiel un acto de fé teológica fundándose en el juicio de los Pastores. Así pues si por milagro se entiende lo que es sobrenatural, es necesario reconocerlo tambien en las definiciones de la Iglesia. Efectivamente ¿quién puede comprender como unas personas de edad, clima, temperamento, inclinaciones, estudios, &c. tan diversos, cuales son los sagrados Pastores, convengan en un mismo punto contra tantos hereges y sectarios que inundan con sus libros todo el universo, y contra sus propios intereses y comodidades; si no se reconoce la mano omnipotente que sostiene la navecilla de Pedro en el tempestuoso mar de tantos peligros, de tantas falsas doctrinas, y de tantas persecucio-

*

nes? Luego la unidad de la fé en la Iglesia de Cristo solo puede ser obra de la divinidad, aunque para conservarla se use de los medios humanos de vigiliass, estudio, oraciones, &c., pues la divina inspiracion no excluye las tareas y diligencias humanas, como se ve en los mismos escritores sagrados. ¿Qué dificultad hay por tanto en admitir tambien en el Papa esta milagrosa, ó sea sobrenatural asistencia? ¿Por ventura le cuesta menos á Dios el unir tantas cabezas como requieren los contrarios para que haya unanimidad física con que establecer un dogma, que el dirigir la del Pontífice, para que no yerre en sus juicios? Si la temeridad del hombre llegase hasta el extremo de querer poner limites á la divina Omnipotencia, se deberia mas bien pensar lo contrario.

6. Ni por eso está ocioso é inerte el Papa esperando las luces del cielo como estaban los Hebreos en el desierto esperando el maná; sino que coopera tambien haciendo cuanto dicta la prudencia humana, examinando la Escritura y la tradicion, consultando los Padres y los teólogos, é invocando el auxilio de Dios como lo hacen los Pastores en un concilio; de modo que si se pretendiese que no es tan visible el milagro de la ilustracion de lo alto en los Padres de los concilios, por su industria en investigar los monumentos de la creencia universal, tampoco sería visible en los romanos Pontífices por las diligencias que hacen para hallar los monumentos de la fé católica en el depósito de la tradicion, que como dice San Ireneo, se conserva pura é incorrupta entre todas las demas Iglesias, principalmente en la de Roma, y cuyo guarda es el mismo sucesor de San Pedro (a). Pero nos objeta Le-Gros: *Fatentur omnes, posse Pontificem errare, si rem diligenter non examinet, et tentet Deum, non adhibendo media necessaria et ordinaria: atqui nimium certum est ex ipsa experientia, quod Pontifex etiam ex cathedra pronuntians, seu definiens aliquid tanquam de fide tenendum, et illud fidelibus proponens*

(a) Si alguno dudase, por las exageraciones de los novadores contra la conducta que observa en el juzgar la Silla Apostólica, esto es, que todo se hace á ciegas, sin exámen, y tumultuariamente por los *curialistas*, *hildebrandistas*, *jesuíticos*, y otros fanáticos, suspenda el juicio, y verá al fin del argumento la falta de razon y la injusticia de sus habladurías.

etiam sub anathematis interminatione, possit rem non diligenter expendere, non adhibendo consilia quæ, fatente Bellarmino, sunt medium ordinarium et necessarium ad condemnandos novos errores. Ergo possunt errare Pontifices etiam ex cathedra de fide pronuntiando (1). ¿Puede engañarse el Papa no poniendo los medios *ordinarios y necesarios*? ¿Pero cuáles son estos medios, y de dónde consta su necesidad? ¿Los concilios ecuménicos? Esto sería suponer lo mismo que se disputa. ¿Lo dice el mismo Belarmino? ¿Donde? En ninguna parte dice que sean *absolutamente necesarios*, antes bien todo su tratado *del romano Pontífice* prueba lo contrario. ¿Hay otros medios que no se puede saber si los emplea el Pontífice? Pero tambien se quiere que la infalibilidad de los concilios dependa de ciertas condiciones, como del número suficiente de los Obispos, de su dignidad, ciencia y libertad, del cuidado que ponen en examinar las cuestiones, de que esten acordes en el modo de pensar; en una palabra, de la legítima convocacion y celebracion de todo el concilio (2). Pues ahora pregunto yo si es mas difícil saber que el Papa ha usado de los medios *ordinarios y necesarios*, para no tentar á Dios en sus definiciones, ó saber que se verifican las referidas condiciones en los Padres del concilio. Cualquiera ve cuanto mas fácil es el primer exámen que el segundo. ¿Porqué pues se niega absolutamente á los Pontífices el privilegio de la infalibilidad, y se concede al concilio aunque tenga este tantas y tanto mayores dificultades? ¿Acaso porque por la aceptacion de la Iglesia se puede juzgar con seguridad que se han verificado en él los expresados requisitos; cuando no tenemos este infalible testimonio con respecto á las decisiones del Papa? Mas si para disipar las sospechas que naturalmente pueden recaer sobre los concilios fuese necesario el consentimiento de la Iglesia; ¿qué origen no sería este de confusiones y dudas para los fieles que no pudiesen saber ni comprobar los monumentos de semejante aceptacion? Ya lo hemos demostrado arriba; y tiene aquí lugar con tanta mas razon cuanto que nadie puede ignorar que el conocimiento de la

(1) *De Eccles. Sc.*, pag. 351.

(2) *Opstraet, Dissert. 4 de concil. n.º 6.*

eualidad , que se exige en un concilio, de ser ecuménico y legítimo, se funda únicamente en hechos particulares, personales y remotos, cuyo juez infalible no se concede que sea la Iglesia.

7. Pero dejemos á parte esta razon, que por lo demas no tiene réplica; y discurremos segun los principios que admiten los contrarios. Puede un concilio no adoptar los medios necesarios para definir infaliblemente un articulo de fé: el asenso ó disenso de la Iglesia es el único que puede darnos la seguridad de si realmente lo ha declarado ó no. Pues díganme ahora los contrarios: ¿debe la Iglesia *dispersa* valerse de todos los medios que dicta la prudencia humana (para no *tentar á Dios*) en declarar si se verificaron ó no dichas condiciones en el concilio? Si no debe; luego tampoco estará obligado á valerse de ellos el mismo concilio en sus definiciones; y de consiguiente tampoco el Papa. Si debe; ¿cómo podrán estar ciertos los fieles de que los ha puesto en práctica? Y con esta duda ¿cómo podrán hacer un acto de fé? Conque es menester suponerles ya firmes de antemano en la persuasion de que Dios nunca permitirá que su Iglesia, depositaria y guarda de las verdades reveladas, proponga á los fieles en un juicio definitivo y último una doctrina herética, y que por lo mismo nunca dará una solemne definicion dogmática, sin que antes haya adoptado los medios *necesarios*, para no *tentar á Dios*. Pues esta misma *antecedente y firme* persuasion tienen los defensores de la infalibilidad Pontificia acerca de las solemnes definiciones del Papa; quiero decir, tienen por cierto é indubitante que Cristo que prometió á San Pedro y á sus sucesores que nunca les faltará la fé con que deben apacentar sus ovejas, no permitirá en consecuencia que omitan los Pontífices los medios *necesarios*, para no *tentarle*, antes de pronunciar su juicio con la plenitud de la autoridad que tienen. Iguales pues serían respecto á las decisiones así del concilio como del Papa las dificultades de un católico, y la misma es tambien la solucion. Luego es del todo inconcluyente por esta parte la objecion del teólogo, nuestro contrario.

8. Pero que la experiencia haya demostrado alguna vez, que el Papa ha omitido estos medios, solo puede asegurarlo

un *apelante* como Le-Gros, que manifiesta ignorar hasta el estado de la cuestion. Porque si habla del *medio* de los concilios generales, no puede ser mas ridiculo el argumento, pues no hay ningun defensor de la infalibilidad Pontificia que no conceda que los Pontífices no siempre le han usado, negando solamente que haya necesidad de usarle, y negando con esto tambien todas las consecuencias que saca Le-Gros de su argumento. Y si habla de los otros medios, es decir, de *estudio*, de *exámen*, &c., no se le puede abonar su proposicion por las razones arriba expuestas. ¿Cómo puede pues probarlo nuestro teólogo sino alegando los pretendidos errores de las decisiones Pontificias especialmente contra la doctrina de Jansenio y de los jansenistas? ¿Pero convencerá de este modo á sus contrarios? Es bien seguro que no; porque en razon de sistema no concluyen estos que cuando define el Papa ha usado ú omitido los medios necesarios para no engañarse, los cuales consisten en el exámen de la doctrina definida; sino que del hecho de haber decidido solemnemente el Pontífice, infieren que ha usado de los *medios*, y que la doctrina es verdadera. Quisiera pues hacerles entrar en una senda por donde ellos no van; estratagemas acostumbrada de los novadores. Quisiera yo ademas que se me dijese en qué consisten precisamente estos *medios* y de donde nace su necesidad. Deberia saberlo nuestro autor; de otra manera sería ridiculo el decir que sabe que no se han empleado. El *estudio*, el *exámen*, &c.: muy bien; ¿pero en qué grado? Esto es lo que no se puede determinar mientras no se sepa hasta donde llega la divina asistencia, y generalmente mientras no se conozca el intrínseco enlace que tienen los medios humanos con el *fin*, que es el objeto de sí que se ha de definir: conocimiento que siempre será imposible, porque el fin es de diverso orden que los medios, es decir, estos son de un orden natural, y aquel de un orden sobrenatural. Inútiles son pues todas las disputas sobre determinar los medios que debe poner tanto el Papa como la Iglesia, y sería una verdadera temeridad el intentar señalarlos.

9. Salen, se anda gritando, tantas definiciones de Roma, *aut Pontifice nesciente confecta, aut illi incauto subrepta* (1)

(1) *Epist. Episcoporum Ultraject. ad Clem. XIII* (an. 1776).

por los *curialistas*, *hildebrandistas*, y *molinistas*, las cuales prueban evidentemente ó que los Papas se descuidan en el cumplimiento de su oficio dejando obrar á estos ministros *ciegos y venales*, ó que no conocen los engaños y errores de estos mismos, ó que sacrifican la verdad á sus adulaciones. De todos modos ¿para qué sirve su infalibilidad? ¿Cuándo se podrá dar fé ciegamente á las definiciones que se publican en su nombre y con su autoridad? Luego, saco yo en consecuencia, ¿para qué sirve tampoco la infalibilidad de la Iglesia? ¿Cuántos concilios no usurparon su autoridad y su nombre? ¿Cuántos teólogos no soñaron definiciones, que ella no dió jamas? Díganlo los contrarios que no cesan de lamentarse de ello. ¿Hay un medio de distinguir con seguridad la *voz de la Iglesia* de las imaginaciones de los hombres? Pues tambien le habrá para discernir cuando habla el Papa; y cuando *ipso nesciente* hablan sus *curialistas*. ¿Es difícil conocerlo en las decisiones de Roma? Pues mucho mas difícil será en las de los referidos concilios, y en las que han inventado los teólogos, á las cuales cabalmente atribuyen los modernos novadores las *oscuridades* que ellos suponen. ¿Enseña siempre la Iglesia la verdadera doctrina? Pues tampoco el Papa definirá jamas una doctrina falsa. ¿Solamente á los sabios no engañarian los *supuestos* decretos Pontificios? Pues tambien solamente los críticos historiadores y teólogos pueden hacer el exámen necesario para descubrir la falsedad de las supuestas definiciones de la Iglesia. ¿Es fácil que el Papa *distraído en otras cosas, no ponga atencion é ignore las Bulas dogmáticas que se esparcen en su nombre*? Pues mucho mas fácil debe ser sin duda el vender á uno ú otro Obispo, que por otra parte sabe que no se requiere esencialmente su voto, una falsa definicion de la Iglesia universal, antes que esta haga público su disenso. Finalmente ¿cómo puede ni siquiera concebirse que en medio del rumor general que suele excitar toda nueva definicion de la Silla Apostólica, solo el Pontífice esté enteramente á oscuras? No se le podria hacer injuria mayor: era necesario suponerle estúpido, ciego y sordo. Pues si lo sabe, me preguntarán, ¿porqué no las retira y anula, como anula la Iglesia las que corren falsamente bajo su nombre? La razon es muy clara: porque aprueba la

doctrina : lo que demuestra que no se ha publicado *ipso nesciente*. Luego es preciso confesar que es un caso semejante el de las *supuestas* decisiones del Papa y el de las de la Iglesia, ó negar la supuesta falsedad de las del Pontífice, y limitarse á decir que han sido *illi incauto subreptæ*, lo que nunca concederán los *infallibilistas* como contrario á la infalibilidad Pontificia : y volvemos siempre al principio.

10. Estos son los argumentos fundamentales que ponen los modernos novadores contra la infalibilidad de los sucesores de Pedro, custodios de la revelacion, centro de la unidad. Estas son las trincheras *inexpugnables* desde donde combaten contra la autoridad de la Escritura y de la tradicion, y hasta contra la evidencia del raciocinio. Confío que con este mi trabajo, como quiera que él sea, en el cual me parece que les he seguido paso á paso, habrá podido conocer con su penetracion el sabio lector, que una vez admitido el sistema de los novadores quedaria arruinado en la Iglesia todo tribunal con autoridad, y se introduciria por lo mismo entre los fieles un pirronismo universal. Sin embargo para presentar como reunida en un solo punto la evidencia de esta verdad, no le disgustará que recoja como en un solo cuadro el mismo sistema. Y como ellos se glorían de que están animados de un celo nada inferior al de los Santos Padres de la *venerable antigüedad* por la *unidad* de la Iglesia, y por la conversion de los hereges; así, para presentar, ademas de un encadenamiento razonado de sus principios, un cotejo exacto de su doctrina con la de los protestantes, procuraré disponerlos ordenadamente en dos discursos exhortatorios; haciendo hablar en el primero á un celoso novador que procure reducir los hereges á la *unidad*, y que respondan estos en el segundo defendiendo su doctrina, sin alegar para su propia justificacion mas que las mismas teorías de los novadores, de modo que se oirá al novador hablar como protestante y al protestante como novador. De este modo cualquiera podrá conocer por sí mismo que la instruccion del novador se reduce únicamente á un círculo de palabras sazonadas con la miel de una afectada y seductora *uncion*, y dirigidas en sustancia á probar que todo *cisma* es una quimera, y que todas las profesiones cristianas

pueden estar juntas muy bien bajo el estandarte de una aparente *unidad* por contrarias que sean entre sí; esto es, á persuadir que la *unidad* de la Iglesia, tan necesaria y predicada, se reduce finalmente á la libertad de profesar cada uno la doctrina que quiera. De aquí es que en estas arengas, no hago distincion entre los luteranos y calvinistas; porque si bien forman dos sectas que se contradicen una á otra en muchísimos puntos, conviienen luego perfectamente tanto entre sí como con nuestros novadores modernos, en lo que concierne al Papa y á la Iglesia; pudiéndose asegurar con toda razon que *schisma est unitas ipsis*.



CONCLUSION DE LA OBRA.

EXHORTACION

DE UN MODERNO NOVADOR A LOS PROTESTANTES.

1. **D**e dónde nace, carísimos hermanos, esa aversion tan grande á la Esposa de Jesucristo? ¿De dónde ese ciego espíritu maligno que os incita á lacerarla del modo mas inhumano, y os hace insensibles á sus gemidos, y á las lágrimas que hace tanto tiempo está derramando inconsolable mas bien por vuestra crueldad que por sus heridas? ¡Ó corazon de tigre hircano! Enfurecerse contra quien os ha dado la vida y os ha alimentado con la leche de la doctrina celestial, desechar las invitaciones, desoir los ruegos de esta Madre comun, que olvidando los insultos todavía os llama compasiva á su seno, de donde os separásteis tan sin consejo! ¿Qué tinieblas mas densas, qué vértigo puede darse mas funesto? No reconocer todavía, despues de haberlos experimentado por tanto tiempo, los gravísimos males que se siguen á vuestras sociedades de esta malhadada separacion: privaros del auxilio que tanto necesitais de los demas hermanos vuestros, que con celo no menor cooperarian con vosotros á vuestras laudables empresas; hacer que la plebe ignorante, que constituye la mayor parte de la Iglesia, tenga por injusto el justísimo fin que os proponéis, haceros en suma el oprobio universal con la infame tacha de hijos rebeldes; estos son los fatalísimos males que con eso os procurais á vosotros mismos y á vuestra causa. Pero lo mas asombroso es que ultrajais tan gravemente á la Iglesia católica por una culpa que le imputais sin razon, por un error que no es suyo, y por una conducta que aborrece y condena lo mismo que vosotros. No, jamas tuvo ella aquel alto y erróneo concepto de la autoridad Pontificia que vosotros le atribuis como un delito; no es una tirana injusta que como vosotros os imaginais quiere destruir el mas noble privilegio del hom-

*

bre, la libertad de pensar; que os haya herido inexorable con su espada, y os haya cortado de su cuerpo, y no haya tolerado vuestras disensiones, habiendo vosotros sabido vivir, si no en unidad de doctrina á lo menos en union de caridad con los demas miembros suyos con la mayor tolerancia. Sé muy bien que vuestros corifeos y vuestros sínodos la acusaron muchas veces de vileza, como quien se dejó dominar, ya de siglos muy atras (1), por la ambicion de los Papas, gimiendo por largas edades bajo el peso de la opresion y del despotismo; pero por las débiles voces que de cuando en cuando daba la desventurada por boca de alguno de sus fieles ministros, debian conocer los deseos de una Madre vendida que pedia socorro á sus amados hijos: por lo cual apresurarse debian ellos á socorrerla en aquella esclavitud, mas bien que añadiéndole dolor á dolor, y llaga á llaga, impropiarle injustamente su misma desventura, abandonándola enteramente en el mismo momento en que habia puesto sus mas vivas esperanzas en el valor de vuestros Patriarcas. Ni se me diga que la hubieran auxiliado, si en el concilio Tridentino no hubiera rehusado ella misma este deber filial, arrojándolos de sí como alborotadores é infieles; porque se les puede convencer de haber sido ellos los primeros en alejarse de ella, y de que nunca los ha mirado ni los mira en el dia con ánimo hostil. Mas si en los tiempos de aquellas universales turbulencias, cuando el interes, la adulacion y la fuerza no pudieron menos de turbar *la hermosa faz de la Iglesia*, y confundir casi todas las verdades reveladas con los sueños de la imaginacion humana, no reconocieron sus pacíficos y despreocupados sentimientos; á lo menos ahora que algunos soberanos de nuestro siglo elegidos por Dios en lugar de los prevaricadores Pontífices, han sabido sacarla de su abyeccion, y señalarle los derechos y objetos de su competencia; y que algunos teólogos profundos iluminados de lo alto han distinguido de un modo infalible lo que ella debe enseñar de lo que es solamente un error del vulgo; ya no podeis alegar en vuestra justificacion la ignorancia. Y si acaso hay alguno que no tenga noticia de tantas y tan ex-

(1) Véase el *Discurso preliminar*, §. 24.

celentes obras como se han publicado en nuestros dias, para testificar auténticamente al universo entero cual sea la fé de la Iglesia acerca de la potestad primacial, y el deseo que tiene de hacer la paz con vuestras mismas Iglesias; voy á instruirle brevemente sobre este particular.

2. Es doctrina de la Iglesia que los romanos Pontífices no tienen mas autoridad, que la que de ella les viene como ministros suyos, los cuales no pueden obrar sino *en nombre de ella* (1); y que aunque hacen ó parece que hacen de Monarcas, sin embargo no estan revestidos de ninguna autoridad sobre ningun miembro de la gerarquía eclesiástica, pues por su primado no son mas que los primeros *inter pares* (2). Tambien enseña que al juicio del Pontífice no se le debe dar mas peso que al de un simple párroco, porque tanto uno como otro es igualmente falible (3); y que por lo mismo ni deben aterrarnos las excomuniones mas solemnes, pues ni siquiera ligan para con los hombres cuando perjudican á la *justa* libertad de pensar (4). Tambien hace entender á sus fieles que quedaría perjudicada su libertad si se viesen precisados á someterse á los decretos Pontificios antes de su consentimiento posterior, y que por lo tanto tienen un originario derecho para oponerse á ellos cuando no conste con evidencia que han sido recibidos por la universalidad (5). Ni creais que haya contrariado jamas prácticamente esta su doctrina en los siglos pasados, cuando, especialmente despues del impostor Isidoro, «se mudó la» forma de los juicios eclesiásticos, se amplió el poder del Papa, y se miró este superior á los cánones de los concilios y de la Iglesia universal (6); porque si bien la ignorancia ha hecho autorizar este nuevo plan con formales *decisiones de muchos concilios* (7), sin embargo no se puede decir que esté *universalmente extendido*, pues siempre ha habido *Iglesias consi-*

(1) Anal. sobre las prescr. §. 43.

(2) Vera idea, p. 2, c. 2, §. 22.

(3) *Ibi*, c. 4, §. 9.

(4) *Petit-piéd cart. á una dama*. Se halla en la colección de opúsculos pistoyanos, opusc. 8, p. 180.

(5) Cosa é un Apellante? c. 3, art. 3, p. 128.

(6) *Vera idea*, pag. 87.

(7) *Ibi*.

derables que lo han desechado (1); esto es, las que no admitieron aquellos ciegos concilios: lo que basta para demostrar que no era la verdadera Iglesia aquella que usaba de tan servil condescendencia con los romanos Pontífices. Esta comprende *el número mas grande y mas corto*. Luego cuando el uno ó el otro reclama no hay verdadera Iglesia, y pudiendo tanto uno como otro ser sorprendido separadamente por algun tiempo y hasta cierto punto por el error; mientras no haya una perfecta uniformidad en la totalidad de los Pastores, será siempre una necedad é impiedad el pretender que entonces se halla la verdadera Iglesia, y será idolatraren sus propios pensamientos y preocupaciones el venerar allí la doctrina y la fé de la Iglesia católica. Acordaos del hecho de San Cipriano con el Papa Estéban, por lo que toca al número menor, y por lo que toca al mayor tened presente lo que sucedió en el concilio de Rimini (2), al que suscribieron casi todos los Obispos del catolicismo (3). Sin razon pues acusais á la Iglesia antigua, de que se dejó despojar de sus derechos, ó á lo menos de haberlos renunciado en parte, ó por una vileza vergonzosa, ó por ignorancia, ó por una indigna adulacion, en el hecho de admitir ciegamente sin exámen y sin el juicio correspondiente los decretos Pontificios. Tendrá la culpa el número *mas grande ó mas corto*: pero nunca la tendrá la Iglesia universal.

3. Como esta ha sido siempre tan tenaz en conservar sus privilegios, pudo finalmente, despues de tantos siglos de opresion, respirar el aire vital de libertad en los concilios de Constanza y Basilea, cuando una triste experiencia habia ya manifestado claramente á todo el mundo los terribles efectos de la usurpada y tiránica dominacion Pontificia, entre los cuales se cuenta el *desprecio de la religion* que á ella debe atribuirse como á su ocasion próxima (4). Es demasiado cierto que las vanas pretensiones de la ambiciosa Corte de Roma prevalecieron inmediatamente contra las memorables y gloriosas

(1) Ibi.

(2) Tamb. *Anal.* §. 63.

(3) Le-Gros, *De Eccl. sect.* 3, c. 3, pag. 454.

(4) Tamb. *Prælec.* 12, pag. 234.

empresas de la Iglesia, que despues del primer movimiento de su renovada vida se halló reducida á mas dura esclavitud, de modo que llegó á desesperar de su emancipacion (1): pero tambien es verdad, que Dios siempre fiel en sus promesas nunca dejó ni deja todavía de asistirle del modo mas portentoso, y posible únicamente á su divina Omnipotencia que tiene en su mano los corazones de los hombres, suscitando en todos tiempos alguna *pequeñísima* porcion de los Pastores *de menos consideracion*, de los teólogos mas *ignorantes* y de los mas *abyectos* del pueblo, y dándoles fuerzas para resistir con invicta constancia como otros Apóstoles á los inicuos atentados de los Pontífices de la nueva sinagoga; para confundir la idolátrica sabiduría de los mas afamados doctores, y en fin para oponerse á los sediciosos clamores de la engañada y ciega universalidad de los fieles, y de consiguiente para predicar la fé en medio de las persecuciones, befas y tumultos, y para defender los derechos de su afligida y ultrajada Esposa. ¿ Lo dudais? ¿ Qué prueba mas clara y decisiva se puede desear de aquellos rasgos de la *suprema providencia* que el ejemplo de los Jansenistas, cuyo celo, santidad y doctrina plúgo á Dios que yo conociese, y cooperase con ellos á sacar de su esclavitud á la enlutada y agonizante Iglesia? Mirad, sin lágrimas, de terneza si teneis valor para ello, con qué heroismo rechazan é impugnan las violencias Pontificias, combatiendo intrépidos las mas solemnes definiciones, que apoyados en sus exageradas prerogativas, en el poder de los grandes, y en la debilidad y languidez de la Iglesia, publicaron en odio de las verdades evangélicas desde el año de 1654, (a) hasta el día tantos y tantos *ministros* de Satanás, que solo ocuparon la cátedra Apostólica, para arrastrar consigo al abrigo de la misma todo el universo católico á sus propias prevaricaciones (b). ¿ No es un

(1) Teol. Plac. *reflex. sobre el Serm. de Bossuet*, pag. 36.

(a) En este año salió á luz la famosa Bula Inocenciana contra las cinco proposiciones de Jansenio como existentes en su célebre obra *Augustinus* &c.

(b) Véase el solo título del impío libro «*Jesucristo bajo el anatema* &c.» y bastará para persuadirse cualquiera de las blasfemias que se vomitan contra los romanos Pontífices.

prodigio de valor sobrehumano que autoriza claramente la mision de estos Atletas, el no intimidarse con tantas excomuniones y maldiciones, y con la execracion universal, que han llovido sobre su cabeza especialmente en estos últimos tiempos? ¿No demuestran de este modo con la mayor evidencia que son los hijos mas fieles de la Iglesia, resueltos á no abandonarla en su envilecimiento, y que beben gustosamente con ella el cáliz de la divina venganza contra la corrompida humanidad? De consiguiente ¿no se debe reconocer y venerar la pura é incorrupta doctrina de la Iglesia en los catecismos que han publicado, y en todas sus obras, aunque mofadas, despreciadas y anatematizadas; mas bien que en los innumerables volúmenes de decisiones conciliares, de instrucciones de Obispos, de apologias de los teólogos, y de testimonios de las escuelas, que por los impenetrables arcanos de la divina Providencia pudieron dar un día la ley á casi todo el catolicismo. No tiene sentido comun el que piense de otra manera. Tomad pues por norma su conducta, para conocerla sin temor de engañaros. Con una simple acta firmada en presencia de dos notarios públicos, y registrada en la Cancelaria del Eminentísimo Noailles, cuatro solos Obispos franceses, que Dios reservó en medio de la seduccion universal de su reprobado pueblo, y de la corrupcion de sus ministros, supieron, apelando al concilio, preservar de las romanas depravaciones y calumnias la fé en la obra del inmortal Jansenio, y defender los derechos de la Iglesia contra las agresiones Pontificias; no cesando despues, si bien entre las persecuciones é insultos de los Apóstoles del error, de atraer nuevos compañeros á pelear valerosamente contra todo el Episcopado, que bajo la forma y la apariencia de Iglesia tendia los lazos mas peligrosos á la verdadera Iglesia para precipitarla sin remedio en su última ruina.

4. Y si este ejemplo no os basta, consultad, no á la Silla Apostólica que ya há llegado á ser una Cátedra de la mentira, del error y del fanatismo, y sí á la Iglesia de Francia *escogida por Dios en estos últimos tiempos de turbulencia* para depositaria y guarda de las verdades católicas (1). Apren-

(1) Teólogo Piac. *Lett.* 3, pag. 4.

ded de ella con cuanta libertad es lícito á cada uno impugnar las definiciones Pontificias, y defenderse contra los rayos del Vaticano, una vez interpuesta la apelacion (1). ¿No os animaria mucho el ver á una Iglesia tan insigne, á quien todo el mundo reconoce por católica, burlarse y despreciar con los hechos y con la doctrina las mas furiosas y terribles amenazas de la Bula *Unam Sanctum*, y de la otra *In Cœna Domini* contra los apelantes, aunque publicada la primera en el año de 1302 ha servido de regla por mas de cuatro siglos á todo el universo? Pero lo que sobre todo debe persuadirnos de las desprecupadas máximas de aquella Iglesia acerca de la potestad de los Pontífices (si quisiérais deponer vuestra mal fundada prevencion de su ciega deferencia), es el hecho de la reunion del clero en el año de 1682, por la cual quedó no solamente debilitada sino tambien mortalmente herida la dominacion de Roma. Ni os retraiga de reconocer que en aquella declaracion se decretó canónicamente una independendencia total de la misma, el leer en algunos necios libracos, que todo aquello lo hicieron algunos fanáticos por adular á la Corte estando ausentes la mayor parte de los Obispos Franceses, ni el ver tantos recursos que aun despues de tan solemne declaracion hicieron á la Silla Apostólica no pocos Pastores sin ciencia ni reputacion, que en corto ó en grande número nunca faltan ni aun en aquel florido reino de la *libertad eclesiástica*, ni el oir que algunos se retractaron; ni el saber finalmente los esfuerzos aunque inútiles de muchos teólogos y canonistas para persuadirnos de que la intencion de los santísimos y doctísimos miembros de aquella asamblea no fué el oponerse á las pretensiones del Papa. Porque en el primer caso no se puede menos de detestar la osadía y temeridad de aquellos estúpidos escritores que no teniendo otras armas para pelear, tomaron el desesperado partido de denigrar el buen concepto de equidad y sabiduría de aquel ilustre congreso; en el segundo, solo debemos adorar las inescrutables disposiciones del cielo en permitir ó que á los mismos héroes de la verdad les cieguen todavia los generales disimulos y engaños, ó que la turba de los tímidos é

(1) *Preuves du differ. de Boniface, VIII, pag. 134.*

indoctos se deje dominar por el Papa hasta el punto de renunciar sus sagrados derechos, de hacer traicion á su propio ministerio, y de trastornar todo el órden del régimen eclesiástico; no debiendo sino llorar, en el tercero, la infeliz suerte de la verdad en este mundo, esto es, que muchas veces se ve forzada á ser esclava del interés: y es evidente en el cuarto que aquellos mismos delirantes intérpretes nos presentan la causa fallada contra ellos mismos, venerando por una parte la autoridad y doctrina de los Padres Galicanos, y no pudiendo por otra explicarlos conforme á su sistema.

5. ¿Os sirve acaso de obstáculo el ver que no menos la Iglesia de Francia que todas las demas Iglesias católicas reconoce en la de Roma el *centro* de la comunión eclesiástica? Examinad en qué sentido lo reconoce, y vereis desvanecida toda la dificultad. No pretende con esto que todas las Iglesias particulares deban aprender de ella la verdadera fé, sino informarla solamente de la suya; y someterse á sus decisiones, solamente despues de haber conocido con toda evidencia por su propio juicio la fé universal en su doctrina: lo que al fin no es mas que una mera práctica exterior, dirigida mas bien á instruir á aquella Iglesia que á ser instruida por ella, sin ninguna obligacion de uniformarse con su creencia, siempre que se crea que aquella determinada doctrina no está universalmente decidida (a). Si vuestros mismos Padres hubieran enviado directamente á Roma su profesion cual la publicaron á la faz del universo con una oficiosa dedicatoria al sumo Pontífice, declarando en ella que depositaban su fé en las manos del Papa, como quien custodiando en la insigne biblioteca Vaticana la creencia y las varias profesiones de las antiguas y modernas, heréticas y católicas Iglesias, merecia ser elegido por Mecenas universal en materias de religion: ¿hubieran perjudicado por ventura á su propia doctrina y se hubieran contradicho á sí mismos? No por cierto. ¿Porqué pues reprobais en los católicos esta oficiosidad que nada significa? Y aun con este aparente obsequio hubieran disipado vuestros maestros en el espíritu de los débiles toda prevención contra ellos, facilitando con esto mucho mas sus

(a) Esta es la comunión *in decisis* de los novadores.

proyectos. Considerad la santísima iglesia de Utrecht, cuya sabia costumbre de manifestar su fé á los Pontífices y pedir su comunión, aparta de sí para con *lo mas florido de la Iglesia* católica hasta la mas mínima sospecha de cisma, y cuya admirable constancia en defender su originaria libertad juntamente con la doctrina tantas veces reprobada por los Papas, es causa de que se la aplauda, y se la tenga por la única Iglesia ilustrada despues de tantos siglos de ignorancia, por la única iglesia fiel entre las prevaricaciones de las demas, en una palabra por la única que ha triunfado de las puertas del infierno en esta corrupcion de los tiempos (1).

6. Sí, hermanos carísimos, señalad finalmente, señalad la época mas gloriosa de vuestro celo y de vuestra piedad y ortodoxia, usando de esta justa defensa que por medio de sus mas ilustrados y amorosos hijos, se complace en dirigiros nuestra Madre comun: deponed toda siniestra prevencion, encono y hostilidad contra ella, ofreciéndole con vuestro desengañó el mas solemne monumento de docilidad, y con vuestro regreso el tributo mas acepto del amor filial. No deis oídos á los gritos de ciertos espíritus inquietos y dominados por las pasiones, que aun despues de tan bellos preparativos de paz que en nombre de la Iglesia habia propuesto el nunca bastantemente alabado Febronio, no cesaban de clamar *á la guerra, á la guerra* (2), suponiendo falsamente que queria establecer la potestad de los Obispos sobre las ruinas de la del Papa, y acusando por lo mismo de ficcion á la sinceridad mas pura. Porque, decidme por vuestra vida; ¿cómo podia manifestar mejor la Iglesia su firme aversion á cualquiera pretension tanto Pontificio como Episcopal, y á cualquiera pretension del *cuerpo gerárquico*, sino enseñando que su ministerio consiste únicamente en *instruir, persuadir, reprender mansamente, rogar y aconsejar* á los fieles, y *prætere nihil*? (3). ¿Cómo podia dar á entender mas claramente que la pre-

(1) Véase la *historia del jansenismo* por el Ab. Tosini.

(2) Véase á Carlos Feder. luter. y catequista de Lipsia, *disert. d. Febr. 14 de diciem. de 1763.*

(3) Serrao, *de clar. Catech. pág. 35.* Op. Pist. t. 4, *pág. 231.* Teol. Piac. *Lett. 3, §. 31.*

sidencia del Episcopado solo se dirige á conservar un cierto orden en la muchedumbre de los cristianos, mediante el cual haya algunos entre ellos que atiendan mas expresamente á la conservacion de la pureza de la fé, y cuya autoridad de consiguiente toda es relativa al concepto que se tiene de su ciencia y fidelidad en cumplir con su oficio; ni puede ser jamas un yugo, á que esencialmente debe someterse todo el orbe católico; cómo podia, digo, manifestar todo esto con mas claridad que proponiéndonos por modelo aquella su fiel hermana que nacida en las provincias unidas, expresa los sentimientos y deseos de las que gimen todavía bajo la tiranía, con su total independendencia del gobierno Pontificio, y aun Episcopal de muchos años acá, y defiende los sagrados derechos de una perfecta libertad en todos los fieles? ¿Vituperais acaso á la Iglesia católica porqué ha excluido en todos los siglos que cuenta de edad á la turba popular de decidir en materia de religion? No, nunca ha sido ella culpable de semejante injusticia: delito ha sido este únicamente de los Papas y de los Obispos ambiciosos, contra los cuales no cesó de reclamar en todos tiempos, reconociendo por legítimo en todos sus hijos indistintamente el derecho de examinar cualquiera definicion aunque sea conciliar (1), y autorizando no solo las oposiciones *del primer orden gerárquico*, no solo las *del segundo*, sino tambien las *de personas de toda condicion y estado* (2); que es decir, admitiendo de hecho á este juicio á todos los cristianos, sino con una ceremonia exterior de dar solemnemente su voto, cierto si en el objeto primario y fundamental, cual es el de obligar la propia conciencia. ¿Os parece que la Iglesia ha vulnerado los derechos de la potestad temporal arrogándose una suprema y por lo mismo independiente autoridad en los objetos de religion y de fé? Nunca lo creais; pues siempre reconoce la dependencia que se debe á las leyes soberanas de los príncipes. Y si un Osio amenazó á Constancio con la ira de Dios, caso que se mezclase en las materias eclesiásticas, con un *cave* imperativo y autoritativo (3): si San Ambrosio negó á

(1) Véase el cap. 17 hacia el fin.

(2) Tamb. *Anal.* §. 65.

(3) S. Athan. *Hist. Arian.* pág. 371.

Teodosio la participacion de los sagrados misterios sujetándole á las penas canónicas: si un Gelasio Papa escribió á Atanasio que debia obedecer con todo afecto las disposiciones de los Obispos (1): y un Fulgencio aseguró *in Ecclesia neminem esse Pontifice potiores* (2): y finalmente, si los Papas, concilios, Padres y teólogos de la antigüedad pudieron engañar al universo, aprovechándose de la ignorancia de los tiempos, y de la tímida religiosidad de los Soberanos; no pudieron sin embargo debilitar tanto la potestad de los Reyes, que no haya tenido esta súbditos fieles y defensores acérrimos tocante á los mismos objetos de economía eclesiástica. Llamo vuestra atencion hácia las apelaciones, recursos y súplicas que en todos tiempos elevaron los que recuerda la historia haber sido condenados por el Vaticano ó por las reuniones conciliares, á los magistrados y tribunales, ó para cortar los abusos, ó pidiendo auxilio contra *el despotismo de los Obispos*, ó para anular las definiciones, ó generalmente para pedir otras providencias autoritativas y necesarias: y sin obligaros á un exámen excesivamente prolijo, os recomiendo el mas famoso monumento, el mas incorrupto depositario de las doctrinas reveladas, el órgano mas fiel de la Iglesia, el juez mas autorizado del mismo Episcopado, el sostenedor de los derechos del trono, ya me entendeis, el sínodo de Pistoya. Tanta es la devocion de aquella sagrada asamblea hácia la magestad, tan grande la sumision á la autoridad de los monarcas, que ya hubiérais visto resucitados por ella los Enriques y Jacobos, si por un deplorable resto de las antiguas preocupaciones, ó por no sé qué debilidad que les dejaron por herencia sus antecesores, ó por fines políticos, ó por cualquiera otra causa, no se hubieran abstenido de ejercer aquella ilimitada y universal potestad que les atribuye, y no se hubieran contenido por tanto en empuñar el báculo con la espada. ¿Quereis mas todavía? ¿Os ofende acaso la misma denominacion de *gerarquía*, como que significando *sagrado principado* expresa una verdadera autoridad en la Iglesia, independiente de las que

(1) Labbé *Concil.* t. 5, pág. 309.

(2) *De princ. et gr. lib.* 2. n. 37.

tienen los gobiernos temporales? Pues tambien para esto halló un remedio eficaz el nuevo apóstol de Etruria, asegurándolos de parte de la misma Iglesia, que por esta palabra nunca quiso ella indicar mas que una *sagrada servidumbre* (1), y que siempre ha desaprobado el sentido literal que adoptaron por ambicion, por ignorancia ó por adulacion los Areopagitas, Crisóstomos, Sócrates, Sozomenos, y sucesivamente los Padres, teólogos y concilios, hasta los tiempos de los Sarpi, de los Buddeos, de los Vergeri, que para evitar los equívocos, adoptaron la voz de *gerodulia* (2).

7. Ved aquí pues la verdadera y purísima doctrina de la Esposa de Jesucristo; ved aquí, carísimos hermanos, nuestra desolada Madre que todo terneza y corazon para vosotros, os la manifiesta del modo mas claro. De consiguiente será muy bien, como la describe Morneo, aquel manso rebaño á quien chupa la sangre el pastor, y le trasquila y aun rae desapiadadamente (3); pero no ha sido ni será jamas aquella *prostituta*, que infiel á su esposo se entrega ella misma en poder del intemperante y adúltero Episcopado, como injustamente arrebatado de celo indiscreto la pinta vuestro Patriarca Lutero (4). Que si alguna vez por evitar mayores males no manifestó sus sentimientos, disimuló sus agravios, y tuvo oculto su dolor, como debia hacerlo segun las reglas de una sabia prudencia, mas que en ninguno otro tiempo en nuestros dias despues de la tumultuaria promulgacion de la errónea y sediciosa bula *Auctorem Fidei*; ¿podreis vosotros acusarla por ventura de prevaricacion? Vosotros, digo, á quienes con el calvinista Farello (5) agrada tanto en semejantes circunstancias, el pitagórico silencio en causas de religion? No ciertamente. ¿Porqué pues la habeis abandonado? ¿Qué razon justifica vuestro cisma? ¡Ah! Si teneis en algo vuestro honor, y si os mueven algo sus gemidos, emplead

(1) Segunda Pastoral contra las *Anot. pacíficas*, pág. 95.

(2) Véase la carta pr. del Primicerio de Mondorbopoli á Monseñor Obispo Ricci.

(3) *In Consil. suæ profect. n. 10.*

(4) *Assert. n. 36.*

(5) *Carta á Calvino*, que es la 78, entre las de este heresiarca.

mas bien vuestras plumas en sacarla de su larga y tiránica esclavitud, y en animar la debilidad de sus taciturnos y desalentados hijos, que mientras ella agradecida á tan gran servicio os mirará como á sus generosos libertadores, formareis vosotros su mayor gloria, y pródigo el cielo favorecerá vuestra generosa empresa.

8. ¿Pero qué oigo? ¡Os ha expelido, os ha condenado la Iglesia misma en el concilio de Trento! ¿Rehusó vuestra obra para no salir de su envilecimiento? ¡Ah, que este es un vano pretexto para justificar vuestra obstinacion y vuestra infidelidad! Porque aunque se debe venerar la autoridad de aquella reunion, y respetar sus juicios, pero no por eso se debe reconocer en ella generalmente el infalible tribunal de la Iglesia: y por consecuencia se puede decir que la sentencia pronunciada por aquel concilio contra vosotros no proviene de la Iglesia; ó á lo menos podeis vosotros dudarlo con fundamento, y justificar con esta duda vuestra oposicion á los juicios de aquel concilio. Ved aquí en compendio algunas notables razones, por las cuales, estando siempre adictos á la unidad, podreis no someteros á dicho concilio.

9. 1.º Se sabe que la Iglesia no tiene otro derecho para convocar á concilio sino el que le da el permiso del Príncipe: la historia de los 8 primeros concilios, y especialmente del de Nicea contra los Arrianos reunido por Constantino, lo prueba convincentemente (1): y vuestros Príncipes protestaron sin la menor ambigüedad á Paulo III que no querian el concilio (2). 2.º Reunido ya el concilio, no puede decretar ni concluir ninguna cosa, sea sobre el dogma sea sobre la disciplina, si no la aprueba el Soberano (3): y vuestros Soberanos y Magistrados lejos de aprobar los decretos del concilio de Trento se opusieron y se oponen á ellos abiertamente. 3.º Para que representase á la Iglesia, era necesario probar que habia sido ecuménico, y por consecuencia universalmente aceptado: mas esto nunca se podrá probar, así porque no

(1) *Reflex.* del Canon. Florentino.

(2) Hist. del conc. de Trento, que está venal en Italia,

(3) *Reflex.* del Can. Flor. p. 19.

le admitirán vuestras Iglesias, que tienen lo mismo que las nuestras el derecho de examinar y decidir en causa propia; como porque las que lo aceptaron disputan todavía sobre la inteligencia de casi todos sus cánones; y porque algunas le reciben en parte, y en parte le contradicen libremente; finalmente porque puede darse el caso de que el número *mucho mayor* de las Iglesias y Obispos tenga por ecuménico un concilio que no lo sea verdaderamente, y admita por legítimo un decreto ilegítimo (1). 4.º Los Padres deben ser libres: y vosotros podeis sospechar con Tosini, y aun afirmar expresamente con el autor anónimo de la *Monarquía universal de los Papas* (2), que no lo fueron los del concilio de Trento, porque estaban oprimidos por la magestad, y tenían atadas las manos con las órdenes de los romanos Pontífices. 5.º Era necesario que aquellos Padres hubiesen examinado en tela de juicio todas aquellas cosas que se disputaban (3): y es un hecho cierto que los Obispos que tienen al Papa por infalible, no hacen mas que someterse á sus juicios (4) sin el exámen conveniente: y que los que asistieron al concilio Tridentino se manifestaban inclinados á la infalibilidad y supremacía Pontificia (5). 6.º La infalibilidad de la Iglesia católica se extiende tambien sobre su autoridad, y nunca podrá suceder que decida convenirle la que en realidad no le conviene: y el concilio vulneró «la jurisdiccion de los Reyes y Magistardos atribuyéndose una »autoridad que no tenia» (6), especialmente cuando les priva de la ciudad ó lugar en que permitan el duelo (7); porque *non potest Rex privari suo dominio temporalí, respectu cujus nullum omnino superiorem recognoscit*, como expresamente y sin ningun miramiento define la Iglesia de Francia (8) contra la declaracion del concilio. 7.º Una nota esencial «de »un juicio de la Iglesia universal, es que cuando juzgan

(1) Le-Gros, *de Eccl. c. 3, sect. 3, p. 453.*

(2) *Historia del Jans. lib. 3, p. 109.*

(3) Carácterés de los juic. dogm. de la Igl. *par. 1. p. 20.*

(4) *Ibi, §. 3, pag. 7.*

(5) *Hist. del Conc. de Trento cit. pag. 93.*

(6) *Ibi, pag. 62.*

(7) *Ses. 25, c. 19.*

(8) Barillayo Juan, *pag. 117.*

« los Obispos esten conformes no solamente en las palabras » sino tambien en el modo de pensar » (1): y ningnno puede asegurarnos que hubiese habido esta uniformidad en los Padres de aquel concilio cuando formaron los cánones, pues hay mucha discordancia en el modo de interpretarlos. Efectivamente, unos sostienen la gracia molinista, otros la agustiniana; este defiende la atricion, aquel la impugna; unos, ademas de la potestad de órden, exigen tambien la de jurisdiccion para que sea válida la absolucion, otros pretenden que basta solo la primera; quien concede á los Obispos el derecho de reservarse los casos, quien se le niega; quien defiende como originalmente propia de la Iglesia la potestad de poner impedimentos matrimoniales, quien la quiere solamente adventicia, esto es que le viene á la Iglesia de los Príncipes; aquí se reconoce en ella el tesoro de los méritos de Jesucristo y de los Santos, y allí se llama *una falsa imaginacion* (2); por una parte extienden algunos las indulgencias á mil y mil años, y por otra demuestran otros que no deben extenderse mas allá del tiempo acostumbrado de las penas canónicas (3); finalmente hay algunos que sostienen el sí y el no de casi todas las proposiciones contenidas en las actas y cánones Tridentinos; y he aquí por consecuencia que se presenta en la escena en aquel famoso Concilio un Jano con dos caras. Calla entre tanto la Iglesia, y tolera estas contrarias interpretaciones, luego permite sospechar que no hubo en los Padres de aquel concilio la perfecta uniformidad que se requiere en el modo de pensar; es decir que se dude de una propiedad esencial del concilio.

8.º Finalmente, para juzgar si es legítimo un concilio; ó si es ó no subrepticio un decreto, debemos atenernos á las reglas *del sentido comun* (4), y estas no son infalibles ni las mismas en todos. Conque si juzgando vosotros con un ánimo é intencion recta por aquellas reglas que os parecen mas con-

(1) Veáanse los *Caractéres* §c. §. 7, pag. 23.

(2) *Trat. histor. §c. de las indulg.* Se halla en la coleccion de opúsculos Pistoy. *interes. á la relig.*

(3) *Ibi.*

(4) Véase la nota á la cart. de Collini á Guadagnini. Está al pie de la *seg carta placentina.*

formes al buen sentido, os creéis dispensados de reconocer por ecuménico al concilio de Trento, y la legitimidad de sus decretos, os poneis á cubierto de todos los anatemas sin insultar de ningun modo á la Iglesia. ¿ Cuántos ejemplos no nos presenta la historia de los que observando ó creyendo de buena fé que observaban las mencionadas reglas, rehusaron admitir como ecuménicos y legítimos algunos concilios reconocidos como tales por naciones enteras, sin que por eso se les pusiese la tacha de cismáticos? La Francia se opuso por espacio de un siglo al concilio 7.^o sobre el culto de las imágenes, y tampoco reconoce ahora por ecuménicos ni al de Florencia, ni al Lateranense 5.^o, aunque los reconocen por tales los Italianos, y reconocen al contrario por ecuménicos los de Constanza y Basilea, aunque no se reconocen en Italia, ni los han aprobado los Papas (1).

10. Ved pues cuan fácilmente pudiérais pasar por católicos sin ningun perjuicio de vuestras doctrinas. Una sola protesta de reconocer religiosamente los juicios y autoridad de la Iglesia universal, negando por los motivos expuestos que hubiese sido representada por el concilio Tridentino, os salva enteramente. En efecto, la heregia consiste en defender con pertinacia el error contra el juicio solemne de la Iglesia, y el cisma en separarse voluntariamente de ella, cuya pertinacia y voluntaria separacion no pueden atribuirse sino injustamente á los que siendo hijos obedientísimos de la Iglesia misma, buscan con ingenuidad su voz; pero entre la multitud de doctores falsos, no pueden distinguirla de la de los hombres. ¡ Ay de tantas escuelas, de tantas facultades de teología, y de tantos teólogos, que profesan doctrinas diametralmente opuestas, si no les justificase esta sincera disposicion de someterse al juicio de la Iglesia en llegando á conocerle (2)! A estas horas ya se hubieran formado otras tantas sectas heréticas y cismáticas; puesto que ya en un tiempo ya en otro se ha explicado suficientemente la Iglesia sobre todos los puntos de sus teorías. Pero tan fácil co-

(1) Véase la *Hist. de los Conc. y Sinod. aprob. y desaprob. por los Papas*, que está venal en Italia, obra jansenística.

(2) Tamb. *Anal. &c.* §. 185.

mo sería el sustraeros de la nota de rebelion; otro tanto se aumentaria vuestro delito si quisiérais llevarla siempre en la frente como en triunfo, mostrándoos agenos de aquel espíritu de unidad que distingue á los miembros de Jesucristo. Pero advertid que no basta el manifestaros prontos á someteros á la Iglesia y creer que no os ha juzgado en el concilio de Trento: es necesario ademas no prevenir su juicio. El que quiere definir sin la autoridad de la Iglesia, y erigir en dogma lo que ella abandona á las disputas de sus hijos, se hace igualmente reo de cisma y acaso tambien de heregia. La variedad de las opiniones constituye en verdad alguna vez lo bello de nuestra santa Religion, pues es el resultado de la solicitud con que los fieles buscan la verdad en el seno de la Iglesia; pero nunca puede autentizarse y autorizarse con leyes, ni extenderse en los registros públicos de los sínodos. Pues este es vuestro delito, y aun diré el primario y fundamental; y una vez que le purguen vuestras Iglesias, vendrán á igualarse y confundirse con nuestras escuelas (1). Es verdad que estas prosiguen incensando á la Silla Apostólica: pero habiendo explicado arriba el verdadero sentir de la Iglesia; vosotros mismos podeis conocer que esto se hace por pura ceremonia, la cual tambien podian hacer vuestras mismas Iglesias, puesto que es una cosa que nada concluye por ningun estilo. Se quiere una cabeza de órden para simbolizar la unidad. Esto predicaron los Padres, esto confesaron un Calvino, un Grozio, y tantos otros haberse verificado en San Pedro: nada os cuesta confesarlo tambien vosotros. Nada en tal caso os faltaria para que todo el universo católico os considerase esencialmente unidos con la Iglesia, si bien de hecho independientes del romano Pontífice, aunque multiplicase irritado sus excomuniones, siendo un error capital que conoce cualquiera que tiene un poco de razon, el creer «que la idea de la unidad está ligada con la de la dependencia y subordinacion..., pudiendo subsistir tambien en una compañía de amigos» (2) entre los cuales no haya autoridad ni *mucha ni poca*.

(1) Véase el Teol. Plac. cart. 3, pag. 200, y el Anal. cit. §. 183.

(2) Carta de A. B. al Sr. Arzopr. de... sobre las cuestiones modernas. Está en la colec. Pist. tom. 7.

11. Yo concluyo, hermanos carísimos. Obligado á dar cuenta á Dios y á la Iglesia de mi ministerio, he procurado manifestaros con toda exactitud é integridad la fé que esta profesa sobre las venerables prerogativas del sucesor de Pedro, y sobre algunos otros puntos en que la reprendeis sin razon; y tambien haceros conocer su ánimo pacífico, al que injuriaís creyendo ó que ha sido vuestro severo juez en aquel famoso concilio, ó que no quiere oir vuestras reclamaciones si las haceis con la debida sumision y cautela. A vosotros toca ahora, absteniéndoo de insultar y ofender á los sumos Pontífices contra el precepto de la caridad, acomodándoos á la práctica que nada significa de tratarles con respeto, y protestando que estais obedientes á la Iglesia, á vosotros, digo, toca consolarla finalmente, y asegurar de este modo vuestros mismos sistemas juntamente con el decoro de vuestras sociedades. No se puede concluir la paz sin hacer algun sacrificio por una y otra parte: la madre no tiene mas que ceder á sus hijos: ahora es necesario que los hijos cedan alguna cosa á la madre. En vano intentaron otros esta concordia (1): pero la felicidad de los tiempos presentes en que ya habeis experimentado sobradamente los daños de vuestra obstinada y escandalosa separacion, cuya causa conoce plenamente la Iglesia no haber sido otra que una falta de mútua inteligencia, nos promete un éxito mejor y permanente.



(4) Véase á Rescio, *Centur.* en la palabra *Pacificadores*.

RESPUESTA

DE LOS PROTESTANTES AL NOVADOR MODERNO.

1. Al mismo tiempo que nos ha penetrado el corazón la caridad y celo con que nos habeis hablado, no pudo menos de aumentar nuestra aficcion el tono de vuestro discurso. ¿Llamarnos hijos infieles á la Iglesia, inhumanos en lacerarla, insensibles á su dolor, sordos á su piadosa voz? Una acusacion es esta tan injusta, como impropia é inconsiderada en vuestra boca; porque debíais conocer que no podíais hacerla sin que recayese por su propio peso sobre vuestra secta. Efectivamente, si ha llegado ella á conocer por último con nuestros venerandos Padres la deformidad y corrupcion de la Iglesia romana, que es la única de que estamos separados, ¿cómo puede dejarse de conocer la obligacion universal que tiene lo mismo que nosotros de oponerse varonilmente á sus extravíos, lejos de aprobarlos con una condescendencia aduladora, ó con un vergonzoso silencio?

2. ¿Qué, es rebelarse contra la Iglesia el clamar en alta voz contra los abusos y depravacion de los cánones (1), y reprobar *consuetudines, mores, et usus in Ecclesia aberrantes a spiritu Ecclesiae* (2), como tambien *errores, præjudicia, abusiones latissime in Ecclesia serpentes* (3)? ¿Será insultarla y ultrajarla el resistir valerosamente al error, que apoyado en el mayor número «quería ocupar en ella con sacrílego atrevimiento el lugar de la verdad?» (4) ¿Será endurecer los oidos á su voz el no dejarse «arrastrar con la multitud del pueblo por los sacerdotes y doctores á la prevaricacion é idolatría?» (5) ¿Será esta una infidelidad contra

(1) Conf. August. art. *de abusibus* al principio.

(2) Tamb. *De fontib. theol. diss.* 4, c. 4, §. 43.

(3) Ibi, §. 44.

(4) Tamb. *Anal.* §. 52.

(5) Ibi, *pág.* 113.

nuestra santísima madre, ó no mas bien un monumento eterno de nuestra adhesión, y de aquellos sublimes conceptos que deben animar á todo cristiano, de la santidad y pureza que la adornan y libran de toda mancha y arruga? Si así fuese, sería pues infiel á su verdadera madre aquel hijo, que por no abandonarla rehusase tributar sus filiales afecciones á la madrastra. ¡Qué cosa mas irracional, qué delirio mayor, qué llorar la ofuscación, las agitaciones, y la ruina de la Iglesia católica, y asociarse con quien la ofusca, la aflige y la combate! No, no serían sinceras las lágrimas, no sería verdadera la piedad ni evangélico el celo. Y vosotros, que habiendo abierto finalmente los ojos á la luz de la verdad, llorais con nosotros sus heridas, y unís vuestros clamores con los nuestros contra la mano cruel que la hiere, ¿cómo podreis desaprobando nuestra conducta no merecer la tacha de doblez, y de una práctica contradicción con vosotros mismos? Porque ó son verdaderos aquellos males que con tanto dolor confesais haber causado á la Iglesia la *ambicion*, la *ignorancia* y el *fanatismo*, ó no son mas que imaginarios. Si son verdaderos; luego cuanto mas fuerte y sincera es vuestra adhesión á la Iglesia, tanto mas sangrienta y resuelta debe ser la guerra contra los ambiciosos, ignorantes y fanáticos que los producen. Si son imaginarios, ¿á qué tantas inquietudes, tantos clamores y quejas? ¿Y porqué en vez de vituperar nuestra separación, exhortándonos á disimular nuestra fé, y hacer traición á nuestra conciencia contra el aureo precepto de que *nil se debe per ostensionem fingere, vera ut sunt diligere, falsa devitare* (1), no reprendernos al contrario, demostrándonos la integridad de la fé, la santidad de costumbres, y la pureza de la disciplina de vuestra Iglesia romana? De ningun modo podeis eludir este argumento. Porque llamar verdaderos aquellos males, y permanecer sin embargo unidos en fraternal correspondencia con sus autores, con el pretexto de no querer separaros de la Iglesia católica, es lo mismo que confesar que está identificada con los mismos que le causan semejantes males; y de consiguiente es confundir á la oprimida con

(1) S. Greg. M. lib. 10. Mor. al. c. 26.

los opresores, á la esclava con los déspotas, á la inocente castigada con los verdugos que la castigan, y declararla causa y principio de todas sus enfermedades, tirana y destructora de sí misma. ¿Quién pudiera soñar mayores extravagancias, ni hacerla una injuria mas atroz? No somos nosotros tan estúpidos, ni estamos tan discordes con nosotros mismos. Miramos unánimemente á los que envilecen á la Iglesia, á los que la persiguen y le hacen la guerra, como á sus enemigos, y como tales no podemos creer que pertenecen á la Iglesia; y de consiguiente no queremos reformar como vosotros os figurais á esta Esposa de Jesucristo, como si ella fuese la prevaricadora (1), sino que solamente execramos á los autores de tantos escándalos que la afean. Vosotros mas bien mereceis esta acusacion. Ni el estar separados de ellos prueba que lo estemos de la Iglesia; porque mas bien lo estamos para permanecer indivisiblemente unidos con la verdadera Iglesia. Pues ahora bien, preguntadnos por qué nos habemos separado; y solo con indicaros de quienes nos hemos segregado, os damos suficiente razon. Nos hemos substraído de aquellos *ilegitimos tribunales*, de aquellos *jucce usurpadores*, de aquella *turba ignorante de Obispos*, que *contra* el plan de una institucion divina se hicieron idolatrar del pueblo ciego, y en su frenesí idolatraron ellos mismos en las fantasmas de su imaginacion y altivez: hemos sacudido el yugo del dominio de los Papas, que se jactaban de ser *superiores á los cánones de los concilios y de la Iglesia universal* (2), y nos reimos con vosotros de sus congregaciones (3): nos hemos creído con derecho para resistir á los Obispos, que con su independencia de los sínodos diocesanos y de los concilios provinciales (4) han usurpado una potestad que no les compete; y hemos creído de nuestra obligacion esencial no reconocer aquellos concilios que por *ignorancia* ó por cualquiera otra causa cooperaron á esta total subversion *del gobierno eclesiástico establecido por Jesucristo, con adoptar el nuevo sistema del*

(1) Tamb. *Anal.* §. 183.

(2) Tamb. *Vera idea*, pág. 87.

(3) Ibi, *part.* 1, *cap.* 4.

(4) Ibi, §. 21.

impostor Isidoro, autorizándolo *con sus decisiones* (1). ¿Y no es esto protestar claramente que está *desterrado de la Iglesia todo espíritu de dominacion* y toda usurpacion, que su gobierno no es el de la *ignorancia* sino el *de la sabiduría* (2), y que por lo mismo aquellos Papas, aquellos Obispos, aquellos Concilios subvierten realmente en vez de formar la verdadera Iglesia? (3).

3. Todavía estan en la Iglesia, respondereis, porque no han sido expelidos de ella mediante un juicio canónico, y de consiguiente es necesario permanecer en su comunión. Pero permitid, hermanos, este desahogo á la verdad. ¡Qué argumento tan ridículo, qué respuesta tan necia, qué contradicción tan manifiesta! ¿Conque estan en la Iglesia los que levantan contra ella el estandarte de la rebelion, arruinando sus tribunales, haciendo prevaricar al universo, arrogándose su autoridad, y obligando á todos los cristianos á prestarles aquella sumision y aquellos homenajes que solo á ella se le deben? Si estos tales estan en la Iglesia; luego ó aquellos Papas, aquellos Obispos, aquellos *muchos concilios* introdujeron y autorizaron con decretos y leyes el nuevo plan *subversivo* de la primera institucion, sin profesar la doctrina que en él se establece; ó no excluye la Iglesia de su seno las diversas y ni aun las opuestas profesiones, pues tambien á ellas les pertenece esencialmente el teórico reconocimiento de su gobierno, cualquiera que sea. Luego ó la Iglesia ya no es *una*, ó las profesiones contrarias no destruyen la *unidad*. En el primer caso tenemos derecho para pretender, que se considere á nuestras sociedades todavía en la Iglesia: en el segundo os contradecís á vosotros mismos cuando intentais probar que «el haber autorizado con leyes y consignado en los documentos públicos de nuestros sínodos las variaciones ocurridas....,» y el haber adoptado su modo de pensar el cuerpo de nuestras Iglesias» (4), es un auténtico testimonio de que no está la unidad entre nosotros, y que por esta razon estamos fuera

(1) *Vera idea*, pág. 87.

(2) *Ibi*, part. 1, cap. 2, §. 24.

(3) Véase el Discur. preliminar. §. 24.... 36.

(4) Teol. Plac. carta 3, pág. 200, y Anal. §. 183.

de la verdadera Iglesia. Porque así como á pesar de estas diversas profesiones no dejarían de formar nuestras Iglesias particulares una sola Iglesia; así tampoco hay ningún obstáculo para que esta constituya también una sola con la vuestra. Además, una cosa es estar en la Iglesia, y otra el querer que la Iglesia consista en los que están en ella. Ahora bien; aquellos Papas, aquellos Obispos, aquellos *muchos concilios* no se contentaban con que se les mirase solamente como existentes en la Iglesia, sino que pretendían además que la representaban formal y exclusivamente; con lo cual, según vuestros principios, se separaron por sí mismos de la verdadera y única Iglesia. Luego no se podía prestarles obediencia sin incurrir en su misma prevaricación. Esto reconocéis vosotros también, pues para prevenir al pueblo contra sus usurpaciones y violencias, para sustraerle de su dependencia y preservarle de su seducción, sacrificásteis generosamente á vuestro celo y caridad todo vuestro reposo para componer tantas obras, y toda clase de interés para darlas á luz; y perjudicando también no menos á vuestra paz que á vuestro honor, en sostenerlas y defenderlas, y deseando con San Pablo ser *anatemas* por vuestros hermanos. ¿Porqué pues queréis ahora derribar y destruir de un solo golpe un edificio tan hermoso y tan glorioso para vosotros, condenando nuestra separación, que si hubiérais precedido á nuestros Patriarcas, se miraría como fruto de vuestras fatigas?

4. ¿Se puede acaso *comunicar sin depender* como vosotros decís? Vaya; dejemos á un lado tan pueriles é irracionales efugios: no os aparte vuestra debilidad ni los respetos humanos del camino á que os inclina la verdad; es decir, de protestar á la faz del universo para edificación universal, que vosotros nada tenéis que hacer, ni queréis tener ninguna comunicacion con aquellos *ilegítimos, usurpadores é ignorantes tribunales*, que erigió la ambición y la fuerza sobre las ruinas del gobierno instituido por Dios. Hablando con propiedad, ya se ha verificado en sustancia esta desunión. El que no está sujeto á un tribunal determinado, nada tiene que hacer con él, y debe considerarse como separado del mismo, pues en materia de gobierno no hay mas union ni mas vínculo

entre un tribunal y un individuo cualquiera que sea, que el que procede de las cualidades relativas de juez, y de consiguiente de autoridad, en el primero; y de súbdito, y de consiguiente de dependencia, en el segundo. Examinad si quereis todos los sistemas de gobierno tanto eclesiástico como civil: ¿dónde podreis encontrar el mas mínimo fundamento para vuestros sueños? Presentadnos si podeis un solo ejemplar de vuestra quimérica comunión; es decir, del caso en que un Soberano verdadero ó ilegítimo haya hecho conocer con leyes y decretos su autoridad, y todos se hayan opuesto á ella quebrantando y despreciando sus decretos ó leyes, sin que los trasgresores puedan ni deban considerarse desunidos de aquel. El que niega que tiene obligacion de obedecer á alguno, le niega á este el derecho de mandarle; y si en este es legítimo el derecho, será en aquel una rebelion la pretendida independencía; pero si fuese ilegítimo, sería esta una justa y legítima protestacion contra el dominio usurpado. En ambos casos se rompería la union, quedando roto entre ellos el vínculo procedente de sus cualidades respectivas de soberano y de súbdito.

5. Comunicamos, nos replicais, *in decisis é in decisis* formamos un solo cuerpo con aquellos Papas, Obispos y Concilios. ¿Conque comunicais *in decisis*? Pero *in decisis* ¿por quién? ¿Por estos mismos tribunales incompetentes? De ningún modo: su misma incompetencia hace que sea nula su decision. ¿Quereis distinguir en sus decisiones las que son efecto de la *soberbia*, de la *vileza*, y de la *ignorancia de los tiempos*, de las que os parece que son efecto del celo pastoral, de la ciencia evangélica, de la piedad cristiana, llorando en las primeras la presunción del hombre, y venerando en las segundas la autoridad de la Iglesia? Pero los jueces son los mismos, y vosotros decis que la Iglesia es una sola: ¿pues cómo podrá esta formar una cosa sola con aquellos en una decision, y mirarlos en otra como enemigos y perseguidores suyos? Quereamos conceder que enseñen en algunos puntos la doctrina de la Iglesia; pero si estan privados de su autoridad en un caso, tambien lo estarán en otro. Resta pues únicamente que llaméis *decidido* al objeto de vuestra comunicacion, no porque

lo hayan decidido aquellos tribunales, sino porque lo creéis ya decidido por la verdadera Iglesia: lo que prueba igualmente, á pesar de la misma comunicacion, que estais independientes de ellos. Porque al instante os preguntamos cuál es por último la verdadera Iglesia. No es otra ciertamente sino aquella en cuya autoridad no hay ninguna usurpacion, cuyos jueces no son ignorantes, y cuyas leyes no son injustas; es decir, aquella de quien no se puede sospechar esté inficionada con alguna de las indicadas máximas erróneas y perjudiciales. Pero ¿en qué tiempo, y dónde señalais la existencia de esta Iglesia, ni cómo la reconocéis? Ó dejó de existir cuando se hicieron las innovaciones en su gobierno, ó continuó despues de ellas. Si dejó de existir, hemos concluido: si continuó, ¿dónde pues existió, y en qué forma? Á esto debéis responder de un modo conveniente. ¿Existia entre sus contrarios? No por cierto; como queda probado: ¿bajo la forma de su gobierno primitivo? Tampoco, pues habiéndole usurpado sus enemigos la autoridad, arruinaron sus tribunales. Luego ¿dónde estaba? ¿acaso en aquellos pocos que oponiéndose con valor á las empresas del fausto y del error, convenian con los mismos contrarios en aquellos puntos? Pero estos no tenian los privilegios de la Iglesia que tanto ensalzais vosotros. Si decís que *enseñaban la doctrina de la Iglesia sin tener su autoridad*, como asegurais que sucede algunas veces (1); luego el punto no está decidido, porque *enseñarlo no es decidirlo* (2). ¿Qué necesidad hay pues de comunicar en esto con los mencionados Pontífices, Obispos y Concilios? Así como podreis dejar de hacerlo en un artículo, tambien podreis dejar de hacerlo en todos los demas que se dice haber sido definidos despues de la fatalísima época en que se trastornó totalmente el régimen eclesiástico: ó si estando persuadidos de la verdad de la doctrina, no quereis hacerlo, ciertamente que sin ser injustos no podeis acusar de cismáticos á los que piensan de otra manera, pues no es *in decisis* vuestra comunicacion.

6. ¿Pero qué no sabe fingir el hombre? Ni una parte ni

(1) Tamb. *Anal.* §. 49.

(2) *Ibi*, §. 56.

otra, decís, tomadas separadamente, formaban la Iglesia, pero si unidas; hallándose en la union de las dos sobre aquel determinado artículo la *universalidad* que se requiere para que el juicio sea *decisivo*. Pues bien; si aquellos jueces no forman por sí solos la Iglesia, ni la forman los que siendo contrarios á estos en las nuevas opiniones sobre la economía eclesiástica se adhieren á ellos en los demas artículos de vuestra pretendida comunicacion: ¿con qué fundamento unís vosotros aquellas dos partes, para que se dé en aquel punto la *Iglesia definiente*, en vez de considerar en la oposicion de la parte tercera la *Iglesia docente*, ó á lo menos un fuerte motivo para no creer que está entonces unida la *totalidad* necesaria? Los jueces, como que son *ilegitimos*, no tienen ninguna autoridad originaria y absoluta para definir y condenar: conque lo mismo se puede decir que dan valor á su definicion y condenacion los que se conforman con ellas, como que las anulan los que no quieren admitirlas, aunque el número de estos sea *el mas corto* (1). Por tanto es necesario recurrir, como recurris efectivamente, á los monumentos de la antigua Iglesia, retrocediendo á los tiempos anteriores á su opresion y, desfiguramiento; es decir cuando podía hacer que resonase libremente su propia voz en sus tribunales, para fijar de esta manera en las disputas que ocurriesen el punto preciso de vuestra comunicacion juntamente con la verdadera creencia; desechando como un error perniciosísimo la máxima de «que-
» rer reducirlo todo á lo que en la actualidad enseña la Igle-
» sia existente, prescindiendo de la doctrina y de la fé de los
» tiempos pasados» (2), pues puede darse el caso de que sofocada su voz por los gritos del error, se oiga tan poco que apenas se perciba (3). Pero en esta hipótesis es claro que vosotros comunicais con la Iglesia presente, es decir, con el cuerpo prevaricador de los Pastores, solamente en cuanto ella comunica con la antigua, y que juzgais por vosotros solos que aquella comunica con esta. En efecto, no se puede tener

(1) Véase el cap. 22.

(2) Tamb. *Anal.* §. 46.

(3) Guadagnini. *Nota d. á la carta de Collini.*

por autoritativo el juicio de los existentes *illegítimos tribunales*, siempre que no concuerde con la antigüedad, ni podeis vosotros presentar sobre este punto ninguna decision que os asegure de una uniformidad de esta clase, independientemente de vuestro juicio. Conque de vuestro juicio depende tambien el fundamento de vuestra misma comunicacion, si no en cuanto al objeto, á lo menos en cuanto al motivo. Pero es demasiado manifesto, y aun por eso principalmente esgrimís la espada contra el sistema de gobierno introducido en la Iglesia, que los Pastores pretenden prescribiros una ciega obediencia á sus decretos, no queriendo que juzgueis acerca de ellos por vuestras propias luces, sino que los tengais por conformes con la antigua fé, solo porque ellos lo dicen. Vosotros pues, que *non propter eorum loquelam tantum*, sino por los cotejos que habeis hecho, así lo creéis, unís al mismo acto de creerlo una protesta práctica contra la autoridad de los Obispos, señalando otro punto de independencia, y por lo tanto de decision. Luego tambien *in decis*is comunicais sin depender de nadie. Y si esta es una verdadera comunicacion; el andar gritando contra el Soberano: *nolumus hunc regnare super nos*, el quitarle toda autoridad, el negar la obediencia á todos sus decretos, no será sustraerse de su dominio, no será querer separarse de él; con tal que solamente nos uniformemos con algun pensamiento suyo, y guardemos alguna de sus leyes, aunque por otro motivo, que porque él así lo piensa y lo manda. Haríamos una injuria á vuestra gran penetracion, y oscureceríamos la gloria de vuestra celestial doctrina, si os supusiéramos capaces de tan absurdos discursos, y de tan grandes paradojas.

7. Pero admítase que la idea de comunicacion con los tribunales modernos no comprende la de *dependencia*. ¿Quién procura mas, y quien es mas fiel en conservarla que nosotros, que siguiendo las reglas de la antigüedad nos gloriamos de estar unidos á la Iglesia primitiva, de venerar por nuestros legítimos Pastores á un *Ignacio*, un *Ireneo*, un *Cipriano*, un *Atanasio*, un *Hilario*, un *Ambrosio*, un *Basilio* (1), y de

(1) Dreyero, *Controv. cum Pontif. Præfat.*

reconocer por *hermanos* á todos los que siguieron despues la incorrupta doctrina de aquellos Padres; y que consideramos como regla de fé el consentimiento de la Iglesia universal, *docentes in universum et defendentes, quod catholica Ecclesia jam inde ab initio docuit et defendit, rejicientes et damnantes quod ipsa unanimi consensu rejecit et damnavit* (1)? ¿De nosotros que adictísimos á la regla del Lirinense tenemos por hereges solamente á los que no admiten la doctrina *semper et ab omnibus traditam* (2); y que por lo tanto con la guia de vuestra misma doctrina, disminuyendo el número de las definiciones relativas, comunicamos tambien con algunos de aquellos con quienes vosotros mismos no rehusais comunicar? ¿De nosotros, que no cesando de reprender á nuestros contrarios con las palabras de Optato Milevitano, porque *Ecclesiam apud se solos esse dicunt* (3), les acusamos al contrario de haber reducido injustamente su comunión á los estrechos límites de la parte menos considerable de Europa? ¿De nosotros finalmente, que *in communione totius Ecclesiae persistentes, á nullo nos temere separavimus* (4)? No, no será posible indicar una sola sociedad entre las muchas que se pudiesen alegar, que esté tan agena de todo pensamiento cismático como la nuestra. Podremos errar; podremos engañarnos en determinar entre las tinieblas de la antigüedad la verdadera Iglesia, á cuya fé es nuestra intencion someternos; podrá hallarse esta entre nuestros enemigos; ¿pero qué importa? ¿Quedaremos por eso excluidos de la comunicacion con la misma? Si no procuráramos investigar en los monumentos de los siglos primitivos las verdades católicas, todavía os concederíamos semejante suposicion: pero una vez que tambien nosotros subimos á los tiempos anteriores, para autentizar nuestras doctrinas, tenemos derecho para pretender que pertenecemos á vuestro número, y queremos que se nos considere siempre en la Iglesia. Ni vosotros nos lo podeis disputar, si no destruis primero aquel aureo principio, por solo el cual

(1) *Ibi.*(2) Dreyero, *De Hæret. supplicio*, pág. 779.(3) *Controv.* cit. Præf.(4) *Ibi.*

subsiste la comunicacion entre los diversos y contrarios partidos que ha habido y hay en vuestra misma Iglesia romana, á saber; que «el valerse de la antigüedad para ligar sus opiniones á la unidad de doctrina, es protestar de hecho la su-» mision que se debe á la creencia comun (1); » siendo esta la norma que hemos seguido fielmente, y la conducta que hemos tenido, y que nos sirve de defensa poderosa contra todas las acusaciones.

8. ¿A qué pues reducís vosotros el delito de nuestra separacion, ó mas bien porqué decís que estamos *separados*? ¿Acaso porqué abrigamos sentimientos contrarios á la caridad y á la union fraternal? Pero en esto *nostræ conscientie tutissima sunt, postquam scimus, nos summo studio concordiam constituere cupientes, non posse placare adversarios, nisi manifestam veritatem projiciamus* (2). ¿Porqué no comunicamos con Roma? Empero comunicando con la *antigua Iglesia*, estamos tambien en comunicacion *cum omnibus legitimis orbis doctoribus, quicumque et ubicumque fuerint* (3), y de consiguiente con la Cátedra apostólica, que no es otra cosa sino la *doctrina Apostólica* (4); y aun con la misma Iglesia de Roma, en cuanto «nos propone la doctrina de la Iglesia universal» (5); rehusando solamente comunicar con vosotros en lo que no juzgamos todavía decidido por el consentimiento de la misma Iglesia universal. ¿Porqué no tenemos Obispos? ¿Pues porqué ensalzais tanto la constancia de los de Utrecht en acomodarse á estar del mismo modo sin ellos, antes que ceder á las usurpaciones de los Papas en las *propuestas y elecciones*, y renunciar su doctrina (6)? ¿No protestamos nosotros muchas mas veces todavía que no *abnuissemus manere sub Episcoporum pontificium regimine, si per ipsos licuisset*, no deseando otra cosa con mayor ardor que *servare politiam ecclesiasticam* (7)? ¿No hemos declarado solemnemente á to-

(1) Tamb. *Anal.* §. 185.

(2) Conf. Aug. *De Confug. Sacerdotum*, cir. fin.

(3) Drejero, *cit. Præfat.*

(4) *Voce della verità*, pág. 64.

(5) Tamb. *Vera idea* § c. p. 2, c. 4, §. 7.

(6) Tosini, *Hist. del Jans.* l. 3, pág. 247, 271.

(7) *Apologia Conf. Aug.* ad art. 14.

do el universo que la única razón porque nos hemos separado de la obediencia de los Obispos, fué el querer ellos precisarnos *ad servandas traditiones, quæ bona conscientia servari non possunt*? Nunca han pretendido nuestras Iglesias que los Obispos *honoris sui jactura sarciant concordiam, quod tamen decebat bonos pastores facere. Tantum petunt, ut injusta onera remittant quæ nova sunt* (como vosotros mismos habeis llegado á conocer), *et præter consuetudinem Ecclesiæ catholicæ recepta..... Non id agitur, ut dominatio eripiat Episcopis; sed hoc unum petitur, ut patiantur Evangelium pure doceri, et relaxent paucas quasdam observationes, quæ sine peccato servari non possunt. Quod si nihil remiserint, ipsi viderint, quomodo Deorationem reddituri sint, quod pertinacia sua causam schismati præbent* (1). Pero bien podíamos no ayudarles en sus errores, no adularles en su soberbia, oponernos á su despotismo, y al mismo tiempo estarles sujetos en lo demás. Está muy bien: *novimus quod et errantibus Episcopis subesse possumus, pero modo nos tolerant*; lo que apesar de todas nuestras lágrimas no podemos obtener de su ambición y tiranía; *sed sacerdotes nostros aut cogunt hoc doctrinæ genus, quod confessi sumus, abjicere ac damnare, aut nova et inaudita crudelitate miseros et innocuos occidunt* (2). ¿Estaremos segregados de la Iglesia porque negamos general y absolutamente á los Obispos la potestad de las llaves, y la autoridad de gobierno? Podría calumniarnos de este modo algun asalariado apologista de los Obispos, ó algun ciego idólatra de sus soñadas prerogativas; pero unos hombres llenos de generoso desinterés; y que conocen la naturaleza del ministerio Episcopal, nunca se harán esclavos de la *ambicion* y de la injusticia. ¿Dónde ni cuándo se ha disputado jamas á los Obispos la facultad de *instruir, persuadir, reprender mansamente, rogar y aconsejar*? ¿Pues cómo podeis acusarnos de que les quitamos cuanto les conceden vuestros sobresalientes maestros? Solo decimos que se apartaron de la primera institucion, y que no se debe obedecer á quien en lugar de *instruir* enseña el error; seduce en lugar de *persuadir*, condena y ma-

(1) *Conf. Aug. in fine.*

(2) Serrao. *De cl. Cath. pág. 35. Teol. Plae. I. 3, §. 35.*

ta en lugar de *reprender mansamente*; y manda en tono de Soberano, en vez de *rogar y aconsejar*. ¿Será acaso porque nos reimos de sus censuras? ¿Pero de qué censuras nos reimos nosotros sino de aquellas que se pretende que obligan en conciencia, y sujetan nuestro entendimiento con perjuicio de la *libertad de pensar*, y que no son mas que vanos atentados de aquella fuerza *coactiva* que no siendo *instruccion, persuasion, mansa reprehension, ruego*, ni *consejo*, debe contarse entre las pretensiones y usurpaciones del cuerpo Episcopal? ¿Es acaso porque estamos *excomulgados*? ¿Pero por quién y por qué? Por los presentes *ilegitimos tribunales*, y para obligarnos á prestar homenaje á su *ambicion*, y á someternos á su *despotismo*, renunciando el originario derecho de retroceder á los *tiempos anteriores*, y adherirnos á la fé y gobierno de la *antigua Iglesia*. Luego la excomunion es nula, así por la incompetencia del Juez como por la injusticia de la causa; y por lo mismo recae sobre quien la ha fulminado: él es quien se separa. ¿Seremos por ventura cismáticos, estaremos fuera de la Iglesia porque nos hemos conformado con la excomunion, en vez de imitar el ejemplo de aquellos justos que *Christi tempore á synagogæ pastoribus excommunicati, non tamen se segregabant á communione pastorum synagogæ, neque acceptabant excommunicationem contra se prolatam*, como nos objeta desatinadamente vuestro gran teólogo y canonista Le-Gros? (1). Pero aunque os concedamos que no estamos en la comunión exterior de la Iglesia; sufrimos esta desgracia porque es una máxima sagrada que el excomulgado inocente «de-»
 «be contentarse con el testimonio de su conciencia,..... prefi-»
 «riendo el estar separado exteriormente del cuerpo de la Igle-»
 «sia, á ocasionar (á imitacion vuestra) ninguna turbulencia»
 «queriendo conservarse contra la forma de las leyes y del go-»
 «bierno eclesiástico en la comunión exterior de la misma» (2); y porque sabemos *nunquam exire ab Ecclesia, qui Deo Jesu Christo, atque ipsi Ecclesiæ per charitatem affixus est*. (3).

(1) *De Eccl. cap. 1, §. 4, pág. 110.*

(2) Petit-pied. *Car. á una dama*. Está en el t. 8. de los Opusc. Pistoy.

(3) Véase la propos. 91 de Quesnel.

¿Pues por qué? Determinadlo finalmente con precision: pero no lo podreis determinar jamas. Nuestros principios son demasiado conformes con los vuestros. Guardaos pues, si no podeis probar que nosotros somos *prevaricadores y rebeldes* por nuestra exterior é involuntaria separacion, de aparecer tambien vosotros, despues de tantas protestas de sinceridad apostólica, y despues de tantos dispendios, reos de *adulacion* y de vil *interes* en querer conservar aquella comunicacion aparente con la actual *sinagoga*, que no podeis conservar sin contradeciros y sin hacer una traicion escandalosa á vuestra causa; y se asemeje de consiguiente vuestra veneracion hácia el imaginario cuerpo gerárquico, á la venal hipocresia de los Arrianos que en el concilio Niceno *subscriptum ut principi complacerent, suosque retinerent episcopatus* (1): con lo cual vendriais á perder de un golpe el mérito de vuestros sudores, y solo tendríamos que adorar los altos juicios de Dios, que en medio de tanta gloria permite en vosotros tanta baja.

9. Aquí teneis plenamente justificada nuestra conducta contra vuestras imputaciones: ved aquí cuales son nuestras justas quejas contra el injurioso estilo de que usais en vuestro discurso: y ved aquí la necesidad en que estais de tratarnos mejor para no contradecir con los hechos no solo vuestra doctrina, sino tambien aquel espíritu de caridad que manifestais en llamarnos vuestros *hermanos*. Porque, (como dice un doctísimo defensor anónimo de la nueva *reforma*, respondiendo á la carta circular de la célebre asamblea del clero de Francia del año 1682, la cual acaso con un celo nada inferior al vuestro, pero ciertamente con condiciones menos razonables y mas gravosas, pretendia atraernos á la union exterior con los Pontificios), «si nosotros somos *cismáticos, hereges*,... no merecemos que nos llameis vuestros *hermanos*: vuestra caridad es excesiva, justificais el delito y le adoptais. Si somos vuestros *hermanos*, vuestros *caros hermanos*, no merecemos que nos llameis *cismáticos, hereges*, y tantas otras cosas" (2). Y ved aquí finalmente nuestro consuelo en medio de tantas ca-

(1) Euseb. *Vit. Constant.* l. 3, cap. 13.

(2) *Reponse apologetique aux messieurs du clerge de France, sur les actes* &c. 1683.

lamidades, el refugio en nuestra dispersion, lo que nos sostiene en nuestro abandono, y nos defiende contra todas las calumnias de los *ambiciosos, fanáticos é ignorantes*: quiero decir; ved aquí que vosotros mismos *comunicais* con nosotros. ¿Se conmueve con este paso vuestra política anti-cristiana, y no lo consiente vuestro interes? Pues decid que estamos fuera de la Iglesia; y que así eran legítimos los tribunales que nos condenaron, y de quienes vivimos separados; que su autoridad no era usurpada sino originaria; que representaban en sí mismos la Iglesia, aun sin una gran parte del Septentrion; y que la Iglesia de consiguiente estaba concentrada en sus opresores, y autorizaba los ataques del *despotismo* contra sí misma, cuando se lamentaba de los males de su *esclavitud*; en una palabra, que era la *tirana* de sí misma. ¿No quereis concedernos estas últimas ilaciones? Pues decidnos cuál es y dónde está aquella Iglesia que perseguida por los Papas y Papistas, por los Obispos y los Episcopales, no fué representada por ellos mismos, y de la cual pretendéis no obstante que hemos salido nosotros porque nos hemos separado de estos sus contrarios. Hasta ahora no habeis podido determinarla, ni podreis jamas. Luego debeis confesar que la verdadera Iglesia es aquella de cuyas heridas nos lamentábamos nosotros, y en la cual vivimos todavía: y confesando esta verdad, venid ya y comunicad con nosotros si no exteriormente á lo menos en lo interior; de otra manera os excluiréis á vosotros mismos de la comunión de la verdadera Iglesia.

10. Debería bastar este raciocinio, y deberían convencernos enteramente estas consideraciones, aun cuando se tratase de justificar en todas sus partes la conducta de nuestros Padres santísimos Lutero y Calvino; los cuales es verdad que incitados por un excesivo dolor, y ardiendo en generosa indignación por los gravísimos males de la Iglesia, habrán imitado la libertad de Cipriano y de Firmiliano contra el Papa Estéban (1), pero nunca se podrá probar que se separaron de la Iglesia. De Lutero especialmente ¿quién lo podrá dudar? ¿Cuánto no veneraba él á la Iglesia católica, cuánto no respetaba sus jui-

(1) Véase el cap. 21.

cios? ¿No habia apelado á ella contra las violencias de Roma? (1) ¿No llegó hasta declarar que se sometia á las decisiones de un concilio legítimo y ecuménico? Solo exigia para reconocerlo por tal, 1.º que fuese libre: 2.º que lo convocasen los Reyes y Príncipes, y no el Pontífice (2): 3.º que se conservase la doctrina de los Padres de Basilea, *et signanter, quod in controversia, lex divina, praxis Christi, Apostolorum, et primitivæ Ecclesiæ, una cum conciliis et doctoribus fundantibus se veraciter in eadem, pro verisimo iudice in hoc concilio admittantur* (3). Condiciones justísimas, requisitos indispensables, que solo pueden hallarse verificados en los siglos mas remotos de la mas remota antigüedad, y que demuestran la adhesion de aquel nuestro Patriarca á la verdadera Iglesia de Jesucristo. Para comprobar nuestra union con la Iglesia y la vuestra con nosotros, debe ser suficiente lo que hemos dicho hasta aquí, con tanta mas razon, cuanto que, aunque se probase que hubiesen errado en algo aquellos nuestros celosos Apóstoles, y se tomase de aquí algun motivo de division con nuestras sociedades, nosotros lo desechemos imparcialmente, bien distantes de jurar en sus opiniones. «Nosotros miramos
 » á Calvino, dice á la asamblea Galicana nuestro citado apolo-
 » gista, como á un excelente siervo de Dios, y como miramos
 » á los que han sido grandes lumbreras de la Iglesia. Recibimos
 » ó aprobamos su doctrina, como recibimos ó aprobamos la de
 » S. Agustin, por ejemplo, ó la de otros doctores cuando se con-
 » forman con la palabra de Dios. Pero no hemos jurado sobre
 » las palabras de Calvino, como tampoco sobre las de otros doc-
 » tores: y si se hubiera engañado sobre algun punto como pue-
 » de suceder naturalmente á todos los hombres, seríamos los
 » primeros en no admitir su opinion» (4). Vosotros mismos confesais que «sería nunca acabar si se quisiesen exponer los
 » artículos en que nos acercamos poco ó mucho á la doctrina
 » de la Iglesia», y que miramos «como un arrebató de cólera...
 » la accion de Lutero, que hizo quemar el derecho canóni-

(1) Dreyero, *De Præf. Concil.* pág. 406.

(2) Dreyero, *De Conv. Concil.* pág. 464.

(3) Dreyero, *De Jud. Controv.* pág. 139.

(4) *Reponse Apol.* cit.

» co» &c. (1). Todos estos son monumentos de nuestra imparcialidad, y de la sinceridad con que hemos procedido siempre en el investigar las verdades reveladas, como lo prueban hasta las mismas variaciones, que por consecuencia nos oponéis sin razon. Sobre el punto del mismo primado Pontificio ¿con cuánta libertad nos apartamos de la doctrina de nuestros mismos Apóstoles, ó por decir mejor separamos lo que les sugeria la pasion, de lo que por amor á la paz hubieran concedido á los católicos, pensando tranquilamente? Concedemos gustosos que San Pedro es *primus, præcipuus ac princeps Apostolorum* (2), que es *figura ac typus unitatis Ecclesiæ* (3), y que *ad commendationem unitatis in uno*, le dió Cristo las llaves (4): solamente negamos con vosotros, que en el poder de las llaves superase á ninguno de los otros Apóstoles (5), que por *Piedra* se deba entender la persona de Pedro, mas bien que *vel Christus, vel confessio Petri* (6), y que en el precepto de apacentar las ovejas de Cristo, se comprenda una especial autoridad conferida á la Cabeza de los Apóstoles, mas bien que una obligacion comun á todos ellos (7). Conque tampoco por este capítulo puede haber motivo de division entre vosotros y nosotros, aun en el caso de que pudiese haberla entre vosotros y nuestros gefes. De donde se sigue que no ignoramos nosotros la doctrina de la Iglesia sobre el derecho principal de Pedro y de sus sucesores, sino que vosotros ignorais la nuestra aunque la profesais de hecho; uniéndoos por lo mismo á los que «pierden inútilmente el tiempo en impugnar en nuestras sociedades unos errores ó imaginarios, ú olvidados y desechados» (8).

11. Si vosotros la ignorais, nos decís, ó á lo menos manifestais ignorarla, no queriendo reconocer en Pedro y en

(1) Tamb. *Anal.* §. 195, y 196.

(2) Dreyero, *Sect. 2. prænot. 2.*

(3) *Ibi*, *De prim. Pet. ant. p. 260.*

(4) *Ibi*, *pág. 253.*

(5) *Ibi*, p. 247, 258. Tamb. *Vera idea*, p. 2, c. 2, §. 6.

(6) Dreyero, *pág. 249. Voce della Ver. p. 26.*

(7) Dreyero, *pág. 256. Voce &c. p. 17.*

(8) Véase á Tamb. *Anal.* §. 197.

los romanos Pontífices, sino cuando mas un primado de órden pero no de jurisdiccion. Porque si bien enseña la Iglesia, que en la *potestad de regir y gobernar*, ó sea en la *potestad de las llaves*, fueron iguales todos los Apóstoles á San Pedro, y lo son los Obispos al romano Pontífice; reconoce sin embargo, tanto en aquel como en este, un primado de jurisdiccion diversa de la jurisdiccion y autoridad del Episcopado y del Apostolado, pero real y verdadera (1). Esto debeis confesar vosotros si quereis nuestra comunión. Bien: ¿es esto lo que enseña la Iglesia? Pues probadnos que lo contradecimos nosotros. Convencednos de haber disputado á los Pontífices otro primado que el de *autoridad* en el *gobierno de la Iglesia*: porque solo les negamos aquella primacia que pretendieron ejercer contra nuestras Iglesias, *juzgando, condenando, anatematizando*. ¿No entra en la *autoridad de goberno* el derecho de juzgar, de condenar, de anatematizar? Si entra, luego en esto no tiene ningun primado el Pontífice, sino que es un derecho del *Episcopado*, en el cual todos los Obispos son iguales al Papa. Si no entra; luego el *Episcopado* no puede tenerle. Si admitís lo primero, determinadnos fijamente que otra primacia tienen los Papas y han ejercido contra nosotros, á la cual nos hayamos opuesto expresamente. Si admitís lo segundo; dejad de oponernos las decisiones, condenaciones y anatemas del cuerpo de los Obispos. Pero ejercieron, direis, la autoridad de *vigilar en la custodia de los cánones, de excitar y despertar la atencion y celo de los Obispos, y tocar al arma* contra el error: y en esto cabalmente consiste la autoridad del primado (2). ¿Ejercieron, ó abusaron mas bien de esta autoridad? Lo que hemos dicho mas atras puede manifestarlo con evidencia. Pero el abuso añadís y los fines torcidos con que se ejerce el derecho, no quitan el derecho. Muy bien: y efectivamente jamas hemos pensado nosotros en negarles este derecho, y aun le reconocemos en todos los demas Pastores, y le miramos no solo como derecho sino tambien como una obligacion universal. ¿Quereis que le

(1) *Vera idea* §c. p. 2, cap. 2, §. 5. 6.

(2) Tamb. *Vera idea*. p. 2, c. 3, §. 6, 16.

consideremos *especial* en el Papa? Fuera de que no tendremos dificultad en llamarle tambien *especialísimo*, siempre que no se trate de que estemos obligados por eso á sujetarnos á él; seria necesario ademas no admitirlo en los Obispos si es un privilegio del primado. ¿Será solamente mas extenso en aquel que en estos? Luego los derechos de la primacía y del Episcopado son de la misma naturaleza; porque como justamente observa sobre este particular un *curialista romano*, la mayor ó menor amplitud de autoridad no muda su naturaleza y especie (1). Conque acabemos de una vez: no hagais tan estúpida á la Iglesia que quiera dar realidad á las imaginaciones del hombre: si vosotros desatinais, ella no delira aprobando vuestros desatinos: esta vuestra autoridad diversa de la del Episcopado, es una quimera. *Si Apostoli omnes, in quantum Apostoli, fuerunt æquales in regimine ecclesiastico, similiter fuerunt æquales quoad potestatem ordinis et jurisdictionis. Apostolatus enim utramque complectitur. Nec potest dici quod supra apostolicam potestatem detur adhuc alia potestas. Nam 1.º non potest probari quando eam acceperint, cum quidquid acceperunt, per vocationem ad apostolatum acceperint: 2.º apostolatus summus fuit gradus in Ecclesia, teste Apóstolo (1. Cor. 12, 18): Quosdam quidem posuit Deus in Ecclesia, primo quidem apostolos. Si summus hic gradus est, jurisdictio apostólica in Ecclesia summa est, nec admittit supra se aliam: 3.º fieri non potest ut subjectus æqualem habeat potestatem cum eo, cui est subjectus, in eos populos qui etiam idem subjecti sunt, ut qui dux est in regno non habet in subditos æqualem potestatem cum rege (2).* Lo que debe decirse igualmente de la autoridad del *Episcopado*, teniendo, como vosotros asegurais «los Obispos los mismos derechos que tenían los »Apóstoles á quienes suceden» (3): de donde se sigue que *vel omnes sunt principes; vel nullus eorum* (4). Aunque si: tenga el Papa, como cabeza, esta singularísima potestad: pe-

(1) Cuccagni. *Reflex. sobre la Verd. id. de la S. S.*

(2) Dreyero, *De Prim. Pet.* pag. 232.

(3) Tamb. *Vera idea*, p. 2, c. 2, §. 16.

(4) Dreyero, *De Prim. Pet.* pag. 255.

re guardaos muy bien de que se refiera de ningun modo al *gobierno de la Iglesia*, porque entonces corresponderia al Episcopado; y de que tenga por objeto el *regir y gobernar á los fieles*, pues tiené cada Obispo, no menos que el romano Pontífice, el derecho «de hacer todos aquellos actos de jurisdiccion necesaria para dirigir la grey que les confió Jesucristo» (1); de modo que el Papa tampoco obliga las conciencias de los demas, las cuales solo estan sujetas por precepto divino á la legítima autoridad de *regir y gobernar* que hay en la Iglesia. A vosotros toca ahora el señalarmos con exactitud el objeto, y probarnos la necesidad de semejante primacia, acordándoos siempre de que la *inspeccion y vigilancia*, si van unidas á una verdadera autoridad, entran en el *gobierno* de la Iglesia, y pertenecen de todos modos á la *direccion* de los fieles. Es increíble que la imposibilidad de determinar el objeto y su utilidad no os convenzan de la locura de vuestra invencion. Luego porque negamos á los Papas una autoridad cuyo origen no se conoce, ni se determina su objeto, y es inútil su ejercicio, es decir, porque no somos tan necios que demos cuerpo á un puro fantasma, ¿rehusareis nuestra comunión?

12. Pero supongamos que son una falacia todas estas razones. Decidnos pues: ¿quién ha decidido que lo son? ¿La Iglesia universal? Pero dónde y cuándo? Aquí se reproducen todas las preguntas que os hemos hecho; el argumento es el mismo. ¿En los constantes y luminosos testimonios de toda la tradicion y en los concilios ecuménicos? Pues presentadnos una definicion *clara, precisa, notoria*, hecha con *uniformidad no solo de palabras, sino tambien de pensamientos*, en la cual se declare que se concedió á San Pedro esta nueva especie de autoridad ademas de la del Apostolado. ¿Pensais que basta recordar alguna que establezca generalmente su primado de jurisdiccion? Primero es necesario que nos convenzais de que una tal decision no tiene mas que un solo y determinado sentido, y que no admite de consiguiente interpretaciones contrarias, de modo que «los que se adhieran á

(1) *Vera idea* p, 2. c, 2. §. 16.

«ella no estén discordes entre sí en fijar la significacion y «explicar la doctrina» (1); en otro caso no podremos considerarla segun vuestras reglas como proveniente de la Iglesia, y aun se puede sospechar, aunque esten acordes las palabras, que discordaban en el modo de pensar los que la pronunciaron. ¿Y no serán unas interpretaciones contrarias el decir que el primado consiste en la plenitud de la autoridad Episcopal; y sostener que debe constituirle una *potestad de diversa especie*? ¿No estarán discordes entre sí el que asegura que con la primera se aniquila totalmente la divina autoridad de los Obispos, y el que sostiene que con la segunda se destruye enteramente toda primacía de autoridad? Y si no lo están ¿porqué pues acusais á los Papistas de que esclavizan á la Iglesia? y ¿porqué estos os dicen que vosotros arruinais la Silla Apostólica? ¿y á qué tantas disputas, y contiendas en uno y otro caso? Efectivamente, si una interpretacion no es contraria á la otra, las consecuencias de la una pueden estar con las de la otra; y podrá aquel no reconocer realmente la autoridad de la Iglesia y este la del primado, con tal que confiesen verbalmente, tanto uno como otro, que la reconocen. Pero es injuriar á la Iglesia católica el atribuirle una definicion tan vaga é indeterminada: no se puede comprender, sin suponer que se burla de todo el universo, cómo pueda proponernos un tribunal, sin indicarnos con la misma precision el origen y naturaleza de sus derechos: esto es lo mismo que si hubiera dejado al arbitrio de cada uno el obedecerle ó negarle en la práctica toda dependencia; y esto repugnaria, aun en la misma hipótesis, al fin primario de la definicion que no deberia ser otro sino determinar segun los diferentes objetos nuestra sumision á éste mismo tribunal, relativa á sus diversas prerogativas autoritativas. Conque es preciso que tengais por decidido el objeto y la naturaleza de esta vuestra autoridad primacial; y asegurais en efecto que lo decidió realmente el concilio de Constanza (2). Pero debeis probar que se veri-

(1) Véase á Tambur. *Anal.* §. 65.

(2) *Vera idea*, p. 2, c. 2, §. 17.

ficaron en su decision los requisitos que vosotros exigis, para que se mire como emanada de la Iglesia universal. Que lo podais hacer con buen éxito (á despecho de aquel inmenso número de *Pastores del primero y segundo orden*, y de aquellos muchos teólogos que en «Italia, en España, y en » gran partede Alemania creyeron y creen que es una especie de impiedad vuestra opinion (1), la cual nunca podrá por lo mismo atribuirse á la Iglesia), no lo queremos disputar aquí; solo os preguntamos: ¿porqué comunicais con los *Papistas* desobedientes á una *formal, clara, precisa y notoria* definicion, hecha con perfecta *uniformidad de sentimientos* por la Iglesia universal; mientras todos os abrasais de celo para no comunicar con nosotros? ¿Es acaso mayor delito el disputar al Papa una autoridad, que en sustancia nada tiene que ver con el *gobierno de la Iglesia* ni con la *direccion de los fieles*, que negar la autoridad de la Iglesia misma, de modo que se deba considerar como *herege y cismático* el que impugna la decision que procede de la primera, y no el que impugna la decision que procede de la autoridad de la Iglesia?

13. Direis que los Papistas no la impugnan directamente, sino que solo hacen al tribunal Pontificio superior al de la Iglesia. Pero de todos modos su error está solemnemente decidido. Y ademas ¿cómo que no la impugnan? Aun, si nos atenemos á vuestras teorías, la toman directamente por blanco. Porque defendiéndose entre vosotros la *supremacia* de la Iglesia, comparais el cuerpo de todos los demas Pastores con el Obispo de Roma, y decis que prevalece la autoridad de aquel á la autoridad de este, y reconocéis de consiguiente la Iglesia católica en el primero, independientemente del segundo; y ellos dicen que en vuestra hipótesis el primero es un *cuerpo acéfalo* privado de autoridad. ¿Es solo de *hecho* su error, ó es de doctrina? Si es un error solamente de *hecho* el no querer considerar la Iglesia católica en la universalidad de los Pastores sin el Papa á la cabeza; luego á todo más sería tambien de *hecho*

(1) Véase el *Anal.* §. 100.

el nuestro de no creerla concentrada únicamente en vuestra comunión; y así seremos igualmente disculpables. Si es un error de doctrina; luego impugnan teórica y directamente la autoridad de la Iglesia, y así deberían ser condenados por hereges y cismáticos lo mismo que nosotros. ¿Les justificarán las protestas de someterse á la Iglesia, y se les tolerará por esta razón? ¿Y porqué no se nos tolera á nosotros? ¿Son perjuros nuestras protestas? ¿Acaso no podeis tratarlos de hereges, ni separaros de su comunión, porque la decision del concilio Constanciense, oscurecida con las disputas posteriores de los *curialistas romanos*, de teólogos ignorantes, y de canonistas asalariados, puede considerarse en cuanto á su autoridad como si no se hubiera hecho, y por lo mismo *negarse* tambien *sin tacha de heregia* como decís que sucede alguna vez con otras definiciones (1)? Pero vuestras irreconciliables hostilidades con estos apasionados escritores, vuestras continuas contiendas, vuestras interminables disputas sobre la inteligencia de la misma definicion del *primado de autoridad*, sosteniendo ellos en vuestro dictámen que está sustancialmente decidida la caída del *Episcopado*, pretendiendo vosotros, segun ellos piensan, derribar por los cimientos la primacía cuando la defendeis; estas disensiones en el seno de la Iglesia Romana ¿no oscurecen tambien la decision que nos alegais, presentándola como *vaga é indeterminada*, ó á lo menos haciéndonos suponer que estaban *divididos los pareceres* de sus mismos autores? Luego podemos creer *sin la tacha de hereges* que no era de la Iglesia, ó mirarla como si no lo fuese. Finalmente, es una contradicción manifiesta el decir que está *oscurecida* la decision del concilio de Constanza, y tenerla todavía por tan *evidente* que se llame *ciegos, obstinados y fanáticos* á sus contrarios. Y aunque hubiese dejado de ser notoria en nuestros tiempos, no sería ciertamente lo mismo cuando nació, y antes que esto sucediese incurrirían los que la impugnaron en la *heregia* y en el *cisma*; y así ya estaba hecha la escision, ya estaba formada la secta. ¿Porqué pues comunicaron con ellos vuestros padres, y

(1) Tamb. *Anal.* §. 47.

vosotros comunicais con los que los siguen? Y si la posterior *oscuridad* salva del cisma y de la heregía á los discípulos de los primeros cismáticos y hereges, porque no saben que van contra la Iglesia; ¿porqué razon nos oponéis la separacion de nuestros gefes, y nos haceis reos del mismo delito aun despues que la *oscuridad* nos justifica completamente? ¿Acaso porque defienden los *Papistas* sus doctrinas siendo *heréticas* y *cismáticas* sin dejar de estar sujetos á las legítimas potestades, mientras que nosotros las despreciamos? ¿Pero á qué potestades estan y protestan que quieren estar únicamente sujetos, sino á las que ellos mismos han forjado caprichosamente con sus sistemas cismáticos y heréticos sobre las ruinas del Episcopado y de la autoridad de la Iglesia? Así pues lo que mas les condena es su misma sumision. Sin embargo, respondereis, estan sujetos á los Obispos. ¿Pero en qué y porqué? En lo que estan de acuerdo con ellos; y porque les dejan en libertad para enseñar su propia doctrina. Por lo demas si los Obispos quieren obligarles á renunciarlas, ó se limitan solamente aunque sin ninguna violencia á publicar una doctrina contraria; ¿con cuántas denuncias á sus quiméricos tribunales, con cuántas calumnias, con cuántas persecuciones no les mueven la guerra? La historia del presente siglo, bien conocida y aun compilada por vosotros mismos lo prueba mas claramente que la de ningun otro siglo. Si esto es respetar y sujetarse á la potestad de los Obispos ¿porqué hemos de ser nosotros los únicos que les conculcamos á pesar de haber protestado mil veces que *non abnuissemus manere sub Episcoporum Pontificium regimine, si per ipsos licuisset* (1), esto es, *modo nos tolerarent* (2). Concluyamos pues que hareis traicion á vuestra conciencia y os contradireis á vosotros mismos, tanto si proseguís comunicando con los *Papistas*, como si rehusais comunicar del mismo modo con nosotros.

14. ¿Nos objetais las varias «mutaciones que hemos tenido» y los diferentes errores en que hemos caído, y por los cuales

(1) Apolog. Conf. Aug. al art. 14.

(2) Conf. Aug. hácia el fin.

»no podemos merecer el nombre de católicos" (1), ni tampoco de consiguiente vuestra comunión? Pero esto es mofarse de nosotros abusando de nuestra paciencia. ¿Qué mutaciones, qué errores? ¿Acaso sobre artículos definidos? Quitad primero las definiciones de los Papas y de los concilios posteriores á las decretales de Isidoro, y aun solamente las del Concilio de Trento, cuya nulidad os hemos demostrado ya, ó permitidnos á lo menos que siguiendo vuestras mismas reglas, dudemos únicamente de su autenticidad; y convencednos despues si podeis, ó de que hemos impugnado una *clara, precisa y notoria* definición, hecha *con uniformidad no solo de palabras, sino también de pareceres*, sobre uno ú otro artículo de nuestra profesion; ó bien que la hayamos desechado con verdadero conocimiento y con expresa intencion de renunciar *á la creencia común*, esto es, á la fé de la Iglesia así *antigua* como *moderna* en aquellas cosas en que convienen entre sí, y que por lo tanto nos hemos opuesto á la Iglesia universal. Esta es una empresa en que nunca saldreis bien; á lo menos hasta ahora habeis salido mal; lo que nos da derecho para que se nos considere iguales á vuestras escuelas, ó á la Santa Iglesia de Utrecht, hasta que se nos demuestre lo contrario. Por otra parte no nos citeis las obras de los Padres; 1.º porque tantas disputas como hay sobre su inteligencia pueden esparcir las *tinieblas* y la *oscuridad* sobre su doctrina, como la esparcen sobre algunas decisiones de la Iglesia; 2.º porque la Iglesia no consiste en ellos solos, sino que comprende á todos los fieles que han existido, y no han transmitido á la posteridad ningun monumento público de su fé, como sería necesario que lo hubiesen hecho para que estuviésemos seguros con una certeza absoluta de que la doctrina que enseñaron aquellos Padres como doctrina de la Iglesia católica, es la verdadera doctrina *decidida*; 3.º porque tambien nosotros, aunque no somos esclavos de su autoridad, alegamos un número de ellos no despreciable á favor de nuestras opiniones. No nos reconvengais con la voz autoritativa y definitiva de la Iglesia en sus oraciones públicas, en

(1) Tamb. *Anal.* §. 197.

»sus ritos, en sus catecismos, y en los documentos públicos »de las Iglesias" (1), porque 1.º las oraciones públicas pueden estar salpicadas de *fanatismo y errores*, y vosotros mismos habeis desechado y reformado muchas: 2.º *los ritos* pueden ser invenciones humanas abusivas y supersticiosas; y tambien de estos habeis mudado muchísimos de hecho, ó los habeis condenado con la pluma: 3.º *los catecismos* pueden ser hechura de algunos autores de vuestro partido, como lo son los de Berlamino, Fleury, Colbert, y otros muchos: 4.º pueden ser oscuras y aun contrarias entre sí las *enseñanzas de las Iglesias*, y de aquí trae cabalmente su origen la misma oscuridad que se supone en nuestro caso. A lo mas se podria conocer esta voz de la Iglesia «en las reglas de conducta que »prescribe á los fieles, para seguir el camino de la verdad"(2): pero ademas de las insinuadas ¿cuáles son estas reglas para distinguir su doctrina de la obra de los hombres, sino las del *sentido comun*? Aun estas varían, y tambien á nosotros nos parece que las practicamos, sin que hasta ahora esté *decidido clara, precisa y notoriamente*, y sin sospecha de *division en los pareceres*, que realmente no las practiquemos. Vais pues fuera de camino si pretendeis probarnos que han sido condenados nuestros errores, ó en todo ó en parte por la Iglesia católica por medio de un juicio canónico, por mas que querais investigar la doctrina de la Iglesia *dispersa*, tanto la presente como la antigua. Necesitais presentarnos un código de algun concilio verdaderamente ecuménico contra cuya convocacion, celebracion, libertad, ciencia, equidad, uniformidad de sentimientos, reverencia y sumision á las leyes del Estado y á la sagrada autoridad de los Príncipes, nada se pueda alegar de cuanto se opone contra los concilios posteriores á Isidoro; en el cual se condene algun punto de nuestra doctrina expresamente, en términos absolutos y precisos y con letras de á pulgada. Entónces veríais en efecto nuestra *adhesion á la unidad*, nuestra docilidad á la voz de la Iglesia universal, y la sinceridad de aquellos deseos que mucho tiempo ha nos

(1) Tamb. *Anal.* §. 109.

(2) *Ibí.*

hacen repetir altamente con nuestro hermano Andres Obispo de Winchester en su célebre apología del Rey Jacobo contra Belarmino: *Date nobis concilia legitime congregata et procedentia, date fratres unanimi consensu judicantes, et in eorum sententiam ibimus statim* (1).

15. Hemos llegado al término, hermanos carísimos, y ya nos falta el aliento. Aun hemos dado demasiado peso á vuestras acusaciones, extendiéndonos mas de lo necesario en daros razon de nuestra conducta. Pero hemos querido declarar, ó por mejor decir confirmar de nuevo al universo la sinceridad de aquellas fervorosas oraciones, que en la efusion de nuestro corazon, no cesamos de dirigir al Padre de las luces, para que nos manifieste los medios *ad pacem Ecclesiæ quærendam* (2). Acaso se nos habrá deslizado alguna expresion que ofenda la delicadeza de vuestra ortodoxia; pero viendo la virtuosa humildad é inalterable constancia con que estais sufriendo por tantos lustros la *execracion universal* de vuestros fieros contrarios los *Papistas*, que piensan *se obsequium præstare Deo* atrayendo sobre vuestras cabezas todas las maldiciones lanzadas en diferentes tiempos contra los hereges, confiamos que tampoco por esto os enojareis; tanto mas cuanto que habreis podido conocer que no tenemos ningun rencor contra vosotros, y que solo nos anima el celo por la verdad, y un deseo ardientísimo de que á nuestra intrínseca correspondencia se una tambien finalmente la exterior, recíproca y *fraternal*. Por esta razon nos hemos alegrado mucho en el Señor de que os haya iluminado, y determinado con su gracia *insuperable* á renunciar, no obstante los principios de vuestra educacion, y á pesar de la obediencia que habeis jurado á los tribunales existentes, y de la enseñanza y decisiones de la *sinagoga actual*; aquellos errores capitales, que formaban el grande obstáculo para nuestra suspirada reunion; para que mediante lo que nosotros os concedemos con gusto, y lo que vosotros os veis precisados á no negarnos, se establezca

(1) Cap. 14.

(2) Dreyero, *Contror. &c. Prefat.*

una perfecta concordia entre nosotros para gloria de Dios, edificacion de los fieles, mayor exaltacion de la Iglesia católica, y seguridad de la *unidad*. Concordia que ya puede considerarse como realmente concluida, y que para confusion de nuestros enemigos se ve autorizada por tantas maldiciones y excomuniones, que forman las mas indudables *credenciales* de nuestra mision y de la vuestra, á lo menos hasta un nuevo concilo legítimo y ecuménico.



ÍNDICE

DE LAS PRINCIPALES MATERIAS.

Los números romanos indican el capítulo, los arábigos el párrafo.

Las citas del discurso preliminar van señaladas con las letras D. P.

A.

ADRIANO *Papa*. Recurso que le hizo el concilio VIII para que repusiese en su silla al Obispo Teodoro. *D. P.* 48.

AGUSTIN S. No podia alegar contra los Donatistas la infalibilidad Pontificia. XIV, 3-6.

ALIACO (de) *Pedro*. El parecer que dió como diputado de la facultad de teología de París en la causa de Montesson, no deroga la infalibilidad Pontificia. XVIII, 2, 3.

APOSTOLES. En que sentido les llama Orígenes *Piedra* de la Iglesia. III, 5. — Se les confirió el poder de las llaves dependiente de Pedro. VII, 5.

B.

BELARMINO. Se le defiende de una contradiccion que le atribuye Le-Gros. IV, 8.

BERNARDO S. Célebre dicho suyo con que atribuye la infalibilidad al sucesor de S. Pedro. V, 13.

C.

CATEDRA APOSTOLICA (la), á quien atribuyen los Padres la infalibilidad, es una cosa sola con el Papa, y no se puede distinguir de él. V, 13.

CIPRIANO S. Su ejemplo lejos de justificar, condena mas bien la conducta de los Donatistas. XIV, 4-6. — Tuvo por punto de disciplina solamente la causa de la reiteracion del bautismo. XX, 2. - 8. — Su decreto sobre la rebautizacion. *Ibi*, 2. — La conducta que tuvo en su concilio Africano. *Ibi*, 3. — Su carta á Jubayano. *Ibi*, 5. — Si se admite la falsa hipótesis de que creia que la reiteracion del bautismo era punto de fé, no tiene ningun peso su autoridad. XXI, 1 y *sig.* — y no se podria justificar de la tacha de herege. *Ibi*, 10.

CISMA. Basta para incurrir en el cisma el dar un decreto de fé independientemente de la Iglesia. XX, 2.

CONCILIO V. La conducta y expresiones de los Padres de este

concilio con el Papa Vigilio confirman la infalibilidad Pontificia en vez de contradecirla, XVI, 2, 3.

CONCILIO VI. Este concilio no excomulgó al Papa Honorio como herege formal XVI, 4, 5.

CONCILIO VII. Recurso de este concilio al Papa Adriano para que repusiese en su Silla al Obispo Teodoro. *D. P.* 48.

CONCILIO DE CALCEDONIA. Era ecuménico cuando se formó y aprobó el Cánón 28; que anuló despues S. Leon. *D. P.* 45.

CONCILIO DE CONSTANZA. No definió este concilio la subordinación de los Papas á los concilios ecuménicos. *D. P.* 50-59. — Si depuso á los Pontífices Gregorio XIII, Clemente VIII, Juan XXIII, y Benedicto XIII. *Ibi*, 52 y sig.

CONCILIO DE JERUSALEN. Nada prueba contra la infalibilidad Pontificia. I, 7.

CONCILIOS GENERALES. Cuando examinan y discuten las causas ya definidas por el Pontífice, nunca es su intencion declarar prácticamente la falibilidad del Pontífice. XII, 2, — ni tampoco sospechar una errónea definición, XV, — 1 y sig. — Qué clase de exámen se hacía en ellos cuando se reproducian las causas ya definidas por los Pontífices. XV, 3, 4. Se reprodujeron en ellos algunos dogmas definidos ya por la Iglesia dispersa, *Ibi*. — No son absolutamente necesarios, pero sí ventajosos. *Ibi*. — Suscripcion de los Padres á las letras pontificias. *Ibi*, 6. — Tienen los Padres la libertad de votar, aunque no pueden menos de aceptar las definiciones Pontificias. *Ibi*, 7. — La aceptación de los Concilios no corresponde á la Iglesia universal. XVII, 1 y sig. — Qué condiciones se requieren para que los Padres de un concilio ecuménico sean jueces infalibles de la fé. XXIV, 4. — Las excomuniones impuestas por los concilios son meras declaraciones antes que las confirme el Papa. XXV, 10, 11.

D.

DAMASO S. Papa. Anula las actas del concilio de Constantinopla contra los Eudoxianos. *D. P.* 43.

DIOCESANOS. La obediencia que deben á los Obispos, aunque es de derecho divino, está sin embargo subordinada á la Iglesia mediante el Papa. VI, 6; pero no está subordinada al consentimiento del clero de sus Obispos. *Ibi*, 7.

DONATISTAS. Sin razon defienden su conducta con el ejemplo de S. Cipriano. XIV, 4, 6.

E.

ESCRITURA SAGRADA. Textos que vician é interpretan mal los enemigos de la infalibilidad Pontificia. — *Omnis homo mendax*. I, 1, — *Si peccaverit in te frater tuus &c.* *Ibi*, 3, — 6. — *Tu es Petrus &c.* II, 1, — *Ego rogaui pro te &c.* IV, 2.

ESTEDAN S. Papa. No dió ningun decreto dogmático en la causa de los rebautizantes. XX, 1.

EXCOMUNION. Qué eficacia reconocian los Padres en las excomuniones impuestas por los Pontífices, XIII, 2. — Las excomuniones

impuestas por los Pontífices son absolutas, y tienen una eficacia intrínseca, no dependiente del expreso consentimiento de la Iglesia. XXV, 1. - 10. — No son meras declaraciones, como las de los concilios antes que los confirme el Papa. *Ibi*, 11. — Diferencia entre las excomuniones impuestas por los Obispos, y las impuestas por el Papa. *Ibi*, 17, 18.

F.

FACULTAD DE TEOLOGIA de París. De su conducta en la causa de Montesson nada se puede inferir contra la infalibilidad Pontificia. XVIII, 2 y sig.

FIELES. En qué sentido los llama Orígenes *Piedra de la Iglesia*. III, 5.

G.

GELASIO Papa. Su modo de pensar y su conducta en la causa y condenación de Acacio, prueban que son falsas las reglas que establecen los novadores para interpretar las excomuniones Pontificias. XXV, 7-9.

GERONIMO S. Luminosa protesta de su confianza en los oráculos de la Silla Apostólica. X, 2.

GERSON. Enseña que no puede existir la verdadera Iglesia sin la unión actual con el Papa. II, 4.

GOBIERNO ECLESIASTICO. Razones por que estableció Jesucristo un gobierno en la Iglesia. *D. P.* 4. — Se prueba la inmutabilidad en la forma intrínseca. *Ibi*, 5 y sig. — y en la extrínseca. *Ibi*, 19 y sig. Es absolutamente monárquico. *Ibi*, 25. — por tal le reconocen todas las Iglesias. *Ibi*, 26 y sig. — por tal le reconoce la tradición. *Ibi*, 39, 40. — Hechos que lo confirman. *Ibi*, 41 y sig. — Falsa idea que nos atribuyen los novadores de la monarquía Papal. *Ibi*, 61. — No es un despotismo. *Ibi*, 62. — De que el Papa es un verdadero monarca no se sigue que sean los Obispos necesariamente unos meros vicarios suyos. *Ibi*, 64 y sig. — Incompatibilidad del gobierno eclesiástico con los otros gobiernos humanos pretendida por los novadores para excluir de la Iglesia toda autoridad. *Ibi*, 69 y sig. — El temperamento de la monarquía con la aristocracia no puede entrar en la forma esencial del gobierno eclesiástico. *Ibi*, 76 y sig. — Si la monarquía del Papa es solamente ministerial, como la llaman los novadores. *Ibi*, 80. — Consecuencias de esta doctrina en perjuicio de los gobiernos temporales. *Ibi*, 81.

GREGORIO S. Papa. Un célebre pasaje suyo en la epístola á Juan de Constantinopla de que abusa Le-Gros: como se debe entender. I, 8. - 10. — Otro célebre pasaje del mismo Santo en la carta á Eulogio, donde declara que la firmeza de la Iglesia en la fé depende de la firmeza de Pedro. III, 7. — Se refuta la falsa interpretación que dan á este pasaje los novadores. *Ibi*, 8.

GREGORIO XII. Su proceder monárquico en el concilio de Constanza. *D. P.* 49, 50.

GROS (Le). Abuso que hace del principio *omnis homo mendax* contra la infalibilidad Pontificia. I, 1, 2. — del texto de S. Mateo: *si peccave-*

rit in te §c. 3-6.—de un pasage de S. Gregorio á Juan de Constantinopla. *Ibi*, 8-10.—Falsamente asegura que del texto: *Tu es Petrus* §c. ningun Padre dedujo la infalibilidad de S. Pedro. III, 1 y sig.—Errónea interpretacion que dá á un pasage de Orígenes. *Ibi*, 4.—y á otro de S. Gregorio en la epístola á Eulogio. *Ibi*, 8.—Pretende probar que con las palabras: *Ego pro te rogavi* §c. solo se concedió á S. Pedro un privilegio personal, esto es, la perseverancia final no aneja á la primacia. Se le impugna. IV, 2 y sig.—Falsamente asegura que antes del Gaetano no habian inferido los Padres la infalibilidad Pontificia de la oracion de Cristo: *Ego rogavi pro te* §c. V, 1 y sig.—Su argumento de paridad entre la infalibilidad concedida á Pedro como pastor supremo, y la sabiduría concedida á Salomon, como Rey; refutado. *Ibi*, 4.—Los testimonios de S. Agaton y de S. Leon IX que alega para probar que no se deriva la infalibilidad de S. Pedro á sus sucesores, le combaten victoriosamente. *Ibi*, 5, 8.—De una expresion del concilio V infiere sin razon que aquellos Padres se creian independientes del Papa Vigilio. XVI, 1-3.—Pretende que la conducta de la facultad de teología de París en la causa de Montesson es un monumento de la tradicion contra la infalibilidad Pontificia. Se le impugna. XVIII, 1-6.—Es ilegítima la consecuencia que saca, que de admitir la infalibilidad Pontificia, es necesario negar la infalibilidad á la Iglesia, ó concederle solamente una infalibilidad pasiva. XXVI, 1-3.

H.

HONORIO *Papa*. No fué excomulgado por el concilio VI como herege formal, sino como fomentador de la heregia por su negligencia en reprimirla. XVI, 4, 5.—Sus letras no fueron definiciones dogmáticas. *Ibi*, (nota b).

I.

IGLESIA. No puede mudar sustancialmente su gobierno. *D. P.* 9 y sig.—El cuerpo de los Obispos, separado del romano Pontífice, no es la verdadera Iglesia á quien Cristo prometió la infalibilidad. II, 3, 4.—Distincion de la esencia de la Iglesia de su ministerio visible. *Ibi*, 5.—La estabilidad de la Iglesia se deriva de la íntima union con su fundamento, que es Pedro. *Ibi*, 8, 9.—depende de la estabilidad de Pedro. III, 7.—Las promesas de infalibilidad hechas á la Iglesia no perjudican á la absoluta infalibilidad de Pedro. IV, 1.—La oracion y el precepto que se contienen en las palabras: *Ego rogavi pro te, ut non deficiat fides tua, et tu aliquando conversus confirma fratres tuos*, no se refieren á la Iglesia, como quisiera Le-Gros. IV, 9.—La Iglesia toma su infalibilidad de la infalibilidad del Pontífice. V, 11.—y por lo mismo el decir que la autoridad de la Iglesia es el motivo por que se hace el acto de fé, no excluye, antes bien supone la infalibilidad del Pontífice, como fundamento de la autoridad de la Iglesia. V, 12.—Reproduccion en los concilios de causas ya definidas por la Iglesia dispersa. XV, 4.—La Iglesia dispersa ni congregada, jamas desechó formalmente las decisiones del romano Pontífice. XIX, 9.—Como representa el romano Pontífice á la Iglesia. XXIII, 6, 8.—No se requiere su expreso consentimiento pa-

ra que tengan efecto las excomuniones Pontificias. XXV, 10.—Tiene derecho para excomulgar. *Ibi*, 13.—No se puede probar que se haya opuesto jamás á las excomuniones Pontificias. *Ibi*, 14.—Está vacía de sentido la distincion que hace Le-Gros entre la infalibilidad *activa y pasiva* de la Iglesia. XXVI, 2.—Qué se debe entender por infalibilidad activa de la Iglesia. *Ibi*, 3.—No se quita la infalibilidad á la Iglesia, admitiendo la infalibilidad del Papa. *Ibi*.

IGLESIA DE ROMA. No son en ella originarias todas sus excelencias, sino que las toma de las del Pontífice. IX, 3, 4.

INFALIBILIDAD DEL PAPA. Probada por el texto de S. Mateo: *Tu es Petrus, et super hanc petram &c.* II, III.—por el texto de S. Lucas: *Ego rogavi pro te &c.* IV, V, VI.—por la autoridad independiente para juzgar en materia de fé, que se concedió á S. Pedro en el poder de las llaves. VII, 1 y *sig*—por el independiente ejercicio del derecho de representar á la Iglesia. XXIII, 1 y *sig*.—por el derecho que tiene el Papa para excomulgar, independiente del expreso consentimiento de la Iglesia. XXV, 15.—La impugnan los novadores con la quimérica distincion entre Silla y Pontífice. XI, 1 y *sig*.—Es inseparable de la indefectibilidad. IX, 7.—Es el fundamento de la confianza de los Padres cuando recurrian al juicio de la Silla Apostólica en las definiciones dogmáticas. X, 1 y *sig*.—Nada se puede concluir contra ella del principio general *omnis homo mendax* I, 1, 2.—ni del texto de S. Mateo: *si peccaverit in te &c.* *Ibi*, 3, 6.—ni de la protesta de S. Gregorio: *si in mea correptione despicitur, retat ut Ecclesiam debeam adhibere.* *Ibi*, 8-10.—ni de las expresiones de los Padres que al parecer contienen la sentencia contraria. XI, 1 y *sig*.—ni de la libertad con que algunos Padres escribian al Papa, la cual aun sirve para confirmarla XIII, 1 y *sig*.—ni de que no hubiesen argüido con ella á los hereges. XIV, 1.—ni de la renovacion hecha en los concilios de las causas ya definidas por el romano Pontífice. XV, 1 y *sig*.—ni de las expresiones de los Padres del Concilio V al Papa Vigilio. XVI, 1-3.—ni del anatema del Concilio VI contra el Pontífice Honorio. *Ibi*, 4, 5.—ni de la conducta de la facultad de teología de París en la causa de Montesson. XVIII, 2 y *sig*.—ni de las oposiciones que tal vez experimentaron las definiciones de los Pontífices. XIX, 1 y *sig*.—ni de la conducta de S. Cipriano en la causa de la reiteracion del bautismo. XX, XXI.—La infalibilidad del Papa no quita la de la Iglesia, ni la reduce á una infalibilidad solamente pasiva. XXVI, 1-3.

J.

JESUCRISTO. Piedra esencial de la Iglesia. II, 5.

L.

LAUNOYO. Falsamente asegura que 43 Padres entendieron el efecto de la oracion de Cristo: *Ego rogavi pro te &c.* por la sola perseverancia final de Pedro, y no por su infalibilidad primacial. IV, 2, 6.

LEON S. Magno. Anula con suprema autoridad el canon 28 del concilio Calcedonense. D. P. 44. y *sig*.—Algunos de sus pasages en que reconoce expresamente la inexpugnable solidez en la fé adquirida por Pedro, y comunicada á sus sucesores. III, 6.—Celebre pasage

suyo con que se prueba que se transmite á los sucesores de Pedro el privilegio de la infalibilidad. V, 2, 4.—Otro célebre pasaje suyo en que reconoce que el poder de las llaves conferido á S. Pedro es un derecho de su primacía. VII, 2.—Sus palabras: *aliud sunt sedes, aliud sunt praesides*, no tienen fuerza para probar la distincion que han inventado los novadores entre Silla y Pontífice. IX, 3.

LLAVES. El poder de las llaves es un poder primacial. VIII, 1.—por tal le reconocen los Padres. *Ibi*, 2.—y aun algunos autores nada sospechosos á los novadores. *Ibi*, 3.—refunde en el Papa una autoridad independiente. *Ibi*, 5.

M.

MARTINO V. Si aprobó los decretos de las sesiones 4.^a y 5.^a del concilio de Constanza. D. P. 56.

MONOTELISMO. Negligencia del Pontífice Honorio en reprimirle. XVI, 4, 5.

MONTESSON. Condenan sus doctrinas la facultad de teología de París y Clemente VII. XVIII, 2.

O.

OBISPOS. De ser el Papa un verdadero monarca, no se sigue que los Obispos son unos meros vicarios suyos. D. P. 64 y *sig.*—Naturaleza y procedencia de la jurisdiccion universal y particular de los Obispos. *Ibi*, 68.—Estan esencialmente subordinados al Papa en materia de fé. VI, 2.—Qué obediencia deben á las definiciones solemnes del Papa. *Ibi*, 3 y *sig.*—Qué obediencia les deben sus diocesanos. *Ibi*, 6 y *sig.*—Fuera del concilio no son jueces naturales de la fé, y en el concilio son conjuces. *Ibi*, 10.—Resistencia de los Obispos Asiáticos al Papa Victor en cuanto la celebracion de la Pascua. XIX, 2 y *sig.*—No pueden ejercer el derecho de representar sus Iglesias, sino dependientemente del Papa. XXIII, 7.—Qué derecho tienen para excomulgar, y en qué se diferencia del que tiene el Papa. XXV, 17, 18.

OPSTRAET. Su argumento contra la infalibilidad Pontificia, el cual se demuestra contrario á la lógica, y contradictorio con lo que dice el mismo autor. II, 12.—Su ridícula sujecion gramatical en pesar las expresiones de los Padres sobre la infalibilidad Pontificia. III, 9.—Sus sofismas para excluir á Santo Tomas del número de los defensores de la infalibilidad Pontificia. V, 11.—Su argumento contra la infalibilidad Pontificia tomado de la supuesta oscuridad de la Escritura. VIII, 1 y *sig.*

ORIGENES. Reconoce la infalibilidad de Pedro independiente de la infalibilidad de la Iglesia. III, 3.

P.

PABLO S. Su resistencia á S. Pedro. XIV, 2.

PADRES. Si del texto: *Tu es Petrus &c.* dedujeron la infalibilidad Pontificia. III, 1-9.—Si antes del Gaetano infirieron la infalibilidad Pontificia del texto: *Ego rogavi pro te.* V, VI.—Los testimonios sacados de los Padres para probar que hacian distincion entre Silla y Pontífice demuestran lo contrario. IX, 2.—Los Padres que distinguieron la Igle-

sia de Roma de todas las demas, han tomado sus excelencias de las de S. Pedro. IX, 4.—Su confianza en recurrir al juicio de la Silla Apostólica en las definiciones dogmáticas se fundaba en la infalibilidad del Pontífice. X, 1 y *sig.*—De las expresiones de los Padres que contienen al parecer la sentencia contraria á la infalibilidad Pontificia, nada se puede concluir contra ella. XI, 1 y *sig.*—La libertad con que algunos Padres escribian á los Papas no prueba que los creyesen sujetos al error. XIII, 1 y *sig.*—Ni tampoco lo prueba el que no opusiesen á los hereges la infalibilidad Pontificia. XIV, 1.

PAPA. Tiene en sí una originaria estabilidad en la fé. II, 10.—En qué sentido se le da la denominacion de cabeza de la Iglesia. *Ibi*, 11.—Puede ser herege como persona privada, pero no en sus decisiones públicas. IV, 7.—Su infalibilidad es el fundamento de la infalibilidad de la Iglesia. V, 11, 12.—La autoridad que tiene para definir solemnemente, y obligar de un modo coactivo á los fieles á la obediencia, no está subordinada al consentimiento de la Iglesia universal. V, 7-11.—Qué obediencia le deben los Obispos en las materias de fé. VI, 3-11.—Toda la tradicion reconoce en él y no en la Sede el centro de la unidad. IX, 2.—Jámas se ha opuesto formalmente la Iglesia ni dispersa ni congregada á sus definiciones dogmáticas. XIX, 9.—Es independiente en el ejercicio del derecho de representar á la Iglesia. XXIII, 3.—Se debe distinguir en sus dogmáticas definiciones el ser de persona privada y de Pastor de la Iglesia. XXIV, 1-4.—y algunas veces tambien en una misma definicion. *Ibi*, 6.—Cuando define *ex cathedra*. *Ibi*, 5.—Tiene derecho para excomulgar independiente del expreso consentimiento de la Iglesia. XXV, 10.—Nunca se podrá probar que los Papas han omitido los medios necesarios para no *tentar á Dios* en las definiciones que dan *ex cathedra*. XXVI, 8.

PEDRO. Declarado por Jesucristo piedra fundamental de la Iglesia, es una parte necesaria de aquel todo, á quien Cristo prometió la infalibilidad. II, 4.—Se distingue, en razon de fundamento principal, de los Apóstoles que son fundamentos de la Iglesia. II, 6, 7.—Tiene en sí una originaria estabilidad en la fé. II, 10.—independiente de la infalibilidad de la Iglesia. III, 3 y *sig.*—Su caida no perjudica á la infalibilidad que se le aseguró con las palabras: *Ego pro te rogavi*, &c. IV, 5.—La oración de Cristo: *Ego pro te rogavi* &c. tuvo un doble efecto con respecto á Pedro, consiguiéndole la perseverancia final como persona privada, y la absoluta infalibilidad como cabeza futura de la Iglesia. IV, 6, 7.

PRIMADO. Inseparable de la persona del Papa. II, 10.—El privilegio de la infalibilidad es esencial al dogma del primado. V, 3, 4.—La distincion entre Silla y Pontífice introducida por los novadores, tiende á la destruccion del primado del romano Pontífice. IX, 1-6.—Es intrínseco al primado el derecho de representar á la Iglesia. XXIII, 3.—y el libre ejercicio de este derecho. *Ibi*, 3-7.

R.

REITERACION DEL BAUTISMO *de los hereges.* S. Cipriano y los Obispos de Africa la tuvieron por punto de disciplina nada mas. XX, 2-8.

S.

SEDE ROMANA. Es quimérica la distincion introducida por los novadores entre la Sede romana y el Pontífice en cuanto á la doctrina y autoridad. IX, 1 y sig.—Contradiccion de Pedro de Aliaco por lo que hace á esta distincion. XVIII, 4.—Qué cosa se debe entender por Sede en sentido eclesiástico. IX, 4.

SIMPLICIO Papa. Sus expresiones en la carta al Emperador Zenon, de las cuales abusan los novadores. XXV, 2, 5.

SINESIO Obispo de Tolemaida. Su excomunion contra Andrónico, Gobernador de Pentápolis. XXV, 16.

SIRICIO Papa. Se hace superior á los concilios ecuménicos, negándose á juzgar como delegado del sínodo de Capua. D. P. 41, 42.—Sus expresiones en la condenacion de Joviniano mal interpretadas por los novadores. XX, 2, 4.

SIXTO III Papa. Como se deben entender sus palabras, de las cuales abusan los novadores. II, 11.

T.

TAMBURINI. Se prueba por sus mismas palabras que no puede existir la verdadera Iglesia sin la union actual con Pedro. II, 4.—y que Pedro tiene en sí una originaria estabilidad en la fé. *Ibi*, 9.—Ridícula razon, inventada por él, porqué solamente Pedro respondió á la pregunta de Cristo: *quem dicunt homines esse filium hominis?* *Ibi*, 4. (nota a). Sus falsas doctrinas sobre la obediencia que deben los Obispos al Papa, y los diocesanos á sus Obispos: refutadas. VI, 7 y sig.—Se impugna su doctrina de que todos los Apóstoles fueron iguales en el poder de las llaves. VII, 2, 3.—Su doctrina sobre la distincion entre la Sede y el Pontífice tiende á la destruccion de la primacia del Papa. IX, 1 y sig.—Se le convence de contradiccion en querer separar la infalibilidad de la indefectibilidad del Pontífice. IX, 7.—Las reglas que establece para conocer el peso de la oposicion á los oráculos Pontificios, ponen al hombre en libertad de desear á su arbitrio las mas solemnes definiciones de la Iglesia misma. XXII, 1 y sig.—Las condiciones de que quiere que dependa en el Pontífice el ejercicio del derecho de representar á la Iglesia, estan en contradiccion con sus teorías sobre la naturaleza de los derechos primaciales. XXIII, 1 y sig.

TEODORETO Obispo Asiano. Prueba la primacia de la Silla Apostólica por su infalibilidad. X, 5.

TERTULIANO. Que entiende por *irretractable* regla de fé. XV, 2.

TOMAS Sto. Hace una reseña puntual de los privilegios del romano Pontífice. V, 10.—No se contradice como pretende Opstract. *Ibi*, 11.—Prueba que la Iglesia toma su infalibilidad de la del Pontífice. *Ibi*.

V.

VALLA. Enseña que el poder de las llaves que se confirió á Pedro, es un derecho de su primacia. VII, 2.

VIGILIO Papa. Su resistencia á los Padres del Concilio V, XVI, 2.

LISTA
de los Señores Suscritores á esta obra

EN MADRID.

- Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza.
D. Seturnino Mercado, Presbítero.
D. Francisco Rodriguez Lopez.
P. S. Vicente de Santa Teresa, Procurador general de la Orden de Nuestra Señora del Cármen Descalzo.
D. Cipriano Sevillano.
D. Antonio García Bermejo, Capellan de honor de S. M.
D. José María del Río.
D. José de Diego.
P. Maestro Fr. Manuel Vigil, Trinitario Calzado.
Fr. Vicente Rodriguez, Trinitario Calzado.
Fr. Silvestre Alonso, Trinitario Calzado.
Fr. Juan Antonio Corleon, Cronista general de Mercenarios Descalzos.
Fr. Ramon de los Santos, Secretario general de Mercenarios Descalzos.
D. Antonio Mora, Presbítero.
Fr. Pedro de Santa Rita, Agustino Recoleta.
P. Ceferino Rodriguez, Agonizante.
P. Maestro Fr. Luis de la Puente, Dominico.
P. Maestro Fr. Juan de Dios Pastor, Dominico.
P. Maestro Fr. Juan Fuentes, Dominico.
Fr. Pedro de Santa Rita, Agustino Recoleta, por 3 ejemplares.
D. Juan de Soto, Brigadier de los Reales Ejércitos.
D. José Leonardo Ortega, Cura Párroco de Torija.
D. Bernardino Piquer, Abogado de los Reales Consejos.
D. Juan José de Caso, Contador principal de propios y arbitrios de la Ciudad de Avila.
D. José Revesado, Abad de S. Frontis en Zamora, por 2 ejemplares.
D. Francisco Villa.
Dr. D. Francisco Javier de Lara, Abogado del Ilustre Colegio de esta Corte.
Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Lugo.
D. Faustino Paradilla, Cura Párroco de Ugena.
D. Manuel Duran, Capellan del primer Batallon del Regimiento de la Princesa.
D. José Zapata y Cáceres, Abad de la Colegial de Medina del Campo.
Dr. D. M. T.
D. José Isla Fernandez.
D. Domingo Romeo, Cura Párroco de S. Martín de Segovia.
D. Francisco María Gallo, por 2 ejemplares.

- D. Fernando María Herrero.
D. Roque Redondo, Presbítero.
El Colegio Seminario Conciliar de S. Gerónimo de Búrgos.
Dr. D. Ventura Ortega, Cura de Azañon.
Dr. D. Joaquín Ojuel, Racionero de la Santa Iglesia de Osma.
D. Tomas Muñoz, Prior de S. Ildefonso de Jaen.
Dr. D. Sabino Sanchez Illescas, Cura Párroco de Fuencarral.
D. Antonio Cortés Menendez.
Fr. Angel María Sevilla, Maestro de estudiantes del Convento de Capuchinos del Real Sitio del Pardo.
P. Fr. Francisco Mogollon, del Orden de S. Francisco.
F. J. A. F., por 20 ejemplares.
D. Pedro Zayas, Cura Párroco de la Villa de Zayas de Vascones.
Excmo. y Eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla.
D. Hilario Zapata.
D. Francisco Delgado.
D. Toribio de Medrano.
D. José Gonzalez Llorente, Intendente de Provincia y Administrador de rentas de la Trinidad de Cuba.
D. Juan Domingo de Garmendia.
Excmo. Señora Marquesa de Villa-nueva de Duero, Condesa de Villariego.
D. Juan Angel Batanero, Cura Párroco de Morillejo.
D. Juan Nepomuceno García, Canónigo Lectoral de Búrgos.
D. José María Ramirez y Cotes, Presbítero.
D. Bernardo Pimentel, Lectoral de la Santa Iglesia de Badajoz, por 4 ejemplares.
D. José Antonio Palacio, Decano del tribunal de la Rota.
D. José García Puente, Presbítero.
D. Francisco Razola, del Comercio de libros de Madrid, por 4 ejemplares.
D. Domingo Abrial.
D. Pedro Miguel Lopez, Cura Párroco de Valverde de Jucar.
D. Domingo Tomas Perez Gasco, Cura Párroco de Valdemoro.
Dr. D. Leandro Moreno, Presbítero y Cura Párroco de Trijueque.
R. P. Fr. Pablo Pereda, del Orden de S. Bernardo y Lector de Sagrada Teología.
D. Francisco de Sales Barreda, Presbítero de la Iglesia Parroquial de Nava-Tejares.
D. Rafael de Pereda.
D. Antonio Feijoo, del comercio de libros de Cuenca, por 6 ejemplares.
D. Anselmo Retuerta, Presbítero.
D. Francisco García Blanco, Abad de Eyras en el Obispado de Tuy, por 2 ejemplares.
P. Maestro D. Fr. Gregorio Palomino, Monge Bernardo.
D. Nicolas Perez Martinez, Tesorero de la Santa Iglesia de Mondoñedo.
D. Manuel Jimenez y Ramirez, Canónigo de la Santa Iglesia de Mondoñedo.

- D. Miguel de Haza.
D. Cayetano Torres.
R. P. Fr. Pedro Jimenez, Dominico.
Ilmo. Sr. Obispo de Segovia, por 2 ejemplares.
Fr. Nicolas Irazo, Lector de Teología en su Convento de Requena,
Carmelita Calzado.
D. Joaquin María de Errazquin.
Dr. D. Victor Ceruelo, Arcediano de Rivadeo, por 6 ejemplares.

EN BARCELONA.

- P. Maestro Fr. José Abella, Carmelita Calzado.
M. V.
Dr. D. Joaquin Balsells.
P. D. Miguel Grau, Síndico del Real Monasterio de Poblet.
P. D. Francisco Camin, Monge de idem.
D. Carlos Arnán, Presbítero, beneficiado de la Santa Iglesia Catedral de
Tortosa.
Los PP. de las Escuelas Pías en Moyá.
P. Prat, del Oratorio en Vich.
D. Lucas Piquer, Cura Párroco del pueblo de Anglesola.
D. Antonio Petit, Presbítero de Villagrasa.
M. Ilustre Señor Conde de Llar.
Reverendo Agustín Solá, Presbítero de Igualada.
D. Santiago Ballester, en Olesa.
Ilmo Sr. Obispo de Urgel.
Dr. D. Joaquin Cortada y Farquell, en Berga.
Señora Marquesa de Villa Alegre.
P. Predicador, Fr. Vicente Baixeras, Comendador de Berga.
D. Antonio Barenys, del Comercio de Barcelona.
D. Andres Casanovas, Presbítero, Cura de Sans.

EN CADIZ.

- Fr. Pedro Martín del Rosario.
Dr. D. Manuel Vicente García Valdeavellano, Arcediano.
Dr. D. Miguel Beyens y Beyens, Canónigo Lectoral.
D. Juan Bautista Carrera, Cura de la Parroquia auxiliar de S. Antonio.
El V. P. D. Luis Gonzaga del Barrio, Prior del Monasterio de la
Cartuja.
D. Carlos Facciola y Bruso.
D. Pedro Huguet y Boltas, Dean de la Santa Iglesia de Ceuta.
Dr. D. Juan de Mesa y Tapia, Tesorero y Canónigo de la Santa Iglesia
de Ceuta.
Ilmo. Sr. D. Juan Barragan y Vera, Obispo de Ceuta.
D. Juan Jacinto de Vargas.
R. P. Fr. José María Laso.

(500.)

EN LA CORUÑA.

- P. Fr. Manuel Otero de Santo Domingo.
- D. Fernando Alonso , Abad de Villa Martín de Valdeorras.
- P. Fr. Benito Negrete.
- D. Antonio Villa de Moros.

EN MÁLAGA,

- D. Juan de Campos Infantes.

EN MURCIA.

- D. Antonio Fontes Abad , Regidor decano de Murcia.
- D. José Martínez , Presbítero.

EN SALAMANCA.

- D. Agustín Librero y Falcon , Dignidad de Maestrescuela de esta Santa Iglesia.
- D. Miguel Yarza , Arcediano titular de esta Santa Iglesia.
- D. Manuel Fernández Espinosa , Canónigo de idem.
- D. Eugenio Pérez Leon , Racionero de idem , y Rector del Colegio de la Magdalena.
- D. José Bootella , Rector del Colegio militar del Rey , del Orden de Santiago.
- R. P. Rector de Carmelitas Descalzos de esta Ciudad , Fr. Juan de San Martín , por 2 ejemplares.
- P. Lector de Escritura de dicho Colegio de Carmelitas , Fr. Santiago del Espíritu Santo.
- P. Fr. Roberto Cano , Monge Bernardo en el Convento de Valparaíso.
- D. José Esteban , vecino de Torrejuncillo.

EN SANTIAGO.

- P. Maestro Fr. Benito García Guntín , Abad del Monasterio de San Martín de Santiago.
- Dr. D. Felipe Sobrino Taboada.
- P. Fr. Arsenio Martínez , Monge Bernardo.
- P. Fr. Martín García , Monge Bernardo.
- P. Fr. Cristóbal Hernández , Monge Bernardo.
- Lic. D. Eulogio López.
- P. Maestro Fr. Antonio Solla , del Orden de San Francisco.
- D. Antonio Arias Teijeiro.
- D. José Cortés , Presbítero.
- Fr. Ildefonso Sáez , Monge Benedictino.
- D. Manuel Rivera Salgado.

D. Juan Nepomuceno Alcocer, por 2 ejemplares.

D. Francisco Perez, por 2 ejemplares.

EN SEVILLA.

D. Rafael del Rey, Prepósito de San Felipe Neri.

D. Luis María de la Fuente, de dicha Congregación.

M. R. P. Fr. Manuel José Franco, Monge Gerónimo, Vicario de San Isidro del Campo.

R. P. Provincial de San Francisco, Fr. Diego José Enjuto.

D. Pedro Díaz Iglesias.

D. Francisco Antonio Muñoz, Presbítero de Galaroza.

D. José Baron, Beneficiado de Ronda.

P. Fr. Juan del Rosario, de San Gerónimo de Bornos.

D. Miguel Osorno y Paz.

EN VALENCIA.

P. Fr. Joaquín Sanchis.

Los P. P. de San Vicente de Paul, de Monte Olivete de Valencia.

D. Francisco Javier de Torneria, Dignidad de Chantre de la Metropolitana de Valencia.

P. Fr. Serafín de Penaguila.

P. Fr. Pascual Solá.

P. D. Bernardo Generés, Monge Cisterciense.

D. Miguel Pradas.

El Sr. Canónigo D. Juan Oliet.

D. Francisco Carvalho, Presbítero.

D. Francisco Javier Borrull.

El Sr. Canónigo D. Juan Broto.

EN VALLADOLID.

D. Manuel Velasco.

Fr. Luis Vallecillo.

D. Carlos Colorado y Ugalde.

D. Víctor Magaz.

D. José Vellido.

D. Juan Rojo.

D. Francisco Rodríguez, por 2 ejemplares.

Dr. D. José Gil Carranza.

Sr. Rector del Colegio de Escoceses.

D. Juan Fernández.

P. Fr. Agustín Domínguez.

P. M. Fr. José Palacios.

P. Presentado Fr. Fulgencio Caballero.

D. Pedro Sanz del Río.

Fr. Facundo López.

EN ZARAGOZA.

D. Nicasio Ramon García, Canónigo de la Santa Iglesia de Zaragoza.

P. D. Matías Colas, Prior de la cartuja de Aula Dei.

D. Francisco Lasierra.

D. Joaquin Nicolas, Canónigo de Alcañiz.

D. Manuel Magallon, Canónigo de Alcañiz.

D. Pascual Gafon, Cura de Alcorisa.

Ilmo. Sr. Obispo de Albarracin.

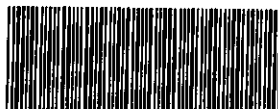
D. Justo Sainz.

Un Prebendado de Alcañiz.





BIBLIOTECA NACIONAL



1001923118

05385608680

